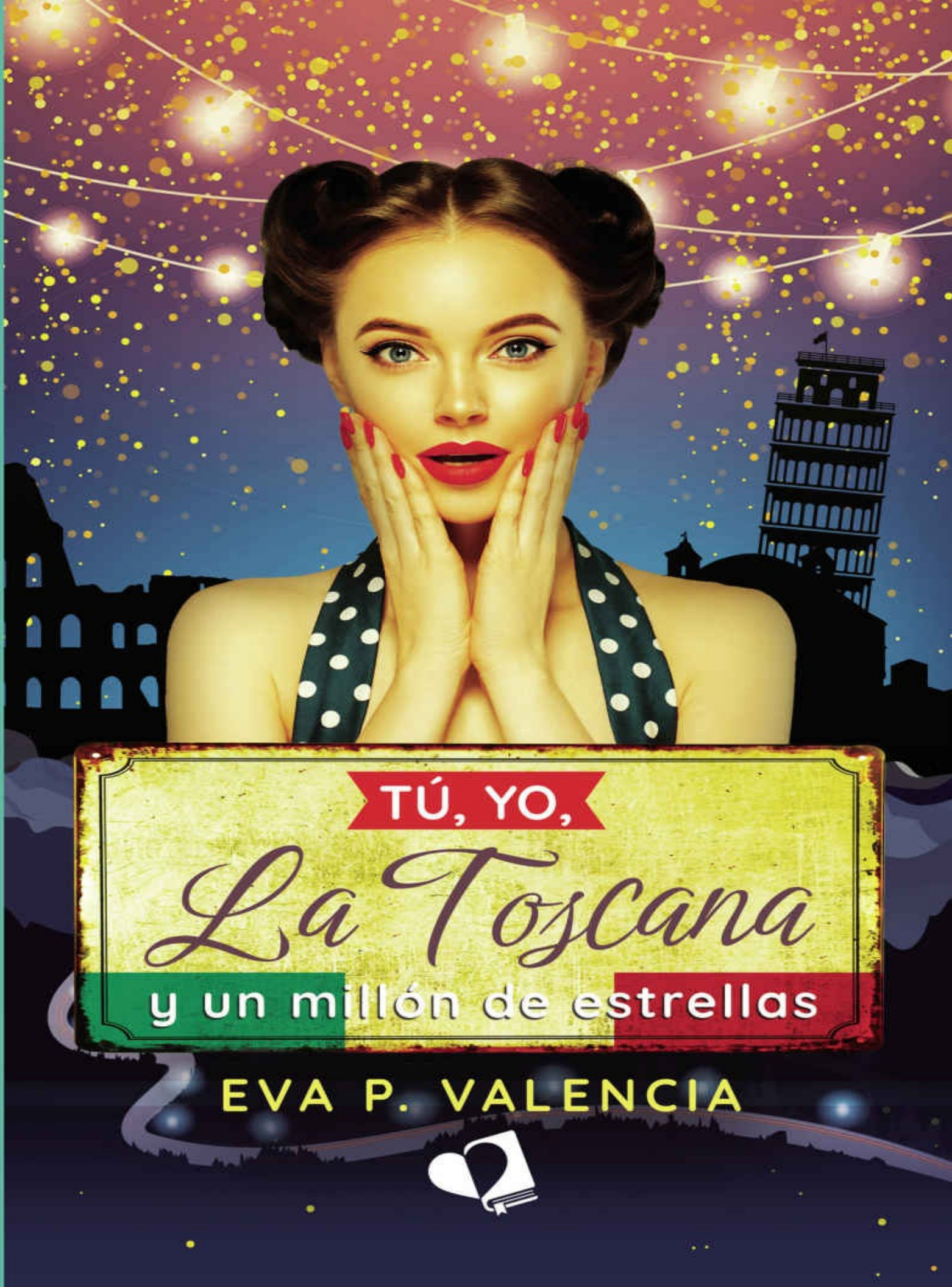

TÚ, YO,
La Toscana
y un millón de estrellas
EVA P. VALENCIA

Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Eva P. Valencia

COLECCIÓN milamores

Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

ISBN: 9788419542670
ISBN ebook: 9788419542199

Derechos reservados © 2022, por:

© del texto: Eva P. Valencia
© diseño cubierta: Eva P. Valencia
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi hijo siempre

«El destino es algo que se debe mirar volviéndose hacia atrás, no algo que deba saberse de antemano».

CRÓNICA QUE DA CUERDA AL MUNDO

Haruki Murakami

«Podemos elegir pocas cosas en la vida.

Una de ellas es de las personas que nos rodeamos.

Aquellas que escogemos como lugares».

Roy Galán

«Las estrellas son agujeros por los que se filtra la luz del infinito».

Confucio

«Las cosas están ligadas por lazos invisibles:

no se puede arrancar una flor sin molestar una estrella».

Galileo Galilei

Prólogo

«Coincidir con alguien es maravilloso, pero conectar es mágico».

Desconozco la procedencia de esta frase. Solo sé que la leí y pensé en ella poco antes de escribir estas líneas. Y es que, eso mismo, es precisamente lo que me pasó con Eva.

Coincidimos en el mundo editorial y la conexión prevaleció por encima de cualquier otro vínculo. Ella es vivaz, siempre positiva, creativa a niveles que no os lo podéis ni imaginar, es trabajadora y tenaz. Digna de admirar, ¿verdad? Por eso y por sus consejos alentadores, yo la llamo cariñosamente *Sensei*.

Hablando de conexiones, ese plano donde ella se mueve con soltura, es precisamente lo que Eva consigue con sus lectores. Si vas a leerla, prepárate para que te remueva por dentro. En este caso con la bilogía *Un millón de nosotros*, no solo te conectará emocionalmente a los personajes, sino que logrará arrancarte la risa repentina, a menudo carcajadas, eso sí, no bajes la guardia, porque el pellizco en el alma te lo llevas cuando menos te lo esperas.

En esta segunda parte nos transportará a uno de los lugares más bellos del planeta, la romántica y apacible Toscana. Me muero por ver cómo se desenvuelve un vaquero americano en tierras italianas. ¡Esto promete!

Hay amores que merecen una segunda oportunidad y otros que es mejor dejarlos volar, en el caso de la historia entre Alexandra Simmons y Jake Maverick, precisaba claramente una segunda parte. Aunque conociéndola, no será un camino de rosas.

Si tuviera que definir en solo una palabra cómo Eva entró en mi vida, diría que fue mi Serendipia (‘Hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa’).

La encontré estando yo algo confusa, tan solo precisaba un consejo. Me regaló su punto de vista, su experiencia y una amistad repentina y sincera. No había coincidido, habíamos conectado. Ahora forma parte de mi universo y eso es precisamente lo que os va a pasar con sus historias, sobre todo cuando leáis esta bilogía. Empezaréis a leer buscando un camino de rosas y acabaréis encontrando un campo de amapolas. Os lo puedo asegurar.

Así que, si estás leyendo esto, es porque tú y yo, de la mano de Eva, nos vamos a la Toscana. Hablaremos a la vuelta…

Manuela Valerio,
Escritora.

Un recuerdo, una fotografía, un sueño… incluso un mísero instante. Cualquier cosa es capaz de tirar por tierra todo el esfuerzo llevado a cabo, todo el tiempo que has malgastado en tratar de recomponer esos pedazos de tu alma que sabes de antemano nunca volverán a unirse por igual. ¡Maldigo ese dolor! Y maldigo ese sentimiento lacerante que te va calando muy adentro, capa a capa de tu piel, hasta arañar en lo más inescrutable de tu ser.

Ahora atañía seguir mi camino sin él, sin Jake Maverick, continuar con la travesía y empezar a olvidarlo de verdad, aunque me pasara la vida entera intentándolo.

1
¡Qué bello es vivir!

(Roberto Benigni, 1999)

ALEXANDRA SIMMONS

La Toscana, verano de 2016

—*Un caffè macchiato, Alexandra*?

Le sonreí al camarero con la mirada y me acomodé en la silla de mimbre cuyas fibras crujieron levemente al notar el peso de mi cuerpo.

—*O si! Grazie, Matteo.*

Desde mi llegada a la pequeña localidad de Pienza en la provincia de Siena, cada mañana destinaba todo el tiempo del mundo a pasear por las callejuelas colmadas de recovecos, balcones y ventanas engalanados de geranios e infinidad de flores, para acabar degustando lento una taza de expreso con una ligera capa de leche y un toque de espuma en su superficie, en la acogedora terraza del Caffe di Volpe, ubicada en el casco antiguo de la ciudad. Así sin prisas, mientras hincaba el diente a un *ciambelle* y me sumergía de lleno entre las páginas de la última novela que estaba leyendo.

A decir verdad, eso fue al principio, solo durante los primeros meses y a medida que mi bebé iba creciendo en el interior de mi útero, mi vientre aumentaba progresivamente de tamaño y yo me encontraba bien.

Sin embargo, eso formaba parte del pasado pues habían transcurrido casi dos años desde que tomé la decisión más dolorosa de mi vida, aquella que determinaba que lo mejor para mi salud mental era poner tierra de por medio (incluso un océano) entre Jake y yo, tras descubrirse mi falsa identidad.

Dicen que el tiempo todo lo cura y que acaba poniendo las cosas en su lugar. Y quizás sea cierto, incluso puede que la distancia ayude a conseguir ese propósito. Salvo porque la cruda realidad es otra cosa distinta, esa en la que después de tanto tiempo sin él, aún no había conseguido arrancar de mi mente los recuerdos que volvían a mí de una forma retorcidamente irracional.

Habían transcurrido dos años…

Dos años sin el sabor de sus besos recorrer mis labios, dos años sin sentir el aroma de su piel impregnada en la mía, dos años sin notar la intensidad de su mirada azul recorriendo lento mi

rostro, dos años sin escuchar el sonido ronco de su voz ni de su risa.

Dos años sin verlo, sin sentirlo, sin tenerlo.

Dos años sintiéndome hueca por dentro, a sabiendas que jamás nadie conseguiría rellenar el vacío que había dejado en mí.

Y a pesar de todo, podría sentirme afortunada pues dos de los pilares fundamentales en mi vida, mi hijo y Nicoletta Ercolessi, habían logrado mantenerme lúcida sin temor a que perdiera la cabeza. E invulnerable, colmándome día a día de nuevas ilusiones, de nuevas certezas. Eso y el dedicarme de lleno a lo que siempre me había apasionado, el cultivo de la vid; en especial la variedad de uva de sangiovese que se mezcla con canaiolo y pequeñas cantidades de mammolo, dando el nombre al Vino Nobile de Montepulciano, añejado en barricas de roble durante dos años y tres siendo reserva.

Sin lugar a dudas, ese era un mágico lugar vigilado por el antiguo castillo de Pulliciano y erigido por una vasta zona montañosa, que es digno de disfrutar, al menos una vez en la vida. Sobre todo, en época de vendimia, cuando el tiempo parece detenerse al observar a los recolectores situados en las andanas frente al liño rectilíneo, desprendiendo cepa a cepa los violetas racimos, depositándolos en los canastos y después en cajas para transportarlos al lagar.

Todo un festival de aromas frutales, florales y especiados al vino.

Debo confesar con la mano sobre el pecho, que la dedicación exclusiva a mi trabajo, a la casa y a Luca, me robaban la mayor parte de mi tiempo y conseguía mantenerme la mente ocupada. No obstante, cuando caía la noche y la calma en el pueblo se manifestaba por todos los rincones de la vivienda y la soledad se adueñaba de mí, mi pensamiento viajaba al rancho de Bandera, en Texas. A querer adivinar qué era de las vidas de Jake, de Dakota y de Thomas. Y si seguían acordándose de mí o, por contra, ya me habían olvidado.

Y así, divagando noche sí, noche también, solía quedarme dormida cuando las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, los párpados me pesaban y el sueño me vencía la batalla.

2
Misery
(Rob Reiner, 1991)

JAKE MAVERICK

Bandera, Texas

Correr hasta la extenuación varios kilómetros al día y el adiestramiento de caballos salvajes se convirtieron en mi tabla de salvación, ayudándome a mantener la mente ocupada la mayor parte del día para no recaer por segunda vez en la excusa de la bebida. La tentación suele ser una mala aliada, cuando las noches sin Alexandra se habían vuelto oscuras, frías y, sobre todo, eternas.

Salvo eso, todo lo demás seguía igual. Misma rutina en el rancho, mismas tareas, mismas caras, mismas riñas con Thomas, mismas… En resumen, habían transcurrido casi dos años y mi vida parecía haberse detenido el mismo puto día en el que ella abandonó mis tierras, por mi culpa, por mi mala cabeza y por mi arrebato de locura. Porque me volví loco, completamente enajenado al saber la verdad, al descubrir que me había estado mintiendo durante meses en mi cara, en mi cama, en mi alma.

Pero la vida debía seguir su curso, sin ella. A pesar de ser la prueba más dolorosa por la que tuve que tratar de salir vencedor… craso error.

3
Cumbres borrascosas

(Peter Kosminsky, 1992)

ALEXANDRA SIMMONS

Debía admitir que mi amiga Nicoletta tuvo razón, al igual que mi madre Angélica, aunque al principio me resultara una elección poco acertada y de cobardes. Pues poner tierra de por medio, incluso un océano entre ambos, no solo ayudaría a alejarme de Jake Maverick, sino que, con el paso del tiempo, además, mitigaría en parte esa imperiosa necesidad de correr a su lado para rogar su perdón y, de paso, mi redención.

Sin embargo, si bien es cierto que, años más tarde, había logrado encauzar la adecuada dirección que debía seguir mi vida junto a mi hijo, pero no la de mi corazón, pues, esa parte de mi anatomía, aún seguía teniendo un dueño, ese enigmático vaquero de ojos grises que me enseñó muchas lecciones de vida, entre ellas, la de reencontrarme conmigo misma, con mi yo más genuino y dejar de ser la sombra de un hombre, la de Harris Mars para empezar a brillar con luz propia.

A fin de cuentas, vivir en Pienza resultó ser como un bálsamo para mi alma; una calma no elegida pero sí bien recibida y un punto intermedio de reflexión espiritual y sosiego emocional. Sintiéndome una privilegiada al residir en un lugar donde los otoños son suaves y algo melancólicos y las maravillosas primaveras prolongan el verde de los prados hasta el verano entre picos agrestes. Te juro que, en el mundo, no hubiese habido un entorno mejor para ver crecer a mi pequeño y respirar hondo, coger impulso o simplemente vivir. Ese quizás fue el paso más difícil… el de volver a sentirme viva, sin Jake Maverick.

***

A eso de las ocho de la mañana, una llamada telefónica me obligó a dejar de preparar el desayuno de Luca y a caminar hacia el salón antes de observar a la pantalla y responder. Era Gina Lombardo, la niñera que se ocupaba del cuidado de mi hijo por las mañanas mientras yo destinaba ese tiempo en llevar las riendas de la empresa vinícola de mis abuelos.

—Buenos días, Alexandra.

—Buenos días —le apremié confundida al tiempo que hacía malabares con la mano libre mientras deshacía la coleta y me ahuecaba el pelo, pues debía hacer acto de presencia en el

despacho en menos de media hora y llegaba tardísimo—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Cómo es que no estás aquí?

—Verás, *mia ragazza*, tengo una congestión de caballo y décimas de fiebre… así que no creo que vaya a poder ir *questa mattina*, incluso en un par de días. No quisiera contagiárselo al *piccolo*.

—¡Vaya por Dios! —musité con hastío maldiciendo a mi mala suerte que siempre estaba de mi lado—. Claro, claro, no te preocupes… Lo primero es lo primero. Recupérate y cuando te encuentres mejor, ya volverás a los cuidados de Luca.

—Gracias, Alexandra, *sei un cielo* —sus palabras de aliento me rechinaron en los tímpanos.

«Sí, sí, claro… ¡Un cielo sin estrellas! ¡Un desierto sin dunas! ¡Un mar sin peces!».

Finiquité la llamada no sin antes resoplar mientras negaba con la cabeza y al hacerlo, vi a mi chiquitín tambaleándose a duras penas con las piernas muy separadas entre sí por culpa de su tierno crecimiento y del pañal, pareciendo dudar a cada paso que daba al ir avanzando hacia mí.

Sonreí y me quedé sin aliento cuando pronunció la palabra «mama» y pinzando con sus deditos a *Bubba*, su inseparable muñeco *doudou* con forma de cabeza de elefante de textura hiper suave a la que iba unida una pequeña mantita en tonos grises. Nada de sonajeros, ni chupetes. Ese fue el primer objeto al que le tuvo apego nada más nacer y que siempre lo llevaba consigo. Tanto era así, que no lograba conciliar el sueño si no era abrazado a él, como si ese trozo de trapo le brindara seguridad absoluta.

—¡Ay, mi vida…! Ven aquí, mi cariñito.

Me acuclillé y abrí los brazos para recibirlo. Luca sonrió de medio lado y mi corazón se saltó un latido. Tenía la misma sonrisa de Jake Maverick, la misma expresión de su mirada e incluso el mismo hoyuelo partiendo el mentón.

Suspiré hondo. Dándome cuenta de que, en el fondo, era imposible pasar página y olvidarme del vaquero por más que pusiera todo mi empeño. A sabiendas que jamás podría borrarle de mi mente, pues su viva imagen seguía latente en mi mente, en lo más profundo de mi corazón y en el angelical rostro de la personita más importante de mi vida, Luca.

—Mama…

Fui incapaz de evitar que se me saltaran las lágrimas.

—Ven, ven aquí, mi tesoro…

Llegó hasta mí y se dejó caer entre mis brazos, lo achuché como a él le gustaba y le comí a besos la cara. ¡Qué bonito era y qué bien olía! Ni polvos, ni colonias. Era casi adictivo, como si ese olor que emanaba de su piel y su pelo, hubiese sido concebido única y exclusivamente para que lo cuidara con todos mis sentidos, incrementando esos lazos afectivos. Olía dulzón, un aroma similar a la vainilla, al pan acabado de hacer, incluso a galletas recién horneadas.

¡Lástima que no pudiera guardar ese olor en un frasco para siempre!

Empecé a hacerle cosquillas piadosas en las axilas y Luca rio a carcajadas.

—A ver… ¿quién tiene cosquillas aquí? —reí con él—. ¿Y aquí?

Mi niño no cesaba en mostrar esos blanquitos dientes de leche tan monos que iluminaban su preciosa sonrisa. Era divertidísimo verlo en acción, pues aún le faltaban algunas piezas por salir de las encías.

—¡Prrrrrrr…! ¡Pffft…!

¡Oh, Santo Cielo! Pero, bueno. ¿Qué había sido eso? ¿Un *pedete* o un volcán en plena erupción?

Pronto, noté como su cara se volvía roja de golpe del esfuerzo y su ceño a fruncirse. Señal inequívoca de lo que estaba por venir: hacer caquita. Te prometo que, en esos momentos de concentración defectiva, parecía haberse reencarnado en Jim Carrey protagonizando *La Máscara*, esa comedia histriónica y de inspiración *slapstick*, con *momentazos* dignos de recordar siempre.

—Ca-ca…

Sin disimulo, Luca hizo popó allí mismo, sobre mi regazo. Vamos, lo normal a esa edad, ya que lo solía hacer en cualquier sitio y ante la presencia de cualquier persona. Constatando de que aún no había desarrollado el sentido del ridículo y eso era algo maravilloso.

Lo cogí en brazos y lo llevé al cambiador a grandes zancadas y sin apenas respirar, pues todo el mundo sabe que el hedor de la caca de un niño, es muy intensa, además de salir el chorro a propulsión, un misterio que roza lo sobrenatural. Además, Luca defecaba tanta cantidad, que solía salirse del pañal. ¡Ni te imagines cuando estaba malito y tenía diarrea…!

Subí a la primera planta, a su habitación y allí, le coloqué boca arriba sobre el cambiador impermeable, le desnudé de cintura para abajo mientras no dejaba de decirle palabras dulces, le retiré el pañal y los excesos de las defecaciones del culito.

—Eso es… así, más limpito, ¿verdad, cielo? —murmuraba al tiempo que le limpiaba la piel con una toallita húmeda—. Vas a quedar como los chorros del oro… ya verás.

Luca me observaba expectante con sus ojos grises muy abiertos mientras le aplicaba crema protectora, le besaba en la planta del pie derecho y le colocaba un pañal limpio.

—*Bubba.*…

Hizo el amago de alargar el brazo tratando de alcanzarlo con los dedos. Algo imposible, pues se le había caído y yacía en el suelo. Con precaución, me agaché un solo segundo y sin dejar de apoyar una palma en su tórax para evitar que se moviera del sitio, pues sería nefasto si cayera desde esa altura.

—Sí, *Bubba* siempre está a tu lado… Aquí lo tienes.

Y antes de vestirle de nuevo con los pantalones, fui incapaz de resistirme a hacerle unas pedorretas en los carnosos muslos, con descaro y sin previo aviso.

¡Madre mía! Te juro que no supe quién las disfrutó más, ¡si Luca o yo!

Dejé a mi chiquitín en el suelo, quien enseguida se sentó encima de la manta de actividades y se entretuvo encajando los siete animales del bosque que componían un gracioso puzle de madera mientras yo recogía todo aquello. Después, anudando una bolsa de basura, cuyos restos

del pañal introduje dentro, me encaminé hacia la papelera al tiempo que marcaba el número de Antonella Rizzo, mi tía segunda por parte de madre y la vicepresidenta de la empresa familiar, o sea, la segunda al mando después de mí.

—*Buon giornio,* Antonella.

—*Signorina* Alexandra, ¿qué pasa? Son casi las ocho de la *mattina* y la reunión con los socios de Tenute Piccola es en quince minutos.

—Ehm… lo sé, lo sé. Por eso te llamo, porque ha surgido un imprevisto en el último momento que me impide llegar a tiempo.

Eché un rápido vistazo a Luca que seguía sumido en su universo ajeno al mundo que le rodeaba y a los problemas que se me venían encima, en tres, dos, uno.

—*E come è?!* —inquirió con voz de pito y altamente enervada—. Alexandra, sabes de buena tinta que nos ha costado sangre, sudor y lágrimas conseguir ese encuentro. ¡Llevamos meses trabajando duro para convencerles de darnos una oportunidad a nuestra propuesta!

—Lo sé, por supuesto que lo sé. Yo misma lo he estado sufriendo en mis propias carnes. Y lo siento…

—¿Entonces? ¿No vas a venir?

Instintivamente negué con un gesto, aunque ella no pudiera verme.

—Me temo que no. Gina hoy no va a poder venir a mi casa para cuidar de Luca. Y…

—*Maledizione!*

Se quedó un instante en completo silencio y yo dejé de respirar por un segundo al esperar la artillería pesada que estaba a puntito de caerme encima.

—No me vengas con excusas, Alexandra. Y arréglatelas como quieras para buscar una solución. Ya puedes echarle imaginación, pero te quiero aquí en menos que canta un gallo. ¿Me he explicado con claridad?

«Sí, por supuesto. En cinco palabras: que me busque la vida».

—No puedo dejar solo a Luca.

—Sin excusas.

—Gina…

—Alexandra Caroline Simmons. ¡Busca-un-puto-canguro-YA!

Solo tardó un segundo en cortar la llamada y dejarme con la palabra en la boca, como de costumbre. Ella era muy de ese estilo imperativo del ordeno y mando. Su temperamental carácter no solía dejar títere sin cabeza ni indiferente al otro.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y abrí los ojos como platos. Maldita sea. ¿Dónde se suponía que iba a encontrar yo un canguro en menos de media hora? Evidentemente acababa de beberme el entendimiento si confiaba en que esa *Misión Imposible* a lo Tom Cruise iba a materializarse.

Suspiré hondo recordando esa famosa frase de «Este mensaje se autodestruirá dentro de cinco segundos», a la que yo añadiría «Eres mujer muerta».

Llené mis pulmones de aire mientras googleaba a la desesperada y sin demasiado entusiasmo en una web denominada «Madres en apuros» con miles de visitas, en la que encabezaba una lista de FAQ de lo más variopinta y un blog de experiencias a cuál más rocambolesca. Me tomé la licencia de husmear un par de segundos antes de darme cuenta de que eso no iba a conducirme a ningún buen desenlace. Debía pensar en otra cosa, lo que fuese. Y debía hacerlo rápido.

«Piensa, Alexandra. Vamos, piensa…».

¡Din, don!

El timbre sonó y di un respingo, sorprendida, centrando mi vista a los primeros peldaños de la escalera de caracol que descendían a la planta baja, tratando de atisbar, sin éxito, quien se hallaba tras la puerta, pues no esperaba visita. Oye, tal vez se tratara de Gina. ¡Ojalá! Crucé los dedos mentalmente, a sabiendas que esa antigua costumbre pagana no servía de nada.

Sin apenas meditarlo, cogí a Luca en brazos, abrí el cierre de seguridad de la barrera de protección infantil y descendí al recibidor por la escalera. Y al encaminarme hacia la puerta de la calle de motivos florales en grisalla[1], una silueta masculina empezó a discernirse a través del cristal. Curiosamente, por lo que pude vislumbrar a simple vista, no se trataba de alguien anónimo para mí.

Abrí la puerta cuyas bisagras chirriaron levemente debido a que los ejes estaban algo oxidados por el paso del tiempo.

—*Ciao*, ¿*come stai*, Alexandra?

—*Ciao*, Marco.

—Dos litros de leche y una barra de cuarto recién horneada… —Sus ojos del color de la miel de eucalipto, entre el ocre y el ámbar oscuro, se desviaron presurosos de los míos para centrarse en el cuerpecito de Luca—. ¡Vaya, pero si está aquí el chiquitín! ¡Qué madrugador! ¡Sí, señor!

—Sí, al parecer precisamente hoy que me ha surgido un imprevisto, le ha dado por empezar la fiesta bien tempranito.

Entretanto Marco Carusso se desvivía en hacerle carantoñas y pellizcar con suavidad a los rechonchos mofletes de mi pequeño, yo centré todos mis esfuerzos en observarlo meditabunda, abandonando toda mi atención en sus marcados rasgos y en su dulce, pero a la vez, traviesa mirada cuando mi enano le robaba alguna que otra sonrisa. Era más que evidente que ambos hacían buenas migas y bien mirado, eso mismo era justo algo que me venía que ni pintado. Quién sabe, quizás fuese el destino o la propia casualidad quién le había llevado hasta mi casa a esas horas, pues acostumbraba a traerme el pedido de la panadería artesana familiar, una hora antes.

Me pasé la mano por el rostro, algo dubitativa. Al final, cogí aire y al expulsarlo, fue el momento de captar su atención.

—Esto… Marco.

La mirada de él y la mía se volvieron a encontrar a medio camino. Crucé los dedos, instintivamente.

—Dime.

—Verás, necesito que me salves la vida —anuncié sin demasiadas florituras y en un arrebato, alargué mis brazos, ofreciéndole a mi hijo, como quien cede la cestita del pan para que elija una onza—. Toma, ten a Luca.

Carraspeó, dudó y me miró ceñudo antes de hacerme caso a pies juntillas mientras lo sostenía por las axilas como si la cabecita de rizos oscuros fuese una bomba a punto de estallar.

Tomé aire y ensanché mis labios en una improvisada sonrisa de medio lado.

—¿Podrías quedarte al cuidado de él en las próximas dos horas?

Sus rasgados ojos se entornaron cuando se le escapó una risita nerviosa que le salió del alma, lo juro.

—Oye, ¿acaso te has vuelto loca, Alexandra? —prorrumpió en un exabrupto—. ¡No tengo ni puñetera idea de cuidar a un niño!

—Se cuida solo, te lo aseguro.

—Gracias a Dios… —Me miró como si tuviera dos cabezas—. ¿Ya sabe cambiarse el pañal solito?

—No, en serio —me reí tontamente y le di una palmadita en el hombro—. No te va a dar problemas. Es un niño travieso pero muy obediente.

Se tomó unos segundos sopesando qué responder.

—Alexandra, vamos, no me hagas esto. Pero si aún no he acabado de hacer la ronda.

Hice oídos sordos a sus quejas y tiré de su brazo con insistencia hacia el interior de la vivienda. Él por su parte, no pareció imponer demasiada resistencia a acompañarme dentro, la verdad sea dicha.

Le llevé al salón y aproveché para darle una clase rápida de cómo cuidar a un niño sin morir en el intento. Ya sabes, cuatro nociones básicas, principalmente aquellas en la que debía velar por su integridad física, sentarse a jugar con él y poco más. Luego le mostré el mueble con ruedas dividido en compartimentos dónde hallaría los pañales a mano y los accesorios para la higiene, para encontrarlos de forma rápida en caso de necesidad.

—Aquí te dejo anotado el número de teléfono de emergencias, el de los bomberos y el mío personal.

—¿El de emergencias? ¿El de los bomberos?

Marco apartó un momento la vista de mis ojos y miró a su alrededor con estos como platos. No me pasó desapercibida su nuez subir y bajar lento en el interior de su garganta. Un cierto halo de pánico acababa de instalarse en su semblante y su cara se contrajo como si tuviera fuertes retortijones en la barriga. En realidad, ¡se había vuelto casi azul, te lo juro! Y parecía estar a puntito de echarse atrás…

¡Oh, no, no, no…!

—Respira, hombre… que lo vas a hacer muy bien, ya verás.

Le palmeé la espalda en plan *colegueo* para quitarle hierro al asunto, porque si se acojonaba, se echaría atrás. Y eso no podía permitirlo bajo ningún concepto.

—Marco, anda, venga, dime que sí, te lo ruego. —Puse mi mejor cara de perrito desvalido; solo me faltó gimotear, menear la cola y darle la patita.

Dejó a Luca en el suelo y se pasó ambas manos por el pelo largo, ondulado y algo despeinado como solía llevarlo. Parecía estar sopesándolo y eso era un mal augurio.

—Joder, Alexandra…

—Venga, Marco, no me hagas suplicártelo.

Lo oí quejarse antes de bufar, luego negar con la cabeza y aceptar mis plegarias a última instancia.

—Vale… No sé quién me mandará meterme en semejantes berenjenales —dijo por lo bajini algo picajoso, pero lo oí.

—¿En serio? ¿Lo harás?

Asintió despacio, no teniéndolas todas consigo y yo sonreí con alivio.

—Está bien, vale… —soltó a regañadientes.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Aplaudí, pues en el fondo sabía que aceptaría. Porque era un tipo que siempre ayudaba a los demás y sin pedir nada a cambio. Le salía ser así. De hecho, él mismo me reparó el invierno pasado las goteras de la buhardilla y, además, sin querer cobrarme un euro—. No sé cómo me las hubiese apañado sin ti. Eres buena gente.

Me miró con una ceja alzada.

—Calla. No digas nada más. No lo estropees o harás que me arrepienta.

—En serio, no es corriente encontrar a gente tan… generosa.

Meneó la cabeza como restando importancia a mis palabras y yo sonreí en forma de agradecimiento. Y sin tratar de aguantar la emoción, aproveché su despiste para alzarme de puntillas y robarle un beso en la mejilla.

—¡Me estás salvando la vida! Nunca sabré cómo pagarte el favor.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse y Marco me miró sin disimulo.

—Bueno… lo cierto es que se me ocurren un par de ideas… —me espetó algo más serio de lo habitual, aunque su pretensión fuese sonar burlón. Sin embargo, el brillo juguetón de sus ojos le delató.

Sorprendida me quedé y me vi obligada a soltar una risita comedida antes de sonrojarme por completo. ¡Vaya con el panadero! ¿Acaso se estaba refiriendo a algo con connotación sexual? ¡Ay, Dios! Me obligué a pasar por alto esa especie de flirteo inapropiado que no tenía ni pies ni cabeza, cazar el bolso casi al vuelo del ropero y las llaves de la cestita del mueble recibidor. ¡Todo en un tiempo récord!

Tomé aire y me acuclillé para achuchar a mi hijo y cerrar los ojos al tiempo que permitía que mis fosas nasales se inundaran del olor dulzón de su pelo.

—Adiós, mi vida. Te quedas con Marco durante un par de horitas de nada. Ya verás cómo en menos que canta un gallo, estaré de vuelta a tu lado. Hazle caso en todo y pórtate bien, ¿vale? ¡Aix! Buen chico.

Se lo expliqué a sabiendas que aún era demasiado chiquitín para entender por completo el significado de todas esas palabras. No obstante, me bastó a mí para quedarme más tranquila y marcharme sin apenas remordimientos de conciencia.

Me despedí de Marco y salí a la calle. Había refrescado, así que me abroché todos los botones de la chaqueta, me anudé un pañuelo de seda al cuello y tras ponerme el casco, monté en mi preciosa Vespa Primavera de 125cc gris perla (siendo el *scooter* por excelencia más conocido en la península itálica al mismo nivel que los Minis clásicos o el VW Escarabajo).

Alcé la vista antes de girar la llave en el contacto, pues un hermoso cielo azul sin apenas nubes me embelesó al instante. Henchí el pecho y enseguida me puse en marcha, conduciendo a través de las callejuelas adoquinadas rumbo a la empresa familiar, por ese delicado paisaje natural que te ofrece el Val d'Orcia. Pueblos abalconados sobre cornisas rocosas; palacetes y viviendas solariegas delimitadas por esbeltos cipreses; colinas y montes; senderos serpenteantes y esos campos de girasoles que comenzaban a florecer en junio hasta principios de agosto, inundándolo todo, derramándose ante nuestra vista como un mar de oro. No en balde esta zona fue incluida en la UNESCO en 2005 como Patrimonio Mundial de la Humanidad.

En veinte minutos exactos ya estaba aparcando la motocicleta en la plaza del *parking*, ahuecándome el pelo con brío y planchando los pantalones de pitillo, al tiempo que me encaminaba rauda hacia la tercera planta, al despacho de Antonella Rizzo antes de entrar a la sala de juntas.

—*Buona giornata!*

—Hombre, dichosos los ojos que te ven.

Mi tía materna puso el grito en el cielo en cuanto me vio aparecer de la nada y no vaciló en acortar las distancias que nos separaba para plantarme dos sonoros besazos en toda la cara, primero en la mejilla izquierda y luego en la derecha. Más tarde, humedeció la yema de su pulgar para limpiarme los restos de pintalabios *rosso* Valentino de mi piel.

—*Presto, stanno già aspettando!*

—¡Oh, Dios mío! ¿Ya están aquí? ¿Ya están en…?

—Sí, sí, sí. En la sala de juntas —terminó mi frase—. Veeeenga, *andiamo*, date prisa, Alexandra. No vayamos a quedar como unas completas palurdas e impresentables en la primera toma de contacto con ellos. Pues además de jugarnos una enorme financiación que nos vendría como anillo al dedo, han venido acompañados por el socio fundador.

—¿El señor Fabio Berlusconi, alias la *momia*?

—El mismísimo.

Parpadeé asombrada.

—Pero no decían que estaba…

—*Morto?* —se rio a carcajadas—. Para nada, cielo. Te prometo que está más vivito y coleando que tú y yo juntas. Ese ser es como Christopher Lambert en *Inmortales*.

—¿En serio? *Oh My God!* ¿Qué debe tener? ¿200 años? —solté de golpe y mi tía se echó a reír.

—Yo diría que alguno más, cielo.

Justo en ese instante, la pillé observando más de la cuenta a una de mis cejas antes de humedecerse el pulgar y pasarlo por esta para peinarla sin recato. A veces pecaba de parecer más mi asesora de imagen que sangre de mi sangre.

—¡Santo Cielo, Alexandra! ¡Por tu padre, no descuides tanto tu aspecto! Suerte que eres preciosa y que eres dueña de una belleza innata, que si no… Hija, últimamente tras el embarazo te estás abandonando un pelín, ¿no crees?

¿Perdona?

Estuve tentada de soltarle: «*Non sei capace di tenerti un cece in boca*», que, traducido al inglés, venía siendo algo así como: 'No tienen el agua en la boca', o sea, ¡que lo sueltan todo y que hablan tanto que no logran ni mantener un garbanzo en la boca!

Me puse colorada *ipso facto*, pues en el fondo tenía su parte de razón. Ya que, entre las horas que echaba en el trabajo, las que dedicaba a mantener limpio el hogar y las de estar al cuidado de Luca, ¡se me iba la vida en un suspiro! Pues todo el mundo sabe que quien mucho abarca poco aprieta… Pero, ¡Ojo! Que no era una excusa barata, ni me estaba quejando, que conste, solo que… que no me daba la vida con todo… ¡Me faltaban horas y, sobre todo, ganas! Pues ser madre soltera, joven y para más inri, primeriza, es lo que tenía.

—*Andiamo*, Alexandra, dejemos la cháchara para otro momento —dijo esta vez más seria, en plan rol jefaza perdonavidas como Glenn Close en *Atracción Fatal*—. Vamos al lío y a conseguir la dichosa financiación que necesitamos como el respirar.

Asentí con la cabeza con convicción, cuanto antes acabáramos con esa pantomima antes volvería a achuchar a mi chiquitín. ¡Aix, ya lo estaba echando demasiado de menos!

Recorrimos la planta en silencio, ella con pasos decididos y los míos algo trémulos.

—*Buongiorno, signore.*

Tres pares de ojos se centraron en nosotras nada más entrar en la sala de juntas. En el acto, dos de los allí presentes tras saludarnos, se levantaron para estrecharnos la mano de forma protocolaria a excepción del vejestorio (con perdón), quien, con cara de pocos amigos, nos escudriñaba a conciencia a través de sus minimalistas y sofisticadas gafas con montura de metal.

—Sean bienvenidos a nuestra compañía La Cerreta Vini Biodinamici Rizzo. Deseamos que hayan tenido buen viaje desde Perugia. —Ella tomó asiento frente a los asistentes y yo la imité.

Ninguno asintió, ni siquiera se esforzaron en reflejar una exigua mueca de agradecimiento. Nada de nada.

—¿Desean café, alguna infusión? —quise romper el hielo, ese que estaba congelando la estancia a marchas forzadas.

—*Ho apprezzato*, pero no —respondió con sobriedad el más joven de los tres, Franco Salvatore. Luego dobló el brazo y de su muñeca apareció un impresionante Panerai en oro rojo. Echó un vistazo a las manecillas y luego añadió—: Debemos estar en París en unas horas y como es lógico, el tiempo apremia. Así que, si no les importa…

—¡Oh, sí, claro! Disculpen, disculpen —agregó Antonella fingiendo una sonrisa.

Más tarde, volvió a mostrarse sobria y sin perder el tiempo, fue directa al grano haciéndoles entrega de los libros contables y las Cuentas Anuales de la compañía.

Sin dilación, se pusieron a hojear las páginas una a una, mientras un silencio pétreo y mordaz empezó a mimetizarse en esas cuatro paredes. Tan frío, tan cortante y tan incómodo que sentí erizárseme la piel. A la sazón, respiré hondo y despacio para no osar en interferir en los pensamientos de nadie, pues hacía rato que percibía el pulso latiendo con fuerza en mi cuello.

¡Ay! Sabe Dios que necesitábamos ese financiamiento externo, sí o sí, pues la última vendimia no fue tan magnánima como esperábamos. He ahí, que me vi obligada a ordenar a Vincent, el jefe financiero, que maquillara las Cuentas para que, en vez de pérdidas, figuraran beneficios.

Empecé a descomponerme por dentro y a notar unos fuertes retortijones en las tripas, cuando esos empresarios empezaron a comentar entre ellos la jugada, señalando aquí y allá en los balances, frunciendo el ceño más de lo que me hubiese gustado apreciar. Y sin darme cuenta, empecé a taconear el suelo bajo la mesa y a notar una leve humedad en mi bigotillo que barrí con el dedo con cierto disimulo.

—Muéstrate tranquila, Alexandra —me rogó mi tía inclinándose en mi oído—. Vamos. Todo está en regla por lo que no hay de qué preocuparse. No te agobies innecesariamente.

Emití un gemido lastimero seguido de un extraño ruidito al tragar saliva con desazón. Mi tía me miró anonadada, como si acabara de ver un marcianito verde.

—Alexandra, ya vale… compórtate, haz el favor.

Asentí mecánicamente con los ojos abiertos de par en par y fijos en esos puñeteros expedientes del demonio y en esos largos dedos que señalaban aquí y allí sin recato.

¡Por todos los Clavos de Cristo! Estaba tan nerviosa que los gases de mi inoportuno trastorno intestinal estaban a puntito de ser expelidos a través del orificio del… ¡Ano! ¡Eso sí que no! ¡No podía pasar bajo ningún concepto!

Apreté el pompis con fuerza y cerré los ojos como si eso sirviera para algo.

Ejem…

Llegados a esta parte de la historia, he de confesarte una cosilla, esa en la que Antonella ignoraba la solemne estupidez que había hecho. Esa parte en la que, a pesar de registrar notables pérdidas en las partidas principales, me había visto forzada a mejorar *sustancialmente* la imagen de la sociedad, faltando con ello al principio básico de imagen fiel. Algo que me perforaba las entrañas y me avergonzaba a más no poder.

¡Madre mía, madre mía! ¿Quién mandaba meterme en esos berenjenales? Te juro que en esos momentos me sentía una estafa de mujer, como profesional y como sobrina. Cazada sin remedio

con la chuleta entre las manos, en pleno examen de final de trimestre.

¡Quise morirme! ¡Quise que me tragara la tierra! ¡Quise transformarme en una insignificante partícula *quark*[2]!

—Antonella…

—Ahora no, Alexandra —me soltó entre dientes sin dejar de esbozar una sonrisa bastante falsa y con los labios apretados.

—Antonella…

—Alexandra… —Giró la cabeza en mi dirección, me clavó los ojos en los míos como estacas y meneó la cabeza contundentemente instándome a que cerrara el pico de una vez. Su cara cambió de expresión—. A-ho-ra, NO.

Sentía el pulso en varias partes de mi cuerpo: en la sien, la carótida, en la yema de mis dedos, en forma de latigazos rápidos y contundentes en respuesta a una taquicardia sinusal[3]. Traté de soltar el aire que había contenido a duras penas en mis pulmones. Sabe Dios que me estaba costando horrores mantener el pico cerrado y no confesar mis pecados; esos remordimientos de conciencia provocados cuando realizas una acción equivocada en base a tu ética y tus valores.

¡Vamos Alexandra! Ya era hora de asumir responsabilidades y liberar esa losa de culpabilidad que me estaba ahogando por dentro y…

—Las Cuentas Anuales, Antonella —susurré apenas sin voz cuando se me escaparon por la boca esas palabras.

Ella me miró entre ceñuda y acalorada.

—¿Qué coño les pasa a las Cuentas Anuales, Alexandra? —soltó un gallito al tratar, sin éxito, de pronunciar esa frase por lo bajini.

Tragué saliva con torpeza y volví a apretar el pompis, ella me miró con aire inquisitivo hasta decir basta.

—¡Habla! —gruñó y alzó la voz desmesuradamente. Y, en consecuencia, los dueños de esos tres pares de ojos dejaron por un instante de evaluar las fraudulentas cifras y se centraron en nosotras.

Mierda.

—Disculpen. Hay algo que no nos acaba de encajar en los informes… —anunció el que, a mi parecer, era dueño de un gesto más amable. Pero, no. Al final demostró ser una arpía como los demás—. Por ese motivo, vamos a solicitar una auditoría externa para verificar la calidad de la información económica financiera que reflejan de la compañía.

¡Tierra! ¿por qué no me has tragado cuando te lo había pedido?

De repente, dejé de respirar, apreté los labios y me quedé paralizada. Noté que debido a la privacidad de oxígeno en mis pulmones me estaba poniendo morada. A esas alturas, me sentía una estafa andante y tan enojada conmigo misma por poner en entredicho la siempre transparencia de la empresa familiar que…, ¡si fuera posible retirarme la palabra a mí misma y

no hablarme en la vida, sin duda, lo haría! Salvo porque eso no era posible. Así que debía aguantar estoicamente el chapuzón y todo lo que sabía iba a venir encima por mi mala praxis.

Me tapé la cara con las manos presa de la vergüenza y la desesperación, pues ya no podía arrepentirme más de haber tomado esa decisión y de haber hecho semejante disparate. Me reprendí mentalmente, dándome cuenta de que había obrado como una autentica boba.

—*Va bene, in accordo,* lo que necesiten.

Mi tía que era perro viejo y había cazado al vuelo por donde iban los tiros, esos en los que había amañado la contabilidad sin ser plenamente consciente de los pormenores, actuó diligente, ofreciéndoles la posibilidad de buscar ella misma un auditor de cuentas imparcial, objetivo y de total confianza. Ellos tras debatirlo entre sí, aceptaron, en garantía a sus palabras. Y yo, al fin, pude respirar hondo de puro alivio, hasta que mi tía me lanzó una mirada afilada con subtítulos implícitos de «Tú y yo, tenemos una conversación pendiente».

Minutos más tarde, cuando los empresarios se disponían a salir de la sala, el *abuelete* echó el ojo a un recipiente muy *cuqui* que había junto a la moderna cafetera de cápsulas en un módulo de tres cajones y ruedecillas. Mismamente, con aire distraído, eligió un caramelo mentolado, le quitó el envoltorio de plástico que lo recubría y se lo llevó a la boca como si se hubiese metido nada, en días, entre pecho y espalda. Después, empezó a chuperretearlo con deleite y a relamerlo con unas ganas desmedidas, segundos antes de inducirse una tos seca y a ponerse morado más rápido que lo que tarda un chino en pestañear.

Todo el mundo se quedó en *shock* sin saber muy bien qué hacer, así, plantaditos y estáticos como si representaran el nacimiento de Jesús en un Belén viviente. ¿Hola? ¿En serio? ¿Tanto traje, tanta palabrería refinada y tanta distinción por doquier y a la hora de la verdad, no servían para nada?

Así pues, ni corta ni perezosa, al comprobar que el hombre iba a morir de asfixia si nadie ponía remedio, me coloqué estratégicamente detrás de él, rodeé el tronco con mis brazos, cerré el puño y lo ubiqué entre el ombligo y la apófisis xifoides. Apliqué un impulso firme hacia adentro y hacia arriba. Y, ante la impertérrita mirada de todos, inicié la conocida Maniobra de Heimlich, ejecutando entre cinco y ocho comprensiones abdominales, hasta que el arma homicida salió autopropulsada como una bala e impactó entre ceja y ceja en el más joven, a puntito de dejarle tuerto de un ojo y con la obligación de casarme con él. Salvo por el desgarrador grito de dolor de Franco Salvatore y las Cuentas impostoras, casi defeco allí mismo del esfuerzo por culpa del señor *pedete* que se me escapó, de esos silenciosos, de los que miras alrededor con cara de: «Yo no he sido, pero sí, ¡aquí huele a muerto!», mientras que los demás defienden su inocencia.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué vergüenza, madre mía!

Mi tía me miró de arriba abajo abochornada por la surrealista escena que estaba presenciando sin dar crédito.

—*Grazie per avermi salvato la vita, bella signorina* —eructó el *abuelete*, alias *la momia*, mientras recomponía el aliento a duras penas, el pobrecillo acababa de regresar de entre los

muertos.

Y con ese sincero gesto, no pude evitar ruborizarme y sonreír feliz para mis adentros al comprender que acababa de promover mi buena acción del día y quizás del año.

Abandoné las dependencias de la empresa vinícola y regresé al pueblo de Pieza en motocicleta, justo después de aguantar estoicamente el sermón de Antonella por haber impostado los números. Puede que esperara una protesta por mi parte, salvo porque esta nunca llegó. Le di la razón en todo, pues era así como lo sentía. Y, además, le pedí mil perdones. Desde el preciso instante en que vi la expresión de disgusto pintada en su rostro, ya me estaba arrepintiendo de todo el quebranto que había ocasionado a la compañía y del ultraje a su confianza. Reprendiéndome a mí misma por haberlo promovido mientras sentía el corazón latiendo en las palmas de mis manos y me quedaba emocionalmente hecha polvo.

Aparqué la moto en la entrada y mientras me quitaba el casco, rompí el paso hacia la puerta, anclé la llave y entré dentro. Pronto, un dulce olor a miel me dio la bienvenida nada más pisar el suelo veteado de madera de nogal del salón. El corazón se me saltó un latido y luego, me martilleó con fuerza el pecho cuando vi a mi chiquitín pegar zambombazos con la baqueta a las ocho láminas de colores de un xilófono infantil. Entretanto Marco, tendido a su lado, canturreaba: «*L'elefante si dondolava*».

—Dieci elefanti si dondolavano. Sopra un filo di una ragnetela. Trovando la cosa molto interesante. Vanno a chiamare un altro elefante.…

Y yo no pude evitar emocionarme como una tonta sin quitarles el ojo de encima, pues resultaba ser una escena muy tierna, casi tan bonita como la de los espaguetis de La Dama y el Vagabundo, junto al restaurante de Tony mientras comiendo del mismo plato, sin darse cuenta, terminan dándose un beso.

Suspiré profundamente.

Nunca había caído en la cuenta de que Luca empezaba a hacerse mayor y que, tal vez, al ser más consciente de su entorno, podría necesitar a una figura masculina. Si bien es cierto que todo el mundo sabe que la materna es fundamental para el desarrollo emocional y afectiva del niño, también lo es la paterna.

Abrí los ojos como platos al notar una molesta punzada tras las costillas dándome la voz de alarma. ¿Y si por puro egoísmo le estaba privando de ese maravilloso privilegio a Luca? ¿Y si a la larga eso generaba unos devastadores efectos secundarios en su personalidad? ¿Y si por promover una familia monoparental no iba a ser capaz de rellenarle ese vacío emocional?

Puede que por culpa de esas dudas existenciales que explotaron sin contar con mi beneplácito, algo despertó esa mañana en mi interior. Y para colmo de males, eso me hizo la zancadilla para ver a Marco de otra forma distinta. No sabría cómo explicarlo, pero ese día se despertó un afecto del que aún no estaba preparada a sentir.

¡Oye, no pongas esa cara, te lo ruego!

Yo no he dicho que estuviese buscándole un padre a Luca, en absoluto. Ni siquiera un

compañero de piso, ni una relación amorosa, nada de eso. Solo que, no sé, que quizás empecé a fijarme que el panadero era alguien que tenía dos ojos, dos brazos, dos piernas y… ¡una sonrisa de las más expresivas y sinceras que había visto nunca!

—¿Te unes a nosotros, Alexandra?

—¿A cantar?

Me sonrojé ligeramente y le miré con los ojos muy abiertos. Nunca cantaba, ni siquiera bajo la ducha, por temor a que diluviara, pues te prometo que entonaba igualito a un grillo mojado.

—Vamos, ven. —Se levantó cuan alto era y me mostró la palma abierta. Luego movió los dedos instándome a que me cogiera de su mano—. Venga, no seas tímida.

Me pellizqué distraídamente el lóbulo de la oreja, despejando la duda. Esa situación en apariencia tan *normal*, entrando de lleno en el terreno más íntimo y personal entre conocidos, me hizo replantear demasiadas cosas. Como que no debía entrar en tierras pantanosas sino quería quedarme embarrada a la primera de cambio.

—¡Ey, huele de maravilla! —cambié de tema rauda, por si las moscas—. ¿Has hecho *panforte sienés?*

En Siena es muy popular ese postre. Su fácil elaboración a base de derretir azúcar, miel y chocolate, para después añadir frutos secos y fruta antes de hornearlo, hacían las delicias de los desayunos en todas las casas vecinales.

Vi a Marco haciendo un mohín.

—¿Estás esquivando mi proposición, Alexandra?

—Ehm, no. ¡No, qué va! —bajé la voz un octavo y después le sonreí con los labios apretados.

En un arrebato que no vi venir, mientras sacudía la cabeza y me tapaba la cara con las manos, me cogió de una y después, tiró de mi brazo hacia él.

—Mira a tu pequeñín.

Y eso hice. Lo miré y enseguida se me quitaron las tonterías de golpe. Miré sus rechonchas mejillas sonrosadas, el precioso brillo de sus ojos y la media sonrisa que se le dibujaba a cada instante. ¿Hace falta mencionar que me derretí en tres, dos, uno…?

—No tienes excusas para cantarle.

Silencio.

—No, no las tengo.

—Tampoco debes pensar tanto. Piensas demasiado.

—No, no lo hago.

—A veces las cosas más simples, las que no damos valor, son las que más nos llenan el alma.

Le sostuve la mirada y noté un nudo en el estómago. Tenía razón. Luca era lo más importante de mi vida y haría cualquier cosa por él. Todo.

—Vamos, ven aquí con nosotros —me dijo animadamente y me convenció para que me sentara en el suelo junto a ellos.

Luego doblé las piernas en forma de indio, besé en el pelo a mi pequeño e hinchiendo el pecho, seguí por la estrofa que Marco estaba cantando. Me miró, nos miramos y ensanchó la sonrisa, una preciosa sonrisa de oreja a oreja.

Y ese fue justo el instante en que fui consciente de que acababa de hundir media pierna en el lodo… ¡Maldita sea! Ni de lejos eso entraba en los planes.

---

[1] Grisalla, es una técnica pictórica basada en una pintura monocroma que produce la sensación de ser un relieve escultórico. Fue puesta de moda por diversos pintores en el siglo XIV, quienes la emplearon en bocetos y dibujos preparatorios para lograr un efecto de relieve mediante un claroscuro muy matizado, haciendo diversas gradaciones de un solo color, generalmente gris o amarillo oscuro, buscando un color lo más cercano posible al de la piedra.

[2] Los *quarks* son las partículas más pequeñas del universo, básicas e indivisibles. Según la ciencia, estos quarks, son parte del espacio que ocupan, de manera que su forma depende en gran medida de la perspectiva.

[3] La taquicardia sinusal es uno de los trastornos del ritmo cardiaco que se manifiesta por una aceleración de los latidos del corazón, más de 100 latidos por minuto. Se denomina sinusal porque aunque la frecuencia cardíaca es más rápida, el corazón sigue funcionando normalmente.

4
La máscara del zorro

(Martin Campbell, 1998)

JAKE MAVERICK

—¿Entonces se puede decir que esta ha sido la última sesión para Dakota?

—Eso mismo.

Heather Johnson, la psicóloga y especialista en la terapia miofuncional, había tratado durante varios años las dislalias por ceceo de mi hija, pues según diagnosticó en su día, había sido producido por el abandono tardío del chupete y en su sustitución, el pulgar.

—Y como también lo es, la necesidad de una ortodoncia.

Asentí mientras miraba de reojo a Dakota e insuflaba aire a los pulmones de puro orgullo por esa enana; por el gran esfuerzo demostrado hasta lograr comunicarse con éxito con los demás. Era toda una campeona. ¡Sí, señor! ¡De los pies a su cabecita morena llena de rizos!

—Oye, Dakota.

Mi hija dejó lo que estaba haciendo para prestar toda su atención en Heather.

—Toma un dólar para comprarte un refresco en la máquina expendedora de la salita de al lado. Mientras, tu padre y yo hablamos a solas un momento.

—¿En serio?

La doctora asintió.

—Y… ¿Y puedo tomarme uno de cola, papi?

—Claro, cielo. Esta vez, te lo has ganado con creces.

Ambos le sonreíamos complacientes.

—¡Yupi, gracias! ¡Gracias! —respondió ya casi desde la otra punta de la estancia. Daba gusto oírla hablar sin arrastrar las palabras ni mascullar tantas zetas.

En cuanto Heather y yo nos quedamos a solas, la doctora aprovechó el momento de intimidad para incorporarse de la butaca, rodear la mesa escritorio y sentarse en la misma silla que segundos antes estuvo ocupada por Dakota. Cruzó las piernas despacio, en una posición muy femenina, todo hay que decirlo, dejando entrever parte de su tonificado y sensual muslo izquierdo.

Sin lugar a dudas, estaba de más informarte de que ella era una mujer que sabía muy bien realzar sus encantos, esos que eran obvios a ojos de todo hijo de vecino. Y, que, además, ni

siquiera se esforzaba en hacerlos explotar hasta la extenuación.

—¿Y bien? —quise saber, aunque me oliera por donde iban a ir los tiros—. ¿Qué es eso tan privado que debes contarme y que Dakota no puede estar presente?

Ni siquiera meditó la respuesta, tenía muy claras las ideas y así las manifestó sin irse por las ramas. Y te juro que eso, a veces, asustaba viniendo de una mujer así, como ella, de armas tomar.

—Supongo que eres consciente de que, desde ahora mismo, en este preciso momento, ya no ejerzo como terapeuta de tu hija.

—Sí, así es —dije sin pensar.

Entonces fue cuando ensanchó su sonrisa a la par que percibí cierto halo de travesura en sus gatunos ojos verdes.

—En ese caso, Jake Maverick, sabes lo que viene después.

La miré ceñudo.

—Que ya no te quedan excusas, pues las has gastado todas. Y ya ni siquiera puedes echar mano del comodín del público. Cero, ninguna.

Me miró sin apartar la mirada, directamente en una actitud insinuante. Algo que me llamó mucho la atención y que me dejó paralizado, sin saber muy bien qué responder a eso. Pues, en mi vida, que yo recordara, únicamente se habían cruzado en mi camino dos personas capaces de atravesarme con la mirada y después dejarme sin habla.

Una de ellas era la pelirroja que tenía ante mí y la otra, la dulce Alexandra Simmons.

—Me prometiste que…

—Te prometí que el mismo día que Dakota Maverick no ceceara, te llevaría a tomar una copa para celebrarlo —inquirí con mi rostro inexpresivo, pues sabía perfectamente lo que en su día le prometí; solo que, por desconfianza en la medicina o en mi propia hija, creí que ese momento no iba a llegar nunca.

Me equivoqué.

Conque, no tuve más remedio que ordenar mis pensamientos, resabiando las alternativas, barajando posibilidades, teniendo muy presente que estaba a punto de meterme en camisa de once varas. Debía pensar en todo, en los pros y en los contras. No me seducía la idea de que ella tuviese tan claro que quería empezar una relación amorosa conmigo. Y la cuestión era que yo aún no estaba preparado para cruzar esa delgada línea.

Ni de coña iba a traspasarla…

—¿Y bien?

—Soy un hombre de palabra —respondí autómata, sintiéndome acorralado y la presión pudo con la situación, echando por tierra todas las divagaciones versus nosotros de hacía tan solo unos segundos. Esas en las que trataba de autoconvencerme que el ir a tomar una copa con una mujer atractiva, inteligente, independiente y a quien le gustaba llevar la batuta, no tenía por qué derivar a nada serio.

—Eso está bien, Jake —sonrió con una mirada triunfante—. ¿Me recoges a las diez?

—¡Papiii…! Ya he acabado.

«¡Uf! Menos mal, salvado por la campana…».

Dakota entró en la consulta dando saltitos como si sus piernas tuviesen muelles, igualitas a las del Inspector Gadget. Pronto acabó sentándose en mi regazo y al colgarse de mi cuello y acurrucar su cara en mi pecho, pringar mi camisa negra, esa de algodón que me costaba la vida planchar y dejarla medio decente, del refresco de cola que chorreaba de sus labios.

Entretanto, yo seguía observando a Heather por el rabillo del ojo, taciturno, asaltándome mil dudas y también las ganas de darme de cabezazos contra la pared por la solemne estupidez que estaba a punto de cometer, esa de saltar al vacío y sin paracaídas.

A la hora acordada me presenté en la casa de la doctora en Lockhart. Me planté delante de la puerta con la intención de llamar al timbre, no sin antes, sacar la mano del bolsillo para pasármela por el pelo, luego por la nuca y finalmente acabar pulsando el botón. En esta parte de la historia debo confesar que estaba algo nervioso.

—Buenas noches, Jake.

De repente, las dudas empezaron a disiparse en cuanto salió a la calle. Aquella noche estaba distinta, haciéndome cuestionar dónde había abandonado a la Heather que conocía y la había reemplazado por la que tenía ante mí. Sería porque no iba uniformada con aquella bata blanca de líneas rectas que invalidaban cualquier curva de una mujer. O tal vez fuese por el vestido negro lencero de espalda al descubierto, que concentraba en esa parte de su anatomía una sensualidad impetuosa.

Sin lugar a dudas, o a mi modo de ver, yo lo atribuía más a una cuestión de actitud, que de estética. Pues se puede vestir *sexy* y, sin embargo, no serlo.

Heather lo era. Y para mi desatino, demasiado. Ella era de esas mujeres que irradiaban un halo distinto y se salían de los cánones establecidos.

Nos miramos unos instantes y la descubrí repasándome de arriba abajo despacio; analizándome.

—El azul te favorece, Jake. Puede que nunca te hayas dado cuenta de que realza el de tus ojos —dijo ella abiertamente y con franqueza, recolocándome el cuello de la camisa. Y sin que sirviera de precedente, yo le dediqué una sonrisa ladeada con cierta cautela, tanteando lo que debía decir.

—La verdad es que soy bastante básico para ese tipo de cosas. No suelo prestarme demasiada atención, ni me considero nada vanidoso en cuanto a mi aspecto físico se refiere.

—Pues haces mal —chasqueó la lengua contra el paladar y me miró con cara risueña—. Aunque suene a tópico, para querer a los demás, antes uno debe quererse a sí mismo, a pesar de todo.

La escuché con atención. Y sí, puede que estuviese en lo cierto y que en algún momento del pasado me hubiese empezado a descuidar, a olvidarme incluso de mí mismo, a dejarme de tenerme en cuenta. Incluso puede que, en esos momentos solo fuese el vano reflejo del instante

en que jodí mi vida, cuando impuse a la mujer que amaba por encima de todo, a marcharse de mi vida y no volver jamás a mi lado.

Aparté la mirada en el momento exacto en el que el peso de sus palabras, cayeron sobre mí en un inesperado mazazo. Sobrecogiéndome por dentro en un sabor agridulce, al darme cuenta de que la herida del recuerdo de Alexandra aún seguía abierta en canal.

—¿Te apetece ir a la taberna dando un paseo?

—Me apetece —levantó la vista al oscuro cielo espolvoreado de estrellas que se alzaba sobre nosotros y a la Luna de plata iluminando el camino.

Anduvimos en paralelo, hablando despreocupadamente de cualquier cosa menos de trabajo y de Dakota. Y, además, pactamos no monopolizar la conversación en temas trascendentales para no profundizar en nada en concreto. La intención principal era la de desestresarnos, sin mayor pretensión, al menos esa noche.

Pronto entramos en The Firehouse Pub, un bar retro en dos niveles en el que garantizaban un buen espectáculo a sus lugareños con música en vivo; en donde podías disfrutar de todos los estilos, desde el *rock* hasta el *blues* y el *country*. Esa noche, en la azotea, cuando nos sentamos en una de las mesas que encuadraban el escenario, junto a la pista de baile mientras el grupo Taking Back Sunday tocaba su canción *Cute without the E,* pedimos un Manhattan y una cerveza bien fría.

Recuerdo claramente quedarme absorto mirando la banda, como embobado, sumido en mis propios pensamientos, desconectando por completo del mundo que me rodeaba, incluso de mi acompañante, anclado una vez más, en los recuerdos del pasado.

—Cuéntamelo.

—¿El qué?

—Cómo era ella.

«Ella». Repetí para mis adentros y enseguida los músculos de mi mandíbula se tensaron; el dolor nubló momentáneamente mis facciones pues me sentí aturdido cuando mis pensamientos vagaron a su libre albedrio, a los recuerdos que mantenía intactos en mi mente de Alexandra. Los mismos que, a pesar del tiempo, seguían calados muy adentro, aunque me empeñara en que simplemente fuese el resultado de un espejismo resbaladizo e imposible de discernir. Engañando a mi mente, haciéndome creer que lo nuestro, eso tan bonito que teníamos, nunca hubiese ocurrido. Pero, ocurrió. ¡Vaya si ocurrió! Por más que me empeñara en fingir que no me importaba, su ausencia me dejó tocado y hundido de por vida como en aquel juego infantil de batalla naval, en el que el oponente, entiéndase el destino, hundía una y otra vez todos mis barcos, haciéndome perder la partida.

—¿Ahora además de logopeda eres psicóloga?

—No, qué va.

Su boca se curvó en una media sonrisa mientras se quedaba en silencio un segundo, si prefería morderse la lengua y callar o por el contrario responderme sin ironizar el asunto.

—Creo que se me da de lujo observar a la gente, además de escuchar —hizo hincapié con vehemencia y yo opté por guardar silencio; uno que, a la mínima, ella destronó sin argucias—. Háblame de ella.

—¿Por qué ese repentino interés por Alexandra Simmons? —carraspeé sin disimulo y me mantuve con el gesto serio.

—No es repentino.

Bajó la vista a su copa y luego respiró profundo y sus fosas nasales se dilataron.

—Verás, creo que ha llegado el momento de confesarte una cosa. —Di un sorbo y después me retomó la mirada—. Hace tiempo que me reconcome… la curiosidad. Saber cómo es la mujer que no te permite levantar cabeza y seguir adelante. Porque debe ser muy… especial.

—Ya veo, ya —me limité a responder soltándolo sin demasiado entusiasmo, clavando mis ojos con firmeza en los suyos—. O sea que la excusa principal de tomar una copa juntos y celebrar el alta médica de Dakota, era esta y no otra.

—No sé de qué me hablas.

—Que el verdadero motivo de esta noche es el de corroborar las habladurías del pueblo, esas en las que no me dejan en buenas condiciones y me catalogan de ser un gilipollas —solté con la voz ronca, descendiendo una octava mientras, sin dejar de sostenerle la mirada, bebía a morro de la botella. Luego me pasé la lengua por los labios para barrer la espuma que se había quedado prendida en la comisura de estos.

Forzó una carcajada.

—Bueno, si te refieres a si los vecinos te han adjudicado la medalla del malo, malísimo de la película. Sí, así es.

Solté una risotada nerviosa. Joder. Estaba al corriente de que la gente de Bandera era muy cotilla y que, además, le costaba poco hacer conjeturas sobre vidas ajenas sin importarles una mierda las heridas que provocaban con sus acciones. Pero, ¡que me aspen! ¿Acaso resultaba tan complicado aplicarse el dicho de «Vive y deja vivir»? ¡Hostias! Por esas y otras razones que no vienen al caso, a veces detestaba vivir en un pueblo tan pequeño y no en una gran ciudad como Manhattan, donde podías arrebujarte en tu propio escenario, sin sentirte constantemente vigilado o prejuzgado.

No me pasó desapercibido el atisbo del deseo de conocer al dedillo toda la verdad de mano del antagonista de la historia. Lo vi pintado en sus grandes ojos verdes sumada a la grandilocuencia intención de arrancarme los pensamientos de cuajo, uno a uno. Sus gestos la traicionaron. Quien sabe, tal vez había llegado el momento oportuno y la persona adecuada que merecían ese homenaje por mi parte. La verdad sea dicha, a esas alturas, ya daba lo mismo abrirme en canal ante ella que seguir martirizando mi alma en soledad hasta lo indecible.

¡Qué narices!

Apoyé el codo en la mesa y di un nuevo trago tan profundo que por poco me atraganto. No había hablado del incidente con nadie, salvo con Thomas y Roy.

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme, eso lo dejo a tu elección, no quisiera presionarte —reafirmó despreocupada mientras acariciaba lentamente el borde de la copa, jugueteando con la yema de su dedo índice la superficie—. Y solo si estás convencido de ello.

Respiré hondo y me pasé la mano por el pelo. El problema vino cuando ni siquiera sabía cómo empezar. En mi cabeza resultaba una ardua tarea esa de ordenar las palabras, los sentimientos y los hechos acaecidos. No paraba de darle vueltas a todo, conque opté por empezar a hablar, sin decidir qué y cómo iba a soltar toda esa porquería, pues echar la vista atrás tiene la fea costumbre de remover las entrañas.

—Desde el fallecimiento de Megan, mi difunta mujer, nadie había despertado en mí las ganas de… —empecé a decir y el ambiente se tornó enrarecido; mi pulso se agitó—, de ilusionarme… de hacer planes a largo plazo… de…

«Mierda. Mierda. Mierda».

Suspiré. Oteé a mi derecha y luego a mi izquierda, buscando con la mirada al primer camarero que se cruzara en mi campo de visión. Alerté con la mano a uno que pasaba en ese preciso instante cerca de nuestra mesa. El alcohol para esas ocasiones resultaba ser como un bálsamo, transformando como por arte de magia a las cosas complicadas en livianas.

—¿Me pones otra, por favor?

—Claro. —Lo tecleó en el comendero electrónico.

—¿Quieres otra, Heather?

—No, gracias. De momento estoy bien así.

Asentí y en cuanto volvimos a estar a solas, ella intervino.

—La debiste amar mucho.

—Demasiado.

Bajé la cabeza un instante a la botella y como no quedaba brebaje que engullir, empecé a rasgar la etiqueta hasta conseguir arrancarla del vidrio por completo.

—¿Demasiado? ¿Eso es posible? —cuestionó ella—. O se ama o no se ama.

Sonreí con los labios apretados, mientras un sentimiento de tristeza absoluta me invadió sin poder evitarlo. Sí, era cierto, pues no se puede amar a medias tintas. Amé a Alexandra Simmons con todo mi ser, en cuerpo y alma; incondicionalmente hasta las mismísimas entrañas. Y aposté por nosotros, por lo que sentía, por cómo me sentía cuando estábamos juntos; por cómo yo era cuando estaba con ella. Porque, tras mucho tiempo sin sentir una mierda por nada ni por nadie, logró que me enamorara de ella, por completo. Hasta que se jodió todo; hasta que lo jodí todo.

—Jake, creo que ha llegado el momento de romper una lanza a tu favor, pues las bases de una relación sólida jamás deberían asentarse sobre pilares revestidos de mentiras. Y que, conocer la verdad, por mucho que nos hiera, siempre es la mejor opción. Y no otra. Siempre es mejor que vivir en la ignorancia.

De golpe noté cómo un fuerte nudo se formaba en mi garganta.

—Es como intentar encajar una pieza redonda en una cuadrada, es imposible.

La doctora se envalentonó y me cogió del antebrazo, acariciando mi piel expuesta que quedaba por debajo de la manga doblada de la camisa; se me puso de gallina.

—Has debido de sufrir mucho —buscó de nuevo el contacto visual conmigo sin dejar de acariciar mi brazo. Su calidez humana no me pasó inadvertida—. Desgraciadamente, lo sé por experiencia.

Se hizo un silencio incómodo, algo violento que, por respeto a ella, no quise enturbiar más con incómodas preguntas. Me decanté por mantenerme al margen. No es que no me importara, en absoluto, sino que no me apetecía hurgar en su herida.

Sin embargo, Heather añadió forzando una sonrisa.

—Sé que encajar un desengaño de esa magnitud es horrible. Porque, déjame decirte que los secretos se crearon con el firme objetivo de hacer daño.

Tres horas más tarde, un par de birras después y un paseo agradable con Heather Johnson tras acompañarla de vuelta a su casa, me di cuenta de que había hecho lo correcto. Soltar el lastre, confiar en alguien ajeno a mi círculo más íntimo, o simplemente dialogar, ayudó, aunque en ese momento no fuese cien por cien consciente de ello.

—Gracias por acompañarme esta noche, Heather. Ha sido toda una revelación inesperada.

—La noche no tiene por qué acabar aún. ¿Te apetece tomar esa última copa dentro?

Nos detuvimos frente a la puerta de su casa. Y mi reacción inmediata fue echar un vistazo a la vivienda de dos pisos, a la fachada de piedra fragmentada, a los grandes ventanales de cristal. Y luego me uní de nuevo a sus chispeantes ojos verdes.

Confieso que la invitación era muy tentadora. La gran sorpresa de la noche vino al reconocer ese punto de inflexión en el que el interés por ella como mujer, viró por completo. Ni siquiera negaré el tonteo intencionado que hubo entre ambos. El mismo que en condiciones normales, sería el detonante perfecto para acabar entre sus sábanas.

Salvo porque no iba a empezar nada estando bajo los efectos del alcohol. No porque me arrepintiera después, sino porque los remordimientos de conciencia me echaban para atrás. Hasta donde yo recordara, me consideraba un tipo de principios.

—Me temo que lo estás sopesando demasiado, Jake Maverick. Mi intención no es la de coaccionarte, pero quiero que te quede claro que me gustaría que entraras.

La pelirroja dio un paso al frente, acortando las distancias y sin amedrentarse apoyó la palma sobre mi pecho, deslizándola despacio por encima de la ropa, como si la estuviera planchando con la mano.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Dio un nuevo paso, este aún más decidido que el anterior, dejando implícita su declaración de intenciones. Sonrió provocativa. Apenas nos separaban unos centímetros el uno del otro y el olor

de su perfume me aturulló en parte los sentidos. Miré sus labios, esos carnosos y en forma de corazón que pedían a gritos ser cubiertos por los míos.

—No pienses tanto, Jake —soltó con naturalidad y se puso de puntillas tomando la iniciativa.

Estábamos tan cerca el uno del otro, que se me secó la boca cuando respiré a través de su aliento. Tanto, que, si me movía un mísero milímetro, nuestros labios estaban predestinados a fusionarse en uno solo. Entonces, un repentino estremecimiento me recorrió la espalda de arriba abajo al pensar en Alexandra y por un instante me sentí culpable por tener ganas de besar a Heather.

—Es evidente que quiero besarte, Jake, pero prefiero que tú también lo desees.

No le respondí, pero tampoco puse impedimento cuando sus templados labios me pillaron desprevenido. Permanecí pasivo. No porque no los esperara, sino porque la situación que estaba naciendo entre nosotros se me estaba escapando de control y también lo que ese beso iba a provocar, a desencadenar en mí. Pues en el fondo, en mi interior, sabía que aún no estaba preparado para volver a comprometerme sentimentalmente con nadie.

Me aparté dando un paso atrás.

—Creo que debería irme.

—¿Acabas de hacerme la cobra, Jake Maverick? —bufó y articuló con una sonrisa solemne, aunque no se correspondía con su mandíbula en tensión y el ensombrecimiento de su semblante.

—Lo siento, Heather.

Acababa de dar calabazas a una mujer preciosa, además de *sexy* e inteligente. Y era plenamente consciente de que cualquier hombre en mi lugar hubiese aprovechado ese momento. Me dolió en el alma la expresión derrotada de su cara, pero no debía dejar que unas cervezas nublaran mi juicio. Empezar algo con ella, sintiendo lo que aun sentía por Alexandra Simmons, ni era justo, ni quería que saliera mal parada.

—De veras que lo siento.

Me pasé una mano por la cara, frotándola, desviando por un momento la mirada en sus ojos que me observaban maldicientes. La clavé en el suelo, junto a la puntera de mis botas de piel y después, se la retomé.

—Yo no soy el indicado —traté de decírselo con todo el tacto que supe medir. Creo que el suficiente, pues su rostro se dulcificó cuando la besé en la frente y retuve mis labios unos segundos sobre su piel.

Ella contuvo la respiración.

—No puedes tenerlo tan claro.

Respiré profundamente y me separé. La miré a los ojos.

—Vamos, entra en casa, Heather, es tarde.

Guardé las manos en los bolsillos del pantalón, aniquilando cualquier acercamiento y la posibilidad de sucumbir a la tentación de su mirada, esa que me incitaba a ser yo quien la besara esta vez.

Nada de reproches. Joder. Nada de nada, por lo que me sentí aún peor, más penoso, aunque eso no sirvió para echarme atrás, sino mantenerme en mis trece. Lo peor de todo fue su temple y la ausencia de reproches.

Siguió mis indicaciones sin queja y entró en la vivienda. Y yo me quedé unos instantes allí, plantado, observando a la puerta, pensativo, zambullido en un manojo de dudas. Minutos más tarde ya estaba caminando calle abajo hacia mi Gran Torino. Habían caído cuatro gotas y no ignoré el olor a humedad de las calles invadiéndolo todo. Una vez encendí el motor, puse un CD aleatorio de grandes éxitos de Bruce Springsteen. El reproductor se inició por *Secret Garden* y pisé el acelerador mientras daba golpecitos al volante al ritmo de la canción.

Conducir era relajante, algo así como ese bálsamo que lograba calmar la bestia que habitaba en mí. Eso y el fumarme un pitillo, o dos.

Al llegar al rancho, en cuanto puse el pie en la árida tierra, me di cuenta de que la temperatura había descendido unos grados. Se podía oír el viento soplar a través de los árboles, en una especie de vibrato, sacudiendo y desgarrando el aire a medida que pasaba por entre sus ramas y hojas.

Estrujé la colilla con la suela de las botas y al encaminarme al porche, vi luz en la segunda planta, en la habitación de Thomas. Algo que me extrañó pues eran pasadas las tres de la madrugada. Mi amigo Roy Jones y María Guadalupe se habían quedado aquella noche al cuidado de Dakota y mi padre, quien tras haberle diagnosticado un glioblastoma multiforme fase 4, el más agresivo cáncer cerebral que se conoce y haber probado mil y un tratamientos contra viento y marea (sesiones de radioterapia y quimioterapia oral a base de Temozolamida), su vida se redujo a esperar la llegada de su muerte. Pues llegamos a un punto, en el que los especialistas nos aconsejaron de poner los pies en el suelo y dejar de esperar un imposible, pues el tratamiento fue puramente paliativo no curativo, para mejorar los síntomas que le hacían sufrir, tales como desmayos, trastornos en el comportamiento y el nivel de consciencia que iba disminuyendo progresivamente. Todo eso se había convertido en el pan nuestro de cada día.

Y al no detectar una esperanza razonable, ni de mejora, tras poner en una balanza los pros y los contras, al final se decidió entre todos en detener el tratamiento para no dilapidar la agonía hasta el resto de sus días.

Una realidad a gritos que aún no estaba preparado a asumir y que me había emparanoiado desde que supe la temida noticia.

Me sobresalté cuando unos gritos fragmentaron el aire de la propiedad, cuando anclé la llave en la cerradura y recorrieron de arriba abajo las paredes e, hicieron temblequear el esqueleto hormigonado de la estructura.

—¡¿Quién coño eres?! ¡¡Suéltame, quítame las manos de encima, hijo de Satanás!!

—Thomas, soy Roy. ¡Mírame, soy yo!

Mis pies echaron a correr todo lo deprisa que fueron capaces, dejando atrás la puerta de par en par, atravesando la primera planta a grandes zancadas, ascendiendo las escaleras, saltando casi de

tres en tres los peldaños.

Mi mirada se nubló cuando entré como una locomotora sin frenos a la habitación, pues lo que vi me desgarró el alma. Vi a Roy tratando de sostener a mi padre desnudo a excepción de unos calzoncillos. Y a María Guadalupe con una jeringuilla en la mano a la espera de instrucciones para clavársela en el brazo. Imagino que era de haloperidol, un antipsicótico que nos había recetado el neurólogo y que previene la psicosis, calma a los pacientes y los ayuda a dormir. Instintivamente me tapé la nariz con la mano. Olía fatal, la habitación de mi padre olía como cuando remueves el estiércol de las vacas.

—¿Qué está pasando aquí?

Intervine sin saber muy bien a qué me estaba enfrentando.

—¡Ayúdame, Jake! Joder… ¡No puedo solo con él!

Ni siquiera me lo pensé, acudí a su lado y entre los dos conseguimos reducir al viejo Thomas. Estaba encolerizado, fuera de sí. Amenazando con pinchar con un abrecartas a todo el que osara acercarse a menos de un metro de él.

Entonces fue cuando me percaté de todo lo que estaba pasando a mi alrededor. La razón por la que olía tan mal el lugar. Mi padre había defecado en el suelo y luego se había dedicado a esparcir con la mano la mierda por las paredes, como si de un lienzo en blanco se tratara.

—¡¿Otro?! ¡¿Quién cojones eres?! ¡¿Otro que ha venido a matarme?! ¡¡¡Malditos cabrones!!!

Me quedé en *shock*, literalmente. Nunca le había visto comportarse de esa forma. ¡Parecía más un animal salvaje al que acaban de liberar de una jaula, que un ser civilizado y con dos dedos de frente! Despotricaba pestes por la boca, no dejaba de amenazarnos verbalmente y para colmo de males, había perdido la capacidad de reconocernos. A sus ojos, éramos unos completos extraños para él. ¡Sufría delirios!

Te juro que fue una experiencia aterradora, una que no deseo ni al peor de mis enemigos, superando con creces cualquier película de terror de las del maestro Hitchcock. Pues vivirla en tus propias carnes y, además, sentir la desolación recorrer todas las terminaciones de tu cuerpo, fue devastadora. Como un puto tsunami arrasando todo a su paso, destruyendo toda realidad, reduciéndolo todo a la nada.

Partiendo en dos todo lo que, hasta ese momento, pese a todo, había tratado de mantenerse firme y entero, mi corazón.

5
Mary Poppins
(Robert Stevenson, 1964)

ALEXANDRA SIMMONS

Una sonrisita maliciosa se instaló en la cara del panadero del pueblo.

—Marco, no te rías, por favor. No se trata de una broma, te lo estoy proponiendo muy en serio.

—¿Niñero de Luca?

—Bueno, niñero suena un poco a Mary Poppins; paraguas abierto; maleta con un sinfín de accesorios en la otra mano y destilando magia a diestro y siniestro.

—Magia no, pero dicen que echo unos polvos mágicos que alucinas.

—¡Marco! ¡Está Luca!

Abrí mucho los ojos, le pegué un santo manotazo en el brazo y luego le llevé a rastras a la cocina, internándonos dentro, pero con la puerta abierta desde donde podía ver a mi hijo, para tener más intimidad.

Levanté la cabeza y le miré fijamente, lanzándole una mirada asesina.

—Creo que acabo de arrepentirme de lo que acabo de proponerte.

—Anda ya, ¿por qué? ¿Por decir eso?

Se había apoyado en la isla de granito de la cocina y yo le respondí cruzando los brazos bajo mis pechos.

—¿Qué tiene dos años?

—20 meses.

—Créeme, es demasiado pequeño para comprender la ironía de ciertas conversaciones adultas —sonrió de lado mordiéndose el labio inferior—. Además, ¿qué otra opción tienes? Necesitas que te eche esa mano, sí o sí.

Evalué sus palabras. Ninguna opción. Era cierto, por mucho que me pesara, no tenía ninguna alternativa. O Marco se quedaba al cuidado de Luca unas horas por la mañana mientras no lo hiciera Gina, o yo no podría desplazarme a las oficinas vinícolas. Eso era algo que no podía permitirme, o más bien, que mi tía no iba a permitirme bajo ningún concepto.

Marco me miró expectante, quería una respuesta.

—¿Y bien?

—Estoy pensando.

—No pienses tanto.

Cazó una naranja de la cesta de mimbre que había a su derecha y con el dedo índice hizo un agujero por el que empezó a pelar la fruta. Luego se llevó un gajo a la boca y empezó a comérsela tranquilamente. Que se mostrara así, tan relajado y con el marrón que yo tenía encima, me enervó muchísimo.

—Deberemos fijar normas —dije con cierta acritud.

—Ningún problema.

—Y horarios.

—Lo pillo.

—Y un salario acorde con…

—Alexandra, no te preocupes tanto por los detalles sino por los resultados. No es la primera vez que hago de canguro. Te recuerdo que he criado a un par de sobrinos y algún que otro vecino. La reputación me precede, así que cuidar de Luca no debe ser tan complicado. Además, creo que me he ganado con creces un merecido voto de confianza a mis evidentes capacidades.

Se metió el último gajo de naranja en la boca y después se relamió con la lengua una lágrima de jugo que se había desprendido de la comisura de sus labios.

—¿No prefieres que por una vez en la vida alguien te eche una mano?

—Siempre me las he arreglado sola.

—Eso está muy bien, Superwoman. Pero hay momentos en la vida en los que uno ha de saber cuándo necesita ayuda, venga de donde venga. Y no por eso se es menos capaz. —Me guiñó un ojo y luego prosiguió—: Las oportunidades cuando se presentan, hay que cazarlas al vuelo. Además, míralo por la parte práctica: tendrás pan y repostería recién horneados gratis todos los días.

Suspiré y él ensanchó una sonrisa traviesa y algo ladeada, porque sabía que me tenía cogida de pies y manos. ¡Me cachis! Lo sabía. Así que dejé de sopesar tantas hipótesis y ceñirme en despejar la incógnita. ¿En qué momento había olvidado algo tan básico como que dos más dos son cuatro?

Tomé aire, inundando los pulmones de oxígeno y luego lo liberé despacio.

—Vale —cedí respondiendo con la boca pequeña.

—¿Ves? ¿A que no ha sido tan difícil?

—Espero que cumplas las expectativas.

—No solo eso… —dijo como si fuera una obviedad y se separó del borde de la isla, anduvo dos pasos y aprovechando que el cubo de la basura estaba cerca de mí, me dribló y encestó las pieles sobrantes. Luego me susurró al oído—: sino que las voy a superar… con creces.

—Entonces parece que tenemos un trato.

—Eso parece.

Un asentimiento de cabeza selló nuestro acuerdo verbal. Le vi desfilar como «Pedro por su casa» a través del arco de ladrillo en dirección al salón. En serio, verlo caminar era todo un

espectáculo. Nunca antes había reparado en que sus pasos eran una mezcla entre Johnny de *Dirty Dancing*, el experto y seductor profesor de baile y Arnold Schwarzenegger en *Terminator*, por lo de ser tan grandote y a la vez, tratar todo el tiempo en no parecer un elefante entrando en una cacharrería. Inevitablemente, el suelo cubierto de tablones de madera con su pátina antigua, crujió bajo la suela de sus deportivas.

Se situó frente a Luca quien se distraía deslizando las ruedas de un tractor por el mullido sofá en tonos merengue a juego con el techo entramado de vigas pintados del mismo color. Se acuclilló para darle un abrazo y más tarde levantó su cabeza y me mostró las palmas de sus manos, ocultando dos de sus dedos.

—Mañana a las ocho.

Asentí y arrugué la nariz observando el contorno de su ancha espalda antes de marcharse de mi casa.

Suspiré.

Punto positivo para Marco Carusso, ese de no gustarle dar vueltas a las cosas e ir siempre directo al grano. Yo, en cambio, por mi naturaleza *poco arriesgada*, era más de analizar las cosas, de sopesarlas hasta aburrirme incluso a mí misma. Dada mi experiencia en la vida y años de entrenamiento, había aprendido a no cometer demasiados errores para no tener que remendarlos con aguja e hilo después. O al menos, aparentar ante los demás que tenía todo bajo control, para que nadie sospechara que la mayor parte de las veces, mi yo exterior era mera fachada; un milimétrico y estudiado envoltorio para no reflejar mi interior, mis miedos y lejos de lo que a simple vista pudiera parecer, de lo indecisa que solía ser.

Mi móvil sonó y al estar sumida en mis pensamientos y en cierto panadero moreno y de ojos color miel, pegué un brinco.

—*Buongiorno, signorina.*

—¡Ay, Nicoletta! ¡Qué sorpresa oír tu voz de nuevo!

—Lo sé, lo sé, cielo —trató de excusarse a pesar de que se le notara risueña y feliz por su tono —. Te pido disculpas antes de que me eches la caballería encima, que ya nos conocemos.

Se rio y su risa chispeante tan nítida me transportó en volandas a través del hilo telefónico como si estuviera allí mismo conmigo y no al otro lado del charco.

—Eso seguro, me conoces demasiado bien, tanto que apuesto que sabes qué cené anoche.

—*Panzanella*.

—Increíble… —teatralicé como si hubiese acertado, que no fue el caso; poco que me costaba robarle una sonrisa. Cené un trozo de *pizza* recalentada que había sobrado del día anterior y no *panzanella*, ese plato típico hecho con pan duro, tomate, cebolla roja, albahaca, vinagre, sal y aceite.

—¿Ves? Si es que ya lo decía *mia nonna Filippa*, eso de heredar sus dotes de pitonisa y también mi mala suerte para los hombres.

—Sí, en eso último debo darle la razón a tu *nonna*. No das tres en un burro.

Volvió a reír y yo cambié de tema.

—Hace días que no sé de ti. Me tenías muy preocupada.

—Puedo imaginarlo.

—No, no puedes —le sermoneé—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Por qué no he sabido de ti en todo este tiempo?

—Porque estaba preparando algo.

—¿El qué?

En ese preciso momento, alguien llamó al timbre de la calle.

—¡Oh, espera un segundo! Acaban de llamar y voy a abrir la puerta, seguro que será el cartero. No tardo nada.

—Vale.

Salí de la cocina, crucé el salón y cuando abrí la puerta y me di cuenta de quién estaba al otro lado con una sonrisa de oreja a oreja, casi me da un infarto de felicidad. ¿Eso era posible? Nicoletta Ercolessi estaba ante mí, con su bronceada piel tostada en las playas de Santa Mónica y su melena más rubia que nunca.

—¡Sorpreeeeeesa!

Su sonrisa se ensanchó y sus brazos se abrieron en un gesto muy gracioso. Yo en cambio me quedé unos segundos petrificada en el sitio, como si me hubiesen echado cemento en los pies y acabara de solidificarse.

—¡Ahhh! ¡Santo Cielo! —grité como una posesa, mezcla de risa y arrebato de locura transitoria, cuando me cercioré de que no era un espejismo ni producto de algún alucinógeno que hubiese espolvoreado por error en el guiso, me abalancé contra su cuerpo, colgándome de su cuello.

—¿Qué haces aquí? Será posible… ¡¿Por qué no me has avisado?!

Dimos saltos de alegría abrazadas, emulando el baile de San Vito, entre los dos maceteros de cerámica florentina a ambos lados que franqueaban el paso a la casa.

—Si te hubiese avisado, me hubiese perdido ¡tu cara de petarda! Igualita a la de la prostituta Vivian Ward interpretada por una jovencísima Julia Roberts, cuando Edward Lewis o el guapísimo Richard Gere se lo muestra y bromea cerrando la caja cuando ella admira el collar. En dos palabras a-lu-ci-nan-te.

—¡Esa es una palabra y no dos, Nicol! —me reí con ganas y la estrujé todo lo más fuerte que pude contra mi cuerpo.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me parecía estar viviendo un sueño, una maravillosa locura. Mi amiga estaba allí, en ese preciso instante, conmigo.

El corazón me latía tan rápido que pensaba que me iba a explotar de júbilo.

—Nic-col…

Nos separamos cuando Luca, a solo unos metros de distancia, articuló su nombre a trompicones. Y yo creí morir un poquito más. Por favor, en serio, ¿se podía ser más bonito?

Sorbí los mocos y me retiré los gruesos lagrimones.

—¡Ohhh, *porfa please*, mi chiquitín! —Oía como le decía Nicoletta a mi niño mientras me rodeaba para ir a su encuentro subida a sus estilosos Manolo Blahnik de vertiginosos quince centímetros—. Mírale… si es que, si es que…

Ahora en serio, no adiviné cómo lo hizo, pero logró doblar las rodillas, alzar a Luca en volandas y dar vueltas sobre sí misma como una peonza, sin apenas esfuerzo, dejando al mejor contorsionista del Circo del Sol como un mero principiante.

Los ojos de ambos brillaban como si en ellos se reflejaran las estrellas del firmamento, aunque fuese por la mañana y por las ventanas de esa casa, lo único que entraba, eran los rayos de luz de un templado día de verano.

—¡Ay, mi mini vaquero! ¡Mi mini Maverick…! *Mamma mia!* ¡Pero qué grande te has hecho en mi ausencia! ¡Coño, qué luceros! ¡Menudo ojazos tan azules tiene mi chico!

Sin presagiarlo, los párpados se me volvieron a inundar de lágrimas cargadas de emoción. Me sorprendí abrazándome instintivamente a mí misma mientras los veía juntos, derritiéndome sin poder evitarlo.

—Auguro que vas a ser todo un rompe bragas cuando seas mayor. Ya puedo ver a *Mamá Osa* yendo a comprar con una recortada con la intención de ir espantando a las lagartonas, como si de moscas se trataran, a cañonazos. ¡Bang, bang! ¡Bang, bang!

Luca empezó a reír como nunca lo había visto antes, en el mismo instante en que mi amiga empezó a hacerle cosquillas en los pies y pedorretas en la barriga cada vez que le alzaba la camiseta.

Se me acababa de cortar la respiración al verlos así, tan míos, tan ellos. Cuestionándome si pudiera existir en el mundo algo mejor que notar tu pecho golpear con fuerza las costillas como el canto de unos tambores africanos de pura realidad. Mi corazón no tardó en dar respuesta a ese enigma, esa en la que Jake Maverick era el perfecto coprotagonista de la historia y me sorprendí desear eso después de tanto tiempo.

Medité un segundo y negué con la cabeza para desterrar esos absurdos pensamientos de mi mente. Él y yo nunca volveríamos a estar juntos. Esa historia ya estaba demasiada anclada en el pasado. Si hace casi dos años prefirió perderme a perdonarme, estaba claro que no fui lo suficientemente importante para él; que nuestro amor no fue lo bastante fuerte para soportar esa prueba del destino.

—¿Limonada? ¿Te apetece limonada casera, Nicoletta?

—¡Por *Dior*, sí! Estoy muerta de sed. No recordaba lo calurosa que es la Toscana en esta época del año. —Se abanicó con la mano y después la aleteó, espantando algo—. ¡Ni recordaba tantas moscas juntas, ni lo asquerosamente pegajosas que son!

—Sí, es verdad —le respondí de camino a la cocina—. Parece que hayan puesto todas de acuerdo para emigrar juntas a esta parte del Planeta.

La oí reír tras de mí mientras yo me dedicaba a lavar cuatro limones, pelarlos, quitarle las pepitas, trocearlos, poner los gajos en el vaso de la licuadora, añadir agua, triturarlos, colar la pulpa y añadir azúcar y cubitos.

—Toma, Nicol.

Agarró el vaso de cristal como si le fuera la vida en ello y, sin apenas respirar, empezó a beber de forma compulsiva todo el refresco.

—¡Mmmm… qué rica, por favor! ¡Es casi orgásmica!

—Despacio, cielo. ¡Vas muy deprisa!

Pasó poco rato antes de quejarse, y con razón, del malestar de un dolor punzante en la sien y en las muelas; estimulación de los nervios naso ciliares, lo denominan los entendidos.

—*Oh, che cazzo tu metti a la limonata, Alex?* —gritó a pleno pulmón al tiempo que no cesaba de reír a carcajada limpia. Esa risa briosa y pegadiza que había echado tanto de menos y que en más de una ocasión había pensado que los médicos estaban locos por no patentarla y recetarla en cápsulas como medicina contra la depresión a todo el mundo. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no romper a reír con ella—. ¡A punto has estado de congelarme el cerebro! ¡A ver si te crees que estás en el Ártico y me has confundido con un pingüino emperador!

Puse los ojos en blanco e ignorando lo que venía a continuación, pues con ella todo era deliciosamente imprevisible. Ni corta ni perezosa, se puso a caminar en medio de la cocina al estilo Chaplin, en esa manera inconfundible que tenía el cómico de caminar con los pies hacia afuera, marcando las nueve y quince y haciendo piruetas con un bastón imaginario.

Era tan graciosa y divertida que podía permitirse esa licencia sin recaer en lo absurdo.

Minutos más tarde, ya estaba ayudándola a deshacer la maleta sobre la cama de la habitación de invitados, esa que estaba en la última planta y haciendo planes a corto plazo para recuperar el tiempo perdido y disfrutar ambas de la compañía de la otra. Una nunca acaba de apreciar las cosas o las personas que tiene a su lado, pues damos por hecho que estarán para siempre, a sabiendas que el tiempo es un bien efímero. Y si a eso le sumamos que la normalidad suele ser la peor aliada al futuro, solo nos queda aprender a valorar en su justa medida aquello que de verdad nos importa.

6
Magic Mike

(Steven Soderbergh, 2012)

JAKE MAVERICK

—¡Me cago en todo lo que se menea!

Acababa de resbalárseme un vaso de entre mis manos mientras lo sacaba del lavavajillas y se hacía añicos, estallando en mil pedazos y formando un jodido caos alrededor de mis pies.

—Maverick, tío. Una de dos, o de golpe te has vuelto tan torpe como Ukel de *Cosas de Casa*, o tus manos en vez de dedos, parecen haberse reemplazado por un catálogo de pollas de lo torpe que son.

Mis ojos se clavaron en Roy. Joder, pero, ¿de dónde sacaba esas idas de madre? De verdad que era el puto amo de las sandeces y yo que me alegraba, porque juro que me hacía la vida menos insufrible.

—O tres: alguien está pensando en ti.

—¿Que alguien está pensando en mí?

Vamos, con la mano en el pecho, que yo recordara, a menos que estuviese bajo los efectos del alcohol, nadie me había fiado dinero, ni me había acostado con la mujer de ningún pringado. Repito: que recordara. Así que, mis remordimientos de conciencia y mi hombría, seguían limpios.

Enfurruñado y con esos pensamientos asaltando mis dudas, dejé de mirar a mi amigo y pasar de él tres pueblos, para centrar todos mis esfuerzos en buscar la escoba y el recogedor en el cuarto de la plancha y poner algo de orden a todo aquel estropicio.

Aunque, Roy Jones era quien tenía el don de meter la bola en el hoyo más lejano como el golfista Tiger Woods y de conocerme como si me hubiese parido mil veces, se echó a reír guasón antes de continuar tocándome las narices, en vez de tratar de sacar tensión al asuntillo.

—¿Problemas en el paraíso, vaquero?

—Roy… no hagas que me arrepienta de ser tu amigo.

Rumié algo antipático y le esbocé con desdén una sonrisita maquiavélica a lo Chucky, El muñeco diabólico, aunque su tono de guasa a punto estuvo de hacerme reír.

—¡Vamos, alegra esa cara, hombre! Solo se ha roto un vaso, no has descuartizado a nadie.

Haciendo oídos sordos, me doblé un poco para barrer los trocitos, juntarlos y después lanzarlos al cubo de la basura, con tiento de no dejarme ninguno pues a Dakota de un tiempo a esta parte había adquirido la mala costumbre de ir descalza todo el santo día.

—Y a Alex… ella también solía ir descalza.

Me detuve en seco al darme cuenta de que mis pensamientos habían volado hacia ella, quien solía caminar sin zapatos, para sentir el temple de la madera en la planta de sus pies, sin dejar de referenciar los innumerables beneficios que aportaba, como el ser una terapia antiestrés. Alegaba que pocas cosas superaban el caminar descalzo por la orilla de una playa, o sobre la hierba recién cortada o permitir que la húmeda tierra del campo se enredara entre los dedos después de una fina lluvia de verano.

—¿Alex solía caminar descalza? —me preguntó extrañado y bastante confundido—. ¿Aún sigues pensando en la morena?

Miré detrás de mí. Roy esperaba una respuesta.

—No sigo pensando en ella, porque nunca he dejado de hacerlo.

Traté de que mi voz sonase lo más cuerda posible, a pesar de no conseguirlo pues acababa de formárseme un doloroso nudo en la garganta. Pensar en Alexandra Simmons aún escocía demasiado, su recuerdo todavía no estaba sanado, la brecha que dejó en mi corazón seguía intacta. Y puede que la culpa fuese mía. Porque quizás seguía sin estar preparado para que la herida cicatrizara del todo.

Detestaba hablar de ella y no porque no la tuviese en mente cada jodido día de mi vida, sino para evitar lacerarme más, hacer como si lo nuestro nunca hubiese pasado, además de convertirme en un mero pusilánime, limando las enquistadas asperezas de mi alma.

Me incorporé y le indiqué con un gesto que se hiciera a un lado pues tenía que abrir el armario para lanzar los cristales al cubo de la basura.

—Nunca me lo habías dicho.

—Nunca me lo habías preguntado.

—No me jodas, Jake. Hay cosas que no hace falta preguntar.

—Cierto.

Le observé directamente.

—Estoy bien, ¿vale?

—Es obvio que no.

—Se me pasará.

Negó con la cabeza.

—Hace ya casi dos años que no sabes nada de ella y sigues teniéndola en tus pensamientos. ¿Qué han de pasar? ¿Mil putos años?

—Roy, tío. Será mejor que zanjemos el tema. En serio —le insistí con algo de brusquedad. Estaba empezando a perder la paciencia y no quería enmerdar más el día.

—Oye, si lo prefieres, te lo diré de un modo más sencillo, para que te entre en esa cabecita texana: necesitas con urgencia echar un buen polvo para quitarte todas las tonterías de golpe.

—Rooooy, joder…

—Ey, ey… un momento, Maverick —alzó el dedo índice y se lo llevó a los labios en señal de silencio—. Tengo un mensaje solo para ti.

—No te sigo.

—Chist, vaquero —bufó—. Pa-ci-en-cia.

Así, sin venir a cuento, Roy sacó su iPhone del bolsillo trasero de los pantalones y se puso a teclear en la pantalla con una sonrisita traviesa en los labios. Yo me crucé de brazos a la espera. Pronto, la canción *I want it that way* de los Backstreet Boys empezó a entonar los primeros acordes de guitarra mientras que mi colega, el muy cabronazo, decidió parodiar con todo lujo de detalles, el bailecito *hot* de Big Dick Richie interpretado por Joe Manganiello en Magic Mike XXL. ¿Recuerdas cuál? ¿No? Sí hombre, aquel que seducía a la cajera de una gasolinera. ¡Qué carajo! Te juro que incluso tuve que frotarme los ojos cuando sin ningún tipo de pudor, empezó a mover las caderas en modo *sexy* y a poner el trasero en pompa al ritmo de la canción. Ni tampoco pude desternillarme de la risa cuando se plantó delante de la nevera, escogió una botella de agua, acarició con ella todo su cuerpo, hizo volar el tapón de plástico por los aires y se la derramó por encima de la cabeza, como si se tratara de las cataratas del Niágara, empapando su pelo y la camiseta blanca, que primero se adhirió a su torso y más tarde se la arrancó de su piel y la hizo trizas ante mis desorbitados ojos, sin miramientos.

Jodida capacidad innata que tenía el tío para levantarme el ánimo y hacerme llorar de la risa sin apenas malgastar esfuerzo. ¡Que me aspen! ¿Quién podía negarse a querer a ese merluzo desde la piel hasta en los huesos? Haciendo memoria, casi, casi, desde la cuna, ya me empezó a dar por culo (en el buen sentido de la palabra), a encabronarse en hacerme la vida más llevadera, más… sencilla y espontánea, evitando que teorizara por todo. Con que, se había esmerado hasta lo indecible en que no despilfarrara mi tiempo en darle tanto al coco, es decir, instruyéndome a simplificar las cosas. Según él, así se lograba vivir más despreocupadamente.

—¡Bravo! Eres bueno, jodidamente bueno… —Aplaudí enérgicamente varias palmadas al aire —. No sé qué coño haces limpiando mierda en mi rancho, cuando bien podrías haberte quedado en Las Vegas y ganarte la vida en el incendiario espectáculo de Magic Mike Live.

—A que sí.

Realizó divertidos gestos en plan forzudo como el de tensar los músculos de sus bíceps mientras empuñaba la mano, que a tenor de tenerlos como un melón cantalupo gracias a las arduas tareas del campo y que en dos ocasiones había hecho alarde de su fuerza en innumerables pulseadas (igualito que Sylvester Stallone en «Yo, el Halcón») del condado de Texas, quedando segundo y tercero en la competición.

—Vístete, anda, que al final con tus insinuantes contorsiones vas a conseguir ponérmela dura.

Roy se carcajeó sin filtro y yo aproveché para lanzarle a esa cara de pillo un trapo de cocina con unos divertidos dibujitos de tractores azules.

—¿A que te he impresionado?

Negué con la cabeza mientras me mordía el labio en un acto reflejo para no sonreír.

—¿Es así cómo seduces a tus ligues?

—A veces.

Se quitó la humedad del pelo con el paño.

—¿Y lo consigues?

Alcé una ceja suspicaz, exageradamente.

—A veces.

—¿Con Nancy?

—No, qué va. A mi mujer hace mucho tiempo que la tengo comiendo de mi mano y no necesito grandes hazañas para que picotee las migajas que dejo en el suelo —argumentó restándole importancia a ese hecho, el mismo que hacía entrever que el primer plato, la estrella, seguiría siendo para las tías que se iba tirando cada vez que le picaba la punta del nabo.

—¿Sigues comiendo fuera de casa?

—Maverick, coño, habla con propiedad.

Entrecerré los ojos, era evidente que me refería a si seguía siéndole infiel.

—¿Que si sigo tirándome a otras?

—¿O al final has sentado la cabeza? —me adelanté a su respuesta.

Rescató un par de cervezas de la puerta de la nevera e hizo saltar ambas chapas para ganar algo de tiempo y no soltar lo que iba a revelarme a la brava. Tras echar un vistazo a la etiqueta y darse cuenta de que estas eran sin alcohol, meneó la cabeza en desaprobación, pero, aun así, me entregó una y bebió a morro de la otra.

—Te contaré un secreto.

—Soy todo oídos.

Me apoyé en el borde del mármol de la isla y di un trago a la botella para disfrutar con todos los sentidos de esa experiencia organoléptica, aunque fuese un sucedáneo de cebada sin gota de destilación.

—Desde la rubia italiana de piernas kilométricas, no ha habido más.

Para mi sorpresa, recibir su confesión a corazón abierto, provocó que escupiera en un abrupto tras atragantarme con la efervescencia de la cerveza que estaba despreocupadamente paladeando, para después dejar la cara de mi amigo chorreando por completo.

—¿Nicoletta Ercolessi?

—Sí, la misma. La amiguita de tu morena. —Se pasó la mano por la cara para retirar el baño de cebada y yo me detuve algo de tiempo en analizar sus gestos mientras él me miraba de reojo con aire acojonado.

—¡Hostias, Roy! No jodas.

Se me quedó cara de bobo al oírle confesar eso, sin dar crédito.

—Sí, colega, es un asco. ¡Un verdadero asco…! —Me guiñó un ojo, apuró la cerveza y barrió con la punta de la lengua la espuma que se le había quedado aferrada en el labio superior—. Me pillé hasta los huesos por la rubia como un puto adolescente.

Para qué engañarnos, no supe que responder a eso. Nunca le había visto así, parecía confundido y a la par tan abatido. Claramente, en cierta manera, tal vez ese es el resultado de jugar con fuego, ya que al final acabas quemándote, dándote donde más dolía. Y me supo mal verle en esa tesitura, la del cazador cazado y reducido a un simple e indefenso corderito.

Me puse tenso. De hecho, en el fondo le entendía, ¡vaya si le entendía! Pues yo me sentía igual; jodidamente igual. Hasta que Alexandra Simmons no se fue de mis tierras, no comprendí el alcance de cuánto la necesitaba en mi vida. Así que, llegados a este punto, fingir que no sentía nada, solo había llevado a mentirme a mí mismo, no al resto. Y, por lo visto, con toda esa mierda debía seguir mi día a día; cargando con esa mochila a la espalda, con esa gabela emocional que no me dejaba seguir adelante con paso firme, sino cojeando a cada paso que pretendía dar.

¡Todo eso era una jodida locura!

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Se encogió de hombros, como si realmente le sudara tres pueblos todo.

—¿Y tú, Maverick?

—¿Qué pienso hacer yo al respecto con Nicoletta? —bromeé, haciéndome el desentendido, como si no estuviera al corriente de que se estaba refiriendo a Alexandra.

Se rio y me pegó un santo y sonoro puñetazo en la tripa.

—Con tu morena, joder, Jake. ¿Qué piensas hacer tú con tu morena?

Observé a mi amigo. Esperaba una respuesta que no iba a darle, porque hasta yo mismo tras planteármela miles de veces, desconocía.

—Vamos, no me respondas con una pregunta, Roy —quise salir por la tangente, airoso. No estaba de humor para abrirme en canal y enfrentarme a mis emociones—. Está feo eso de cederme el testigo.

—¿Nunca has pensado en ir en su búsqueda? ¿Hablar con ella, confesarle lo que sientes y tratar de arreglar todo lo roto?

¡Joder, sí y maldita la hora! Por supuesto que me lo había planteado, cada jodido día de mi vida y desde el mismo puto instante que desapareció de la mía. Pero las cosas no suelen ser tan sencillas. No como en las pelis o en las novelas de amor con final feliz. ¡No me fastidies! La vida real es aplastante y abrumadoramente distinta. Uno no puede pretender romper una relación de la forma tan ruin que lo hice yo y esperar a que la otra persona te reciba con los brazos abiertos bajo el embrujo de la romántica melodía de *Love Story* y vomitando purpurina por la boca.

Uno debe saber cuándo la ha cagado y asumir sus errores. E ahí donde residía todos mis problemas, tratar de normalizar una situación impugnable y latente. Equilibrar mi existencia,

salvo porque la báscula siempre oscilaba hacia el lado del raciocinio y no al de la valentía para dejarme llevar.

—Ni siquiera has sido capaz de tirarte a la pelirroja doctora en mi honor, la misma que no me importaría hacerle un par de favores para averiguar si todos los pelos que recubren su exuberante anatomía, son del mismo color.

—¡Dios, Roy! Luego no te quejes si te llamo cerdo.

Puse los ojos en blanco y sonreí de medio lado.

—Luego no me des las gracias por convertirme en un payaso de circo, hacerte reír y levantarte el ánimo. Debería empezar a cobrarte las sesiones de risoterapia.

—Pongo en duda que pudiera pagarte lo que haces ni con un millón de pavos.

—Podrías pagar tus deudas en carne, Maverick y lo sabes —bromeó y su voz sonó delirantemente a una interlocutora de una línea caliente. Me rodeó los hombros con sus brazos—. Para tu *info*, no suelo cobrar tarifas muy caras. Incluso podría ofrecerte una tarifa plana.

—¡Plana va a ser la santa hostia que te vas a llevar cuando te arree con la palma abierta en la cara si sigues jugando con fuego! Estoy hasta las pelotas de ese rollito gay que no te pega nada. No sé qué le has visto de gracioso a eso de imaginarnos juntos haciendo cerdadas. ¿De eso va?

—No. Va de ponerte frenético. Trastocarte. Desestabilizarte.

—Vamos, de tocarme los huevos.

—¿Acaso lo dudas? —se mofó de mí con una sonrisita maléfica—. A eso se le denomina tener sentido del humor. ¿Sabes qué es eso?

—Vagamente y la verdad es que hace tiempo que me suda los cojones todo —ironicé.

Negó con la cabeza.

—Error. Deberías soltarte la melena más a menudo, amigo. —Se puso serio—. Dejar a un lado al tío formal. Al amigo complaciente. Al padre cálido, cariñoso y cercano que todo lo puede. Al hijo ejemplar que hace siempre lo que su progenitor espera de él. Al ranchero seguro de sí mismo que se desvive en cuerpo y alma porque a ninguno de sus empleados les falte la onza de pan que llevarse a la boca todos los días.

Le oí en silencio. Sus palabras me removieron las entrañas de forma molesta. Aunque fuese difícil, siempre sostuve la teoría de que me había tocado ser el eje, el epicentro del mundo que me rodeaba. De mi hija, mi padre, la gente que giraba en torno a nosotros. Seguir la marcha y sostener las riendas de la familia para guiarla hacia delante e impedir desviarnos del camino. Sobre todo, desde que mi madre falleció. Tal vez ese fue el punto de inflexión. El antes y el después. El comienzo del fin. El de, sin ser plenamente consciente, abandonarme a mí mismo. Dándome la sensación de que algo más profundo se magnificó con la pérdida de Megan en un marco aterrador, interiorizando ese miedo a volver a sentir por otra mujer, porque no me creía con derecho a amar a otra persona, me sentía culpable, sucio, cayendo en el embuste de que, si volvía a sentir algo tan real por alguien, acabaría olvidando lo que sentí por mi esposa y dejaría de hacer honor a su recuerdo. No quería superar su muerte, me boicoteé a no hacerlo, no hasta

que de repente, Alexandra Simmons irrumpió en mi vida volviéndola patas arriba y todo dejó de importar.

—Maverick, tío. Deberías hacer algo. Te lo digo de verdad, con la mano en el pecho.

Escenificó ese gesto y yo tragué saliva despacio. Mi corazón empezó a acelerarse sin mi permiso.

—Tú lo has dicho antes, han pasado casi dos años. Habrá rehecho su vida. Seguro que ya ni piensa en mí. Las circunstancias han cambiado, ambos hemos cambiado.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Que sigues justificándote en vez de poner remedio a las cosas, a tus sentimientos y a lo que piensas hacer con tu vida.

Me pasé la mano por el cuello, luego por la nuca. Sí, debía reconocer que era habilidoso en subsanar las escabechinas que iban surgiendo en el rancho, por poner un ejemplo: las dificultades económicas, las plagas de gusanos de alambre que echan a perder todo el maizal de un año, los cuatreros y abigeos ladrones de ganado. Con todo, a día de hoy, todavía era bastante penoso en cuestiones de amor, en los que el corazón formaba parte de la ecuación, en eso seguía sacando un aprobado raspado, rozando casi el suspenso.

—Eso no significa nada. Puedo intentar cambiar las cosas, salvo porque el resultado no depende solo de mí —sentencié.

—Por supuesto, amigo. Es como el dicho ese de que dos no se pelean si uno no quiere. Apuesto a que, en cuestiones relacionadas con el amor, debe ser algo parecido.

Agradecí su empuje y su esfuerzo para que me enfrentara de una vez a mis mierdas, arriesgarme y saltar al vacío. Solo que en mi fuero interior me carcomía por dentro las dudas de dar ese paso. Pues todo acto conlleva el «Principio de doble efecto», de los cuales uno suele ser bueno y el otro malo. Y en ese momento me sentía con la moral bajo mínimos como para valorar qué debía hacer en un futuro a corto plazo con mi vida.

La discernida conversación se vio truncada por el golpeteo de la aldaba de hierro piquetear en tres ocasiones el portón de la hacienda. Era cerca de las siete de la tarde y no esperábamos visita, al menos que yo recordara.

Me dirigí hacia el recibidor y eché un vistazo rápido por la mirilla y, vislumbré la imagen de Elliot Campbell, el notario del pueblo estaba plantado frente a la puerta con un maletín en mano. Lo conocí el día que acompañé a Thomas para firmar un aval bancario al solicitar una ampliación del crédito que debíamos tras desatarse un incendio en las cuadras, el cual se propagó como la peste y que a punto estuvo de hacernos perder la mayor parte de la propiedad.

Deslicé el pestillo y abrí.

—Buenas tardes, Jake Maverick.

Le respondí con un ligero cabeceo.

—¿Qué se le ofrece por estas tierras, señor Campbell?

—He venido a ver a su padre.

—Lo siento, pero no me ha comentado nada.

Se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Concretó la visita telefónicamente.

Fruncí el ceño. Mi padre hacía tres días que no se levantaba de la cama, ni siquiera para darse un baño. María Guadalupe se había visto obligada a asearle en su propia habitación. Sea como fuere, me desconcertó verlo allí.

—¿Y podría decirme de qué se trata?

—Me temo que no —sonrió lacónicamente—. Secreto profesional.

—Que yo sepa, bajo mi humilde opinión, mi padre no requiere de ningún notario.

—Jake, hijo, hazlo pasar.

La grave, áspera y quejumbrosa voz de mi padre sonó a mis espaldas. Me giré anonadado. Ayudándose de un bastón, había salido de su guarida, descendido los escalones a duras penas y se hallaba plantado a solo unos metros de mí, Roy y el notario.

A caballo entre la angustia y la tensión del momento, escudriñé a mi padre a conciencia, a su enjuto cuerpo de setenta y cinco años, a su semblante ojeroso y cansado. Verlo así me partió el alma en dos y me quedé sin oxígeno en mis pulmones, hueco, como si fuesen simples bolsas de plástico y alguien hubiese tratado de sacarles todo el aire.

Se le notaba agotado tanto física, mental como emocionalmente; estaba exhausto de vivir. A pesar de estar dopado a morfina y opiáceos, el dolor había robado demasiado protagonismo a sus horas, se mostraba irritable, solía perder el conocimiento cada vez con mayor frecuencia, apenas tenía apetito y se había quedado casi en los huesos, padecía delirium y terrores nocturnos, y llevaba siempre pañales pues había perdido el control del esfínter.

En pocas palabras, aún me costaba horrores asimilar su estado y en la avanzada fase de la enfermedad que había estigmatizado por completo su hercúlea imagen de fortaleza y vitalidad. Sobre todo, el tener que enfrentarme cara a cara con la etapa final de su vida. Tenía miedo. ¡Qué coño! Estaba acojonado, nunca había experimentado esa inhumana sensación de la lenta pérdida de un ser querido y era dolorosamente cruel. Negándome a querer responder aquellas preguntas para las cuales no había respuesta, como el saber decir adiós.

—Subamos arriba —se dirigió al notario que seguía anclado en el sitio como si acabara de ver un fantasma, pues quien tenía ante sí, no era más que la sombra de lo que un día fue mi padre—. Vamos, Elliot.

Al pronunciar eso último, de la boca de mi padre en forma de borboteo surgió un estertor de la muerte, ese sonido que brota de detrás de la garganta de una persona moribunda, similar a cuando se sopla aire con una pajita hacia el fondo de un vaso con líquido. Cacofonías extrañas y costosas al tragar la saliva antes de que la epiglotis tenga tiempo de tapar las vías respiratorias, y el intento de los pulmones por respirar a través de esa capa de espumarajo. Había leído sobre eso,

largo y tendido para saber a lo que atenerme y pronto supe que, eso, suele ser el vaticinio de las últimas horas de vida de una persona; la jodida antesala a la muerte.

Mi padre, Thomas Maverick, falleció esa misma noche entre gritos de un niño perdido en la oscuridad de su habitación y delirios agitados. Las cejas antaño pobladas, se fruncieron en un mísero centímetro de vello gris, señalando hacia la ventana, como ido.

—¡No les dejéis entrar! ¡Cerrad la ventana! ¡Ya mismo!

Horas después, sentado en el sofá, tras haber presenciado su partida no calmada, sino bañada en un puto tormento sin fin, lo más parecida a una rebelión contra la muerte, a querer que el alma siguiera aferrándose a la vida cuando el cuerpo ya no le servía ni como recipiente a nada, vino a mi mente la frase del poeta Sylvia Plath: «Morir es un arte, como todo lo demás», mientras mi padre se retorcía de dolor, gritaba, lloraba como un chiquillo de igual forma que al llegar al mundo, solo que en su caso, el viejo Thomas Maverick también lo hizo cuando lo dejó para siempre. Al igual que sé que jamás lograré borrar de mi mente la expresión de sus ojos en los segundos previos a su despedida, antes de abandonar este mundo, los ojos del miedo.

—Toma.

—Gracias, Roy —rumié entre dientes mecánicamente mientras sin despegar los ojos de Dakota, acariciaba la cabecita que descansaba sobre mi regazo.

Paseé lentamente la mano por su pelo, enredando un rizo entre mis dedos. Inspiré hondo y cerré los ojos. Como si notarla tan cerca, tan pegada a mí, fuese ese rayo de luz que necesitaba para no perecer ante la más absoluta oscuridad o como la punta del iceberg, esa que te salva de perecer ahogado en medio del océano de la vida.

De nuevo Dakota se convirtió sin pretenderlo, en ese clavo ardiendo al que aferrarme cuando toda mi realidad volvía a desmoronarse alrededor y a resquebrajarse bajo mis pies.

—Bebe un poco, te sentará bien.

Roy frotó mi brazo antes de depositar una taza de café sin azúcar en la mesita, mientras se quedaba de pie antes de despedirse del médico que había certificado su muerte y los servicios que se encargaron de trasladar el cuerpo de mi padre a la funeraria. Y aunque no me encontrara en condiciones de decidir nada en esos momentos, no permití que el seguro de decesos que tenía contratado, organizase nada, ni siquiera se encargaran de la elección del ataúd, la lápida y los detalles de la ceremonia religiosa. Quería hacerlo yo. Debía ocuparme yo.

Pude oír con total nitidez la puerta cerrarse y unos pasos parsimoniosos acercarse a mi lado. Contrariamente que mi mente, la cual seguía sumida en una especie de letargo. Estaba como ido, en otra parte. Acababa de soltárseme un par de puntos y la brecha de mi alma, volvía a supurar sangre, dolor y miedo.

—Llevaré a Dakota a la cama.

Lo miré a la cara y asentí. Separé mi mano de su cabecita y permití que la cargara en brazos. Dakota, emitió una especie de queja, pero enseguida volvió a quedarse dormida. Volví a respirar

hondo y me pasé la lengua por los labios, los noté secos, al igual que la garganta; me había quedado sin apenas saliva.

Mi amigo no tardó en regresar a mi lado. Advertí su presencia cuando los cojines del sofá se hundieron con el peso de su cuerpo.

—He telefoneado a Nancy. Esta noche me quedaré en el rancho para hacerte compañía.

—No es necesario.

—Quiero quedarme, Jake.

—¿Tienes miedo de que me beba todas las botellas del mueble bar?

Roy se quedó en silencio y yo negué con la cabeza.

—Si tienes ganas de ahogar las penas con alcohol, estoy aquí para acompañarte.

Alargué el brazo y alcancé la cajetilla de tabaco que yacía junto al café ya frío. Atrapé un cigarrillo con los dientes y lo prendí. Di varias caladas antes de ofrecerle uno a mi amigo.

—Pero si lo que prefieres es llorar, gritar o maldecir a los cuatro vientos lo injusta que es la vida, también estaré para cederte mi hombro.

No le respondí. Nos dedicamos a fumarnos el cigarrillo en silencio.

—Vamos a echar de menos a ese cabrón, ¿verdad?

Roy quebró el silencio y yo no pude evitar sonreír.

—Era como un puto grano en el culo.

—Un puto grano en el culo —repetí.

Negué con la cabeza.

—A él no le gustaría verte mal, Jake.

—Lo sé, amigo, lo sé.

—Era tan cabezota que, joder, si te viera así, hecho una puta mierda, sería capaz de despertar de entre los muertos solo para venir, sermonearte y pegarte una santa hostia con la mano abierta para cerciorarse de que seguirás adelante. Para saber que seguirás luchando con uñas y dientes y contra viento y marea por ver crecer a Dakota, llevar las riendas del rancho y seguir cuidando a todas las personas importantes de tu vida.

—¿Sabes? En cierta forma, siempre ha sido un acuerdo tácito entre él y yo. Eso de velar por los nuestros, sin tener la obligatoriedad de garabatearlo en un papel.

Apagué la colilla en el cenicero y me pasé la mano por la nuca.

Los primeros días fueron los más duros, tras el post sepelio y la tradicional reunión familiar de todos los allegados en casa, a comer y conversar durante horas explicando anécdotas sobre Thomas, tratando de recordarle cada cual, a su manera, esos acontecimientos que vivieron juntos. Apoyándonos a mí y a Dakota en esos momentos en el que la vida te golpea duro. Roy dejó un libro de condolencias junto a la chimenea, en donde quien quisiera podía participar dedicando unas últimas palabras a mi padre.

Tardé un tiempo en entenderlo, eso de que la vida seguía, sobre todo por los que sí siguen a nuestro lado, acogiéndome a esa falsa normalidad. Odiaba esa parte, esa en la que todo había

cambiado y en la que me preguntaba una y otra vez, qué fue de Alexandra durante esos dos largos años y qué estaría haciendo en ese momento.

7
Dos extraños amantes

(Woody Allen, 1977)

ALEXANDRA SIMMONS

—¡No puedes hablar en serio, Antonella! —parpadeé para no echarme a llorar o las potas, según se mire—. Yo no…

—¿Acaso me ves cara de chiste?

Mi tía materna me interrumpió sin miramientos con su siempre cara de mala leche, asqueada o como si estuviese oliendo a ajo todo el tiempo y con ese tipo de belleza amenazante a lo *femme faltal*. Sí, en serio. Verás, por poner un ejemplo gráfico para que te hagas una ligera idea de lo que me refiero, sería algo parecido a una *resting bitch face*, que bien podría traducirse como 'cara de perra o zorra'. Ella era como una de esas nuevas valquirias, *sexys* pero temibles. Término que ideó la periodista Jessica Bennett en un artículo publicado en *The New York Times*.

—¡Nunca bromearía con algo semejante! —alzó ligeramente un lado del labio y entrecerró los ojos, casi bizqueando—. Las Cuentas, Alexandra. Piensa en las Cuentas Anuales de la empresa que maquillaste y todo lo que ello ha trascendido.

La volví a mirar sin dejar de tener los ojos tan abiertos como platos. ¿Hasta cuándo iba a tener que pagar con sangre el inmaduro y garrafal error que había cometido? Estaba claro que hasta el infinito y más allá, como exclamó de viva voz el superhéroe de juguete Buzz Lightyear en *Toy Story*.

Es más, no era un secreto que mi tía era de aquellas personas que nunca aceptaban un no como respuesta, por lo que, carecía de plan B.

—¡Oh, madre mía! —Cogí aire y luego escupí en un exabrupto—: ¿Pretendes que me prostituya?, ¿que venda mi cuerpo a cambio de salvar la empresa familiar de la quiebra?

—*Mah, non essere cosi esagerato, donna.*

—¡¿Que no sea tan exagerada?! —La miré estupefacta con cara de póquer.

—Ni cateta. No seas de pueblo.

¿En serio ha dicho lo que ha dicho? ¿Cateta, yo? ¡¿De pueblo?! Recé porque hubiese sido culpa de la traducción del italiano al inglés, porque si no…

—Además, se trata solo de una inofensiva cena entre empresarios, nada con evocación sexual. —Se encogió de hombros restándole importancia a ese hecho—. *Bene, bambina, bene*, a no ser

que quieras asegurar la jugada, meter un tanto y lo que venga después, sea cosa tuya.

Solo pensar en acostarme con Franco Salvatore, en esa posibilidad se me revolvieron las entrañas. Y no porque fuese un adefesio, no qué va, sino todo lo contrario. El italiano era atractivo a rabiar y con avaricia. Un dandi. El arquetipo de hombre seguro, decidido y con un gusto exquisito en el vestir. Sino porque hacía cerca de dos años que no había estado a ese nivel de intimidad con nadie. Desde mi fracasada historia de amor con Jake Maverick, no me había replanteado la posibilidad de estar con otro hombre, porque quizás aún no estaba preparada, pues a pesar del tiempo transcurrido, el vaquero seguía estando muy presente en mi mente y zurcido con aguja e hilo y doble pespunte, en mi corazón.

—Yo… creo que… voy a… —gemí y me senté atropelladamente en la butaca, pues me vi obligada a tomar asiento al no sentirme las piernas, estas se les antojó en negarse en redondo a soportar el peso de todo mi cuerpo.

Tragué saliva.

—Va, mujer, que no será para tanto. Es fácil. Verás, tú solo debes ponerte monísima, cenar en un restaurante chic de moda, reírle cuatro gracias al guaperas como si fueras una niña tonta. E incluso si me apuras, coquetear con él y Santas Pascuas. *Ed è finita!*

—¡Por encima de mi cadáver! —protesté de sopetón.

—¡Ni que Franco Salvatore fuera un callo malayo! Actúas como si te obligaran a cenar con Cantinflas.

A ver, recapitulemos. Necesitaba poner las cosas en perspectiva, de verdad que sí, pues calzaban muchos números de que Franco Salvatore, el más joven del Clan de los «Tres magníficos» y el futuro heredero del imperio de su *abuelísimo*, hubiese destapado el gran engaño empresarial en el que me había visto envuelta yo solita y quería chantajearme con irse de la lengua ante el MEF (*Ministero dell'economia e delle finanze*) sino aceptaba su invitación.

—No es eso.

Me crucé de brazos, horrorizada. Resoplé con hastío y luego soplé un mechón que se había quedado enredado en mis pestañas.

—En serio que no te entiendo. Eres joven, guapa y ¡soltera! Y por consiguiente nada te impide ir a esa cena, ni nadie te espera en casa después —reflexionó verdades como puños y me daba rabia porque siempre solía tener para dar y regalar—. Alexandra, en serio, eres más rara que un perro verde. ¡Ojalá me lo hubiese propuesto a mí, porque iría con los ojos vendados!

—¡Pues ve tú! —aullé.

—Cariño, no te enteras —soltó el aire de golpe—. Franco Salvatore quiere que acudas tú.

Resoplé, ideando cual podría ser mi último cartucho antes de rendirme sin más.

—Dile que estoy enferma. ¡Invéntate alguna excusa creíble!

—No, Alex. No. Debes asumir tu cagada.

—¿Mi cagada?

—Sí, ¿recuerdas? Las Cuentas amañadas y los balances más falsos que los dientes de mi abuela que son postizos.

Y entonces, bajo el influjo de sus palabras, dejé de patalear. Con mi tía era imposible ganar una maldita batalla.

—Está bien, está bien, la asumo. Asumo la cagada, pero no de esta forma. —Sentí una opresión en el pecho, justo ahí, entre las costillas. Y empecé a notar cierto grado de ansiedad—. Ni tampoco pienso pagarla eternamente.

—De momento, no te queda otra. No hay opciones, querida. Vas a ir a cenar con Franco Salvatore, sí o sí.

Me levanté y caminé por la estancia. Miré por la ventana y me dediqué a contemplar la fina llovizna que empezó a salpicar el cristal de gotitas que zigzaguearon hasta unirse unas con otras.

—A ver. Volvamos a empezar —insistí a la desesperada, ya sin apenas arbitrio—. Ha sido un mal día… Un día de perros y hasta incluso, tengo algunas décimas de fiebre. Algo, algo me ha sentado mal en el almuerzo y me siento indispuesta…

—Cielo, eso no cuela. —Alzó una ceja suspicaz y después se acercó al armario.

Entonces cogí aire y me giré hacia ella, circunspecta.

—¿Rojo o negro?

—¿El qué?

—Que si prefieres vestir de rojo o de negro.

Pinzó un par de perchas cuyos sendos vestidos de noche aparecieron ante mis ojos. Uno de terciopelo negro ajustado con escote asimétrico, con una manga larga y una obertura lateral en la pierna izquierda. Y el otro de corte de princesa, con cuerpo entallado y falda hasta los pies llena de volumen.

—¡Antonella Rizzo! —barrunté en un gallito muy cómico.

—Alexandra Caroline Simmons, tienes poco menos de una hora para arreglarte y lucir la mejor de tus sonrisas. El chofer de los Salvatore vendrá en… —echó un vistazo a su reloj de pulsera— cincuenta y siete minutos exactamente, resumiendo.

Me froté la cara antes de acatar sus órdenes a pies juntillas, pinzar la percha del vestido negro y encerrarme en el cuarto de baño para darme una jabonosa ducha, antes de arrepentirme por lo que iba a hacer.

Cuando salí a la calle, ya había caído la noche y como había vaticinado mi tía, el chófer ya estaba esperándome fuera. Abrió la puerta trasera del recién encerado Rolls-Royce Phantom negro y me acomodé en el asiento tras recoger la cola del vestido casi en un acto meramente mecánico.

Suspiré hondo, ausente y me despedí con la mano a mi hijo que estaba en brazos de mi tía Antonella, antes de centrar la vista al oscuro cielo, salpicado de estrellas aportando efectismo y belleza al entorno y a una media Luna de plata que parecía sonreírme, o más bien, burlarse de mí, desde lo alto.

Media hora más tarde, un aguacero de mil demonios cayó con tanta fuerza que Dios parecía haber desatado toda su ira reprimida del mundo contra La Toscana. Y aunque el chofer se esmeró en guarecerme de la tromba de agua bajo un amplio paraguas acompañándome hacia el italiano, quedé completamente empapada en cuestión de segundos.

Contemplé a Franco Salvatore, estático en la puerta del restaurante, salvaguardándose para permanecer seco, mientras que a mí solo me faltaba marcarme la coreografía de Gene Kelly derrochando felicidad por doquier al tiempo que chapoteaba en los charcos «Cantando bajo la lluvia». Lo odié, por una fracción de segundo lo odié. Y no por su falta de empatía y solidaridad, sino por esbozar una pícara sonrisa de medio lado cuando me planté frente de él, como una sopa.

—¿Problemas con la naturaleza, señorita Simmons?

—No, señor Salvatore. Me encanta estar así… ¡MOJADA! —gruñí y escurrí el pelo con las manos para eliminar el exceso de agua, mientras el corazón me latía desbocado—. Es mi hábitat natural… ¿No me ve? Soy como un pececillo…

Aspiré las mejillas, junté ligeramente los labios y dejé la boca entreabierta simulando ser un pringoso besugo. Pronto, un casi imperceptible musculo se tensó en su mandíbula. ¡Bien, punto para Alexandra! *Mister estirado* había captado mi tono sarcástico a la primera de cambio.

—Disculpe, señorita Simmons.

—Tarde.

Nos miramos. Sus ojos brillaban chispeantes como los de una botella del mejor champagne.

—Necesito una copa…

Volví a gruñir intentando calmarme y mordiéndome la lengua. Cogí el bajo del vestido y entré en el establecimiento a paso ligero sin esperarlo.

Maldita la hora…

Lo sé, lo sé, quizás estaba llevando la situación un pelín a lo melodramático, pero es que, es que… Primero: había acudido a la cita bajo coacción. Segundo: estaba empapada hasta las trancas, que digo hasta las trancas, ¡hasta el maldito tanga y eso que era tan minúsculo que casi se había confeccionado con un par de hilos! Y tercero: ¡O-di-a-ba a Franco Salvatore con todo mi ser! Quien ni siquiera hacía homenaje a su apellido. ¿Salvatore? ¿Hola? ¿En serio? ¿Salvador? Me apostaba la empresa vinícola y todas sus deudas a que, llegado el momento, para *salvarse* el culo en un naufragio, sería de los que se pasarían a la tolera ese código de conducta que lleva explícita la famosa frase: «Las mujeres y los niños, primero». Me jugaría el pescuezo a que él, rompería el mito, permitiendo que se hundieran con el barco.

Minutos más tarde, tras acicalarme en los baños y recargar algo de mi dignidad que estaba bajo mínimos, quise ocupar mi sitio en la mesa, la que estaba ubicada junto a un precioso piano de cola, pero Franco se adelantó para jalar la silla, dejando el espacio para que pudiera sentarme cómodamente.

—Gracias.

—*Un piacere…*

Bueno, bueno, bueno… Parecía que la cosa iba mejorando por momentos. Afortunadamente la moda aún no había distorsionado la imagen del hombre elegante y caballeroso. Pues a pesar de parecer un gesto chapado a la antigua, a nadie le amarga un dulce, ¿verdad? Porque para individuos sucios y desaliñados, siempre se está a tiempo.

Respiré hondo.

—*Per favore, ti prego* que me permita volver a empezar de nuevo *la sera*.

—De acuerdo.

Asentí y miré a mi alrededor. El local era íntimo y acogedor, y con un halo romántico que desentonaba con mi acompañante y con las ganas que tenía de que acabara esa pantomima cuanto antes.

El maître nos sirvió dos copas por el tercio de un aromático vino tinto, después de pedirme que lo probase y que, como manda el protocolo, girase la copa, haciendo bailar el líquido para extraer el oxígeno del aire y así intensificar los aromas del vino.

—Está exquisito, gracias.

Realizó un leve gesto con la cabeza y se excusó al retirarse, instante en el que pillé a Franco mirándome fijamente.

—Está usted *bellissima, signorina* Simmons.

No supe responder a eso, pues a pesar de ser un halago en toda regla, aunque más falso que un billete de tres dólares, debía reconocer que no estaba en mi mejor momento de mujer fatal. Mi pelo se había empeñado en ir al estilo *look wet* y el maquillaje… Bueno, ¿qué decir de mis ojos corridos a lo Morticia de *La Familia Addams*? Poco. No obstante, me dio rabia reconocer que su elogio me gustó y mucho, quizás demasiado. Que a una le levanten el ánimo, nunca está de más, ¿verdad? Venga de quien venga.

—¿Me permite?

Sus ojos eran tan oscuros, penetrantes y seductores que parecían sufrir de aniridia, ese problema hereditario cuya ausencia total del iris provoca que la agudeza visual no supere el 20%, se posaron en mis mejillas. Cogió su servilleta y se levantó de la silla. Acercó la punta a mi cara y con suaves movimientos, retiró un churrete de mi piel. No me moví. No pude moverme un ápice, pues su cercanía, unido al aroma de su envolvente perfume, entre fresco y masculino, me cortó el aliento.

—Mejor así. Ahora está… perfecta.

Nuestras miradas tropezaron y se enredaron un mísero segundo, uno, o tal vez fueron más de diez. Y si mi intención inicial no fue la de sonrojarme, quedarme sin aliento y que mis pulsaciones se dispararan, no lo logré. ¡Maldita mi suerte! Franco Salvatore era de aquellos hombres que ganaban puntos en las distancias cortas, intensificando su tremendo sex appeal y dándome cuenta, sin remedio, de que era guapísimo a rabiar y con avaricia. Por lo demás, su apariencia física siempre perfecta, no ayudaba nada. No le había visto en paños menores, pero

bajo ese traje de Armani hecho a medida, se intuía un cuerpazo de proporciones dignas de ser inmortalizado en un lienzo de Miguel Ángel.

Nos contemplamos en silencio. Me estremecí de pies a cabeza y sentí que me quedaba sin aire en los pulmones.

—Gracias…

¡Oh, Dios mío! Acababa de darme cuenta de algo. Contuve el aliento, pues algo que llevaba dormido en mi interior desde hacía dos años, acababa de resucitarse. Algo con lo que no contaba y que, además, en ese preciso momento me negué a ponerle nombre.

Tragué saliva y me removí nerviosa en la silla al fijarme en su boca y en la sonrisa lenta y estudiadamente tentadora que se dibujó en sus labios, hasta que el silencio se volvió demasiado tenso entre ambos.

—Esto… si me perdona. Creo que voy a ir al servicio…

Noté que, al pronunciar esas palabras, apenas me salió la voz de la garganta. Cogí el bolso de mano y me levanté de la silla, alejándome de su campo de visión y de su perversa aura de seducción.

Mierda. Mierda. ¡Mierda! ¡Todo estaba saliendo mal! Mal, no. ¡Peor!

Entré como un vendaval y me encerré en el cuarto de baño y tras apoyar las palmas en el lavamanos para mantener el equilibrio *emocional*, me miré al espejo tras tomar una necesitada bocanada de aire para poner las cosas en perspectiva, a pesar de estar desbordada por la situación, tener las pulsaciones disparadas y las emociones a flor de piel.

—Alexandra Caroline Simmons… pero, ¿qué coño se supone que estás haciendo? ¡Por el amor de Dios! Este hombre no te conviene por muy atractivo y galán y educado y…

—Y forrado en la pasta.

Abrí los ojos como platos al mirar a través del espejo y contemplar como una mujer de unos treinta y largos años se acercaba a mi lado por la espalda, se colocaba a mi vera y abría el grifo de la pica de al lado para lavarse las manos.

—Amor, ese hombre con el que has venido acompañada es todo un partidazo.

Me volví hacia ella, fijándome mejor en la doble de Beyonce de tez oscura, ataviada con un deslumbrante vestido de corte sirena, rojo ciruela y muy escotado y haciendo gala de unos llamativos pendientes largos de diamantes semejante a los del escaparate de Swarovski, cuya presencia no causaba indiferencia a nadie.

—¿Acaso no piensas lo mismo que yo, cielo?

Buscó una barra de labios roja en su bolso y empezó a maquillarlos, primero el arco de cupido y después, rellenando la carnosidad de su boca.

—Apenas nos conocemos.

Sonrió y después eliminó el exceso colocando un trocito de papel entre sus labios y presionándolos ligeramente.

—De eso se trata, la diversión consiste en conocer a la otra persona.

—Sí, pero…

—¿Existe otro hombre? O al menos en tu cabeza. Alguien que aún no has olvidado y que ni siquiera el tiempo ha borrado esa huella que dejó en ti. Sigues sin estar curada.

Pestañeé alucinada, sin dar crédito.

¿En serio estaba teniendo esa conversación con una desconocida?

—Conozco ese sentimiento.

—¿Y qué puedo hacer yo para no sentirme así? —siseé.

La miré expectante como si estuviera a punto de desvelarme el gran secreto de *El manuscrito Voynich*, ese libro ilustrado de contenido desconocido y escrito por un autor anónimo en un alfabeto no identificado y en un idioma completamente incomprensible.

—Como bien dicen: «el corazón atiende a razones que la razón no comprende». Por ello estoy segura de que es imposible fingir que lo que sigues sintiendo nunca existió, sin embargo… —me miró a los ojos—, deberías tratar de pasar página. ¿Y te estarás preguntando cómo se hace eso? Pues, en primer lugar, deberías vivir la vida y disfrutarla sin incurrir demasiado en las consecuencias. O no en exceso. Y, en segundo lugar, darle un homenaje al cuerpo de vez en cuando no va a hacerte daño.

Respiré hondo.

—A veces las cosas son más fáciles de lo que a simple vista parecen.

No le resté razón, incluso su certero planteamiento me llevó a debatirme conmigo misma demasiadas cosas. Sin embargo, el tiempo transcurrido no había estado de mi lado ni me había ayudado a sanar las heridas, pues Jake Maverick, el vaquero de dulce mirada gris, seguía demasiado presente en mi piel, en mi mente y en mí, dándome cuenta de que el problema radicaba en que, tras casi dos años de su ausencia, aún no había logrado olvidarlo, ni borrarlo de mis pensamientos.

Cuando se marchó dejándome a solas, me miré de nuevo al espejo después de cerrar los ojos y respirar hondo. Tal vez había llegado la hora de dar ese paso, de avanzar y seguir con mi vida. Era de ilusos pensar que nuestros caminos iban a volver a cruzarse, que volveríamos a vernos tarde o temprano. Pero, seamos sinceros, era obvio que entre Jake Maverick y yo, seguiría habiendo la misma distancia infinita que existe entre dos lejanas estrellas en el firmamento, aunque me gustaba fantasear con la absurda idea de que, al final de ese recorrido, seguía esperándome él.

8
En busca de la felicidad

(Gabriele Muccino, 2006)

JAKE MAVERICK

—Disculpe, ¿podría leer de nuevo la última parte del testamento?

Miré al notario con el ceño arrugado, separé la espalda del respaldo de la silla y, por último, clavé los codos con pesadez en la mesa de escritorio.

—Claro, Jake, no hay problema —tosió para aclararse la voz y volverla más suave—: Yo, Thomas Maverick, en pleno uso de mis facultades intelectuales y derechos, libre de toda coacción y violencia, deseo designar a mi hijo, Jake Maverick, como heredero universal de todas mis propiedades y derechos que adquiera en el futuro. Revocando toda disposición testamentaria de mis bienes, dejando sin ningún valor o efecto, si no acata lo dispuesto en la carta manuscrita de mi puño y letra, que le será entregada por Elliot Campbell. Por el contrario, si al recibir dicho escrito, este no es ejecutado a rajatabla, mi hijo será desheredado *ipso facto* y todo será donado a beneficencia.

Tragué saliva.

—Pero, esto es… ¿legal? —susurré—. Desheredarme de esa forma ¿es legal?

—Me temo que sí, Jake. Esas fueron sus últimas voluntades.

Tuve que apoyarme en el saliente del mueble biblioteca para no caer de culo de la impresión. Entonces se acercó y me hizo entrega de un sobre en blanco y lacrado que pincé con los dedos algo vacilantes mientras me acariciaba el mentón. Lo giré, lo sacudí, lo palpé por si en su interior contuviera unas llaves o algo similar, pero no. Por último, alcé la vista y miré con cara de póquer a Elliot Campbell.

—¿Sabe lo que contiene?

—Lo desconozco.

—Obvio. Y aunque lo supiera, se debe al secreto profesional —lo solté a la brava, mirándolo con ojitos de cordero degollado, reacio—. Esta situación es…

—Surrealista, lo sé.

—Bueno, en realidad, viniendo del viejo Thomas, cualquier cosa puedo esperar —intenté no echarme a reír preso de los nervios y me pasé la mano por el pelo, incómodo—. Irse de este

mundo haciendo el mayor ruido posible, era una oportunidad demasiado tentadora que desperdiciar.

Toda mi vida a su lado había hecho grandes esfuerzos para mantenerme cuerdo y no perder la cabeza con sus idas de olla. Ahora, desde el más allá o dondequiera que estuviera seguía moviendo los hilos a su libre albedrío, como si de un títere me tratara.

¡Jodido Thomas! ¡Cuánto iba a echar de menos a ese cascarrabias testarudo!

Sonreí para mí con tristeza.

—Jake, hijo —me colocó la mano sobre el hombro con cariño—. Creo que será mejor que te deje a solas para que puedas tener cierta intimidad. Abrir el sobre y tras leer la carta, decidir qué hacer después.

Respiré hondo y cogí aire sin contestar mientras lo veía salir de la sala.

Me quedé unos segundos, pensativo, ironizando, pues seguro que estaba en lo cierto. Tal vez estar en soledad ayudaría a desenredar todos mis pensamientos y aclarar las mil dudas que no cesaban en asaltar a mi cabeza. Quizás rellenando medio vaso de vodka mientras rasgaba el sobre ayudaría en algo. Hacer bailar los cubitos en el fondo, dar unos sorbos a esa copa de cristal y de paso brindar por él; eso no haría daño a nadie.

Cogí un cigarrillo y me lo llevé a la boca. Lo encendí. Di una calada, dos, tres. Luego, mientras exhalaba la última bocanada y soltaba el humo por un lado de la boca, aplasté la colilla en el cenicero. Me serví esa copa y bebí un largo trago. Sentí ardor en la garganta cuando el líquido se deslizó por su interior.

Observé a través de la ventana cuando una ramita tintineó el vidrio, similar al sonido de una campanilla, como alertándome de algo. Recordándome ese antiguo ritual de colocar un hilo conductor que atraviesa un diminuto orificio en el ataúd y llegaba al cuerpo del enterrado, para dar la alarma, por si este sufría de catalepsia y despertaba a los tres días.

Confieso que me sudaban ligeramente las puntas de los dedos y que hacía demasiado tiempo que no me sentía tan nervioso por algo. Más que exaltado, expectante.

Se me secó la boca.

Me faltaba el aire.

Rasgué el sobre…

9
Kramer contra Kramer

(Robert Benton, 1979)

ALEXANDRA SIMMONS

—¿Dónde estoy?

Miré a mi alrededor embobada y con los ojos muy abiertos para no perderme detalle de todo lo que estaba sucediendo en ese instante ante mí.

—En el Paraíso, Alexandra, beeeee… —dijo una ovejita muy mona entre balidos sin esquivar mi pregunta y al sonreír abiertamente y mostrarme los perfectos dientes, varios rizos de lana de su oblonga cara empezaron a danzar simulando unos graciosos muelles de sus orejas.

—¿En el Paraíso? —le miré intrigada mientras tragaba saliva con torpeza—. ¡Oh, por Dios! ¿De verdad?

Varias ovejitas hermanas de la que tenía ante mí, pues eran *calcaditas* las unas de las otras, empezaron a dar saltos de nube a nube como si de un juego de niños se tratara mientras se tiraban *pedetes* de purpurina para auto propulsarse. A mi derecha, unos rechonchos cerditos patinaban entre los rayos multicolores de un mini arcoíris. Y a mi izquierda unas cabritas con gafas de sol tocando el arpa con las pezuñas.

Me froté los ojos con los puños. ¡Madre mía! Una de dos, o acababa de palmarla mientras dormía y eso era El Edén de los cuadrúpedos con cara de fumatas o alguien me había dado a probar un potente LSD que aún estaba en fase de laboratorio y que sus efectos aún estaban por determinar, el cual ¡me estaba pegando un viajecito… de la hostia!

Me observé a mí misma para cerciorarme de que no me había convertido en una de esas ovejas, o cabra u otro animal peludo de granja.

—¡Uf, menos mal! —suspiré tras aguantar la respiración unos segundos—. Sigo siendo yo.

—¿Deseeeeeas tomar algo?

—¿Es a mí? —pestañeé y me señalé confundida—. ¿Me lo preguntas a mí?

La oveja miró a ambos lados, hizo una pausa prolongada y luego alzó una ceja super divertida.

—Pues claro, beeeeee. —Parecía sorprendida y me taladró con la mirada, pero sin perder esa dulzura tan bonita en sus ojitos negros que parecían los botones de mi americana Gucci aún por estrenar—. Ereeeees mi invitada. Nuestra invitada eeeeespecial.

—Ah. Ya. Ok. Lo capto. Pues vale.

Me encogí de hombros. Sonrió de nuevo. Juro que daba grima solo de pensar en la posibilidad de que estuviera entablando una conversación con un animal y que encima tuviera un acentuado sentido del humor. No sé por qué demonios aún no había salido a la carrera de allí, de hecho, no sé por qué mi *body* neoyorquino no me lo pidió a gritos desde que supe de su existencia. Aunque, la verdad sea dicha, de haber ejecutado ese plan a la desesperada, tampoco hubiese sabido hacia dónde dirigirme, esconderme o pedir auxilio. Incluso, por una extraña razón que no lograba descifrar, no me sentía amenazada, ni siquiera que mi vida corriera peligro en ningún momento. A ver, no sabría bien explicarlo con palabras, pero ese lugar volatilizaba felicidad, jolgorio, paz y amor. Mucho, mucho amor.

Súbitamente, de la nada, como por arte de magia, de sus alargadas pezuñas del artiodáctilo, germinó un vaso y una ovalada jarra de limonada.

Boqueé casi cayéndoseme la baba al no poder hablar tras tratar de asimilar aquello que creían ver mis ojos. Me los froté con los puños. Y no, te prometo que no era una ilusión óptica. Era real. Tan real como que es totalmente imposible estornudar con los ojos abiertos.

—La droga que me habéis dado es buena, ¿eh?

—¿Droga? ¿Quéeeeee droga, Aleeeeeeexandra?

Sonreí comedida antes de negar con la cabeza cuando la rechoncha ovejita aprovechó ese lapso de tiempo para ofrecerme el vaso con tres tercios de fresquita limonada y dos cubitos. Bueno, en realidad, estaba tan animada que solo le faltó hacer un brindis al sol. Y en cuanto lo sostuve entre mis manos, me cercioré de que me temblaban ligeramente.

—Bebeeeeeeee, te sentará bien, ya lo veeeeerás.

Juro que casi me obligó. Casi. Di un trago no demasiado prolongado y al poco, sentí el refrescante fluido recorrer el largo de mi garganta. Jamás había probado nada semejante. Su textura era tan viscosa. Era como estar bebiendo…

—Saliva. ¿Saliva? ¡¡¡Salivaaaaa!!!

Despegué los párpados y abrí los ojos de golpe, pero esta vez de verdad de la buena. Y cuando enfoqué la mirada a lo que tenía ante mí, vi a una bola de pelo con lengua lamiéndome las mejillas, nariz y boca.

—Oye, oye… ¡Oyeeeee! ¡Pero bueno! ¿Qué confianzas son estas? ¿Besos de tornillo en la primera cita? ¡Ni hablar!

Le aparté a un lado con las manos sin demasiada delicadeza y me incorporé sentándome para tomar conciencia de todo lo que estaba sucediendo en esas cuatro paredes.

—¿Quién diantres eres tú?

El marrullero perro de ojos avispados pareció captar el significado de mis palabras e inclinó la cabeza, provocando que varios de los mechones de su peculiar pelaje a lo rastafari se removieran al igual que los flecos de una fregona.

Entretanto que el chucho se divertía mordisqueando una zapatilla que había descubierto sobre el parqué, a mí se me pusieron los pelos de punta al tiempo que alucinaba en colores por

hallarme en un lugar extraño y que, además, no recordaba haber llegado.

Observé la habitación. Muros de piedra enfoscados en madera rústica. Techo de vigas blancas, dejando a la luz natural todo el protagonismo y una librería desbordada de libros siguiendo el recorrido de una de las paredes, bordeando parte de la puerta de acceso a lo que parecía el dormitorio principal de un enorme caserón de varias plantas. Las paredes estaban pintadas en un verde amarillento dándole una aparente frescura, combinado con blanco, blanco roto o gris suave.

—¡Oh, Santo Cielo! —mascullé horrorizada al darme cuenta de que estaba en ropa interior justo en el centro de una enorme cama matrimonial—. ¿Me han secuestrado a golpe de Burundanga y un psicópata me tiene aquí en cautiverio?

Me cubrí las vergüenzas con las sábanas de seda grises cuando oí unos pasos acercarse tras la puerta. Detenerse, girar el pomo y…

—*Buona serata*, Alexandra.

Abrí los ojos como platos. ¿Quién iba a decirme que Franco Salvatore era mi captor, el loco chiflado que le gustaba drogar a jovencitas como yo para hacerles de todo?

Contemplé anonadada la estampa. Él con bandeja en mano con desayuno y rosa incluida, sonrisa perfecta como si estuviera rodando un slogan publicitario y su impoluta y perfecta ropa libre de arrugas imitando al británico David Gandy, ese elegante modelo de alta costura quien siempre encuentra el atuendo perfecto para cada ocasión. Ya fuese con ropa informal de estar por casa en modo *smart casual* o ataviado en un chaqué sin quitarle ese toque *sexy* que lo caracterizaba.

—Apuesto a que tienes hambre.

Llevé mis rodillas al pecho y me cubrí con las sábanas hasta la barbilla.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Qué hago yo aquí? ¿Y mi ropa?

Sin pedir disculpas por el intrusismo y la falta de privacidad, dio unas zancadas hasta depositar la bandeja sobre la mesita de noche y colocar una silla al lado de la cama, sentarse en ella y mirarme directamente a los ojos.

—Esas son tres preguntas.

Cruzó las piernas y me miró ceñudo y yo estuve a punto de poner los ojos en blanco, pero me contuve.

—Pues tengo más ¡Cientos! ¡¡Miles!! ¡¡¡Millones!!!

Me di cuenta que el muy guasón se aguantó una risa al morderse ligeramente el labio inferior. Nos quedamos un rato callados esperando su respuesta, hasta que no lo soporté más y rompí el silencio, estallando en un grito histérico sin demasiado decoro por mi parte, no sin antes valorar mis opciones, entre la más destacada: echar a correr como si me persiguieran Los Cuatro Jinetes de la Apocalipsis y tras dejarlo noqueado estrellando el jarrón contra su pelo negro como el tizón o propinándole un puntapié con toda la mala leche en su entrepierna.

—¡Habla, por el amor de Dios, Franco! ¡¿Me has secuestrado y vas a cortarme en pedacitos y darme de comer a los cerdos?!

—¿Secuestrado? ¿Cortarte a pedacitos? ¿Cerdos? —barruntó escupiendo una carcajada y después reanudó casi sin aire. Prometo que, hasta le vi secarse una lagrimilla que pretendía escapársele de la comisura de los ojos—. Menuda imaginación portentosa tienes, Alexandra. Debe ser la influencia hollywoodiense…

Lo miré ceñuda por el rabillo del ojo y altamente mosqueada por reírse de mí, aunque reconozco que obtuve mi recompensa, esa de dejar por un instante su lado siempre altivo, serio y formal, mostrándose, sin pretenderlo, más atractivo y con avaricia.

¡Aaaaarg! ¡Maldito yupi engominado!

Tomé aire y al hacerlo, descubrí que las sábanas olían a él. Al perfume que recordé que emanaba de su piel cuando se acercó a mi cara la noche anterior en la cena. Un aroma masculino, intenso, penetrante. Atrayente como la miel a las moscas.

—Al menos respóndeme a una sola pregunta.

Tenía una que no cesaba de bailarme en la punta de la lengua. Una que debía pronunciar sí o sí.

—Espero que no sea muy complicada.

—¿Nos hemos acostado?

—No.

—Ya está. ¿Ves como no era tan difícil? —Pestañeé al darme cuenta de su contundente negación—. Ah, ¿no?

—No. ¿Decepcionada?

Sonrió de medio lado y de la nada se le pintaron dos hoyuelos super monos en el medio de las mejillas, que quise lamerlos, digo, ¡borrarlos de una bofetada!

—¿Perdona?

—Vamos, no le des más vueltas. Desayuna, date una ducha y…

—¿Y por qué estoy en ropa interior?

—Tuve que desvestirte porque te habías vomitado encima. Y te juro que el hedor a vómito es de los más repulsivos que existen, sin tener en cuenta la tioacetona.

—No recuerdo nada de eso.

Se me aceleró el corazón y noté como el rubor ascendía raudo desde mi pecho a mis mejillas.

—Mejor.

—¿Tan borracha estaba?

—Bastante.

—¿Cómo de bastante?

—El problema es que…

—¿Cuánto? —le corté.

—Hasta el punto de subirte descalza al piano de cola del restaurante de 5 tenedores y cantar a pecho descubierto: *I will survive* de Gloria Gaymor. Así, sin frenos y a lo loco, como si te fuera

la vida en ello. Y no paraste hasta robarle un sombrero a uno de los comensales y pedir propinas a todos los asistentes.

Abrí los ojos como platos.

—*Oh, my god!* —balbuceé con la voz temblorosa, tragando saliva a duras penas. ¿Puede una morir de vergüenza?

Definitivamente tengo un problema con la bebida. Primero fue en Las Vegas y ahora en La Toscana.

—Tienes un mal beber, eso es todo. No es el fin del mundo.

Lo miré fugazmente cuando se levantó de la silla, la volvió a colocar en su sitio y después señaló el armario que había junto a la ventana.

—Tienes ropa limpia ahí dentro, escoge la que quieras. Por si me necesitas, yo estaré en el jardín trasero dando unos largos en la piscina. Planta baja, final del pasillo, no tiene pérdida.

Iba a contestar cuando él ya había ajustado la puerta tras de sí y me hallaba de nuevo a solas. Apenas tuve tiempo de meditar lo sucedido. Actué de forma mecánica, haciendo caso de todas sus instrucciones al pie de la letra: desayuno, ducha, ropa limpia, descender las escaleras, salir al jardín.

Lucía un sol radiante en lo alto de un cielo despejado cuando la hierba acarició mis pies descalzos. El césped, como si se tratara de un lienzo verde, formaba un marco para parterres y el arbolado, combinado con losas de hormigón que le daba un aire sofisticado y exquisito, pero cálido a la vez. Los árboles frutales toscanos, las plantas verticales, un túnel de glicinias y las rosas de Bourbon emergiendo de ánforas y tinajas de terracota impregnaban el ambiente de un sutil olor dulzón.

Una cama balinesa con dosel y gaseosas cortinas ondeando por la brisa junto a un jacuzzi y a una fuente, separada de la zona de la piscina por una tarima de madera, bordeada de arbustos, palmitos y sterlitzias gigantes para darle ese toque acogedor a *chill out.*

De repente, el chapoteo de unas brazadas me alertó que no estaba sola, que efectivamente Franco iba a estar en ese lugar tal y como había mencionado en el dormitorio. No tardó en toparse con mi mirada desde lo lejos y decidir salir de la piscina. Con una elegancia innata, ascendió la escalerilla y se paseó descalzo y en traje de baño tipo bermuda, cayéndole a medio muslo cubierto por un fino pelo castaño, revelando un torso musculado de piel bronceada de la que decenas de gotas surcaban cada contorno de su pecho, de su espalda ancha y su vientre plano sin una pizca de grasa.

Lo contemplé de arriba abajo, repasándole con deleite, desde los pies a la punta de los mechones mojados que se apelmazaban a su frente. Juro que fue imposible dejar de mirarlo. Era demasiado atractivo para ignorar su presencia.

Aguanté la respiración, un segundo, dos segundos, tres segundos… hasta que dejé escapar un hilo de aire.

Acortó la distancia que nos separaba y se colocó frente a mí. Era alto, muy alto y en las distancias cortas y sin esa indumentaria tan sobria con la que solía disfrazarse, parecía hasta normal. Un hombre de unos cuarenta años, normal. Como si esa fachada infranqueable, esos muros que había levantado tan concienzudamente empezaran a resquebrajarse con unos simples arañazos en la superficie.

—Te sienta bien la ropa —reveló mientras se secaba la cara con la toalla y me dedicaba una sonrisa—. Estás muy guapa.

Me contemplé la ropa que llevaba puesta algo cohibida, la camiseta azul marino de manga corta y los jeans blanco de tiro alto de mujer. Todo bastante casual, nada que resaltara mis curvas o ensalzara algún atributo. Luego volví a centrarme en sus ojos. Franco no dejaba de observarme y no pude evitar sentir curiosidad por la propietaria de esas prendas. ¿Su último ligue en una noche loca de pasión? ¿Una exnovia con mucha prisa a la que se le olvidó llevarse la ropa? ¿Una exmujer a la que aún no ha olvidado y guarda sus pertenencias como si fuera un tesoro?

—Antes de que empieces a hacer conjeturas fuera de lugar, te diré que son de mi hermana pequeña, de Lucía.

—No, yo. No he pensado nada.

—Alexandra.

—Bueno —hice una pequeña pausa y luego confesé—: Sí, puede que haya planteado un par de hipótesis.

Franco se inclinó hacia mí, tan cerca que podía contar todas y cada una de las canas salpicadas por su incipiente barba. Repasó toda mi cara, observándome con una lentitud pasmosa. Mi nariz recta, mis altivas mejillas, mi boca entreabierta hasta detenerse en mis ojos.

—Deja de esforzarte en ocultar tus emociones, Alexandra. Eres tan transparente que, de no llevar ropa, podría ser capaz de ver a través de tu cuerpo.

Sus pupilas se dilataron. ¿Quizás por imaginarme en ese instante completamente desnuda?

Nuestros ojos se enredaron más de la cuenta.

—Esto… —me reí sin ganas después de ponerme roja como un tomate, tras notar como una bola de fuego explotaba en mi bajo vientre y se expandía por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo—. Creo que debería volver a mi casa.

Y poner tierra de por medio. ¡Sí, eso es lo que debía hacer cuanto antes!

—¿Segura? Había pensado en invitarte a comer a un restaurante que suelo frecuentar y en el que hacen el mejor filete florentino de toda La Toscana.

—Sin duda una opción muy tentadora. Pero no, gracias.

Miré mi reloj de pulsera, que a pesar de la santa juerga que me había pegado la noche anterior, seguía intacto y sin un rasguño en mi muñeca.

—Se ha hecho tardísimo. Y Luca debe estar preguntándose dónde está su madre… Entre las preguntas más destacadas, la de que si lo he abandonado fugándome con el payaso del circo de los horrores.

Franco arrugó el entrecejo y toda la expresión de su cara.

—Es broma… —sonreí mordiéndome el labio. Tan formal y tan serio y sin embargo, había picado el anzuelo—… Te lo prometo, he de irme.

—Está bien. —Lanzó la toalla de baño sobre una hamaca y retomó enseguida mi mirada—. Dame un minuto para vestirme, coger las llaves del coche y acompañarte.

—¡Oh, no, no! No sé si será buena idea.

—Ah, ¿no? Y, ¿cómo piensas volver?

Le pillé estudiando mi rostro, creo que tuvo tiempo hasta de contar todos mis lunares.

—Hace buen día… y dicen que caminar es sano.

Miré al cielo, a ese mar azul y despejado, sin indicios de llover en las próximas horas.

—¿Quince kilómetros?

Una curva burlona surcó sus labios.

—Pues… entonces será doblemente sano… —dije bajito, casi tragándome las palabras, incómoda.

Bajé la vista avergonzada y él soltó una risa divertida. Se pasó la mano por el pelo, peinando los mechones todavía mojados.

—Espérame aquí. No tardo nada.

Inspiré hondo viéndolo entrar dentro. Solté el aire despacio pues mis latidos acababan de acelerarse sin previo aviso. Volví a inspirar al darme cuenta que algo parecía haberse despertado en mi interior, removiéndome las entrañas. Una especie de revoloteo en el estómago, algo que hacía mucho tiempo que no sentía por nadie.

Tragué saliva, incómoda y atrapada en ese instante.

Mierda. Mierda… ¡Mierda!

10
In time

(Andrew Niccol, 2011)

JAKE MAVERICK

Una azafata de pelo ondulado y sonrisa afable se acercó para recordarme que debía abrocharme el cinturón de seguridad pues el avión en unos minutos iba a tomar tierra en el aeropuerto de Peretola, en Florencia.

Todavía había algo en mi mente que no dejaba de retumbar en mi cabeza. Preguntas sin respuestas, como, por ejemplo, qué habría sido de la vida de Alexandra durante todo este tiempo. Si me habría olvidado. Si habría rehecho su vida. Si seguiría iluminando su cara esos increíbles ojazos azules. Si…

¡Demonios!

Cerré los ojos y me masajeé la sien. En aquel momento me di cuenta de que, por más que pasara el tiempo, la morena iba a seguir estando muy presente en mi vida, aunque me hubiese pasado los últimos dos años esforzándome en olvidar, ignorando esa realidad, tratando de burlar la verdad.

Miré por la ventanilla alertado por el sonido agudo de los *flaps* y *slats* extendiéndose en las alas, previo a que el avión comenzara su descenso y tomara tierra en el aeropuerto. Minutos más tarde, el sonido de la bomba hidráulica seguido de un golpe seco, señal del despliegue del tren de aterrizaje y la voz del piloto diciendo aquello de «Deseamos que hayan tenido un feliz vuelo y esperamos verle de nuevo a bordo», provocaron sequedad en mi paladar. Acababa de romperse la burbuja tejana que me envolvía desde siempre por temor a salir de mi zona de confort, obligado a cumplir las últimas voluntades de un viejo cascarrabias.

Sentí una extraña sensación parecida al vértigo cuando el tacón cubano de mis botas de cuero puntiagudas pisó el asfalto toscano por primera vez y sentí una brisa cálida de finales de verano en el rostro. Respiré hondo y seguí la marabunta de gente que se dirigía a la sala de equipajes para recoger sus maletas que daban vueltas en la cinta transportadora.

Allí me hallaba yo, un ranchero de Texas, sin planes a corto plazo y guiado a la fuerza por las palabras manuscritas en un simple trozo de papel. Retado sin piedad a volver a ver a la responsable de todos mis quebraderos de cabeza y noches en vela. El corazón me vibró, sacudiendo las costillas cuando descubrí mis labios balbuciendo un nombre: Alexandra.

Pillé un taxi y le di las señas del lugar donde iba a hospedarme durante varios días. El San Gregorio, un hotel que ocupaba un antiguo teatro y se hallaba a cincuenta metros del centro histórico de Pienza, muy cerquita del parque natural del Val d'Orcia.

Una hora y media más tarde, supe que estaba cerca de Pienza. Las casas de campo se dibujaban a derecha e izquierda de una fila serpenteante de cipreses, entre suaves colinas onduladas y paisajes bucólicos; combinación salpicada de ocres, marrones y negros de los campos de trigo recién arados y tostados por el sol y sus clásicas pacas de paja. Sin duda, la ruta por el maravilloso valle, invitaba a disfrutarla sin prisas, saboreándola con deleite y sin ser esclavos del tiempo. Salvo porque yo no había venido a hacer turismo, sino por un propósito en concreto, el de entregar una carta.

Dejé la maleta sobre la cama de la habitación del hotel y salí a que me diera el aire, deambulando por las adoquinadas y estrechas callejuelas, observando aquí y allí, a la bonita decoración de las casas empedradas de balcones y ventanas repletas de macetas de flores de vivos colores. Era fácil encontrar rincones llenos de magia, como el de una bicicleta Mirella oxidada y apoyada en una pared de piedra, las tiendas de productos locales de donde emergen irresistibles olores a queso, a mermelada, a vino de Chianti y a comida recién hecha.

El apabullante silencio que habitaba en ese pueblo y la paz momentánea que sentía en ese momento, fue crispado por las risas cantarinas de unos niños jugueteando al golpear un balón con el pie. Estaba adentrándome al *Corso il Rossellino*, la calle principal del pueblo, llena de tiendas y con un inconfundible aroma a algo muy típico de Pienza, el *pecorino*, descubrí a Lapo, un niño de no más de seis o siete años, que pintaba en acuarela sobre trozos de cartón de embalar imágenes típicos toscanos mientras daba generosos mordiscos a un bocadillo de salami.

«*Ogni quadro 1 euro*» rezaba en el cartel sobre una mesa hecha de cajas de cartón.

Hundí mi mano en el bolsillo del pantalón buscando una moneda de dos euros que le tendí después de señalar a uno de los dibujos expuestos. El que, en tres grandes trazos, simulaba un campo moteado de rojas amapolas.

—*È molto, signore* —quiso devolvérmela sin dejar de sonreír en todo momento alzando sus rechonchas y sonrosadas mejillas.

No entendí ni una palabra de lo que me dijo, aun así, sospeché que se estaba quejando porque le estaba pagando el doble del precio por su dibujo.

—No. Está bien. En serio. Para ti, Lapo. Te lo has ganado con creces.

Luego, le sonreí y él pareció captar mis intenciones porque abrió una cajita de hojalata y la depositó dentro con el resto de dinero.

—*Grazie mille.*

Enrolló el dibujo y luego lo anudó con un cordel.

—*Grazie*, a ti, chaval.

Le removí el pelo en un acto reflejo y al dar un par de pasos alejándome, me encendí un cigarrillo. Anduve por una calle tranquila hasta toparme de bruces con la coqueta terracita de una

cafetería. Me senté en una de las dos mesas circulares que franqueaban la puerta de la entrada al establecimiento.

Oí una voz dulce que confraternizaba con la magia del lugar.

—*Cosa prenderà, il signore?*

Esa pregunta básica de manual sí que me la había aprendido en el trayecto de avión. Era fácil. No me hizo falta hojear la carta.

—*Un caffè expresto…*

—*Un expresso. Qualcosa da accompagnare? Croissant, ciambelle, panforté sienés, Buccellato di Lucca, Schiacciatta allá Fiorentina, Cantuccini…*

Aparenté serenidad, aunque mi cara reflejara la de un paleto texano que no entendía ni papa de lo que le estaban diciendo.

—Lo siento, pero no. Espera… —Googleé un traductor en internet—. *Un expresso, niente di più*.

—*Bene.*

Dejé el teléfono sobre la superficie de la mesa decorada con mosaicos de piezas cuadradas de cerámica en tonos azules y beige y me repanchingué en el respaldo de la silla.

—¿Eres tú, vaquero?

Miré hacia mi derecha confundido, alertado por una misteriosa y femenina voz. La sorpresa instalada en la cara de la rubia desconocida, la que no dejaba de sonreír abiertamente mientras se llevaba una pajita a la boca y sorbía despacio y quien a mi parecer sabía quién era yo a la perfección.

Y, allí, en el culo del mundo, a miles de millas de distancia de Texas, tan inverosímil como la probabilidad de lanzar una moneda al aire y sacar cara, si, anteriormente, lanzas diez veces esa misma moneda y salen tres veces cruz y siete veces cara. ¿Puede que de una entre un millón?

—¿Nos conocemos?

Mis labios temblaron en una sonrisa fingida, disparándoseme la curiosidad.

—Yo apostaría a que sí, teniente Pete Mitchell —me sonrió abiertamente y me mostró sus perlados dientes para añadir—: Quiero decir, Maverick.

11
Crazy, stupid love

(Glenn Ficarra y John Requa, 2011)

NICOLETTA ERCOLESI

Junto a la calle del Amor, la *Via della Fortuna* y al otro lado la *Via del Bacio* (la calle del beso), llevé al vaquero casi a rastras a deambular por la V*ia delle Mura*, la antigua muralla que resguarda la ciudad, desde dónde se divisa una de las más hermosas vistas de la *Val d'Orcia*.

Noté un cosquilleo en la nuca cuando avancé unos pasos para agacharme en una fuente, humedecerme las muñecas, el escote y liberarme así un poquito del sofocante calor a esas horas del día. Me giré y al hacerlo, me topé de bruces con sus enormes y brillantes ojos azules que no dejaba de observarme, en un intento mal disimulado por pretender no disparar la curiosidad que le estaba reconcomiendo por dentro, de igual forma que a un fiambre las lombrices.

—¿Vas a dejar de lado la intriga y decirme de una vez quién demonios eres?

—Me han llamado de muchas formas: cariñosas, obscenas, divertidas, pero nunca demonio.

Meneé la cabeza y vocalicé un «*aspetta un attimo*» rotundo. Después le propuse seguir caminando pues era muy probable que a esas horas Alexandra y su niño Luca, fuesen al parque, corriendo el riesgo de toparnos con ellos. *Mamma mía!* Y si eso ocurría y se tropezasen así, después de casi dos años de ausencia, a mi amiga iba a darle un jamacuco de dimensiones tan descomunales, que estaba segura que iba a dejar huérfano al pequeño toscano.

Resopló y soltó el aire por la nariz. Y yo le ignoré y seguí en mis trece. Y cuando por fin nos hallábamos casi a las afueras del pueblo, Jake Maverick no lo soportó más y me sujetó del codo, obligándome a detenerme en seco.

—¡Ya vale, rubita! Me he cansado de seguirte el puto juego. ¡Venga, suéltalo! Dime quién coño eres y qué intenciones escondes.

Su mirada recorrió mi rostro con cierta expectación, esta vez más lentamente.

—A ver, *Top Gun*.

Jake arrugó el entrecejo. ¿Acaso nunca le habían hecho la bromita de Maverick, el aviador *buenorro* de la década de los ochenta y encarnado en Tom Cruise enfundado en la cazadora de cuero *Bomber Navy G-1*? *Sorry*, lo ponía en duda.

—¿No te suena nada mi cara?

—No.

Él negó con la cabeza y entonces teoricé que su amigo nunca le había mostrado ninguna de nuestras fotos guarrindongas, esas que nos hicimos en nuestro último encuentro en el hotel *Riu Plaza New York Times* de Manhattan.

«Vaya, vaya, vaya. Roy Jones, eres todo un experto cabronazo en poner los cuernos a tu mujer Nancy, pues ni siquiera dejas cabos sueltos cuando te follas a tus ligues, que, por si las moscas, ni siquiera lo compartes con tu mejor amigo».

—¿Y te suena el nombre de Alexandra Simmons?

En ese momento y como por arte de magia, sus pupilas se dilataron por completo, casi haciendo desaparecer el gris de su mirada. Entonces, observé su cara con descaro, viendo como fluctuaba del más absoluto desconcierto a la sonrisa más bonita y sincera que había visto nunca; de esas de verdad, de las que no esconden nada por mucho que tratara de fingir.

¡Vaaaaaale! *Ok, stop,* ¡quieto parao!

Pues mira, reconozco que tenía mis dudas, esas que se disiparon en un microsegundo y en las que, ese pedazo de hombretón, seguía estando caladito hasta los huesos por mi morena. Porque si no, uno no pone carita de emoji a la que le salen dos enormes corazones de la cuenca de los ojos.

—¿La conoces?

«¿Qué si la conozco?».

¡Oh, perdón! Se me escapó una sonrisita maléfica, lo reconozco, al pensar en el sinfín de cosas que Alex y yo habíamos experimentado a lo largo de toda una vida.

—Como si fuese mi gemela separada al nacer.

Confieso que su cara de póquer me hizo bastante gracia. El pobre no se lo esperaba, pero tampoco yo encontrármelo allí, en el culo del mundo y a miles de millas de Texas. Así que se podría decir que estábamos empatados a sorpresas.

—¿Eres… Nicoletta Ercolessi?

—*Sip*. Soy la amiga que conociste en Las Vegas disfrazada de Caperucita Roja.

—¡Hostias! No me jodas…

Santo Cielo. Sus ojos azules como los de un Husky siberiano se abrieron como platos y su grave voz a quebrarse a mitad de la frase. Acababa de quedarse pasmado ante mis palabras. Desde luego mi confesión le pilló en paños menores. Di por hecho que había llegado el momento de confesarte que, en cierta forma, me estaba divirtiendo la situación esa en la que un rudo texano en La Toscana iba más perdido que una almeja en un botijo.

—Estarás de broma.

—No, vaquero.

Sacudí la cabeza para dar más énfasis a mi discurso.

—Y no te hagas el sorprendido, porque sorprendida debería estar yo de encontrarme aquí contigo, en Pienza y después de casi dos años —puse una mano en jarras y con la otra le punteé suspicaz— porque está claro que tu visita a estos lares, no es casual.

Dejó de mirarme a los ojos para perderla momentáneamente al horizonte.

—Debo verla.

—¿A quién? ¿A Alexandra?

Asintió.

—Ni de coña, Maverick.

—Debo entregarle una carta.

—Pues envíasela por correo ordinario.

—Debe ser en persona.

—Ni hablar del peluquín. No, no vas a hacer nada de eso. No vas a verla, ni a entregarle una carta para después volver a desaparecer de su lado como si aquí no hubiese pasado nada. No. No vas a volver a destrozarle la vida.

Jake se me quedó mirando en silencio, pero nervioso y enseguida se apresuró a sacar la cajetilla de tabaco, atrapar un cigarrillo con los dientes y después prenderlo para darle dos hondas caladas. Luego volvió a la carga con más artillería pesada.

—En absoluto pretendo eso. Jamás querría hacerle daño. Te prometo que eso sería lo último que haría en la vida —expulsó el humo por el lateral de la boca y se puso más serio si eso era posible—. Pero debo hacerlo. Debo ser yo quien se la entregue la carta en mano y no otra persona.

—Sobre mi cadáver.

Esta vez ni siquiera me esforcé en disimular mi malestar. Alcé las cejas y vino a la mente esa expresión tan italiana que solía decir mi abuela materna cuando estaba muy enfadada: *avere un diavolo per capello.* Que venía a definir muy bien estar enfadado como un demonio, o tener muchos diablos en la cabeza. ¿Cuántos? Pues… ¡Tantos como pelos!

—Mira, Jake, cielo. No sé a qué diantres has venido, ni qué mosca te ha picado porque no se te ha perdido nada por La Toscana. Y, además, creo que deberías saber, por si aún no te has enterado, que a Alexandra le ha costado muchísimo tiempo y sufrimiento volver a ser ella misma y dejar atrás esa mierda de Barbie y Ken rancheros a la que os empeñasteis en jugar.

Me escuchaba mientras daba una nueva calada a su cigarrillo antes de dejarlo caer contra el suelo y pisarlo con la goma de sus botas de piel e hizo un ruidito extraño cuando tragó saliva y subió y bajó su nuez. Luego vi su pecho hincharse en una profunda inspiración, como si estuviese cansado de la vida.

—Es una carta de mi padre.

Nos quedamos en silencio, yo la primera, observando pasar por nuestro lado a una jovencita montada en una bicicleta amarilla con una cestita de mimbre colmada de flores de colores.

Eché la vista atrás, recordando la primera y última conversación telefónica que mantuve con su padre, el viejo Thomas, esa en la que, a pesar de la calidez templada del ambiente que nos envolvía, no pude evitar notar un estremecimiento recorrer el largo de mi espalda tras advertirme con franqueza que estaba atravesando una fase muy avanzada de su grave enfermedad.

—¿Qué-qué le ha pasado?

Me abracé a mí misma de puro instinto protector, pues la expresión de Jake acababa de cambiar radicalmente; notándolo en el preciso instante en que su mandíbula se tensó y sus labios se fruncieron en una fina línea haciéndolos casi desaparecer.

—Aunque su mente se empeñara hasta lo indecible en aferrarse a la vida, al final… su cuerpo dejó de luchar por él.

Dio un paso atrás y dejó pesadamente que su espalda se apoyara en una fachada de piedra caliza de una casa de tres plantas de paredes de estuco y vigas de madera recicladas. Se le notaba tan apenado y perdido que, te prometo que, por primera vez desde que supe que había echado de malas formas a Alexandra de su vida, me fraternicé con su sufrimiento. Y te juro que me supo mal verle en esa tesitura.

Me estremecí, incómoda, haciéndome sentir vulnerable, a sabiendas que no debería sucumbir y dejarme arrastrar por el sentimentalismo. Debía mostrarme fría, salvaguardando las distancias, por todo lo ocurrido hacía dos años.

Sin embargo, fui débil e incapaz.

—Dios… Lo siento mucho, muchísimo, cielo.

Llené mi pecho de un aire denso y pesado al llevar mis pensamientos a él, a Thomas, a Dakota y… también a Roy Jones. Pues, sé que todos, incluido al cabronazo de Roy, le habían querido y también disfrutado a su manera de su compañía. Maldita sea. Me fue imposible evitar hundir mi cara en mis manos y sentir como el corazón se me anegaba en pena.

Saber que su padre había fallecido en esas condiciones a pesar de estar rodeado de la gente que quería por encima de todo, pensé en Alexandra y lo mucho que la familia Maverick había llegado a significar para ella. Y luego, sin pretenderlo, pensé en Luca, mi chiquitín, mi personita favorita del mundo quien jamás conocería a su abuelo paterno, ni el viejo Thomas a él.

Suspiré hondo al percibir un doloroso nudo en el estómago que no se deshizo hasta que me acerqué a Jake a pasos lentos ofreciéndole mi hombro (en sentido metafórico), para que pudiera desahogarse libremente. Y, sin vaticinar el pronóstico, no renegó mi abrazo, sino que, tras colgarme de su cuello, sus temblorosos brazos rodearon mi cintura con urgencia.

Sentí su cuerpo anexionado al mío y los latidos de su corazón golpeando su caja torácica. Y dejé que sucediera. Dejé que su amargo dolor me traspasara la ropa, la piel, los huesos, el alma y su descarnada soledad, llevándome a su terreno más sensible.

Guardamos celosamente silencio durante varios segundos; no más de treinta. Y, al poco, tras separarse de mí, añadió con la voz queda:

—Ayúdame, Nicoletta. Ayúdame a hacerle entrega de la carta de Thomas. Luego te prometo, te doy mi palabra como hombre que… desapareceré para siempre de la vida de Alexandra.

Diría sin riesgo a equivocarme que la necesidad impregnó sus palabras y que sus ojos destilaron toda la honestidad que un ser humano puede evocar. Estaba siendo completamente sincero conmigo, salvo por un hecho trascendental, ese en el que Jake Maverick aún no era consciente de la realidad: la existencia de su hijo.

—A ver, vaquero. Voy a ayudarte, ni siquiera tengo clara la forma de cómo, pero lo haré. Aunque, he de decirte que será con una condición.

—La que sea.

Lentamente examiné su cara, sus ojos y sus brazos que, tras abrazarme, cayeron desanimados a ambos lados de su cuerpo. Como tampoco me pasó desapercibido el balanceo de sus talones y el intento fallido por enderezar su espalda.

—Déjame hacerlo a mi manera.

—Gracias, Nicoletta.

Sonrió despacio, de verdad; de esas sonrisas tan sinceras que no puedes evitar contagiarte in situ. Además, tampoco pudo disimular en su gris mirada un cierto halo de esperanza y entonces me di cuenta de un detalle: que, en el fondo, aunque tratara por todos los medios de ocultarlo, seguía sintiendo algo intenso por la morena.

—Tonterías. No me las des, porque te aseguro que no voy a hacerlo por ti, sino por mi amiga, Alexandra.

—Y haces bien.

Asintió con la cabeza.

—¿Dónde te hospedas?

—En el hotel San Gregorio en…

—En *via della Madonnina* —le interrumpí. Francamente conocía Pieza como la palma de mi mano—. Ahora debo irme —señalé a mi espalda hacia la *Via Dogali* ubicada en el casco histórico, con sus pequeñas casas levantadas sobre el peñasco en el que está construido el pueblo de Pienza—. En breve recibirás noticias mías. Hasta entonces, te sugiero que te mantengas alejado de ella.

Me despedí del vaquero y regresé a casa de Alexandra pasando por La Piazza Pio II, centro neurálgico de Pienza de diseño trapezoidal. Rodeada de edificios renacentistas construido en el siglo XV por *Bernardo Rosselino* para el papa Pio II.

Anduve varias calles al este, con la brisa cálida de la tarde acariciando mi cara y una sensación agridulce agitando mi estómago y sin poder dejar de pensar en cómo iba a afectar emocionalmente a mi amiga volver a ver a Jake.

Y justo en ese impase en el que estaba empezando a arrepentirme de haber tomado esa absurda decisión, como también la de actuar siempre sin pensar en las consecuencias, al abrir la puerta para entrar en el vestíbulo, casi me tropecé con un chico al que jamás había visto, porque de ser así, te prometo que lo recordaría incluso con una venda en los ojos, solo por el agradable olor a pan recién horneado que desprendía su ropa; un aroma con notas dulces y tostadas tan apetecibles que invitaban a abrir el apetito aunque estuviera muy lejos la «operación biquini».

Nos miramos. Nos sonreímos. Me cedió el paso, luego yo a él. Y al dudar de quién debía dar de nuevo el paso, chocamos nuestros cuerpos.

—*Scusate.*

—*Nooo, scusami, per favore!*

Rauda, aproveché para escudriñarle de arriba abajo cuando este se separó, dando un paso atrás. Estaba tan ensimismada deleitándome con el pedazo de hombre que tenía ante mí, que no me di cuenta de que él también me estaba analizando sin obviar un solo recoveco de mi anatomía.

«¡Ay, madre! ¡Qué guapo es!».

—*Prima tu.*

Se hizo a un lado para dejarme pasar. Era alto, guapísimo y morenazo, de tez y pelo y a pesar de tener una cara bastante aniñada, encajaba perfectamente en mis cánones varoniles.

—Gracias.

—¿Americana?

—Nacida en Nueva York, aunque de sangre toscana.

Su sonrisa se hizo más amplia, más expresiva, más de verdad y sus ojos castaños vagaron por mi cara lento.

—Interesante combinación —murmuró arrastrando las palabras con una voz de lo más masculina y con esa musicalidad tan innata que caracteriza a los italianos y yo no pude evitar alzar una ceja.

Y si los clichés no estaban equivocados, tenía ante mí al estereotipo del italiano ligón. Hecho que, por otro lado, no me incomodaba en absoluto.

—Soy Nicoletta Ercolessi, amiga íntima de Alexandra. ¿Y tú eres…?

Sus labios trazaron una amplia sonrisa casi de oreja a oreja. ¡Madre del amor hermoso! Blanca, alineada y reluciente, así era su dentadura (y eso que no lo estaba comparando con los de un caballo, que conste). Y esos labios tan jugosos que humedecía a veces con la lengua, estaban a punto de volatizar mi tanga de encaje negro de *Victoria's Secret* en tres, dos, uno...

—Marco Carusso. Panadero, chico de los remiendos, reparo desde el tejado hasta corto el césped y, desde hace poco, también niñero de Luca a tiempo parcial.

—Qué polifacético ha salido el chico.

—Me gusta mantener mi mente ocupada.

—¿Solo te gusta mantener ocupada tu mente?

Marco me guiñó el ojo, sonrió divertido con una sonrisa torcida, juguetona y algo traviesa. Al poco rodeó mi cuerpo y salió a la calle. Luego me giré y le pillé mirándome mientras se subía a una bicicleta.

—Nos vemos —se despidió con la mano.

«Puedes estar seguro», pensé para mí.

Cerré la puerta, dejé el bolso tirado en el sofá y al entrar en la cocina, me recibió un olor delicioso a *spaghetti allá carbonara* que me revolvió las tripas al instante.

—Mmmm… Huele de maravilla, Alex.

—Gracias, cielo. No es nada, es una receta super sencilla y nada complicada.

—¿Desde cuándo te defiendes tan bien en la cocina? —pregunté mientras me agachaba para dar un beso a Luca en el pelo y un abrazo de oso a mi amiga.

—Alguien me ha prestado su libro de cocina práctica y… estoy experimentando.

Echó una pizca de pimienta recién molida sobre una fuente que acababa de colocar en medio de la mesa.

—¿No será el pedazo de morenazo con el que acabo de cruzarme al entrar en tu casa?

—¿Te refieres a Marco Carusso, el panadero?

Empezó a servir la pasta en los platos como si estuviera hablando del tiempo con un desconocido.

—Sí, el *sexy* yogurín. *Sip*.

—Ehm… Sí, debe ser él. Anda, siéntate.

Señaló una de las sillas, me cogió de los hombros y me obligó a estampar mi redondito culo en la madera. Luego ella se sentó frente de mí para después colocar a Luca en la trona.

—¿Y por qué diantres no me habías hablado de él?

—Pues no sé. Porque… ¡No sé, Nicoletta! Aún no me ha dado tiempo a hablarte de él.

—¿En serio? Y, ¿cuándo pensabas hacerlo?

—Verás… —Puso los ojos en blanco—. Lo, lo estoy haciendo ahora.

Me sonrió con los labios apretados y empuñó un cuchillo de sierra de veinte centímetros con el que empezó a cortar generosas rebanadas de pan, del que adiviné, acababa de traerle Marco Carusso quien parecía tener tatuado en la frente el slogan de Petit Suisse allá por los años ochenta «¡A mí me daban dos!». Porque te aseguro que de este yogurín, me comía dos, rebañaba la tapa con la lengua y raspaba las paredes con las uñas para aprovecharlo todo, todo, todito.

—Claro, y por lo visto hoy has aprendido a cocinar así de fantástico, como por arte de magia.

—No. He ido practicando. Prueba error, ya sabes.

—Ya sé, ya.

Chasqueé la lengua contra el paladar.

—Y… entre prueba error, ¿hay algo que debas confesar?

—¿Confesar?

—Ajá.

Se encogió de hombros.

—Pues… que he descubierto que tengo facilidad para eso de cocinar.

—Claro, claro, Alex.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué estás insinuando, Nicol?

—Nada que no sea obvio, cariño —dije entre risitas—. Que Marco es un tío muy, muuuuuy atractivo. Y tú, una monada de mujer y además soltera desde hace siglos a quien no le vendría mal que un experto panadero le amasara el cuerpo para luego meter su *baguette* en el horno.

—¡Dios bendito! —exclamó escandalizada y escondió la cara con las manos—. Hoy en día una mujer puede llegar a ser muy feliz sin practicar sexo.

—Vamos, por favor. ¿Sin echar un casquete de vez en cuando? ¿Nunca?

Alexandra cogió la cuchara sopera utilizándola como base, sobre la que empezó a voltear el tenedor. Tras unos giros de muñeca, aunando la cantidad exacta para llevársela a la boca evitando que unos cuantos rabillos de *spaghetti* se le quedaran colgando en la barbilla y dejando la cara como un cristo.

—Eso lo has insinuado tú, no yo.

—¿El qué? Que tengas más telarañas en las *Rías Baixas* que la mansión de *La Familia Monster*.

Alexandra me miró unos segundos antes de responder.

—Mi vida sexual no le incumbe a nadie, ni siquiera a ti.

—Dirás, tu inexistente vida sexual.

La miré poniendo morritos y luego me fijé en que sus labios se fruncieron en una fina línea y que me estaba fulminando con la mirada. Conque esa era una clara advertencia de que empezaba a tocarle demasiado la moral y debía echar el freno lo antes posible. En realidad, olisqueé que mi amiga del alma estaba a punto de cabrearse conmigo y con toda la razón del mundo.

—Oye, morena, perdóname. Creo que me he pasado un pelín de la raya. Ya sabes que a veces peco de sincera.

—Sí, a veces eres demasiado directa.

Dio un sorbo a la copa de vino.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Me das tu beneplácito?

—¿Para qué?

Segundos más tarde, solté el aire que tenía en el interior de mi pecho antes de que me explotaran los pulmones. Levanté la vista a cámara lenta antes de mirarla a los ojos de forma pillina al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa de suficiencia.

—Para averiguar si es cierta la fama que precede a los amantes italianos —respondí— porque tengo el presentimiento de que este *latin lover* a lo Raoul Bova, pero diez años más joven, con un solo morreo es capaz de envasarme al vacío y con un lametón borrarme todas las pecas y lunares del cuerpo; me pone *mu'perra* llegar a imaginar lo que es capaz de hacerme con ese pan de chapata jugoso y crujiente que guarda calentito entre las piernas…

Por supuesto la reacción de mi amiga no se hizo de rogar. Negó con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco y arrugaba esa naricita tan mona que muchas matarían por tener y luego me soltó una de sus trilladas frases de monja de clausura, esas que se avecinaban casi sin pretenderlo:

—¡Eres una degenerada, Nicol! Decir que no me sorprende tu fogosidad con el género contrario es quedarme corta, pero… ¡es que es el niñero de mi Luca! Y pensar en ambos en decúbito supino y prono, me, me… ¡me pone frenética!

Me eché a reír a carcajadas.

—Mujer, tu hijo no tiene ni año y medio, no levanta dos palmos del suelo y ni siquiera aún es capaz de vocalizar más de treinta palabras. Así que, básicamente, por esa regla de tres, el pobre no va a enterarse de nada.

—¡Madre mía! —gritó en un patético arrebato de locura y gesticuló exageradamente con las manos mientras me miraba exasperada—. ¡Pero, yo sí!

Entonces la observé ceñuda, pues su desmesurada y errática reacción me sorprendió mucho. Demasiado. Tanto que… Ey, un momento, un momento, ¡pare el tren señor maquinista! Pero, ¿qué demonios estaba pasando aquí?

—A ver, Alexandra Caroline Simmons —recorrí con la mirada su dulce rostro a lo Bella de Disney, pero con los ojos claros y ladeé la cabeza un tercio—. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿En qué parte de la película me he quedado dormida?

—No te pillo.

Mordió un trozo de pan y empezó a masticarlo con demasiada rapidez que casi se atraganta al engullirlo de golpe.

—¿No me pillas? Por lo que veo la que se ha pillado en esta historia eres tú.

Se puso roja como un tomate y tras cinco segundos de deliberación consigo misma, me respondió balbuceante:

—Pero ¿qué estás insinuando?

Alzó las cejas con exasperación.

—Que te sientes atraída por el panadero.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —me dijo esta vez molesta. El grado de incomodidad en el ambiente estaba creciendo por momentos. Aunque yo me estuviera riendo por dentro de lo absurdo de la situación.

—Entonces ¿por qué estás tratando de persuadirme para que no nos acostemos?

—Yo no hago tal cosa…

—Sí lo haces, morena.

—¿Desde cuándo me ha importado tus relaciones amorosas o tus escarceos de una noche?

—Nunca.

—Ves.

—Hasta ahora.

Tragó saliva y trató de suavizar el rictus sin demasiado éxito, pues el leve tic que apareció de la nada en la comisura de su ojo izquierdo la delató.

—No es cierto. Para mí Marco Carusso no es más que lo que es: mi panadero y el canguro de mi hijo. Nada más.

—Vale, *okey*, me has convencido —me reí en silencio, más que nada para evitar que la fiera que habitaba en mi amiga saliera a la palestra y de un arrebato, me dejara sin pelos en la cabeza —. Pues en ese caso, mañana le propondré que se quede a cenar y luego a dormir en mi habitación. Lo sé, lo sé, sé que las paredes de esta casa son como papel de liar, por lo que, espero no molestarte cuando grite como una loca mientras follamos como si no hubiera un mañana.

Alexandra se mordió el labio para no decir aquello que le estaba rondando por la cabeza, eso de arrancarme la mía de un zarpazo de loba herida. Estaba claro que el panadero le hacía tilín, pero aún no se había dado cuenta. Además, era completamente lícito que, por fin, se hubiese sentido atraída por otro hombre que no fuese el vaquero después de casi dos años, aunque en su fuero interior supiera que aún no estaba preparada para empezar una relación, pues si pretendía arrancarse de golpe la tirita emocional cuando la herida aún no estaba curada, iba a resultar un error con todas las letras: E-R-R-O-R. Por lo que, bien mirado, incluso iba a hacerle un favor.

«Alexandra no necesita enredarse en líos amatorios».

«El panadero necesita amasar un cuerpo y meterlo en el horno para después comérselo a mordiscos».

«Yo necesito enrollarme con alguien y dejar de una vez por todas de pensar en Roy Jones».

«Jake Maverick necesita entregarle a Alexandra la carta de su difunto padre».

«Alexandra Caroline Simmons va a practicarme un Harakiri cuando averigüe que Jake Maverick está en Pienza y con la intención de encontrarse con ella después de casi dos años».

«*Mio Dio!* ¡Esto empieza a parecerse a un culebrón cutre de los 90!».

12
Amor y otros desastres

(Alek Keshishian, 2006)

ALEXANDRA SIMMONS

¿En serio? Yo, ¿pillada de Marco Carusso? ¡Por favor!

Lancé por el desagüe el vino con el que habíamos brindado Nicoletta y yo, porque seguro que estaba picado o el graciosillo de turno se había dedicado a echar algún tipo de alucinógeno en su interior antes de embotellarlo para hacerme la gran broma del año, pues mi amiga no dejó de decir sandeces durante la comida sobre él y yo.

Hubiese preferido que me clavara una estaca en el pecho mientras, acabando de ultimar los detalles para la cena perfecta con la mantelería de hilo de rayas y la vajilla que guardaba para momentos especiales, el jarrón de lirios lilas, puse en el tocadiscos un vinilo del álbum *Tutte storie* de Eros Ramazzotti, un cantautor italiano de pop de la década de los noventa al que había descubierto nada más llegar a La Toscana y del que me había enamorado de sus ritmos al instante.

Sonaba *Un'Altra* Te cuando Nicoletta descendió las escaleras de caracol y se unió a mi lado en la cocina.

—Luca ya se ha quedado dormido. —Depositó el vigila bebés sobre la encimera de mármol e instintivamente eché un vistazo a la pantalla para corroborar ese hecho—. Míralo, es tan mono y tan dulce que, porque nos llevamos veintitrés años, que, si no, date por segura que le tiraba los trastos.

—Nicol…

—¿Qué, Alex? Es super guapo. Ya verás, cuando sea más grande, vas a tener que ir espantando a las *moscardonas* que se le acerquen. Vaticino que va a ser todo un rompecorazones como su…

Ambas nos quedamos en silencio.

—Como su padre —le acabé la frase—. Dilo. No pasa nada.

—*Sorry*, Alex. No pretendía. ¡Soy una bocazas!

—No, no lo eres. Eres Nicoletta Ercolessi. Y eres sincera. Jake Maverick es un hombre muy atractivo. Y…

De nuevo me quedé en silencio.

—Y seguro que ha rehecho su vida con otra mujer.

—Bueno, eso nunca se sabe.

—Vamos, Nicol. Fue él quién me echó de su vida.

—Sí, no te lo discuto. Aunque fue una decisión tomada a lo drástico. Ya me entiendes, precipitada por un suceso, por una situación que…

—Por una mala decisión. Lo sé. La cagué. Me equivoqué al no haberme sincerado desde un primer momento con él. Debí confiar y revelarle quién era yo. Pero, no lo hice. Hace tiempo que lo asumí y… te aseguro que he estado pagando con creces la penitencia.

Mi amiga se acercó a mí y me golpeó suave mi brazo con su hombro en plan cariñoso.

—Vamos, Alex, no es hora de flagelarte. No a estas alturas. Ya no.

Asentí y entorné los ojos cuando me rodeó con sus brazos y me soltó:

—Ya verás que cuando menos te lo esperes, irrumpirá en tu vida esa persona auténtica y de verdad, que estará destinada a amarte sin prejuicios.

Con el corazón palpitando raudo en el interior de mi pecho y sin dejar de pensar en el vaquero de ojos grises, me separé de mi amiga para coger un paño y abrir la puerta del horno para revisar el estado del asado. Justo en el mismo impase de tiempo en el que ella se apoyaba la isleta central, sonó el tintineo de la campana de hierro instalada en la puerta de la entrada.

—¿Puedes acabar de poner los cubiertos, por favor? —le pregunté algo alterada. La situación, esa de tener una velada con el panadero, Nicoletta y yo, me desbordaba—. Voy a abrir.

—Claro, cielo. Y relájate.

Me regaló una sonrisa cómplice.

—Estoy de lo más relajada, mira —repliqué devolviéndole una sonrisa fingida mientras me encaminaba hacia la puerta y le mostraba las manos para que avistara que no me temblaban.

Al pasar por delante del espejo que había en el recibidor, me ahuequé el pelo y alisé los pliegues del vestido coral y de tirantes que Nicoletta había escogido para mí del fondo de mi armario.

—Estás guapísima, cariño —la oí murmurar desde la cocina.

—Tú a lo tuyo, Nicol —renegué y abrí la puerta sin echar un vistazo por la mirilla.

Al abrir la puerta, mi cara se pintó de sorpresa.

—Franco Salvatore, ¿qué estás haciendo aquí?

—Disculpa que me presente así, sin avisar —se excusó y me plantó un llamativo ramo de tulipanes naranjas ante los ojos—. El otro día te marchaste con prisas y…

—*Ciao, bello.* —Mi amiga del alma vino a nuestro encuentro con una copa de vino en las manos y una enorme sonrisa pintada en sus labios—. Soy Nicolletta Ercolesi, ¿y tú eres?

—Franco Salvatore.

—*Lieto di conoscerti.*

—*Il piacere è mio.*

—No lo pongo en duda —rio mi amiga tontamente—. ¿Te quedas a cenar?

Abrí los ojos como platos y antes de poder pronunciar un solo vocablo, Franco se autoinvitó solito.

—Claro.

—*Bravo!*

Nicoletta le hizo entrega de la copa de vino antes de que Franco tomara su mano derecha y se la acercara a la boca en un ademán de besarla.

—*Mamma mia!* Pero si eres todo un caballero.

—Siempre con quien lo merezca.

A mi amiga se le escapó una risita y yo me quedé con la boca abierta y con cara de no entender nada.

—No sé por qué me da que va a ser una velada… distraída —murmuró ella mientras se alejaba de nosotros y volvía a la cocina.

Levanté las cejas.

—No te importará, ¿verdad?

Sonó decepcionado, como tratando de limar cierta aspereza en el entorno.

—Oh, no, no, no… en absoluto. Por supuesto que no —mentí piadosamente.

Donde comen tres que coman cuatro… O cinco, ¡o veinte! Cuantos más seamos, más nos reiremos. ¡Claro que sí!

—Estupendo.

Y ni corto ni perezoso, con toda la libertad del mundo, apoyó una de las manos en la parte baja de mi espalda y en contra de mi voluntad, me escoltó hasta el interior de la vivienda a la que no dejó de observar sin disimulo.

—Tienes una casa preciosa.

—¡Oh, vamos! No es ni por asomo comparable a la tuya.

—Tal vez tengas razón, pero no en todo. Salvaguardando las diferencias, la tuya emana una calidez y un aura acogedora que la mía carece.

Seguí la dirección de su mirada que se detuvo en mi vestido.

—Hoy estás realmente deslumbrante —su voz sonó grave, profunda y de lo más sugerente, para mi gusto demasiado, provocando que algo en mi vientre, tal vez en las entrañas, se removiera inquieto.

Sí, vale, era un galán en toda regla y debía de admitir que, nunca está de más que te regalen los oídos y te suban el ánimo. Sin embargo, no sabía por qué, algo me alertaba que, si daba un paso más hacia él, no acabaría bien parada. Puede que me rompiera el corazón y la verdad, entre tú y yo, aún lo tenía hecho trizas como para que me destrozaran lo poquito que había logrado recomponer.

Llámame cobarde, si quieres, pero te prometo que sentía auténtico pavor solo en pensar en volver a lamentar una nueva decepción amorosa. No sé si lo soportaría.

Aparté la mirada y la centré en su americana de firma.

—Si quieres dámela, para que estés más cómodo.

—Claro.

La colgué en la percha sin dejar de sentir su mirada en mi nuca.

—Te dejaste esto en mi cama.

Oí su voz justo detrás de mí, en un susurro ronco y cadente, y su torso casi pegado a mi espalda. Alargó un brazo y abrió la palma de su mano. Instintivamente acarició mi cuello cuando me mostró la gargantilla de oro que había extraviado en su casa. Sentí como la sangre ascendía caliente hasta mis mejillas.

«Te dejaste esto en mi cama».

Justo en ese instante, volvieron a asaltarme las dudas de si realmente ocurrió algo más entre esas sábanas. Pero de ser así, Franco me lo hubiese reconocido, ¿verdad?

—Gracias —atiné a pronunciar tras notar su aliento en mi nuca al llevar un moño alto y tener esa parte de mi cuerpo, expuesta.

No quise darme la vuelta, pues quedaríamos tan cerca el uno del otro que, sería muy fácil que nuestros labios se acariciaran con un simple movimiento.

Te prometo que en momentos así, me gustaría desaparecer o que, con un simple chasquido de dedos, todo a mi alrededor se congelara, menos yo, para poder ser invisible y tal vez así, huir.

Soy patética, lo sé: una patética cobarde.

Franco aguardó detrás de mí, casi inmóvil. No sé qué es lo que pretendía. Porque si su intención era ponerme nerviosa, lo consiguió. El corazón empezó a latirme con tanta fuerza, tanto que temí que él pudiera notarlo, incluso oírlo. ¿Sería eso posible?

—Si me permites —bajó el tono de su voz a un octavo.

Tomando la iniciativa, retiró un mechón de pelo suelto que bailaba en la curvatura de mi clavícula con la yema del dedo y aprovechó para acariciar mi piel despacio, tortuosamente lento. El bello de mi cuerpo se erizó a su paso, al mapear mi anatomía de forma sensual y casi erótica, activando todas las terminaciones nerviosas y la corteza somatosensorial. Y sin poder evitarlo, me vi obligada a contener el aliento cuando ciñó con extrema elegancia el colgante en mi cuello y luego lo abrochó con cuidado, para después depositar, sin pedir permiso, un cálido beso en el arco de mi cuello.

—Ves, ya está —susurró en mi oído tras separar poco a poco sus carnosos labios de mi piel.

—Gracias.

Rocé el colgante en forma de infinito con la yema de los dedos y me sorprendí a mí misma sonriendo como una boba. No sé cómo lo hizo, pero fui consciente de que Franco consiguió que empezara a sacarme a Jake de dentro de mi piel. Incluso, casi lograr desvirtuar el sentimiento que aún seguía intacto en ese órgano tan frágil de mi cuerpo. Sentí que cada vez que estaba cerca de él, sabía exactamente qué tecla tocar para desmembrar una capa, eliminando una nueva y cada vez más profunda.

—¿Puedo preguntarte algo, Alexandra?

Cogiéndome de los brazos, me sentí obligada a girarme para responderle y también para mirarle directamente a los ojos.

—Creo que sí.

Asentí mientras me daba la vuelta, volviéndome hacia él. Por unos instantes, la conversación pareció haber adquirido un matiz demasiado íntimo para mi gusto. Y eso por una parte me mantenía en guardia y por otra, me asustaba.

—En estos momentos ¿hay alguien en tu vida que ocupe tus pensamientos?

Sonreí y apoyé ligeramente la cadera en una repisa destinada a cintas de video VHS antiguas, grabaciones de películas y documentales de los que sentía añoranza y que encontré por casualidad en un videoclub vintage en Siena. Luego alcé la mirada y cogí aire.

—Mi hijo Luca.

Franco esbozó una sonrisa.

—Sí, ya lo sé. Pero, tal vez ¿alguien unos centímetros más alto? —no tardó en ir a la carga, directo al grano y sin tantear nada la situación, esa en la que la tensión empezaba a crecer por momentos a pasos agigantados.

—¿Alguien que te recuerde cada día lo deliciosamente sensual que eres?

Con cierta elegancia, me retiró un mechón de pelo de la cara y se tomó la licencia de empezar a acariciar mi pómulo con el pulgar.

—¿Alguien que se desviva por robarte sonrisas?

Sus largos dedos se deslizaron hacia mi nuca, serpenteando un tortuoso sendero erizando mi piel a su paso.

«Oh, mierda».

—Franco… no…

Tragué saliva, una, dos y hasta en tres ocasiones.

—¿Alguien que consiga estremecerte de pies a cabeza cada vez que roce tu cuerpo?

Yo, sin ser capaz de pestañear y Franco sin apartar la mirada de mí, prosiguió:

—Alguien que te acaricie el alma, porque la piel te la toca cualquiera.

¡Por Dios! ¿En serio bajo el sobrio traje de marca se escondía un ser tan romántico? ¿De dónde había salido semejante hombre? Guapo, elegante, sensible…

Era todo tan idílico y sacado en calzador de un Cuento de Hadas, que te juro que casi pude escuchar el sonido de un arpa a mis espaldas tocado por ángeles celestiales, igualito al óleo sobre lienzo de La Anunciación de El Greco.

—No. No tengo a nadie, ni tampoco…

—Ni tampoco buscas.

Asentí.

Se quedó en completo silencio y por unos instantes, casi fueron tres segundos, pensé que me estaba tomando el pelo, que no había nada de cierto en sus palabras; que, por una extraña razón

que no atinaba a adivinar, pronto me desvelaría que todo era una burda patraña. Pero nada más lejos de la realidad.

—Te aseguro que eso no se busca y que llega cuando menos lo esperas.

¡Ay, Señor! ¿Pero este hombre tenía palabras para todo? Era como una enciclopedia andante de diez tomos Larousse.

Lo importante de todo o lo anecdótico fue que, afortunadamente, fui salvada de la comprometida situación por la campana o por el timbre de la puerta, según se mire.

¡Gracias a Dios!

—Vooooy. Ya voy a abrir…

Nicoletta pasó por nuestro lado como un resorte y al mirarme a la cara, me guiñó un ojo, ni siquiera trató de disimularlo. Es más, tan solo le faltó añadir a su frase eso de: «ni se os ocurra moveros un milímetro del sitio, par de tortolitos».

A lo lejos, se oyó la puerta abrir y la familiar voz de Marco Carusso invadirlo todo.

—Si me acompañas, te presentaré al otro invitado.

Asintió y siguió mis pasos, caminando detrás de mí, sintiendo su mirada clavada a mis espaldas.

Inspiré hondo y luego solté el aire despacio.

Creía que había perdido la capacidad de sentir. Pero, de algún modo, aun a riesgo de sentirme horrorizada, Franco consiguió que me quedara pensativa, dándole vueltas a sus palabras, o más bien, a la intencionalidad de sus palabras. Otra cuestión era si hice bien o mal en desear dejarme llevar y dejar que, lo que tuviera que pasar entre nosotros, pasara sin ponerle trabas, ni piedras en el camino.

Y todo ello sin vaticinar un ápice… lo que estaba a punto de suceder.

13
La gata sobre el tejado de zinc

(Richard Brooks, 1958)

JAKE MAVERICK

Schopenhauer decía que la felicidad es una ilusión lamentable y que es solo la ausencia del dolor. Y yo, sentado en una esquina de la cama del hotel San Gregorio, amorrado a la boca de una botella bien fresquita de Bifrons, pensativo, di un par de generosos sorbos con desgana mientras imitaba ese gesto a como suele beber a morro un adolescente, un obrero de la construcción o un comisario divorciado.

«¡No te ofendas, Maverick, pero eres un completo pusilánime!», me decía a mí mismo con cada largo trago que daba mientras echaba miraditas furtivas al espejo de pie con los ojos encharcados en tristeza, rojos y las ojeras bien marcadas. Daba pena…

Y, que yo sepa, llevaba cinco puñeteros años sin apenas oler el alcohol y, incluido dos, desde que la morena abandonó el barco, mi vida o como coño se diga, invadiéndome la rabia por seguir pecando de ser un flojo, un pamplinas, un ranchero de poca monta y sucumbiendo a los últimos deseos de un anciano chiflado en la antesala de su muerte.

A ver, pongámonos en situación: llevaba un par de días y con sus noches casi clausurado en esas cuatro paredes. Solo. Exiliado del mundo. En un continente que no era el mío. Aguardando la visita de Nicoletta Ercolessi, para darme el pistoletazo de salida a esa sinrazón. Preguntándome por enésima vez, si el estar allí, a puntito de hacer entrega de la carta a Alexandra y el volver a verla después de nuestro último encuentro, era buena idea. Como tampoco lo era la de, una vez estar frente a ella, ser capaz de estar a solo unos centímetros, mirarla a los ojos y no lanzarme a sus labios para besarla como un enajenado mental.

Y yo me lo creí. Joder, ¡vaya si me lo creí! Creí a pies juntillas mis mentiras, dudando incluso de mis sentimientos, aferrándome a la paradójica idea de que las grandes cagadas no tienen redención. Y que cuando uno la jode, cuando uno mete la pata hasta el fondo como lo hice yo, no tiene derecho a sanar el daño.

¡Qué equivocado estuve y también, ciego! Tan obtuso y cerrado en banda, creyéndome todas mis excusas, a cuál más absurda, para correr, salir a su encuentro y buscarla, enfrentarme a ella cara a cara y mantener esa conversación que seguía pendiente. Porque seguía ahí, te lo juro, enquistada como un puto cáncer y llena de aristas, de esas tremendas y dolorosamente punzantes.

Esa es mi penitencia y mi consuelo… No será otro más que el de hincarme de rodillas e implorar que el paso del tiempo, no me haga sentir lo mismo que sentí entonces y que sea lo menos mortificante el volverla a ver.

Soy un estúpido al pensar eso, ¿verdad? Porque por más que me engañe a mí mismo, me escocerá. La cuestión será, el nivel de aguante que podré soportar.

Dejé caer el tercer casco en la papelera, que impactara contra los demás en el fondo. Alargué el brazo con la intención de pillar el teléfono, llamar a Roy y saber de mi hija, cuando unos nudillos repiquetearon la superficie de la puerta de la habitación.

Al saltar de la cama un ligero mareo se adueñó de mí. El puto alcohol había empezado a manifestarse en las zancadas algo torpes, casi arrastrándome y en la visión periférica, por poner un ejemplo gráfico del grado de embriaguez que ya soportaba.

Abrí con algo de dificultad.

—*Ciao*, vaquero.

Saludó la rubia desde el rellano del pasillo.

—Adelante, Nicoletta. Pasa dentro, a mi humilde morada.

—Uy… —Entró dentro y miró a su alrededor mientras se quitaba la chaquetilla de hilo—. Alguien aquí se acaba de pegar una juerguecita de cerveza.

Lanzó la prenda sobre una silla y olfateó el aire como si fuera un perro sabueso buscando pistas.

—¿Cuántas te has calzado, vaquero? ¿Una? ¿Dos?

Cerré la puerta tras de mí.

—Tres.

—Buen número. Siempre he pensado que es el número ideal. Ya me entiendes…

Sonrió y me guiñó un ojo con travesura. Si se estaba refiriendo al plano sexual, los tríos nunca me habían interesado. Yo era más tradicional, te lo respondo por si te lo has planteado.

—Al grano.

—No vayas con tantas prisas, Maverick. Suelen ser malas consejeras, te lo digo por experiencia. Y te aseguro que, de eso, voy bastante sobrada.

Se sentó al pie de la cama y cruzó las largas y torneadas piernas que quedaron bastante desnudas al echarse hacia atrás y apoyar las palmas tras de sí en el colchón y arrugarse el mini vestido.

Vamos, como Pedro por su casa.

—¿Quieres una birra?

—Eso ni se pregunta.

Negué con la cabeza pues me resultaba una persona bastante peculiar. En serio, en la vida me había topado con mujeres de armas tomar, directas y si me apuras, con un buen par de ovarios. Pero es que esta, sin duda, se llevaba la palma. Desde luego, con su sola presencia y su deslenguada palabrería, no dejaba indiferente a nadie.

—No tengo vasos.

—Ni falta que hace.

Me incliné, abrí la nevera y pillé un par de botellas. Eran las últimas. Me volví hacia ella y me senté a su lado tras ofrecerle una. No vaciló ni un segundo en chocar los culos de las botellas en un improvisado brindis antes de beber a morro como un tío, te doy mi palabra de que casi le faltó eructar y limpiarse la espuma de los labios con la manga de la camisa.

—¿Brindamos por algo? —le pregunté más perdido que una pulga en un perro de peluche.

—¿Hay que tener motivos para eso?

Me miró en plan «¡Qué soso eres, chaval!». Y yo le devolví la mía, confuso.

—Tal vez no.

Conociendo a Alexandra como la conocía, o como creí conocerla los meses que vivió en tierras tejanas, me pregunté qué demonios podían tener ambas en común para ser tan íntimas amigas del alma. No había que ser muy lumbreras para darse cuenta de que eran tan distintas como las caras de la Luna, la visible y la oculta.

Dio otro sorbo.

—Ey, pues está buenísima. Y hacía años que no tomaba una. ¿No tendrás unas patatitas para acompañar?

—No.

—¿Olivitas?

—No.

—¿Quesito? Mmm… creo que con queso parmesano estaría de vicio.

—Nicoletta, por favor —hice chirriar las muelas al apretar la mandíbula.

¡Joder, hostias! ¡Qué facilidad tenía la rubia de conseguir hacer perder los papeles a cualquiera!

—*Okey, way*. ¡No te sulfures más de la cuenta! Que las arrugas solo son bellas en la ropa, no en la jeta. TQTC.

—¿Y eso qué coño significa? ¿Es un insulto?

Nicoletta se carcajeó durante casi medio minuto.

—Dios, lo flipo en colores. Ahora mismo has logrado que me replantee qué vio Alexandra en ti, dejando a un lado lo evidente: tu imponente físico. Porque, caray, vaquero, bueno lo estás un rato largo. Y… *acatetado* otro rato más…

Se secó una lágrima de la comisura de los ojos.

—TQTC significa: Tranqui que te cagas en el argot… *pijillo*.

Sus largas pestañas revolotearon pizpiretas y yo me la quedé mirando con el semblante serio, impertérrito. Sus juicios de valor sin fundamento y su galimatías sin filtro, me estaban empezando a tocar mucho los huevos.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

Alcé una ceja. A ver si al final iba a ser cierto ese absurdo término de que las rubias tienen poca inteligencia. A sabiendas de que Nicoletta Ercolessi no tenía ni un puto pelo de tonta.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—¿Para todo eres tan rápido, Jake?

Alzó una ceja suspicaz, denotando cierto halo juguetón en su tono de voz y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No —dije rotundo, sin soltar apenas el aire y endureciendo mi rictus pues no tenía ni ánimos ni estaba de humor para perder el tiempo en monsergas de doble sentido.

—No me cabe duda de que no, sino no hubieses conseguido que mi amiga perdiera la cabeza por un ranchero, habiendo tanto campo en el que pastar a sus anchas.

Sonreí sin separar los labios y luego le lancé una mirada solemne, omitiendo su desfachatado comentario fuera de lugar y seguí obtuso en mis trece.

—Las condiciones.

Me aclaré la garganta cuando, con total atrevimiento, como si nos conociésemos de toda la vida, me apoyó una mano en la rodilla, aguantándose la risa. Desde luego viéndola actuar, cualquiera diría que no era el comportamiento habitual de alguien a quien acabas de conocer.

Bajé la vista a la mano que cubría mi rodilla.

—Moreno, ¿qué me he perdido? Porque no adivino qué es lo que te está haciendo perder las formas. Si las ganas que tienes de ver a Alexandra después de dos años o las de perderme de vista.

Debo admitir que no respondí a eso, pero era de cajón que eran ambas. Y como me consideraba un caballero, preferí no abrir la boca para no parecer descortés.

Alcé una ceja y crucé los brazos, quizás a la defensiva.

—No he tenido un buen día —siseé, me obligué a sonreír y luego añadí—: Ni un buen mes y ni siquiera he tenido un buen año. Así que, dime qué quieres. Aceptaré todo lo que me pidas con tal de hacerle entrega en mano a Alex de la carta de mi padre.

—No hay condiciones. Ninguna.

Le miré ceñudo.

—¿Me tomas el pelo?

Me eché a reír nervioso.

—No. Hablo muy en serio.

—¿Y entonces toda esta pantomima?

Permanecí un instante en un silencio algo tenso. Luego se incorporó de la cama, depositó la botella a medio beber en la mesita de noche y se puso la chaquetilla.

—Quería asegurarme de que solo has venido con ese objetivo y no otro, como por ejemplo, el de tratar de recuperar lo que hubo entre vosotros. Seguir en el punto exacto donde se rompió todo.

Clavó su mirada en mí, esperando mi respuesta.

—Me he mostrado transparente. No tengo ocultas intenciones. —Sacudí la cabeza—. He venido por el imperativo legal de las últimas voluntades de un moribundo cascarrabias. Nada más.

—Te creo. O quiero creerte —rectificó y me señaló con el dedo—. Te estaré vigilando, muy de cerca. Mucho. Seré tu sombra. Y si, por aquellas casualidades de la vida, cambian tus intenciones… no vacilaré en cortarte una de tus bolas de billar y hacer carambola en el bar de Pietro.

Con brusquedad, hizo el gesto oficial de cortar con unas tijeras mientras miraba con cara de psicópata de manual a mi bragueta.

—*Capici?*

Instintivamente me llevé las manos a la entrepierna, como si ese gesto pudiera librarme de las macabras fechorías que la rubia iba a cometer si no me portaba bien. Tratando de no soltar el aire hasta que se giró, salió de la habitación del hotel y me quedé de nuevo a solas. Arrepintiéndome al momento de haber dado mi palabra sobre algo que a priori, sabía que iba a incumplir.

Me tumbé de espaldas en la cama, con los brazos bajo la cabeza y sin dejar de idear la forma de llegar a Alexandra, verla, hablar con ella, entregarle el sobre y provocándole el menor daño posible.

No encontré ninguna.

14
Sunset Boulevard

(Billy Wilder, 1950)

ALEXANDRA SIMMONS

No me considero especialmente enamoradiza, aunque sí pasional. No soy de esas mujeres que pierden la cabeza por un hombre, caer rendidas a sus pies, volviéndose adictas al amor, ni siquiera de forma volátil, ni desmesurada, pues la vida en ese aspecto ha sido cruel conmigo y me ha golpeado fuerte.

Dos personas importantes, dos pilares fundamentales, dos desengaños dolorosos, dos ocasiones en que mi estabilidad emocional se ha visto supeditada por inconstantes altibajos, dos veces que me he visto forzada a recomponer los pedacitos de mi corazón hecho trizas.

Por ese motivo, quise desde un principio poner barreras a lo que empezaba a sentir por Franco Salvatore, dando la espalda al evidente *mare magnum* de neurotransmisores como la dopamina, que nuestro cerebro libera hacia el núcleo *accumbens*, proporcionando un chute extra de felicidad.

He ahí de dónde viene la comparación del amor con la droga y que es ciego (literal), pues en términos neurológicos, cuando la dopamina liberada llega a la corteza prefrontal, apaga nuestra toma de decisiones para dejar de ver los defectos de esa persona, activando el nervio simpático y con ello, la aceleración del corazón, las famosas mariposas en el estómago y la dilatación de las pupilas.

En resumen y como aseguraba William Shakespeare en «El sueño de una noche de verano», «El amor no mira con los ojos, sino con la mente, y por eso al alado Cupido lo pintan ciego».

Y a todo ello, debía reconocer, aunque me negara a la evidencia, esa que me estaba empezando a encaprichar de Franco Salvatore, lentamente, a fuego lento o un símil al envejecimiento de un Gran Reserva Enate, cinco años en bodega, de los cuales dieciocho permanece en barrica y el resto en botella, durante el paso del tiempo de la fermentación a la copa y lo degustamos en nuestro paladar. Así me sentía yo. Experimentando esas cosquillitas en el bajo vientre cada vez que me susurraba al oído o me miraba con esos sugerentes ojos oscuros y hambrientos. Ni siquiera supe en qué momento había empezado a sentir cosas por el italiano y a ilusionarme como una boba adolescente.

—No te importará que haya invitado a tu chico a la fiesta de la vendimia, ¿verdad?

Giré la cabeza hacia Nicoletta que se miraba a un espejo de sobremesa para hacerse una trenza de espiga ella solita, dándole un *look* bastante bohemio y propio de la región toscana que estábamos.

—¿Mi chico? ¿La fiesta de vendimia?

—¿Qué eres mi eco? Mi chico, mi chico, mi chicooooo…

Se rio mientras acababa de trenzar los últimos mechones rubios y anudándolos con una pequeña goma transparente.

—No es mi chico. Y mi objetivo versus él dista mucho de tener intenciones románticas.

—Porque tú no quieres.

—No —respondí con un gruñido—. No quiero. Nuestra relación es, se ciñe a… Se puede decir que es puramente… profesional.

—Vale, cielo, pero eso no es impedimento para que tengáis intercambio de fluidos.

Me vi desnuda, rodeando las caderas de Franco Salvatore mientras practicábamos sexo guarro en su cama.

—¡Nicoletta, por Dios Santo!

Negué con la cabeza y en un acto reflejo, le lancé lo primero que encontré a mano: una camiseta que estaba doblando después de recoger la colada seca del extendedor.

—No sé por qué te empeñas en darle la espalda a lo evidente. Es oír su nombre y hacer chiribitas con los ojos.

—¡No es verdad!

—Y tanto que lo es, morena. ¿Quieres que te ponga a prueba?

—Hazlo —la reté, aunque no las tuviera todas conmigo.

Por unos momentos, me arrepentí de mi proposición. Iba a perder la apuesta.

—Franco.

—Nada.

Se me acercó y se plantó frente de mí.

—Franco Salvatore…

Su voz empezó a sonar más lenta, arrastrando las palabras con la lengua.

—*Nothing*.

Me encogí de hombros.

—Franco, Fraaaanco, Fraaaaaaanco.

Susurró en mi oído tan lento y bajito, que, por un instante, me vi cerrando los ojos y mi mente viajar a ese momento en concreto en el que él aseguró que necesitaba a alguien que me acariciara el alma, porque la piel la tocaba cualquiera.

Escalofríos, sudoración, estómago revuelto, palpitación acelerada… mi corazón cada vez latía más deprisa.

—Cariño, si no le invitas tú, me tomaré la licencia de hacerlo yo misma.

Contuve el aliento, compadeciéndome de mí. Fue en ese momento en el que mis sospechas, fueron fundadas. Sentía algo más que atracción por Franco.

—Déjame hacerlo a mí.

Acababa de tomar una decisión que, sin pronosticar, iba a cambiar el rumbo de los acontecimientos. Y entonces fue cuando vino a mi mente esa maravillosa frase de Charles Chaplin «El tiempo es el mejor autor, siempre encuentra un final perfecto», dando sentido a muchas incógnitas que, hasta ese instante, no estaban despejadas.

Final perfecto o no, ya estaba embarcada en una nueva etapa de mi vida.

Dejé a Nicoletta al cuidado de Luca y salí a la calle a comprar albahaca y preparar un aceite aromatizado que me servía para condimentar ensaladas y guisos. Solía sumergirla en aceite dentro de un tarro de cristal y la mantenía fresca en la nevera. Durante esos casi dos años, había experimentado la cocina y descubierto que me gustaba y me divertía a partes iguales.

Callejeando por la pequeña ciudad de Pienza, me di cuenta de que nunca dejaría de sorprenderme su belleza, el trazado de sus callejuelas estrechas, los rincones llenos de encanto que me quedaban por descubrir, la gente y su hospitalidad, patios interiores y floridos de mil colores distintos, campanarios que se recortan sobre un cielo azul, las tiendas de productos artesanos y ese inconfundible olor a *pecorino*, un queso elaborado con leche de oveja. Si nunca lo has probado, te lo recomiendo encarecidamente que lo acompañes con mermelada de cebolla o de berenjena con manzana. Pienza es lo más parecido a un museo al aire libre.

Toda una delicia para los sentidos, dibujando en mis labios una perpetua sonrisa.

Salvo porque un pálpito distinto me perforó el pecho cuando, girando la esquina vislumbré la silueta difusa de un hombre, alguien cuya indumentaria desentonaba con el resto de vecinos. Me quedé paralizada en el sitio, siguiendo con la mirada la ancha espalda cubierta por una camisa de cuadros. Los tejanos desgastados. Las oscuras greñas onduladas que ocultaban parte de su nuca. La forma en como rebuscaba el paquete de tabaco en el bolsillo trasero y se llevaba un pitillo a la boca.

Respiré hondo, con gran esfuerzo. Sentía la vena carótida bombear ferozmente en el arco de mi cuello. Un segundo, dos segundos tres segundos…

¡Bom, bom! ¡Bom, Bom!

De repente todo a mi alrededor pareció detenerse, congelarse y después romperse en millones de fragmentos, en mini partículas, en quarks. No podía moverme. Solo podía mirarle desde la distancia. Nunca, ni por casualidad, pensé que volvería a verlo y menos allí, a miles de millas de Bandera.

Me costó tanto respirar que creí que me ahogaba allí mismo.

Sentí vértigo.

Angustia.

Y rabia…

Era él.

¡Oh, Santo Dios! Sí, era Jake Maverick.

15
Recuérdame

(Allen Coulter, 2010)

JAKE MAVERICK

La sentí, joder. No me creerás, pero sentí su presencia a lo lejos. Y te juro que la hubiera sentido en cualquier otro lugar, incluso estando en la Super Bowl del 2012, mientras Madonna, la reina del pop, cantaba su mítico *Like a Player* ante más de 111 millones de espectadores.

Me di la vuelta y me quedé sin aire en los pulmones. Nuestros ojos tropezaron. Nos quedamos mirándonos durante varios segundos. Sin gesticular. Sin pestañear. Dudé. Vacilé en ir a su encuentro, pero la duda solo cruzó mi mente una fracción de segundo. Acto seguido, los pies, como si un magnetismo fuera de lo racional me atrajera a ella, se pusieron en movimiento. Todo mi cuerpo reaccionó al verla. Todo, desde la punta del pie gordo al último pelo de la cabeza.

Dejé caer la colilla y acorté las distancias que nos separaban.

Estaba preciosa. ¡Maldita sea! Casi había olvidado lo bonita que era. Llevaba un sencillo vestido con estampado floral y unas sandalias romanas. ¡Y esos ojos…! Esos ojazos azules, tan vivos, tan puros, tan resplandecientes, los que hubiera reconocido estando ciego y entre un millón de personas. ¡Y esa boca, joder! Esos puñeteros labios que empezó a mordisquear cuando quedamos a metro y medio, me moría por morderlos.

Me faltó el aire al querer decirle tantas cosas, que, al final, por culpa de mi cobardía, solo logré articular un puto monosílabo y sin apenas voz, como un idiota.

—Hola.

¡Me cago en todo lo que se menea! ¿Qué demonios se le dice a la persona por la que hubiera dado mi vida después de casi dos años y a la que eché de mi lado sin contemplaciones y sin dejarse explicar? Me faltó valor y me sobraron excusas. Podría echarle la culpa al doloroso nudo que se había formado en mi garganta.

Podría…

—¿Qué? —tragó saliva despacio. Te prometo que no me pasó por alto su nerviosismo a pesar de notar su mirada punzante y desafiante. Se le notaba incómoda, como si estuviera ante un extraño, con todo lo que habíamos vivido, con todo lo que habíamos sentido el uno con el otro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Miré su boca, embobado, recordando las veces que había perdido la noción del tiempo besando esos jodidos labios, saboreando su paladar. Pensé en las veces que su lengua recorrió la piel de mi cuerpo, las veces que lamí el suyo.

«Hostia puta».

Me dolió el pecho. Una opresión me comprimió las costillas. Traté de tranquilizarme, pero fue inútil. Después de tanto tiempo, de la ausencia, la volvía a tener cerca. Estaba allí, delante de mí… ¡Parecía tan irreal!

Una brisa suave agitó momentáneamente su pelo, esa larga y azabache melena que solía agarrar con fuerza en una coleta cada vez que estaba dentro de ella. Dios, intenté parecer impasible, tratando de recomponerme, aunque me sintiera roto por dentro. No pensar, no sentir, no sentirla.

Mierda. No tenía un plan A, ni B, ni ninguna otra letra del alfabeto. No había concebido la forma de llegar a ella. Y, sobre todo, nunca imaginé que fuera de esa forma tan inesperada, quedándome petrificado como un pasmarote y falto de palabras con todas las cosas que quería decirle. ¡Qué irónico, me cago en todo! Ni siquiera sé durante cuánto tiempo estuve así, como un completo gilipollas, mirándola alelado.

Nuestras miradas se mantuvieron fijas, una encima de la otra. Nada vacilantes, como si temiéramos desviar un ápice hacia otro lado y quedar cegados mirando a la nada, perdiendo el contacto entre nosotros para siempre.

Mirarla me dolía, estar a su lado y no tenerla, eso era una puta penitencia.

Abrí la boca y reuní todo el valor que logré para vocalizar más de dos palabras seguidas:

—Tenía que… —palpé el bolsillo de la camisa, luego metí la mano en los de los tejanos, pero no estaba ahí. Me quedé pensativo hasta que recordé que había dejado la carta de Thomas en el cajón de la mesita de noche de la habitación del hotel, así que no pude hacerle entrega—… ¿Cómo estás?

—¿Qué cómo estoy?

Me taladró con la mirada y yo traté de salir por la tangente.

—Te veo bien.

Cada músculo de su cara se tensó al instante, mezcla de odio y estupefacción.

«¿Cómo estás?» Joder, solo me faltó darle unas palmaditas en la espalda en plan *colegueo*, como si después de un tiempo, me hubiese topado en la calle con un compañero de instituto que me importara un bledo. Como si me resbalara nuestro reencuentro. Como si su presencia me fuera indiferente.

—Yo, también te veo bien —dijo con un hilo de voz. Apartó la vista como si le diera algo de vergüenza admitir eso y luego volvió a mirarme para pronunciar—: Estás más…

—¿Mayor?

Se fijó mejor en mí, en mi barba más tupida y algo canosa, en mi pelo algo más largo y ondulado en las puntas, esas que rozaban en un suave cosquilleo el cuello de la camisa. Mi tez algo más bronceada por culpa de las largas jornadas en los trabajos del campo.

Y por un instante creí percibir una exigua sonrisa. Casi una mueca, pero te prometo que estaba allí, aunque pretendiera reprimirla. La vi. No fue una fantasía ni una ilusión mía, ni parte de un desvarío. Además, también le brillaron los ojos un microsegundo, estoy seguro.

Y entonces, sentí el golpeteo de mi corazón en mi pecho. Rápido, fuerte, rítmico. Hasta darme cuenta de que el tiempo no me había sanado una mierda, solo había enmascarado el dolor y embadurnado la herida con mentiras. Cerrándola sin haber sido cicatrizada.

—Distinto. Estás diferente.

Nos quedamos en silencio, luego añadió:

—Será porque han pasado casi dos años desde que…

—No ha pasado un solo día en el que no me acordara de ti.

¡No sé por qué coño solté eso! ¿Qué cojones me pasaba? Desde luego no era el momento y puede que ningún otro lo fuera.

—¿Cómo te atreves a decirme algo así? —bramó.

—No lo sé. Es lo que siento.

—Pues lo has llevado muy bien durante todo este tiempo porque no he recibido ni una sola llamada tuya. ¡Nada! ¿Qué narices pretendes? ¡¿Qué esperas que haga?!

—No espero nada.

Tragó saliva con fuerza y sus ojos se nublaron raudos.

—Jake… ¿Y eso qué significa? ¿Qué tratas de decirme? Porque no puedes aparecer de la nada y decirme eso. ¡No puedes irrumpir en mi vida y pretender que todo siga en el mismo puñetero punto en el que se fue todo a la mierda! ¡En el mismo jodido día en el que me echaste de tu casa! —alzó la voz en una protesta—. No podemos hacer como si nada hubiera pasado, ignorando la realidad. ¡Porque nada, nada, NADA sigue igual!

Asentí, fue lo único que creí que debía hacer. Tenía razón. Ojalá pudiera volver la vista atrás y enmendar los errores del pasado. Ojalá las cagadas pudieran borrarse con un simple botón del *reset*, pero no se puede.

—He sido un puto cobarde que no ha sabido luchar por lo nuestro, por ti, por mí. La cagué, joder, hasta el puto fondo.

Alexandra respiró con dificultad, estaba temblando como una hoja.

—Pues ahora ya es tarde.

—Ahora estoy aquí.

La tristeza nubló sus facciones.

—Ahora… No soy la misma —espetó y su mandíbula se tensó—. He cambiado. Todo ha cambiado.

—¿Te ves con alguien?

Lo solté así, sin pensar, preso de un arrebato de enfermizos celos que no supe controlar. Pues por la expresión de su cara, por el cambio en su rictus, apostaría mi vida a que existía alguien en la suya. Lo que ignoraba era el grado de implicación sentimental que les unía a ambos.

—Eso no es asunto tuyo —se mordió el carrillo, inquieta.

A ver, no nos engañemos, una cosa era tener sexo esporádico con un desconocido y otra muy distinta era enamorarse de alguien. Creo que no es necesario que dé más detalles.

Hice una pausa para ordenar mis pensamientos que seguían enredados en una maraña de ideas sin sentido, fracasando en el intento.

—¿Le quieres?

—¡No tienes ningún derecho a preguntarme eso!

Sonó furiosa y decepcionada a partes iguales.

—Debo hacerlo.

—No, no te confundas. ¡No te debo nada! —resopló dolida y sus hombros cayeron con desgana —. No me debes nada. No nos debemos nada.

Alexandra se giró sobre sus talones y empezó a caminar alejándose de mi lado, sin despedirse de mí; sin ni siquiera dejar una puerta abierta a nuevos encuentros. Y esa incertidumbre me perforó el alma.

¿Qué coño y qué mierdas pretendía, que se echara a mis brazos? Aunque la verdad sea dicha, tampoco tenía nada que perder, ya no. Porque cuando lo pierdes todo, no temes arriesgar nada. Tan solo te queda apostar, cruzar los dedos y tal vez ganar alguna de las bazas de la baraja.

Hice un gran esfuerzo debatiendo conmigo mismo si seguirla, sujetarle de la muñeca y obligarla a seguir escuchando todo lo que tenía que decirle. Atrapar su cara entre mis manos y estampar mis labios contra los suyos con furia para arrebatarle a golpe de besos, esa mirada de odio que me había lanzado. Volver a saborearla, lamer su lengua, quedarme sin aliento. Apretar mi cuerpo contra el suyo, su pecho contra el mío. Mis brazos envolviéndola por completo. O dejarla ir.

Opté por la segunda de las opciones.

Costaba asimilarlo, joder, masticarlo y tragarlo.

El tiempo nos había cambiado a ambos, aunque no había logrado cambiar mis sentimientos hacia ella. No había conseguido olvidarla, sacarla de mi cabeza. Durante todos esos meses no pude borrarla de mi mente.

Me enamoré de ella, Alexandra había calado hondo hasta en los huesos. Fue real; auténtico, de verdad. No fue ningún capricho.

«¡Gírate, vamos, gírate!».

Eso fue lo último que recuerdo antes de que doblara la esquina y perderla de vista. Alexandra nunca se giró, siguió adelante, sin mirar atrás.

Me froté la cara con las manos, me sentía exhausto. Cerré los ojos para respirar y tranquilizarme. Me coloqué las gafas de sol redondas naranjas inspiradas en la década de los sesenta que me regaló Thomas por mi último aniversario y cogí aire antes de limitarme a caminar calle abajo, meditabundo, en el sentido opuesto al de ella y sumido en mi mundo, oyendo a mis espaldas el hipnótico repiqueteo de las campanadas de La Concatedral de Santa María de la

Asunción cuando todo vino a mí, a mi mente, como en unas putas diapositivas, una a una. Ella y yo. Piel, sabores, olores, texturas. Calor. Yo dentro de ella. Hacer el amor todas las noches. Su boca acallando los gemidos. Su cuerpo encajando en el mío. Miradas que no necesitaban palabras. Sentí los instantes, las miradas, las caricias, los sentimientos, las confidencias, los recuerdos. Todo se desenterró de esa fosa en mi mente que había cavado con mis propias manos, sacudiéndome con un sunami.

Y entonces lo vi claro. Me di cuenta de que estaba jodido, muy jodido.

16
La Ventana indiscreta

(Alfred Hitchcock, 1954)

ALEXANDRA SIMMONS

Hui de él, escapándome, perdiéndole de vista.

Me fui sin despedirme y cuando doblé la esquina dejando la Plaza Pio II, empecé a correr como si me fuera la vida en ello y sin rumbo, me faltaron las fuerzas hasta llegar a la *porta al Prato*. Al llegar allí, apoyé una mano en el muro de piedra y la otra en la rodilla, jadeante, exhausta, sin aire.

—Dios Santo… —fue lo único que me bailó en la lengua. Bajito, en un trémulo susurro.

Verle había implicado revivirlo todo con fuerza. Los recuerdos enterrados y olvidados resurgieron de la nada. Fue insoportable. Dolorosamente insoportable. Una parte de mí seguía convencida de que nuestros caminos jamás iban a encontrarse. ¡Qué ilusa!

Me obligué a respirar y a tragarme las lágrimas porque apenas me llegaba oxígeno a los pulmones. Cada segundo que pasaba más me ahogaba. Más dolía. ¡Me dolía el pecho, las entrañas, el alma!

¿Qué demonios hacía Jake en Pienza? ¿Y por qué se había presentado después de dos años de ausencia? ¿Sabía de la existencia de Luca? No, claro que no. Sino lo hubiese mencionado en la conversación. Entonces, ¿qué le había traído precisamente aquí? Acaso, ¿ahora había reparado en mi sufrimiento? ¿Ni siquiera se había dado cuenta antes de lo difícil que había sido seguir con mi vida sin él cuando era todo cuanto deseé? ¡No tenía ni idea! Él no estuvo en mi piel todas las noches que me pasé llorando pensando en nosotros, en lo que pudo y al final no fue.

¡Maldito Jake Maverick, seguiste con tu vida como si nada, cuando la mía estaba hecha pedazos!

Cerré los ojos, tratando de recuperar las fuerzas y de paso la cordura.

Aún no sabía por qué estaba allí, pero sí tenía la certeza de que no iba a darse por vencido. Él no era de tirar la toalla a la primera de cambio, sino de ir a por todas, excepto en las cosas que se ciñeran a nuestra relación. En eso no vaciló, en absoluto. Dejó que se fuera todo a la mierda, permitió que el barco se fuera a la deriva y luego naufragara sin timón, sin vela, sin control, sin siquiera tratar de buscar un bote o un salvavidas para mantenernos a flote cuando aún se podía

luchar por lo que sentíamos el uno por el otro. Lo abandonó todo y con ello, toda la fe en un nosotros.

Regresé a casa. Necesitaba estar a solas conmigo misma. Pensar. Llorar. Gritar. Pelearme con la almohada. Arrancar las malditas sábanas y meterme dentro. Morirme.

Al entrar, distinguí la risa de mi pequeño y la de Nicoletta en el salón. Barajando la posibilidad de subir a hurtadillas las escaleras de caracol antes de alertar su atención.

Me volví al oír su voz.

—Has tardado bastante. ¿Te has perdido por el camino, Gretel? ¿Has olvidado dejar miguitas de pan para señalar el camino de vuelta a casa?

No respondí. Me limité a permanecer en medio de la entrada y en silencio, demasiado ocupada en aguantarme las ganas de llorar. No quería que me viera así. Prefería desahogarme a solas.

—¿Qué te pasa?

Dejó a Luca sobre la manta de actividades y vino a mi encuentro. Avanzando a grandes zancadas.

—Alex, cielo. ¿Has llorado?

—Aún no.

Me tembló el labio inferior, ese que luego atrapé con los dientes. Aún me costaba asimilar todo lo que había vivido hacía solo unos minutos. Ver de nuevo a Jake Maverick me había destrozado tanto por dentro que ni siquiera conocía la profundidad y magnitud de la herida. Fue como recibir un fuerte puñetazo en mi vientre y después millones de réplicas por todo mi cuerpo.

Y entonces me pregunté si era así como iba a sentirme a partir de ese momento: muerta en vida.

—Me estás asustando.

—He visto a Jake.

Nicoletta se quedó en silencio. Su nuez subió y bajó despacio en su garganta.

—¿Dónde?

—Aquí, en Pienza.

Y me rompí un poco más por dentro. Por fin pude dejar que varias lágrimas bañaran mis mejillas.

Mi amiga me abrazó. Fuerte. Me aferré a ella, sollozando entrecortadamente. Me derrumbé entre sus brazos.

—Ya, mi niña. Ya… —me susurraba mientras me acariciaba el pelo con ternura—. Desahógate. Así, échalo todo, no te quedes nada dentro.

—Le odio… tanto… Le odio con todo mi ser…

—Y también le has echado de menos.

—Sí, demasiado.

Hundí la cabeza en su pecho.

—¿Por qué ahora?

—Era una posibilidad.

Me separé despacio cuando conseguí sentirme más calmada y Nicoletta me enjugó las lágrimas con los pulgares.

—Cielo. Aprovecha que Jake está aquí. Escucha lo que tiene que decirte.

—Un momento, espera un momento… —cogí aire, empezando a atar cabos—. ¿Cómo sabes que tiene algo que decirme?

—Pues porque todo el mundo siempre tiene algo que decir —trató de aclarar con gesto distraído—. Y más él. De hecho, sabe Dios que el vaquero tiene muchas cosas que aclarar.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

Parpadeé sorprendida.

—¿Desde cuándo sabes que está en Pienza?

Sumida en un incómodo silencio ausente de palabras, me miró sin pestañear.

—Un par o tres de días.

—¡¿Quéeeee?!

Me llevé la mano a la boca llena de estupor y sin dar crédito. ¿Mi amiga del alma y la persona que me había jodido la vida, se habían confabulado a espaldas mía?

—¿Pero tú de qué parte estás? No hablarás en serio, ¿verdad? —mascullé, echando humos por las orejas y fuego por los ojos. Estaba tan enfadada y decepcionada que noté como mis mejillas me ardían—. Tú me has visto hundida completamente, destrozada y sin ganas de llevar adelante el embarazo. Volcándome en la gente que tenía cerca para poder seguir adelante y no caer en una depresión. Y… Y ahora aparece de la nada tras dos años, como si nunca hubiera pasado nada y ¡encima te pones de su lado!

—Aquí no hay partes, Alex.

La miré ceñuda. Eso dolió mucho, pues estaba claro que a priori se había decantado por la parte de la balanza de Jake, aunque su intención fuera la de matizar las diferencias.

—Supongo que en el fondo lo hago pensando en ti, no en él. Considero que, tal vez, te iría bien mantener esa conversación pendiente entre ambos.

—No, no es buena idea —protesté—. Es una idea de pena.

Me moví por la sala mientras me frotaba la frente con la palma de la mano.

—Vale, cielo —dijo con suavidad—. Estoy contigo.

Cogí a Luca entre mis brazos y aferré su cuerpo al mío. Cerré los ojos. Necesitaba tocarle, sentirle cerca de mí, parte de mí. Mi hijo era lo único verdadero de toda esa telaraña de mentiras, el único hilo suelto que no estaba enredado entre los demás.

Luca era mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corría por mis venas, el aire que exhalaba a cada segundo. Él era mi pasión y mi sueño. Por él merecía la pena todo y por el que lucharía siempre y jamás me rendiría a pesar de todo y contra todo.

—¿Y ahora qué?

Abrí los ojos y miré a través del gran ventanal que daba acceso al jardín trasero. A las hojas de parra enredadas en el quincho de madera y que la brisa agitaba en un suave vaivén. Tan solo se percibía el relajante sonido del agua de la fuente de cabeza de león montada en la pared. Cogí aire mientras observaba a un diminuto gorrión bebiendo del caño. Y tardé solo unos segundos en reaccionar a su pregunta, a pesar de no tener claro que iba a pasar a partir de ese instante.

Intenté mantener la calma, aunque por dentro notaba como se me retorcían las entrañas.

Suspiré hondo como si ese gesto sirviera para algo.

—Jake no debe saber de la existencia de Luca.

—Alex… no.

—Nicoletta, por favor. No me siento preparada para que, si por aquellas casualidades él conociera la verdad, tendríamos que mantener el contacto de forma forzosa. ¡Y no tienes ni idea de lo que he tenido que luchar para llevar adelante la maternidad yo sola!

—Eso no es justo. Yo siempre he estado para apoyarte.

—Desde la distancia.

—Sí, claro. Tú te refugiaste en Italia y yo no podía seguir tus pasos. Siento no haber podido venir antes, como también siento, según tú, no haber estado a la altura de las circunstancias.

Nicoletta aguantó el mal trago e hizo de tripas corazón y no me lo rebatió. Sé que la verdad muchas veces escuece, pero es muy necesaria para abrir los ojos y ser capaces de mudarse en tu piel.

—Pero es su padre.

—Biológico, sí. Pero no en funciones.

—Alex, cielo… No reniega de su hijo. Jake es solo su padre biológico porque ignora de la existencia de Luca.

Negué con la cabeza.

—Lo único malo que hizo fue romper una relación por culpa de su impulsividad, se dejó llevar por la calentura del momento, sin siquiera pensar en las consecuencias.

—Cuando hieres a alguien, debes responsabilizarte que el daño no es gratuito, que las heridas no sanan solas.

—Jake se equivocó y no estuvo bien como obró, pero…

—Ya es tarde, Nicoletta —mi mandíbula se tensó.

Quise zanjar la conversación en ese punto y llevar a Luca a su habitación para que durmiera un rato cuando ella me cogió del brazo.

—Escucha lo que quiere decirte.

—No te prometo nada. Y te lo advierto, no me atosigues, que te conozco.

—Al menos eso ya no es un no.

—Tampoco un sí.

Al final me solté de su amarre y pude ascender las escaleras a la segunda planta. Retiré la sábana y acosté a Luca en la cuna, fijándome en su preciosa carita mientras le cantaba una nana y

se le cerraban los ojos.

Cuando decidí llevar adelante la gestación en solitario, asumí ambos roles, el de padre y el de madre, adquiriendo conciencia de la trascendencia que eso acarraría y esforzándome en dar siempre lo mejor de mí para que jamás notase la carencia de una figura paterna. Renuncié a muchas cosas, entre las más destacadas, al tiempo, a dedicarme exclusivamente a sus cuidados y a su educación, a ofrecerle ética y valores, proporcionándole seguridad y mucho amor.

En cuanto das un paso tan importante en tu vida, acabas firmando el sacrificio de una parte de la misma, algo a lo que jamás tuve miedo, aunque no te mentiré que me costó saber gestionarlo. Mi juventud no ayudó en nada, pero sí me sirvió para madurar más rápido y mudar cuanto antes de piel y curar antes las heridas.

Volví a la cocina y abrí la nevera para coger la jarra de la limonada y rellenar medio vaso.

—¿Te apetece, Nicol?

—No, cariño, estoy bien.

Noté cierta tensión entre nosotras y en el ambiente como aún revoloteaba un aura algo densa. Algo que hasta la fecha nunca había existido en nuestra amistad y en parte me dolió en el alma.

—Siento no haberte contado que Jake estaba en Pienza. Lo siento mucho, mi niña, te he fallado. Pero no quiero que pienses que te lo he jugado por la espalda.

—Nicol, ahora eso ya no importa.

Sorbí y me senté en una silla a su lado.

—Estás en tu derecho de cabrearte conmigo.

—Cabreada no es precisamente la palabra.

—Joder —se frotó el rostro con desazón—. ¿Decepcionada?

Guardé silencio, no quise meter más el dedo en la llaga.

—Lo único que te pido es que no vuelvas a ocultarme algo así.

Se levantó, me recolocó un mechón tras la oreja y me dio un beso en la mejilla.

—Nunca más —me mostró el dedo meñique para afianzar su promesa— vamos, prometámoslo como cuando éramos unas crías, ¿lo recuerdas?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo.

Sonreí. Esa petarda acababa de robarme una sonrisa, pero también calmar los ánimos que seguían a flor de piel.

—Y después de ver *Toy Story*, nos prometimos estar siempre juntas, pasara lo que pasara.

—Hasta el infinito y más allá como le dijo Buzz Lightyear a Woody el vaquero.

—Y compartir la ropa de la otra.

—Y hacer dieta juntas. —Arrugué la nariz—. Sufrir en compañía es menos sufrimiento.

—*Touchè*. Y… salvarnos el culo mutuamente.

—Y no robarnos a los novios platónicos.

—¡Eso nunca ha pasado!

Nos echamos a reír a carcajadas.

—Cierto, pues nuestra amistad es más valiosa que cualquier homo sapiens-sapiens que se nos cruce en nuestro camino por muy guapo que sea.

—¡Ey, habla por ti, cariñito! —Aclaró poniendo el grito en el cielo—. Porque si se me cruza Brad Pitt, Henry Cavill o Chris Hemsworth, te juro que no respondo ante mis actos.

Mi Nicoletta Ercolessi, con su encanto innato y su verborrea, a la velocidad del rayo logró que olvidara todas las razones de mi enojo. Y por un segundo, la envidié, por ser siempre tan optimista y por hacer la vida de los que estábamos a su lado, más llevadera. Nuestra charla concluyó tras recibir una llamada telefónica de Marco Carusso, el panadero. Cuando se excusó para dejarme a solas, todas las sensaciones que creía olvidadas al reencontrarme con Jake en el pueblo, volvieron a mí con más fuerza en una aplastante realidad.

¡Maldito Jake Maverick!

17
Perdona si te llamo amor

(Federico Moccia, 2010)

JAKE MAVERICK

Me empeñé en quemar todos los cartuchos que me quedaban para acercarme a Alexandra. Pretender entregarle la carta, ya no era la principal excusa, sino la de quitar el óxido que recubría nuestros corazones y averiguar qué de ese de «nosotros», seguía vivo. Porque prefería tenerla en mi vida, aunque no estuviese conmigo por estar con otro. Porque volver a sentir de nuevo esa electricidad que viajaba de un cuerpo a otro, reconociéndonos, fue una bendita locura.

Sentir, sentir, sentir de nuevo. Créeme si te confieso que esa fue la mejor y la más maravillosa puta sensación que había experimentado en los últimos dos años.

Di un paso atrás para observar mi reflejo de cuerpo entero en el espejo. Había sacado un par de tejanos y tres camisas del armario para probármelas y elegir cuál iba a ponerme. Una de ellas era la que llevé cuando bailé el *Two-step* con Alexandra en el pueblo de Tarpley. Ese día en el que después del baile, nos sorprendió un aguacero y más tarde, pasaríamos la primera noche juntos en la cabaña. Jamás olvidaré las ganas y el hambre que nos teníamos, la necesidad de besarla, de acariciarla, de estar dentro de ella. Aquella noche ocurrió algo entre nosotros, algo se despertó en nuestro interior para siempre; fue adictiva, narcótica y sensual.

Tragué saliva, sintiendo una mezcla de nerviosismo y de nostalgia que me costó mantener a raya. ¡Joder, qué estúpido fui! Ahora lo veía claro. Cuando la cosa se complicó, me comporté como un auténtico cretino al perder eso tan bonito que teníamos sin siquiera luchar, sin pelear con uñas y dientes, sin darnos una segunda oportunidad. Y ahora debía de aprender a vivir con esa angustioso y perpetuo sinvivir.

Juro que me arrepiento cada minuto de cada uno de los seiscientos quince días. ¡Hostias! Lamento tanto haberme dejado llevar por la cabeza y no por lo que me dictaba el corazón. Podría darme de cabezazos contra la pared, o pegar puñetazos hasta dejarme los nudillos en carne viva que de nada serviría, porque nada puede cambiar el pasado, aunque sí el presente.

Afortunadamente el futuro no está escrito, o eso quise creer en su momento.

Un día alguien me contó que los japoneses reparan los objetos rotos rellenando cada grieta dañada con oro. Porque creen que, cuando algo tiene una historia, pero se ha hecho pedazos o ha

sufrido un daño irreparable, así se vuelve más valioso y bonito de lo que era antes. A eso lo llaman: *kintsugi*.

Ojalá después de rompernos, hiciéramos *kintsugi* por dentro. Pues no hay recomposición ni resurgimiento sin paciencia. El proceso de secado de la resina de oro tarda meses en endurecerse, garantizando la cohesión y durabilidad.

Entre los cultivadores de la paciencia, Kafka ocuparía un lugar privilegiado en mi lista. Afirma que la capacidad de saber sufrir y de tolerar infortunios es la clave para afrontar cualquier situación. Y saber valorar lo que se rompe en nosotros mismos nos aporta una serenidad objetiva. Apreciémonos como somos: rotos y nuevos, únicos e irreemplazables, y siempre en constante cambio.

Sin embargo, todo era tan complicado, tan jodidamente complicado.

—Esta es la elegida.

No vacilé. Me dejé puesta la misma camisa del día de la fiesta en Tarpley, la blanca de cuadritos azules. La arremangué por debajo del codo y la combiné con unos jeans negros y el cinturón de cuero camel.

Inspiré hondo mientras me pasaba la mano por el pelo para peinarlo.

Eran casi las nueve de la noche cuando cerré la puerta de la habitación a mis espaldas, salía a la calle y me encendía un cigarrillo. Comprobé la dirección que me había enviado Nicoletta en un WhatsApp y me subí a un taxi.

—¿Adónde le llevo, señor?

—A la finca *Miloni di stelle*.

—*Oh, perfetto!* Va a la fiesta de la vendimia.

—Sí, así es.

Vi como ajustaba el espejo retrovisor interior para cotillear quién era yo.

—*Famiglia?*

—¿Disculpe? Lo siento, no entiendo nada su idioma.

—*Allora* ya ha *risposto* a mi pregunta.

Giró la cabeza y me sonrió.

—*Parlo* un poco el suyo.

Entonces le expliqué un poco por encima que era natural de Texas y que había venido a visitar a una vieja amiga. Resultó casi gracioso que de mis labios brotara la palabra «amiga» y al instante después, se me atascara en la garganta. Alexandra y yo nunca podríamos ser solo amigos, tenía serias dudas de matiz, porque cuando has amado de verdad, con el corazón, el alma y la piel, no existe otra posibilidad más que seguir amando o dejar de sentirlo todo, por mucho que haya transcurrido el tiempo y hayamos cambiado. O por lo menos, a mí me gustaba acogerme como un clavo ardiendo a esa frase de: «donde hubo fuego, siempre quedan rescoldos».

Veinte minutos más tarde, llegué al lugar.

Nicoletta me había explicado que, desde septiembre a octubre, en muchos rincones de La Toscana se celebra un festival con un sabor antiguo, el de la vendimia. Desayunos y cenas en los viñedos, conciertos y degustaciones bajo las estrellas. Y para los turistas que venían a descubrir los territorios toscanos, existía el *fil rouge* del vino. Una ruta guiada con visitas a viñedos y bodegas, con demostraciones de corte y cosecha de uvas, procesos de vinificación y hasta excursiones de pesca en el mar. Incluso cada vez más viticultores ofrecen a los visitantes la posibilidad de remangarse y adentrarse en los viñedos armados con un par de tijeras.

En cuanto pagué la carrera, el nerviosismo se apoderó de mí y sentí una punzada en el estómago al pensar en la reacción de Alexandra al verme allí.

Merodeé por la finca, entre el borboteo de gente, antes de decidirme a entrar en las instalaciones. La música regional en vivo y las guirnaldas de luces en forma de lianas que decoraban los árboles, me dieron la bienvenida, al igual que una camarera que me ofreció una copa fresquita de vino blanco y me sugirió que siguiera el camino señalizado de farolillos amarillos de acceso a la carpa en donde se celebraría la cena.

Así que, como ya estaba allí, traté de calmar los ánimos dando un par de sorbos. No era de vinos, sino de cerveza, pero debía reconocer que aquel mejunje estaba delicioso.

Eché un vistazo rápido y enseguida la vi. Resplandecía con un vestido rojo, su color preferido, de largo midi y que sabía le sentaba muy bien y acaparando toda mi atención, antes de que ella, acompañada de un hombre moreno, alto, vestido clásico y porte perfecto, quien lucía una americana de dos botones, combinada con una camisa lisa, corbata estrecha y zapatos Oxford, reparara en mí.

Nuestras miradas se enredaron durante unos segundos antes de susurrar algo al oído de ese necio afortunado, dejarle la copa de vino que estaba tomando y venir a mi encuentro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Vi su intención de gritarme, pero se contuvo. Supongo porque había demasiados oídos indiscretos a nuestro alrededor.

—Menudo recibimiento, morena.

—Estás en mi fiesta, en mi casa y yo no te he invitado. Será mejor que te vayas.

Se cruzó de brazos y al negar con la cabeza, su melena retro con ligeras ondas abiertas y la raya en medio, tembló.

—Jake, pero… ¿qué parte de «será mejor que te vayas» no entiendes?

Hice oídos sordos sin poder dejar de mirarla embobado. Juro que estaba tan bonita ese día que dolía.

—Preciosa fiesta, Alexandra, gracias por la invitación —le dijo una mujer de mediana edad que iba cogida del brazo de un joven unos quince años menor que ella. Hormonado de esteroides anabólicos hasta las cejas. Apostaba a que era su nuevo profesor de BodyPump— la decoración de la finca ha quedado espectacular.

—Gracias, Virginia. Os agradezco que hayáis venido.

Alexandra les sonrió comedida, sin separar los labios. Y, de algún modo ese momento, empezó a resultar demasiado incómodo para los dos, pues la susodicha pareja no dejaba de observarme con bastante curiosidad.

—Disfrutad de la cena, nos vemos en un rato.

La morena me miró un tanto angustiada sin saber muy bien cómo salir de esa encrucijada lo más airosa posible, pues la pareja no se despegaba de nuestro lado como si fuesen un moco seco en una nariz.

—El vino está de vicio, ¿lo habéis probado? —sin apartar los ojos de Alex, quise echarle un cable o un capote, según se mire— la señorita de la pajarita os servirá un par de copas fresquitas.

—¡Ah, estupendo! —añadió el macho man a lo Taylor Lautner en Luna Nueva.

Por suerte para todos, el tipo era de aquellos que olían el alcohol y salían despavoridos a su encuentro. Así que, en cero coma, ya estábamos de nuevo a solas.

—Acompáñame.

Alexandra soltó un suspiro y se abrió paso hacia la parte trasera de la vivienda, a una zona menos concurrida y más íntima. Yo le seguí unos pasos más atrás, observando su espalda semidesnuda y esa marca de nacimiento en forma de fresa tan *sexy* que tenía en la escápula. Y después el arco de su largo cuello, esa parte de su cuerpo que tantas veces había besado, lamido y mordisqueado en la intimidad. Me puse loco solo de pensar en acercarme por detrás y abrazarla para volver a rozar su suave piel con la punta de mi nariz. Cerrar los ojos y lamer su piel. Esa jodida piel…

—¿Y bien?

Se giró y se detuvo en seco. Cruzó los brazos bajo sus pechos queriendo mantener cierta distancia entre nosotros y después me dijo con una mirada airada:

—Nicoletta por fin me ha confesado vuestro encuentro.

Se le notaba incómoda y bastante contrariada. El silencio se apoderó de nosotros durante unos segundos.

—Sí, nos vimos hace unos días.

Clavó la mirada en mis ojos, esperando más explicación que esa simple afirmación. Pero al ver que no llegaba, prosiguió:

—Y que debo escuchar lo que debes decirme.

Es curioso como la mente suele jugarte malas pasadas. Había transcurrido casi dos años desde nuestro último encuentro y, sin embargo, me daba la sensación de que había ocurrido hacía solo unas horas. Los recuerdos vinieron a mí, porque intentar escapar de ellos, sería como borrarme a mí mismo. Y eso era imposible. Pese a todo, la realidad era muy distinta. En ese tiempo había sucedido demasiados acontecimientos, entre los más destacados, la muerte de Thomas.

Al principio quise entregarle la carta y marcharme sin más para que la leyera en soledad. Luego yo haría las maletas y cogería el primer vuelo de regreso a Texas, como si esos días en Pienza fuesen anecdóticos y no hubiesen significado nada.

Pensé en la mejor manera de contárselo, sin demasiados detalles. No quería que sintiera lástima por mí. Me costaría encajar que ese fuese el último recuerdo que tuviese de mí.

La miré. No podía dejar de hacerlo, joder. Y a ella le pasaba lo mismo, aunque de vez en cuando tratara de desviar la mirada, como si no le importara que estuviese allí.

Suspiré hondo y metí la mano en el bolsillo trasero. Saqué el sobre doblado por la mitad.

—¿Qué es esto?

—Una carta que debo entregarte en persona.

Me miró ceñuda sin comprender.

—¿De quién?

—De Thomas.

—¿De Thomas? —me miró con desconfianza—. ¿Y voy a creerme que has venido desde Texas solo para entregarme una carta de tu padre?

—Así es.

—¿Me tomas por idiota?

Su mirada me atravesó y después cogió aire antes de atreverse a preguntar:

—Además, no entiendo la importancia de la carta. Ni lo que contiene, ni la procedencia y mucho menos que seas tú el mensajero. ¿Qué te hace pensar que voy a aceptarla?

Alzó una ceja suspicaz y yo hice el gesto de entregársela.

—Y si te digo que no sé qué contiene, ¿me creerías? Lo único que sé es que son las últimas voluntades de mi padre.

Parpadeó confusa.

—¿Las últimas voluntades? ¿Qué tratas de decirme?

Sus enormes ojos azules se nublaron en cuestión de segundos y yo asentí. Ella sacudió la cabeza antes de ponerse muy seria, había empezado a imaginarse lo peor, que había fallecido.

—¿Cuándo ha pasado?

—Hace unos días, falleció hace unos días —me aclaré la garganta y se me encogió el estómago al recordar ese día y los siguientes tras su pérdida.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho, Jake. De veras…

Alexandra se cubrió la boca con una mano, aunque yo sabía que le temblaban los labios. Siempre le pasaba cuando la melancolía invadía su alma. Hizo el ademán de acercarse para abrazarme, pero al final se echó atrás. Y eso no fue ninguna sorpresa.

—Estoy bien, Alex —sonreí con tristeza esperando ese abrazo que nunca se produjo—. Tuvo una buena vida rodeado de gente que lo quiso.

—Lo sé. Me consta.

Todavía un poco angustiada, se retorció los dedos antes de decidirse a coger la carta.

—Si no te importa, la leeré en privado.

—Claro.

Dejó escapar un suspiro.

—Bien.

—Bien.

—Ahora que ya me la has entregado, te… ¿marcharás?

—Sí.

—Entonces… que te vaya bien…

—¿La vida?

Se quedó paralizada un solo segundo antes de responder y después sonrió levemente, de esa manera tan suya que hipnotizaba a quien tuviera frente de ella. A mí. Quise morder esos labios.

Tragué saliva un poco inseguro antes de atreverme a dar ese paso y besar su mejilla. Ella no se movió. Ni siquiera soltó uno de sus virulentos comentarios amonestando mi falta de cordura.

Hubiese pagado con mi vida porque ese momento perdurase en el tiempo. Dejar mis labios en su templada piel, oler el perfume que emanaba de su cuerpo, ese que olía exactamente a como lo recordaba, oír su respiración acompasada. Sentí ese cosquilleo en mi interior y después un escalofrío que recorrió toda mi columna vertebral.

La despedida estaba tan cerca…

—Cuídate, ¿vale? —le dije al apartarme unos centímetros de ella, quedándonos cara a cara. Tan cerca que, si estornudaba, nuestros labios chocarían sin remedio.

—Tú también.

No dejamos de mirarnos en ningún momento, como si aún nos quedaran cosas por decirnos el uno al otro. Sus ojos azules se volvieron casi negros, como la noche que en cuestión de segundos tiñó el cielo, llenos de secretos que no supe desvelar, de intencionalidades ocultas y de inquietudes que ni por asomo, me supieron a despedida.

—Espero que algún día logres perdonarme.

Nunca me respondió a eso con palabras, sino con la mirada. Sus ojos me atravesaron, mezcla de miedo, angustia y nostalgia, y yo quise quedarme en su mirada para siempre. Tenía tantos sentimientos enredados que le costaría años volver a ser ella misma. Le hice mucho daño, nunca imaginé que fuese tanto.

Y eso fue un puñetero y devastador golpe de realidad.

18
Bajo el sol de la Toscana

(Audrey Wells, 2004)

ALEXANDRA SIMMONS

Le vi marcharse. Alejarse de mi lado a paso ligero, con la cabeza gacha, los hombros caídos mientras se encendía un cigarrillo y el humo, arremolinándose en pequeñas volutas, quedaban a sus espaldas hasta desvanecerse en la oscuridad de la noche.

Me llevé la mano a la frente porque la cabeza me dolía horrores y estaba a punto de estallar. Y luego mis dedos se deslizaron hacia la mejilla, en el punto exacto donde instantes antes habían estado sus labios calentando mi piel.

¡Maldito Jake Maverick y esa capacidad tan suya de desestabilizar toda mi existencia! Tenía el estómago del revés y eso que aún no había probado el vino. Odié por sentirme así, tan expuesta, tan en carne viva, tan fuera de mí. Todo vino a mi mente, los recuerdos enterrados, las sensaciones vividas, las miradas cómplices, las caricias que quemaban la piel, las confidencias entre las sábanas de su cama, la conexión tan bonita que teníamos entre los dos.

—Por fin te encuentro, mi niña. La organización del evento, te está buscando como locos para que des el pregón de inicio de la fiesta de la vendimia.

La realidad me golpeó en el estómago al ver desaparecer la silueta de Jake a lo lejos y toparme con los ojos de Nicoletta.

—Sí, ya voy —sonreí sin separar los labios.

—Oye, ¿ese no era Jake?

Asentí.

—¿Te ha entregado la carta?

—Sí, la dichosa carta de la discordia.

—¿Y la has leído?

—Aún no.

—Vale. Si quieres que esté presente cuando la leas, me lo dices.

—Te lo agradezco, pero preferiría leerla en la intimidad.

—Claro, cariño.

Me rodeó con sus brazos y me dio un beso dulce en el pelo.

—Venga, vamos —tiró de mí con suavidad hacia la fiesta y en dirección contraria a la que había tomado Jake.

El nudo en la garganta no desapareció de inmediato, sino que me acompañó gran parte de la velada. He de confesar que durante la cena estuve bastante ausente, no hablé mucho. Estuve bastante distraída. Demasiadas emociones en pocas horas.

—Alexandra, ¿estás bien?

Franco apretó mi rodilla por debajo de la mesa.

—Sí, perdona —le sonreí solo a medias— son los nervios, no es nada.

—Relájate. Todo está saliendo *perfetto*.

Me llevé el dorso de la mano a la frente.

—Si me disculpas —me incorporé de la mesa— necesito ir al servicio.

—¿Te acompaño? —se ofreció Nicoletta mientras dejaba los cubiertos del pescado a ambos lados del plato.

—No, no es necesario —contesté—. Regreso en seguida.

Y sin demorarlo demasiado, dejé la servilleta sobre la mesa y me dirigí al cuarto de baño, abriéndome paso entre las mesas redondas y dejando atrás la aglomeración de gente, la música en vivo y los camareros de un lado a otro, sirviendo en bandejas de plata la cena.

Me encerré en uno de los cubículos y después de bajar la tapa, me senté en ella. Contuve el aliento cuando saqué la carta de Thomas del bolso de mano y la empecé a desdoblar muy despacio, porque en parte me daba miedo desvelar su interior.

Traté de serenarme y respiré hondo dos veces. Tragué saliva para deshacer el nudo de la garganta. Necesitaba ese minuto de sosiego para leerla sin prisas.

Abrí el sobre, saqué la carta.

19
Mensaje en una botella

(Luis Mandoki, 1999)

JAKE MAVERICK

Ojalá hubiese abierto la carta de Thomas antes y la hubiese leído, pero no lo hice. Esperé a estar en la habitación del hotel. Joder. Todo aquello empezaba a excederse sobremanera: Alexandra, Pienza, la fiesta de la vendimia, las dos cartas, el guaperas italiano y su arrogante porte.

Celos, nostalgia, rabia, dolor, angustia, recuerdos.

Ya en el hotel San Gregorio, cuando me dejé caer sobre las sábanas arrugadas de la cama, Roy me llamó por teléfono como si fuera mi puta conciencia, como si supiera a miles de millas de distancia que necesitaba sus descabellados consejos como el respirar.

—¿Y qué piensas hacer?

—Volver a Texas. Entre Alexandra y yo ya no queda nada vivo.

—¿Estás seguro?

—Ella nunca me perdonará. La cagué, le fallé. He de asumirlo. Fin de la historia.

—Tío, dale tiempo. Date tiempo. Daros tiempo.

Deslicé la puerta corredera y salí al balcón para fumarme un cigarrillo, había perdido la cuenta de los que llevaba desde que había vuelto a ver a la morena. Miré al cielo, a ese mar negro pincelado de infinitas estrellas brillantes y a la Luna creciente.

Me quedé callado medio minuto.

—Tiempo es lo que parece estar en nuestra contra.

—Maverick, aprovecha que ya estás allí y… conquístala de nuevo.

—Joder, ¿estás de coña?

Expulsé el aire despacio.

—¡No, cabronazo! Hazlo. Te conozco y sé que, si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida.

—Llego tarde.

—«¡Ay, Dios, ay Dios, voy a llegar tarde!» —decía imitando al conejo Blanco de Alicia en el País de las Maravillas con esa vocecilla tan irritante—. Tú, no, amigo. Tú aún estás a tiempo de llegar adonde quieras.

Nos echamos a reír. ¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Cómo echaba de menos tener a ese petardo cerca de mí! Joder. Si hubiese estado allí, a mi lado, en ese preciso momento, le hubiese pegado de hostias y después le hubiese abrazado como un oso para sentirme mejor.

Apagué la colilla y abrí el sobre. No sé por qué motivo se me antojó hacerlo en ese momento, quizás para aprovechar que tenía a Roy al otro lado del hilo telefónico y así no sentirme solo.

—¿Qué haces, Maverick? ¿Sigues ahí?

Roy golpeó el teléfono.

—Puta tecnología de las narices. ¿Me oyes? ¡Ey, capullo!

—Espera un momento, Roy.

¡Qué demonios!

—¿Qué pasa, tío?

—La jodida carta de Thomas —gruñí.

—¿La has leído?

—Acabo de hacerlo.

Dejé escapar el aire contenido.

—¿Y qué se explica?

—Nada.

—¿Nada?

Contuve el aliento de nuevo.

—Nada, tío. No hay nada escrito. Solo hay una hoja en blanco en el interior del sobre.

Roy se echó a reír a carcajadas.

—¡Hijo de puta! ¡Qué mamonazo! Míralo, después de muerto aún sigue tocándote los cojones.

—No tiene puta gracia.

—¿No lo entiendes, chaval?

—Explícate, Roy.

—Thomas quería que vinieras, que estuvieras aquí, que te reencontraras con ella.

Me froté la nuca, pensativo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Eso lo has de averiguar tú.

No sé por qué sus palabras me hicieron sonreír como un imbécil, como si me hubiese iluminado un gran foco en toda la cara entre tanta oscuridad, señalándome el jodido camino de baldosas amarillas a lo Dorothy en el Mago de Oz, por las que debía ir.

Entré dentro y me calcé las botas con una sola mano, casi a pata coja. Me habían entrado las prisas de golpe.

—Voy a colgar. He de dejarte.

—¿Qué coño estás pensando hacer?

—Justo lo que tenía que haber hecho hace dos años.

20
El resplandor

(Stanley Kubrick, 1980)

ALEXANDRA SIMMONS

—¿En qué piensas, Alexandra?

Miré a Franco Salvatore a los ojos y suspiré.

—En que todo salga bien —le mentí. No podía dejar de pensar en la última conversación que había mantenido con Jake Maverick.

—Debes estar tranquila y muy orgullosa porque está siendo una fiesta perfecta.

Atrapó mi mano que descansaba sobre la mesa y empezó a acariciar los nudillos suavemente. Le sonreí con afecto y él me devolvió la sonrisa. Luego se acercó para besar mi mejilla, la misma en la que minutos antes, Jake había depositado sus labios. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Lo que, para otros, ese beso, ese gesto socialmente aceptado por todos, en el mismo sitio y de personas distintas, podía tener una misma simbología, para mí no la tenía. El beso del italiano significaba: tranquilidad, novedad, respeto. Mientras que el del vaquero era: añoranza, miedos, ganas.

Miré al frente, al ambiente festivo que nos envolvía, al inmenso jardín, decorado con grandes maceteros de barro y terracota repleto de flores redondas en colores llamativos como el naranja o el rojo; a los columpios de hierro forjado que balanceaban a unas niñas que reían sin cesar, otros tantos correteando mientras jugaban a pilla-pilla; a las guirnaldas de luces que colgaban de las ramas de los árboles; al caminito de gravilla que te llevaba al lagar, ese recipiente de madera colmado de uvas recién recogidas de los viñedos, esperando a la pisa (hacer vino con los pies) según marcaba la tradición y la culminación de la cosecha.

—¿Habrá representación de la pisa?

Me volví hacia la voz de Franco y a centrar mi mirada en esos enigmáticos y *sexy*s ojos negros.

—Sí, al término de la cena.

—Interesante.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Nunca has estado en uno?

—*No, Dio Mio! Mai* —exclamó y se echó a reír con voz ronca.

—Eres socio mayoritario de Tenute Piccola —le dediqué una sonrisa aún sorprendida—. Una de las empresas vinícolas más importantes de La Toscana y nunca has…

—¿Pisado uvas descalzo y que las pepitas se te queden enganchadas entre los dedos? —trató de explicarme poniendo cara de estar a punto de echar la pota—. No, jamás. Ni de coña.

Apreté los labios para no reírme.

—¿En serio? ¡No puedes ser tan estirado!

Me reí.

—¿Qué hay de malo en ser así?

—Bueno, una vez alguien me dijo que no tuviera tanto miedo a lo desconocido, a lo que no podemos controlar. Si tensamos tanto nuestro cuerpo por temor a sentir sensaciones nuevas, al final podemos perdernos los matices de la vida.

Abrí mucho los ojos. ¿Acababa de soltarle eso? Juro que mi subconsciente me jugó malas pasadas, quiero decir que, en el fondo no quise utilizar las palabras que Jake me dijo en la fiesta de Tarpley para animarme a bailar con él el *Two Step*. No obstante, debía reconocer que cuando me lo dijo me tocó tanto la fibra que, ¡consiguió su objetivo! Ese de dejar de ser una sosa anodina y *arritmática*.

—Te aseguro que el paleto que te dijo eso no tiene ni idea de disfrutar la vida. Pues la capacidad de sentir es directamente proporcional a los ceros, ¡a los ceros, de tu cuenta bancaria!

Parpadeé obnubilada.

—Franco, la felicidad no la da el dinero —traté de corregirle.

—¿En serio? ¿De verdad lo piensas con la mano en el corazón? Vamos a ver, Alexandra, seamos honestos el uno con el otro desde el principio, por favor. Está muy bien eso de ir del palo de igualdad social y esas cosas cuando el comentario viene de gente acaudalada como tú y yo. Y a mi juicio, de cara a la palestra, es muy loable —hinchió un poco el pecho, respondiéndome rotundo. Lo tenía muy claro, tanto que, cualquier otra postura, pecaba de ser una solemne aberración—. Es más, a fecha de hoy, aún no conozco a ningún rico que quiera ser pobre, pero sí pobres que quieren ser ricos.

—Una respuesta sincera.

Me obligué a sonreír y pensé en ello un segundo, quizás fueron dos. Y no, no estaba de acuerdo en esa afirmación tan categórica. Pues tener la vida asegurada a nivel económico, no te garantiza la felicidad absoluta, al menos en mi caso.

Bajé la vista y observé el líquido púrpura que bailaba en el interior de mi copa.

—No le des más vueltas, Alexandra. Cada uno puede tener sus propias opiniones y no por eso vamos a discutir, ¿no?

Solté un suspiro.

—No. Claro que no.

—*Brava ragazza*.

Me dio un beso en la sien a modo de disculpa. O quizás, a eso quise que me supiera, aunque me dejara un regusto amargo en el paladar. Nuestros actos y pensamientos, dicen mucho de cómo somos en realidad.

Apreté los ojos con fuerza y luego los abrí para sonreírle. Respiré hondo y mi pecho se hinchó en una profunda inspiración.

—Podríamos brindar.

—Claro. ¿Por qué razón?

—Por estar aquí, por disfrutar de esta velada, por sentir…

—Me fascina que seas tan sensible, Alexandra. —Hizo una pausa—. Nunca he conocido a nadie como tú. Eres diferente. Muy diferente a otras mujeres.

—Eso ha sonado a ser algo bueno.

—*È molto bene*.

Chocó su copa contra la mía. Dimos un sorbo sin dejar de mirarnos. Luego la dejó sobre la mesa y me la quitó para dejarla junto a la suya. Se me quedó mirando unos segundos y yo respiré con fuerza, antes de que él rodeara mi cuello con una mano y me atrajera a su boca para besar mis labios.

¡Madre mía! Iba a besarme y ni siquiera estaba segura de que quisiera que lo hiciera. Llevaba días imaginando cómo sería ese primer beso, el roce de sus labios presionando los míos, la humedad de su lengua dentro de mi boca. Te juro que había recreado ese instante miles de veces en mi cabeza, sin embargo, llegado el momento, no creía estar preparada, quizás por el temor a no sentir nada o por sentirlo todo.

Se me aceleró el corazón.

De pronto, alguien carraspeó con fuerza cerca de nosotros. Cogió una silla de la mesa contigua, la arrastró emitiendo un sonido bastante molesto cerca de la nuestra y se sentó en ella sin pedir permiso. Era Jake Maverick, quien apareció de la nada copa en mano, con media camisa por fuera del pantalón y una sonrisita de suficiencia en los labios. ¡Y yo me quedé fría de golpe! ¿Qué demonios estaba haciendo él aquí?

—¡Morena, menuda fiestecita tienes montada! —soltó sin más, enredando su mirada con la mía. Me removí inquieta, pues era estar cerca de él y notar como el aire no me llegaba a los pulmones—. Te felicito, Alex.

Forcé una sonrisa cuando me di cuenta de que Franco y él se miraron con cierto recelo. Bueno, lo cierto es que entre ambos no solo echaban chispas sino toda la pirotecnia de un 4 de julio cualquiera. Y para más inri, al italiano, aquella misma tarde, le había explicado con pelos y señales, las partes menos saludables de la relación que mantuve con el vaquero y de la forma tan violenta que acabó.

—Tú debes de ser… Jake Maverick, el granjerito.

—El ranchero.

Franco no tardó en dibujar en sus labios una sonrisa algo perversa.

—No me negarás que para el caso es lo mismo, ¿no? ¡Qué más dará ocho que ochenta! Según tengo entendido, ambos os encargáis de limpiar la mierda de los animales. Uno la de los cerdos y otro, los moñigos de las vacas.

—Franco… por favor —le rogué bastante molesta por el comentario fuera de lugar; juro que me salió del alma. No me gustó nada el menosprecio con el que le trató, generándome sentimientos encontrados que no esperaba.

Jake no solo se carcajeó, sino que también sonrió con suficiencia.

—Tranquila, Alexandra, sé defenderme solo. Por desgracia estoy demasiado acostumbrado a tratar con gente de su calaña —ironizó en un tono calmado mirándome primero a mí y luego a él sin amedrentarse, aunque sabía que en el fondo le estaba hirviendo la sangre por dentro—. Es de esos fantasmas que se pasean pavoneándose en sus flamantes Lamborghini, Bugatti o Maserati, ignorando que nuestras New Hollands, triplican o cuatriplican su valor. En resumen, suelen ser los mismos clasistas de mierda que después tienen dificultades para sumar dos más dos.

¡Jesús!

El ambiente empezó a caldearse a marchas forzadas, cada uno por su lado, cada vez estaban echando más leña al fuego y eso ni de lejos, era un buen augurio. Por el bien de todos, debía interponer paz lo antes posible o al final, apostaba que más pronto que tarde, intercambiarían palos en vez de palabras, saliendo bastante mal parados.

—Calma, por favor… Os lo pido por favor.

Miré a mi alrededor algo avergonzada por si habían oídos indiscretos atentos a nuestra mesa, pues a diferencia de sus insulsas conversaciones, nuestra alterada discusión era mucho más distraída.

—Por mí no hay problema, Alexandra. Que yo sepa aquí nadie ha venido a montar un espectáculo de circo, ¿verdad? Bueno, yo hablo por mi parte —se jactó el italiano, escupiendo doblones—. ¡Quién sabe lo que es capaz de hacer la gentucilla de campo cuando se les suelta en la gran ciudad! Porque, te juro que algunos de ellos a veces parecen… *¿Come si dice? Questo… Asalvajados!*

Creí que, llegado a ese punto de no retorno de la discusión, entre adultos crecidos que parecían adolescentes midiendo a ver quién la tenía más larga, Jake rebatiría sus argumentos con algo así como: «¡Me suda los cojones todo lo que insinúas!» «¡Voy a partirte las piernas, so cabrón!». O, que tal vez saltaría de la silla para girarle la cara de un puñetazo o bien, darle de patadas como a un saco de boxeo. Pero no. Jake Maverick se mantuvo pacífico y sereno, tanto que me costó reconocerle. A lo que, simplemente dijo con la voz muy tranquila:

—No sigas por ahí. No quiero líos. Solo he venido a hablar con ella y luego me iré.

—No quieres líos…

—Eso he dicho.

Jake centró su mirada en mí e ignoró deliberadamente a Franco.

—Morena, ¿qué me dices? ¿Me cedes unos minutos de tu tiempo?

—Jake, ¿qué quieres que te diga? Ya hemos mantenido esta conversación antes y…

—Sí, pero dame solo quince minutos, no te arrepentirás.

—No, Jake.

—Venga, doce…

—Jake…

—Diez.

Su mirada gris se clavó penetrante en mí. ¡Oh, diablos! Tenía muchas dudas de lo que debía hacer, ¡tantas que no podía casi ni pensar! El vaquero era tan cabezota como su difunto padre y tan astuto como la pequeña Dakota. Y… tratar de convencerlo de lo contrario a sus creencias, era una auténtica pérdida de tiempo.

Medio minuto más tarde, seguía perseverante en sus trece, dominando la situación. Se quedó inmóvil, mirándome, retándome sin pestañear, esperando mi aprobación durante un tiempo que se me antojó, eterno.

—¿Qué demonios estás haciendo, hombre? —le instó Franco a Jake, exigente.

El italiano se incorporó de la silla con pasos cortos pero seguros, cada movimiento estaba medido al milímetro, como todas las cosas que llevaba a cabo. Nunca dejaba nada al azar. La improvisación no formaba parte de su extenso vocabulario. Y es que, la espontánea visita de Jake, había desestabilizado por completo su estructurada calma.

Rodeó la mesa con extrema galantería, como si se hubiese reencarnado en una elegante pantera negra, avanzando hacia su presa para colocarse estratégicamente en medio de ambos, aniquilando cualquier contacto visual entre el vaquero y yo, siendo testigo de cómo recuperaba así, el dominio de la situación.

—Vamos, deja de ser tan patético y demuestra un poquito de dignidad. Por respeto a los presentes a la fiesta, te pido por favor que dejes de arrastrarte como una cochina babosa y suplicar. Hazte un favor y abandona antes de que sea más humillante todavía.

—Nada relacionado con mi morena es humillante.

—Deberías abandonar, que todo lo vuestro aburre.

—No me da la gana.

—No sigas por ahí. Te lo explicaré de otra manera si esta no la entiendes. Deja de hacer el ridículo.

—Me suda los cojones hacer el ridículo.

Franco chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza.

—¿Cuántas negativas necesitas de Alexandra para darte cuenta de que hace dos años la perdiste para siempre?

—Las que hagan falta hasta oírselo decir a ella. De su propia boca, y no a través de un panoli como tú.

En ese momento, Franco le cogió del brazo a Jake, obligándole a levantarse de la silla. Por lo visto, el nivel de su paciencia había rebasado el límite. Se oyeron murmullos cercanos a nuestro

alrededor. Observé a las otras mesas y tras lanzar miraditas furtivas, estuve tentada de levantarme y ofrecerles palomitas de maíz mientras comentaban la jugada.

—Se acabó. Andando, campeón. Venga, vas a ir yéndote por donde has venido.

Hábilmente Jake se zafó de su amarre y se encaró a él sin contemplaciones y sin tratar de relativizar las cosas, poniendo todo su cuerpo en tensión, su pecho subía y bajaba con fuerza. Franco acababa de desatar la bestia parda, o más bien la bestia tejana.

¡Hombres y su singular hombría de las narices!

—¡Quítame las putas manazas de encima!

—¿O sino qué? —le preguntó en un tono de todo menos inocente—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Te diría que saliéramos fuera, pero como ya estamos en el exterior, te diré que voy a patearte las pelotas como vuelvas a rozarme un puto pelo más de mi cuerpo.

¡Santo Cielo! ¡Qué mala hostia se gastaba el vaquero! Aunque bien mirado, me puse del lado de su balanza, pues a mí tampoco me gustaba que nadie me intimidara de esa forma. La distancia social y el tocar a otra persona sin su consentimiento, es sagrado.

Cogí una bocanada de aire, me santigüé, sin poder reprimir el impulso de abrirme paso hacia ellos. Debía neutralizar lo antes posible la solemne estupidez que estaba a punto de suceder. Verás, era de recibo que no debía permitir que, un par de *Hombres de Cromañón* (porque no se les podía denominar de otra forma menos elegante), se batieran a duelo a base de tortas delante de todos mis invitados. ¡Por el amor de Dios! Si es que ya estaba viendo los titulares en mayúsculas y negrita en el diario *La Repubblica*: «En la fiesta de la vendimia de la finca *Miloni di stelle*, no solo se pisaron uvas sino también, cabezas».

Apresuradamente me hice un hueco entre ambos, apoyando una palma en el pecho de cada uno de ellos, tratando de separarlos a duras penas para lograr que circulara el aire entre sus excitados cuerpos.

—Ey, tranquilos, fierecillas. Aquí nadie va a pegar a nadie. ¿Entendido?

—¿En serio? ¿Al final voy a quedarme con las ganas de partirle la cara al guaperas este?

—¡Jake Maverick! —le sermoneé sin pudor.

—Ni ella tendrá el gusto de ver lo bajo que caes hasta darse cuenta que nunca le has llegado a la suela de los zapatos.

—¡Franco Salvatore, no!

Analicé la cara de ambos, primero la de Franco y luego la de Jake; les sostuve las miradas unos instantes. Y, acto seguido y sin vacilar, gruñí:

—¡Basta ya! Dejad de dar el espectáculo, os lo pido por favor.

Menos mal que había caído la noche y la temperatura había descendido unos grados, aun así, me notaba la frente perlada en sudor propia de la misma tensión vivida. Hubo un momento en el que empecé a sentirme tan desbordada que hubiese tirado la toalla, alejarme de estos dos impresentables y dejarlos que se mataran solitos.

Salvo porque siempre, siempre, siempre, Dios suele apretar, pero nunca ahoga y Nicoletta Ercolesi apareció de la nada, entrando en acción, así como un ángel salvador sin alas y activando un ingenioso plan de choque. Igualita a una comedia clásica de Chaplin. Una copa de vino tinto voló por los aires a cámara lenta y se derramó por completo sobre el impoluto, deslumbrante e impecable, traje de Armani de Franco Salvatore, empapando la superficie más blanca que posiblemente haya existido jamás.

—*Oh, Dio mio!* —vociferó Nicoletta a los cuatro vientos de forma teatral—. *Spiacente, Franco! Quanto sono goffo!*

—*Fanculo! Non vedi ren stai andando?!* —boqueaba Franco, escupiendo las palabras enojado.

Mi amiga habilidosamente, sumergió la punta de la primera servilleta que encontró sobre el mantel en un vaso de agua y acto seguido, empezó a frotar con garbo el estropicio antes de que la tela absorbiera más cantidad de vino y el traje en vez de blanco se tiñera de rojo.

Franco se quedó quieto, estático, inexpresivo y con la vena carótida bombeando con fuerza en su cuello a punto de estallar de un momento a otro.

—Esto no sale… *Merda!*

—¡*È* un traje de *novemila* euros!

—¿Piensas que *non lo sappia*? *Diovoli! È un Armani!!!*

A partir de ahí, todo ocurrió a trompicones y de forma atropellada. El «Déjame a mí, yo me encargo del italiano y tú de la morena» que le susurró Nicoletta a Jake mientras le guiñaba un ojo y curvaba los labios satisfecha. El vaquero sin darme tiempo de reaccionar, sujetándome por la cintura y cargándome a su hombro. Mi grito a pleno pulmón de «¡¿Qué estás haciendo?! ¡Bájame ahora mismo, Jake!» y que no sirvió para nada. Mis pataletas y mis manotazos a diestro y siniestro, sin surtir efecto. Ver alejarnos de la gente y de la fiesta, sin poder hacer nada por impedirlo.

—¡Jake Maverick, bájame!

—Aún no.

Testarudo como una mula, tuve que desistir mi intento de huida pues su condición física estaba muy por encima de la mía. Debí admitir que era absurdo creer siquiera en la remota posibilidad de escapar de sus brazos. Jake Maverick era alto, fuerte y con un temperamento similar a mil hombres enfurruñados cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Y ese *algo*, era yo.

Estaba vendida…

Me rendí. Bufé y dejé caer mi cuerpo en peso muerto, pegándolo a su fornida y musculosa espalda. Te juro que después de casi dos años, apenas recordaba las curvas que se dibujaban en su atractiva anatomía. Para que te hagas una idea, era similar a la última película de superhéroes que hayas visto en el cine, a lo Chris Evans en Capitán América, por ponerte un ejemplo gráfico. Era esa gama de físico casi sobrenatural que va del definido fibrado al musculado sin llegar a ser mazazo. No sé si me explico. Pectoral grande que se marcaba con o sin camiseta. Los abdominales en vez de ser cincelados, parecían estar incrustados en el vientre. La espalda

triangular y el dorsal ancho. El cinturón de Adonis, esa zona tan famosa del bajo vientre que desciende desde las caderas hacia el pubis en dos líneas diagonales endiabladamente *sexys*…

«¡Alexandra Caroline Simmons!», me sermoneé a mí misma en mi cabeza. «¡Deja de babear por un tipo que te dejó en la estacada a la primera de cambio, alguien que no merece tu compasión y mucho menos suspirar por él como una vulgar adolescente que acaba de ver tocar a su grupo de *rock* preferido y por el que sería capaz de tatuarse la cara del solista en la nalga derecha junto a la frase en forma de corazón: «*I love you!*».

Al llegar al laberinto ajardinado de marañas de setos similar al del Resplandor del Hotel Overlook a un cuarto de milla de la cena de la vendimia, entre sus angostos correderos iluminado por pequeños focos simulando una procesión de luciérnagas. Jake siguió erre que erre, cargando conmigo a cuestas, por el simple hecho del placer de perderse entre sus senderos erróneos, vías muertas, giros y vueltas, hasta que llegó a una especie de claro justo en el centro, en el mismo corazón de la construcción, en una torre de observación que se construyó expresamente para mirar las estrellas a través de una mira telescópica. De ahí vino el original nombre con el que se bautizó la finca: *Milloni di stelle*, 'Millones de estrellas'.

Al fin, me dejó en el suelo.

—Gracias —le insté hastiada y me planché el vuelo del vestido con las manos.

—A mandar, Ojazos.

Carraspeó y dibujó un mohín bastante burlón.

—Lo que acabas de hacer… ¡Esto! ¡¡Lo de antes!! ¡¡¡Maldita seas, Jake!!! —Me acerqué a él y le propiné toquecitos en el pecho con mi dedo—. ¡¡¡No ha tenido nombre!!!

—Ha sido divertido, no me lo negarás.

Arrugué la nariz confundida.

—¿En tu vida todo te lo tomas a guasa?

—Todo no.

Clavó su mirada tan intensamente en la mía que tuve que contener el aliento a duras penas. A pesar de la escasa iluminación de ese lugar y de la noche cerrada, sus ojos se deslizaron tortuosamente lento por toda mi cara, sin dejarse un solo milímetro por repasar. Penetrándome con la mirada, con esos ojos tan azules que a veces, ni siquiera parecían ser de este mundo.

—Jake Maverick, deja de hacer eso.

Crucé los brazos bajo mis pechos.

—¿El qué?

—Mirarme así.

—¿Y cómo te miro?

¿Existían palabras en el diccionario para definirlo con justicia? Lo dudaba en el alma. Añoranza, atracción, deseo, química, calor, ganas.

La respiración se me agitó debido a la tensión familiar, visceral y sexual del momento. Era evidente que habíamos pasado mucho juntos y por más tiempo que transcurriera o por más

alejados que estuviésemos, siempre seguiría algo vivo entre nosotros; toda clase de sentimientos y no solo los buenos.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Jake sonrió.

—No te creía tan cobarde, Alex. Ni siquiera te has atrevido a responder a mi pregunta.

—Mis razones tendré.

Se me puso la piel de gallina al quedarnos los dos mirándonos fijamente en silencio otra vez. No sabía qué decir, ni cómo actuar. Jake Maverick solía aturdir todos mis sentidos.

Durante esos dos últimos años había sentido que caminaba sobre una cuerda floja, como en los circos, pero sin red, dando pasos inseguros por temor a caer. Desubicada, tratando de averiguar si era mejor avanzar, retroceder o precipitarme al vacío.

Días enteros esperando una llamada, un mensaje de voz, un whatsapp…

Muchas veces pensé en si alguna vez volvía a verle, en cómo iba a afectarme. Ahora lo sabía.

Quise darme media vuelta para marcharme y dejarle allí, plantado. No me apetecía desafiar al pasado, a él. Sin embargo, desde bien pequeñita mis padres me habían enseñado a enfrentarme cara a cara a mis problemas. Así que, no me moví del sitio.

—Responde, Jake. ¿Por qué has vuelto a mi vida? —sonreí con tristeza—. Hace demasiado tiempo que todo murió entre nosotros.

El atisbo de una media sonrisa se reflejó en sus perfilados labios.

—Bueno, mi versión de la historia es sensiblemente diferente.

—La versión es la misma para todo el mundo: chico deja a chica, y punto —quise restregárselo por la cara desde hacía dos años. Ese fue el momento—. *C'est fini!*

—Fue más que eso. Fue algo así como… Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos.

Sus palabras me golpearon fuerte, congelando mi alma al instante y provocándome un doloroso vacío en el estómago.

—No ha tenido ninguna gracia.

—Alex, ¿qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros y su nuez viajó arriba y abajo del interior de su garganta—. Ha llegado un momento en mi vida que, o una de dos, o me la tomo con algo de humor o acabaré perdiendo el norte otra vez y me niego en rotundo a caer de nuevo en la misma mierda.

Sabía de buena tinta que se estaba refiriendo a volver a pecar de ser débil, de tirar la toalla y de buscar el rápido consuelo de la bebida. Y en ese momento, delante de mí, parecía tenerlo muy claro. No pensaba volver a coquetear con el exceso de alcohol. Ni en sus peores pesadillas. Punto positivo para el vaquero.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hacemos aquí? Te lo pregunto por tercera vez. Soy capaz de llevar solita a falsas conclusiones, pero creo que debes ser sincero y hablarme claro.

Una templada ráfaga de aire se arremolinó entre nuestros cuerpos. Un par de mechones de su flequillo se alborotaron ligeramente, dejando más despejada su frente, las pobladas cejas negras

y esos ojazos azules que brillaban en la oscuridad.

Siempre había pensado que la belleza de Jake era tan incuestionable que dolía.

—Estoy aquí porque alguien… —sonrió—, un viejo chiflado más cuerdo que muchos estando a las puertas de su muerte, una vez me dio un sabio consejo como legado. —Cogió aire, parecía haberse emocionado—. Me dijo que luchara por aquellas personas que dieran sentido a mi vida. Sobre todo, aquella persona que, con una simple sonrisa, lograra cambiar el rumbo del mundo.

Sentí una opresión en mi pecho, como si me faltara el aire con el que rellenar mis pulmones.

—¿Y sabes qué?

Cerré los ojos y respiré hondo. En cualquier caso, sabía la respuesta, no era una revelación pues se estaba refiriendo a mí. Yo era esa persona.

—No sigas por ahí, Jake —me costó articular esas palabras ya que un nudo se me acababa de formar en la boca del estómago—. Los trenes pasan, la gente cambia, la vida sigue.

—¿Y ya está? —quiso sonsacarme con una mirada inescrutable.

—Sí, ya está. Además…

Metí la mano en el diminuto bolsillo que había en mi vestido y extraje la carta de su difunto padre. Entonces la saqué del sobre, la desdoblé y se la estampé en el pecho.

—¿Qué significa esto? —le escupí enfadada mientras apretaba los labios con fuerza de forma desafiante—. ¡Vuelves a reírte de mí, en mi cara!

Trató de leerla, pero claro, no fue capaz porque era una hoja en blanco. No había nada escrito en ella, ¡ni por delante ni por detrás!

Abrí la boca para seguir arrojándole reproches a diestro y siniestro, y recriminándole el hecho de haber cruzado el Atlántico, de haberme buscado como Marco a su madre y entregarme en mano la carta de un difunto con un mensaje oculto que no lograba descifrar, igualito a ese programa televisivo italiano tan casposo del Canale 5: *C'è posta per te* ('Hay una carta para ti'), salvo porque él se me adelantó.

—La mía era exactamente igual. Una hoja en blanco.

—¿La tuya?

Me oí decírselo, repitiendo las mismas palabras como si fuera su eco. Jake me la volvió a entregar y después se pasó la mano por el pelo, quedándose pensativo, como ausente y más tarde prendió un cigarrillo. Dio tres caladas largas y pausadas antes de volver a abrir la boca para reanudar la conversación.

—Nos la ha jugado bien, ¿eh, Alex? —sonrió haciendo un mohín y luego meneó la cabeza en forma de negación—. El muy cabrón lo tenía todo planeado. Por alguna extraña razón, quería que tú y yo, nos volviéramos a reencontrar.

—Pero, ¿por qué? —se me antojó preguntarle, aunque era muy posible que ni él tuviera la respuesta—. Ambos sabemos que nunca fui santo de su devoción.

—Bah, la mayor parte de su existencia, Thomas se caracterizó por ser siempre como un libro cerrado. En las contadas épocas de nuestra convivencia que creí conectar con él, decía o hacía

algo azaroso que descolocaba todo, dándole la vuelta y haciéndome cambiar de parecer. Para mí siempre fue el eterno desconocido.

Sentí lástima al oírle decir eso. Pues, entre tú y yo, dedicar parte de tu vida a otra persona y acabar reconociendo que nunca llegaste a conectar con ella, es una pena. Y lo cierto es que, suele ser una verdad a gritos, todo el mundo lo sabe, aunque muchos no quieran darse cuenta, pues solemos convivir con seres que nunca llegamos a conocer del todo.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Ahora voy a poner toda la carne en el asador y voy a reconquistarte. Voy a conseguir volverte a enamorar.

Parpadeé sin dar crédito a la desfachatez de Jake Maverick. ¿Acababa de declararme eso?

—Ni en tus mejores sueños, vaquero.

—A ver, nena, no me he dejado una pasta indecente de pavos para cruzar el charco y que ni siquiera me lleve un besito por tu parte.

Puso cara de besugo y empezó a lanzar besos al aire de forma muy ruidosa, soltándose la melena y haciendo el payaso.

—Jake, deja de hacer el idiota.

Le di un manotazo en el hombro y solté una risa bastante cantarina, briosa, desinhibida, sincera, de esas que hacía mucho tiempo que no sentía emerger de la boca del estómago y reptar por mi garganta hasta vomitarla de puro gusto. Te juro que casi, casi, fue orgásmica.

—Lo echaba de menos, Alex.

Dio una última calada para dejar caer la colilla y pisotearla con la suela de las botas. Luego me miró con los ojos azules muy brillantes sumado a una sonrisa que ensanchó lentamente desintegrando de un plumazo la primera de las capas de mi escudo imaginario contra el desamor, ese que me había costado tantos años cimentar. Toda una proeza.

—¿El qué?

—Oírte reír.

21
El efecto mariposa

(Eric Bress y J. Mackye Gruber, 2004)

JAKE MAVERICK

Tumbado sobre la colcha estilo *patchwork,* elaborada mediante cuadraditos de distintas tonalidades de la diminuta y diáfana habitación del hotel en Pienza, eché un vistazo con añoranza a la última foto de mi padre que le hice junto a Dakota y que guardaba celosamente en el móvil, en la mítica carpeta denominada con cariño: «El puto amo del Universo».

—Joder, te marchaste haciendo todo el ruido que se te antojó como un verdadero campeón —sonreí y me coloqué un brazo bajo la cabeza para levantarla un poco a modo de improvisada almohada—. Cabronazo, allá donde estés, debes estar partiéndote el espinazo. Y me alegra que antes de partir al más allá, o dondequiera que estés dando por culo, la liases parda y dejaras tu huella implícita para trastocar mi…, de por sí, precaria estabilidad emocional y que me fuese más difícil olvidarte. ¡Voy a echarte de menos, hostias!

Noté como los ojos se me enmudecieron levemente y como en una especie de neblina todo empezó a verse acuoso ante mí. Francamente, no recordaba la última vez que lagrimé, quizás fue en el funeral de Megan, o tal vez en el de mi madre, o puede que en la primera vez que sostuve a Dakota entre mis brazos. Y sí, porque los hombres, aunque resulte un *topicazo,* también lloramos, a nuestra manera. La mayor parte de las veces aguantamos el tipo en público para reventar y llorar en soledad.

Apagué la pantalla y dejé caer el terminal a mi lado, este rebotó un par de veces y después cayó bocabajo. Clavé mi mirada al techo mientras colocaba el segundo brazo tras la nuca, entrelazando las manos. Me quedé pensativo en mis mierdas, observando el aleteo de una mosca alrededor de la lamparilla colgante, sin apartar la vista de ese díptero, justo en el preciso instante en el que me di cuenta de que el anaranjado arco crepuscular del atardecer se colaba por las rendijas de la persiana cerrada y alguien golpeaba con los nudillos con bastante insistencia, la puerta de mi habitación de hotel.

Vacilé. No esperaba la visita de nadie. La única persona que había pisado ese suelo de linóleo ajedrezado, era Nicoletta Ercolessi. Bueno, a no ser que ella misma se hubiese encargado de proporcionar las señas a Alexandra y mi morena tras mucho meditar y darse cuenta de que yo era su hombre y el amor de su vida, se presentara en el hotel por su propio pie y riesgo.

Con el fin de salir de dudas en el menor tiempo posible, salté de la cama, repté descalzo hacia la puerta y la abrí.

—¡Sorpresita…!

Si alguien hubiese podido observar por un agujerito mi cara de estupefacción a lo Bruce Willis en el giro de guion de *El sexto sentido* al descubrir el pastel tras la frase: «en ocasiones, veo muertos», se hubiese caído de culo, catárticamente hablando.

—¡Puto Roy Jones! Pero, ¿qué coño haces aquí?

—Nada tío, que me aburría en el rancho y he venido a echarte una mano con Alexandra porque solo no estás consiguiendo una mierda.

Se oyó un carraspeo a sus espaldas.

—Bueno, sí, es verdad. Corrijo. Hemos venido a echarte una mano con la morena.

Se hizo a un lado y apareció la pequeña Dakota oculta tras él.

—No.

—Sí, papi…

Mi hija asintió enérgicamente y un par de rebeldes mechones se desprendieron de los dos divertidos moños que lucía a lo alto de la coronilla, antes de lanzarse a mis brazos, pegándose mucho a mi pecho, provocando mil convulsiones de puro placer extendiéndose por todo mi cuerpo al notar su cálido aliento revotar en la piel expuesta de mi cuello.

Ese par de semanas sin ella, habían sido mortales. Nunca antes nos habíamos alejado tanto tiempo. Tuve que separarme, alejarla unos centímetros, cogerla de los brazos y enterrarme en su mirada para cerciorarme de que no era un sueño o fruto de mi imaginación; que mi niñita de siete años estaba allí, de cuerpo presente. Dios, sí. Y en esos días en mi ausencia, parecía haber crecido varios centímetros y haberse hecho una mujercita.

—Pero, ¿qué estás haciendo aquí, bomboncito?

Dakota se mordió el carrillo y puso su mejor cara de picarona.

—Papi, necesitas apoyo moral.

—¿Eso te lo ha dicho el bueno de Roy?

Tuve que tragarme la carcajada por su comentario siempre certero para después mirar a ese cabrón rubiales quien me sonrió encogiéndose de hombros divertido.

—A mí no me mires. Es todo cosa de tu hija. Ella es la que no ha parado de incordiarme de día y de noche y de noche y de día para venir a verte, hasta que al final he tenido que comprar un par de billetes y socorrerte.

—Pero, lo menos que podías haber hecho era avisarme, os hubiese ido a buscar al aeropuerto y ayudaros con las maletas. ¡Qué sé yo!

—¿Y perdernos tu cara de póker? —me escrutó divertido—. ¡En la puta vida!

—Roy, un dólar por la palabrota. Ya conoces las normas.

Dakota le mostró la palma de la mano derecha.

—¿Un dólar? —Abrí mucho los ojos y torcí el gesto—. Cojones, lo que ha aprendido en mi ausencia.

—Sí, amigo mío. Tu hija es lista de cagarse y ha aprendido prontito la lección, esa que le enseñaste hace años y que, además, ha mejorado con creces.

Mi niña se guardó el billete bien dobladito en la bandolera, esa que llevaba cruzada con forma de la Hello Kitty, porque no llevaba sujetador, sino apostaba la vida en que lo hubiese escondido entre el relleno y las tetas para que nadie se lo robara.

Hasta que no cerré la puerta tras de mí, Roy no se quitó las zapatillas dejando un rastro a mofeta que echaba para atrás y Dakota empezó a probar la resistencia de los muelles del colchón a base de pegar saltos y volteretas, no fui consciente de que realmente estaban allí, conmigo, en Italia.

Sentí el corazón latir con fuerza tras las costillas.

—¿No habrá tenido nada que ver que cruzarais el Atlántico una exuberante rubia de nombre Nicoletta y de apellido Ercolessi?

—¿Por quién me has tomado? ¿Desde cuándo voy tras una falda cuando ya la he catado?

—Nunca, Roy, nunca. Pero tú y yo sabemos lo que tiran dos tetas…

—Más que dos carretas…

—Eso mismo.

—Pero qué tontainas eres. La rubia es agua pasada.

—La rubia está en Pienza.

—¡Coño, no jodas, tío!

Asentí y Dakota le plantó la palma en la cara.

—Toma, princesa.

—Son dos dólares.

—A este ritmo voy a tener que vender mi alma al diablo para poder pagarte cada vez que suelto tacos.

—Pues no los sueltes —le apremió ella quitando el envoltorio de plástico de un chupachups y metiéndose el caramelo en la boca.

—No es tan fácil, princesa.

Ella se encogió de hombros y guardó esos pavos en el compartimento destinado a ese fin en el interior de la bandolera.

—¿El meadero?

—Colega, aunque seas rubio natural, he de informarte de que la habitación no mide más de veinte metros cuadrados. —Le palmeé la espalda—. Creo que sabrás arreglártelas solo. No te perderás.

—¿En serio?

—Palabra de *boy scout*. Vamos, arriésgate y déjate de mojigaterías.

Se rio con sorna y fue derechito al cargador que descansaba en la diminuta mesita de noche junto al paquete de tabaco, para desenchufar mi teléfono y cargar la batería del suyo. Así, sin pedir permiso, con todo el morro que le caracterizaba. No hacía ni cinco minutos que había vuelto a mi vida, y ya la estaba poniendo patas arriba. Y yo que me alegraba.

Roy salió disparado y se encerró en el cuarto de aseo, buscando tranquilidad existencial para defecar como un campeón de forma maratoniana, como si no existiera un mañana, regocijándose el muy puerco. Si no supiera que estaba cagando, hubiese apostado porque se la estaba cascando. Así, sin manías, pero con pedos ultramegasónicos incluidos en el mismo precio. ¡Coño, que parecía haber estallado la tercera guerra mundial en mi baño!

Al cabo de veinte minutos, sí, sí, veinte minutos, la puerta se abrió y mi amigo salió con la bragueta a medio subir de los tejanos desgastados y de su boca, colgando un cigarrillo negro.

Puso cara de niño bueno, de esos que andan escondidos tras las piernas de su madre y haciendo ver a los demás que nunca había roto un plato. Suerte que lo conocía como si lo hubiese parido, que si no…

Levanté una ceja, observando cómo se rascaba la entrepierna y después la cabeza con la misma mano.

—Maverick, no me mires así, que la culpa ha sido del atracón de quicos que me he pegado en el puto avión —se defendió y sacó un dólar antes de que mi nenita se lo exigiera, evitando por todos los medios que le diera la chapa—. Tenía retortijones y he dado rienda suelta a mi maltrecho esfínter. Es que mi culo tiene mucha personalidad y mala leche y le gusta regocijarse libremente.

—¡Ni que lo digas! ¡Qué peste, tío! ¡Yo para mí que estás podrido! —Me tapé la nariz con una mano y Dakota me imitó haciendo aspavientos. Juro que el hedor era tan ofensivo, que estuve a punto de echar las potas. Con los ojos casi del revés, rocié la estancia con mi colonia para enmascarar el nauseabundo tufillo a cien ratas muertas—. ¿No habrás embozado el váter?

—¿Estás de broma? Solo hasta la mitad. Además, hay que reponer el papel.

—No es posible. No has podido gastar un rollo entero.

—Pues claro que no, no te dejes engañar, mi ano es como la boquita de Suprunaman. Solo caga longanizas finitas y tropezones de delicatessen.

¡Joder! De verdad, con la mano sobre el corazón, ¿se podía ser más gráfico y más cerdo?

—A propósito —sugerí para cambiar de tema que ya empezaba a aburrirme aprovechando que Dakota había salido a la terraza al deslizar el ventanal para airear el ambiente—. ¿Has pensado dónde vas a pasar la noche?

—Por ejemplo, ¿aquí?

Señaló con la cabeza a la minúscula cama de metro y medio que si te despistabas a la que te girabas un tercio te caías al suelo.

—¿Los tres? Ni de coña.

—Prometo no abrazarte por la espalda mientras duermes y hacerte la cucharilla.

Roy me guiñó un ojo y se pasó la lengua por el labio superior, así lento, en plan vicioso. Digamos que, con todo, el muy cabronazo sabía cómo tocarme la moral y hacerme rabiar, aunque a veces no lo consiguiera.

—Ni de coña voy a dejar que me restriegues la cebolleta en mi trasero.

—Eso lo dices porque no lo has probado. No se te van a caer los huevos a cachitos.

—Ni en mis peores pesadillas.

—Tú que te lo pierdes.

Aparté la vista del degenerado cabronzuelo por un segundo para centrarla por completo en mi Dakota que entraba en escena.

—Papi, tengo hambre.

Y era cierto, no mentía, porque le vi colocar la mano en su curvado vientre al tiempo que le tronaban las tripas en una especie de graciosa serenata de borborigmos burbujeantes. Precipitadamente, una corriente de aire se arremolinó alrededor nuestro al entrar en la habitación y luego otra de forma intermitente. Al final cerré la puerta y corrí las cortinas. Luego cacé la cazadora de la percha casi al vuelo y ayudé a Dakota a ponerse la chaquetilla rosa que le quedaba por la cintura como si fuera una torera. La cogí de la mano y pellizqué la nuca de Roy en modo cariñoso.

—Vamos a cenar, pues.

Es curioso como los planes pueden virar de rumbo de un instante a otro con tanta facilidad. Y yo que me alegraba. Sorpresas así que me las den a manos llenas, ¿no crees?

Como la reserva que tenía en el restaurante del hotel para aquella noche era de un solo comensal, preferí llevarlos a otro establecimiento, más en el centro del pueblo y de paso que hicieran algo de turismo autóctono e improvisar sobre la marcha. Pienza es lo que tiene que es demasiado bonito como para perder detalle de todos sus recovecos y de la gente que lo habita. No era muy extensa, así que, a la que nos quisimos dar cuenta ya estábamos en el casco antiguo en la Piazza Pio II de diseño trapezoidal.

Esa era la idea, perdernos entre sus calles, las cuales sin duda recordaban a escenas de la obra maestra de El Paciente Inglés, como las rodadas en un convento cercano en Sant’ Anna in Camprena. Es de recibo añadir que el momento en el que más encanto tiene el pequeño pueblo es al anochecer, cuando sus calles empiezan a liberarse de gente y entonces puedes saborearlo más, aprovechar para sentarte en la *loggia* frente a la iglesia y dejar que los pensamientos fluyan, conectando con tu yo interior.

Lo sé, joder, sé que suena muy místico, pero es real, te juro que lo es. Es un momento ideal para liberar tensiones, mierdas mentales y dejar que fluya la magia de tu entorno, que se impregne en tu piel como cuando untas una generosa nuez de mantequilla a una rebanada de pan recién tostada.

Nos sentamos en una mesa en la terraza de L’Osteria Baccus, enseguida vino la camarera para ofrecernos las cartas y Roy, con un italiano perfecto, se encargó de pedirnos los platos: un *Gran*

piatto dell' Osteria para compartir, que viene siendo un plato mixto de embutidos y queso, después los *Pici al Ragù Bianco e Tartufo* y los *Pici Cacio e Pepe.*

—¡Qué bueno está, papi! —apuntó mi niña jubilosa mientras se chupaba ruidosamente dos de sus dedos.

—Aprovecha porque pronto volverás a las clases. Tómate esto como unas minivacaciones.

—Tranqui, Maverick, antes de venir aquí, hablé con su tutora y además de seguir alguna clase online, le he dado mi palabra de que hará todos los deberes que nos hemos traído para no quedarse atrasada con los demás compañeros de clase.

—Bueno, tampoco os vais a quedar más de un fin de semana.

—Tres semanas, papi, tres. Eso son… —puso morritos y se dio ligeros golpecitos en la frente pensativa—, veinticinco días.

—Veintiuno, Dakota. Ya veo que hay que reforzar las mates —le regañé con suavidad—. Roy, ni de coña la niña va a perderse el primer mes de clase.

—Ni que estuviera en el instituto o preparándose para el acceso a la universidad.

—No restes importancia a las cosas como de costumbre. Aunque tenga siete años, tiene responsabilidades, como todos.

—Papiiii… —se levantó de la silla y se sentó en mi falda, interponiéndose deliberadamente en la conversación de adultos que teníamos el rubiales y yo.

—¿Quéeee…?

Mi hija me miró con ojitos de cordero degollado mientras me plantó las manos en la cara y empezó a acariciármela con las palmas. Que yo sepa, en mi pueblo a eso se le llama chantaje emocional y supongo que en el tuyo también. Y yo ya estaba derretido como un imbécil, en tres, dos, uno…

—Que te echaba muuuuucho de menos.

—Y yo a ti también, cielo.

Miré a Roy de reojo que se estaba partiendo el esternón y a mis mejillas no tardaron en instalarse dos llamaradas de fuego que sentí ascender desde mi cuello hasta ese epicentro.

Razonar con una niña persuasiva hasta decir basta y un amigo que siempre estaba de su parte, era una batalla perdida incluso antes de mostrar mis armas. Tenía todas las de perder, mi autoridad carecía de valor ante esos dos granujillas que se las sabían todas de calle. A veces me flagelaba a mí mismo al darme cuenta de que en cuestiones de paternidad, era un blandengue. Y bastó que Dakota me mirara a los ojos con cara de pena y sonrisa dulce, de esa que desestabiliza todo tu eje emocional en un chasquido de dedos, con que no me vi con ánimos de negarle nada. Nada. ¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Era un flojo! Es más, para ponerte un ejemplo gráfico te diré que yo era como Sansón, ese que perdió su fuerza al cortarle el pelo. Yo en cambio, la perdía simplemente con tres carantoñas, dos aleteos de pestañas y un abrazo de oso de mi nenita.

Lo sé, lo sé… me vendía barato y no sabía imponerme, ni llevarle la contraria por más que me autosugestionara con anterioridad. Pues sabía de buena tinta que Dakota Maverick era y sería

siempre, mi talón de Aquiles.

22
Érase una vez… Hollywood

(Quentin Tarantino, 2019)

ALEXANDRA SIMMONS

Como dijo Mario Benedetti: «Quiero pasar el resto de mis días con alguien que no me necesite para nada pero que me quiera para todo».

Y puede que sí, que ese sea el significado del amor, el mismo que nosotros decidamos darle. Una pregunta que, en ocasiones no queremos responder por temor a no hallar la respuesta adecuada, o simplemente porque nadie la sabe.

De vez en cuando es mejor dejar de lado las interpretaciones populares y centrarse en lo que uno cree, o cree creer. O lo que le conviene, en cuestiones prácticas.

¿Convenir? He ahí el dilema. ¿Franco o Jake? ¿El italiano o el vaquero? ¿Elegancia o rudeza? ¿Temple o locura? ¿Seguridad o incertidumbre? Eran ambas caras de la moneda, tan distintos que parecía imposible que coexistieran en un mismo universo dos personas así. Y sí, lo sé, perdona porque sé que las comparaciones son odiosas y nunca deben plantearse.

Me recogí la melena en un moño bajo desarreglado, asegurándolo con horquillas y dejando algunos mechones sueltos alrededor de la cara y me acabé de anudar los cordones a unas Chuck Taylor de Converse que quise combinar con una minifalda estampada en tonos rojos y una sencilla camiseta blanca de algodón. Eché un rápido vistazo a la imagen que me devolvía el espejo y satisfecha con el resultado, metí las llaves de casa en el bolso y me despedí de Nicoletta que se había ofrecido a quedarse al cuidado de Luca junto a Marco Carusso.

Salí a la calle y vi a Franco apoyado en la carrocería de su coche, un flamante Audi A5 Cabrio descapotable recién encerado.

—Ahora entiendo la importancia de recogerme el pelo.

El italiano ensanchó los labios y una preciosa y picarona sonrisa nació de la nada.

—*Signorina, per favore, se mi fate gli onori.*

¿Los honores? Y lo que haga falta, ¡sí señor! Cabe decir que aquella mañana estaba arrebatadoramente guapo. Mucho y con avaricia. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás, algo ahuecado y con un ligero toque de gomina, dando el efecto justo de mojado y elegancia. Su impecable outfit conjuntaba su perfecta y estudiada barba de tres días, una camisa azul de manga larga y metida en el pantalón, arremangada a medio antebrazo dejando entrever el puño de

diferente color dando un contraste sofisticado y un divino Tag Heuer Carrera con la correa de cuero, unos chinos y unos mocasines color café.

Franco Salvatore cuidaba su imagen, era evidente. Y se notaba a leguas que disfrutaba sacándose todo el partido a su impresionante anatomía bendecida por la gracia de los Dioses del Olimpo.

Se separó del vehículo y se acercó a mi lado para darme un beso en la mejilla, uno que retuvo bastante tiempo a propósito. Intervalo en el que pude oler su perfume aunado con el de su bronceada piel perfecta, mezcla de frescor con notas especiadas dándole una profundidad al aroma y muy sensual a los sentidos. Rodeó el Audi para abrirme la puerta, dejando una estela amaderada y ambarina, envuelta en un delicioso aroma a vainilla.

—¿Vienes?

Reconozco que me quedé unos segundos anclada en el sitio, como si fuese la primera vez en mi vida que me cruzaba con un hombre tan atractivo, pues Jake Maverick también lo era, aunque era dueño de una belleza distinta, más… natural, más casera, sin tantos aderezos en ropa de firma ni embadurnada en edulcorantes de caros perfumes. Ambos tenían algo especial, algo enigmático, incluso hipnotizante, algo que me costaba definir y que seducían con su sola presencia allá donde fueran.

Reí nerviosa, tratando de recomponerme del impacto inicial y cogí aire. Seguí sus pasos y me senté en el asiento del copiloto. Franco cerró la puerta y mientras me ajustaba el cinturón de seguridad, se sentó a mi lado, me regaló una sonrisa de medio lado y yo mordí el labio inferior antes de mirar al frente, para no seguir mirando su boca, ni a los hoyuelos que se le formaban en medio de las mejillas cuando sonreía más de la cuenta, ni a esos ojos negros que me miraban tentadores.

—¿Adónde vamos?

—Sorpresa, Principessa.

Era la primera vez que me llamaba así: Principessa, y te juro que esa simple palabra saliendo de su garganta con ese timbre de voz tan ronco y ese deje seductor, fue orgásmico. Noté que se me quedó mirando un rato hasta que se dio por satisfecho y puso rumbo a las afueras del pueblo.

La suave brisa de finales del verano nos acariciaba la piel y los tempranos rayos de la mañana fueron absorbidos en parte por los oscuros cristales polarizados de las gafas de sol. Agradecí que Franco rescatara un pañuelo en la guantera con el que me cubrí la cabeza para evitar que el moño se desintegrara antes de llegar al destino y pareciera una loca huida de un psiquiátrico. El momentazo del pañuelo me devolvió a los años 90, precisamente a una de las escenas más reveladoras de Thelma & Louise.

—Háblame de ti.

—¿De mí? —Lo miré girando un tercio la cabeza, saliendo de mi ensoñamiento particular y con una sonrisa entre dientes, seguí preguntándole—: ¿Qué quieres saber de mí? Mi vida es

bastante… aburrida. Casa, trabajo, hijo, pañales. No digo que sea una sosa, pero sí una persona…

—Tus inquietudes —me cortó—. Quiero saber cómo es realmente Alexandra Simmons de piel para dentro. ¿Me explico? Tus sueños, los tuyos, tus aspiraciones... ¿Qué quieres ser de mayor?

Solté una risa, juro que me salió del alma. Esa pregunta era buena, muy buena. Nunca nadie antes me la había formulado, ni siquiera yo misma.

—Pues… no lo sé, la verdad. Hasta este momento ni me lo había replanteado. La maternidad me llegó tan pronto y tan inesperada que… —no sé por qué me removí algo inquieta en el asiento, pero me sentía bastante expuesta ante él—, no me ha dado tiempo a pensar en mí misma y qué es lo que quiero en la vida, ni se me había pasado por la cabeza. Todo ha sobrevenido demasiado rápido…

Me encogí de hombros y retiré la vista. Miré al frente, a la carretera curvilínea que se dibujaba ante nosotros, al gris asfalto que se entremezclaba con el azul del cielo, a la gama de verdes y ocres que parecían pintarrajear el relieve de los campos de cultivo a cada estación del año, y las colinas y montes que parecían ser cortados en el horizonte por un enorme cuchillo imaginario.

—Aunque, déjame decirte que… no necesito nada más. Soy feliz con lo que tengo, con lo que he conseguido. Mi vida es mi hijo Luca.

Contemplé las líneas de su perfecto y simétrico perfil mientras una exigua sonrisa afloró en sus labios antes de pronunciar con una seguridad aplastante esas palabras:

—Alexandra, jamás hay que conformarse con lo que uno tiene. Siempre hay que aspirar a lo máximo. Apostar, jugar y ganar. Te aseguro que las mediocridades nos hacen ser vulgares, pero la ambición… —Negó con la cabeza y me miró fijamente a los ojos—. Esa nos diferencia del resto.

—¿Estás insinuando que soy una insatisfecha de la vida?

—Ese no sería el término.

—¿Y cuál sería?

—Resignada.

Sonreí con fingida indiferencia. Ni de lejos era una resignada de la vida. Vivía el día a día y trataba de disfrutar al máximo de los míos. ¿Y qué había de malo en eso? Nada.

—Juzgas sin conocerme.

—Puedo comprarte esa afirmación, pero… ¿Tú misma te conoces?

—¡Por supuesto!

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Respondiéndome a la pregunta que te he hecho antes.

Tragué saliva al recordarla: ¿Qué quieres ser de mayor? Y después apreté la mandíbula, las muelas rechinaron levemente al roce.

—No lo sé, Franco.

—Venga, sí lo sabes. Escarba un poquito en tu yo interior y expúlsalo.

Inspiré profundamente, tratando de concentrarme. Dándome cuenta que, en el fondo, no fuese tan desencaminado. A ver, sí que era cierto que había algo, una tontería con la que desde que tenía uso de razón, mataba las horas muertas. Nada serio ni pretencioso, cosas de una mente joven e inquieta. Bah, pero de eso hacía mucho tiempo. ¡Años, quizás una década, incluso! Fue algo pasajero que me ayudó a evadir la mente sin recurrir a otras disciplinas como el patinaje artístico sobre hielo el cual se me impuso por tradición familiar. Hasta que me fracturé el tobillo, lesionándome los músculos peroneos y tibial anterior. Más tarde se sucedieron las lesiones de rodilla por fallas en la técnica y mi desgana particular. Finalmente, mi madre tiró la toalla al darse cuenta de que su hija predilecta no iba a seguir sus pasos pues no había nacido para eso.

—Me da un poco de vergüenza compartirlo contigo. Nunca se lo he dicho a nadie antes.

—Ves, Alexandra. Sabía que había algo ahí dentro.

Me señaló la cabeza con el dedo índice y sonrió mostrándome la hilera de dientes blancos.

—¿Tan transparente soy?

—Tan transparente como ese Lago Azul que se encuentra en Nueva Zelanda, en la Reserva Natural de Los Lagos de Nelson, ese hermoso lugar que te deja sin aliento por sus cristalinas aguas en el que es posible ver el fondo sin esfuerzo.

Le escuchaba en silencio y con suma atención.

—Así te veo yo a ti. Pura y cristalina. Aunque con fisuras, porque todo el mundo las tiene, incluso yo. Incluso Franco Salvatore, cofundador de Tenute Piccola, premiado en la categoría *Manufacturing & Industry*, encabezando la lista entre los mayores talentos jóvenes de Italia según Forbes.

Franco consiguió descolocarme por momentos. Sacarme de mi zona de confort y lo cierto es que no le costó demasiado lograrlo, dadas las circunstancias.

—Me has convencido.

—Soy muy convincente.

Me sostuvo unos segundos la mirada y luego la retomó a un cartel al margen de la calzada que indicaba: «*A1 Panoramica, Firenze*». Giró el volante en el sentido de las agujas del reloj y no tardó en estacionar el vehículo en el aparcamiento de una típica cafetería de carretera mediterránea.

—¿Tienes hambre?

—Pues ahora que lo dices, sí. No he desayunado nada. Ni siquiera un café.

—Entonces habrá que poner remedio a eso.

Entramos en el establecimiento que estaba bastante concurrido. Sonaba por el estribillo *Ti amo* del cantautor Umberto Tozzy, entremezclándose con el crujido del suelo de madera al caminar hacia una de las dos mesas libres del fondo, junto al gran ventanal. Nos sentamos uno frente al otro y tras hojear la carta, pedimos a la camarera yo *un cappuccino*, él *un espresso*, y un par de *ciambelline* con crema de mascarpone que estaba para chuparse los dedos.

—¿Y bien?

Franco había esperado a que pegara el primer mordisco al bollo para volver a la carga y preguntarme por eso tan especial que ocultaba desde siempre y que jamás había hecho partícipe a nadie. Ni siquiera a mis padres, a Nicoletta o a Jake.

Levanté la vista de la taza de cerámica y le miré a los ojos negros. Me sentía expuesta y sin excusas. Le debía la confesión por haberse esforzado en perder el tiempo en rascar las capas más superfluas de mi piel y ver que había tras estas, para ahondar en mi interior.

—Es una chorrada —lo dije en tono bajito y, mirando de nuevo a la taza, vi que había la marca de mi lápiz labial en el borde, así que, empecé a frotarlo con la yema del pulgar.

—Si es algo importante para ti, no puede ser una chorrada.

Sentí un leve rubor en mis mejillas antes de reunir fuerzas y alzar la barbilla para mirar a Franco a los ojos.

—Prométeme que no te reirás.

—Alexandra, ¿por qué iba a hacer tal cosa?

Extendió el brazo, y en seguida noté la calidez de sus dedos envolviendo mi mano.

—Vamos, nada puede ser tan terrible. Deja que fluya.

Inspiré hondo para tratar de coger fuerzas y concentrarme en que iba a abrir la cajita de los secretos de cuando era una adolescente. Puede que no resultara tan terrible como a priori, había siempre creído. En ocasiones como esa, debía reconocer que era saludable quitar las telarañas de tus miedos y oxigenar los sueños, para que estos puedan salir de la oscuridad y ver la luz.

Retiró la mano y me hizo un gesto animándome a expulsarlo todo. Podría ser capaz de seguir el olor de su curiosidad a millas de distancia. Y a aquellas alturas, estaba bastante claro que sería de cobardes echarme atrás.

—Siempre he sentido debilidad por ver el mundo desde una perspectiva diferente, la de un niño pequeño. Me fascina la capacidad que tienen de imaginar historias, situaciones, pretextos para sonreír —reí pizpireta y sonrojada a partes iguales, mientras suspiraba desde lo más profundo de mi ser—. Y encontré la forma de plasmarlo, lo encontré.

Observé a Franco quien me retuvo la mirada hasta que yo la dirigí de nuevo a la taza.

—¿Y cuál es esa fórmula secreta, Alexandra?

—Escribir esas historias para niños. Narrar cuentos y también dibujarlos.

Franco se quedó en silencio y yo aproveché para alzar la barbilla y estudiar sus gestos a conciencia. Le observé con detenimiento y me di cuenta de que se había puesto serio y eso me incomodó bastante. Quizás no había sido tan buena idea esa de desenterrar mi secreto, o tal vez él no fuera la persona apropiada. Exhibir tus miedos a veces no es bien recibido.

—¿Crees que es un despropósito? —tanteé, abriendo debate.

—En absoluto. Siempre he admirado a la gente creativa, sobre todo, a los que de la nada, son capaces de crear mundos —aclaró de inmediato—. Es solo que no me lo esperaba. Me has dejado noqueado. Eso es todo.

—¿Por qué? ¿No doy el perfil?

—¿Hay perfiles para ser un escritor infantil?

—Supongo que no —recité con la boca pequeña.

—Fíjate, tú misma te has respondido sola sin la necesidad de hacerlo yo.

Tras el bochornoso momento, pagó la cuenta y nos pusimos de nuevo en ruta. Viajar en un descapotable es sinónimo de paladear con intensidad cada tramo de carretera. Las puntas del pañuelo cubriendo mi pelo ondeando al aire, la media sonrisa de Franco curvando sus labios, las pinceladas del paisaje toscano con pintas rojas y amarillas entre trazos asimétricos de campos verdes, los rayos de sol tostando mi tez, las canciones de «Perdona, pero quiero casarme contigo» en la emisora La Caqueteña sonando *La mia signorina* de Neffa como si se tratara de la misma banda sonora de una comedia romántica.

En resumen, el día había empezado de maravilla y sospechaba que acabaría mejor. Franco Salvatore desprendía ese halo de seguridad, madurez y a la vez, tranquilidad, que hacía demasiado que no sentía y que necesitaba. Por si fuera poco, pasar más tiempo a su lado me estaba sirviendo para conocerlo más y darme cuenta de que no era tan estirado como a simple vista quería aparentar. Sobre todo, ganó muchos puntos extras al dedicar parte de su valioso tiempo en estar conmigo, en darme conversación y en algo tan simple y a la vez tan complejo, como escuchar. El italiano era un claro ejemplo de que los estereotipos están de más y prejuzgar sin siquiera esforzarte en ver más allá de las primeras impresiones, es mezquino.

—¿Y tienes algo para mostrarme?

—Algo que no me de vergüenza, querrás decir.

Colocó dos dedos en mi mentón y guio mi cara en su dirección. Me miró a los ojos.

—Deberías hacerlo más.

—¿El qué?

—Creer en ti.

Las comisuras de sus labios se volvieron a curvar hacia arriba de esa manera tan *sexy* y canalla, y por segunda vez a su lado, percibí ese placentero cosquilleo en el bajo vientre. Dios, en serio, ¿por qué me colocabas en el camino a hombres tan arrebatadora y dolorosamente guapos? Te juro que daban ganas de obligarle a detener el Audi, cerrar la capota y saltar al asiento de atrás para comernos a besos.

La lástima es que me sentía ferozmente atraída por él, pero en mi mente seguía estando Jake Maverick. Y lo peor de todo es que debía averiguar si también lo seguía estando en mi corazón.

Mierda. O… *Merda!* Como se dice aquí, en la península itálica.

23
Cinema Paradiso

(Guiseppe Tomatore, 1989)

FRANCO SALVATORE

Me encogí de hombros cuando mi pregunta me fue rebotada como la pelota amarilla en un partido de tenis en tierra batida, golpeada con saña de una pista a otra. En un disparo directo, certero, pasando por encima de la red, sin tener apenas tiempo para devolverla y ganar el punto.

Alexandra me miraba con curiosidad, podía intuir sus grandes y brillantes ojos azules de gata clavándose en mis pupilas. La miré, acababa de desanudar el pañuelo que llevaba atado al cuello y así permitir que cada vez más mechones negros se soltaran del moño. El leve rubor de sus mejillas haciendo juego con el rosáceo de sus labios me estaba volviendo loco o, con altas probabilidades de que me diera un infarto, si no ponía remedio. Esos malditos labios que no cesaba de mordisquear cuando algo la incomodaba. Era imposible apartar la vista de ella, solo lo imprescindible para echar vistazos a la carretera y no tener un accidente, nada más.

—Apuesto a que te gusta todo tipo de deporte y que, además, eres habilidoso.

—Pues lo cierto es que vas bastante mal encaminada.

Me miró con el ceño fruncido al tiempo que repasó mi cuerpo de arriba abajo sin reserva, deteniéndose más de la cuenta en uno de los antebrazos y en las formas tan marcadas del grupo de músculos que lo formaban; esa zona que empezaba a la altura del codo y se insertaba en la muñeca. Y yo no pude evitar soltar una carcajada.

—Lo que ves son horas de gimnasio, bueno, muchas horas con mi entrenador particular. Detesto los deportes en equipo, el cuerpo a cuerpo, incluso el actuar por instinto. Soy más de ir por libre guiado por ejercicios estudiados meticulosamente, nada de improvisación. Soy demasiado cuadriculado, Alexandra.

—Qué rancio.

No pretendía hacerme el interesante, pero es que era la pura verdad. No soportaba trabajar codo con codo con nadie, oler su hedor corporal y en el deporte, sucedía dos tantos de lo mismo. Se podría decir que era un lobo solitario; un ermitaño socialmente hablando, alguien que prefería vivir fuera de la manada y hacer las cosas a su libre albedrío, que compartir los triunfos con extraños. Te doy mi palabra de que la individualidad elegida suele ser atractiva, seductora y muy cautivadora o al menos para mí. Salvo porque desde bien joven, tras el fallecimiento de mi padre,

se me había impuesto ser la cabeza pensante de una de las mayores empresas vinícolas del país. Y, en consecuencia, debía aparentar lo que no era, un ser sociablemente aceptable; sin más.

—Entonces…, espera, espera. —Se le abrieron más esos ojazos y me señaló con el dedo como si hubiese hallado la respuesta a todos los misterios de la física cuántica—. Te apasiona el arte, a qué sí.

—No.

—¿Ni un poquito?

—*Zero* —sonreí socarrón—. No, señorita. Y no, no lo vas a adivinar ni en cien vidas.

Reconozco que su cara de estupor me hizo mucha gracia. Era tan adorable y tan dulce que me entraban ganas de detener el puto Audi en un claro para follármela a cuatro patas en la parte trasera. Pero no, ella no era como las demás. A ella le debía un respeto. Alexandra me atraía de verdad y no solo para echar un par de polvos cerdos y olvidarme de ella. Algo me decía que si rebasaba esa delgada línea, cuando la rebasara, no podría dejar de querer tenerla en mi vida. Y eso, era otro escenario distinto, lo contrario a mis costumbres. El noventa y nueve por ciento de las mujeres que habían pasado por mi vida, bueno, por mi cama, no superaban la tercera noche. La novedad pasaba pronto y como he dicho antes, soy animal de costumbres, de las normas que yo mismo me autoimponía. Ese método daba menos dolores de cabeza y preservaba mi libertad mental.

¡Ah! Y el uno por ciento, lo reservaba para ella. A la chica de los brillantes ojos azules.

—Anda, dame una pista.

—¿De pequeña no te explicaron que todo, absolutamente todo tiene un precio?

Evalué su gesto, ese que cambió radical de sonrisita comedida a boca abierta de par en par, de puro asombro. Bien, era tan predecible y tan fácil tenerla comiendo de la palma de mi mano.

—Franco, ¿vas a cobrarme por jugar a las adivinanzas?

—Ahí está la gracia, pequeña.

Sonreí con suficiencia. La tenté, porque sabía que la paciencia no era una de sus virtudes y que al igual que su personalidad algo aniñada, esa que me ponía tan cachondo, si no le daba miguitas de pesquisas, se moriría de la curiosidad por combustión instantánea.

—Anda, mira, pero si con la tontería hemos llegado.

—Pero, ¿adónde?

—Ahora lo verás.

Giré el volante a la izquierda, cruzando el rio Arno por el Ponte Soferino, permitiendo que Alexandra admirara las bonitas vistas de las casas coloridas delimitadas a los extremos. Luego volantazo a la derecha dejando atrás el Palazzo Agostini, el cual hacía alarde de una curiosa fachada de ladrillo del siglo XV. Seguí unos metros más hasta atinar con una plaza libre en un parquin subterráneo y así caminar tranquilamente por el Borgo Stretto, que es conocida por ser una de las calles más animadas y pintorescas de Pisa y en donde uno puede dejarse arropar por el verdadero encanto de la ciudad.

Anduvimos en paralelo varias calles, ella cautivada observando aquí y allí como una niña que la llevan por primera vez a Disneyland y yo, gozando de su compañía, saboreando cada instante a su lado, sorprendiéndome de lo mucho que me gustaba esa chica. Alexandra Simmons tenía un magnetismo innato, uno que seducía sin darse cuenta y en parte, creo que era eso lo que más me maravillaba de ella, que era así, tal cual, natural, sin pretensiones, sin querer aparentar lo que no era. A diferencia de otras mujeres, si ella tenía ganas de reír, ensanchaba esos labios carnosos dignos de besarlos hasta desgastarlos, sin detenerse a pensar si ese gesto desvirtualizaría su perfecta fisonomía. Y lo que más me llamó la atención de su forma de ser fue que, cuando algo no era de su agrado, cuando algo le hacía sentir incómoda, no trataba de ocultar su malestar por el simple hecho de quedar bien, al contrario, se mostraba empática, encantadora y afable. Y, entre tú y yo, seamos sinceros y con la mano en el corazón, eso no solía abundar en esos tiempos precisamente. Ah, y, por último, que no se me olvidara, Alexandra era tan jodidamente espontánea, tan malditamente natural que, incluso yo, un amateur curtido en controversias de la vida y negacionista del populismo porque sí, me descubría sorprendido a cada instante. Y cabe decir que, todo eso me otorgaba un privilegio especial, ese de conocerla mucho antes que ella me conociera a mí. Porque, reconozcámoslo, estar con ella, era sencillo, estar conmigo, era antípoda; cada uno a su manera, coexistíamos en lugares del globo terrestre diametralmente opuestos.

Para que te hagas una idea de lo que digo, me defenderé confesándote que era un repelente maniático hasta decir basta; adicto al trabajo, metódico, puntilloso, crítico, quisquilloso (apuesto la vida a que te caería mal si tú y yo, alguna vez, intercambiáramos tan solo un par de palabras), además, debía meditar, evaluar y confrontar hasta la estrenuidad cada nuevo paso que daba hacia adelante. Es más, me sobraban horas de sueño porque me faltaban horas al día para sentirme realizado por completo, pleno; un Dios y el puto amo del universo. Detestaba sobremanera tener a la gente encima, tanto fueran familiares, amigos o empleados, daba lo mismo. Evaluando cada paso nuevo que daba. Abominaba que me controlaran, porque yo tenía el control de todo. Y, sobre todo, censuraba todo aquel que creía tener la razón, porque la razón absoluta, seguía teniéndola yo y sino, echaba mano de mis dotes de persuasión convenciendo al contrario sin apenas esfuerzo, de que estaba equivocado. Vamos, lo que viene siendo un capullo integral, así era Franco Salvatore.

—No…

—Sí.

—¿Estamos en Pisa?

—Así es, Principessa.

No ocultó que estaba encandilada y aturullada a partes iguales, e indudablemente a mí me conquistó un poquito más. Verás, todas las mujeres con las que me había acostado eran insulsas muñequitas sin alma y sin gracia, todas cortadas por el mismo patrón. Y la culpa era mía, solo mía, pues siempre me había decantado por ese estereotipo de fémina al ser más amoldablemente

cómoda a mi rutina. Opuestamente a Alexandra, quien, además de ser dueña de una exuberante, adictiva y casi enfermiza belleza, era tan ingénita y espontánea como la vida misma.

En resumen: única en su especie. Algo que me llevaba de cabeza a romper una lanza a favor del cateto vaquero de Jake Maverick que bebía los vientos por ella y ahora entendía por qué se resistía hasta el agotamiento a tirar la toalla y volver a tenerla en su vida.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Primero porque pensaba que ya lo habías visitado y segundo… —Le cogí de la mano y entrelacé los dedos para guiarla hacia la catedral inclinada debido al hundimiento por alzarla en un terreno húmedo y blando—. ¡Mira tu cara! Hubiese vendido mi alma por verla. Estás…

—¡Fascinada! ¡Maravillada! ¡Impactada! ¡Y todos los verbos acabados en *ada*!

Se mordió el labio y yo no pude reprimir las ganas de mirar las formas que adoptaba su condenada boca. Me moría de ganas de besarla, de saborearla por completo, pero debía esperar el momento, quería ir despacio y no pretender asustarla. En tres palabras: no quería cagarla; con ella no, así que tuve que reprimir las ganas, el deseo a raya y mi entrepierna calmadita, conformándome con depositar mis labios en su sien durante unos segundos que me supieron a poco, para seguir avanzando por la rectangular Piazza del Duomo, dominada por la Catedral de Milán, tomando el pulso a la ciudad más grande de Lombardía, caminando tranquilos sobre los cimientos que hicieron resurgir las obras del metro la antigua Basílica de Santa Tecla.

Alcé las cejas y la miré.

—¿Cómo es que no te has dejado caer por aquí?

—He estado muy ocupada.

—¿Durante dos años?

—Sí —sonrió algo avergonzada y apretó mi mano sin darse cuenta—. Sé que no tiene excusa ser madre soltera, pero… he estado priorizando. Luca antes que yo. Siempre. Y no me pesa.

—¿Por qué iba a pesarte? —fue una pregunta instintiva, sin apenas meditarla. Me salió de dentro. Admiraba las personas que se privaban de momentos para regalárselo a los demás. Yo no era así. Primero era yo y después, yo. Obvio—. Eres una madre ejemplar. Eres una delicia, Alexandra.

—Oh, no, para nada, para nada. No soy tan distinta a otras madres solteras obligadas a velar por sus hijos.

—No te restes mérito.

—No lo hago, soy objetiva.

—Eres de admirar.

—¿No te gustan los niños?

Tosí una risa.

—¿Tanto se me nota?

—Es una intuición.

—Pues… no, no son mi especialidad. Me gustan las niñas.

—¿Las niñas?

—Las de metro setenta, morenas y que hace tiempo que han cumplido la mayoría de edad.

Sonreí con descaro y Alexandra abrió mucho la boca. Seguidamente se soltó de mi mano para darme un sonoro manotazo en el brazo. Me tronché. Lo único que pretendía era sazonar con un puntito de sentido del humor a la conversación, la misma que parecía estar yéndose por peteneras.

Le sostuve la mirada.

—Estoy hablando en broma.

—Ya —carraspeó y yo le rodeé la cintura con el brazo—. Cambiarás de opinión de los enanos cuando conozcas a mi hijo Luca.

—Lo estoy deseando. Estoy contando los minutos para darte la razón.

Entrecerró los ojos y sonrió. Demonios, cómo se le iluminaba la cara cuando sonreía.

—No eres de darla, ¿verdad?

—No. Nunca.

—Lo imaginaba.

Lástima que las horas de ese día corrían como la pólvora; volaban, literal. Me hubiese gustado detener las jodidas agujas del reloj para estar eternamente a su lado, a sabiendas que la pérdida de las horas de este día, iba a pagarlas con creces económicamente hablando, porque si no estaba yo, en todo momento liderando la empresa familiar vinícola, esta no se sustentaba solita. Y si no me andaba con ojo, me arriesgaba a que todo el esfuerzo de varias generaciones, se fuera a la mierda. O lo que es lo mismo, que fuese una puta derelicción.

—No soy tan frío como crees, Alexandra.

—No es lo que creo, es lo que quieres proyectar.

Me quedé a cuadros. Era cierto y reconozco que me había ido de fábula hacer creer a los demás que era un grandísimo hijo de puta.

—Salvo porque algo me dice que… es mera fachada.

—No te confundas. Soy un cabrón con todas las letras. Y, además, disfruto como un perro siéndolo. —Mierda. Me estaba abriendo en canal a marchas forzadas con esa mujer y no me importaba, ni siquiera me violentaba ni me resultaba embarazoso como con los demás. Joder. Estaba derribando a golpes de realidad todas mis creencias y todos esos clichés tan estigmáticos que tenía de la sociedad. Quedaba claro que ella se había convertido en mi debilidad—. Excepto contigo.

No se me secó la boca al pronunciarlo, pero parece ser que a ella sí porque se hizo la desentendida. Soltó mi mano para ofrecerme su teléfono móvil.

—Vamos, hazme una foto así… —Se puso delante de mí, simulando que estaba sujetando la torre de Pisa para que no se desprendiera y se hiciera añicos al chocar contra el pavimento.

—No me seas guiri —me carcajeé abiertamente.

De repente, Alexandra clavó en mí sus enormes y expresivos ojos azules como ese cielo tan claro de Rio de Janeiro, en un día despejado y libre de nubes y noté como me traspasaba la mirada como una daga.

—¡No lo soy!

—Un *piccolo*, sí que lo eres.

—¡Que nooo…!

Me regaló su gesto más compungido haciendo alarde de una vena cómica que hasta ese momento desconocía y le seguí la corriente para darle una tregua de ese, acoso y derribo improvisado por mi parte, y así empezara a relajar la expresión de su cara.

—Está bien, te lo compro.

—No te queda otra, Franco Salvatore.

Me encogí de hombros mientras contemplaba a la morena mirar a ambos lados disimuladamente como si fuera una terrorífica delincuente a punto de cometer el mayor de los delitos, antes de saltar el cordón que delimitaba el césped y posar sosteniendo el campanario, elevando una pierna al aire, como si se tratara de una contorsionista.

Alexandra Simmons era un ser imprevisible por defecto, lo mismo se ponía tan seria que te cortaba el aliento que, te sorprendía haciendo payasadas sin venir a cuento. Y esa misma actitud juvenil y amena que llevaba por la vida, me empezó a volver loco, completamente ido de la cabeza.

Sin dejar de sonreír como un idiota, aproveché para limpiar la lente de la cámara con un pañuelo de cachemir y más tarde mirar a través de la pantalla el objetivo, teniendo en cuenta los contraluces a esas horas de la mañana, viendo como la luz se degradaba de forma suave, resultando una imagen de lo más atractiva: la mujer más *sexy* que había conocido nunca delante de mí, un vasto prado verde a sus pies y la torre de Pisa con su hechizante desnivel al fondo. Esa pose frontal a cámara, mirando fijamente al encuadre de la óptica, grabando a fuego su impronta. Esa naturalidad mortificante que me estaba dejando noqueado, fuera de juego, unido al vuelo de la falda ondeando a la mitad de sus muslos ciñéndose en ocasiones a su piel; los oscuros mechones sueltos de su pelo cosquilleándole la clavícula desnuda; el perfil de su pecho derecho dibujando tenuemente el contorno del pezón.

Cogí aire, en dos ocasiones antes de hacerle varias fotografías.

Con ello quiero decirte que la sensualidad está reñida con la actitud. Para mí una mujer es más *sexy* cuando más feliz y más segura de sí misma está, aunque no se dé cuenta de ello. En otras palabras, te prometo con la mano sobre el corazón, que era todo un espectáculo para los sentidos ver a Alexandra a través del objetivo, tan ella, tan natural, tan sensorial. Tanto fue así que, a mi entrepierna no le pasó desapercibido ese hecho y la viva imagen que tenía ante mí, me puso cachondo.

Menos mal que gracias a la meditación y al *Wu wei,* esa expresión china que describe a la perfección un aspecto esencial del taoísmo, la cual consiste en no forzar una situación mediante

el escapismo en todas sus formas, me ayudaban a resistir la presión sexual en situaciones comprometidas, como aquella.

Verás, para que te hagas una ligera idea, su traducción vendría a referirse a: «no hacer» o «no actuar», o a la manera en que la hierba o el cabello crecen sin la intervención de la voluntad. Si te ha servido de algo, te recomiendo el libro: *budismo zen y psicoanálisis* de D.T. Suzuki E. Fromm.

—Ven…

Alexandra saltó el bajo enrejado y estiró mi brazo.

—¿Adónde quieres que vaya?

—A inmortalizar este momento.

—De eso nada —opuse resistencia anclando mis pies en el suelo, poniéndome rígido y sin moverme un ápice del sitio—. No pienso hacerme ninguna fotografía.

—Pero, ¿por qué no? ¡No puedes ser siempre tan estirado, hombre! —insistió divertida—. No pienso venderla a ninguna revista de sociedad, ni colgarla en redes, ni siquiera en una pared, dibujarle una diana y lanzarte dardos a la punta de la nariz.

—Doy por sentado que no harás ninguna de esas barbaridades o tendré que maniatarte, secuestrarte y tenerte cautiva en mi finca para siempre.

Y que conste en acta que me contuve las ganas de acabar la frase por no pecar de machista y de perturbado sexual con un: «Y te follaría tanto y tan duro, que se te olvidaría el nombre y hasta de cómo se coloca un pie delante del otro para caminar».

—Ja, ja, ja… —se rio de forma cantarina y fingida, con la intencionalidad de hacer burla sobre lo que acababa de insinuar—. Por la boca muere el pez, Franco Salvatore.

—Provócame y lo sabrás, Alexandra Caroline Simmons.

Citaré textualmente lo que sucedió poco después para ponerte en antecedentes. Contrario a mis sospechas, la morena no palideció, sino que siguió jugueteando, empecinándose para sacar a flote mi lado más voluble y campechano, salvo porque ya podía armarse de paciencia y de una pala, pues por más que escarbara en mi interior, ese inhóspito territorio, no existía, carecía de él.

—Buah, ¿tú nunca te relajas?

—Solo cuando me lo receta mi psicoanalista y sea del todo imprescindible.

—Pues deberías tomarte un respiro o acabará por darte un infarto. Empezar con un relajante y aromático baño de burbujas…

—Siempre y cuando me acompañes.

Frunció el ceño.

—Pasear por la playa al atardecer…

—Te recomiendo que lo hagas desnuda y luego eches el polvo de tu vida dentro del agua.

Puso los ojos en blanco.

—Franco, no tienes remedio.

—Enséñame a tenerlo.

—Está bien, ¡tú lo has querido!

La vi meditar dudosa unos segundos antes de decidirse a desenroscar el tapón de la botellita de agua que se estaba bebiendo y, ni corta ni perezosa, reencarnándose en Stewie Griffin de «Padre de familia», el bebé más malvado de la televisión quien vive obsesionado con hacer el mal, derramó todo el líquido del recipiente sobre mi cabeza, quedando completamente empapado a lo Carrie en ese instante concreto de la película en el que la protagonista, una adolescente telequinética, es bañada con sangre de cerdo.

—Joder, ¿te has vuelto loca? —balbuceé a duras penas, respirando con dificultad a través de los orificios nasales.

Sacudí la cabeza para retirar el exceso de agua del pelo.

—¡Ups…! Creo que me he dejado llevar por la emoción del momento… un impulso que…

Enderecé los hombros y me pasé la mano por la cara para retirar el agua sobrante.

Apuesto a que mi rostro fue todo un poema, pero no tanto como el suyo cuando abrió mucho los ojos, se puso roja como un tomate y salió a la carrera a mi grito de «¡Corre, Forrest, corre!» Y el chillido que pegó antes de echar a correr, fue del libro Guinness de los récords.

Estarás conmigo en que resultó bastante cómico ver cruzar todo el césped en sprint a un hombre trajeado de metro noventa y tres, empapado hasta las trancas tras una preciosa morena que daba saltitos como una rana, sin saber adónde ir ni dónde ocultarse y sin dejar de gritar a los cuatro vientos como si le estuviese persiguiendo un psicópata, motosierra en mano, rememorando la sangrienta «Matanza de Texas» y con muy malas pulgas. Y aunque a priori no tuviera muy clara la finalidad de lo que iba a hacer cuando la atrapara, mi preferencia era salir tras ella. Te prometo que lo único que sabía a ciencia cierta de todo ese embrollo era que me apetecía hacerlo, sin pensar más allá, ni en las consecuencias.

Pronto le di alcance y antes de que le diese tiempo de procesar que la tenía atrapada entre mis brazos, paralizándola en el sitio, le aparté un mechón que cubría uno de sus ojos azules.

—Todo acto tiene consecuencia, Alexandra Simmons —la amenacé sin dejar de sostenerla con fuerza.

—Franco Salvatore, ¡suéltame! —lloraba casi de la risa y se removía inquieta.

Temblaba. Noté su pecho subir y bajar con dificultad al estar encarcelado contra mi torso, la adrenalina recorriendo sus venas. Sus marcadas caderas acopladas a la perfección a mi pelvis. El nacimiento de mi repentina erección apretando con dureza en su bajo vientre. Su risa nerviosa respirando casi a través de mi aliento que exhalaba mi boca, eclipsándolo todo. Nuestras miradas se enredaron en una sola cuando le aparté un mechón que cubría uno de sus ojos.

Miré a sus jugosos labios sin ocultar el deseo de querer morderlos, lamerlos y besarlos hasta enrojecerlos y hasta que me suplicara que parara porque le escociera la piel.

—Alexandra, estate quie-te-ci-ta. No vas a ir a ninguna parte —diagnostiqué y la apreté aún más entre mis brazos y contra mi pecho. Además, he de incidir en que mis antebrazos la

abarcaban por completo y que no tenía opciones de huir. Ninguna. Era una cuestión de constitución física.

—Franco, ¡suéltame! —rio entre dientes, mezcla del inicio de un cabreo y de aguantarse una carcajada—. ¡No me obligues a recurrir a mis clases de defensa personal para liberarme!

—Ja, ja, ja. Te crees muy lista, ¿verdad? No me hagas reír, Principessa.

A más trataba de moverse, más la inmovilizaba, mucho más, como si mis brazos fuesen el musculoso cuerpo de un boa constrictor, esa especie de serpiente que estrangula a sus víctimas hasta la asfixia.

—JAMÁS subestimes la fuerza de una mujer —parafraseó.

Y acto seguido, respondió a sus amenazas obsequiándome con una llave con las piernas. Ni siquiera sé ni cómo lo hizo, pero hábilmente, en el tiempo que dura un chasquido de dedos, deslizó la pierna derecha alrededor de mi tobillo y cambió mi centro de gravedad, para cuando quise darme cuenta, había logrado desestabilizarme y hacerme caer de espaldas contra el suelo como un torpe saco de cemento.

Aprovechando que no paraba de reír, le di la vuelta sin casi esfuerzo, colocándome a horcajadas sobre ella, aplastándola por completo y maniatándole por las muñecas sobre la cabeza. Encajando mis caderas en las suyas y mi impetuosa erección en su bajo vientre.

—Y tú JAMÁS infravalores la terquedad de un Salvatore.

—¿Qué haces? ¿Cómo te atreves?

—Acabas de cabrearme como no recordaba que nadie lo hubiese conseguido antes y eso tiene un alto precio. Y te juro por Dios que no se paga con dinero.

Apreté más mis dedos alrededor de sus muñecas al igual que mi entrepierna en su sexo. Ese jueguecito me estaba poniendo muy cachondo.

—¡Franco Salvatore! —refunfuñó divertida—. ¡Quítate de encima de mí!

—Si te soy sincero, preferiría que fueses tú la que estuviese encima de mí, pero te prometo que eso será en otro momento.

Un par de gotas se deslizaron raudas por un mechón de mi pelo hasta la punta y luego lo vi caer al vacío hasta rebotar contra el vértice de su escandalosa boca. Mis ojos se centraron en ese punto, en esa boca temblorosa y entreabierta que buscaba a la desesperada una nueva bocanada de oxígeno que llevarse a los pulmones y en cómo se pasó la lengua por el labio para absorber esas gotitas sin ser consciente de las putas sensaciones que me estaba provocando a mi cuerpo en ese momento. Te juro por la *mia mamma* que esa fue la estampa más jodidamente sensual que había visto nunca. Una maldita tortura.

La respiración se me agitó de golpe. Verla así, debajo de mí, tendida sobre la hierba, con los mechones negros que se habían soltado del moño, revueltos y esparcidos a ambos lados de su cabeza y con el ribete de encaje rosa palo del sujetador asomando tímidamente por la obertura de la camiseta, estaba a punto de darme un puto infarto.

Había muchas mujeres guapas y *sexys*, pero Alexandra Simmons tenía esa belleza única, armoniosa y dulce que te dejaba atontado.

Salvaguardando los centímetros que nos separaban, la miré intensamente, ella no se quedó atrás. Calibré las opciones que no eran muchas pues la mirada que me devolvía era una invitación en toda regla, aunque a priori resultara un despropósito.

Tragué saliva.

—Franco Salvatore, no te pega nada esta escenita. Los dos tirados por el suelo. Jadeantes y siendo el centro de atención de todas las miradas.

Se echó a reír y su risa vibró en mis costillas.

—Alexandra Simmons, que sepas que no me lo estás poniendo nada fácil.

—¿Ah, no?

—No.

—El hombre de hielo, el implacable hombre de negocios. El individuo que debe tenerlo todo bajo control…

—Voy a besarte —le corté de golpe y se puso seria al instante.

Luego noté como se le aceleraron los latidos del corazón.

—No, no vas a hacer tal cosa —balbuceó mientras le entraba la risa floja. Luego se quedó en silencio tras darse cuenta de que no era un farol. Había llegado el puñetero momento, parecía dispuesta, receptiva.

Sus brillantes ojos azules que se habían oscurecido presa del deseo así lo manifestaban.

—No te lo estoy pidiendo.

La volví a mirar con intensidad, fijamente, antes de acercar mi boca a la suya y atrapar sus labios. Sus cálidos, jugosos y sensuales labios que lamí despacio. Los saboreé sin prisas y todo a nuestro alrededor desapareció cuando un firmamento de sensaciones flageló con ramalazos de placer por todo mi cuerpo.

Y de repente todo cobró sentido, siendo consciente de que era justo ella a quien había estado buscando, sin saberlo, todo ese tiempo.

24
Babel

(Alejandro González Iñárritu, 2006)

ALEXANDRA SIMMONS

—Explícamelo otra vez.

—Nicoletta, ya te lo he explicado tres veces con pelos y señales.

Abrí la puerta de la nevera y vertí la limonada en dos vasos de cristal. Le ofrecí uno a mi amiga que seguía con la boca abierta como un pececillo boqueando fuera del agua.

—Otra vez.

Solo le faltó dar unos saltitos emocionada como una niña pequeña al tiempo que regalaba unas palmadas al aire.

—Me besó. Nos besamos, pero no nos acostamos.

—No lo entiendo.

—Es simple. Una cosa es excluyente de la otra. No siempre debe de haber sexo.

—Oh, sí, nena, no te confundas, eso fluye… Surge solito cuando dos personas se gustan, se atraen físicamente y saltan fuegos artificiales cuando están juntas. Claro, a no ser que sufras alguna patología psicológica u hormonal, que no es el caso.

—Yo que sé, Nicol. A ver, no todo se trata de… de —¡Demonios! Me costaba hallar la expresión adecuada sin sonar soez—… ¡de meter el pajarito en el nido!

Nicoletta Ercolesi se echó a reír con ganas con la cabeza hacia atrás, dejando a la vista toda su dentadura, la lengua y hasta la campanilla. Y a puntito estuvo de caerse del taburete, suerte que se agarró al margen de la isla que sino otro gallo cantaría.

—Me troncho contigo, morena. En serio, no se puede ser más *fisna*. ¡Qué mona eres por *Dior*!

—¡Oye, no te cachondees de mí!

Arrugué el ceño, algo indignada.

—Jamás de los jamases.

Pero siguió partiéndose de la risa y yo me limité a dar un sorbo poniendo los ojos en blanco.

—Ey, ¿y qué pasa con el vaquero?

Tal y como me temía, Jake Maverick no tardaría en salir a la palestra.

—¿Qué pasa con él?

—Qué ¿qué pasa? ¿Me estás vacilando, cielo?

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—Que ha cruzado el charco para reconquistarte. Eso es lo que pasa. Ah, y que está perdidamente colgado de ti.

—Que yo sepa ha venido a Pienza en calidad de alguacil de su difunto padre. Nada más.

—Tía, ¿estás ciega o qué coño te pasa? Desde luego no hay peor ciego que el que no quiere ver.

La fulminé con la mirada. Sabía perfectamente por donde iban los tiros, pero preferí hacerme la tonta y salir por la tangente por si colaba.

—Entre Jake y yo ya no existe nada. Cero. Todo está muerto.

Maldita sea, no. No era del todo cierto, pero no me podía permitir sentir otra cosa distinta. Jake Maverick no me convenía, Franco Salvatore, sí. Y, por mi equilibrio emocional, debía ser objetiva conmigo misma y tomar la opción más práctica. Y por Luca, pues no podía permitirme el lujo de volver a equivocarme nunca más con un hombre. Desde que nació mi hijo, en la ecuación de las decisiones más relevantes en mi vida, ya no solo existía yo, ni era solo una, sino éramos dos.

Por otra parte, no nos engañemos, Jake Maverick era un quiero y no puedo. Mientras que Franco Salvatore era, puedo y me apetece.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente. Jake forma parte del pasado. Franco es mi presente.

—Claro, claro, mi niña. Aceptamos pulpo como animal de compañía y así te quedas tan ancha.

—Jake forma parte del pasado —reiteré algo molesta. Más para autoconvencerme a mí misma que a mi amiga—. Fin de la historia.

—¿Y piensas decirle que Luca es su hijo? Porque esta historia empieza a echar tufillo de lo lindo. Ya sabes lo que le mosqueó averiguar que le habías estado ocultando la verdad sobre tu identidad durante meses. Deberías simplificar las cosas y tomar al toro por los cuernos con un buen par de ovarios.

¡Maldita sea, sí! Acababa de formársemе un nudo en el estómago, tras el balazo directo en el corazón.

He de admitir que a veces Nicoletta me sacaba de mis casillas sin demasiado esfuerzo, aunque hiciera gala de ese toque cómico tan característico en sus palabras. Y esa era una de tantas.

—Aún no lo he decidido.

—¡¿Qué aún no lo has decidido?! —puso el grito en el cielo—. ¿Me tomas el pelo?

A Nicoletta la identificaban muchas cosas, entre ellas la espontaneidad y que soltaba tanto perlas como pestes por esa boquita de pitiminí. Resumiendo, decía lo primero que se le venía a la cabeza, sin filtros y al natural como una lata de mejillones en conserva. Y ni siquiera le importaba si hería o si sus palabras iban a calar en lo más profundo del otro. De hecho, puede que, en el fondo, ese fuese su propósito más primario. Y la verdad, conseguía su objetivo a las

mil maravillas. Algo que agradecía. Prefería que fuera transparente, que me dolieran sus palabras y me sacara de mis casillas, a que se callara y vivir en la más estúpida inopia.

—No es una decisión fácil.

—¿Hola? —me dio unos golpecitos en la cabeza—. ¿Hay alguien ahí? ¿Hoooola?

—¡Nicoletta! ¡Deja de hacer eso!

—No. No pienso dejar de ser la voz de tu conciencia a lo Pepito Grillo cada vez que veo que la vas a cagar. —Endureció el rostro—. Me niego, morena. Y mientras nos una bonita amistad, me veo en la obligación de avisarte cada vez que vas a estamparte contra un muro de hormigón.

—¿Has terminado?

—Noooo… Claro que no.

Me levanté del taburete para dejar mi vaso en el fregadero. Y también para tratar de desviar la conversación hacia otros derroteros. Así mataba dos pájaros de un tiro.

—Hace buen día, voy al parque con Luca. ¿Te vienes?

—Alex, cielo —suavizó el tono de sus palabras—. Hazte un favor y no la vuelvas a cagar. ¿No te das cuenta? ¿No lo ves?

—¿El qué?

—El destino parece haberos juntado de nuevo. No desaproveches la oportunidad de arreglar las cosas con Jake Maverick.

¡Auch! La rubia acababa de hundir el puñetero dedo en la llaga. Más clara no podía ser, aunque pecara de ser un pelín cruel.

Se levantó y se dirigió derechita hacia mí para rodearme con sus brazos.

—Medítalo, vale. Dime al menos que lo vas a consultar con la almohada. De momento me basta con eso.

—No te prometo nada, Nicol.

—Testaruda como una mula como el vaquero. ¡Me cachis! ¡Si es que sois tal para cual!

Me apretó con fuerza.

—He de irme —detallé al separarme y me colgué la mochila a la espalda. Esa que llevaba mil imprescindibles: una mantita de picnic lavable, un gorrito para protegerle del sol, botellita de agua, pañales, toallitas, cremas, un pequeño botiquín, por si las moscas.

—Sí, ahora toca disfrutar de tu hijo.

Nicoletta se hizo a un lado para dejarme espacio cuando quise cazar el móvil de encima de la repisa de mármol y guardarlo en el bolsillo interior de la mochila.

—Nos vemos para la comida.

Cogí a Luca en brazos y Nicoletta aprovechó ese instante para besarle en la cabecita y decirle que cuidara de mí. Si es que en el fondo la rubia era buena nena. La mejor amiga que una pudiera tener. Y confieso que me gustaba y que era enternecedor ese lado tan suyo de protectora, de estar siempre al pie del cañón, a las duras y a las maduras, aunque pudiera protegerme yo solita.

Como era previsible, le di al coco sobre el temita Jake Maverick durante todo el trayecto a pie de mi casa al parque infantil, mientras observaba meditabunda a Luca hacer figuritas en la arena, mientras le balanceaba el columpio, mientras se deslizaba por el tobogán, mientras dimos unas migas de pan a unas palomas que se acercaron temerosas a nuestro lado, mientras… ¡Diantres, sí! ¡Pensé en Jake Maverick en todos los puñeteros momentos!

El sonido de un mensaje entrante de wasap irrumpió de cuajo en mis pensamientos. Era de Franco. Era escueto, directo. Obvio, tal y como me explicó, su tiempo era oro y no podía permitirse el lujo de perder ni siquiera unos míseros céntimos.

Franco Salvatore
Te invito a comer.
12.36 P.M.

Buenos días,
Me pillas en el parque con mi hijo.
12.38 P.M.

Franco Salvatore
¿Al que está cerca de tu casa?
12.39 P.M.

Sí, ese mismo.
12.39 P.M.

Franco Salvatore
Perfetto, no os mováis de allí.
12.40 P.M.

Franco, ya nos íbamos…
Creo que sería mejor cambiar la comida por la cena.
12.41 P.M.

No solo no respondió a mi mensaje, ni me permitió rechazar la oferta, sino que en cero comas, dejó de estar en línea. Ver para creer. En serio, ir tan estresado por la vida, no debe ser muy saludable, ¿tú qué opinas?

Miré al cielo cuando una diminuta gota impactó contra mi mejilla. Parecía que el tiempo en ese rato tendía a cambiar, pues unas feas nubes grises se empeñaron en ocultar los rayos del sol, aunque todavía la temperatura era agradable. Saqué la chaquetilla de hilo azul que siempre llevaba en la bolsa de los «por si acaso» y se la puse a mi chiquitín. Le subí la cremallera hasta arriba, para prevenir un constipado pues en verano eso nunca está de más. Poco después empecé a recoger todo lo que estaba desperdigado por el arenal, la carretilla, el cubo, las palas y las piezas de plástico con las que, con bastante destreza, hacía las figuritas. Y por último y antes de

marcharnos de allí, envié un escueto wasap a Franco, informándole de que, los planes habían cambiado y que estábamos ya de regreso a casa.

—Hola, Nicol, ya hemos vuelto.

—Genial. —Oí su voz a lo lejos, proveniente del jardín—. Voy.

Mi amiga entró dentro, con una cestita de mimbre repleta de lavandas recién cortadas, inundándolo todo de un aroma delicioso. Olía a verano, a naturaleza y a relax. Dicen los entendidos que el olor de esa planta de espigas de flores azuladas al contener linalool tiene un efecto calmante similar al Valium. Y debe ser verdad, pues en numerosas ocasiones, al estar presente, parecía amansar a las fieras.

—Habrás cortado las más feúchas, ¿no?

—No. He escogido las más bonitas del jardín —ratificó.

—¡Nicoletta! —protesté dejando a Luca en el suelo para que fuera a construir con las piezas de LEGO.

Yo estaba al cuidado del jardín, de las plantas, de los hierbajos, del cloro de la piscina. Horas y horas de dedicación para que la casa estuviera cuidada, limpia y en plena armonía. Y Nicoletta parecía que todo mi esfuerzo se lo acabara de pasar por el forro.

—No te sulfures antes de tiempo, corazón, que todos sabemos que la arruga es bella pero no en la cara. Además, la ocasión lo merece, ya verás.

Depositó las flores en un jarrón de cristal lleno de agua y después lo dejó justo en el centro de la mesa.

—Ah, perfecto. ¿Y todo ese secretismo?

Me crucé de brazos.

—Lo sabrás a su debido momento.

—Nicoletta Ercolessi.

—Alexandra Simmons.

Reparé en que se había puesto el vestido rojo de lunares monísimo y cortísimo y calzado las sandalias negras de taconazo de Christian Louboutin, esas que se compró en la 5th Avenida de Nueva York la última vez que fuimos juntas de tiendas.

—¿Y ese atuendo tan ideal para estar por casa? ¿Qué pasa, acaso viene a comer el Papa y debemos ponernos de punto en blanco?

Meditó unos segundos sin dejar de arrugar la nariz.

—Bueno, si cambias la pronunciación del sustantivo papa y le colocas una tilde… Entonces, sí, puede decirse que sí que viene el Papa a comer.

Al darme cuenta de la trascendencia de sus palabras, se me secó la garganta por momentos. Papa… paaa-pa… papá con acento. ¡Papá de Luca! ¡¡Jake Maverick!!

—Estás de coña, ¿verdad?

—Pues no.

Me sonrió la muy cabrona en plan, soy tan buena que no me beso en la cara porque no me llego y luego se reclinó un poquito para oler bien las flores.

—Jake Maverick no va a pisar esta casa.

—Ya.

—Sobre mi cadáver.

—Ya.

Me soltó una sonrisita de «Ya puedes llorar, patalear, ponerte frenética, que en el fondo lo que estás diciendo, no te lo crees ni tú».

—Nicoletta Ercolessi —me acerqué a ella y le cogí de los brazos—, estoy hablando en serio. Él no va a comer con nosotras, ¡está Luca, maldita sea!

—No te quejes y dame las gracias. Así tienes un buen pretexto para contarle que hace dos años se os olvidó ponerle la fundita a la recortada para que no se le escaparan los juguetones perdigones.

—Ayyyy… ¡Yo te mato, TE-MA-TO!

Me llevé las manos a la cabeza histérica, presa del pánico y a puntito de darme un jamacuco.

—¡Llámale, cancela esta mierda! ¡Ya!

Y en ese preciso instante el timbre de la entrada sonó tres veces.

—¡Oh, por Dios! ¡Va a darme un ataque al corazón! ¡Mira, lo noto aquí! ¡Aquí! ¡Un dolor fuerte y aplastante! —señalé repetidas veces a mi pecho izquierdo—. Mira, mira, y también siento un hormigueo en este brazo. ¡No puedo respirar… me ahogo…!

—Alex, pero qué cuentista estás hecha. Venga, concéntrate en respirar despacio que al final sí que vas a provocarte uno. Además, para tu info, el brazo que avisa de un infarto es el izquierdo, no el derecho. Así que deja de hacer teatrillo del barato y ponte guapa mientras yo abro la puerta y recibo a los invitados.

—¿Invitados? ¿En plural?

—*Yes.*

—Ves escribiendo lo que quieres que lea en el sepelio de tu funeral.

—No antes de ti, cielo.

Se rio burlona y antes de encaminarse al recibidor, me dio un cachete en la nalga.

—Andando, morena. El vestido palabra de honor con volantes en el pecho y falda con estampado de estrellitas de fondo blanco, será perfecto.

—Se te ha ido la pinza… pero de todas, todas.

—Corre, sube y cámbiate rápido y ya me lo agradecerás más tarde, que con esas pintas pareces acabadita de salir del rodaje de *La, La, Land* y no de la versión moderna de Diane Lane protagonizando *Infiel*.

Sonrió satisfecha por su graciosa ocurrencia y yo tras resoplar con agravio, no tuve más remedio que huir a la segunda planta y hacer caso a pies juntillas a los mandatos de mi alocada rubia. Las pulsaciones se me habían disparado como si acabara de competir en los 100 metros

lisos contra la plusmarquista Florence Griffith-Joyner, mejorando su marca mundial de 10,40 segundos en Indianápolis en 1988 en categoría femenina.

Me encerré en la habitación y me permití unos segundos para ordenar los pensamientos de mi mente que no cesaban en bombardear la cabeza y recé porque se ralentizaran los latidos de mi corazón que sentía vibrantes y palpitantes en el cuello como un conejito bocabajo cogido por las patas antes de ser degollado.

Me mordí la cara interior de la mejilla, *atacá*, al caer en la cuenta de que iban a juntarse el hambre con las ganas de comer: Jake Maverick y Franco Salvatore. Juntos, en unos metros cuadrados, sin avisarles, cuando todo el mundo estaba al corriente de que se odiaban y que no desaprovecharían la ocasión para joderse el uno al otro.

¡Dios mío! Pero, ¿qué había hecho yo para merecer esto? ¿Tan mala persona había sido en vidas anteriores y ahora debía pagar con creces todas mis fechorías?

Deslicé la puerta corredera a la mitad para que entrara un poco de aire fresco. Necesitaba respirar. Cerré los ojos. Inspiré hondo. Una, dos, tres veces, hasta que me vino una idea a la mente. No brillante pero sí cogida por las pinzas y que podía salvarme el culo, al menos por el momento.

Con celeridad telefoneé a Marco Carusso, el panadero/niñero/salvador y le pedí o más bien, le supliqué que viniera a mi casa e interpretara el papelón de su vida. Que le necesitaba y que ya acordaríamos la forma en cómo le pagaría ese gran favor.

—Ya te hablé del padre de Luca.

—Sí, el tejano.

—El mismo. Y está aquí. Y necesito que por unas horas te hagas pasar por el padre de mi hijo.

—Alexandra, pero, ¿por qué?

—No hagas preguntas, por favor. Tú hazlo. No hay tiempo que perder en explicaciones.

—Entonces, ¿qué representa? ¿Qué tú y yo hemos follado?

—No, no… es más simple que todo eso. Fingirás ser el padre soltero que alquila la habitación de invitados del piso de arriba. El que convive conmigo porque es más económico y porque a mí me va bien para compartir gastos. Así será más fácil simular que Luca no es hijo mío.

El panadero se quedó en silencio y eso solo podía significar una sola cosa: que estaba pensando en echarse atrás. Y a mí estuvo a puntito de llevarme los demonios.

«¡No, no, noooo…!».

—¿Y si Luca te llama mamá?

—Pues, improvisaremos. No sé, como llevamos tiempo conviviendo juntos y no tiene madre, pues a veces me llama así. Sin darle más importancia.

—No sé si colará.

—Marco, te lo ruego. De verdad, no te lo pediría si no estuviera tan desesperada. Jake Maverick está a punto de presentarse en mi casa. Así que, por favor, por favor, por favor.

Me llevé la mano en el pecho, otra vez esa fuerte opresión, justo en medio, entre el hueco de las costillas.

—Está bien. Lo haré. Pero con una condición.

—La que me pidas.

—Lo haré por la amistad que nos une y porque me debes una cita. Ya sabes, cena, copa, baile.

Solté el aire con alivio. En el fondo no tenía muy claro que iba a salir de todo ese embrollo, nada claro, o quizás ganar algo de tiempo. No lo sabía, pero eso era lo de menos.

—Claro, cuando quieras. Sin problema.

—Hecho, voy para allí.

—Gracias, de corazón. Acabas de salvarme la vida.

—Ah, y aunque te sepa mal, quiero que sepas que pienso que el padre de la criatura debería saber la verdad.

¡Diablos! No salí en mi defensa, ni le rebatí nada, ni siquiera le respondí, sino que me quedé en completo silencio. Otro con la dichosa cantinela, igualito a Nicoletta. Me masajeé la sien, al borde del agotamiento mental. Llegado el momento, ya habría tiempo para afrontar la realidad, o el arrepentimiento, o las mil excusas, qué se yo. Mientras no me pillara en otra mentira.

Desde luego no le resto verdad al dicho de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, dejando constancia de que una servidora no aprendía con la experiencia, ni a base de palos. Y que me iba la marcha y los deportes extremos.

—Venga, dejo lo que estoy haciendo y no tardo nada en llegar.

Definitivamente acababa de activar una bomba de relojería y que, con la mala suerte que me precedía, aún sin determinar el alcance de la expansión ni los efectos colaterales, estaba segura que iba a explotarme en la puñetera cara.

¡Tic, tac! ¡Tic, tac! ¡Boom!

Llegado el caso, ya miraría de volver a encajar los trocitos rotos esparcidos por mi dilapidada conciencia. Así que, sin más preámbulos, me vestí de forma autómata y en tiempo récord con el vestido que me había aconsejado Nicoletta, más que nada para no pararme a pensar demasiado en escoger entre todos los del armario ropero. Me maquillé en tonos suaves y me calcé unas manoletinas turquesas. Iba a recogerme el pelo en una coleta cuando oí a Nicoletta llamarme desde el hueco de la escalera.

—¡Aaaalex! ¡Visitaaaa…!

Entre tú y yo, te juro que los nervios no desaparecían, al revés, ahora habían descendido a las tripas, zarandeándolas, las cuales no cesaban de emitir ruiditos extraños que casi parecían cacofonías del más allá. Seamos sinceros, mientras no fuesen caquitas… ¿No te ha pasado alguna vez que, de tantos nervios acumulados, tu sistema digestivo se desequilibra y tienes unas ganas irrefrenables de ir al lavabo? ¿Más concretamente de hacer diarrea?

Había llegado el momento, no tenía escapatoria, me hallaba en un callejón sin salida.

Inspiré hondo para darme ánimos a mí misma antes de salir de la habitación. Luego descendí las escaleras lentamente y lo primero que vi fue a Luca y a Dakota Maverick tirada en el suelo y ayudando a lanzar coches por la rampa del parking infantil Molto con el que mi hijo solía divertirse durante horas y horas, simulando que los lavaba en la estación de servicio, que repostaba con la manguera echándoles gasolina y también que daba a la manivela con esos regordetes deditos para que ascendieran en el ascensor a la última planta.

¿Cóooomo? ¿Dakota Maverick? ¡Oh, Santo Dios! ¿Ella también estaba en Pienza?

—Nicoletta… No me habías dicho que… no tenía ni idea de que…

La niña nada más verme gritó mi nombre y se abalanzó sobre mí, rodeándome la cintura con los brazos y apretando la cabeza en mi pecho. ¡Madre mía, cuánto había crecido en este tiempo!

Sentí como las lágrimas se descontrolaban y me impedían ver con claridad más allá de la punta de mi nariz.

—¡Alex! ¡Te he echado mucho de menos! ¡Mucho, mucho, muchísimo!

—Yo también, mi vida, yo también.

Fue lo único con sentido que pude articular, la congoja y el nudo que se me había formado en la garganta me impedían expresar nada más. El corazón me dolía de lo rápido que me latía detrás de las costillas. Durante bastante tiempo me pregunté cuánto había tardado Dakota en olvidarme, ahora supe la verdad: nunca. Al igual que yo. Siempre la tuve en mi mente, siempre. Solo que, pacté conmigo misma y con todo mi pesar, dejar de tener contacto con ella para evitar hacerle más daño.

Sin lugar a dudas, Dakota fue uno de esos devastadores daños colaterales de nuestra relación.

—¡Sorpreeeeesa! —chilló Nicoletta uniéndose a nosotras para arroparnos a ambas en un abrazo conmovedor, de esos de verdad, de los que te arrancan jadeos. Un abrazo a tres bandas.

¡Madre mía, madre mía, madre mía…!

Cómo había echado de menos a esa enana, a su deslenguada verborrea y a sus increíbles estrujones colmados de ternura. Había echado de menos saber de ella, de cómo le iban las clases, de si se había reconciliado con su amiga Phoebe Geller, de si había aprendido a montar a caballo y a ordeñar una vaca, de si lo había pasado mal al perder a su abuelo. Y me inundó un sentimiento de melancolía al no haber estado allí, a su lado, consolándola.

Jake, Dakota y Thomas habían sido mi familia durante meses.

Tuve que obligarme a separarme de ellas y sostener a Dakota por los hombros, inclinar la cabeza y limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano para mirarla directamente a los ojos, tocarle la cara, acariciar una de sus trenzas, retirarle un mechón de la cara con cariño y descartar que estaba ante los efectos de un sueño.

¡Y no lo estaba, era real y estaba allí, en ese preciso instante!

—Mírate, pero cuánto has crecido, si estás hecha toda una mujercita —hipé medio sonriendo medio llorando mientras sorbía por la nariz con aspereza y todo el rímel se iba a la mierda. Había

desaparecido de su vida sin despedirme, así, a la brava, sin opciones ni replicas y eso, eso me partió el alma en dos—. ¿Desde cuándo no ceceas?

—Desde hace relativamente poco. Le ha costado su trabajo, pero al final lo ha conseguido. —Jake se giró hacia mí, se me cortó el aliento y creo que hasta se me transformó el gesto—. Dakota Maverick es toda una campeona.

Su presencia no me era indiferente, al contrario. Siempre alteraba todas mis terminaciones nerviosas, para bien o para mal. Decir que estaba guapísimo a rabiar, era quedarse corta; con ese pelo negro de ondas naturales algo húmedo y más largo de lo habitual, echado hacia atrás, despejando su rostro, como si se acabara de pegar una ducha, dando todo el protagonismo a sus increíbles ojos azules y a sus perfectas cejas. Ni qué decir de esa mandíbula angulosa que ocultaba ese hoyuelo tan *sexy* que partía la barbilla y que había dibujado cientos de veces en mi recuerdo.

Solté el aire que contenía en mis pulmones antes de que se acercara a mí, vestido con unos tejanos desgastados, una camisa negra de cuadros arremangada por debajo de los codos, sin abotonar, por encima de una básica camiseta blanca de manga corta, marcando un *look* muy juvenil y atrevido que encajaba a la perfección con su yo más pícaro y algo gamberro, ese que me había vuelto tan loca en el pasado.

—Toma.

—Yo… yo, yo no… debería…

Miré al vaquero dudosa sopesando si aceptar o no el ramillete de Amaryllis cuándo este me hizo entrega y el olor dulzón tan característico a vainilla capturó nuestro escaso metro cuadrado. Observé a la planta bulbosa y elegante, coronada por cuatro flores rojas en forma de trompeta. Verlas me devolvió a viejos recuerdos, esos en los que por primera vez pisé la cabaña de piedra del rancho de Bandera, esa de la que me enamoré a primera vista, casi en el mismo instante que de él; de ambos.

Al aceptarlas, Jake dio un paso firme hacia adelante, acortando peligrosamente las distancias para plantarme un dulce beso en la mejilla y deslizar la suya rozando sutilmente mi piel para acabar susurrándome al oído:

—Estás preciosa, te sienta bien vivir en Pienza.

Cerré los ojos cuando los pelillos de su barba cosquillearon uno de mis lóbulos. Su voz grave y profunda me erizó el bello de todo mi cuerpo y el olor de su perfume a notas de sándalo, un aroma cálido, cautivante y muy sensual unido al que emanaba de su propia piel y que, por desgracia, reconocería a leguas, consiguió una vez más, perturbar todos mis sentidos; volverlos del revés.

¡Maldito seas, Jake Maverick!

Como de costumbre, el vaquero de ojos grises no me lo estaba poniendo nada fácil. Es más, por un segundo creí que el corazón se me había parado, literal. Pero no… Palpé mi cuello con la yema de los dedos. ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! Parecía seguir bombeando sangre por las arterias.

—Y a ti el haber estado dos años sin mí.

Contraataqué, poniéndome en tensión y di un gran paso atrás de puro instinto protector. Él no dijo nada. Mejor. Mucho mejor.

Me negaba en redondo a caer de nuevo en sus redes de seducción. Sabía que, si bajaba la guardia, si me mostraba receptiva a sus acciones, volvería a caer a plomo en sus brazos, estando completamente a su merced, desubicada y perdida. Y eso… eso, ¡no podía permitirlo bajo ningún concepto!

Mi vida era perfecta sin él. ¡Dos años habían dado para mucho! Me había costado asumir la pérdida, el pasar las noches en vela, llorando hasta secarme por dentro, el no esperarle, el seguir adelante, pasito a pasito. Caer y levantarme. Una y otra vez. ¡Arriba!

Y lo más importante, ahora cuando ya empezaba a ser feliz o por lo menos todo lo feliz que una puede llegar a ser separada a la fuerza de la persona de la que está enamorada, no podía permitirme retroceder, desestabilizar lo que tanto me había costado lograr, desvirtuar toda mi realidad; volver al punto de partida que tanto me había hecho sufrir.

—Apuesto a que has tenido que remover cielo y tierra para encontrarlas en La Toscana.

—Solo un par de piernas fracturadas y varios dientes rotos. Nada grave que dictamine mi inminente ingreso en prisión.

Señor…

Enarqué una ceja perfecta y juro que Jake estuvo a puntito de arrancarme una carcajada por su ocurrencia macarra; me costó, pero me contuve. Él y su célebre humor ácido. El vaquero parecía haberse levantado guasón. Ya veríamos si destilaba el mismo buen humor cuando apareciera en escena el controvertido Franco Salvatore; quien se había convertido de la noche a la mañana en su particular grano en el culo.

Le di la espalda y eché a andar hacia la cocina en busca de un jarrón para poner las flores en agua como excusa, consciente de que él no me quitaba el ojo de encima.

—¿Cerveza, vaquero?

Oí decir a Nicoletta mientras le tendía una botella fresquita de Bifrons, negra y de sabor intenso como sabía que le gustaban a él.

—Gracias, Nicol.

—No hay de qué.

Volví al comedor, Dakota no dejaba de achuchar a Luca mientras le decía lo mono que era. Al ser hija única, desconocía esa faceta suya tan bonita, la que le gustaban los niños pequeños. Empatizar con ellos, demostraba lo sensible que era.

En aquel momento hice acopio de toda la serenidad de la que fui capaz cuando Jake preguntó por él.

—¿Y el niño?

—El niño es del chico que me alquila la habitación de invitados, la de la segunda planta. —Me rasqué la punta de la nariz sin darme cuenta, soltándolo antes de que Nicoletta la cagara

declarándole que era NUESTRO hijo—. Marco Carusso. Se llama así y no creo que tardes en conocerle, está a punto de llegar. Es panadero.

Sonreí con los labios apretados, con las manos a la espalda y un ligero balanceo en los pies. Preguntándome durante cuánto tiempo más podría mantener oculta la verdad.

—¿Alexandra Caroline Simmons convive con un hombre?

Me miró patidifuso, sabedor de que no me caracterizaba precisamente por ser de saque una mujer confiada con el género masculino. ¿Era eso, Jake Maverick? ¿O más bien el reflejo de una punzadita de celos en el pecho?

—Sí, convivimos juntos —le remarqué para que no hubiese un ápice de duda—. Le cobro algo simbólico, contribuye en los gastos y además me ayuda en los quehaceres de la casa —enumeré toda digna, creyéndome a pies juntillas la historia que me acababa de inventar—. ¡Todo un chollazo! Y es limpio. Muy limpito. Y… no trae ligues a casa y…

—Limpito… ¿y le haces de niñera? —me interrumpió de sopetón.

—No vayas por ahí, vaquero que ya nos conocemos. Él no es ningún chupóptero interesado. Es un buen chico y además nos hacemos favores mutuamente —quise hurgar en lo que más le doliera: el ego masculino. Ese que solía salir al ruedo, cuando uno menos se lo espera, cuando otro hombre invade el que por derecho crees tu territorio, alguien de tu pertenencia, en este caso a una servidora.

—Favores mutuamente —repitió como un lorito—. Mientras no actúes de alma caritativa y se los pagues en especie.

La conversación estaba alcanzando el nivel máximo de tensión, esta se palpaba en el ambiente. Densa, cortante, extemporánea.

Apreté los dientes.

—¿Y de ser así? ¿Qué problema habría?

—Todos.

—¿En serio? ¿Cuáles?

—¿Le conoces bien? ¿Has investigado sobre su pasado? ¿Sabes si tiene multas de aparcamiento, antecedentes penales? ¿Ha estado en la cárcel? ¿Trafica con drogas? ¿Se ha escapado de un psiquiátrico? ¿Has notado si es maníaco depresivo? ¿Le has visto comportarse de forma extraña? Que sepas que más de 140 millones de personas en el mundo sufren de trastorno bipolar, el cual a veces es complicado de detectar.

Puse una mano en jarras, esta vez algo muy molesta, oyendo la sarta de sandeces que estaba soltando por la boca, hasta que no pude más.

—Eyyy, sooo vaquero, para el carro…

¡Abrase visto!

¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Un maldito interrogatorio? ¿Enfundándose en La Inquisición española? Te prometo que estuve a puntito de rebasar la delgada línea de ser la cordialidad personificada y ser educada, a mandarle directamente a la mierda.

«Jake Maverick, no te confundas. Entre tú y yo, ya no hay nada. No somos nada. Y no tienes ningún derecho a hacerme según qué preguntas. Y si te pica la punta de la lengua y tienes ganas de soltarlo por esa boquita, ¡te la muerdes!».

—Me declaro inocente, señoría.

Levanté la mano como si estuviera ante un tribunal y en clave de mofa.

—¡Alexandra, no te lo tomes a guasa! Estoy hablando en serio.

—¿Y cómo quieres que me lo tome?

—Con cabeza.

—¡Uf, Jake! Te recuerdo que soy mayorcita y que hace dos años que me cuido solita a la fuerza. Así que, si lo que quieres es volver a mi vida en calidad de amigo, empieza la casa por los cimientos y olvídate de inmiscuirte en mis cosas, en mis mierdas. No metas las narices en cosas que no te incumben. ¡Jamás!

—Por favor, haya paz, señoras y señores. Haya paz…

Por suerte para Jake, Nicoletta intervino en el mejor momento, colocándose estratégicamente en medio de ambos, cuando el ambiente estaba más caldeado y antes de que yo liberara el sunami que se estaba formando en mi interior, estallara y la sangre no llegara al río.

—A ver si voy a tener que castigaros como cuando éramos unos críos. Tú Jake, de pie y contra la pared y sujetando libros a ambas manos hasta nueva orden. Y tú, Alex, escribirás mil veces: «Voy a comportarme como una buena anfitriona y no como una *viejoven* amargada».

—¡Nicoletta! —ladré—. ¿De qué parte estás?

—De la parte de: ¡A comeeeeer!

Jake no pudo evitar soltar una carcajada sonora, aunque tratara por todos los medios en disimular, ser cruel o lanzar más leña al fuego. Pero yo, en vez de desinflarme como un globo y procurar calmarme por su comentario fuera de lugar, sentí que me irritaba muchísimo más.

El timbre sonó y fui a abrir. Preferí marcharme del lado de esos dos que parecían haberse puesto de acuerdo para conspirar en contra de mí y amargarme la existencia. Abrí. Era Marco Carusso con una bolsa de papel entre las manos. Olía a pan recién horneado.

—¡Qué cabeza la mía! Se me han olvidado las llaves —argumentó el panadero guiñándome el ojo de forma exagerada y metiéndose de lleno en su papel acordado.

—Si las has perdido te haré un juego nuevo.

El vaquero que no nos quitaba el ojo de encima siguió a varios metros de distancia toda la conversación, esperando el momento de la presentación.

—Jake Maverick, él es Marco Carusso. Marco Carusso, él es Jake Maverick.

Los presenté y como manda los protocolos, se dieron un fuerte apretón de manos.

—*Incantato.*

—Lo mismo digo.

—¿Sabes? He oído hablar mucho de ti últimamente.

—¿En serio?

—Debes ser por lo menos *trending topic* en Twitter.

Abrí mucho los ojos y pestañeé repetidas veces.

—Sí, a todas horas.

Sin que Jake me viera, le hice un gesto con la mano al italiano como de cortar el cuello para que dejara de decir esas cosas. ¿Qué pretendía?

—¿Y qué se comenta?

—Maverick por aquí, Maverick por allí. Nada grave ni vergonzoso.

—¡Marco Carusso!

Iba a cogerle de la camisa y llevármelo a otro lado cuando se echó a reír al ver mi cara de circunstancias.

—*Era un piccolo scherzo*.

—*Scherzo?*

—Broma, dice que ha sido una pequeña broma —le traduje a Jake.

—Vamos, desestrésate, Alexandra, que solo es lunes —pronunció jactancioso mientras colocaba sin mi consentimiento sus enormes manazas en mis cervicales y ejercía una presión fuerte y circular con los pulgares.

A los pocos segundos nos abandonó y echó a andar hacia Luca y Dakota. Se agachó para dar un beso a mi hijo, hacerle un par de carantoñas y presentarse a la niña antes de hacerle cosquillas sin su autorización. Toda una escena super tierna que derrumbaría cualquier duda sobre su paternidad y que era un tipo al que le gustaban los críos.

—Joder, con amigos así, quién necesita enemigos.

Alcé ambas cejas y bufé. Al muy capullo le faltó tiempo para soltar eso, picándome. Vamos, que le salió del alma; se quedó hueco.

—Cuidado con los graciosillos de turno, a este tipo de chiflados simpáticos suele costar más ver por qué pie cojean.

—Ah, ¿Y eso lo sabes por experiencia propia, Jake? —ironicé como si acabara de atar cabos.

—No sé, dímelo tú.

El timbre sonó por tercera vez consecutiva ese mediodía del mes de septiembre. Mi casa parecía haberse convertido en el coño de la Bernarda o en uno de los episodios en la residencia de los Walsh de la mítica serie de Beberly Hills 90210, donde no cesaban de recibir visitas y en donde se dieron numerosas conversaciones al pie de la escalera, entre otras peculiaridades.

Abrí la puerta.

—*Buongiorno,* Principessa.

«Éramos pocos y… ¡parió la abuela!».

Franco Salvatore me besó en los labios. Fue un beso casto pero cargado de mucho simbolismo. Ese de comunicar a los allí presentes, sobre todo a Jake, que habíamos dado un nuevo paso en la relación de amistad/colegas empresariales.

—*Per te.*

Me hizo entrega de una rosa roja, solo una, pero preciosa. Tan roja y elegante que llamaba la atención por sí sola. Un verdadero placer para la vista y para el olfato.

—Una flor para una flor.

—¡Oh, gracias! —La olí, desprendía un aroma muy agradable—. Gracias, Franco. Es mi flor favorita.

—Lo sé. Es la prueba de que siempre te escucho, preciosa.

Sonreí. Acarició mi cara y me besó de nuevo en los labios. Cerré los ojos. Esta vez fue un beso más largo, pero suave y bastante sensual. Abrió mi boca con la suya y lamió mi lengua de forma lánguida y calmada. Yo le respondí de la misma forma, lenta. Saboreando el instante en una conexión muy íntima. Tanto que no me percaté que Jake se había ido de nuestro lado, dejándonos a solas.

—Me vuelves loco, Alexandra —me mordió suavemente el labio inferior mientras acariciaba mi cuello y presionó su cuerpo contra el mío. Sentí su erección contra mi vientre— haces que pierda los papeles y eso no puede ser bueno.

Sonreí en su boca.

—La culpa es tuya. Besas muy bien, yo solo me dejo llevar.

—La práctica hace al maestro. Y si tú quieres, puedo ser un mentor muy aplicado.

Esa declaración de intenciones en toda regla, sonó mucho más *sexy* en su boca de lo que nunca hubiera imaginado.

—¡Todo el mundo a la mesa, a comeeer! —gritó la rubia de forma simpática desde el salón para que su voz se expandiera por todos los recovecos de la casa al tiempo que se oían dar unos golpecitos en una copa con un cubierto de metal—. ¡Si la pasta se enfría se volverá blandurria y luego no hay guapo que se la coma!

—¡Yujuuuu!

Dakota salió escopeteada hacia la cocina, como si hubiese ayunado durante años y estuviese desfallecida. Marco puso a Luca en la trona y yo mientras los chicos, es decir, Franco y Jake decidían qué lugar ocupar en la mesa, me ausenté unos segundos para ir al cuarto de baño, humedecerme la nuca y la frente, apoyar las manos en la pica y mirarme al espejo para infundirme ánimos.

—Vamos, morena, no puede ser tan difícil. Lo harás bien. Jake no va a darse cuenta que Luca es su hijo, Franco no va a matar a Jake, Marco va a hacer el papelón de su vida y Nicolleta va a respetar tu decisión de mantenerlo todo en secreto.

Inspiré hondo y asentí. No me quedaba otra…

Optaba a dos finales alternativos. El primero, que todo iba a ir rodado y a salir de fábula. Y el segundo, que todo iba salir de puta pena y se iba a destapar el suculento pastel.

Entré en el salón, el ambiente estaba algo viciado de un olor muy agradable de tanta mezcla de perfume y fragancia de las lavandas, las amaryllis y la rosa. Enseguida se me aceleró de nuevo el

corazón. Verlos a todos ahí, rodeando la mesa, charlando animadamente mientras me esperaban para emplatar los *pansotti* y empezar a comer, me robó una sonrisa, una enorme.

Cogí aire.

Los miré uno a uno, a Luca, a Nicoletta, a Jake, a Dakota, a Marco y a Franco y las pulsaciones se me dispararon a lo loco. La imagen que me regaló la retina fue de lo más enternecedora, esa que proyectaba la de una familia.

Una familia feliz…

25
La cena de los idiotas

(Francis Veber, 1998)

JAKE MAVERICK

—Aquí, morena —palmeé la silla que quedaba libre entre el estirado de Franco Salvatore y yo —. No te lo pienses dos veces.

La vi morderse el carrillo, típico gesto que hacía sin darse cuenta cuando estaba indecisa y lo hizo tras dudar durante varios segundos. Luego se sentó en medio de nosotros, con la espalda erguida como una vara de nardo, las manos apoyadas en los muslos y los dedos tamborileando las rodillas. Estaba nerviosa, taciturna. En absoluto estaba a gusto en su propio habitad, hasta un ciego sería capaz de verlo.

Mi dedos resbalaron hacia una de sus manos por debajo de la mesa. La coloqué encima de la suya con firmeza para que dejara de hacer eso, me estaba poniendo frenético.

—Oye, tranquilízate.

Me miró. Noté como se le cortó el aliento de cuajo y luego me fulminó con la mirada antes de dar un tirón para liberarse de mi agarre.

—Oye, tú. Si no es mucho pedir, limítate a ocuparte de tus cosas y deja de inmiscuirte en la de los demás —se acercó un poco a mí y susurró bajito para que solo lo oyera yo.

—*Okey*, morena, lo retiro.

Alcé ambas palmas en señal de rendición. Estaba claro que el rencor puede ser un arma de doble filo y Alexandra no parecía querer darme ninguna tregua. Sabía que le había hecho mucho daño en el pasado, pero ¡qué me aspen! Todo el mundo tiene derecho a la redención, ¿verdad?

Nicoletta me ofreció la fuente de la comida y señaló con el dedo donde estaba la salsa y el queso.

—Gracias, Nicol, tiene buena pinta.

Me puse una generosa cantidad de pasta en el plato.

—Y están para chuparse los dedos.

—Apuesto a que sí.

—Y sino, miénteme o no titubearé en cortártelos —se rio con ganas.

Joder con la rubia.

—¿Qué son?

—*Fetuccini allá puttanesca.*

—¿*Fetuccini allá* qué?

Puse mi mejor jeta de póker, sintiendo de lleno mi alto grado de mi ignorancia en la cocina italiana. Imagino que cada cual es maestrillo en la cocina de su región y fuera de ella, es un completo paleto. O así me sentí yo.

—Maverick, a la *puttanesca*. Como su nombre bien indica, proviene de las prostitutas de Nápoles, quienes preparaban la receta entre cliente y cliente para retomar fuerzas. Según cuentan, lo hacían con lo primero que encontraban en la despensa: ajo, tomate, aceite de oliva virgen, anchoas en salmuera, guindillas secas.

—¡Nicoletta, has dicho un taco! —saltó Dakota desde el otro lado de la mesa—. Debes pagar la multa: un dólar de plata.

—*Vabbè, mia madre!* ¡Cómo ha subido el IPC en dos años! Vas derechita a presidencia de Texas.

La niña sonrió con suficiencia y Jake no tardó en sermonearla.

—Dakota, ya hemos hablado de eso. En casa de Alexandra es territorio neutral. Como los pisos francos en un combate bélico, ¿recuerdas?

—Pero, papi… —puso su mejor cara de perrito abandonado.

—No pasa nada, vaquero.

Nicoletta se levantó, buscó una moneda en su bolso y se la entregó a mi hija.

—Toma, un euro.

—¡Guau, cómo mola!

—¿Nunca has visto uno?

—Aún no.

La rubia sonrió y buscó un par de billetes que unió a la moneda.

—Un billete de cinco y otro de diez.

—¿Son para mí?

—No, Dakota —le insté—. No vas a aceptar tanto dinero.

—Pero papiiii… mira, son muy monos.

Los ondeó al aire como si se trataran de la bandera de la nación y luego me miró a través de ellos para comprobar que no eran traslúcidos.

—He dicho que no, jovencita. Y no empieces a poner morritos y abusar del chantaje emocional que ya nos conocemos.

Abrió mucho los ojos sorprendida. Esa no se la esperaba. Que fuera asimilando que la improvisación tenía su aquél.

—Pero… jolín…

—¡Dakota esa boquita!

—Jolín es joder en pequeñito, no llega siquiera a ser palabrota, en todo caso sería *palabrotilla* —citó perspicaz, pero no le sirvió de nada. Más sabe el diablo por viejo que por diablo y así se lo

demostré.

—En todo caso y para ser justos, voy a medio castigarte —propuse sin recular un ápice—. ¿Qué te parece?

—¡Jolín! —lo gritó esta vez con más énfasis y después se cruzó de brazos, malhumorada.

—Jolín… jolín… jolín…

¡Ver para creer! Luca acababa de unirse a la conversación, imitando a Dakota con su peculiar vocecilla de dibujos animados, media cara embadurnada en salsa y, clavando el tenedor en el plato como si estuviera a punto de trinchar el pavo de Acción de Gracia, mientras hacía malabares para amontonar la pasta y llevársela a la boca.

Imagina el escenario, por favor. Yo tratando de amonestar a mi hija para que midiera su lenguaje en la mesa. El tenedor de Luca raspando el plato al grito de «jolín» como si se tratara de un disco rayado. Marco, su padre, pasando del temita y eso que lo tenía justo a su izquierda. Nicoletta, mondándose de la risa casi tirada por los suelos. Franco limitándose a ser un mero espectador sin participar en nada y Alexandra, bueno ella fue la más activa de todos, levantándose de la silla como un resorte, corriendo al lado del niño como una ligera gacela, limpiándole la cara de chorretones con una destreza sin igual y diciéndole no sé qué cosa al oído y este, como por arte de magia, calmarse al instante.

¿Qué cojones había ocurrido? Camuflé una sonrisa al darme cuenta de que en esa casa había gato encerrado, algo que quizás me hubiese pasado por alto si la morena después de desplegar ese alarde de atención hacia un hijo que no era el suyo, le diera un beso en el pelo. Ojo, no me malinterpretes, lo que trato de explicar es que puedes tenerle cierto cariño al hijo de otro cuando convives 24/7 en tu casa; que al cabo del tiempo se crean lazos afectivos más allá de una simple amistad. Pero ese beso, esos ojitos cerrados, esa sonrisa de orgullo de después, te juro que tenían una connotación demasiado… afectiva. Íntima podría ser una palabra más ajustada a la situación. No sé. Al fin y al cabo, puede que solo estuviera viendo fantasmas donde no los hubiera.

—Menuda destreza tienes con los niños pequeños, morena.

Alexandra no respondió al momento, no sé por qué motivo parecía estar meditando las palabras a pronunciar.

—Quiero mucho a Luca, hace mucho que vive en esta casa y…

—Marco, ¿cuánto tiempo hace que vives aquí? Se os ve muy aclimatados.

Te prometo que no quise ser cotilla, ni poner a Ojazos contra la espada y la pared. ¿Me creerías si te digo que me salió del alma preguntar eso? ¿No? Es verdad, yo tampoco me creería.

—Cuatro meses…

—Seis meses…

Ambos respondieron al unísono, pisándose, contradiciéndose. Alexandra cogió una bocanada de aire y miró al padre de la criatura con los ojos muy abiertos.

—Marco, te trasladaste hace seis meses —dijo restándole importancia—. En primavera, a principios de abril, ¿recuerdas? Para las fiestas de San Marcos.

—*Merda, è vero!* El veinticinco de abril—simuló contar con los dedos de una mano y después con los de la otra—¡Qué cabeza la mía! ¡Cómo pasa el tiempo!

—Ni que lo digas, chaval —rumié por lo bajini, pero Alexandra me oyó, estoy seguro, aunque prefirió hacerse la sueca.

Todo ese asunto empezaba a crisparme los nervios. No sé por qué, nada encajaba y todo carecía de puto sentido.

—Deberías echarle a la pasta parmesano.

Alexandra alargó el brazo y me acercó el potecito de la cerámica que contenía el queso. Era obvio que su intención era darle la vuelta a la conversación, centrarla en otros temas, tal vez más banales. Chica lista.

—Está más rico, ya verás.

Me sonrió y al hacerlo le tembló ligeramente el labio inferior.

Alex, Alex, Alex…

—Te haré caso —me aclaré la garganta—. Confío en ti —reconocí.

No pronuncié esas palabras en balde sino a propósito. Esperando entre bambalinas el momento en el que ella me confesara qué había de cierto en la paternidad de Marco y en los motivos por los que se habían inventado parte de la historia; una que, por cierto, ni siquiera se habían esforzado en ponerse de acuerdo ni en ensayar.

—Te ayudo a recoger.

—De eso nada, vaquero, son solo cuatro cacharros. —La rubia me puso la mano en los hombros y me obligó a pegar mi culo de nuevo en la silla. Luego miró a su amiga—. Alex, procura que se quede sentadito como un buen chico.

—Nicol, Jake ya es grandecito —se apresuró a aclarar ella como si ese hecho no saltara a la vista—. Y no tiene sentido que…

—Es nuestro invitado, ¿recuerdas?

—Lo que diga la rubia —alcé los brazos y mostré las palmas, luego los crucé por detrás de la nuca, cualquiera desobedecía a Nicoletta Ercolessi.

Oí bufar a Alexandra antes de levantarse e ir tras ella hacia la cocina. Al quedar su hueco libre, la mirada de Franco Salvatore y la mía se cruzaron un instante. Me palpé el bolsillo trasero de los tejanos instintivamente.

—¿Fumas?

Franco enarcó una ceja perfecta. Joder, es que era perfecto hasta cuando no pretendía serlo.

—¿Me estás hablando a mí?

—Pues claro.

Sonreí de medio lado. Él parecía no tenerlas todas consigo mismo. Y yo había decidido actuar de forma práctica con él. Ya sabes el dicho: «si no puedes con tu enemigo, alíate a él». Al fin y al cabo, decidí que ese sería mi plan B a partir de ese momento. Y a sabiendas de que no era un magnífico plan, ni brillante, era del que podía echar mano sin romperme demasiado los cascos.

Le mostré la cajetilla de tabaco rubio, la sacudí. Por el sonido deduje que, mínimo, quedarían un par de pitillos.

—Salgamos al jardín.

Le hice un movimiento con la cabeza y abrí el paso hacia el exterior. Fuera, ya en el jardín, me froté los párpados con los puños al toparme de bruces con los rayos solares del mediodía. Observé en todas direcciones y vi una pérgola en la que crecía una frondosa enredadera de buganvilla que le gustaba trepar por los postes de madera, cubriéndolo todo con su espectacular flor. En seguida reconocí el color y el aroma fresco con toques dulces nada más cobijarme, pues en México es conocida por Camelina. Anduve hacia allí, Franco seguía mis pasos. Nos colocamos justo debajo del techado para cobijarnos del condenado sol.

Luego, metí la mano en el bolsillo, saqué la cajetilla, golpeé el lado del filtro con el talón de la palma de la mano para compactar los cigarrillos y consumirlos más lento. Saqué uno, atrapé la punta del filtro con los labios, lo encendí con el Zippo y di una bocanada, inhalando suavemente. Cerré los ojos, saboreé la nicotina llenando todo mi paladar y casi gemí de sumo placer al mantener el humo allí por un segundo, antes de descender a los pulmones para después exhalarlo.

—Señor, qué gusto…

No tardé en ofrecer uno al presumido italiano de los cojones que se irguió al quedar enfrente de mí, pretendiendo medir su hombría en esos escasos centímetros en altura que nos separaban. Me daba en la nariz que el payaso era de esas personas que necesita ser siempre el caballo ganador, el número uno en la cancha, el triunfador y que, para más inri, aceptaba como el culo las derrotas.

—*Grazie*.

—No hay de qué.

Le cedí el mechero y prendió el cigarrillo.

—¿Sueles actuar así?

—¿A qué te refieres?

—¿Eres bipolar o sufres de algún trastorno de la personalidad? El otro día te morías por partirme la cara y hoy pareces mi amiguito del alma.

Sonrió de forma perversa y yo me eché a reír con ganas.

Vamos a ver. Lo lógico en esos casos, hubiese sido darle un par de hostias con la mano abierta y dejarle sin dientes para borrarle esa sonrisita de hijo puta que parecía tener tatuada las veinticuatro horas del día, pero ahora debía dejar a un lado mi lado salvaje y pensar dos y hasta tres veces con la cabeza antes de actuar por el bien de todos.

Mente fría, corazón caliente. *Mens sana in corpore sano.*

—Sí, bueno, digamos que había *overbooking* de plazas en el psiquiátrico y mi loquero de los miércoles ha retrasado mi ingreso hasta nueva orden. Y yo, mientras tanto, he decidido venir a Pienza a pasar unos días de relax. Así como quien no quiere la cosa…

Hice crujir las cervicales en un movimiento de cuello algo perturbador y luego puse mi mejor mirada perdida hacia la nada, calcadito a lo Christian Bale en *American Psycho.* Ya sabes, ese pedazo de actorazo que me flipaba y quién a mayor dificultad es el papel, más pasión le arroja y mejor lo borda.

—Ya decía yo, ya.

—¡Ja, ja, ja! Fuera coñas, hombre. —Me tomé la licencia de darle unas palmaditas en la espalda y él hizo un gesto instintivo de boxeador, como si estuviera en guardia, cubriéndose la cara con los puños para bloquear los golpes—. Pero no te confundas. Esto no es más que una pequeña tregua entre dos tipos duros pero educados. Ya me entiendes, prefiero evitar las tensiones, las palabras malsonantes, unas voces más altas que otras mientras haya niños presentes.

—Me parece un precio razonable. —Dio una corta calada al cigarrillo—. Como imagino ya habrás deducido, no me apasionan especialmente los enanos, no les tengo alergia, pero casi. Eso no significa que disfrute con que presencien episodios de violencia gratuita.

Joder. Pero qué bien hablaba el cabrón. ¿Así era el tipo de hombre por el que Alexandra se sentía atraída? Desde luego, Franco Salvatore y yo no nos parecíamos (por suerte) ni en el blanco de los ojos. Solo recé porque la morena no hubiese elegido al primer galán de pacotilla por despecho, eso sería un error garrafal. Aunque la verdad sea dicha, la mayoría de las veces llueve sobre mojado.

—Entonces, ¿Nos damos un apretón de manos para sellar este acuerdo verbal?

Se la tendí y él la miró unos segundos, dudoso, con desconfianza, como si al estrechármela estuviera escondiendo entre los dedos esa broma infantil en forma de descarga eléctrica.

—Vamos, hombre, que no he matado a nadie —le animé quitando hierro al asunto—. Que haya sentencia, al menos.

Me reí. Él no. Pero acabó estrechándomela, con bastante intensidad.

—Aquí estabais.

Nicoletta se acercó a nosotros a paso firme.

—Miedo me dais los dos aquí juntitos y alejados de los demás.

—¿Y eso por qué? —le pregunté con curiosidad.

—Jake, la última vez tuve que lanzarle vino a Franco por encima para que no os matarais a palos.

—¿Qué mierdas insinúas?

Me eché a reír con ganas y le pasé un brazo por los hombros al italiano.

—Eso forma parte del pasado. Se puede decir que hemos limado asperezas. Eh, ¿Franqui?

—Más o menos, vaquerito, pero con salvedades y en un corto intervalo de tiempo.

La rubia nos miró primero a uno y después al otro, como si fuésemos la pelota amarilla que viaja de cancha a cancha en un partido de tenis.

—¿Quiénes sois vosotros y qué habéis hecho con mis morenazos? Confesad.

—No lo sé. Sorpresas te da la vida, la vida te da sorpresas —entoné de puta pena esa cancioncilla de los cojones.

—Ah… Y, por cierto, ¿vais a probar el postre o de lo contrario os vais a quedar aquí haciendo piececillos?

—¿Postre? Cojonudo. Esto… ¿Dónde hay que firmar, rubita?

—En el salón, Jake, en el salón.

—Yo entraré cuando acabe de fumarme el…

—Anda, Franco, déjate de tonterías.

Nicoletta le sesgó de cuajo las intenciones, sin siquiera dejarle acabar la frase, adueñándose de lo que quedaba del pitillo con los dedos y fumándoselo en tres hondas caladas. Y sin hacerle ascos.

—Ya irás sabiendo que conmigo, excusas las justitas y que una hace mucho tiempo que no se chupa el dedo.

Luego pisó la colilla con la suela de sus zapatos de tacones imposibles, unos que la elevaban casi a nuestra altura.

—*È finita! Andiamo, Franco.*

Fue un solo instante, pero lo suficientemente sostenido en el tiempo para darme cuenta de la mirada cómplice que me lanzó el italianito. Te prometo con la mano en el pecho que pude leer en sus ojos como gritaba en su cabeza: ¡Mujeres, qué genio tienen! Y queriéndola asesinar mentalmente.

Ahora en serio, ni por un momento me gustaría que se te pasara por la cabeza que se iba a forjar una estrecha amistad entre él y yo. En la puta vida. Franco y yo vivíamos en jodidas galaxias diferentes.

¿Conoces el término de cuando las ranas críen pelo? Pues eso, cuando tengan melena a lo rastafari y el soporífero Franco dejase de ir tras la morena.

Creo que ha quedado lo suficientemente claro, ¿no? Yo diría que incluso cristalino. Es decir: nunca, *never, mai, asla, jamais,* 一度もない (para tu culturilla personal, esto último es en japonés).

Por mi parte iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para recuperar a Alexandra. Y si tenía que emplear tácticas poco ortodoxas o deshonestas, lo haría. Y si tenía que jugar sucio, no te quepa duda que lo haría. Mira si era capaz de cualquier cosa, que, si alguien me retara a lanzarme de cabeza en las infectadas aguas del río Citarum, en Indonesia, ese que cuesta pensar que debajo de tanta basura hay realmente vida, lo haría sin vacilar y con los ojos cerrados.

Créeme, Alexandra lo valía todo. Rotundamente, sí. Fui un cretino al echarla de mi vida. Y me cabreaba no haberme dado cuenta antes.

Y me di cuenta de que estaba jodido, muy jodido.

ALEXANDRA SIMMONS

—¿El aseo?

—Al fondo a la izquierda, como en las pelis.

Sonreí, señalando al pasillo.

Franco se ausentó durante unos minutos mientras yo me hallaba cortando porciones equitativas de una deliciosa tarta de *castagnaccio alla Toscana*, un postre para chuparte los dedos y que solo precisa harina de castaña, agua, aceite de oliva, pasas, piñones y romero, cuando sin venir a cuento, Jake soltó con una sonrisita de lo más pícara:

—Vamos, morena, que las he visto más rápidas.

Observé de reojo al vaquero antes de responderle con una indirecta mientras le colocaba un generoso trozo en el plato que dejé caer como si fuese un boñigo de vaca, como si lo que hubiese dicho, no me hubiese provocado un placentero cosquilleo en la tripa.

—Y yo que creía que preferías que fuese más lenta.

No sé por qué le seguí el juego, pero lo hice. Quizás porque Franco no estaba presente y… ¡Diablos! Ni siquiera lo sé, me salió de dentro.

—¡Auch! Eso ha dolido, morena. —Arqueó una ceja e hizo el gracioso gesto de auto clavarse algo punzante y doloroso en su pecho—. Si quieres que esta noche te refresque la memoria explicándote los detalles, sabes que solo tienes que pedírmelo y seré todo tuyo.

—No caerá esa breva. No apuestes por ello.

Y seguí repartiendo los trocitos de la tarta a cada invitado, ignorando los intensos ojos grises de Jake que parecían traspasarme la ropa con el objetivo de desnudarme con la mirada.

—Os recuerdo que hay menores… —carraspeó Nicoletta *la santa* con fuerza al tiempo que le tapaba los oídos a Dakota—. Marco, ¡tapa los oídos de Luca!

Como si mi peque se diera cuenta del sarcasmo de los adultos con solo una primavera y media. Ponía en tela de juicio incluso de que Dakota pillara algún matiz de ese calibre.

—Quiero oír, Nicol, quítame las manos, porfi, porfi, porfi.

—De eso nada, monada.

—¡Jopeta!

Tras dar la vuelta a la mesa y dejar un trocito de tarta en cada plato, Nicoletta me cogió del brazo aún con la bandeja de cristal en las manos y me llevó a rastras a la cocina con la excusa de ir a buscar vino espumoso para hacer un brindis.

—¿A qué ha venido ese tonteo?

Ajustó la puerta tras de sí.

—¿Qué tonteo?

—El que os lleváis el vaquero buenorro y tú.

—Ves cosas donde no las hay.

Dejé de mirarla a los ojos o estos iban a delatarme en menos que canta un gallo. Abrí la nevera y cogí una botella, una fresquita de Anno Domini Aurore Franciacort. Me di la vuelta y seleccioné varias copas de la alacena.

—¿Me ayudas o vas a quedarte ahí plantada con esa cara de susto a lo fumata de *Scary movie*?

—Sigues enamorada de él.

Volvió a la carga.

—No digas tonterías.

—A mí no me mientas.

—No te miento —declaré despreocupadamente pasando por su lado y busqué el abridor.

—Alexandra, que nos conocemos.

Me detuvo en medio de la cocina, me cogió de los hombros y me obligó a dejar lo que estaba haciendo y a mirarla. No tenía escapatoria.

—A ver, Nicol —suspiré hondo—. Estoy conociendo a Franco. ¿Acaso eso no te da pistas?

—¿De qué? ¿Qué coño significa eso?

—¿En serio he de explicártelo?

Me soltó y se cruzó de brazos, como si ambas estuviéramos hablando diferente idioma.

—Puede ser, sí, porque cuando sales con alguien, pero piensas en otro. Sí, señorita, como poco eso merece un croquis.

Cogí aire, otra vez.

—Créeme si te digo que, tras casi dos años sin tener noticias de Jake Maverick, lo normal era imaginar que no le volvería a ver nunca más. Pero, estos días, al volver a estar juntos… se han desenterrado los recuerdos, los buenos. Y… me está costando la vida no pensar, no dejarme llevar y no volver a sentir.

Nicoletta se quedó en silencio, mirándome.

—Por favor, di algo. No te quedes callada.

—*Che cazzo!*

—¿Y ya está? ¿Qué putada? ¿Eso es lo único que vas a decir después de confesarte que sí, que sigue algo vivo entre el vaquero y yo?

—Qué… putada. Francamente, una verdadera putada.

Torcí el gesto.

—¡Y dale! Que lo traduzcas al inglés no me ayudas, Nicol.

—No sé, cielo. No me gustaría estar en tu pellejo. —Me cogió una mano—. Pero, sabes que estoy para lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Eso sí, mi consejo es que deberías decidirte pronto por uno de los dos.

—Estoy hecha un lío —bufé—. Franco me atrae mucho, muchísimo. Y además sé que es un partidazo y no por los ceros en su cuenta corriente. Sino porque es elegante, inteligente, caballeroso. Sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo. Y no me cabe la menor duda de que me trataría siempre como una princesa.

—¿Y Jake?

Me escudriñó antes de responderle.

—Jake Maverick es Jake Maverick, Nicol. Ya le conoces. Con él nunca se sabe. Es visceral, puro fuego. Impulsivo. A veces un pelín incívico. Un tiovivo… —Me encogí de hombros admitiendo resignada—. Una incógnita. No sé… en teoría…

No le compartí todo lo que pensaba de Jake, pues también era el sol de una tarde de verano; las olas al estrellarse contra un arrecife; el lazo que se lanza a una res desde el caballo para domar a la fiera. Era un arcoíris tras una lluvia fina, las alas de un águila surcando el cielo. Era el olor a tierra mojada, a hierva recién cortada, a naranjas recién exprimidas. Era vida y también el despertar de un sueño. Una ilusión y a la vez una presa sin contención.

Sí, con Jake lo sentí todo en el pasado, pero también sentí la nada. Y por eso me daba miedo volver a sentir para volver a perderlo todo.

—Aquí las teorías no tienen cabida, sino lo que te dicte el corazón.

—¿El corazón o la razón, Nicol?

—Eso debes de averiguarlo tú, cariño. Y la primera pregunta que debes hacerte es si sigues enamorada de Jake Maverick.

Volvió a repetirme la misma pregunta aunque ese mediodía seguía sin respuesta. ¿Seguía enamorada del vaquero de ojos grises? Enamorada o no, he ahí la cuestión, la maldita cuestión.

NICOLETTA ERCOLESSI

—¡Un brindis!

Me levanté de la silla y alcé mi copa de vino espumoso.

—¿Y por qué brindamos, Nicol? —preguntó mi amiga imitándome.

—¿Qué tal si empezamos por la amistad que nos une a todos?

—Genial idea —se unió Marco Carusso a nosotras.

¡Bravo por el panadero, fue un detallazo por su parte!

—Y por la familia —añadió Dakota sonriendo a su padre y él le lanzó un beso al aire desde el otro lado de la mesa.

¡Por favor, qué monada de niña me había parecido siempre su hija, además de guapísima!

—Y por el amor —añadió Franco Salvatore rodeando a Alexandra por la cintura con posesión y depositándole un besito en el hombro.

Bueno, ¡qué decir! Era algo que esperaba viniendo de él, afianzando su declaración de intenciones, aunque, déjame decirte que, por mi parte, se me planteaban ciertas dudas sobre la honestidad de esos hechos, con la diferencia que me olían más a la excusa perfecta para poner celoso al vaquero que de un sentimiento tan grande como el amor duradero para toda la vida. Porque hablar de amor llenándosete la boca como lo hacía Franco o querer echar el polvo de su vida, eran dos conceptos completamente independientes.

En eso estábamos cuando sonó el timbre de la calle.

—Y por las sorpresas, brindemos por las sorpresas—matizó Jake con un toque burlón en su tono de voz grave.

Entrecerré los ojos, suspicaz. Hice recuento de todos los que estábamos en el salón y no echaba de menos a nadie.

¿Acaso él tenía testimonio sobre algo que los demás ignorábamos?

—¿Esperas visita, vaquero? —le increpé curiosa sin quitarle el ojo de encima.

—Tal vez.

—¡Yo lo sé, yo lo sé! —saltó la niña y alzó el brazo como cuando estás en primaria, el profesor lanza una pregunta y te quema el culo en la silla porque sabes la respuesta—. ¿Puedo papi? ¿Puedo decirlo?

¿En serio? ¿Nadie de los presentes sabía una mierda, salvo la enana?

—No, cielo —puntualizó rotundo—. Las sorpresas deben ser eso, sorpresas. Si no, pierden toda la gracia.

—¡Jopetas! Yo quería decirlo…

Dakota puso morritos y se cruzó de brazos.

—Lo mejor de las sorpresas es ver la cara de la gente al recibirlas —el vaquero quiso suavizar el momento con su primogénita.

El timbre sonó por segunda vez con mayor insistencia; quienquiera que fuese amenazaba con fundirlo.

—¿Entonces se supone que yo he de hacer los honores?

Alcé una ceja sin dejar de mirar a Jake.

—Por favor —me animó con un movimiento de muñeca orientando la mano hacia el recibidor.

—Ni siquiera es mi casa.

—Eso es lo de menos, te lo aseguro.

No sé por qué motivo sentí como la piel se me puso de gallina cuando en vez de sonar por tercera vez consecutivo el timbre, se oyó el intenso golpeteo de unos nudillos contra la madera.

—Está bien, está bien, os seguiré el rollo. Solo lo haré porque quienquiera que sea, deje de martillearnos a todos la jodida cabeza.

Los dejé a todos a medio brindis y observándome con la mirada en silencio mientras me encaminaba hacia la puerta, con la boca fruncida y un cierto halo de mala leche que no me abandonó hasta que la abrí de par en par.

—Buenas, Caperucita Roja. Soy el lobo y he venido para comerte mejor.

—¿Roy Jones? ¿Eres tú?

Pestañeé desconfiada y noté como se me encendieron las mejillas. Escoció verlo, la verdad.

—El mismo, rubita —sus ojos verdes se deslizaron (corrijo: babearon) por todo mi cuerpo, de pies a cabeza—Vivito y coleando.

Me miró con una sugerente sonrisa torcida, volviendo a la carga. Igualito a la última vez que nos vimos, perdón, que follamos como animales en su habitación de hotel en Nueva York y destrozamos la cama. Además, su porte y su chulería seguían innatas, vamos, de serie. El muy caradura no había cambiado un ápice, incluso sería capaz de apostar mi reloj Bvlgari con caja y

brazalete en oro rosa y esfera lacada en verde menta a que seguía siendo el mismo sinvergüenza de antaño.

—Pues ya puedes ir volviéndote por donde has venido, porque aquí no se te ha perdido nada.

—¿Deliras, rubita? Que yo sepa este es un país libre.

—No te des de listo, guaperas. Entre tú y yo, te recuerdo que el suelo que estás pisando es de una propiedad privada.

Quise reforzar mi argumento justo en el instante en que Dakota Maverick corrió a su lado y se le colgó del cuello.

—¡Roooooy! Al final has venido. ¡Qué bieeeen!

—Sí, algo en el último momento ha logrado que me diera el gran paso —le respondió a la niña sin dejar de buscar mi mirada y sostenerla firmemente sin dejar de rodearla con sus atléticos brazos.

Coglione! Merda! Stronzo!

—¡Éramos pocos y parió la *nonna!* —declaré uniendo las puntas de los dedos, apuntándolos hacia arriba y moviendo la mano de arriba abajo y viceversa realizando ese gesto tan popular de *la pigna*.

Me costó la vida asimilar que él estaba allí y que encima la razón de peso por la que se decidiera a materializar ese hecho, era yo. ¡Yo!

No, no, no… ¡Noooo! Si pensaba que iba a volver a caer en sus redes de *latín lover* de pacotilla, lo llevaba clarito.

—Esto… Jack Sparrow de pega… deberías dar media vuelta y volver por…

—Hombre, Roy, ¡dichosos los ojos que te ven!

¡Anda ya, la que faltaba! Alexandra se abalanzó sobre el rubio y después se unió a la discernida charla, esa que había tan emotiva entre examantes, porque no nos engañemos, eso fue lo que fuimos, un rollito mal llevado y punto, nada de pareja, ni novios, ni siquiera un simulacro, ni nada por el estilo.

—Entra, vamos, ¿qué haces ahí plantado como un pasmarote?

—Alex, no.

—No, ¿qué?

—No tendrás vergüenza, ¿verdad?

—¿Vergüenza este? Qué va… —solté por lo bajini, pero él me oyó, estaba segura.

Dakota tiró de su mano y Alexandra del cuello de su camisa blanca para hacerle entrar en casa. Y yo… ¡Yo le hubiese tirado de las orejas hasta arrancárselas si estuviéramos a solas! Pero no, a cambio tuve que controlarme los impulsos para no pecar de patética remilgada y gritar a los cuatro vientos que aún me punzaba nuestro último encuentro. Ese en el que el rubiales me prometió, por enésima vez, que iba a dejar a su mujer Nancy y empezar algo serio conmigo. ¿Y sabes qué? ¿Quieres que te explique un secretillo? Ven, acerca tu oído a mi boca. ¡Que aún lo seguía esperándolo sentada, refugiándome en esa sarta de mentiras, obsesionándome como una

imbécil! ¡Diooooooooos! ¡Era patética con avaricia y hasta decir basta! Y… Roy Jones, ¡Roy era un embustero de campeonato y como la copa de un pino y con todas las letras! ¡Oh, noooo, espera, espera un momento, que me estaba quedando corta! Veamos a ver, en el hipotético caso de que existiera una prueba olímpica en esa categoría de la absurdez, no solo la ganaría por goleada, no señorito, no, sino que batería un récord, estableciendo la mejor marca lograda por el ser humano, o ser de dos patas o superhéroe de DC Cómics.

Verás, te explicaré algo, pero, entre tú y yo, prométeme que no saldrá de aquí. A lo largo de mi vida jamás he caído en la cursilería de ser enamoradiza, ni siquiera de adolescente cuando bebía los vientos por James Wood, alias el cuerpazo, el quarterback del equipo de futbol en el instituto Capistrano Valley Christian en California. Pero con Roy Jones desde el principio, a la primera toma de contacto, desde ese primer beso de tornillo en Las Vegas, fue muy distinto. Algo dormido y desconocido en mi interior explosionó. ¡Boom! Ignorando por qué motivo cuando él estaba presente, toda mi fachada de tía dura se iba al traste, sacando lo peor de mí, pero también lo mejor. ¡Y juro por Dios que eso asustaba! Mucho, joder. Demasiado. Como si nuestra historia, esa mierda que se sustentaba con palillos, pudiera tener algún futuro. A sabiendas de que eso era absurdo, pues jamás iba a ser real ni sólido, sino un mero pasatiempo, por más que me perjurara con la rodilla anclada en el suelo y varias copas de más, que iban a cambiar las cosas.

¡Palabrería barata!

—Aquí, siéntate aquí.

Alexandra como buena anfitriona que se preciara, fue en busca de una silla plegable del jardín y la colocó junto a la mía, ahí pegadita la una a la otra como gemelas separadas al nacer o como aquellos loritos tan *cuquis*, los agapornis, a los que vulgarmente se les conoce como pájaros del amor o inseparables, ya que reflejan a la perfección ese concepto, además de ser animales muy sociables y fieles a su pareja. Tanto incluso que, al morir uno de los miembros, el otro fallece también a lo Romeo y Julieta.

Roy Jones tras unirse a la mesa y presentarse como el amiguísimo de Jake a Franco Carusso y Franco Salvatore, ocupó su sitio junto al mío.

—Está claro que estamos predestinados a estar juntos, rubita.

—No apuestes por ello.

—Ya lo he hecho —me susurró al oído y aprovechó la cercanía para rozar mi cuello adrede y dejar sus labios apoyados en mi piel expuesta adoptando la forma de un besito inocente.

Merda! Las pulsaciones se me dispararon de golpe, comprendiendo que en este mundo hay personas que por más que te esfuerces en dejarlas atrás en el camino, siguen ahí, cabezotas, insistiendo, ancladas en el cemento, queriendo compartir parte de ese recorrido de la vida contigo.

Justo en ese instante fui consciente de que Roy Jones, había reaparecido en escena para quedarse, poco o mucho tiempo, eso siempre era una incógnita, salvo porque por el hecho de que

no iba a renunciar esta vez tan fácilmente a mí y que iba a esforzarse en darlo todo, o por lo menos, su mirada así lo reveló. Porque, te juro por Dios ¡que hay miradas que lo dicen todo!

—¿Por dónde íbamos? —propuse al resto.

—Estábamos a punto de hacer un brindis —me recordó el vaquero.

—Cierto.

Volví a levantarme de la silla y alcé mi copa al aire.

—Propongo un juego. Propongo que cada uno brinde por algo en concreto, un deseo, pero en vez de pensarlo, que lo exponga de viva voz.

Los observé uno a uno y como cabía esperar, las caras reflejaron distintas reacciones: sonrisas pícaras, comedidas, ojos extrañados, tics nerviosos, muecas de disgusto y un largo etcétera.

—Venga, empezaré yo. Ya que he sido la patrocinadora.

—¿Y si preferimos no compartirlo? —preguntó Alexandra incómoda con mi proposición.

—Entonces no tendrá ni pizca de gracia.

—Vamos, morena —le animó Jake—. Puede ser divertido.

—Déjame ponerlo en duda —se quejó mi amiga.

—¡Yo quiero jugar!

—Claro que sí, Dakota.

—Yo no tengo inconveniente en compartir mi brindis —se sumó al reto el *sexy* empresario vinícola.

—Por mí tampoco hay problema —votó el panadero.

—¿Roy? —le pregunté—. ¿Juegas?

—Siempre, cariño, siempre.

Tragué saliva despacio al notar como mis labios inferiores dieron unas palmaditas de alegría en el interior de mis braguitas. Puse los ojos en blanco y luego le miré de refilón.

¿Qué había sido eso? ¿Por qué de repente su voz me resultó super sugerente y super orgásmica? ¿Acaso me estaba volviendo loca? ¿Roy Jones me estaba haciendo perder los papeles? ¿Otra vez? ¡Santo Cielo!

¡Céntrate, Nicoletta!

¡YA!

—Permíteme hacer a mí los honores, Caperucita.

Roy se incorporó de la silla y se pegó a mi brazo, luego lo empujó suavemente. Su contacto me quemó, literal. Era rozarme la piel y una descarga eléctrica cortocircuitaba todos mis sentidos de un plumazo. ¡Boom! El tejano no solo me ponía a cien, cosa que era evidente, sino que me ponía perraca, tan cachonda que me dolía todo el cuerpo hasta que no me aliviaba follando como una posesa con él, porque eso que tienes en mente, no servía, masturbarme pensando en él nunca era suficiente.

—De acuerdo, empieza tú. Además, vamos a hacerlo ya que sino el vino deja de estar frío y se pone calentorro y va a parecer que tomamos pis de vaca.

—¡Ahí le has dado, rubita!

Roy Jones alzó la copa sin apartar su brazo del mío, pegadito como una lapa. No sé por qué yo tampoco lo separé. Quizás por la añoranza de los viejos tiempos. Tal vez porque me gustaba sentirlo así, piel con piel. Nunca lo sabré con total seguridad.

—Brindo por que los Cuentos infantiles, en especial el de La Caperucita Roja y el Lobo feroz, se sigan materializando una y otra vez.

Miré al frente, a Alexandra que no dejaba de negar con la cabeza, a Jake que sonreía divertido mirando a su amigo del alma y a Franco con cara de póker por una vez en su vida, sin ser capaz de captar el significado de ese brindis.

Yo, por el contrario, me mordí el labio, excitada. ¡Jodido Roy de las narices! Estaba claro que su lobo interior iba a soplar, soplar y soplar con todas sus fuerzas hasta derribar mi casita y comerme. Lo que ignoraba era que ya no me hospedaba en la de paja, o en la de madera sino en la de ladrillos. Y que le iba a costar sangre, sudor y lágrimas derribar esos altos y fuertes muros cimentados que había construido a lo largo del tiempo.

—Te robo el testigo, Roy. —Hice un gesto con la mano simulando cogerle algo de la suya—. Y siguiendo con la temática de los cuentos, haré homenaje al Principito, que como Alexandra sabe, es mi libro preferido —tosí en un puño y cogí aire—. Brindo porque: «solo hay que pedir a cada uno lo que cada uno puede dar».

Y te juro que me quedé más ancha que larga. Por supuestísimo que la frase iba dirigida al rubio de mi derecha. Ahora en serio, ¿Roy iba a ser capaz de darme lo que promulgaba a los cuatro vientos? ¿Ser algo más que un polvo? ¿Podría ofrecerme algún día seguridad, entrega y fidelidad? Se había tomado la molestia de recorrer más de cinco mil seiscientas millas desde Texas a Pienza, ¿solo por mí?

—Joder, me matas, Nicol. Me matas…

Eso fue lo único que Roy susurró en mi oído. Nada más. Al menos supe que había captado mi fulminante indirecta y que no era tan insensible como siempre se obstinaba en proyectar en los demás.

—Creo que ha llegado mi turno.

Siguiendo el orden de las agujas del reloj, Marco quedaba a mi izquierda y, por lo tanto, se podría decir que le tocaba a él. Se levantó, ya éramos tres los que estábamos en pie con la copa en la mano.

—Mi cuento sería Peter Pan —sonrió algo tímido—. Brindo porque todos sigamos siendo en nuestro interior ese niño que nunca crece, porque no le gusta el mundo de los adultos. Vivir eternamente en una especie de País de Nunca Jamás. No perder la inocencia, ser un poco como Luca o Dakota.

—Por Dios, ¡qué bonito, Marco! —aplaudí y me retiré una lágrima ficticia de la comisura de los ojos—. ¡Te juro que de la emoción me he meado en las bragas!

Se oyeron risitas al tiempo que Franco Salvatore se incorporaba con ese porte tan galán en sus movimientos. Provocaba tenderle una alfombra roja a sus pies cada vez que entraba en escena. Tosió en su puño para aclararse la voz, como si fuese a dar un mitin o una reunión a puerta cerrada con sus socios de *Tenute Piccola.*

—Mi brindis adaptado a un cuento infantil, como no, va para todos los Patitos Feos de la historia. Y no miro a nadie, no me malinterpretéis, por favor. Sino a todos los que de pequeños recibieron acoso, burlas, picotazos, empujones. Hasta que un día, llega la primavera y ese torpe, triste y solitario ave, se mira al espejo para plantar cara a sus temores y se da cuenta que el reflejo que se proyecta es el de un espectacular cisne blanco.

Franco alzó la copa y prosiguió:

—Ser diferente a los demás es bueno, te hace destacar, brillar con luz propia. Todo depende de cómo te enfrentes al futuro.

—¡Cuac, cuac! ¡Grande, Franco! ¡Sí, señor!

No pude evitar vitorear el símil de su vida con la del cuento, así de la nada. Y eso me impactó, mucho. Enseguida busqué el contacto visual con mi amiga quién seguía calentando la silla con su trasero.

—Tu turno, Alexandra —le anuncié—. Vamos, levanta el culo, nena.

—Yo, yo no he sabido adaptar un cuento a mi brindis.

Se levantó obligada por la situación, algo encorvada e indefensa como un cachorrillo de león perdido en medio de una jungla. Más tarde se abanicó, sofocada, ante la atenta mirada de todos.

—No se trata de competir, cielo. Se trata de divertirnos —le guiñé un ojo para relajarla desde la distancia—. Vamos, no puede ser tan complicado. Sé sincera y échale ovarios al tema.

—¡Rapunzel! ¡Que elija esa princesa! —gritó Dakota entusiasmada como la niña que era.

La mirada de Alexandra colisionó con la de Jake. Luego ésta tragó saliva. Todos sabíamos que la dichosa princesa de Disney de los cojones, había sido la mecha que prendió el conflicto entre ambos, cuando el vaquero echó de su vida a mi amiga. Ese momento exacto en el que todo se fue a la mierda, incluso antes de que nadie se diera cuenta.

—No, no, no cielo, preferiría otro —quiso camuflarlo con una sonrisita fingida, pero le quedó de pena además de sonar un pelín irritada.

El silencio se prolongó durante unos segundos más.

—Si prefieres lo hago yo primero, morena.

Jake se levantó de la silla quedando a su lado y después la miró.

—No, gracias, vaquero. Seguiré el orden establecido. Quiero hacerlo. Quiero… voy a intentarlo.

—Claro, y lo harás de fábula.

Jake llevó su mano a la cara de ella y le acarició sutilmente la mejilla con los nudillos. Fue rápido, casi imperceptible, ni siquiera para Franco que quedaba al lado derecho de ella y ese gesto tan íntimo quedó camuflado entre los cuerpos. Pero no para mí. Jake seguía coladito por mi

chica y sé que ella también lo estaba de él, aunque se empeñara y esforzara hasta lo indecible en perjurarme lo contrario.

Sus miradas enlazadas lo delataron todo.

—Bien. Vamos allá… —se animó a sí misma y cogió aire con fuerza, dando a entender que lo que iba a pronunciar iba a costarle un gran esfuerzo—. Mi brindis va hacia la metáfora de La Sirenita, en el que el amor de verdad es generoso, nunca egoísta. Quien ama, desea la felicidad de la persona que ama, aunque esa felicidad vaya en contra de sus propios deseos.

Vaya con la morenita… jamás imaginé que iba a ser tan franca y directa, y que, gracias a un simple juego, iba a destapar la caja de pandora y gritarle a Jake y a pecho descubierto lo que sentía, lo mal que le había hecho pasar y el dolor que seguía ahí, tatuado en su piel y pinzando sus entrañas.

—¡Auch! Eso ha dolido —aulló Jake.

—Esa era la pretensión —añadió ella sin un ápice de arrepentimiento. ¡Punto positivo para mi amiga!

—Se me acaban de caer los huevos a los pies —siseó.

—Siento haber sido tan honesta.

Alexandra se giró hacia él.

—Noooo. Miento. No, no lo siento. ¡Me heriste! Me hiciste muchísimo daño, ¿por qué iba a pasar página y hacer cómo si no hubiese pasado nada? Pasó. Y sigue pasando.

—Joder… —parecía perplejo—. ¿Y sigo haciéndote daño?

—¡Sí, maldita sea! ¡Sí! ¿Acaso no es evidente? ¿Debo deletreártelo, Jake?

Todos observábamos la escena como si se tratara de un partido de pimpón, de lado a lado de la mesa.

—Lo siento, chicos. Pero no puedo seguir con esta farsa. Ahora, si me disculpáis… —dejó con torpeza la copa sobre la mesa—… Me marcho de aquí. Necesito que me dé el aire. Necesito respirar…

—Alex…

Jake le sostuvo del codo un instante antes de que ella se soltara de un leve tirón.

—Jake, ahora no.

Miré al vaquero y le hice un gesto negativo con la cabeza para que le permitiera irse. Estar sola. Llenar sus pulmones de aire. Y por una vez, por inverosímil que resultara, pareció hacerme caso tras fruncir el ceño pensativo y apretar la mandíbula con fuerza.

¿Qué estaría maquinando esta vez Jake? Porque sabía que no iba a tirar la toalla, eso nunca y mucho menos tratándose de ella. ¿Tal vez en cómo recuperar las riendas de aquello que habían perdido? ¿Activar la chispa? ¿Retomar el cauce del río?

Como fue evidente, la ronda de brindis quedó ahí, estancada. Nadie quiso seguir con el juego. Algunos dieron un trago a la copa y otras como yo, empecé a recoger la mesa.

—Te echo un cable.

—No hace falta, Roy.

—Insisto.

—Cabezota.

—A mucha honra.

Sonrió burlón y me acompañó con la fuente de la pasta lleno de cubiertos hasta la cocina.

—Menudo dos —dijo refiriéndose a Jake y a Alexandra—. Deberían follar de una vez para liberar esa tensión sexual que les consume por dentro.

—Ya.

—¿Qué pasa?

Abrí la puerta del lavavajillas y deslicé la repisa de abajo para ir colocando los platos hondos en las rejillas anchas y los llanos, en las más estrechas.

—Que todo lo solucionas con sexo. Eso pasa. En esta vida no todo se arregla follando.

—Echar un quiqui es un buen comienzo. No lo negarás.

—Arggg… déjalo, Roy. Nunca lo entenderás.

—Pues explícamelo, no soy tan imbécil como te crees.

Se le desencajó la mandíbula y no fue teatro.

—No creo nada.

—Mientes.

—No soy yo la que miento. ¡Dame…!

Le arrebaté los cubiertos de las manos de mala gana y los coloqué con el mango hacia arriba en el interior de la cestita. Estaba a puntito de crisparme los nervios y de poner el grito en el cielo, pero me contuve. Había llegado un momento en mi vida que, aunque alguien hiciera *el pena*, y se equivocara, no iba a esforzarme en demostrarle que estaba jodiendo la marrana ni hacerles entrar en razón.

—¿Qué puta mierda te pasa conmigo?

—Rooooy… déjalo.

—Cielo, vamos, que soy yo. Jack Sparrow, ¿recuerdas?

—Por eso mismo, eres tú. Como para olvidarlo.

—¿Qué ha cambiado?

—¿Has hecho los deberes?

Aleteé las pestañas, actuando, esta vez coqueta, tratando de suavizar el tono de la conversación.

—¿De qué coño hablas? —me observó con detenimiento y a la vez desorientado—. ¿Qué putos malditos deberes?

—Roy, cielo. No puedes presentarte a los finales, sin haber aprobado antes los parciales. Y menos aún sin haberte aprendido de memoria la lección.

—Hum… rubita, deja de hablar en clave, que a mi edad me cuesta entender hasta lo que pone la lista de la compra.

Él seguía sin pillar por donde iban los tiros.

—Pásame esa olla, anda, así harás algo de provecho en la vida.

Lo vi atraparla con la mano y después acercármela para que pudiera lanzar los restos de comida a la basura y después introducirla en el lavavajillas. Aguardé unos segundos adrede para crear expectación y que se devanara los sesos un ratito más. Fui cruel, sí, y me encantaba serlo. Y más con él.

—¿Sigues casado con Nancy?

Busqué su mirada.

—Aún sí.

—Aaaah… comprendo —lo dije con expresión serena, aunque hirviera en cólera por dentro.

Atrapé el labio inferior entre mis dientes.

—¿Y estáis en trámites de divorcio?

—Aún no.

—Vaya, qué pena…

Dejé caer a propósito la bayeta del mármol al suelo para recogerla delante de él. Me coloqué estratégicamente para que pudiera tener una visión perfecta de lo que iba a hacer sin perder un solo detalle. Doblé la espalda, me agaché despacio y puse mi culo en pompa ante sus narices, permitiendo que el largo de la minifalda se subiera hasta límites escandalosamente ilegales y que cualquier hombre se pusiera cachondo al instante, mostrándole el encaje de mis braguitas, las nalgas y el tatuaje de ninfa que me había hecho a los dieciséis en un acto de rebeldía. Estuve así un rato, agachada, incluso me permití el gustazo de separar las piernas para que intuyera más allá y hacerle estallar la imaginación.

Fui mala lo sé e inhumana, si me permites el inciso, pero él merecía que lo fuese.

—¿Lo has visto bien?

—Joder, rubia, sí. Eres una Diosa. Afrodita a tu lado, no es más que una simple becaria.

Torció su gesto con cierto halo lascivo y una sonrisa serpenteó su rictus.

Me erguí y miré su entrepierna; el evidente bulto no admitía error: lo había puesto a mil en cero, coma. Me acerqué a Roy y empecé a desabrocharle el cinturón, quitar el botón y bajarle la bragueta lentamente.

—Me cago en todo… —le tembló la voz y las piernas, le fallaron—. Sigues siendo la mejor de todas, con diferencia.

—¿En serio?

Carraspeó con dificultad, atragantándose con su propia saliva.

—¡Hostia puta, sí!

Le bajé los pantalones, dejándolos colgando por debajo de las rodillas, quedándose en gayumbos negros con el ribete blanco de Hugo Boss. Muy *sexys*, por cierto. Su polla me saludó (a la que conocía a la perfección) dando un brinco de felicidad absoluta, como cuando gratificas con una golosina a un *perrete* cuando este se porta bien y mueve la colita.

Me arrodillé frente a él simulando que iba a hacerle la GMV (la Gran Mamada de su Vida) y me relamí los labios, humedeciéndolos. Recreando la mejor versión erótica de mí misma.

—Diooooos ¡Dios bendito!

Hundí los pulgares por dentro de la goma de los boxes y él los enterró en mi pelo, agarrándome la cabeza con ambas manos. Y justo cuando iba a bajarlos, me detuve en seco, desclavé las rodillas del suelo y me levanté de sopetón, como si me hubiesen entrado las prisas de golpe. Me planché la mini falda y me sacudí el polvo imaginario de las piernas.

—Oye, Roy. Puedes decirle a tu *Dios* que te conserve bien la vista porque va a ser el único de los cinco sentidos que vas a disfrutar de mí.

—¿Q-quéee? ¿Qué haces?

Me acerqué a su oído, todos los músculos de su cara se habían contraído, uno a uno. Incluso creí oír el rechinar de sus muelas. Parecía estar sufriendo un ictus o algo parecido.

—Así que ahora vas, rubiales y te la cascas solito como uno de esos monitos de feria hasta dejártela en carne viva. ¡Ah, eso sí! Por favor, hazlo en la habitación de tu hotel, no en nuestro baño. Graciaaaaas.

Le di un par de palmaditas en el hombro a modo de *colegueo* y le dejé allí, abandonado en la cocina, con los pantalones bajados y una erección de caballo que no iba a bajársele ni con una ducha de agua congelada. Aunque la verdad, no me dio tiempo de regodearme todo lo que me hubiese gustado, porque no sé quién perdió más. Ejem. Ni que decir que una no era de piedra y ese super *momentazo* a lo Kim Basinger en Nueve semanas y media, bien me valió una cita íntima en el *backstage* con el *Satisfyer*.

26
El paciente inglés

(Anthony Minghella, 1997)

ALEXANDRA SIMMONS

—¡Ey, espera, espera, morena! —oí gritar a Jake tras de mí, pero seguí en mis trece, enfurruñada y calle abajo, sin detenerme, desde la *Porta al Coglio* hasta la *Porta al Murello*.

Juro por Dios que no quería verle, él era el último hombre sobre la faz de la Tierra que querría ver en esos momentos. Estaba dolida, confundida y cabreada, sobre todo conmigo misma, porque parecía idiota, porque no aprendía la lección y por haberle permitido entrar de nuevo en mi vida.

Eché a correr, pero pronto me dio alcance, colocándose estratégicamente delante, cortándome el paso, entre la muralla medieval revestida de piedra y su cuerpo, con vistas panorámicas al valle d'Orcia. ¡No tenía escapatoria!

—Hablemos, joder. Háblame, lo soportaré. Soportaré carros y carretas, lo que haga falta. Lánzame la caballería enterita, pero… —suplicó, imprimiendo el último soplo de aliento en mis labios, derrotado, como si las fuerzas estuvieran a punto de abandonarle—. Por favor, Álex… no me hagas esto.

Me estremecí de pies a cabeza. Y le giré la cara, no quería mirarlo. Aunque él no tardó en cogerme de la barbilla y guiarme hacia la suya.

Buscó mis ojos, los míos estaban humedecidos. Sí, había estado llorando.

—¿Qué te hago, Jake?

Fue entonces cuando el vaquero de ojos grises me limpió con el pulgar esa rebelde lágrima que seguía allí, atrincherada en mis párpados.

—No me gusta verte así, no me gusta verte llorar, me partes el alma.

—Pues deberías aplicarte el cuento y no…

—¿No qué?

Me quedé en silencio y por un instante cerré los ojos. A mi mente vinieron todos los recuerdos. Imágenes distorsionadas, fusionadas unas con otras. El habernos querido como posesos hasta llegar a hacernos tanto daño. Las miradas cómplices, los besos, las caricias, las noches en vela, el desvestirnos a media luz, los días en el rancho, las excursiones a caballo, las barbacoas con Thomas y Dakota, los baños en las frías aguas de Medina Lake. Me vi desnuda, caminando descalza, haciendo crujir los tablones de madera de la cabaña para acurrucarme a su lado, en solo

medio metro, en la cama. Hundir mi cara en el arco de su cuello, cerrar los ojos mientras olía su piel. El tacto de sus yemas recorrer lento mi cuerpo, lamer toda mi piel, la punta de su lengua colándose en mi sexo. Mis dedos enrollando los mechones de su pelo, tirando de ellos al gemir de placer. Arqueándome. Sintiéndonos. Necesitándonos…

Todo, absolutamente todo, se coló por el hueco de mis costillas y salió al exterior supurando rabia.

—Quiero que te vayas, Jake —apresuré a decir soltando el aire que había retenido demasiado tiempo en mis pulmones.

—¡Joder, Alex!

Me quedé en silencio y mi corazón empezó a bombear con fuerza.

—Dame una razón para que lo haga. Solo una.

No tenía ninguna. Ninguna tan poderosa.

—Por favor. Te lo pido por favor.

—Esa no es una razón de peso —protestó—. Esfuérzate más, morena.

Pensé en algo con celeridad. Algo que destronara de un plomazo, todas sus absurdas esperanzas volcadas en un *nosotros*.

—Estoy enamorada de Franco Salvatore—mentí.

—Mientes.

—Lo estoy.

—Mientes.

—No puedes afirmar eso así, tan categóricamente.

—Por supuesto que puedo. Y lo hago: mientes.

Le miré ceñuda.

—Además, puedo, porque te conozco demasiado bien y sé perfectamente cuando estás enamorada. Y tú, Alexandra Caroline Simmons, no lo estás, al menos no de ese hombre.

Sonrió con autosuficiencia.

—¡Lo estoy! ¡Maldita seas, Jake Maverick!

Grité para sonar convincente, pero no lo conseguí, pues Jake no solo no se apartó de mí, sino que se acercó mucho más, estrechando las distancias para gruñir en mi boca:

—Lo siento en el alma, Alexandra, pero no lo estás. Y voy a demostrártelo ahora mismo, porque sigues enamorada de mí.

Me miró intensamente a los ojos y sin mediar palabra, me cogió por la nuca y estampó sus labios contra los míos con dureza, como si el no hacerlo en ese momento, temiera inmolar su cuerpo por dentro. Hacía casi dos años que no sentía su anhelo en mi boca, su lengua lamer con una ansiedad desmedida la mía. La necesidad hecha carne, saliva, sangre. Le devolví el beso. Lo sentí todo. A él, a mí, ese tú y yo, ese nosotros. Jake y Alexandra, invencibles.

Insondables.

Resurgió, todo otra vez.

No supe reaccionar. Bueno, sí.

—¡Te odio! ¡¿Me oyes?! —bramé y le aparté violentamente de mí de un empujón—. ¡¡Te odio con todas mis fuerzas!!

—Alex… no.

Empecé a golpear su pecho, con fuerza y sin control. Y a gritarle, eso también.

—¡¿Tú?! ¡¿Pero tú quién te crees que eres?!

Quiso cazar mis manos para que dejara de pegarle, pero estaba fuera de mí, dueña de una fuerza descomunal. Lloré, sí. Tengo un vago recuerdo, pero creo que mientras le atizaba, lloraba e incluso le arañé la cara.

—¡Ya basta, Alexandra!

Desoí cada una de sus súplicas. Jake aguantó estoicamente mis arremetes inyectados en furia. Las sacudidas, los gritos, los insultos. Las gilipolleces que expulsaba por esa boquita que Dios me había dado. Todo. Hasta que finalmente me abrazó. Rodeándome con los brazos, enérgicamente; como si se tratara de una camisa de fuerza. Evitando, mitigando en parte mi dolor, para que no siguiera convulsionando de esa forma.

—Eh… shhhh… morena, tranquilízate, vamos. Venga…

El suave susurro de su voz caló hondo en mí y también lo logró una de sus manos cuando acariciaron mi espalda en círculos. Era cierto, Jake Maverick me conocía muy bien. Sabía cómo calmar mis demonios y que sufriera lo menos posible, para muestras un botón.

Desconozco durante cuánto estuvimos así, él abrazándome sin soltarme y yo llorando, mojando su camisa. Creo que mucho, pues perdí la noción del espacio-tiempo.

—Jake, n-no lo hagas…

—¿El qué?

—Quererme así.

Cogió aire.

—Nunca he dejado de hacerlo. A ver si te queda claro de una puta vez.

Sonreí sorbiendo los mocos por la nariz. Nunca había conocido a alguien que pudiera ser en una misma frase el ser más romántico sobre la faz de la tierra y también el más *brutote* sin desmerecer en el ranking a John McClane en la saga La jungla de cristal.

Apartó el pelo de mi cara, el que me caía sobre los ojos y me limpió los chorretones de mis mejillas con el dorso de su mano.

—Alex, mírame.

Lo hice. Le miré y se echó a reír.

—Joder, estás hecha unos zorros. Cualquiera al verte diría que te has pegado una buena juerga. Incluso te diría que si te sentaras ahí —señaló con la barbilla a la esquina— y sostuvieras una pancarta que dijera «soy lisiada de nacimiento», alguien te echaría una monedita.

—¡No seas tonto!

Arqueé la ceja imaginando la escena y le di un manotazo en el brazo. Me reí. Y él me imitó. Nuestras risas colisionaron y se fusionaron en una. Ni qué decir que sueltas, cada una por su lado eran hermosas, juntas se convertían en algo indescriptible, en el mejor de los sonidos.

Y también porque cada situación tiene su banda sonora…, esa era la nuestra.

27
Memento

(Christopher Nolan, 2000)

ROY JONES

¡Elemental, mi querido Watson!

Si no hubiese actuado como un auténtico gilipollas, seguramente Nicoletta no me hubiese pegado ese bofetón y girado la cara.

—No voy de farol. Te dije que voy a dejar a Nancy y voy a dejar a Nancy.

—¡Eres! ¡Eres de lo que no hay, Roy!

La rubia bramó como una posesa y quiso volver a girarme la cara, pero esta vez al verla venir, le atrapé la muñeca con la mano y después le doblé el brazo por detrás de la espalda. Nuestras caras quedaron a pocos centímetros la una de la otra.

—¡Suéltame, Roy Jones!

—¿Para qué vuelvas a darme un bofetón? Ni de coña, rubita.

—¡Ahora!

¡Manda cojones! Tenerla así, a mi merced y con su pecho pegado al mío cada vez que inspiraba una nueva bocanada de aire, activó de nuevo mi lado más irracional, ese en el que dejaba de actuar con normalidad y me asemejaba más a un animal de bellota que a un humano, ese en el que dejaba de pensar con el cerebro y lo hacía con mis Países Bajos. ¡Que pensaba con la polla, vamos!

Mierda, no. Volvía a estar empalmado. Menos mal que estábamos en la segunda planta y a solas en su habitación, que sino no sabría donde esconderme para bajar la erección de caballo que tenía.

«¡Cómo echaba de menos follarme a esa rubia, joder!», resonó con fuerza en mi mente.

Me dolían hasta las pelotas, las tenía tan hinchadas que temía que fueran a explotar como unas granadas de un momento a otro. Esa era la segunda puta vez que me la ponía tiesa en unos minutos.

Eché una ojeada rápida a la habitación. Combinación de colores, texturas, accesorios. Las paredes estaban pintadas de un violeta suave, la alfombra y la cabecera de la cama en una lavanda algo más intenso. Un candelabro sobre una mesa auxiliar junto a la ventana, una estantería repleta de libros, un jarrón con flores a juego. En dos palabras: una cucada, todo hay

que decirlo, eso sí si fuera una tía, que no lo era. La mía era lo más parecida a una leonera y no solo porque era desordenado y algo descuidado con la limpieza, sino porque literal, olía a animal muerto.

¡Joder y esa cama matrimonial…! Justo ahí en medio de la habitación, ¡pidiéndome a gritos un test para probar la calidad de sus muelles!

—¿Roy, eres duro de oídos?

—Duro tengo otras cosas. —Pegué más su cuerpo al mío para que supiera lo excitado que me tenía, mi polla rebotó en su vientre—. Mira cómo me tienes, rubita.

—Menuda novedad… —se hizo la interesante—. Pero si te pasas así la mayor parte de tu existencia… empalmado.

—No te confundas. No voy por ahí como un puto salido.

—Eso lo has dicho tú, yo no.

Noté como mi ritmo cardíaco se había disparado y empecé a notar una leve capa de sudor en la frente. Debía actuar, hacer algo o soltarla, pero no podía seguir por más tiempo así o iba a reventar y a eyacular con la ropa puesta.

—¡Cállate ya, hablas demasiado!

Estampé mis labios contra los suyos con fiereza, con intensidad. Le abrí la boca y jugueteé con su lengua, se la acaricié, alternando movimientos suaves y otros más bruscos. Exploré toda su boca y ella no se quedó atrás. Me mordió el labio inferior, yo a ella el superior. Mordisqueadas sugerentes, eróticas. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de un beso tan caliente. Nicoletta era puro éxtasis. Sabía perfectamente cómo besar y cómo excitar con un simple beso, desatando aún más el deseo que tenía por perderme entre sus piernas.

—¡Estás más guapa calladita!

—¡Y tú estás más guapo cuando me follas!

—Lo sé, cariño. Y es precisamente lo que voy a hacerte, voy a follarte hasta que no recuerdes por qué te gusta tanto que te folle yo y no otro.

—¡Menos lobos Caperucita!

Le liberé las manos que tenía sujetas tras la espalda y sin más demora, la agarré a lo bestia del culo y la cargué a pulso para llevarla a la cama. Nicolleta soltó un gritito muy *sexy* cuando la dejé caer sin delicadeza sobre las sábanas y su cuerpo rebotó, ni siquiera las retiré.

—Estás como una puta cabra, Roy Jones, ¿lo sabías?

Me reí.

—Y lo que a ti te pone que sea así.

No me respondió, se limitó a traspasarme la retina con esos putos ojazos almendrados. La volví a besar con ansia viva, como si su boca fuese el antídoto a un veneno mortal. No hizo falta estimularla a besos, Nicoletta era puro fuego, pero me gustaba llevarla al límite. Le aparté el pelo y la besé en el cuello, en los laterales y en esa zona tan *sexy* que conecta con los hombros. Se

estremeció como una gatita cuando fui subiendo muy lentamente recorriendo su cuello hasta que le dije unas palabras calientes al oído.

—¡Eres un puto cerdo! —tembló.

—Calla y concéntrate. Esto no ha hecho más que empezar.

La besé justo debajo del mentón y fui bajando lentamente hasta la base del cuello y me detuve al llegar al escote para desabrochar varios botones, dejando al descubierto sus perfectos pechos.

—Me excita mucho las mujeres que no llevan ropa interior.

—Solo las braguitas, ya me conoces.

—Eso tiene fácil arreglo, luego le pondré remedio.

—Más te vale…

—Shhhh…

—¡A la orden, Capitan Sparrow! —se burló y al poco gimió cuando exhalé mi aliento sobre uno de los senos sin llegar a tocarlo con los labios—. Puto rubiales…

No tardé en pasar la lengua por su sonrosada aureola, trazando tortuosos círculos a su alrededor. Lamí el pezón, lo atrapé con los labios, lo mordí suavemente y después lo succioné. Nicoletta gritó, arañó las sábanas y arqueó la espalda de puro placer. Todo a la vez.

—¡Me matas, Roy!

—Siempre, cielo, siempre.

Después de soplar en su ombligo, descendí despacio por su vientre. Besos cortos, largos, lamí su piel y me detuve un instante antes de subirle la falda y quitarle las braguitas de encaje semitransparente.

—Echaba de menos tenerte así, Roy, entre mis piernas.

Nicoletta separó las rodillas y su sexo quedó aún más expuesto.

—Es justo el lugar donde quisiera estar a todas horas.

Sonreí picarón y enterré mi cara en su coño. Usé la punta de la lengua para comenzarle a lamer desde abajo, desde los labios al clítoris. Gimoteó lastimeramente. Lamí toda la vagina, haciendo círculos con la lengua; lamidas largas, cortas, hacerle sentir toda la humedad de mi boca, imaginando que mi lengua era mi pene, simulando una penetración. Le introduje un dedo, luego otro. La masturbé preparándole para un orgasmo potente, de los que, al acabar, te dejan hecho polvo, pero satisfecho y con una sonrisa de gilipollas en la cara. Vamos, ¡un puto cunnilingus de campeonato!

Y, lo siento en el alma, pero hasta aquí puedo leer. Porque lo que ocurrió después en esas cuatro paredes, no sería nada caballeroso explicarlo por mi parte. Aunque, solo te diré una cosilla para que volatices tu golfilla imaginación y es que, al compartir el tercer orgasmo Nicoletta y yo, de las tremendas sacudidas, se partieron dos de las cuatro patas de la cama…

Y… que ¡lo que pasa en La Toscana, se queda en La Toscana!

28
Intocable

(Olivier Natake y Éric Toledano, 2011)

ALEXANDRA SIMMONS

—No hace falta, Jake. Pobrecilla, no la despiertes, hombre. Déjala que se quede esta noche a dormir. La cama es grande y Luca puede compartirla con ella.

—No quisiera que fuera una molestia.

—¿Bromeas? ¿Desde cuándo Dakota es una molestia?

Ambos miramos la tierna estampa desde el quicio de la puerta en la segunda planta. Los niños a media tarde habían subido a jugar a la habitación y al caer la noche, de puro agotamiento, se habían quedado dormidos en la cama. Estaban para comérselos, de verdad. Dakota rodeando con los brazos a mi hijo, arropándolo y él con la cabecita sobre su pecho, dejando un reguero de baba en su vestido de princesa.

—Eres un sol, Alex.

Me sonrió con los ojos. Con esos preciosos ojos azules que decían tantas cosas sin la necesidad de abrir la boca.

—No es nada. —Ladeé el rostro—. No hago nada que tú no hicieras por mí.

No esperé respuesta por su parte y me dediqué a desviar la mirada ajustando la puerta despacio para no hacer demasiado ruido.

—Te acompaño abajo.

Abrí el paso hacia las escaleras y luego descendí los escalones. Jake me seguía unos pasos más atrás. Le entregué la chaqueta tejana que había dejado colgada en la percha de la entrada y giré el pomo.

—Bueno.

Suspiré.

—Bueno.

Se plantó delante de mí.

—¿A qué hora te va bien mañana que venga a buscar a Dakota?

—A media mañana estaría bien, después del desayuno.

—Genial.

—Sí, genial.

Cambié el peso de un pie a otro y él apretó la mandíbula sin saber qué decir más. En circunstancias normales, dos personas se despiden con un simple: «Adiós», un escueto: «Hasta luego» y si me apuras, con un cómodo: «Nos vemos». Pero, no. Nosotros no sabíamos o no queríamos despedirnos. Saltaba a la vista que ninguno de los dos quería dejar de estar acompañado por el otro. Sí, eso suele ser la parte negativa de las despedidas, que la gente se separa por un espacio de tiempo.

Puede ser que a Jake Maverick le pasara lo mismo que a mí, que desde que habíamos vuelto a saber el uno del otro, una sensación agridulce recorriera nuestras entrañas. Un sentimiento difícil de explicar, pero que se asemejaba mucho al temor de que sucediera por circunstancias del destino algo imprevisible que no nos permitiera volver a vernos en otros dos malditos años.

¿Conoces esa sensación de ahogo por una situación sin siquiera haber ocurrido? ¿Sí? Pues bien, probablemente era así como me sentía yo: completamente perdida, disipando toda perspectiva de lo real y lo ficticio.

—Gracias, morena.

—No se merecen —le sonreí comedida y acabé de abrir la puerta para que pudiera salir de mi casa—. Nos vemos, mañana.

—Sí, a eso de las once.

—Por mí, bien.

La mirada de Jake quedó parcialmente sepultada por un mechón rebelde y ondulado del flequillo. Sopló para apartarlo sin tocarlo, pero fracasó. Instintivamente llevé mi mano a su cara y le retiré el rizo que estaba enredado en las pestañas. Sentí su mirada seguir la mía en todo el proceso; clavada en mí.

—Ya está, solucionado.

—Debería ir a que me repasaran las puntas. Soy un desastre para esas cosas.

—Lo sé. Te falta ser un poco más presumido.

—¿En el rancho? ¿Por si me ligo a una vaca? —sonrió—. No son mi tipo, créeme.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es tu tipo, las gallinas?

Se echó a reír y yo me contagié de su risa, del sonido de su risa y de sus labios al ensancharse. De sus perfectos y alineados dientes. De las canas que afloraban de su barba ahora más tupida y que le otorgaba un aire más maduro, y por qué no decirlo, más atractivo.

El corazón me dio un brinco cuando dibujó mi mejilla con el dorso de su mano. Me había pillado desprevenida. Me costó respirar cuando deslizó las yemas de sus dedos por mi mandíbula hasta rodear mi cuello con una mano, sin apartar su mirada brillante de la mía. Fui testigo de cómo sus pupilas se dilataron raudas y cómo lentamente humedeció sus labios con la lengua. Era tan fácil descifrar ese código íntimo entre ambos. Estaba preparando el terreno para besarme.

—Ya sabes cual es mi tipo, pequeña.

Sonreí para restarle hierro. Actuar como si no hubiese significado nada. Dar la espalda al hecho de que deseaba que me besara, pero era mejor no rebasar esa delgada línea otra vez. Antes debía

ordenar mis pensamientos, sumar los pros y los contras de seguir conociendo íntimamente a Franco Salvatore o volver a perder la cabeza por Jake Maverick. Debía ser justa y no jugar a dos bandas con ellos dos, pero, sobre todo conmigo misma, porque esas combinaciones, acababan saliendo mal. Debía priorizar el orden de mis deseos, pero antes debía averiguar, qué debía desear.

—Me gustan inteligentes, cabezotas, soñadoras —empezó a enumerar— preciosas…, vivas.

—Sí, porque muertas… ¡te tacharían de necrofílico!

—Que no es el caso.

—¡No, por Dios! —Me llevé la mano al pecho—. Espero que no.

Se acercó más a mi cara y mis latidos se incrementaron.

—Nos vemos mañana.

Y me pilló desprevenida cuando me regaló un beso en la cara, rozando la comisura de mis labios. Uno solo. Eso sí, super dulce y lento. Tierno y muy sentido. Dejando sus labios más tiempo del adecuado impregnados en la piel. ¡Qué bien olía, madre mía! Por más que pasaran mil años, jamás olvidaría su olor. Esa esencia a no perfume, ni desodorante, sino a él. A Jake Maverick. ¡Te juro que nadie olía igual!

No supe cómo gestionarlo. Me quedé callada viéndolo irse, despedirse con la mano ya de espaldas y después meterla en el bolsillo del pantalón para sacar la cajetilla y encenderse un cigarrillo que llevarse a la boca.

Me quedé así un rato, sin quitarle el ojo de encima, hasta que vi desaparecer la silueta al doblar la esquina. Suspiré.

—Caladita hasta los huesos —dictaminó una voz tras de mí.

Esa afirmación no me venía nueva, ni siquiera resultó una gran revelación. Sí, lo que sentía por Jake no era nostalgia, ni un capricho pasajero sino algo más profundo. ¡Y eso aterraba!

—Nicoletta, no hagas eso.

—¿Qué cosa?

—Pegarme esos sustos de muerte.

—¡No me seas tan quisquillosa, morena! Y no cambies de tema, que ya nos conocemos. Va, venga, alimenta mi mente enfermiza con un breve adelanto. ¿Qué tal el vaquero y tú? ¿Habéis vuelto? ¿Os habéis liado ya? ¿Sigue follando igual o ha mejorado con los años?

—¡Nooo…! —Negué en rotundo con la cabeza, me mordí el labio y cerré la puerta de la calle.

—¿En serio? ¿No ha mejorado con los años el buenorro de Jake Maverick?

—No. ¡No lo sé! ¡Joder, me estás liando! —puse el grito en el cielo escandalizada y me dirigí al salón para descalzarme y dejarme caer en el sofá—. No hemos… ¡eso! Por favor, no me hagas hablar tan directa que me da pavor. Además, Nicol, pero ¡qué ideas de bombero tienes!

—¿Ideas de bombero?

—Sí, ideas… ¡absurdas!

—Echar un polvo de reconciliación no es una idea absurda, es super saludable y te lo dice una que, de la intensidad al fornicar a lo bestia con el rubiales, hemos roto dos de las patas de la cama de invitados.

Se dejó caer a mi lado y cogió un cojín que se puso entre las piernas.

—¡Nicoletta! —me tapé la boca con las manos—. ¡No puedo creerlo!

—Créetelo, cielo.

Se miró las uñas de las manos, las sopló y luego hizo como si le sacara brillo frotando las puntas en la camiseta. Más tarde se echó atrás en posición relajada. Vamos, que, de haber tenido un puro habano a mano, seguro que se lo hubiese fumado.

—Entonces, ¿habéis vuelto?

—Más o menos.

Sonrió solo a medias.

—De momento, follamos.

—¿Y su mujer?

—Nancy está en Texas. Roy está en Pienza y yo estoy en Pienza. Y, es el primer tío que de verdad me gusta, joder. No puedo evitar acostarme con él cada vez que está cerca. Somos como la miel a las moscas, imposible no caer en la tentación.

—Roy es tu talón de Aquiles, Nicol.

—Lo sé, lo sé… ¿Te crees que no lo sé? Es… es como mi puñetera *kryptonita*. ¡Roy Jones es mi gran putada! Y no tengo ni pajolera idea de dónde nos va a llevar todo esto. Así que de momento —cogió aire— solo voy a pensar en pasármelo de puta madre con él y follar como una posesa.

—Pero que no te rompa el corazón, otra vez.

—Para romper algo que está roto, primero se debe haber recompuesto los pedacitos uno a uno. ¿No crees?

—Cierto. —Abrí los brazos cuando la vi volverse vulnerable y sus ojos a vidriarse—. Anda, cariñito, ven aquí. ¡Vaya par de tontas nos hemos juntado!

Nicoletta olía a cerezas y su pelo rubio a mascarilla con sutiles matices a caramelo. Olía a cuando éramos unas enanas y dormíamos en mi habitación en una tienda de campaña. Y nos pasábamos la noche hablando sobre chicos. Sí, los chicos que nos gustaban y que, por suerte, nunca coincidíamos en los gustos. Ella los prefería rubios y yo morenos. Ella macarras y yo normalitos. Ella que fuesen sobrados en experiencia y yo en cambio prefería ser siempre la primera en su lista.

No recordaba cuánto tiempo hacía que no nos achuchábamos así, ¡quizás años! Y me encantó. Además, prometí anotar en mi mente, hacerlo más a menudo, pues esos simples gestos, solían ser como vitamina para el alma y de eso una nunca va sobrada.

—Recuérdame que llame a Marco Carusso para que traiga su kit de supervivencia y repare las patas de tu cama o esta noche te veo durmiendo en el sofá.

—¡Hecho!

Inspiré hondo y doblé las rodillas para sentarme en forma de indio.

—Alex…

—Dime…

—Elijas a quien elijas, hazlo con el corazón, no con la cabeza. No elijas a uno solo porque te convenga más que el otro.

Me miró seria. Mierda. Estaba hablando en serio. Tragué saliva y me quedé en silencio, sopesando el peso de sus palabras. Tratando de encajar una a una todas las piezas en mi mente.

Dejarme llevar por la razón o por el corazón.

—¿No vas a decir nada?

—Toda mi vida he elegido con el corazón y así me han ido las cosas.

—Tienes un hijo precioso. Tan mal no te habrá ido.

Nicoletta torció el gesto y se encogió de hombros ante la obviedad.

—Ya sabes a qué me refiero, Nicol.

—No. Explícate mejor.

—Temo volverme a enamorar de Jake.

—No puedes volver a enamorarte de alguien que ya estás perdidamente enamorada.

—Lo único cierto de todo esto es que no estoy enamorada de Franco, pero con el tiempo sé que puedo sentirlo, puedo sentirle.

—Joder, nena, pero qué equivocada estás… —Vio que retorcía los dedos de las manos y me las cogió, envolviéndolas con la calidad de las suyas—. El amor no se fuerza, no son unos espectaculares zapatos de Louis Vuitton que, aunque te vayan un par de números más pequeños, te los pones con un calzador si hace falta. El amor nace de dentro, de aquí.

Me señaló en el pecho.

—Claro, ¡eso ya lo sé! Como también sé que, entre Franco Salvatore y yo, puede nacer algo bonito, solo que requiere de más tiempo de maduración.

—Ni que Franco fuese unas jodidas uvas a la espera de su recolección.

—Nicol…

—No sé chica…, espero que sepas lo que haces con tu vida, porque te recuerdo que es la única que tienes. Esto no es un juego de la *PlayStation* donde te regalan vidas al conseguir puntos. Piensa que solo tienes una. Una vida en la que solo tú decides con quien quieres pasarla. Sin olvidar que toda elección, implica la obligación de renunciar. Ahora bien, ¿prefieres un amor perfecto o prefieres un amor real?

Inundé mis pulmones de aire y me levanté del sofá.

—Voy a hacer café, ¿quieres?

—No me ignores, Alex.

—No te estoy ignorando —apreté los labios y seguí a la cocina sin detenerme— estoy procesando, masticando tus palabras porque se me han quedado un pelín atascadas en la

garganta. Por esa razón necesito el café, para que resbalen…

—Qué poética me ha salido la morena. ¡Que sean dos!

—¿Solo y con un terrón de azúcar?

—¡Esa es mi chica!

La vida te va mostrando los caminos que debes seguir, atajar o dar la espalda para buscar de nuevos. La amistad es algo parecido, es sabia, directa y nunca te mentirá, aunque te pique. Y desde luego, te obligará a abrir los ojos, a cogerte de los hombros para que yergas la espalda y te dirá que alces el mentón bien arriba para encarar los retos con osadía y de frente. Ahora bien, a esas alturas de la película, ¿sería capaz de encajar la verdad?

—Café calentito para mi rubia preferida.

—¡Esa soy yo! —alzó la mano como si estuviera sentada en el pupitre de una clase de primaria y supiera al dedillo la respuesta.

—Alex…

La somnolienta voz de Dakota irrumpió al pie de las escaleras.

—Aquí, cielo.

Fui a su encuentro. La niña caminaba descalza, con la coleta deshecha y frotándose los ojos. Era calzadita a su padre, pero en forma femenina. Morena, ojazos increíbles, labios carnosos. Y con Luca también hallé ciertas similitudes, demasiadas.

Sonreí, qué ricura, estaba tan adorable.

—Tengo hambre.

Observé la hora en mi reloj de pulsera.

—Aún es pronto para la cena, pero puedo prepararte un tentempié.

—Guay —bostezó—. ¿Y papi?

—Vendrá mañana por la mañana.

—Vale —se encogió de hombros.

—¿Luca sigue durmiendo?

—Sí, y tirándose pedos.

Se tapó la nariz y puso cara de asco. Nicoletta y yo nos echamos a reír.

—Sí, es pequeñito y… según lo que come a veces va un poco *sueltecillo*…

—Pues huelen fatal.

—Lo siento, cielo.

La besé en el pelo y la acompañé al sofá.

—Hola, cariñito —le saludó Nicoletta haciéndole un sitio—. El *pitufo pedorrete* no te ha dejado dormir, ¿eh?

—¡Ooooye! —le sermoneé a mi amiga—. Solo tiene un año y medio, un poquito de compasión.

Nos echamos a reír las tres al unísono.

—Sí, sí, claro. Todos sabemos lo que el amor de madre tira…

—¿El amor de madre? —preguntó Dakota confundida y yo no pude evitar abrir los ojos como platos.

—Bue-bueno, Alexandra no es la madre biológica de Luca, pero para el caso es como si lo fuera.

—¿Por qué?

—Pues porque se pasa tanto tiempo cuidándolo que al final hasta se cree que lo ha parido ella. Jajaja…

Nicoletta le dio un codazo a la niña y se rio al mismo tiempo para darle mayor sostenibilidad a su gran embuste. Y yo, por el contrario, asentí sus palabras sostenidas por pinzas de forma mecánica y sudando la gota gorda. Disimulé lo mejor que supe, pues la idea principal era la de desviar el temita hacia otros derroteros menos comprometidos.

—Estooo… —Curvé los labios en una media sonrisa y le pellizqué la mejilla con cariño—. Voy a prepararte un sándwich de salami.

Mi amiga y yo nos miramos y yo solté un suspiro de alivio. Parecía que había logrado salvar el inesperado obstáculo del programa televisivo japones llamado «Humor Amarillo» (*Fūun! Takeshi Jō*), en el que los concursantes, sometidos a pruebas de destreza y guiados por el general Hayato Tani, deben llegar al castillo Takeshi para ganar un millón de yenes.

—¡Chupi…!

Al entrar en la cocina, me lavé las manos en la pica del fregadero y luego me sequé el sudor de la frente mientras pensaba que era de idiotas tropezar dos veces con la misma piedra. La primera vez fue cuando Dakota destapó mi identidad con una simple peluca rubia de Rapunzel. Y esta segunda vez, casi descubre por un desliz que Luca y ella son hermanastros. Dios. ¡Qué capacidad tenía la niña para desmantelar a los mentirosos! Bien mirado, quizás de mayor podría dedicarse al campo detectivesco, porque te aseguro que se le daba de lujo.

Las primeras notas de *Shape of You* de Ed Sheran se colaron por la puerta apiñándose por todas las esquinas de la cocina. Alguien había encendido el equipo de música y por lo visto, en un nanosegundo en mi ausencia, había solucionado el tema de los bajos en la salida del altavoz de la izquierda. Nicoletta solía ser así de repelente cuando se lo proponía, guapa, rubia y per-fec-ta.

Cerré el pote de la mantequilla, me chupé el dedo gordo saboreando una gotita aceitosa que se había quedado enganchada y llevé el plato con el sándwich de salami a Dakota.

Al llegar al salón, las vi dando saltos como cabras, porque a eso no se le podía denominar bailar mientras destrozaban el pegadizo estribillo:

Oh-I-oh-I-oh-I-oh-I
I’m in love with your body
Oh-I-oh-I-oh-I-oh-I
I’m in love with your body
Oh-I-oh-I-oh-I-oh-I
I’m in love with your body

Every day discovering something brand new
I'm in love with the shape of you

—¡Ven, Alex! Baila con nosotras.

Nicoletta me quitó el plato de las manos y tiró de mi brazo hacia el centro de la sala.

—¡Ni hablar del peluquín! Soy *arritmática*, ¿recuerdas?

—¿Qué es eso? —preguntó la niña que no dejaba de dar saltitos a mi alrededor como si se hubiese trasmutado en un canguro.

—¿*Aritmática*?

Meneó la cabeza, asintiendo.

—Que tengo dos pies izquierdos y soy una negada para todo lo diferente a caminar con un pie delante del otro.

—¡Bailar es muy *guay*!

—Sí, si no te lo discuto. Viéndoos las caras de chifladas mentales, debe serlo.

—Alex, es anti estresante. Pruébalo, ¿qué tienes que perder?

—Por ejemplo… ¿la dignidad?

Chasqueé la lengua.

—Mi niña. Mira a tu alrededor. Aquí no están ni Jake ni Franco. Solo estamos Dakota y yo. ¿Qué importancia tendrá quién te vea sacudir las caderas a lo loco y desafinar en alguna estrofa? ¡Hay que divertirse, mujer!

—Si tú lo dices…

—Hay gente que lo hace a diario, ¿sabías? Divertirse. Gente muuuuy rara, extraños. Eyyy, dicen las malas lenguas que algunas incluso son de color verde, tienen antenas y dicen: ¡Biri, Biri, Biri!

—¡Qué burra eres!

Le solté un sonoro manotazo en el brazo y analicé la situación desde varios ángulos mientras me mordía el labio. Concentré todas mis energías en observarlas y lo cierto es que parecían pasárselo de muerte. Sus amplias sonrisas, el brillito de sus ojos y el leve rubor de sus mejillas, las delataban.

—¿Qué, morenaza? ¿Te animas?

Estiró el brazo y me ofreció la mano.

—¡Qué coño! ¡Bailar está sobrevalorado!

—¡Di que sí!

Trencé sus dedos y me uní a ellas. Lo siguiente que ocurrió no tiene nombre. Así a bote pronto y haciendo una revisión mental de los acontecimientos, lo resumiré en un par de líneas. Salté, grité, hice gorgoritos, puse el culo en pompa, me tiré por los suelos, hice la croqueta y, casi, casi, casi conseguí hacer el pino puente.

Esa noche de poco no me partí la crisma de milagro.

29
El diablo viste de Prada

(David Frankel, 2006)

NICOLETTA ERCOLESSI

—Ahí, Marco. Por favor, déjalo ahí sobre el mármol. *Grazieeeee*…

Le indiqué con la cabeza para que depositara las barras de pan en ese punto de la cocina. Marco siguió mis indicaciones y al pasar por la sillita en la que estaba sentado Luca, le besó en el pelo.

—Buenos días, campeón.

Bravo! Punto positivo para el panadero que se había metido de lleno en la interpretación de ser el padre de Luca, el hijo de Alexandra, pero que en realidad también lo era Jake, el *macizorro* vaquero de Texas.

—¿Te quedas a desayunar con nosotras? —le preguntó Dakota socarrona.

—No puedo, corazón.

—*Jopetas*…

—No te enfades. He de hacer los repartos por todas las casas de Pienza. Ya sabes, para que puedan prepararse deliciosas tostadas de mantequilla y mermelada como las tuyas.

Le guiñó un ojo y lanzó un beso al aire a Luca.

—No corras con la bici, Induráin, a ver si van a ponerte una multa por exceso de velocidad.

Me reí con ganas. Me encantaba picarle siempre que tenía ocasión, porque al ser tan jovencito, era insultantemente sencillo.

—Lo dudo mucho, guapita de cara. Aquí las únicas curvas peligrosas que profanaría y por las que me lanzaría de cabeza sin pensar, serían las de tu cintura.

—Joder, cómo se las gasta el yogurín —susurré por lo bajini pensando qué responder a eso, cuando cogió la cesta del pan y salió escopeteado de allí, ¡como si le estuvieran persiguiendo mil demonios!

—A ese le tienes enamoradito.

Alexandra me empujó con su hombro y se apoyó en la isla.

—Quita, quita, que con un rubio fornicador ya tengo suficiente.

—Nicol, ¿qué es fornicador?

—*Forni-caaa-dor* —le imitó Luca como si fuera un lorito.

Levanté las cejas y los miré a ambos de reojo. ¡Ya saltó la niña preguntona! La maldita niña que parecía mi puñetera conciencia, ¡pero la censuradora! Y a la buena de Alexandra se le escapó una sonrisita malévola, de esas de: «Ahí te quiero ver yo, a ver cómo sales airosa de esta encrucijada».

—Pobretón, he dicho pobretón —indiqué sin vacilar.

—¿Y por qué Roy es pobretón? ¿No tiene dinero? ¿Es pobre?

Entorné los ojos y cogí aire. La cosa se estaba enmerdando por momentos.

—*Nop*, Roy no es pobre.

—¿Entonces por qué has dicho que es pobretón? Pobretón viene de pobre. Pobre es no tener dinero.

¿Quién me mandaba meterme en sus *jueguecitos*? Se había ganado a pulso que a partir de ese momento le bautizara como *Los Juegos de Dakota*, como si fueran los famosos Juegos del Hambre.

—Síiii, tienes razón. Pero también esa palabra alberga otros significados. Como por ejemplo…

—A ver, voy a buscarlo en la wikipedia.

Y como quien saca alegremente el iPad para invertir en bitcoins, la niña desbloqueó la pantalla, entró en Google y con una habilidad fuera de lo común, lo buscó y empezó a leer:

—Adjetivo, despectivo (persona) que es muy pobre, tiene muy poco dinero o muy pocos bienes.

Alzó la vista del teléfono y me lanzó una mirada un pelín antipática, todo hay que decirlo, de esas de: soy pequeña, pero a mí no me las das con queso. Cojonudo.

—Alex, ¿qué le has dado a esta niña hoy para desayunar?

—Lo mismo que a Luca. Leche con galletas.

—Pues la leche debe estar caducada o debe haberse caído dentro ¡el repelente de mosquitos!

Alexandra se mordió el labio inferior para no soltar una carcajada y partirse el esternón de la risa.

—Puaj, qué asco… —salivó la niña mirando dentro de su vaso.

A ver. Ella podría ser una listilla que apuntaba maneras a lo más alto de las *Tolosas* (‘personas que todo lo saben y tienen que tener la razón a toda costa’). Salvo porque yo hacía muchos años, más de una década, que tenía pelo rizado donde ella aún ignoraba que le iba a crecer.

—Basta, se acabó, hagamos un paréntesis. —Chasqueé los dedos—. Cambiemos de tema, que este ya aburre.

—Aburre —repitió Luca.

—Aburre… —se rio Dakota imitando al enano.

—Ooooye, ¿qué pasa aquí?

Dakota miró a Luca y le hizo cosquillas para que se riera.

—Vale, empezaré yo.

Alexandra se tiró al ruedo.

—¿Tienes novio, Dakota?

A simple vista parecía una pregunta sencilla.

—Claro.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¡¿Tres?!

La niña asintió y a mí me salió del alma barruntar eso, tras poner los ojos del revés:

—¡Por Dior! Que adelantada va la nueva generación.

—Bueno, dos. —Empezó a enroscarse un mechón de pelo en el dedo—. Dos novios.

—Pero si has dicho tres —le recalqué divertida—. ¿Qué ha pasado con ese otro niño? ¿Le has mandado a tomar viento fresco porque no te hacía los deberes? ¿O porque no compartía las chuches contigo?

—Ha pasado que… que me gustaba mucho, Jonathan Prime es muy guapo, aunque no tanto como mi papi. Es moreno y alto y me dio un beso… Un beso con lengua. Y no me gustó. ¡Tenía muchas babas y su lengua estaba muy mojada!

A Dakota casi le entraron arcadas y a mí se me oxidaron de golpe todas las ideas en la cabeza. ¡¿Qué se suponía que debía responder a una niña de siete años sobre un beso con lengua?! No era madre, ni había tenido pareja con hijos, ni siquiera había sido el canguro de nadie. Yo a su edad aún seguía jugando con muñecas.

Tal vez esa tarea estaba fuera de mi alcance.

Por suerte Alexandra me echó un cable, regalándole sabios consejos.

—Para empezar, eres demasiado jovencita para tener novio, aunque sea sin derecho a roce. Y para acabar, ¿sabe tu padre que un niño te ha besado y encima con lengua?

—Noooo… claro que nooo, es papá.

Y lo soltó como si fuera una cosa evidente. No sé si lo decía porque era su padre o porque era hombre. O ambas a la vez.

—Uyyy. Sí. Claro. Es tu padre. ¡No va a ser el del vecino del quinto! A lo que iba…

—¿Papi también te dio un beso con lengua y por eso no estáis juntos?

Torcí el morro.

—No, ese no es el motivo. Las personas adultas sí que se besan.

—¿Entonces por qué no estáis juntos?

—¡Ahí te han *dao*, morena…! —solté tosiendo en la mano para camuflar mi frase. Alexandra necesitaba como el respirar un *gabinete de crisis* para responder a eso. Y ahí estaba yo.

—Yo quiero que volváis a estar juntos —insistió la niña cabezota—. En Texas. Y que vuelvas a ser mi mami. Y que también se venga Luca. Porque quiero mucho a Luca. Ojalá fuera mi hermanito pequeño. Ojalá fuéramos los cuatro una familia. Mi familia.

Dakota abrazó al hijo de mi amiga con una ternura infinita. Y te juro que, si a mí se me paralizó el corazón de cuajo al escuchar lo que dijo y cómo lo dijo, no quería ni imaginar cómo

se sentiría Alexandra en ese momento, quien, sin pensarlo dos veces, fue a su encuentro, se sentó en la silla de al lado y empezó a acariciarle la espalda en círculos.

—Cielo, la vida de los adultos es más complicada que la de un niño. Bueno, en realidad no lo es, pero nos empeñamos en complicarla y hacerla cuesta arriba. Somos idiotas buscando los tres pies al gato, cuando desde un principio sabemos que tienen cuatro. Fingir que es sencilla, no simple y que merece la pena el esforzarse en dejarse llevar. Dar oportunidades. Ser más humanos o simplemente sentir…

Alexandra se quedó callada y yo también. Quizás al acabar de hablar, se diera cuenta de algo, tal vez de la profundidad de sus palabras; de haberlas hecho suyas; de la realidad que ocultaban, ese sentimiento escondido en un recóndito lugar de su ser.

—¿Quieres a mi papi?

—Nunca he dejado de quererle.

—¿Entonces?

—Hay muchas formas de querer, cariño. También te quiero a ti, Dakota. Y a Nicoletta. ¿Comprendes?

—¿Y a Franco?

Dakota frunció el ceño con fuerza, dando por hecho que esperaba una respuesta negativa. Miré a Alexandra recelosa, sin tener ni idea de lo que le iba a responder a la niña.

—También, Dakota.

—¡¡No puede ser!!

Golpeó la mesa con el puño y se cruzó de brazos, enojada.

—¿Y a quién quieres más?

—No puedo responder a eso, mi vida.

—¿Por qué?

—Porque aún no conozco lo suficiente a uno de los dos para tomar una decisión.

—Pues, crea un juego.

—¿Qué quieres decir?

—En el cole, cuando queremos ponernos de acuerdo entre todos, jugamos a algo, a las canicas, al pillapilla o a Sota, Caballo, Rey y lo hacemos al mejor de tres.

—Alexandra —interrumpí esa charla tan discernida entre ambas—. Intuyo por dónde quiere ir la niña y creo que puede funcionar.

—Explícate.

—Plantéatelo no como un juego de niños sino como una oportunidad para conocer a Franco y a Jake. Pero, sobre todo, para conocerte a ti cuando estás a solas con ellos. Tres citas. Tres formas de conquistarte. Tres motivos para decidirte.

—¿No hablarás en serio? —Arrugó el ceño—. ¿Qué te has tomado?

Buscó mi taza de café y lo olfateó.

—Nada, Alex. Piénsalo. ¿Qué puedes perder? —aprecié—. ¿Acabar enamorada de los dos?

—¡No digas tonterías!

—¿Entonces qué te aterra? Venga, suéltalo.

Guardó silencio y tragó saliva despacio.

—Lo soltaré, pero antes…

Tapó los oídos de Dakota quien se removió quejumbrosa al no poder ser partícipe de sus palabras y quedar fuera de la ecuación.

—Me aterra descubrir que sigo enamorada de Jake Maverick.

—¡Alex! —Se quejó la enana—. ¿Qué has dicho?

La morena de quitó las manos que cubrían sus oídos.

—Una tontería, nada importante, solo cosas de mayores.

30
Parásitos

(Bong Joon-ho, 2019)

ALEXANDRA SIMMONS

—¡Por el amor de Dios, decid algo! Y dejad de miradme así, como malditas marionetas sin alma, porque estáis empezando a darme grima.

Sí, la verdad. He de reconocer que la situación era bastante… pintoresca. Había citado a Jake Maverick y a Franco Salvatore a la misma hora y en la misma cafetería. Supuestamente en busca de un lugar neutral para todos. Esa era la idea, un sitio alejado de mi zona de confort y de oídos indiscretos como los de mi amiguísima Nicoletta Ercolessi, mi cotilla Dakota o el imprevisible Marco Carusso.

—¿Jake?

—B-bueno… —balbuceó aturdido con un hilo de voz mientras se frotaba la nuca con una mano y con la otra seguía sosteniendo entre los dedos el cigarrillo a medio fumar dejando que se consumiera solo sin darle ninguna calada—. No sé qué pensar… ¿tres citas y un veredicto?

—Dicho así suena bastante de locos, ¿no, Franco?

—Principessa, no sé qué decir —se encogió de hombros y no disimuló su disconformidad—. Desde luego que hay pocas situaciones que me dejan sin palabras. Y confieso que esta, sin duda, es una de ellas —dio un trago corto a su copa de vino antes de añadir—: Parece un inofensivo juego de niños, pero yo me atrevería a decir que encierra mucho más.

—Sí… Es eso mismo… Un juego… *El juego de Dakota* —me defendí y aplaudí mentalmente porque uno de los dos lo viera desde esa perspectiva no competitiva. Y por favor, no penséis que era por echar balones fuera y culpar a la pequeña niña, sino para darle algo de sentido a todo ese sinsentido—. Vamos, chicos, pensadlo por un momento. Solo por un momento, no os estoy pidiendo tanto ¿verdad?

Miré primero a Franco y luego a Jake, buscando comprensión en mi propósito.

—¿Qué podemos perder?

Me permití el lujo de parafrasear a Nicoletta aunque no estuviera presente. Seguro que a ella no le importaba.

—¿Y ya está? ¿Se decide todo al mejor de tres? ¿Así de simple?

—¡Sí, eso es, Jake!

—Vamos, no me jodas, Alexandra. ¿Qué somos? ¡¿Unas putas conejillas de indias?!

—No, por favor, te lo ruego, no me malinterpretes. —Le mostré las manos en señal de rendición—. Para nada es simple. Por eso necesito hacerlo, para averiguar si…

Me quedé un instante en silencio, el suficiente tiempo para que Jake contraatacara.

—¿El qué, Alex? ¡¿Averiguar si te gusta más follar con el italiano o con el vaquero?!

Jake se incorporó de la silla de muy malas formas y estampó un billete de veinte euros contra la mesa.

—Conmigo no cuentes, morena. Me retiro. Así que… enhorabuena, Franco. Has ganado. Alexandra es toda tuya. ¡Disfrútala!

—No, Jake, no has entendido nada.

—Llevas razón, Alexandra. No he entendido una puta mierda.

Me levanté también y le corté el paso para impedir que se marchara. Conocía al vaquero y sabía que era así, tan temperamental como un potrillo salvaje, indomable. Había que seguir los primeros pasos de la doma, ganando poco a poco su confianza, atarle una cuerda al cuello, ponerle la montura en el lomo para ganarse su respeto antes de proceder a la monta y empezar a caminar.

—Jake, no te vayas, te lo ruego.

—Esta vez te has lucido de lo lindo.

Le puse una mano en el torso y él ni se inmutó. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los tejanos ceñidos a sus muslos y el flequillo ondulado cubriéndole parcialmente la frente y entre los mechones oscuros, unos ojos grises reflejando la más absoluta de las derrotas.

—Hablemos. Marcaremos reglas, no sé. Llegaremos a un acuerdo entre los tres. Haré lo que me pidas, pero, por favor, no te vayas.

Jake abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir con la intención de decir algo, pero la utilizó para llevarse un cigarrillo a los labios y que atrapó con los dientes.

—¿Qué tipo de reglas?

¡Sí, sí, sí! Vamos bien. Vamos por el buen camino. El potrillo había dejado de dar coces al aire, a respirar con más calma y a dejar de oír los demás sonidos y centrarse solo en la voz de su domador.

—Consensuadas. Exactamente las que pactemos entre los tres. —Me miró a los ojos, por fin—. Por favor, Jake, siéntate y dialoguemos con calma.

Dio una larga calada, soltó el aire por un lateral y se mordisqueó una pielecilla del pulgar.

—De acuerdo, morena.

Suspiré aliviada.

—Gracias.

El vaquero ocupó de nuevo su lugar en la mesa. Más serio que nunca. Sin mover un ápice en sus atractivas pero marcadas facciones. Daba igual lo que hablásemos Franco y yo, él seguía callado, pero atento, esperando el momento preciso de intervenir.

Estaba atardeciendo y las vistas desde esa parte de Pienza eran espectaculares, un arcoíris de colores magenta se dibujaba en el horizonte, un bote de acuarelas verdes, ocres y amarillas parecían haberse derramado sobre los campos. Pasear por esas calles y a esas horas era una delicia. La calma dominaba el ambiente y los últimos rayos de sol jugaban al escondite entre sombras fantasmagóricas de los edificios colindantes.

Pedimos otra ronda de vino y una de cerveza para Jake, pues la ocasión bien la merecía. Y cuando el camarero nos dejó de nuevo a solas los tres, Franco rompió el silencio.

—Yo propongo que las citas duren el mismo tiempo, para que no haya favoritismo entre… —se rascó el mentón pensativo—, candidatos. ¿Te parece propio el término, Jake?

Él le respondió con un gesto de indiferencia. Acababa de colocarse las gafas de sol impidiendo ver la expresión de sus ojos y se había repanchingado en la silla con los brazos cruzados. Solo le faltaba colocar los pies sobre la mesa en modo pasota total.

—Más cosas… Nada de besos, nada de contacto íntimo, ni de caricias. Y por supuesto nada de sexo. Ningún tipo de sexo, ni siquiera el oral. Que quede claro. A no ser que sea ella quien lo decida. Entonces sí que puede haberlo.

«¿Sexo con los dos? Posiblemente ese sería la fantasía hecha realidad de cualquier mujer».

Tragué saliva y me abaniqué con la mano, empezaba a notar demasiado calor en mis mejillas. Enseguida rebusqué una goma de pelo en el bolso. Sabía que debía haber una por ahí escondida. ¿Dónde coño? ¡Qué mierdas sabía…! En el bolsillo, en la cartera, en una esquinita, qué sé yo. Y cuando la encontré, respiré hondo y me recogí la melena en una coleta alta.

—Y si eso pasa, si se practica sexo con alguno de nosotros, el otro deberá saberlo antes de su próxima cita.

Por un instante me imaginé practicando sexo con los dos, pero por separado y noté un repentino latigazo de placer que me sacudió de arriba abajo. Y luego ahí, un cosquilleo explosionando en la entrepierna.

¡Oh, Dios!

Sacudí la cabeza.

Franco podría haberlo dicho con más tacto, pero entonces ni hecho a posta hubiese sido tan claro.

—¿Algo más que añadir? —esperé un par de segundos antes de insistir—. ¿Jake?

—¿Dos es tu última oferta?

—¿Dos qué? ¿A qué te refieres, Jake?

Movió el cuello de lado a lado y lo hizo crujir.

—Que quizás tres sea un mejor número —lo dijo con sarcasmo—. Ya sabes, por qué no jugar también con Marco Carusso. Dile que se una a la fiesta.

—A veces pareces idiota —lo solté del alma.

Quise abofetear al vaquero.

—¡Auch! Eso ha dolido —gesticuló de forma teatral como si le hubiese clavado una estaca en el corazón, y al instante dejó de estar tan rígido como un palo de corriente eléctrica—. Vamos, Alex, ahora no te hagas la ofendida. Has pedido ideas. Y yo te las doy.

—Haya paz, señoras y señores.

Franco intervino para mediar entre nosotros.

—Os diría que esas tensiones sexuales acumuladas se subsanan echando un buen polvo, pero como eso iría en mi contra, mejor os quedáis aquí, cada uno quietecito y por separado en vuestro sitio.

Nota mental: escuchar más a Franco, pues la mayor parte del tiempo daba siempre en la diana. Jake y yo éramos más imprevisibles, viscerales y algo caóticos. Nunca se sabía por dónde iban a ir los tiros que disparábamos a diestro y siniestro y eso no era nada bueno.

—Venga, quién empieza.

Franco miró a Jake y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Tú?

—Preferiría no ser yo.

—Por mí no hay problema, entonces… —Dio una palmada y luego se frotó las manos. Se le veía entusiasmado, todo lo contrario de Jake quien parecía habérsele muerto el canario—. Principessa, que sepas que ya he pensado en algunas cosillas.

—¿Ya, Franco?

Entorné los ojos intrigada.

—Cuando me conozcas un poco mejor sabrás que el tiempo es oro y no me gusta malgastar los minutos estúpidamente. Piensa rápido, actúa rápido, vive rápido. Entonces, ¿cuándo empezamos? Estoy deseando tener esa cita contigo.

—¿Esta noche?

Franco tosió una risa.

—Veo que a ti tampoco te gusta perder el tiempo.

—Si no va bien, lo dejamos para…

—En absoluto. Permíteme hacer unas llamadas, mover reuniones en la agenda y seré todo tuyo.

Y antes de que pudiera añadir nada más, se levantó de la mesa, se llevó el teléfono a la oreja y se alejó unos metros para tener algo más de privacidad.

—Supongo que estarás contenta, parece que toda esta mierda te está saliendo redonda.

Inspiré hondo y conté mentalmente hasta tres para no explotar y enviarlo de una patada a la Cochinchina. ¡Una tarea nada fácil…!

—Dame una tregua, Jake.

Apretó los labios y se quitó las gafas.

—Ni de coña.

Me miró intensamente. Callé.

—Joder, ¿tan poco claro lo tienes, Alexandra?

—Quiero estar segura.

—¿Y crees que el juego de las tres putas citas será la fórmula mágica que te ayude a descifrar lo que siente tu corazón?

—No lo sé, es posible.

—¿No ves que es una solemne gilipollez, Alexandra?

—Exactamente la misma solemne gilipollez que cuando te cabreas conmigo y te diriges a mí por el nombre de pila al completo, como si así te importase menos. O qué sé yo, para alejarme más de ti. ¡Como si no te importase una mierda!

—Cada cual maneja sus delirios a su antojo, ¿no crees?

Volví a quedarme en silencio, pero sin apartarnos la mirada el uno del otro. No podía soltársela, me tenía completamente secuestrada en su retina, hipnotizada.

—Es una pena.

—¡Cielos, Jake! —alcé la voz enervada—. No hables siempre en clave que me da mucho coraje. ¿Crees que sería posible no hablar así? Y… ¡¿Y qué demonios es una pena?!

Se pasó la mano por el pelo, despeinándoselo y apartándoselo de la frente.

—Es una pena haber estado tan ciego y no verlo —reconoció—. Permitir que te fueras y después no ir tras de ti, es lo más absurdo que he hecho en mi vida. ¡Hostia puta, cómo pude ser tan estúpido!

El corazón me golpeó fuerte tras las costillas. Sus ojos brillantes, sus duras palabras y el temblor en su labio inferior eran sinceros. No mentía. Ni ahora, ni hacía dos años. Jake nunca había dejado de quererme.

—¿Por qué? ¿Por qué no dejas de autoflagelarte?

—No lo hago, créeme. Dejé de hacerlo hace mucho tiempo. Ahora solo asumo la derrota, porque no hay pérdida si algo no te ha importado de verdad.

—Jake…

Noté una punzada en el corazón.

—Alex, nadie muere por amor —esbozó una sonrisa burlona— aunque es mejor vivir sintiéndolo todo.

Franco se acercó a la mesa y tras repasar las expresiones de nuestras caras con sus suspicaces ojos negros, tan oscuros que a veces se confundía el iris con las pupilas y su pose altivo y refinado, puso la mano con suavidad en el hombro derecho de Jake y sin alterar el tono grave de su timbre de voz siempre homogéneo, preguntó:

—¿Me he perdido algo?

El vaquero chasqueó la lengua con ironía y se volvió a colocar las gafas de sol para camuflar lo desagradable que le resultaba la mera presencia del italiano.

—Nada por lo que debas preocuparte.

—Nada —reafirmé sus argumentos.

—*Perfetto.*

Sonrió tirante, no acababa de creérselo.

Mierda, mierda, mierda. Odiaba con todo mi ser ese tipo de situaciones, esas en las que se corta la tensión con el filo de un cuchillo. Y esa sin duda era una de ellas. Seamos realistas, Jake y Franco nunca iban a ser amigos, no entraba en mis planes y ni siquiera lo pretendía. No obstante, era de agradecer cierto empeño en disimular la tensión alto voltaica de menosprecio que les envolvía cada vez que estaban en el mismo radio de coexistencia, en esos escasos metros cuadrados. Como también agradecí que no se hubiesen partido la cara por mí. Ni por la situación. ¡Ni por ellos!

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando el espejo de mi habitación me devolvía el reflejo. Permanecí allí plantada, continuando en la misma posición desde hacía diez minutos, observando el semirrecogido, la palidez de mi piel y ese tic nervioso en el ojo izquierdo, ese parpadeo incesante, a simple vista casi imperceptible, que contraía los músculos y que resultaba muy molesto. Si es que, ¡me lo había ganado a pulso, por cabezota, por querer llevar a cabo, contra viento y marea, el dichoso juego de las tres citas!

Inspiré hondo, con resignación, al no conseguir calmarme y trazar una perfecta y milimétrica raya con el *eyeliner*.

Negué exasperada con el producto en las manos y abandoné. Tiré la toalla. Así iba a quedarse, un ojo más maquillado que el otro. Ya me daba lo mismo.

—¡Toc, toc! ¿Puedo entrar, cielo?

—Claro, pasa, Nicol.

La espalda de mi rubia preferida se despegó del quicio de la puerta y sus largas zancadas la llevaron a mi lado.

—Estás guapísima. Franco Salvatore se va a poner *to perraco* en cuanto te vea.

Tragué saliva y la miré seria a través del espejo.

—¿Qué te pasa? No te noto todo lo entusiasmada que deberías estar de salir con un pedazo de hombre como ese. Que, por cierto, está en el salón, esperándote. Y vestido con un traje de Gucci de lana fría en gris marengo, camisa de corte *slim* lisa y con pasador, que quita el sentido… ¡No te cuento más!

—No, no me digas más…

Y era verdad, si ya estaba hecha un manojo de nervios, ahora mi estado se había elevado a gelatina.

—Bueno, sí, déjame decirte que hoy cuando he abierto la puerta y le he visto así, trajeado, con ese pelo tan negro y con ese estilo propio tan masculino, me he dado cuenta de qué me sonaba mucho su cara.

Fruncí el ceño.

—¿Recuerdas a James Franco, el excéntrico, polémico y cañón actor y director de Hollywood?

Pensé, busqué su imagen en mis recuerdos y asentí.

—¿Al que denunciaron por acoso y abuso sexual?

—Bueno, sí, pero sin tener en cuenta eso último… —hizo un vago gesto con la mano como de apartar una mosca revoloteando en su cara—. ¡Céntrate, Alex!

Sí, si lo que debía hacer era sencillo, pero es que estaba demasiado dispersa pensando en lo que podría suceder en la cita con Franco Salvatore.

—Pues, *my darling*, ¿no le encuentras un parecido a-bis-mal?

—Hombre, ahora que lo dices… *sip* —le di la razón como a los tontos. En esos momentos sufría una repentina dislexia *actoril* que no me dejaba ordenar los pensamientos con claridad.

Dejé la conversación a medias con mi amiga, porque no quería hacer esperar más al italiano. Así que atravesé el pasillo deprisa para descender por las escaleras de caracol, cuando el sonido de unas risas provenientes de la habitación de Luca, me detuvo en el camino. Volví a pasar por delante y eché un breve vistazo al interior.

Dakota se había manchado las manos con pinturas acrílicas para después estamparlas en el reverso de una camiseta blanca de manga corta. A continuación, apoyó las palmas en la tela y la alzó orgullosa, mostrando su particular obra de arte a su padre mientras Luca pringaba todo lo que se encontraba a su paso.

Sonreí despacio.

Me alegró descubrir que padre e hija seguían teniendo esa conexión tan especial, esa relación tan bonita, tan de verdad. Y que Luca se divertía con ellos, siendo uno más.

—Albert Einstein dijo una vez que el juego era «la forma más alta de investigación». Y a mí me gusta dejar que los críos investiguen a sus anchas —empezó a explicarme el vaquero— aunque ensucien tanto la ropa que luego tengamos que tirarla a la basura o incluso que se coman los Plastidecor pensando que son chucherías para después caguen serpentinas de colores.

Jake Maverick se carcajeó y yo me contagié de su risa sin remedio.

—Jake, eres de lo que no hay —inspiré hondo—. Por favor, no cambies nunca.

El vaquero se levantó del suelo, se limpió las posaderas de los tejanos con las manos y vino a mi encuentro.

—Mala hierba nunca muere.

—En serio.

—Muy serio.

Se recostó contra la pared, se cruzó de brazos y mientras yo negaba con la cabeza, noté cómo me repasaba de arriba abajo con la mirada.

—Qué afortunados son algunos.

—En tu mano estuvo haber elegido ser tú el primero en las citas.

—¿No has oído decir aquello de que lo mejor siempre se deja para el final?

—Guau, ¿te refieres al plato fuerte?

—Ahí le has dado. El postre siempre es la mejor parte.

Sonrió de medio lado algo canalla.

—Vaaale. Tomaré nota para futuros.

—Te aconsejo que lo hagas. Por cierto…

Entorné los ojos cuando dio un paso adelante en mi dirección.

—Te diría que estás demasiado preciosa, pero es que estás más… Estás radiante. Brillas como si fueras una de esas estrellas del firmamento.

Cogí aire para no olvidarme de respirar y noté como se me encendieron las mejillas.

—¿Pretendes que me vaya a la cita con Franco con remordimientos de conciencia?

Se me escapó una sonrisita nerviosa.

—¿Y lo consigo?

Rodé todo digna sobre mis talones y le di la espalda a propósito dispuesta a irme de su campo de visión.

—Adiós, Jake.

—¡Ey, tú, morena! —me chistó y pude sentir el calor de su aliento en mi nuca. Había dado un nuevo paso sin darme cuenta. Y deleité con un nuevo giro para mirarlo por última vez antes de empezar mi cita con Franco. Estábamos demasiado cerca, tanto que, si daba un solo pasito más, uno pequeño, podía devorar mi boca sin apenas proponérselo.

—Pásatelo bien, ¿vale? —Me dio tres toquecitos en medio de la frente. Me agarró la cabeza por la nuca, dudó unos segundos, cerré los ojos al ver que exterminaba los escasos diez centímetros que nos separaban, acercando sus labios a los míos, pero contra todo pronóstico, me besó en la mejilla—. Y no pienses demasiado en mí.

«Capullo».

Abrí los ojos y me encontré con los suyos. Y como una daga, ¡Zas! Su sincera mirada gris penetró en la mía sin piedad, hasta en los huesos, quedando atrapada, como las irrisorias partículas de oxígeno en las paredes de los pulmones, de forma necesitada y obligada.

El caso es que esa noche averigüé que las tres citas no solo iban a ser un completo desastre, sino que lo que iba a conseguir con ellas era generar más incertidumbre. Y darme cuenta de que las pequeñas cosas, los insignificantes detalles que a veces pasan desapercibidos para el alma, son los importantes, los relevantes, los que suman calidad y restan realismo a los grandes acontecimientos. Una mirada, un gesto, un guiño, lo son todo, aunque creamos que son la merma de lo bueno que está por venir. Así, como ilusos, esperando algo glorioso, nos solemos perder los matices, esos microscópicos detalles que dan sentido a la vida.

31
Regreso al futuro

(Robert Zemeckis, 1985)

FRANCO SALVATORE

Había reservado mesa en un exclusivo local de *jazz*, donde tocaban música en acústico, con ese halo antiguo de atmósfera casi de *speak easy*[4], íntimo, sofisticado, de luz tenue y coquetas mesas cubiertas con un mantel aterciopelado granate circunvalando el escenario. ¡Inmejorable! Un lugar icónico por el que habían pasado leyendas como BB King o el estadounidense Cab Calloway y que me recordó al compositor George Gershwin cuando dijo aquello de «En cierto modo, la vida es como el *jazz*... es mejor cuando improvisas». ¡Y cuánta razón tenía!

—Por la expresión de tu cara, adivino que nunca habías pisado un local de *jazz*.

—Intuyes bien.

—¿He conseguido despertar tu curiosidad?

—¡Oh, Cielos! ¡Sí, ya lo creo! Has despertado a la maruja indiscreta que habita en mi interior. Esa que se pasa todo el día, ataviada con una bata de boatiné y rulos en la cabeza. ¡Me fascina este antro!

Me reí, era toda una delicia de mujer. Además de bonita, elegante y culta. Era la primera puta vez en mi vida que no solo me sentía atraído por el físico de una mujer sino también por su… esencia. Estaba convencido que de lo que me estaba enamorando, de ella, era ELLA, de un modo sencillo, gradual, pero a la vez implacable. Como cuando disparan una ametralladora cerca de tu campo de tiro, por más que trates de huir, que corras o te escondas, una de las más de cien balas que dispara por minuto impactará en ti.

—Siempre he sentido curiosidad por saber qué siente un amante del *jazz*.

Le sonreí despacio y aunque complicado, traté de ordenar mis pensamientos para explicar en palabras lo que sentía mi piel cada vez que escuchaba *jazz*.

—Es libertad. El *jazz* no te liga a nada, no te liga a una forma de ver el mundo, te hace sentir libre.

Hice una pausa, sorbí un poco de vino.

—Es como mejor logro canalizar mis sentimientos y mis emociones, así es como los entiendo. Para mí es como leer un libro donde las palabras pueden cambiar completamente cada vez que

deslizas una página entre tus dedos, adaptándose a tu día, a lo que sientes en ese momento, porque mañana será diferente, todo cambiará. Así es el *jazz*.

—¡Guuuuau…!

Alexandra se había quedado completamente en silencio, observándome obnubilada, con la cara descansando en una mano y el codo apoyado en la mesa.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

—Eres toda una sorpresa, Franco Salvatore. Sin duda un tipo poco corriente.

Me eché a reír.

—Me encanta ser así. Diferente. Para bien o para mal.

Y por su mirada deduje que a ella también le seducía que yo fuese así.

—Verás, te contaré un secreto.

Alexandra siguió mirándome con curiosidad.

—Desde que te vi por primera vez, me resultó muy atractivo ese humor tan fresco que se te escapa sin darte cuenta.

—¿Me tomas el pelo?

—En absoluto —rellené su copa de champagne, tres tercios.

—Y… ¿Cómo de fresco? ¿Cómo el de un enjuague bucal? O ¿Cómo el de una bola de helado?

—¿He de responder a eso?

Se encogió de hombros y yo curvé los labios.

—Es tu cita. Tú sabrás cómo prefieres disfrutarla o malgastarla. Pero… conocernos y saber un poquito más acerca el uno del otro, podría ser un acierto.

Me guiñó un ojo.

—A rebujito.

—¿A qué?

—Tan fresco como un rebujito.

Se atrapó el labio inferior con los dientes, pensativa. Yo en su lugar, me quedé embelesado, mirándola. Ella era sensualidad en estado puro, de una belleza salvaje y delicada a la vez, debido a su cara angelical con ese toque justo de picardía que lo iluminaba todo. Dueña de una mirada especial y profunda y tan atractiva como el mar del Caribe. Y de unos enormes y redondeados ojos azules que captaron insultantemente mi atención, a simple vista sin siquiera haber intercambiado un par de palabras.

Alexandra Simmons era la mujer con los ojos de agua.

—El rebujito es un cóctel, una combinación sensacional entre vino, manzanilla y refresco tipo *7up* o *Sprite*, y a todo eso se le añade hielo y un toque de menta. El mejor del mundo según afirmó un experto en cócteles del popular *New York Times*.

—Nunca había oído hablar de él.

—Puede ser porque es originario de las ferias y fiestas andaluzas. Allí en esas tierras, no se entiende ninguna caseta ni ningún ambiente festivo sin llenar jarras con esa bebida e ir repartiendo vasos después.

—Eso se toma en España, ¿verdad?

—Sí, sobre todo en Sevilla.

—Nunca he estado allí.

—¿Y te gustaría?

—A quién no.

Sonaba *Someday my prince will* come de Bill Evans, Scott LaFaro y Paul Motian cuando lo decidí, así a la brava. Porque las mayores locuras, solían ser las no planificadas.

—Eso está hecho.

Pestañeó.

—¿De qué hablas?

—De nuestra próxima cita.

—Señor… —puso los ojos en blanco— Franco, ¿siempre eres así? ¿Culo veo culo quiero? Me gusta algo y ¿me apropio de ello?

—Sí.

—Te juro que me partes todos los esquemas.

—Ah, no sabía que los tenías preconcebidos con respecto a mí.

Abrió la boca, balbuceó y la volvió a cerrar. Y sus mejillas se tiñeron de un sutil bermellón. Y la estudié y su espalda se hundió en el asiento, solo un poco. Me gustaba mirarla cuando sonreía con esa facilidad innata que pocos tienen, cuando se mordisqueaba el labio inferior sin saber que me moría de ganas de hacerlo yo por ella. Y me tenía loco, devanándome los sesos, tratando de descifrar qué era lo que más me atraía de ella. Llegando a la conclusión de que no eran sus ojos, ni su pelo, ni su cara, ni sus curvas, ni su risa, sino todo ella.

—Dilo —sentencié—. Di lo que pensabas de mí al conocerme y lo que piensas ahora.

—¿Pretendes que enturbie la noche con patochadas y se vaya al traste?

—Lo pongo en duda. Sorpréndeme —la animé, apoyé los antebrazos en la mesa y entrelacé los dedos de las manos—. Podré soportarlo.

La vi dudar. Morderse el interior de la mejilla. Hacer girar el anillo en su dedo.

Era lógico que tanteara la situación antes de confiar plenamente en mí. Si en mi vida me hubiese topado con un tipo como yo, hubiese cambiado de acera a la primera de cambio. Solía ser un ser déspota, prepotente y hasta presuntuoso, si me apuras. Dicen que la cara es el espejo del alma, pues la mía era como un libro abierto. Se me veía venir y no lo ocultaba, al revés, me suscitaba cierto morbo intelectual provocar ese reconcomio en los demás. Disfrutaba y no te negaré que casi eyaculaba de placer cuando llevaba al palurdo de turno al límite, hacerle trabajar bajo presión y que alcanzara sus logros, porque es así como se consiguen, a base de palos y de

trabajo duro. Nadie regala nada. Todo te lo has de saber ganar. Es más, el sabor del éxito es muy goloso. Verdaderamente, la mejor de las adiciones.

Ahí va. En tres, dos, uno…

Se tapó la cara con las manos y luego cogió aire o carrerilla, según se mire.

—Eres calculador, necesitas tenerlo todo bajo control, perfeccionista al extremo, excéntrico, no te gusta que te lleven la contraria. Un ser sin escrúpulos. Tu verdadero perfil psicológico es de un *trader*, un auténtico *Lobo de Wall Street*, vamos. Dinero, poder, mujeres y crees que la discreción y la mediocridad es una cualidad pasada de moda. Las relaciones interpersonales las consideras de segundo plano. Te ambiciona poseer cosas, personas, sueños. Te motiva la competitividad y odias perder. Y por ese motivo… no sé si realmente te gusto como mujer o como la cabeza de un ciervo que mostrar de trofeo sobre la chimenea. No sé si de verdad me deseas o simplemente te has propuesto ganar el *Juego de Dakota*.

Estallé en una sonora carcajada.

—¿Y todo eso lo tenías guardado en la recámara o lo has improvisado?

Joder. Si seguía enumerando tantas barbaridades, aunque fuesen verdades como puños, y la realidad siempre superaba la ficción, pues mi carácter era peor, mi superego de Superman moderno, ese que tantos años me había costado cimentar, iba a verse resentido.

Curvó los labios.

—La lista es infinita.

—No conocía esa venita tuya a lo Cruella de Vil.

—Lo lamento. Aunque… ¡qué narices! Te viene bien merecido por preguntar.

—Principessa, no pidas perdón y luego regreses a la carga para golpearme con saña en la barriga. Es retorcido. Arréglalo.

Quise sonar serio, pero no lo logré. Una sonrisa canalla cruzó mi cara.

—No sabría cómo hacerlo.

—Mójate y dime una cualidad que resalte en mí.

—Que eres insultantemente atractivo —confesó con fingida inocencia tras dar un trago a la copa de vino sin atreverse a mirarme directamente a los ojos, sentía vergüenza—. ¿Te vale?

Esbocé una sonrisa ladeada.

—Me vale, Principessa. Es un buen comienzo.

—Te conformas con poco.

—La atracción física es un factor muy importante en una relación de pareja, a sabiendas que es efímera, perecedera e incuestionable para el ser humano, pues evidentemente, se prefieren las cosas agradables a la vista.

—Que seas guapo a rabiar no resta importancia a que…

—Dilo.

Carraspeó.

—… de haber sabido que eras más tratable me hubiese sincerado mucho antes.

—No te confundas, soy un grandísimo hijo de puta, pero con quien lo merece. Sobre todo, en los negocios. En ese ámbito no suelo dejar títere con cabeza. Y cuando me cabreo, ¡uf! Es conveniente no estar cerca.

—Espero nunca tener que conocer esos… efectos devastadores y la onda expansiva de un cabreo de Franco Salvatore.

Me levanté de la silla y rodeé la mesa.

—Ven.

Alargué la mano.

—¿Adónde?

—A bailar.

—¡Oh, no, no! Soy *arritmática*.

—Sin excusas, Alexandra Simmons. *Andiamo*.

El camarero se llevó la botella de champagne vacía y la repuso por otra con la superficie perlada que la dejó en la cubitera. Momento que aproveché su descuido para atraparle una mano y tirar de ella.

—Soy pésima bailarina.

Se adelantó a sus conjeturas.

—No pretendo ponerte nota.

—Creo que no existe calificativo para lo que estás a punto de presenciar.

Siguió mi rastro por el club. Varios pasos nos separaban del escenario. Y allí, en medio, junto a un par de parejas bailando *Speak Low* de Roy Hargrove, me detuve. Llevé sus manos a mi nuca, dejó descansando los antebrazos sobre mis hombros y yo me permití el lujo de rodear su cintura con mis brazos. Nuestros cuerpos quedaron casi adheridos, ceñidos y empecé a moverme marcando el paso. Ella se dejó llevar, aunque le costó unos segundos destensar esa rigidez que no le permitía liberar cierta vergüenza.

Le aparté el pelo del oído, acerqué mi boca y le susurré despacio:

—Bailar es como hacer el amor. No se aprende, se siente.

Olí el perfume que emanaba de su piel, era tan dulce que se me caló dentro, en las paredes de los pulmones. Su piel se puso de gallina cuando la vértice de mi nariz surcó las palpitaciones de su vena carótida.

—Franco…

Se separó un poco de mí. La vi morderse el labio y me fijé en que se le había desprendido una pestaña del ojo.

—Quieta. No te muevas.

La separé de su piel y se la mostré.

—Pide un deseo, pero no lo pronuncies en alto o no se cumplirá.

Sonreí. Me perdí en sus grandiosos y brillantes ojos y seguí el recorrido que le llevó a su boca. Tragó saliva despacio y se mordisqueó el labio, nerviosa.

Y entonces, en ese jodido segundo, lo supe. Me di cuenta que estaba realmente jodido, por estar a punto de quebrantar mis propias reglas que había impuesto en el juego de las tres citas. Una tras otra, como ver caer a las malditas fichas de un dominó sin poder hacer nada por imposibilitarlo.

—Los deseos se desvanecen si los esperas, Franco. Solo se cumplen cuando los provocas.

No quise hacer nada por impedirlo, aunque me pusiera contra las cuerdas.

Sucedió.

Dejé que pasara.

Trepé su espalda con los dedos, surcando las putas costillas, antes de quedarme sin aliento cuando la agarré con fuerza de la nuca y presioné mi boca contra la suya. Me perdí en sus labios, prisionero en el sabor de mi saliva en su condenada lengua.

Me pudieron las ganas, el conocernos, las ondulaciones de la canción adhiriéndose a nuestro cuerpo como una segunda piel y la puñetera onda expansiva de sentir a otro ser; de sentirla a ella, hasta en los huesos.

---

[4] *Un speakeasy (equivalente a 'tugurio' en castellano) era un establecimiento que vendía de manera ilegal bebidas alcohólicas durante el periodo histórico de Estados Unidos (y Canadá) conocido como Prohibición (1920–1932, más tiempo en algunos estados). Durante este tiempo, la venta, elaboración de bebidas alcohólicas y su transporte eran ilegales. Debido a ello se denomina speakeasy a los tragos de la actualidad a base de ron que era lo que más se contrabandeaba en esas épocas.*

32
Un tranvía llamado deseo

(Elia Kazan, 1951)

JAKE MAVERICK

—Vamos allá, a ver si paso el jodido casting de las tres citas con nota.

Di una sonora palmadita al aire y luego me froté las manos, teatralmente, como si todo me sudara los cojones.

—Jake Maverick, te recuerdo que no estás obligado a tener cita conmigo.

—Noooo… si, ¡si ya lo sé, Ojazos! El otro día me lo dejaste muy clarito; cristalino, diría yo. Porque parecía que, de la ecuación, el que sobraba era yo y no Franco.

Me miró con cara de mala hostia y casi me dio escalofríos, lo juro por mi colección de más de quinientos cromos que regalaban las empresas tabacaleras para afianzar su clientela, entre los más destacados los de Ty Cobb, Cy Young u Honus Winter, que son dignos de un museo y que empecé a recopilar, casi de forma enfermiza, pidiéndole al cascarrabias de Thomas que fumara distintas marcas para ampliar la colección.

Pues eso, que Alexandra daba miedito, como esos perros mil leches, esos gusarapos y con jeta de piraos, que te ladran por el mero hecho de respirar cerca de su lado. Así, todo chulillos, demostrando una fuerza y una rabia desmedida, como si fuesen un puto dóberman, cuando en realidad lo que sentían era un pánico atroz.

Sonreí para mí.

Ya lo decía mi viejo: «Perro ladrador, poco mordedor».

—Morena, no gesticules con tanto ímpetu pues así es como a uno le empiezan a salir esas arruguitas de expresión que tanto detestáis las mujeres. —Puso cara de nutria desvalida e instintivamente se palpó las mejillas y la frente—. Sí, eso es. Justo ahí… y… ahí.

Resalté un par de puntos en la comisura de sus increíbles ojos del color del puto cielo, tocándole un poquito más la moral.

—¡Dios, Jake! ¡Eres despreciable! ¿Lo sabías?

Solté una risotada y eché la cabeza hacia atrás.

—Vete acostumbrando, porque yo siempre te diré la verdad, aunque te escueza. Detesto ir del palo hipócrita por la vida. No me van esos rollos de tío perfecto. Soy lo que ves. Y si no te gusta, viento fresco. *Byeee, byeee.*…

—*Argggg…* ¡Cómo te odio!

—Sí, nena. Suelo despertar ese sentimiento.

¿Qué coño me pasaba? ¿Por qué no dejaba de tocarle las narices? ¿Quizás porque no me había explicado nada de su cita con el *spaguetti* de los santos cojones? Schist… Sé lo que estás pensando, que desprendía tufo a celos. ¿Celoso yo? ¿Yo? ¡Sí, joder, puede que sí! A ti te confesaré que me ponía frenético el pensar que Alexandra se pudiera estar encaprichando de ese pijo *snob* de las uvas.

Dejé de pensar en ellos dos juntos, dándole la importancia justa y necesaria que merecía ese mentecato, sobre todo para no perder el norte, ser un gilipollas de campeonato y evitar allanarle el camino y cubrirlo de rosas para que pudiera llegar mejor a ella.

Salí a la calle sin esperarla, aunque sabía que la morena seguía mis pasos. Varias zancadas después, me planté enfrente de la Vespa Primavera de 125cc gris perla. Anclé la llave en el contacto y levanté el asiento para extraer dos cascos.

—¿Qué se supone que haces, Jake?

Parpadeó confundida y señaló la moto.

—Ponte el casco.

—Mi casco, dirás.

—Ponte TU casco —remarqué.

—¿Por qué? ¿Qué has maquinado esta vez?

—Es una sorpresa —anuncié a secas y serio para crear cierto halo de incertidumbre en el ambiente.

—¿Una sorpresa… con mi moto?

—Chica lista, veo que sabes sumar dos más dos —sonreí jactancioso—. Ponte el casco.

—Estás de broma, ¿no? No pienso montarme con este atuendo.

Se señaló la minifalda de pliegues a lo Britney Spears en el sugerente vídeo de la canción *Baby One More Time* y yo me dediqué a deslizar mi mirada desde las rodillas a los muslos y más allá, serpenteando por esa autopista llena de curvas y haciendo volar por los aires mi imaginación, notando como todos los átomos de mi cuerpo chocaban entre sí. ¡Boom! Imaginé mi mano colándose por debajo, volver a sentir como las yemas de mis dedos reseguían el encaje de su ropa interior, notando el ardor de su sexo en mi palma. Apreté la mandíbula con fuerza, pero eso no bastó para que se me escapara un jadeo. Fue volver a recordar lo que sentía hacía dos años cuando hacíamos el amor de todas las formas y maneras inimaginables y te juro que el puto corazón estuvo a punto de explotarme en el pecho. Joder. La deseaba tanto que dolía.

¡Maldita seas Alexandra Simmons!

Tú y solo tú, eras capaz de matarme de excitación sin siquiera tocarte.

—¿Quieres que el video de mi culo en pompa lo grave un degenerado y lo suba a las redes convirtiéndolo en viral?

—Oye, ¿Y si pagan bien?

—¡Jake! ¡Qué te folle un pez!

Me dio un manotazo en el pecho con fuerza.

Aullé.

—Mira, Alex. En serio. Es tan sencillo como volver a entrar en casa y cambiarte de ropa. Vamos, no lo compliques todo de mala manera.

—¿Qué yo lo complico todo?

—Sí, —me encogí de hombros— como ahora. Entra en casa y simplifica. Finiquita esta absurda charla de una vez.

Gruñó.

—¿Y las llaves? Dime, ¿por qué tienes mis llaves?

—Mi, mi, mi, ¡MI! ¡Los santos cojones! Me ha quedado claro que el concepto de la posesión lo tienes muy desarrollado —me reí—. ¿Qué pasa? ¿Qué de pequeña tus viejos no te enseñaron a compartir? Que sepas que quien reparte se queda con la mejor parte.

—¡Pamplinas! El que reparte se queda ¡con las migajas! —ignoró por completo mi instructivo comentario sobre la ética y contraatacó—: ¿De dónde narices las has sacado?

Bufé denotando esta vez cansancio. Empezaba a agotarme las fuerzas tanta batalla dialéctica sin sentido.

—Verás, me he tomado la libertad de cogértelas prestadas. Bueno, en realidad se las he pedido a Nicoletta, quien, muy gustosamente, me las ha cedido.

—¡No puedo creerlo! ¡La mato, yo la MA-TO! ¿Ambos conspirando a mis espaldas?

—Ey, la duda ofende, a tus espaldas no, de cara, bonita. Lo que pasa es que cuando te las iba a pedir, estabas en el cuarto de baño acicalándote, podando las uñas de los pies o cagando, qué sé yo. Bueno, seguro que lo tercero no, porque todo el mundo sabe que una *principessa* no caga —imité la voz de Franco al pronunciar *principessa* en clave de mofa—, una *principessa* hace popó almidonado con flores silvestres y purpurina.

Por un momento cerró los ojos y simuló masajearse la sien, creo que estaba llegando al punto más álgido de un monumental cabreo. Lo supe por los indicadores de su cara: el ceño fruncido, el tic nervioso de la comisura del ojo y ¡aquella minúscula venita azulona que afloraba de la nada justo en el centro de su frente!

—¡¿Qué demonios te pasa hoy conmigo?!

—Ponte el casco, Alexandra. ¡Y ya van tres veces!

—No hasta que me digas dónde me vas a llevar.

Se cruzó de brazos persuasiva y contuvo el aliento como cuando éramos unos enanos y nos enfadábamos con nuestro mejor amigo. Con Roy siempre pasaba lo mismo, cuando nos peleábamos, o una de dos, o nos poníamos en plan infantil de: ¡pues ahora me enfado y no respiro! O nos partíamos la cara a base de guantazos con los puños.

Zapateé la colilla con la suela de las deportivas y la miré. Joder, pero qué bonita era en su versión más cabreada. Qué pena que no tuviera un espejo para verse reflejada y darse cuenta de

que, cuando se sulfuraba así, se le acentuaba muchísimo más el brillo de sus iris y se intensificaban el azul de sus grandes y expresivos ojos que me tenían loco. ¡Parecían dos putas bengalas en un 4 de julio! Insultantemente *sexys*, chispeantes, cabalísticos, sensuales a rabiar, provocándome con cada lánguido pestañeo una puta combustión de pirotécnica y ¡fuegos artificiales en mi puta entrepierna!

—Cojonudo…

Medio sonreí y me encendí otro cigarrillo. A este paso, si alargábamos más la espera, iba a fumarme hasta la caja de cartón y los hierbajos que crecían en el bordillo de la acera.

—¿Qué te hace tanta gracia? Porque a mí, esta situación, me parece de todo menos graciosa.

—Nada, morena, cosas mías —alcé una ceja y di una honda calada, retuve el aliento sin dejar de mirarla y luego lo expulsé— Última oferta. Te doy cinco minutos o me marcho solo.

—¿Ahora me das órdenes? —masculló entre dientes con los ojos como platos.

—Coño, Alex. Espabila —di unas palmaditas frente a su cara—, o no llegaremos a tiempo.

—¿A qué?

—Ya te lo he dicho antes, es una sor-pre-sa.

Al final, con gran esfuerzo y a regañadientes, se comportó como una buena nena, e hizo lo que le pedí. Entró en su casa, se puso unos pantalones de pitillo, se caló el casco en la cabeza y se ajustó las correas, alineando la parte delantera con la mandíbula. Palmeé el asiento y más tarde se sentó detrás, sin decir ni mu; calladita como una tumba y conservando una posición estática, con las piernas colgando y tratando de rozarme lo indispensable.

—Alex, pon los pies en las estriberas y sujétate bien a mi cintura.

—Tentador. Pero, no sé si me convence la idea.

—Prometo no pegarte nada contagioso.

—¿Estás seguro? ¿Te has hecho las pruebas de la rabia?

—Joder…

Me reí con ganas y me salió un gallo. Sin ofrecerle réplica a su provocación, di gas a fondo sin ponerle en preaviso, pues la negociación no llegaba a buen puerto, rezando para que el artilugio no se desmontara por piezas y nos viéramos obligados a viajar al destino de la cita encima de una rueda. La antediluviana Scooter hizo un inofensivo y casi imperceptible caballito, obligando a Alexandra a pegar un estridente chillido, quien me atizó en el brazo y se ciñó a mi cintura como una lapa porque no le quedaba más remedio.

—Ay, Santo Dios. ¿Quieres que muera hoy de un ataque cardíaco? —lloriqueó—. ¿Pretendes matarme?

—Solo si es a base de polvos —medio bromeé, muerto de la risa; pero que va, lo dije muy serio. Aunque no supe el motivo, lo solté así, sin más, sin filtros. Supongo que fue culpa de la adrenalina del momento, del rugir de la moto, de la morena pegando su pecho a mi espalda con fuerza, de sentir su cálido aliento rebotando en mi nuca. En tres palabras: sentirla a ella—. La

lástima es que no me dejas pasar de las tres citas y dedicarme a follarte tantas veces como días hemos estado separados estos dos putos años.

—¡Jake Maverick! ¡Deberías cortarte un poquito! ¿No crees?

Me carcajeé y me volví hacia ella.

—Venga, admítelo. Confiesa que ahora mismo estabas calculando mentalmente la suma de los días para saber a cuantos polvos nos tocaban por barba.

—¡Noooo! Para nada. ¡Eres un vanidoso!

—Vanidoso o no, en la próxima cita no vengas tan preciosa e intenta ponerte fea, con un saco en la cabeza bastaría. O no voy a poder reprimir las ganas de besarte.

Se hizo la digna para aparentar que lo que había confesado no le había removido nada en su interior, cero sensaciones. Pero la realidad era otra. Yo, que la había estado observando a través del retrovisor, sin ella sospecharlo, la vi sonreír. ¡Y fue la puta sonrisa más bonita y coqueta que le había visto dibujar estando junto a mí! Y por mis muertos que me bastó, ese simple gesto me dotó de las alas para seguir creyendo en un tal vez, que aún podía tener posibilidades. Que, en un recóndito lugar de su corazoncito hecho trizas por mi culpa, seguía yo aún presente. Ahora tocaba currármelo, devolverle las ganas de gozar de mi compañía, de desearme como hombre, de ver estremecer su piel bajo la punta de mis dedos, serpenteando todo su cuerpo poniéndole la piel de gallina una dos, tres, ¡millones de veces…!

Joder. ¡Me estaba volviendo a enamorar de ella hasta la médula! ¿Era eso posible? ¿Puedes volver a enamorarte de alguien cuando nunca has dejado de estarlo?

Esperaba dar la talla con la primera cita. Iba a dejar la traca final para la última, pero tuve miedo de que Franco Salvatore me saqueara el terreno y Alexandra tomara una decisión precipitada, eligiéndolo a él, dada sus evidentes armas de seducción y conociendo al dedillo mis limitaciones. Debía reconocer que me había salido un rival digno de altura, pero valía la pena arriesgarse e intentarlo.

Abandonamos Pienza y me adentré por carreteras secundarias de la campiña Toscana durante varios kilómetros, dejando campos pincelados de tonos ocres atrás. Con tanta discusión y pérdida de tiempo sin sentido, se nos había hecho tarde y si mis cálculos no me jugaban malas pasadas, en un par de horas iba a anochecer. Di un par de acelerones para reducir el tiempo de conducción, pero antes atrapé sus manos, primero una y después la otra, para plantarlas sobre mi vientre, por si acaso. No quería que se callera y perderla después por el camino, y mucho menos que se partiera la crisma contra el asfalto.

Media hora más tarde, llegamos a un descampado en el que una casa abandonada de la que solo emergía la planta de abajo, parte de la segunda y medio tejado de pizarra, cobraba protagonismo. Un par de cipreses delimitaban lo que, siendo un testigo mudo de lo que se presumía un día fue un acicalado jardín. En esos momentos, solo se veían algunos setos secos, las malas hiervas creciendo sin control por todas partes y el ruido del balanceo por el viento de un columpio oxidado.

—¿Esta es tu venganza, Jake? Como no puedes poseerme, ¿vas a matarme, descuartizarme y enterrarme en este lugar?

Carcajeé y le cogí el casco, guardé ambos bajo el sillín de la moto.

—Primero. Morena, deja de ver películas de miedo. Creía que el friki aficionado a las pelis de Hitchcock era yo.

—Que sepas que creaste un monstruo… —dejó caer.

Alcé una ceja. No tenía ni idea.

—Y segundo —continué, guardando las llaves en mi bolsillo trasero de los tejanos—. Que no pueda poseerte es una afirmación demasiado concluyente.

Andamos, dejando atrás el crujir de algunas hojas bajo nuestros pies, observando la tétrica estampa. Cristales rotos, partes de la fachada derribada dejando ver parte del interior.

Empujé la puerta de la entrada sin apenas esfuerzo, ya se hallaba entornada.

—Jake, ahora en serio —me detuvo cogiéndome del brazo—. Yo te espero aquí. Vamos, te juro que no me meto ahí, aunque me pagasen un millón de pavos.

—Vaya, golpe certero al estómago, ojazos —me quejé, a sabiendas que aún escocían el maldito millón de pavos de Las Vegas y todo lo que desencadenó después.

—Lo siento, vaquero —se encogió de hombros—. Pero… es que me ha salido de las entrañas.

—Alex —me giré—, no tienes nada que temer.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado antes aquí?

Asentí.

—Te prometo que está todo bajo control. ¿Confías en mí?

Le tendí la mano.

—¿Me queda otra?

—Me temo que no.

Le dio vueltas a la cabeza durante unos segundos antes de responder.

—De acuerdo —autorizó y cogió aire. Y yo sonreí.

—Buena chica.

Acabé de empujar la puerta y pasé dentro. Alexandra me siguió, unos pasos atrás. Las deterioradas tablas de madera crujieron bajo nuestros pies al dirigirnos al salón. Al entrar, unos pajarillos se asustaron y alzaron el vuelo hacia su nido. Pronto, el olor a humedad lo invadió todo y los últimos y tímidos rayos de luz, penetraron a través de los agujeritos de las persianas. Recorrí con la vista la gran estancia, al salón vacío, sin muebles, a las paredes repletas de desconchones y a las esquinas sombreadas de humedades. Y justo en el centro, una cajita de cartón repleta de utensilios, dejada ahí, expresamente a conciencia.

—Pero, ¿qué…?

Alexandra caminaba hacia allí, alimentada por la curiosidad. Sin dejar de observarla con los brazos cruzados, vi cómo se arrodillaba y después se ponía a husmear su interior. Iba sacando las cosas una a una, un par de cascos, un bate de beisbol, un martillo de hierro, un par de escarpas…

—Jake, no entiendo para qué son todas estas cosas. ¿De qué va todo esto?

Me mostró unas gafas protectoras.

—Es más sencillo de lo que parece, Alex. —Me uní a ella en el centro y me acuclillé a su lado —. Me gustaría que mantuvieras una experiencia catártica contigo misma y con nosotros como… expareja.

—No comprendo.

—¿Has oído hablar de los *anger rooms*?

Negó con la cabeza.

—Se les conoce vulgarmente como salas de la rabia. Un lugar creado para gestionar tus emociones.

—Sigo sin comprender, qué pretendes hacer.

—La pregunta correcta sería: ¿qué pretendemos hacer? Los dos. Juntos. Derribar muros juntos.

La vi tragar saliva despacio, justo en el instante en que pareció atar cabos.

—¿Se trata de una especie de terapia de exparejas o algo así?

—Más o menos, sí.

Sus ojos azulados brillaron con intensidad por debajo de sus pestañas rizadas.

—Siento que entre tú y yo —nos señalé a ambos—, sigue habiendo un puto muro de contención que nos separa, impidiendo que todo salgan al exterior. Por eso, he pensado que podría ser una buena forma de excarcelar esa ira y esa frustración que sigue viva en nosotros, por nosotros, por lo que nos pasó.

—Jake…

Cogió aire, reteniéndolo en sus pulmones y te juro que le costó soltarlo.

—Ya verás, cierra los ojos. —Esperé hasta asegurarme de que me hacía caso—. Imagina que todas esas emociones negativas sobre nosotros son como una tabla de surf en la que te aferras desde hace dos años. Ahora imagínatela debajo del mar. ¿Lo tienes, puedes visualizarlo?

Ella asintió en silencio y yo bajé el tono de mi voz una octava.

—Pues ahora imagina lo que sucedería si el mar se vuelve más salvaje y se forman olas gigantescas disparando esas emociones hacia la superficie, sintonizando otra vez contigo misma.

Percibí un leve escalofrío en la piel de su brazo.

—¿Y crees que servirá?

—No perdemos nada por intentarlo, morena.

Respiró profundo y alargó el brazo para escoger una maza de hierro, una pesada almádena. Las puntas de los dedos le titubearon un instante antes de rodear el mango con la mano con decisión.

—¿Empiezo yo?

—Por favor. Las damas primero.

Sonreí y le hice un gesto con la mano invitándola.

—Ten. No te olvides de ponerte el casco y las gafas.

Se levantó del suelo y se situó frente a una de las paredes, la que había justo al lado de la puerta que daba a la cocina. Se quedó allí plantada, cavilosa, delante de un par de jirones que colgaban del papel de decoración.

—No te olvides de sacarlo todo. Todo, no te quedes nada dentro. Y… olvídate que estoy aquí.

No me respondió, se limitó a rellenar sus pulmones con grandes bocanadas de aire antes de alzar la robusta herramienta con ambas manos por encima de su cabeza tan alto como le fue posible dado su más de cuatro kilos de peso, como si fuese un hacha; la mano dominante en la parte media del mango y la otra en la base. Adelantó su pie izquierdo y dio un tímido gritito a lo Chita, nada de Tarzán, antes de impactar la pieza de acero contra el yeso, obligándola a flexionar el tronco.

Volvió a golpear otra vez, esta vez con más arrojo. Otro grito de guerra. ¡Otro mazazo!

Mis manos viajaron a mi nuca para frotarla mientras la observaba. Viendo ese despliegue de mala leche acumulada. Pronto se envalentonó y de su boquita empezó a vomitar palabras, reproches e improperios.

—Nunca te lo perdonaré… —bramó y golpeó a la pared con saña—. ¡Me hiciste mucho daño! —tronó. Chilló. Otro golpetazo aún más fuerte que el anterior—. ¡¡Eres un maldito egoísta!! ¡¡¡¿Cómo te atreviste a ni siquiera a no escucharme lo que tenía que decir?!!! —vociferó, atragantándose con su propia saliva. Golpe, golpe, golpe—. ¡¡¡¿Por qué me echaste de tu vida sabiendo que te amaba?!!! —jadeo, golpe, golpe—. ¡¡¡Maldito cabrón!!! ¡¡¡Yo te amaba, con todo mi ser!!!

—¡Basta, déjalo ya Alex o vas a acabar por dislocarte la muñeca!

Me planté tras ella con determinación y al notar mi presencia, se giró de golpe. Sus brazos seguían extendidos sobre su cabeza amenazantes, pero esta vez, el mazo de acero me apuntaba directamente a mi cara para martillearme con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Te odio!!!

Rugió con la voz tan desgarrada y con todo el inmenso dolor que tenía almacenado dentro, que su sufrimiento me traspasó el pecho y fue exactamente como arrancarme el corazón de cuajo, metiendo su puño en mi pecho, sin separarme las costillas y luego lo retorciera con sus propias manos.

Estaba como ida, con el rostro desencajado, respirando entrecortadamente. Pronto la cara se le llenó de lágrimas; llorando con desesperación. Estaba sudorosa, jadeante, preciosa. Su pecho subía y bajaba en un vaivén descontrolado. Y cuando se dio cuenta de que era yo y no la pared quien tenía delante, bajó los brazos, derrotada, como si no le quedasen más fuerzas por las que luchar y dejó caer la herramienta del demonio a sus pies.

—¡Te odio, Jake Maverick, con todo mi ser!

Me dio un empujón en el pecho, pero no lo suficientemente fuerte como para desplazarme del sitio y desestabilizarme. Luego, al ver que seguía impasible, se quitó los guantes y me los lanzó a la cara con menosprecio.

Seguí sin inmutarme, mirándola.

—¡Te odio! —reiteró con los ojos llenos de lágrimas, nunca la había visto mirarme así.

—Alexandra, era la única forma que encontré para que sacaras todo lo que tenías dentro y dejar que el dolor te atravesara el pecho. ¿Duele? Sí, joder, lo sé. Pero así es como se vencen los fantasmas, porque los valientes… han sido siempre cobardes.

Hipó y negó con la cabeza.

—¡¡TE ODIO!! —Me dio otro empujón, este fue con diferencia mucho más fuerte que el anterior, consiguiendo desestabilizarme por un instante y obligándome a dar un paso atrás, haciéndome perder momentáneamente el equilibrio—. Y… ¡Y… solo quiero pegarte!

—Pues hazlo, pégame. Adelante, hazlo, Alexandra. Debes hacer lo que sientas aquí y ahora, en este momento, o te arrepentirás.

Abrí los brazos para que supiera que mi cuerpo era suyo y podía hacer con él lo que quisiera. Vi cómo se limpiaba los gruesos lagrimones de la cara a manotazos antes de clavar con desespero sus puños en mis pectorales. Una, dos, tres, cuatro veces. Yo apreté los dientes y aguanté los golpes estoicamente, no me quedaba otra si la intención de toda aquella parafernalia era que sanara su rencor hacia mí de una maldita vez.

Sus nudillos se clavaron en mis costillas, en los costados, en el vientre. Me utilizó como saco de boxeo y no se lo impedí.

—¡Te odio! ¡¡Te odio!! ¡¡¡Te odiooooo!!!

Sentí mi pulso acelerado en mi carótida y no me hacía falta colocar dos dedos al lado de la tráquea para saberlo. No conseguía recobrar el aliento. Sus ojos me tenían hechizado. Atontado. ¡Y su dolor me partía el alma en dos!

—Lo sé... cariño, lo sé.

Y de un arrebato, le agarré de las manos a la altura de mi pecho y los golpazos cesaron al instante. El corazón de Alexandra estaba palpitando ahí, ¡justo en las putas venas de la cara interior de la muñeca! Corriendo una maratón, al igual que el mío. A ver quién de los dos llegaba antes a la meta sin morir en el intento.

—¡Suéltame! ¡¡No quiero dejar de pegarte!! ¡¡¡Te odio!!!

—¡Shhh…! respira… —le susurraba—. Venga, respira… ¡Vamos, puedes hacerlo…!

En cuanto las palabras salieron de mi boca, noté, paulatinamente, que sus jadeos se propagaron en el tiempo, su boca a reclamar menos aire que insuflar a los pulmones y su mirada a estar menos perdida.

—¿Sabes qué, Alex?

—¿Qué?

Le solté las muñecas y dejé caer mis brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—Yo también, Alex. Te odio, ¡TE ODIO! —contesté con rabia—. Te odio por seguir enamorado de ti. Por seguir tras mis costillas, ¡ahí! —palmeé mi pecho con fuerza— tatuada en mi puto corazón. Te odio por no saber olvidarte, por no conseguirlo aun intentándolo hasta la

estrenuidad. Te odio por desearte siempre, a cada momento, en cada soplo de aliento. Te odio porque las discusiones si no son contigo, no tienen sentido. Te odio por echar de menos tu risa, tu piel, tu cuerpo, tu voz, tus puñeteros lunares de la espalda. ¡Te odio porque me revientas todos los malditos esquemas y me volatilizas los putos sentidos!

Alexandra se había quedado muda, mirándome, con el pelo despeinado, la máscara de pestañas surcando líneas negras en su cara, su boca entreabierta rescatando aire para sus pulmones.

—Te odio, Alex. Pero también me muero por besarte. ¡Esa es mi puta realidad!

Se me formó un nudo en la garganta y sentí un pellizco en el estómago al oírme confesar todo lo que sentía, todo lo que llevaba dentro durante tanto tiempo en la oscuridad, en una cajita con siete cerrojos en un rinconcito de mí mismo. ¡Fue toda una revelación para mí! Imagino que también lo fue para ella.

—Yo también te-te ¡te odio!

—Ya lo has dicho.

Sonreí despacio y empecé a limpiarle las lágrimas con el pulgar.

—Y… Y también quiero… quiero besarte.

Me la quedé mirando en silencio, luego exploté.

—No pienses, hazlo —la reté.

—Las… las… reglas.

—¿Qué reglas? —Negué con la cabeza—. Las puñeteras reglas se han creado para romperlas. Hazlo...

Los dos nos quedamos en silencio, mirándonos. Sopesando la puñetera realidad que nos envolvía, las ganas que nos teníamos, la añoranza de dos cuerpos que anhelan tocarse, fundirse, ser uno. ¡Maldita sea! Me quedé sin oxígeno cuando se quitó el casco y dando un paso adelante, se puso de puntillas y se detuvo un instante. ¡Pareció meditarlo un puto solo segundo! Luego me besó. Estampó sus labios de forma casi enfermiza contra los míos, con una violencia desmedida y yo me dejé llevar. La sentí joder, ¡hasta en mis huesos! La sentí toda, su boca, sus labios, su famélica lengua buscando la mía. La desesperación de nuestras manos buscándonos, trazando mapas en la espalda, como si nunca antes nos hubiésemos tocado la piel, la cara, los brazos, el vientre, el pelo, los pechos, cuando nos lo sabíamos de memoria.

Nos empezamos a desvestir torpes, quedándonos solo con la mínima ropa puesta, la indispensable, la que no entorpeciera el paso de mi mano hacia su ropa interior para arrancársela sin miramientos como un puto animal en celo que era, para cogerle del culo a la brava y clavarle mis dedos en sus carnes, para levantarla a peso y permitir que ella enroscara sus largas piernas alrededor de mis caderas. ¡Joder, hostia puta! Gemí en su boca y la estampé contra la pared, casi sin control, como un puto pirado, nervioso como un chaval que pierde el norte por culpa de la revolución de sus hormonas de adolescencia. La penetré con toda la rabia contenida que tenía guardada, ¡hasta casi partirla en dos! Puta ansiedad. Follamos como nunca antes lo habíamos hecho, como si hubiésemos sumado, miento, como si hubiésemos elevado a la máxima potencia

todos los recuerdos vividos, toda la nostalgia contenida de todas las veces que no habíamos hecho el amor esos años.

Le mordí la clavícula, le susurré cosas morbosas al oído, le confesé que la había echado de menos, que nunca hubo otra mujer en mi cabeza, ni tampoco colándose en mis entrañas, pero sobre todo del sentimiento de arrepentimiento, de todos y cada uno de los días, que habían transcurrido desde que la eché de mi vida.

Esa noche, en esa casa abandonada, Alexandra volvió a meterse entre los pliegues de mi piel, profundamente, hasta lograr arañar con sus uñas mi corazón y extasiar mi alma. La sentí toda, ¡joder, completa, mía! Ella en estado puro. Un *tú y yo* volviendo a encajar a la perfección, como las piezas de un puzle; un nosotros materializándose ante nuestros ojos dejando que sucediera. Sudor, olores, ganas, necesidad, saliva, piel, miradas, caricias.

La miré a los ojos.

Sonreí contra sus labios.

—Mi morena… Siempre, siempre…, siempre has sido tú.

Fue necesario romper los tabiques para volverlos a reconstruir, desde los cimientos. Fue como en una maldita metáfora: destruirnos para volver a construirnos; a ser de nuevo nosotros, pero juntos.

Y entonces te juro que pude ver… ¡el puto Nirvana estallando en el cielo en un millón de estrellas!

33
Seven

(David Fincher, 1996)

ALEXANDRA SIMMONS

—Alex, cielo, ¿y qué piensas hacer?

Sacudí la cabeza volviendo en mí.

—¿Alexandra?

—Lo siento. Me he quedado…

—En Babia o en la Dimensión Desconocida, quién sabe. —Me cogió de las manos—. Mi niña, ¿te encuentras bien? Has palidecido de golpe.

—Anoche nos acostamos. —Mi intención inicial era masticarlo, tragármelo con dignidad y que los intestinos hicieran el resto. Pero en el último momento se me hizo bola y ascendió desde el esófago a mi garganta y tuve que vomitarlo todo.

—Con… ¿Jake Maverick?

Se formó un silencio denso hasta que asentí lentamente con mi rostro casi desencajado. Estábamos en el jardín de mi casa, sentadas en una mesita de piedra, con un mantel de cuadros rojos y blancos que cubría la superficie, dos cafés y unas galletas caseras. Y te juro que, tanta calma nos envolvía, que incluso logré escuchar el zumbar de una mosca alrededor de mi oído.

—¡Guuuuau…!

La miré entre atónita y suplicante.

—¿Esa es la única palabra que piensas decir?

—¡Guau, guau, guau! Ahí van tres.

Hice una mueca y puse los ojos en blanco.

—No me ayudas, Nicol.

—Bueno si lo que quieres es que te aplauda, te lance confeti por la cabeza o te baile una samba, lo hago. Pero, es que, mi vida, entiéndelo, ¡estoy flipando, en colorines! Joder. ¿Y qué piensas hacer con Franco? ¿Vas a darle calabazas? ¿Y con Jake? ¿Por fin vas a estamparle la partida de nacimiento de Luca en toda la cara? ¿Y qué va a pasar con tu vida, aquí, en Pienza? ¿Y con la empresa vinícola familiar?

Nicoletta Ercolessi había vuelto en sí de golpe, acabando de aterrizar de las nubes y metiendo la quinta marcha de golpe. Agradecí que, por una parte, lograra robarme una sonrisa, aunque por

otra, era delirante tanta cuestión de la que no tenía aún respuestas.

—Son Gokū, baja de la nube.

—Ey, no seas mala —arrugó la nariz—. Déjame ser partícipe de todo esto. Reconoce que este giro de la historia no te lo esperabas ni tú.

Cogí aire. No le respondí, era evidente que todo estaba sucediendo atropelladamente. Casi sin sentido. Para qué mentir, a veces, las mejores cosas pasan así, sin premeditarlo.

Desvié la mirada a Luca que jugaba con Dakota a *Teddy, colores y formas*, a unos metros alejados de nosotras, cerca del borde de la piscina. Confiaba en la pequeña niña de cabellera rizada y sonrisa perpetua con los ojos vendados, salvo porque un despiste podría acabar en un fatídico desenlace que ninguno queríamos. Mi hijo solo se metía en el agua con manguitos, aún era pronto para que aprendiera a nadar, así que, no estaba de más ir con mil ojos.

—Confiésame una cosa.

Mordió una galleta y la masa crujió entre sus dientes incisivos.

—¿El qué?

Ladeé el rostro después de dar un sorbo a mi taza de café y la miré con desconfianza a través de mis pestañas. A ver con qué bobada me venía ahora.

La rubia ensanchó una sonrisita de oreja a oreja.

—¿Sigue follando como un campeón o ha mejorado con los años como el buen vino?

—¡Nicoletta Ercolessi! —Los niños giraron el rostro en mi dirección al oír el grito en forma de gallo y luego siguieron con sus cosas—. No pienso contarte ninguna intimidad entre él y yo.

—No me negarás que cada día está más bueno el cabrón, con esa barbita medio canosa que se ha dejado y esos ojos tan azules que Dios le ha dado. Te juro que no me importaría que Jake Maverick fuese el Follador Universal, en el hipotético caso de ser el único hombre sobre la faz de la tierra y su deber fuese repoblar la humanidad con su super semillita… —tosió en su puño —: Ejem. Y teniendo en cuenta los antecedentes, yo de ti no tardaría en hacerme un test de embarazo. Ya sabes… por lo de la puntería que tuvo la última vez y que ahora mismo está jugando con Dakota.

—Usamos protección —le mentí para su tranquilidad. Vamos a ver, queda claro que a ambos nos pilló la improvisación del momento y las ganas. La verdad, ninguno de los dos había contemplado esa posibilidad, al menos yo—. Además, tomo la píldora desde hace un año para eso de regular el periodo —eso sí que era cierto.

—Vale, ahora que la cosa del embarazo parece estar resuelta, —recondujo la conversación hacia su tejado—, ¿Qué coño piensas hacer con los chicos? Con Franco y Jake.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes a estas alturas de la película?

—Te juro por Dios que no lo sé, Nicol. No lo tengo claro.

—¿Por qué? ¿Es porque aún no te has tirado al italiano? ¿Por eso? ¿Necesitas catarlo para saber a quién elegir de los dos?

—Sí y no… Tal vez, sí. Tal vez lleves razón. Noooo, ¡No lo sé! —me desentumecí los músculos de mi cuello con un ligero masaje—. ¡Ya no sé ni qué digo! Estoy hecha un mar de dudas.

—Ahora en serio, te aconsejo no demorar demasiado la decisión, más que nada para que el perdedor no salga malherido. Y que sepas que te lo digo desde el cariño. Sin meterte presión, ni nada de eso.

—Aquí no hay vencedores ni perdedores.

—¡Oh, sí, *my Darling*! En el amor y en la guerra, siempre ha sido así desde el inicio de los tiempos. Y te prohíbo que rechistes en esa afirmación.

Me señaló con un dedo acusador y luego se echó a reír porque no pudo aguantar el semblante serio por mucho tiempo.

Reflexioné sobre sus palabras largo y tendido. O al menos hasta que respondí al wasap de Franco para concretar la hora de la cita. Se lo debía, me lo debía. Tenía que ir esa noche con él y descubrir qué sentía o podía llegar a sentir por él.

Por el contrario, no respondí a ninguno de los mensajes de Jake, ni siquiera los abrí, en el fondo temía que cualquier cosa que me dijera, aunque fuera una tontería, arruinaría los planes que tenía con Franco esa noche.

20.00PM

Con la precisión de un reloj suizo, Franco Salvatore se presentó en mi casa. Esta vez no le hice esperar. Me despedí de mi hijo con un beso en el pelo y de Nicoletta que se quedaba al cuidado del pequeño.

Abrí la puerta y una vez más, se me cortó el aliento con su sola presencia. Dicen que el hábito no hace al monje, pero, ¡qué me aspen! No había conocido a nadie más elegante que el italiano. Era seguro de sí mismo, masculino, dueño de un estilo propio que manifestaba una sofisticación digna de elogiar. Jugaba por los trajes oscuros, conjuntando con sus ojos negros y su pelo ligeramente engominado, apostando con los colores que sabía de antemano le favorecían.

Se abotonó la americana, dejando distinguir el largo de la corbata que le llegaba a la altura de la hebilla del cinturón.

Se inclinó para besarme en la mejilla, con delicadeza.

—Estás espectacular, Principessa.

Sonreí algo tímida. Con él siempre reverdecía mi lado más dulce, todo lo contrario que con el vaquero, con él siempre se imponía mi lado más alocado, más aniñado, si me apuras, el más… Alex.

—He seguido tus instrucciones y me he puesto guapa con un vestido largo de noche.

—Buena chica.

Y era cierto. Había escogido del fondo del armario el vestido más elegante que tenía. Uno que aún no había estrenado, en azul marino oscuro, de tubo y con una sola manga larga, un hombro

al descubierto, de gasa y encaje de lentejuelas en la parte superior y una obertura lateral que dejaba al manifiesto una de mis piernas.

—¿Nos vamos?

Me dio su brazo. Me colgué de él.

—Sí.

Nos dirigimos a su impecable Audi A5 Cabrio descapotable, como siempre recién encerado. Rodeó el capó y abrió la puerta del copiloto. Entré dentro, me acomodé y Franco ocupó su lugar a mi lado izquierdo.

—No logro acostumbrarme a tanta caballerosidad.

—Te doy mi palabra que a lo bueno, uno se acostumbra pronto.

Alzó una de las pobladas cejas negras algo insolente y yo cogí aire antes de abrocharme el cinturón de seguridad. De Franco podría decirte que me cautivaban muchas cosas de su personalidad. Que era atento, agradable y me hacía disfrutar de la conversación y de su compañía. Jamás enjuiciaba mi forma de pensar y respetaba mi turno de palabra en todo momento. Era tan perfecto que hacía divagar dónde estaba el gato encerrado. O puede que no lo hubiera, porque simplemente, él era así.

Se puso en marcha, dejando atrás las adoquinadas callejuelas de Pienza, activando el reproductor de música. Al escuchar los primeros acordes y la voz de la solista, me di cuenta de que no adivinaba de qué cantante se trataba.

—Es *Murder to the mind* de Tash Sultana.

Bailó una refulgente sonrisa en sus labios.

—¿Tanto se nota que no entiendo nada de música?

Me ruboricé.

—Solo un poco.

Me pellizcó la mejilla con suavidad.

—Tash Sultana es una cantante y compositora australiana. Su música no es *indie pop*, pero tampoco se puede considerar *rock* alternativo. Ni es *reggae*. Pero bien podría considerarse una mixtura de todos.

—Creía que solo te gustaba el *jazz*.

—Mi pasión es la música en general y el *jazz* en particular.

Definitivamente Franco no dejaba de sorprenderme, de interesarme a grandes zancadas. Y que sintiera esa devoción por la música era un fiel indicativo de que en el fondo era una persona dotada de sensibilidad y alma de romántico. O eso me gustaba creer. Soñar es gratis.

—Puedo enseñarte a amar la música si tú lo quieres.

Me miró con intensidad a los ojos y sentí mi alma desnuda.

—Podrías.

Pero eso implicaba compromiso en el tiempo. Algo que no estaba segura de poderle regalar.

—¿Adónde me llevas?

—¿Te gustan las sorpresas?

Me mordí el labio.

—Depende.

Me miró y sonrió.

—Sí —le respondí al final.

—¿Hubo sorpresas en la cita con Jake Maverick?

Abrí mucho los ojos y sentí el estruendo al derrocar muros de reproches, para luego levantar los nuevos pilares fuertes desde los cimientos. Sentí una dulce mirada gris atravesándome plenamente, advirtiendo mi alma desnuda; unos labios hambrientos y sensuales abriendo mi boca; unas manos enormes y ardientes recorriendo toda mi piel. Sentí un jadeoso aliento lisonjeando mi oído. Y también, olí a sexo del bueno, a ganas encerradas, a sudor y a reencuentro.

—Nada que valga la pena mencionar… —mentí, permitiendo que de mi garganta salieran esa barbaridad. Luego miré por la ventana, sin tener narices a sostenerle la mirada. Lo que ocurrió con Jake no fue solo sexo, con él nunca fue solo carne, piel y vísceras, sino corazón, alma, comunión—. Fue… fue una cita de lo más… normal.

—Bien.

Me observó de soslayo y la maldita sensación de traición se me agarró en el pecho y siguió allí, inalterable, sin despegarse de mis costillas. Sentí un leve escalofrío recorrer mi espina dorsal de arriba abajo.

—Te has puesto pálida de golpe, ¿estás mareada?

Colocó su mano en mi rodilla y apretó ligeramente los dedos. Se le notaba preocupado y yo evité a toda costa echarme a temblar para que se diera cuenta de que realmente sí que pasó algo entre Jake y yo.

—Estoy bien.

—Puedo parar. ¿Quieres que pare?

—No. Estoy bien.

—De acuerdo.

No insistió, ni volvió a sacar el tema. Condujo durante una hora aproximadamente, tiempo que aproveché para recostar mi cabeza en el asiento, cerrar los ojos y evadirme, tal vez incluso echar alguna ligera cabezadita.

34
La milla verde

(Frank Darabont, 2000)

FRANCO SALVATORE

Su mirada era tan jodidamente transparente que podía ver a través de ella y supe que mentía. Podía haber insistido. Sí, podía, pero no lo hice. Me limité a quedarme en un segundo plano, esperando. Era evidente que en la cita con Jake Maverick ocurrió algo, ignorando aún la magnitud de los acontecimientos.

—Hemos llegado.

Acaricié lento su rostro para no sobresaltarla.

—¿Ya? ¿Qué día estamos? ¿Me he dormido?

—Sí. Jueves. Mi compañía debe ser muy aburrida.

Le sonreí y ella abrió la boca en un bostezo y empezó a desperezarse como un hermoso gatito recién nacido.

—Nooo… No eres para nada aburrido.

—Yo ya sé que no lo soy —soné algo chulesco—. Me refiero a mi compañía, Principessa —recalqué, echándole un cable.

—Por Dios, tampoco —citó angustiada como si tuviera la boca reseca y se enderezó en el acto —. Franco, tu compañía no es aburrida.

—Vale. Me alegra saberlo.

Salí del coche y lo rodeé para abrirle la puerta. Agradeció el gesto y al poner los pies en el asfalto, la vi alzar la vista a un hermosísimo cielo plomizo que cincelaba el firmamento toscano bajo amenaza de lluvia.

—Debemos darnos prisa.

Y sin más preámbulos la cogí de la mano y la guie a paso firme por la pista del helipuerto hacia el hangar.

—Espera un momento —se detuvo en el acto y casi provocó que me tropezara con su pie—. ¿Vamos a volar?

—Sí.

Soltó mi mano.

—¿Sin preguntarme?

—¿Quieres volar?

—¡Franco! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es una sorpresa, ¿recuerdas?

—¿Y adónde se supone que vamos?

—Esa es otra sorpresa.

Sonreí juguetón.

—No he avisado que iba a llegar tarde —hizo el gesto de buscar el móvil en el bolso cuando le atrapé la mano.

—Todo está solucionado. Nicoletta está al corriente.

—Ah, Nicoletta… Entiendo —bufó—. Otra vez encubriendo una cuartada.

—¿Otra vez?

—Sí, la rubia ayer pactó lo mismo con…

—Con Jake Maverick —acabé su frase percibiendo cómo se mascaba la tensión en el ambiente —. Alexandra, no te sientas mal cada vez que se mencione su nombre en la conversación. Conozco perfectamente las bases del juego. Y soy adulto, desde hace mucho —sonreí—. Sé gestionar la situación, controlar los impulsos. Siempre lo hago, a todos los efectos. Así que, solo te pido que, pasara lo que pasase ayer entre vosotros, ahora te centres en mí, en esta noche y en nosotros.

—Y te prometo que así lo haré. —Cogió aire—. Lo olvidaré y me centraré.

—Y yo haré que funcione, créeme. Haré que te olvides de todo.

35
Alguien voló sobre el nido del cuco

(Miloš Forman, 1976)

ALEXANDRA SIMMONS

Nunca había volado en helicóptero y menos dejando mi vida a manos de un Franco Salvatore, alto ejecutivo y socio mayoritario de una plantación vinícola. Debía estar loca, loca no, ¡como una puta cabra! Básicamente por dejarme convencer y subirme a esa aeronave bimotor, con un aviador al que nunca había visto pilotar, en plena noche cerrada, a punto de caer el diluvio universal y para colmo de males, sin saber el destino final, que rogaba porque ¡no fuese una cajita de cedro y con un crucifijo clavado en la tapa!

Pese a todo, cogí al toro por los cuernos y le eché valor, tomándolo como un desafío, uno más a mi larga lista de cosas pendientes por cumplir.

—¿Hay algo que no sepas hacer, Franco?

—Siendo sinceros, pocas, Alexandra, pocas.

Sonrió y tras mirar por el cristal, me señaló al grupo de luces titilantes que se dibujaban en el horizonte. Viéndolo así, al mundo, tan chiquitito a nuestros pies, me dio en qué pensar, en lo insignificantes que somos en el universo; un mero punto entre millones de estrellas, planetas y galaxias.

—Estamos llegando.

Unas cosquillitas se instalaron en mi vientre. Los dichosos nervios del desconocimiento, de cómo se presentaría la noche, de las sorpresas que el italiano me tenía preparadas. Todo un cúmulo de sensaciones difíciles de digerir sin disgregar previamente.

—Aún me pregunto cómo has podido ver a través de la cabina estando en la oscuridad.

—La respuesta es sencilla, aunque me alegra que me lo preguntes ahora cuando estamos a punto de aterrizar y no antes porque los pilotos no vemos nada.

Noté como se me pusieron los ovarios como corbata y Franco, al notar mi acojone, se echó a reír con ganas.

—No te apures, que lo tengo todo controlado. Y no, no vuelo a ciegas. Mira —señaló a un punto del tablero de mando sin soltar el cíclico, esa enorme palanca que tenía entre sus rodillas, que se parecía al mando de un videojuego y que me explicó que servía para maniobrar, establecer la dirección, hacia delante para moverse, hacia los lados para dirigirse a un punto

específico y para atrás para retroceder—, los pilotos nos orientamos por estos instrumentos, por el altímetro, la velocidad del helicóptero y este nos indica en todo momento en qué posición nos encontramos. Esta es la brújula. Y aquí tenemos el control del motor, el carburante, las revoluciones de la turbina… —continuó con un ligero movimiento con la barbilla—. Y aquí ya nos vamos a los instrumentos de vuelo, con esto nos ponemos en contacto con la torre y los controladores para localizarnos en todo momento.

Franco señaló al techo.

—Y este es el control de todos los sistemas eléctricos.

—Sorprendente. De verdad, no sé cómo te aclaras con tantas clavijas, mandos, luces…

—Son muchas horas de vuelo a mis espaldas, Principessa—me aclaró—. Y ahora, ha llegado el momento de aterrizar en el aeródromo.

Me entró el acojone de golpe y me removí molesta en el asiento de piel. Franco al darse cuenta de mi repentina angustia, me apretó la rodilla con suavidad para tranquilizarme. Enseguida empecé a oír las indicaciones entre un experto Franco aviador y la torre de control, solicitando el aterrizaje en la pista a través de los auriculares del casco, de forma rígida y sin ambigüedades. El italiano me explicaría más tarde que esa forma de comunicación se le denomina fraseología.

«—La Juliana torre, aquí Bravo Tango Alfa.

»—Bravo Tango Alfa, aquí La Juliana torre, prosiga.

«—Bravo Tango Alfa, vertical Sevilla, tres mil quinientos pies, instrucciones para ingresar a su tránsito.

»—Bravo Tango Alfa recibido, autorizado ingresar circuito de tránsito derecho a pista dos ocho, viento de los dos uno cero grados con cinco nudos, altímetro tres cero decimales uno dos, notifique en tramo con el viento.

«—Bravo Tango Alfa, recibido.

Unos minutos más tarde ya estábamos pisando el bendito asfalto con nuestras propias suelas de zapato. Y te juro que casi, casi, casi, me faltó arrodillarme y besar el suelo emulando al santo pontífice, el papa Francisco. Asimismo, santificarme al sentir de nuevo el pavimento sólido bajo mis pies, sin apreciar las turbulencias debido a las bolsas de aire caliente, ni a los giros inesperados a la brava.

¡Ah! Y podía considerarme afortunada y darme con un canto en los dientes, pues a Franco no le dio por gastarme la dichosa bromita de las pelis de romperse la hélice o dejar de funcionar uno de los rotores a medio vuelo para simular una caída en picado.

Y yo que me alegré, porque apuesto a que me fascinó más volar que echar las potas sobre la falda del vestido de lentejuelas. Y seguro que, a Franco, también.

—¿Qué tal ha ido?

—¡Ay, por Dios! ¡Ha sido de vértigo! —glorifiqué con la boca pastosa y me faltó pegar un gritito, pero estaba tan entumecida que me costó siquiera dar un paso porque las rodillas me fallaban.

Franco me cogió de la nuca, me atrajo hacia él y dudando de si besarme en los labios, en el último instante, me plantó un beso en la frente.

—¿A qué ha venido eso?

—Eso es el premio por lo bien que te has portado, Principessa.

—Cómo una campeona, ¿eh? —sonreí abiertamente.

—Como la que más.

—Pues estaba hecha un flan —repuse aun con el corazón palpitante en un puño.

—Lo sé, pero has demostrado valentía —aseguró—. Y eso me encanta.

—Y déjame decirte que tú me has sorprendido, Franco Salvatore. Eres toda una caja de sorpresas.

—Espero que quieras seguir conociéndome para darme tiempo a seguir ofreciéndotela y darte a probar todas las chocolatinas que hay en su interior.

Parpadeé algo acalorada, imaginando cómo sería Franco en la intimidad. Y ante toda profecía y a sabiendas que obtenía matrícula de honor en todo lo que se ambicionaba, todo, absolutamente todo, apuntaba a que sería un habilidoso amante en la cama, experto, *sexy* y muy pasional. Además de un magistral instructor en el adiestramiento y goce del cuerpo de una mujer para alcanzar el placer máximo. Y apuesto que también sacaba matrícula de honor en el sexo duro, sucio y prohibido.

¡Uf, Dios Santo! Y… te prometo que imaginar eso… ¡me excitó mucho! Muchísimo, pues una no era precisamente de piedra y él esa noche estaba de lo más atractivo y seductor, como si se hubiese armado de unas garras irreales que tiraban de mi cuerpo hacia él, sin poder ofrecer ninguna resistencia.

Franco Salvatore miró su reloj de pulsera antes de posar su palma en el bajo de mi espalda y abrirme la puerta de un deslumbrante Porche 911 Cabriolet negro, haciendo alarde de buenos modales, como me tenía tan bien acostumbrada.

—*Andiamo*, Alexandra.

Me acomodé en el confortable asiento deportivo.

—¿Puedes decirme ya dónde estamos?

—En la comarca del Aljarafe.

—¿Y eso es en…?

—Muy cerquita de Sevilla.

Mientras pestañeé alucinada, se permitió el lujo de ceñirme el mismo el cinturón de seguridad a mi cuerpo.

—¿Estamos en España?

—Así es, señorita.

Una sonrisa preciosa, pero a la vez guasona, se le escapó de entre sus labios.

—Franco…

—¿Sí?

—Estás como una puta regadera.

—Así es.

Rodeó el vehículo y se sentó a mi lado. Encendió el motor, retiró la capota de lona de forma automática, pulsó el símbolo de Apple Music en la pantalla táctil de la PCM reproduciendo la canción *Back to Black* de Amy Winehouse e hizo rugir el motor bóxer biturbo de 6 cilindros con unos movimientos elegantes simulando ser un veterano director de orquesta.

—Sujétate fuerte, porque vamos a seguir volando.

Me guiñó un ojo divertido, yo arqueé la ceja y pisó el acelerador a fondo sin darme tiempo siquiera a coger una bocanada de aire antes de darme un infarto. Lo demás que recuerdo fue la adrenalina recorrer de un extremo a otro toda mi anatomía, fundiéndome las partículas a su paso. Velocidad vertiginosa, decibelios de música, el viento acariciando mi piel, el intenso olor de su perfume, su oscura mirada de soslayo irradiando seguridad y esa sonrisa seductora que me cortaba el aliento a cada instante. Me fascinaba eso de Franco Salvatore, el tenerlo todo siempre bajo control y en contadas ocasiones, hacer que todo vibrara a tu alrededor; volverse un tornado, una explosión de energía. ¡El puñetero Big Bang detonando ante mis ojos!

Dicen que Sevilla tiene un color especial, como decía el famoso estribillo de Los del Río y aunque la visité de noche, logré sentir ese *embrujo* y el abanico de texturas en cada callejuela intrincada, lugares recónditos, cascos antiguos, plazas pintorescas. Me dejé empapar de una riqueza histórica fascinante, que se quedaría gravada para siempre en mis retinas.

Callejeamos por la judería, deambulamos sin rumbo por el laberinto de entramados de calles repletas de tradición, incluso a veces, nos vimos obligados a pasar de uno en uno por la estrechez de sus pasadizos. Me resultó preciosa la explicación de Franco a La Calle de los Besos, citando que, dada la cercanía de sus balcones, permitía, sin gran esfuerzo, besar y abrazar al vecino de enfrente. Y me enamoró la solería enladrillada de calle verde y la barreduela que une la Plaza Virgen de los Reyes con la Plazoleta de Santa Marta.

Fuimos de tapas, haciendo una parada obligada en la Bodega Santa Cruz “Las Columnas”, en la terraza, con vistas a la Giralda, donde probé por primera vez el montadito de *pringá*, la tortillita de bacalao, el *pescaito* frito, los flamenquines y para saciar la sed, el famoso rebujito.

—¡Dios! ¡Qué rico, por favor! —cerré los ojos y me chupé la yema de un par de dedos.

Franco me observaba sin quitarme los ojos de mi boca, fijando la vista ahí, a mis labios mientras me relamía, sin que esa apreciación me pasara inadvertida.

—Me alegro que lo estés disfrutando tanto.

—¡Oh, sí! Igual que una niña pequeña, te lo juro.

La excitación del momento creció cuando Franco se movió en el taburete en mi dirección, acercó su pulgar a mi cara y acarició mi boca lentamente para retirar esa pizca de salsa que se había empeñado en quedarse agazapada en la comisura de mis labios.

—Tienes… Tenías un poco de…

Tenía las pupilas demasiado dilatadas y brillantes, en su máxima expresión, igual que en la antigua Roma, cuando las mujeres utilizaban la planta de *atropa belladona,* para agrandarlas. Franco, fue incapaz de ocultar el fuerte estímulo que le provocaba nuestra cercanía y la inevitable atracción del roce de su yema en mi piel. En otras palabras, todo hacía indicar que el italiano estaba excitado. Y… mierda, ¡yo también!

Tragué saliva.

—¿Sigo teniendo salsa en…?

Me señalé con el dedo a la cara, algo bochornosa. Pues si había algo en este mundo que detestara, era tener los morros manchados de restos de comida y que, para colmo de males, nadie me pusiera en preaviso.

—A ver… No lo tengo muy claro —cerró un ojo para agudizar la visión con un tono demasiado sugerente para mi gusto y ladeó la cabeza—. Creo que debería asegurarme. ¿Tú qué crees?

—Por favor.

Y sin andarse con chiquitas, Franco me cogió la cara entre sus manos, me atrajo hacia él y lamió mis labios con su lengua morbosa y tortuosamente. Gozando toda mi boca por completo, besando mis labios, prolongando el beso, deleitándose, dilatando el momento. ¡Dios mío, cómo besaba el italiano!

Pese a habernos apalabrado las reglas a seguir, entre ellas, la de no besarme a menos que yo fuese quien diera el primer paso, esa noche se quebrantaron. Naturalmente ya era tarde para recriminar nada a nadie, pues a lo hecho pecho. Franco me había besado, sí. Y para más inri, fue algo que, aunque me pilló desprevenida, para qué engañarnos, yo también lo deseé.

Con su aliento clavándose en el mío, me susurró contra los labios:

—La primera vez que te vi en la sala de juntas de La Cerreta Vini Biodinamici Rizzo, me dieron ganas de echarlos a todos para arrancarte la ropa a mordiscos y follarte como un animal sobre la mesa. La segunda vez, que sentí esa imperiosa necesidad, fue en la entrada del restaurante, cuando te plantaste delante de mí, empapada hasta las trancas y con un cabreo de mil demonios, tuve que contenerme de secuestrarte, encerrarnos en un lavabo y lamerte todo el cuerpo hasta que no quedase una sola gota de lluvia resbalando en tu piel. La tercera vez que me dominé fue al verte semidesnuda en mi cama, en mi propia casa, con el pelo alborotado y las mejillas encendidas cuando me acusaste de psicópata asesino, si no fuera porque me considero un caballero, te hubiese atado las muñecas a la cabecera y te hubiese separado las piernas y follado con mi boca tu sexo. La cuarta vez que me reprimí fue en ese vasto prado verde a los pies de la Torre de Pisa. Y… joder… —Hizo una breve pausa para exhalar contra mis labios—. Principessa, podría seguir así enumerando hasta el amanecer todas las veces que te hubiese hecho enloquecer de placer, pero prefiero demostrártelo esta noche. Quiero desnudarte lento, besar todo tu cuerpo lento, saborear tu sexo lento, hacerte el amor lento, muy lento… —simplificó y luego se aclaró la voz para proseguir—: Alexandra, sé que manifestando esto me

expongo a ganarme un buen bofetón o quién sabe, que me pidas que pague de una puta vez la cuenta y nos larguemos de aquí a pasar lo que queda de noche encerrados en la habitación de un hotel.

¡Dios, Santo…!

—Te deseo, Alexandra. Y me muero por hacerte el amor.

—Franco… yo…

La sangre bombeaba con fuerza en el interior de mis venas y el pulso descontrolado no ayudaba demasiado a pensar con la mente fría en las consecuencias de dar ese paso. Estar a su lado, era estar acalorada y sentir un morbo incontrolable todo el tiempo. Y encima no ayudaba nada que el italiano fuese *sexy*, maduro, seguro de sí mismo y lo más importante, que me atraía muchísimo como hombre.

Puede que esa fuese mi excusa y también las copas de más que me tomé; el dichoso rebujito fue como el arma homicida y él, Franco Salvatore, el cuerpo del delito.

Pidió la cuenta mientras corrí al tocador para repasar mis labios de carmín. Marchamos del restaurante entre risas y arrumacos. Recuerdo su chaqueta sobre mis hombros, su brazo rodeando mi cintura, su boca susurrando palabras sucias en mi oído, su mano perdiéndose en el nacimiento de mi pelo en la nuca, acariciándome con las yemas. Caminar a paso ligero por el vivo corazón del entramado de callejuelas del Barrio de Santa Cruz. Dejar atrás un par de esquinas. La puerta giratoria del Hotel Boutique en Sevilla Casa del Poeta, testimonio de una época pasada, el de una casa señorial sevillana. El olor a flores frescas, tal vez a azahar. Una música de fondo, la de las cuerdas de una guitarra española. Cruzar el umbral de la suite en la tercera planta, comiéndonos a besos. Cerrar la puerta a duras penas de un golpe de talón. Cogerme de la cintura, cargarme a peso, caminar conmigo a cuestas sin dejar de devorar mi boca y dejarme sobre las sábanas de seda de la cama matrimonial.

—Relájate, cielo. Vamos a disfrutarnos, despacio… sin prisas.

Atrapó mi labio inferior con sus dientes y tiró suavemente de él.

—Lo único que deseo ahora mismo es que estés segura de lo que vamos a hacer esta noche, de lo que voy a hacerte sentir esta noche. ¿De acuerdo? ¿Lo estás?

Me susurró con voz tranquila y relajada, con mi cabeza entre sus manos. Mirándome tan profundamente a los ojos que sentí erizar toda, absolutamente toda mi piel.

—Lo estoy… —titubeé.

—Bien.

Sonrió, apretó los labios contra los míos y se puso encima de mí, a ahorcajadas, para empezar a desvestirse. Enseguida pude notar su imponente miembro presionar mi vientre cuando se irguió para quitarse la americana, desanudarse la corbata y desabrocharse la camisa, botón a botón sin dejar de mirarme a los ojos en todo momento. Se notaba que le gustaba su cuerpo y le gustaba que la mujer disfrutara de su imagen. ¡Dios, era taaan *sexy*!

En cuestión de segundos, toda su ropa quedó salpicada por el suelo de gres. Y antes de dejar varios preservativos sobre la mesita de noche, quedarse en bóxer negro y dejarme a mí en sujetador negro semitransparente y braguitas de encaje, volvió a colocarse sobre mí.

Tragué saliva al ver la ristra de preservativos, debía haber por lo menos seis…

—Vaya… veo que tienes mucha fe en ti.

—No soy un crío, Alexandra —sonó seductor—. Sé lo que hago.

Me acarició con la palma de su mano desde el nacimiento del cuello hasta el bajo vientre. Joder… Me retorcí como una lagartija bajo él. Cerré los ojos y llevé mi cabeza hacia atrás. Mi piel desnuda se estremeció con la delicadeza extrema de su tacto.

Gemí.

«¡Oh, Santo Cielo! Por favor… ¿Acaso lo que me hacía estremecer era el efecto del alcohol o su mano tentar mi sujetador antes de sacar un pecho y lamer la aureola con indolente erotismo?».

—Sé cómo dar placer a una mujer sin correrme. —Mordisqueó mi pezón con la presión justa para que un ramalazo de placer se expandiera por todo mi cuerpo—. Como también estar dentro de ella y follarla tantas veces como me pida.

Pronto empezó a besar mi piel expuesta torturándome de forma delirantemente delicioso. Su aliento caliente rebotó en el orificio de mi ombligo. Lo sopló, excitándome y provocándome escalofríos directo a mi sexo. Jadeé. O sí, jadeé con fuerza, como si me faltara el aliento y contorsioné mi espalda y retorcí las sábanas con mis manos.

—Joder, eres increíble… —Respiró ruidosamente—. Preciosa… Delirantemente preciosa…

Gateó hacia atrás para tener mejor acceso a mi ropa interior, la única que vestía mi cuerpo. Deslizó perezosamente su lengua por mi bajo vientre, lamiendo lento el contorno de las braguitas antes de meter los pulgares y bajármelas, deslizándolas por mis muslos, apartando lo único que le impedía hundir su cara en mi sexo. Jadeé, casi hiperventilando cuando abrió mis piernas sin preaviso, hundió su cara en mi sexo y mi garganta se cerró al instante. Cerré los ojos con fuerza. Temblé como una maldita hoja cayendo de la copa de un árbol hasta la tierra... cuando empezó a lamerme entera.

Dios mío…

Me retorcí por completo otra vez bajo su cuerpo.

Me costaba coger aire…

No lograba respirar.

Respirar…

Se me habían cerrado los pulmones.

¡Respirar…!

¡Oh, Santo Cielo! Deseaba a Franco Salvatore con todas mis fuerzas… Me excitaba, lo deseaba, lo… Espera un momento, ¿lo deseaba? ¿Deseaba realmente lo que estaba sucediendo en esa habitación de hotel?

Abrí los ojos de golpe y ante mí apareció el fugaz recuerdo de unos atractivos ojos grises, tan azules que parecían los de un husky siberiano; un mentón partido ensombrecido por una barba cana de varios días; y unos ondulados y rebeldes mechones negros cubriendo parte de la frente. Jake…

Empezó a temblarme los labios al darme cuenta de algo y atrapé su cabeza antes de pronunciar entrecortadamente:

—Franco, espera… por favor…

Aguanté la respiración y el italiano alzó la cabeza. Clavó los ojos en mí.

—¿Qué ocurre, Principessa?

—Espera, espera… solo, solo un segundo…

Me vio temblar.

—Claro, sin presiones. —Se incorporó a mi lado y me acarició la mejilla—. Tómate el tiempo que necesites, cariño.

Percibí como me observaba calmado y cauto, pero serio.

—Franco, yo… yo…

Quise disculparme, pretendía… ¡Ni siquiera sabía lo que pretendía, porque no tenía respuestas a cómo me sentía! A los motivos que me impedían seguir, avanzar al siguiente nivel, intimar completamente con él, a hacer el amor con él.

Tal vez no estaba preparada y dar ese gran paso, lanzarme al vacío y no pensar. Puede que no fuese él la persona indicada.

—Alexandra, escúchame…

Repentinamente, su teléfono que se encontraba junto a los profilácticos empezó a vibrar. Franco ladeó la cabeza en esa dirección y alargó el brazo para darle la vuelta al aparato para evitar que siguiera sonando.

—¿No lo coges?

—No.

Se pasó la mano por el pelo, ahuecándolo con los dedos.

—Puede ser importante.

—Ahora mismo no hay nada más importante que tú, Alexandra.

Asentí despacio.

—Espérame aquí, no te muevas.

Me besó en la cabeza y me miró un instante antes de apoyar el peso de su cuerpo con las manos en el colchón e incorporarse cuan alto era. Salió de la cama y caminó descalzo y en ropa interior hacia el cuarto de baño. En su ausencia, me senté en la cama con las rodillas flexionadas, llevándolas al pecho y rodeando mis piernas con los brazos. Traté de coger aire. Una, dos, tres veces… Alcé la vista y al hacerlo, vi mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía ante mí. Y me vi desnuda, apoyada en el cabecero, con el pelo revuelto, la respiración agitada, sofocada, las mejillas encendidas y los ojos… ¡Oh, mis ojos…!

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

Sin poder evitarlo, enseguida las lágrimas me nublaron por completo la vista.

—Toma. Te irá bien.

Franco no tardó en sentarse a mi lado, en el borde de la cama y darme un vaso de agua. No dije nada, ni él añadió nada más. No hacía falta. Un silencio pesado, denso, habló por sí solo.

Conseguí dar un largo sorbo, sin mirarle, porque me costaba, me dolía mirarle a los ojos. No podía. Me sentía un fraude como mujer...

—Alexandra, vamos, mírame —puso un par de dedos bajo mi barbilla, obligándome a mirarle a la cara—. No pasa nada.

Una osada lágrima se deslizó por mi mejilla. Franco la retiró con extrema suavidad.

—No sé qué ha pasado.

—Sí que lo sabes, Alexandra.

Su mirada a pesar de ser serena, denotaba cierta angustia. Y te juro que detestaba verlo así. Él no se merecía eso…

De repente empecé a encontrarme mal, muy mal. Me dolía la tripa, me dolía el alma.

—Quizás, necesite más tiempo… —me excusé tratando de hallar una solución.

Él negó con la cabeza.

—Ningún tiempo del mundo va a hacer que me mires como le miras a él.

—¿Cómo le miro a él? —respondí con la voz rota y él me sonrió con tristeza.

—¿Aún no te has dado cuenta, Principessa?

Permanecí en silencio, sintiendo los latidos de mi corazón martilleando tras las costillas. Traté de recomponer mi aliento mientras Franco se levantó de la cama y empezó a recoger mi vestido del suelo y después lo sacudió antes de entregármelo.

—Vamos, te llevo a casa.

No me opuse, tampoco dije nada, simplemente le hice caso de forma autómata.

Nos vestimos en silencio y volvimos al helipuerto.

La oscuridad de la noche nos envolvió hasta a la península itálica, mientras mi cabeza divagaba, cuestionándome mil preguntas, como, por ejemplo: ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo había estado tan ciega? Todo este tiempo había sido Jake Maverick, siempre había sido él. ¡Nadie nunca antes había logrado hacer vibrar mi corazón de esa forma tan deliciosamente irracional!

Entonces supe que estaba enamorada del vaquero, incluso era muy probable que jamás hubiese dejado de estarlo.

Horas más tarde, cuando llegamos a Pienza, ya frente a mi casa, Franco dejó encendido el motor de su Audi, no lo apagó como otras veces, dejando claro que no iba a salir del coche, ni iba a acompañarme, ni siquiera para despedirse de mí en la calle.

Contuvo la respiración con la mirada al frente y yo inspiré hondo tratando de luchar contra mis lágrimas. Había llegado el momento, ese amargo momento del adiós, el endemoniado instante en

que nuestros caminos iban a tomar direcciones distintas.

Un dolor punzante y agudo me atravesó el pecho.

Franco Salvatore, sin dejar de tener las manos apoyadas en el volante, ladeó la cabeza para buscar mi mirada.

Te juro que el aire que nos acordonaba cada vez era más espeso; dolía enfrentarse a la realidad.

—Alexandra, por favor, deja de pensar en mí y… sé feliz.

—Franco, no quiero… que…

—Hazlo. Ve a buscarle. Jake Maverick es el elegido —asintió con los ojos brillantes queriendo dar énfasis a sus palabras—. Él es quien tu corazón ha elegido. Y lo sabes. Creo que siempre lo ha sabido.

Y sin esperar mi réplica, se acercó a mi cara y me besó en la frente.

—Haz siempre lo que te dicta el corazón, no la cabeza.

—Lo, lo siento… mucho… —es lo único que logré articular de mi garganta, emergiendo desde mi interior.

—No lo sientas.

Franco Salvatore me sonrió antes de acariciar lento mi mejilla con los nudillos.

—*Andiamo*, Principessa, no lo prolonguemos más de la cuenta o… harás que me arrepienta y quiera secuestrarte.

Me reí con lágrimas en los ojos, sorbí por la nariz y ambos nos abrazamos durante largo rato. Robarme una sonrisa con la que le estaba cayendo encima, no era sino otra prueba de que Franco Salvatore era todo un caballero de los pies a la cabeza hasta el último instante.

Me desabroché el cinturón y salí del vehículo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano mientras presenciaba cómo se marchaba de mi vida y sin hacer nada por impedirlo. Permanecí allí, sin siquiera recordar durante cuánto tiempo. Me quedé fuera, bajo la tintineante luz de una farola, sin entrar en mi casa y respirando el aire frío de la noche.

Pronto alcé la cabeza, alertada por el súbito estruendo de un relámpago. Un feo nubarrón cubría gran parte del cielo plomizo. Cerré los ojos, al notar como unas frías gotas mojaban mi cara, permitiendo que la fina llovizna se deslizara por mis mejillas, barriendo mis lágrimas. No tardé en tener mi pelo y mi ropa empapados.

Justo cuando iba a cobijarme bajo un balcón, oí el sonido de una notificación de wasap. Busqué el teléfono en mi bolso y desbloqueé la pantalla. Luego deslicé el dedo a la de los mensajes entrantes. Era de Jake.

Sé que no son horas de enviarte un mensaje,
ni siquiera que tenga el derecho a joderte la cita,
pero necesitaba decirte que siempre,
pase lo que pase esta noche con Franco,
seguirás siendo mi jodido caos.
3.44 a. m.

El mensaje en línea de la parte superior bajo su nombre, estuvo unos segundos iluminado, hasta que este desapareció. Por un instante, el dolor que se había manifestado inquebrantable en lo más profundo de mi ser durante casi dos años, parecía haber dejado de ser tan virulento y la herida de mi corazón, a dejar de supurar tanto rencor, a pesar de haberme decepcionado tanto en su momento.

Respiré hondo, pensando en Jake, en él y en ese *nosotros* que tanto bien nos hacía a los dos. Y también, en esa parte buena de los meses que estuve conviviendo en el rancho de Bandera. En los instantes que seguían ahí, grabados en mi piel y enhebrados uno a uno en mis entrañas. Quizás esa fue la señal que necesitaba, la que me arrojó a hacer lo que hice. A perder por completo la cabeza, a quitarme los zapatos, a atrapar el bajo del vestido y a echar a correr calle abajo por la *via della Madonnina* sin detenerme, hacia el hotel San Gregorio, calada de agua hasta en las trancas y como si me fuera la vida en ello.

¿Qué más pruebas necesitaba para saber que sí, que era él, que Jake Maverick era el hombre de mi vida? ¡Ninguna!

Rebasé el hall del hotel con el corazón saliéndome por la boca, no podía respirar. Tuve que descansar las palmas sobre mis rodillas para recuperar algo de aliento a duras penas mientras el ascensor me trasladaba a la tercera planta.

Tuve tiempo de observarme al espejo antes de que las puertas se deslizaran a ambos lados. Estaba hecha unos zorros. Eso ya no importaba. Necesitaba verle, ahora, en ese preciso momento.

Mis nudillos golpearon la madera indecisos. Aguardé con el corazón desbocado hasta ver luz bajo la puerta y luego unos pasos tras ella.

—¿Quién llama a estas horas?

—Jake, soy… soy Alexandra.

Enseguida oí el cric del pestillo. El vaquero abrió la puerta, con el pelo negro revuelto cayéndole desigual sobre la frente, la barba de varios días medio cana, esos preciosos ojos grises somnolientos. Iba descalzo, con el torso al descubierto, fuerte y bien definido y ese pantalón gris de deporte que le caían demasiado bajos, como si le vinieran dos tallas más grandes, dejando a la vista el estómago plano y esa uve señalando el camino descendiente al pecado.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Antes de apoyar la palma de la mano en el marco de la puerta y echar un vistazo al pasillo, me miró estupefacto, como si fuera un espejismo. Más tarde, empezó a repasarme de arriba abajo, dándose cuenta de que estaba hecha una sopa, caladita de agua hasta en los huesos.

—Alex, pero… ¿te encuentras bien?

Permanecí en silencio, ante él y sonriendo al mismo tiempo como una boba, como si hubiese perdido la cordura.

—Alex… ¿qué te pasa?

Acortó las distancias, atrapó mi cara entre sus manos y me miró a los ojos, denotando mucha preocupación.

—Te presentas en mi habitación de hotel sin avisar a las cuatro de la madrugada, completamente empapada y… ¿descalza? —Frunció el ceño aún más perdido que antes—. ¿Qué coño es lo que te pasa? Habla por el amor de Dios…

Advertí varias gotas de lluvia desprendiéndose de un mechón de pelo de mi frente. Atrapé sus manos templadas con las mías húmedas, con las venas aun palpitantes en mis muñecas.

—Repítemelo otra vez.

Me miró ceñudo.

—¿Qué mierda quieres que te repita otra vez?

—Otra vez, Jake…

—¿De qué hablas?

—Del mensaje que me acabas de enviar. Dímelo, pero esta vez en persona.

Suspiró hondo, muy hondo y luego dejó de sostenerme la cara entre sus manos, dándome la espalda para entrar en la habitación. Seguí sus pasos. Ajustó la puerta tras de mí y se giró. Luego, alzó los brazos y los dejó caer a ambos lados de su cuerpo, muy derrotado.

—Me estás volviendo loco, joder. Cuando te lo propones eres jodidamente desquiciante… —Le tembló el labio al exhalar el aliento que salió de su boca—. ¿Qué parte? ¿Esa en la que te digo que pase lo que pase seguirás siendo mi jodido caos? ¿O en la que por ti volvería a cruzar medio puto Planeta con tal de volver a verte sonreír? ¿O la de que desde que no estás en mi vida, nada tiene un maldito sentido?

Sonrió con cierta amargura.

—Te busqué, Alexandra, ¿lo sabías?

Abrí los ojos aturdida y bajé la vista un instante, custodiándome muda.

—Ahhhh, no sabes nada, ¿verdad? Ya veo que esa parte no te la han explicado.

Negué con la cabeza y me acerqué a él, goteando la moqueta a cada paso que daba.

—¿Cuándo? —logré articular—. ¿Dónde?

Jake cogió aire y se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

—Tardé varios días en sonsacarle a Nicoletta por teléfono, a base de amenazas veladas, la dirección de tus padres. Pero para cuando me presenté allí, en su mansión, tú ya te habías ido. ¿A dónde? —Se encogió de hombros con desgana—. Eso jamás me lo dijeron.

Me quedé en *shock*.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes?

Noté cómo se retorcían mis entrañas de pura rabia.

—¿Qué quieres que te diga? ¿De qué hubiese servido? —Apretó la mandíbula con fuerza—. Te juro por lo más sagrado en mi vida, que es mi hija Dakota, que lo último que querría sería destruir la confianza que tienes con tu amiga y la sólida relación que mantienes a distancia con

tus padres. Nunca, ¿me oyes? Jamás te desearía el mal, Alexandra. Sé lo importante que la familia es para ti.

Un brusco escalofrío viajó por el largo de mi espalda. Jake Maverick había ido a buscarme, a hablar conmigo y quien sabe, tal vez para arreglar los malos entendidos entre nosotros.

¡Santo Dios! La carne se me puso de gallina pues de entre todos los escenarios posibles, nunca imaginé que ese sería el auténtico.

—Jake, te juro que… que no tenía ni idea. —Se me anubló la vista en lágrimas—. ¡Oh, lo siento…! Lo siento tanto…

Negué con la cabeza.

—Aunque puedo llegar a entender que, con sentirlo… no es suficiente.

—Mi morena… no…

Las curvaturas de sus labios se ensancharon en una sincera sonrisa antes de quedar frente de mí y ceñirme con fuerza contra su pecho, tan cerca y tan aglutinados que el aire no corría entre nosotros.

Acuné mi cara en su pecho y él besó mi pelo con extrema ternura.

—Vamos, no llores, cariño.

—Si no lo hago… —hipé.

—Pero si oigo como sorbes los mocos.

—Estoy resfriada…

Chasqueó la lengua. Era de cajón que le estaba mintiendo deliberadamente, pues el reguero viscoso que le estaba dejando en el pecho, no era de babas precisamente.

—No sé si lo estás, pero te aseguro que lo estarás como no te quites esa ropa mojada y entres en calor ya.

Sonreí y lloré al mismo tiempo. Suspiré. Jake Maverick y su faceta más tierna y protectora derritiéndome un poquito más.

—Vale, escúchame, haremos dos cosas… —Me separó de sus brazos a regañadientes, casi resoplé. Luego me cogió de los hombros y me miró a los ojos—: Una, te pegas una ducha calentita y entras en calor. Y dos, preparo café y con calma, me cuentas a qué has venido.

—Sí, yo, no… vale —dije a regañadientes cuando me miró entrecerrando los ojos—. ¿qué me pongo?

—Ya encontraremos algo en el armario, eso es lo de menos. Andando...

Me metí en el baño y me desvestí después de observar mi cara en el espejo. Tenía el pelo enmarañado y adherido como una lapa a mi cabeza, el rímel emborronado y los ojos surcados de venitas rojas de haber estado llorando.

Regularmente solía darme duchas atropelladas de escasos cinco minutos, pero esa madrugada fue la excepción. Necesitaba estar bajo la alcachofa, como en una metáfora, esa de exfoliar con la esponja las viejas rencillas y que estas se esfumaran por el desagüe.

Abrí la puerta y salí con la toalla anudada al pecho.

—Jake, ¿lograste encontrar algo que ponerme?

Di unos pasos hacia él quien yacía tumbado en la cama.

—Jake…

Me aproximé y me di cuenta de que se ha quedado dormido sobre las sábanas y si no fuera por los ronquidos, hubiese pensado que estaba en coma profundo. Sonreí. Dejé caer la toalla a mis pies y me tumbé a su lado. Luego alargué la mano, apagué la luz de la lamparilla de noche y rodeé su torso con uno de mis brazos, apoyé la cara en su pecho y me ceñí a su cuerpo.

Suspiré hondo, muy hondo, advirtiendo el mejor de los ronroneos del mundo, la percusión de su corazón latiendo yuxtapuesto al mío.

36
Lo que el viento se llevó

(Victor Fleming, 1962)

JAKE MAVERICK

Joder, pero qué bonita era. Me cago en la puta, casi había olvidado cómo era despertar a su lado. Llevaba minutos mirándola en silencio. Observando su boca entreviendo los dientes incisivos por los que el aire pasaba a través de ellos. Reparando en su pelo negro como el de una noche cerrada, desparramado por la almohada como si simulara a una delicada telaraña. Contemplando los dos redondeles coloreados justo en el puto centro de las mejillas en un suave pero sensual rubor en sus pómulos.

Alexandra se removió perezosa sobre las sábanas. Pronto intuí los signos que me desvelaban que estaba a punto de despertar. Recuerdo a la perfección todos los puntos y comas del ritual que solía llevar a rajatabla antes de levantarse de la cama.

1. Arrugaba la nariz como si se tratara de un tierno conejito de Pascua.

2. No dejemos de lado los pestañeos. El primero se produjo en seguida, los otros dos se hicieron derogar. Un pestañeo, dos pestañeos, tres pestañeos... acoplándose poco a poco a la escasa luz que se filtraba por los orificios de las celosías.

3. Vamos, y ahora era cuando venía el famoso y sonoro bostezo.

4. Y, por último, el regalo: su dulce sonrisa torcida.

Voilà! Sí, eso es... así me gusta, preciosa.

—Hola.

—Hola.

Me miró por el rabillo del ojo en silencio. Yo en cambio llevaba más de un cuarto de hora empapándome de ella, deleitándome con su delicada belleza, como cuando observas el lienzo de un pintor moderno, uno de esos que no entiendes ni papa el significado de la obra. Sin embargo, por una extraña razón, te sientes seducido por esos trazos hipnóticos, esos que por mucho que lo intentes, no puedes desprender la mirada, regocijándote en la más absoluta calma.

Apoyé la cabeza en mi mano y clavé el codo en el colchón. Nos quedamos de lado, uno frente al otro, tendidos en medio de la enorme cama matrimonial.

—Te quedaste dormido —reveló con una hermosa sonrisa torcida.

—Seguramente caí rendido por estar agotado; fue un día demasiado largo.

Un día largo, no, interminable. Un puto día en el que me pasé la mayor parte del tiempo cabreado con el mundo, enrabietado contigo, Alexandra. Y, sobre todo, con la jodida cita con un seductor, prepotente y duro rival, Franco Salvatore. Juro por mis muertos que hubo un momento de la noche en el que me sentía tan amargado que estuve al borde de un colapso mental, a punto de reventar el cerebro en plena ofuscación por los malditos celos, pues llegué a creer desde mi punto de vista, que era yo quien sobraba en ese trío.

Nos miramos sin apartarnos la vista el uno del otro, sin movernos un ápice y pestañeando lo justo y necesario. ¿Mi excusa? Era obvia, sentía auténtico terror a que su imagen, esa que tenía ahora ante mí, fuese el resultado de una mera ilusión óptica creada desde mi subconsciente y acabara por desvanecerse si pestañeaba una puta vez más. ¿La suya? No tenía ni pajolera idea.

La escruté, justo antes de llevar mi mano a su cara y enmarcarla con tacto. Acaricié con el pulgar su mejilla. Lento. Y ella cerró los ojos por un instante, antes de poner su mano sobre la mía, acunando su rostro en ella.

—Te he echado de menos, Alex. Demasiado.

Besó mi palma con dulzura.

—Yo también.

No podíamos dejar de mirarnos; ni siquiera podía dejar de acariciar su rostro, me tenía completamente idiotizado.

—Ha sido muy doloroso —me confesó entre susurros.

—Te juro que también para mí. También para mí…

Deslicé el pulgar por el contorno de su exquisita anatomía; peiné con la yema una de sus cejas; reseguí el tabique nasal, de arriba abajo, desde el entrecejo a la punta de la nariz; más tarde el arco de la mejilla, la mandíbula y el mentón. Finalmente acabé dibujando la comisura de sus labios y la carnosidad de su tentadora boca, creada únicamente para volverme más loco de lo que estaba.

—Jake…

Dejé de mirar por un momento a su maldita boca y elevé la vista a sus ojos, estos brillantes y a punto de echarse a llorar.

—Cariño, no lo hagas.

—¿Qué no quieres que haga?

Cogí su cabeza con mis manos y acerqué mi cara a la suya para pegar nuestras frentes.

—Torturarte así —le susurré contra los labios.

—Jake… —exhaló y su aliento, su puto aliento se coló por mi boca.

—Alexandra, voy a besarte.

Tembló cuando la piel de mis labios, rozaron casi los suyos. Llevó sus manos a mi nuca, atrayéndome aún más hacia ella.

—Hazlo, te lo ruego. Bésame, Jake.

«Por fin, joder. Por fin…».

Cogí aire y besé su boca lento. Sintiéndola toda, mía, por completo. Saboreando el gusto salado de una lágrima que se había evaporado en mi lengua.

—Shhh... No llores mi vida, por favor, no lo hagas.

—No puedo evitarlo. He sido una idiota. Me he comportado como una…

—Los dos hemos pecado de serlo, hemos sido unos tercos idiotas que no han sabido valorar a la persona que tenían ante sí.

Nos acariciamos la cara mutuamente sin dejar de mirarnos. Yo, por mi parte, reaprendiéndome todos los putos lunares que tenía espolvoreados por toda la piel. Ella, sin dejar de mirarme a los ojos, perdiéndose en ellos mientras enredaba sus dedos en el pelo de mi nuca.

No pude evitar sonreír de alivio. Joder, parecía que volvíamos a estar bien.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —planteó entrecortadamente.

—Vivirnos, Alex. Vivirnos eternamente…

Sonrió en mi boca cuando la rodeé con los brazos y la atraje hacia mis labios. Su pecho desnudo se pegó a mi torso expuesto. Alexandra enroscó sus piernas a mis caderas cuando nuestros cuerpos giraron un tercio para colocarme encima; ella quedó debajo de mí, tendida en la cama.

La besé despacio, saboreándola, sin dejar de acariciar su cara. Nuestras pieles se rozaban en cada movimiento; excitándonos, calentándonos, jodida y deliciosamente.

—Te necesito, Jake… ahora.

Apretó más su pelvis contra mi imponente erección y me arañó ligeramente la espalda en señal de deseo. ¡Dios! Se me escapó un gruñido gutural y la estreché más contra mi pecho.

—Yo también te necesito, pero no solo ahora, sino cada jodido segundo de mi vida.

—Jake… Necesito sentirte dentro de mí. Hazme el amor, te lo ruego…

Exhalé un suspiro.

—Mi morena…

Me separé lo justo para abrir el cajón de la mesita de noche, tantearlo y coger un preservativo cuyo envoltorio rasgué con los dientes antes de colocármelo. Exhalé un gemido contra su boca cuando me hundí en ella lento. Fue deliciosamente delirante sentirme dentro de nuevo. Sintiéndome en casa, nuestro hogar.

Gruñí de puro placer cuando me mordió la clavícula.

—Quiero más, vaquero —ahogó un gemido en mi oído, envolviendo de nuevo mis caderas con sus piernas.

—¿Cuánto más, morena?

—Quiero todo de ti.

—Y te lo daré. Todo, siempre.

Abrí su boca con la mía. Busqué su lengua con desesperación y me hundí más en ella. Más fuerte, más intenso, más adentro, más profundo. Gimió, tembló y se retorció cuando el estallido

del orgasmo le pilló desprevenida. No tardé en explotar a los pocos segundos, acompañándola en esa retahíla de latigazos de placer que sentí por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

¡El puto Nirvana se presentó aquella noche en esa habitación en una fusión espiritual y carnal!

Caí rendido sobre ella, exhausto y me quedé dentro. Apoyé la cara sobre la fina capa de sudor que brillaba entre sus pechos y entre jadeos, le recordé para que nunca lo olvidara:

—Alexandra Caroline Simmons, hizo falta perderte para saber que ya te había encontrado… Eres mi jodido caos…

37
El silencio de los corderos

(Jonathan Demme, 1991)

ALEXANDRA SIMMONS

—No montes dramas, por favor.

Me levanté del taburete como un resorte, deslicé una mano por la frente y la otra la puse en jarras. Sin dejar de negar con la cabeza, di un par de vueltas a la isla de la cocina sin dar crédito a los desvaríos que tenía que oír de su boquita de piñón.

—Grrr… ¡¿Qué no monte dramas, Nicoletta?! —bramé al borde de la histeria—. Tomasteis una decisión por mí. ¡Por mí! Sin consultármelo. ¡Era mi vida, maldita sea! ¡Nuestra vida, nuestro futuro, el de Jake y mío!

—Bueno, cielo, la realidad que tú crees es un pelín distinta —reveló en un tono tan relajado que aún me crispaban más los nervios si era posible y ¡mi mala leche estaba a punto de convertirse en cuajada!—. Tus padres trataron de convencerme de que estar sin Jake era lo mejor para ti, para el bebé que estabas esperando y para la pulcra reputación de la familia Simmons. Y ya sabes lo convincentes que pueden llegar a ser. Además, ni siquiera se cumplía el primer aniversario del escándalo de tu bodorrio y del video casero/porno/cutre salchichero de la infidelidad de tu queridísimo Harris alias *el picha floja*. Y ya sabes…

—¿Qué? ¡¿Qué narices se supone que ya sé?! —chillé, quedándome hueca por dentro.

Cada vez entendía menos la postura de mi amiga.

—Que en la alta sociedad no está bien visto eso de quedarse embarazada de un don nadie, en este caso de un… ranchero.

Mi cara de sorpresa no le pasó desapercibida ni la protesta de después tampoco.

—¿Quéééé? —balbuceé—. No puedo creer lo que oigo, Nicoletta. ¿Es eso lo que piensas de Jake? ¿Qué es un don Nadie?

—No, para nada. Sabes que le tengo mucho aprecio a tu vaquero y que jamás de los jamases le he considerado inferior socialmente hablando. No soy una asquerosa clasista. Vamos, mi niña, ya me conoces. Sino… ¿qué sentido tendría haberme colgado como un fuet de su amigo Roy Jones?

—Ese ejemplo que pones, no me sirve. Además, no tiene nada que ver con Jake y conmigo.

—Claro que no, tesoro. Pero no deja de ser un primer paso para que te pongas en mi piel y sientas en la encrucijada que me vi sometida a seguir. —Tomó aire—. Creían que le olvidarías

pronto, porque apostaban a que lo vuestro no era tan fuerte, ni tan real y que tus heridas… bueno, que sanarían en cuanto tuvieras a Luca entre tus brazos.

—Pensaron mal.

—Lo siento, Alex, lo siento de veras. —La seguí con la mirada como se acercaba a mí y hacía el gesto de abrazarme—. Acabo de darme cuenta de que las formas que impusieron no fueron las adecuadas y…

—Ahora no, Nicoletta, por favor. —Le planté una palma delante de su cara para evitar que avanzara más. Prefería que no me tocara, no en ese momento cuando sentía tanta ira dentro de mi pecho—. Será mejor que no me abraces, estoy… estoy demasiado dolida como para recibir pruebas de afecto.

Tomé consciencia de como el maravilloso mundo que desde niña había idealizado a mi alrededor, ese de una familia ejemplar, se me acababa de atragantar en la boca del estómago y a punto estuve de echar las potas.

Me largué de la cocina a toda prisa y me encerré en mi habitación para realizar una llamada. Se avecinaba una acalorada conversación con mis progenitores. Me aclaré la garganta, descorrí las cortinas y abrí la puerta del balcón para dejar que entrara algo de aire pues el ambiente se había enrarecido.

—Hola, mamá.

—Hija, qué grata sorpresa, querida. No esperaba que llamaras en lo que quedaba de semana. ¿Ocurre algo? —denotaba preocupación en el tono de su voz—. ¿El niño está bien? ¿Y tú? ¿Estáis bien?

—Luca está genial.

—¿Y tú?

Me quedé en silencio antes de responderle con una pregunta.

—¿Es cierto que Jake fue a tu casa en mi busca?

Apreté los dientes y pegué más el teléfono a mi oreja.

—Bueno, puede que sí.

—Mamá, ¿se presentó a tu casa a buscarme? ¿Sí o no? Responde sin rodeos y sin marear la perdiz.

Mi madre se quedó unos segundos en silencio, sopesando mis palabras.

—Mira, hija. En esta vida, uno ha de ser práctico en vez de amoldarse a la situación y ese hombre nunca te ha convenido, es… demasiado poca cosa para ti. Tú vales mucho y debes estar con alguien conveniente a tu estatus social. —Hizo una breve pausa—. No te negaré que estuvo bien como caprichito para olvidar las penas después de la ruptura de Harris Mars, pero nada más. Ahí quedó todo, en una fantasía con el chicarrón de pueblo.

Me quedé patitiesa al tener que oír despotricar tanta ofensa gratuita hacia Jake.

—Puede que ahora te sientas ofuscada por descubrir la verdad, pero déjame decirte que la juventud tiene esas carencias. El creer estar enamorada, cegada por el primer hombre que te

regala el cielo. La magia del momento y bla, bla, bla… Ya verás, querida, de aquí a un tiempo, te darás cuenta de que lo vuestro no tenía futuro y me agradecerás que tomásemos esa decisión por ti.

—Ese *chicarrón* como tú lo llamas… —imité su mismo tonito despectivo que había empleado para describir a Jake— es el padre de Luca. Tu nieto, por si lo habías olvidado, y Jake Maverick es el hombre del que estoy locamente enamorada.

—Se te pasará, cariño —chasqueó la lengua—. Confía en mí.

Instintivamente, eché un breve vistazo al mueble rinconero donde descansaba un trocito de escombro de la pared de la casa abandonada en la que Jake me obligó a descargar toda la frustración que tenía enquistada en mi alma.

«Destruirnos para volver a construirnos; a ser de nuevo nosotros, pero juntos».

Cogí una bocanada profunda de aire.

—Mamá, no. Por una vez no, no llevas razón. Tienes tantos prejuicios clasistas que no ves la realidad. Amo a Jake.

—No te confundas, Alexandra. Yo también sé lo que es haber estado enamorada de la persona equivocada —me confesó—. Antes de tu padre, me encapriché de un hombre, el farmacéutico del pueblo de tus abuelos. Y te prometo que recuerdo mantener esta misma conversación con mi difunta madre.

La oí suspirar.

—Ella me abrió los ojos, con verdades como puños, de igual forma que lo estoy haciendo ahora mismo contigo.

—Mamá, yo le amo, con todo mi ser —rompí el silencio.

—Yo también le amaba.

—Está claro que no lo suficiente —me atreví a juzgarla—. No luchaste por vuestro amor.

—No era el que me convenía.

—Y papá, ¿sí?

—Por supuesto, tu padre sí. ¿Acaso has echado algo en falta, Alexandra? —sonó a reproche—. Todo lo que has querido has tenido, todos tus deseos se te han concedido. Tu exquisita educación en parte ha sido gracias a los mejores colegios de Nueva York…

—Mamá… ¡No me escuchas! —le interrumpí exasperada—. Para ti puede que fuese sencillo pasar página, para mí no lo es.

—Para mí tampoco lo fue.

—Es que aún sigues pensando en él…

—No, ¿cómo te atreves? Soy una mujer felizmente casada.

El corazón me dio un vuelco.

—Sigues enamorada de ese hombre —afirmé.

—No, eso no es… —descendió el tono de su voz.

—Mamá. —Cogí aire antes de formularle una pregunta. Por el tono quebrado de su voz, empecé a atar cabos—. ¿En qué año mantuviste la relación con ese hombre?

—¡Por el amor de Dios, Alexandra! No seas indiscreta.

Noté cómo el corazón se me saltó un latido y el cuerpo se me estremeció por completo.

—¿En 1990?

Tragué saliva y me mordí la cara interna de la mejilla.

—Sí.

Salí al balcón para coger aire, sin pasar por alto la respuesta. Se me cortó el aliento al descubrir que todo este tiempo había vivido una farsa.—¿Cómo se llama mi padre biológico?

—Yo no era más que una cría, una niñata corta de luces que se dejó guiar por el corazón en vez de por la razón.

—Mamá, ¿cuál es su nombre?

—Viktor Frankl.

—¿Y papá lo sabe?

—Sí —reconoció de inmediato.

—Genial —sonreí con amargura al destapar la guinda del pastel. Mi padre no era mi padre biológico, sino que era hija de un completo desconocido. Y el que hasta ese momento reconocí como mi padre, sabía de la existencia del real.

Las lágrimas no tardaron en bañar mis ojos y aunque traté con todas mis fuerzas de retenerlas tras mis párpados, fue imposible.

—Alexandra, aprenderás a pasar página, créeme. Yo lo hice.

—No quiero pasar página, mamá.

—Yo te enseñaré.

Me retiré con brusquedad una gruesa lágrima que se deslizaba por mi pómulo.

—Basta, ya —dije exhausta—. Mamá, mi vida me pertenece solo a mí y yo decido cómo quiero vivirla o desaprovecharla. Así de simple.

No tardé en finiquitar la conversación, aunque no de las malas formas que me hubiese gustado, más que nada para no ser demasiado dura con ella. Como mi madre que era, le debía un respeto, aunque ella no me hubiese dado muestras de ello durante todos estos años.

—Toc, toc…

Sorbí por la nariz y miré en dirección a la puerta. Nicoletta estaba allí plantada, apoyada en el quicio a la espera de mi consentimiento para entrar en la habitación.

—¿Se puede?

Suspiré hondo y luego lancé el teléfono de mala gana sobre las sábanas desde el balcón.

—¿Has oído la conversación?

—Creo que he llegado justo en la parte más morbosa, esa en la que el malo de la cinta dice eso de: «Yo soy tu padre», dejándonos a todos ojipláticos.

Nicoletta parafraseó a la perfección una de las frases más memorables de la historia del cine de la película de *Star Wars: Episode V,* emulando a la penetrante voz de Darth Vader.

—Pero qué tontainas eres…

Se me escapó una risa y un hipido al mismo tiempo. ¡Menuda combinación más extraña de sonidos!

—¿Tú también lo sabías?

—¡Oye! A ver si te crees que soy el libro Gordo de Petete andante. No, no lo sabía, te juro que ha sido toda una revelación también para mí.

Ladeó la cabeza.

—¿Y cómo te encuentras, cielo?

—No, no demasiado bien. Estoy… tratando de asimilarlo.

—Oooh, mi niña… cuánto lo siento. ¿Me dejas ir a achucharte y consolarte? —Puso morritos e hizo el ruidito singular al gemido lastimero de un perro desvalido—. O… ¿sigues cabreada conmigo?

Estiré la comisura de los labios y cogí aire.

—¿Eso ha sido una sonrisa? —Sin poder evitarlo ensanché un poco más la comisura de forma ascendente—. Sí, creo que eso ha sido una señora sonrisa en toda regla.

Nicoletta se las sabía todas y desviar la atención de mi cabreo hacia otro designio, se le daba de fábula. Bien mirado, ese era un buen momento para aprovecharme de los lazos de amistad que nos unía y derramar mis penas en unos cariñosos brazos como los suyos. Así que, aparté a un lado nuestras rencillas y acepté su abrazo.

—¿Voy?

—Ven… —Alargué un brazo y le hice gestos con la mano—. Vamos, ven aquí.

—¡Esa es mi chica!

Nicoletta atravesó la estancia a grandes zancadas y rodeó todo mi cuerpo. ¡Dios, qué reconfortante y sanador eran sus abrazos de oso! Y más cuando te das cuenta de que tu vida, había sido un burdo embuste.

38
American Psyco

(John Cale, 2000)

JAKE MAVERICK

Confieso que hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo. Hacía mucho tiempo que no respiraba aliviado al despertar por las mañanas, ni disfrutar de las pequeñas cosas sin agobios, ni siquiera mirar más allá sin temores hacia un prometedor futuro, porque hasta ese momento en mi vida, faltaba una pieza clave, *ella*.

Desde la noche de la casa abandonada, Alexandra se había convertido en la respuesta a todos mis males, ese ungüento, esa medicina para el alma que tanto había añorado esos malditos años sin ella.

Unos chapoteos cerca de mí me arrancaron momentáneamente de mis pensamientos. Dakota y Luca se estaban bañando en la parte menos profunda de la piscina en casa de Alexandra y Marco Carusso. Mi morena y Nicoletta, charlaban animadamente a solo unos metros de mí. El panadero, hojeaba las páginas de la encuadernación en tapa dura con sobrecubierta de la primera edición en 1992 de Cementerio de animales de Stephen King (ese chaval era de los míos). Y el rubio se fumaba un pitillo con total parsimonia mientras se ponía al corriente de las novedades en las redes sociales.

Y yo… bueno, pues yo simplemente respiraba, respiraba, respiraba, llenándome los pulmones de vida, de las risas de los críos como la mejor de las melodías, de las miradas furtivas y las sonrisas torcidas de mi morena, de los insistentes codazos de mi amigo al mostrarme las primeras publicaciones en TikTok, una red social basada en vídeos cortos de gente haciendo el primo con el único objetivo de entretener y de paso, intentar viralizarse y hacerse *famosete*.

¡Qué diablos! Yo, por el contrario, prefería invertir mi tiempo libre en otras cosas más naturales, como, por ejemplo, liberar mi mente mientras veía disfrutar a mi familia tras los cristales tintados de mis gafas de sol. Porque sí, has leído bien, todos ellos conformaban mi familia. Ellos lo eran todo para mí. Los pilares que sustentaban mi raciocinio y parte de mi alma.

Estuve así bastante rato, observándoles, paladeando los instantes. El sol a lo alto de un cielo completamente despejado, *Starboy ft. Daft Punk* de The Weekend sonando a través del equipo de música, combinación de risas, olor a jazmín, cervecitas frescas y mucho hielo para los combinados de las chicas, hasta que Dakota reclamó desde la piscina distrayendo mi atención.

—Papiii… Ven a bañarte con Luca y conmigo.

—Ahora, cielo.

Di un sorbo a los restos de mi cerveza sin alcohol que luego volví a dejar sobre la mesita de piedra.

—¿Te vienes a poner en remojo esas pezuñas putrefactas con *eau* de roquefort?

Le eché un vistazo hablando por encima de mi hombro.

—Maverick, tío, paso. Prefiero quedarme aquí, sentadito en la sombra y partiéndome la polla viendo videos de pardillos. Además, ya sabes que no soy una bestia acuática. No me va el agua.

—Sí, me consta, mamón. Ni para la ducha. Eres todo un animal de bellota.

—Oing, oing…

Se carcajeó y acto seguido le palmeé la espalda en tres ocasiones.

Me planté delante de las chicas.

—¿Qué, morena? ¿Te hace unos largos?

Alexandra alzó la cabeza y se puso la mano en la frente a modo de visera improvisada, para que el sol no le dañara esos ojazos azules.

—Ahora no vaquero, quizás de aquí un rato.

Me sonrió.

—Vale.

—Papiiii…

Me giré.

—¿Qué, pequeña?

—Que venga Alex, también.

—Iré más tarde, cielo —respondió ella y enseguida siguió conversando con Nicoletta.

Miré a mi hija quien, desde la distancia, puso morritos y se frotó los ojos con los puños, haciendo teatrillo, como si estuviera llorando. Y a mí me dio carta blanca para poner en práctica una travesura que se me había antojado hacer en ese momento. Lancé las gafas de sol sobre una de las hamacas y empecé a imitar el gesto de un forzudo. Así, metiendo tripa, haciendo posturitas, marcando bíceps y contrayendo el gesto como si me costara la vida cagar en el retrete mientras emitía sonidos guturales dignos del propio Hulk, provocando un estallido de risas a mi alrededor cuando simulé que se me escapaba un enorme pedo del culo, ahuecando la mano en la axila y manteniendo la hermeticidad presionando arriba y abajo.

—¡Prrrrr…! ¡Prrrrr…!

Vi a la morena troncharse de la risa mientras se secaba una gota de la comisura de los ojos.

—Jake, cariño, déjalo ya, por favor, que estás mayorcito para estas cosas…

—Ah, ¿sí? ¿Mayorcito, dices?

Ella asintió.

—Un abuelete, ¿eh?

—Casi, casi…

Siguió bromeando la muy pécora.

—Vaaale, morena. ¡Tú lo has querido!

—¿El qué?

—Donde las dan, las toman.

Y antes de que a mi chica le diese tiempo a reaccionar y yo sopesar otras alternativas, surgió de la nada mi lado más travieso, el mismo de cuando tenía unos quince años y le llevaba por el camino de la amargura al viejo Thomas porque no dejaba de hacer gamberradas, una tras otra.

—Jake, ni se te ocurra… —Negó con la cabeza y se puso en guardia, removiéndose incómoda en la silla, intuyendo mis propósitos—. Te lo advierto. No vayas a hacer lo que vas a hacer…

Alexandra me amenazó con el dedo.

—*Stop!* —Me plantó una mano en el pecho cuando me agaché, antes de cogerla—. Sé de uno que va a dormir esta noche en el sofá como siga por ahí…

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿A estas alturas de la película me vienes con amenazas, Alexandra Caroline Simmons?

—¡Ajá!

Me eché a reír con ganas contra sus labios antes de darle un pico y protestar a lo *Wilhelm Scream*, el grito más famoso del cine desde 1951.

—¡A tomar por el culo!

Cogí a la morena en brazos, desentendiéndome por completo de sus gritos y sus pataletas. Y corrí con ella a cuestas hacia la piscina y una vez allí, justo cuando iba a saltar, hice un amago, manteniéndome de puntillas con ella encima, deteniéndome justo en el borde antes de precipitarnos al vacío.

—Tus últimas voluntades, morena.

—¡Jake, bájame! —expuso muy seria.

—Ah, ya veo. No tienes testamento.

Me mofé en su cara con descaro.

—¡Jake, hablo en serio!

Y se le escapó una media sonrisa, muy diminuta, casi fue una mueca, pero la vi.

—Tarde —sonreí canalla—. Tápate la nariz.

—¡No, no, nooooooooooo…! —gritó histérica antes de que el agua nos engullera a ambos y su voz se sumergiera por completo al igual que nuestros cuerpos.

A los pocos segundos emergimos entre borbotones y bocas abiertas buscando oxígeno a la desesperada. Alexandra se aferró a mi cuello después de darme un manotazo en el pecho.

—¡Jake Maverick! Eres de lo que no hay.

—Ríete, mujer, que es muy sano.

Nadé con ella a cuestas hacia la parte menos profunda de la piscina, hasta chocar su espalda contra el gresite bicolor de las paredes. Puse las manos en sus caderas y la atraje hacia mi cuerpo,

estrechándola con más fuerza cuando Alexandra apoyó los antebrazos en mis hombros y no vaciló en rodearme las caderas con las piernas. No tardé en apartarle el pelo de la cara con una mano para poder perderme de una maldita vez en sus increíbles ojos que competían sin piedad con el cristalino agua de la piscina. La miré fijamente, perdiéndome en todas las jodidas tonalidades de azul de sus iris.

Me acerqué a sus labios mojados y la besé suave, hasta que nuestras lenguas empezaron a saquear la boca del otro.

—Jake, cielo…

Acomodando mi excitación en la entrada de su sexo, presioné mi erección a través de las finas telas de los bañadores. La temperatura empezó a subir, mucho. El calor corporal a ser insoportable y la situación enseguida empezó a escapársenos de las manos. Los besos se volvieron más prolongados y más eróticos. El roce de nuestras partes íntimas más delirante, nos sentíamos como si no hubiese ropa impidiendo el deseo. Y las caricias dentro del agua por todo nuestro cuerpo a ponerme cardíaco.

—Jake… —susurró con un hilo de voz—. No te olvides de que tenemos público.

Gruñí en su boca.

—No me olvido.

—Pues parece que sufras amnesia retrógrada.

Hice oídos sordos y dejé que mis dedos comenzaron a palpar sus pechos por dentro del agua y que una de mis manos, cubriera uno por encima del biquini. Eran del tamaño perfecto, ni muy grandes ni muy pequeños y se amoldaban perfectamente a mi palma. No tardé en recorrer con el pulgar el borde superior de la tela, colarlo dentro y acariciar con la yema del dedo el pezón mojado que se endureció aún más con el mínimo contacto de mi piel.

La oí gemir en mi boca mientras se mordía el labio inferior de una forma demasiado sensual que solo hacía acrecentar mi excitación.

Acerqué mi boca a su oído.

—Deja de morderte el labio de esa forma o vas a provocar que meta la mano dentro del biquini y te masturbe aquí mismo delante de todos. O puede que tal vez prefieras que te saque a rastras de la piscina, te estampe contra cualquier pared de la casa para follarte duro y hasta que no recuerdes mi maldito nombre.

—Jake… joder… Jake…

—Al final vas a gastarme el puto nombre del uso gratuito que le das.

Me golpeó fuerte en el brazo y yo le mordí el labio.

—Hay niños mirando…

—Sí, lo sé, hay tres.

Frunció el ceño y yo me reí.

«¿En serio, morena? Joder, ¿estás calculando mentalmente al no salirte las cuentas?».

—Pero si hay dos.

—Tres, morena, hay tres. Dakota, Luca y Roy —ratifiqué burlón y nos echamos a reír a carcajadas.

Y joder, que me parta un rayo si no me volví loco al notar como el vibrato de su risa rebotaba musicalmente contra mi pecho. Ella seguía riendo sin poder parar de hacerlo.

—Alexandra, mírame.

—Es que eres tonto…

—Alexandra, vamos, mírame.

—¿Qué, Jake?

—Te quiero. Mucho, mi vida. —La miré profundamente a los ojos, traspasándola con la mirada la retina, la piel, los huesos, el alma—. Nunca lo olvides.

39
Toro Salvaje

(Martin Scorsese, 1981)

ALEXANDRA SIMMONS

—¿Una cita?

—Así es, morena.

—Pero, si ya hemos tenido una.

—Sí, cierto. La hemos tenido, pero me atrevería a asegurar que con el condicionante de estar batiéndome a duelo en una batalla campal con Franco Salvatore.

—Uuuu… Qué dramático…

Me cachondeé de su lado más peliculero y Jake se apoyó en el borde de la isla de la cocina para acceder al cenicero.

—La cita que yo propongo es una señora cita. De esas de fin de semana —me sonrió con autosuficiencia—. Tú, yo, La Toscana y… sorpresa.

—Tú, yo, La Toscana y… ¿qué?, ¿qué más?

—No seas cotilla —esquivó la pregunta dando una honda calada al Cigarrillo. —Sigues sin llevar muy bien el tema de la paciencia, ¿eh?

Me mordí el labio, pensativa. El vaquero no iba a salirse tan fácil con la suya.

—¿Y si…?

Me acerqué a él peligrosamente lento, le quité el cigarrillo de entre los dedos, lo apagué en el cenicero y me humedecí los labios con la lengua para que se suavizaran antes de empezar a besarle en el cuello de forma tortuosa y morbosa. Muy… muy morbosa. Primero por esa parte tan sensible en la que se conecta los hombros con la clavícula, posando los labios en la hendidura.

—¿Y si me lo cuentas?

Abrí mi boca lentamente entre beso y beso, separando mis labios mientras le besaba suavemente.

—Joder, Alex, no juegues sucio.

Jake me cogió de las caderas y me pegó a su cuerpo, quedándome entre sus piernas cuando soplé un poco de aire caliente sobre su piel.

—Me vas a volver loco…

—De eso se trata, vaquero. Loco de remate y hacerte cantar…

—La, la, laaaa…

—Idiota.

Se le escapó una risa seca y un gemido bastante similar al de un orgasmo cuando lamí todo su cuello desde la base hasta la parte superior, cerca de su oreja y solo con la punta de la lengua. Suave, lento, cadente. Le mordisqueé el lóbulo antes de lamerlo y chuparlo con deleite.

Gruñó como un animal cuando noté como toda su piel se le puso de gallina.

—¿Y bien?

—Mierda. Sigue…

—¿Quieres que siga?

—Coño, sí. Mira cómo me tienes… —Me clavó los dedos en mi culo, pegó más su pelvis a mi cuerpo y empezó a frotar su miembro erecto de forma lasciva contra mi vientre. Y sí, madre mía, lo tenía duro como una piedra—. Excitado y nervioso como un puto exdrogadicto esperando su chute diario de metadona para paliar su adicción.

—Exagerado.

—Ni un poquito.

—Alex…

—¿Mmm…? —murmuré sin dejar de lamer su cuello.

—Voy a follarte ya. Ahora mismo, por mis muertos.

Metió apresuradamente la mano bajo mi falda y se la cacé justo cuando pretendía bajarme las braguitas allí mismo. ¿Allí mismo? ¿En mi cocina? *In my home?* De eso nada, monada.

—Te recuerdo que Marcos y Luca están en el salón, a solo unos metros de distancia.

—Me la suda tres pueblos.

—Pero a mí no.

—Al carajo.

Y de un arrebato más propio de un australopiteco que de un homo sapiens-sapiens, pegué un grito cuando me cargó sobre el hombro como si fuese un saco de patatas y nos encerró en el cuarto que había junto al recibidor y el de invitados en la planta baja.

—Eres un salvaje, ¿lo sabías?

Le propiné un manotazo en el pecho cuando me dejó en el suelo y me dio un cachete en el culo antes de echar el pestillo.

—¿Por dónde íbamos? —se hizo el despistado—. Ah, sí.

Me cogió de la cintura a pulso y me sentó en la parte ancha de la madera del lavamanos.

—Jake, el mueble no va a aguantar mi peso.

—Schist…

Me ordenó callar el muy mandón. Deslizó las manos por mis muslos y las perdió por debajo de mi falda, mapeando mi piel a su antojo y erizándomela a su paso.

—Jake…

—Alex…, cállate de una vez. Levanta el culo.

Con la impaciencia más propia de un adolescente colérico de testosterona que de un adulto, me selló la boca para que dejara de quejarme y me quitó las braguitas, dejando que colgaran de uno de los tobillos.

Gemí y maldije su nombre cuando me separó las piernas, me agarró de las nalgas y hundió su cara en mi sexo, combinando succiones ligeras por cada rincón y profundos lametones mientras apretaba la parte baja de mi vientre con la idea de que, el par de dedos que tenía dentro de mi vagina ejercieran más fricción contra la zona del punto G, creando cierta presión hacia arriba. ¡Dios, iba a darme una taquicardia! Luego introdujo la lengua de una forma tan eróticamente hambrienta, como si, llevara semanas sin comer, que no tardé en llegar al clímax.

Exploté. Sin más. Los gemidos de placer que me provocó Jake, alias #elvaquerolocomedelolindo, resonaron hasta en la Roma antigua.

—¡Santo Cielo, Jake! ¿Q-qué ha sido eso?

—Una declaración de amor en toda regla, cariño.

Jake sonrió orgulloso y se limpió los restos blanquecinos que se le habían quedado adheridos a los pelillos de su barba.

—Bueno, ahora… quiero mi recompensa por haberte practicado el mejor *cunnilingus* de la historia.

—Bueno, bueno… —Salté del mueble y me planté frente a él—. Yo no lo aseguraría tanto.

Abrió mucho los ojos, perplejo y se peinó los mechones ondulados y desordenados de su pelo.

—Ah, ¿no?

Sonreí divertida. Me encantaba tocarle la moral, sobre todo a nivel sexual, porque siempre iba de listillo y pensaba que conmigo iba un paso adelante. Y se equivocaba.

—¿Qué coño pasa? ¿Quién te lo ha hecho mejor? ¿El *spaghetti*? —lo soltó en tono sarcástico denotando un cierto grado de celos.

—Pues, no. Andas pero que muy equivocado.

—¿En serio? Apuesto a que no, que por ahí van los tiros.

—Aunque te cueste creerlo, Franco y yo no llegamos a acostarnos.

Se quedó en silencio. Esa confesión sí que no se la esperaba.

—¿Y por qué no?

Jake se apoyó en el toallero y cruzó los brazos bajo sobre sus pectorales y ocultó las manos en las axilas dejando visibles los pulgares.

—Porque tú te metiste en medio —me di unos golpecitos en la sien—. Aquí, en mi maldita cabeza y también aquí… —di otros golpecitos en mi pecho—, en mi corazón. Te metiste tan adentro… que no podía sacarte de mi piel, de mis huesos, de mi sangre, ni de mis entrañas.

—Alex… cariño.

Se me nubló la vista por momentos. Me quemaba la retina. Soplé por el lateral y pestañeé, resistiéndome a que la maldita lágrima saliera del párpado.

Jake se acercó a mí y me rodeó con los brazos. Me besó en el pelo y dejó los labios ahí un buen rato, mientras pude oír unos rápidos latidos golpear tras sus costillas contra mi pecho, con mi corazón que estaba a solo unos centímetros de distancia, como si la pretensión fuera la de unirse y moldearse para fundirse en uno solo.

Puso su frente sobre la mía.

—No sé que voy a hacer contigo, morena.

—¿Quererme? ¿Hasta el infinito y más allá?

Sonrió contra mis labios antes de besarme.

—Eso no lo dudes, nunca, pequeña.

JAKE MAVERICK

—Te lo vuelvo a repetir por enésima vez, morena. ¿Qué parte de la palabra sorpresa no entiendes?

La miré de soslayo mientras conducía con una mano en el volante y otra apoyada en la mitad de su muslo donde descansaba el dobladillo de la falda. Puso morritos y suspiró rindiéndose al fin.

—Y te recuerdo que me debes algo —añadí.

Le acaricié la piel de la rodilla con el pulgar.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

Se giró hacia mí con notable curiosidad.

—Una mamada —dije tan natural como quien pide la vez en la pescadería del pueblo.

Se echó a reír abruptamente.

—¿No hablarás en serio?

—Completamente. Y como te demores mucho en el tiempo, serán dos —me crecí.

—¡Jake!

—¿Qué? Debo sumarle los intereses que tocarían por la demora.

Abrió la boca, rumió algo, luego la volvió a cerrar y soltó un «¡Que te den!», tan artificial como las pestañas postizas que se empeñaba en poner cuando se emperifollaba, que, por cierto, no le pegaba nada con su temperamento dulce, aun así, estaba adorable.

Ey, entre tú y yo, ¿no te había dicho ya que me encantaba sacarla de sus casillas adrede, sonsacándole con la cucharilla del café ese puntito de desmelene que se empeñaba en ocultar bajo la piel, que me ponía cachondo su lado más canalla para que dejara de llevar al extremo el lado bueno de las cosas? Pues eso, en resumidas cuentas, que me daba la vida hacerla cabrear. Llámame masoca si quieres, no me importa.

Ser *malo* tiene a veces su aquel y del mismo modo que su recompensa.

—Eso también, Alex, aunque preferiría dar, la verdad.

A lo que iba, te juro que era saludable soltar tacos. Joder, y también tirarse cuescos, incluso si me apuras, correr desnudo por la plaza mayor del pueblo, abarrotada hasta los topes y en la que

no cabía ni un alfiler. Sí, sí, lo que lees, no hace falta que lo releas. Correr desnudo. Un espectáculo bochornoso, lo sé. Menos mal que no existían los móviles con cámara de vídeo para inmortalizar el momento y subirlo a RRSS. Que sepas que libera el espíritu y te quita todas las tonterías de un plumazo, aunque la excusa principal fuese la de no perder la jodida apuesta del capullo de Roy Jones. En fin, siempre nos quedarán los recuerdos de aquel verano del 97.

Puso los ojos en blanco y al mismo tiempo, en un visto y no visto, accionó el botón de la radio del Fiat *Cinquecento* amarillo chillón, alias lata de sardinas, que había alquilado para nuestro deleite y disfrute del fin de semana especial cuando empezó a sonar *Incancellabile* de Laura Pausini. El cinco plazas no daba para mucho, la verdad. En carretera abierta aun conseguía salvar el tipo, pero cuando llegaba la prueba de fuego de subir puertos de montaña con bastante desnivel, ahí era cuando se las veía y se las deseaba, el *chatarrín*.

—*Sembrava un´altra storia che, il tempo porta via con se. Tu non lasciarmi mai! Tu non lasciarmi! E più mi manchi, più tu stai. Al centro dei pensieri miei. Tu non lasciarmi mai!*

Alexandra se puso a cantar y a moverse al ritmo de la música.

—¿Qué coño dice?

Hice un gesto con la barbilla señalando a la radio del salpicadero.

—¿En serio quieres saberlo?

—Por favor, me está reconcomiendo por dentro —teatralicé haciendo ver que me mordía las uñas de las manos y casi de los pies.

—Dice algo así como: «Parecía otra cosa que, el tiempo se llevaba consigo. ¡Nunca me dejes! ¡No me dejes! Y cuanto más te extraño, más estás en el centro de mis pensamientos. ¡Nunca me dejes!». Y, bla, bla, bla…

—Joder, qué sufrida la tal Pastrani de los cojones.

—Pausini —se rio y luego recalcó—: La cantante se llama Laura Pau-si-ni.

Sabía perfectamente cómo se llamaba la cantante, o por lo menos recordaba haber oído su nombre en alguna parte, no me preguntes cual. Eso sí, hacerme el ignorante me sirvió para robarle una sonrisa, una preciosa. Y te prometo que ese gesto, me gustaba casi, casi, (he dicho casi) más que el de verla cabreada y maldiciendo a los impíos.

—Lo tendré en cuenta para cuando vuelva a Texas y me pida para regalo de cumple, uno de sus exitosos *hits* —lo dije con bastante mofa. Y por favor, que me perdone la cantante y quienes quieran que sean sus fans.

—No hará falta, para tu información los tengo todos, desde sus comienzos. Así que tienes Laurita para un rato largo.

—Genial, te juro que no veo la hora —le seguí el juego.

—Oye, pero serás… —me atizó fuerte en el costado— payaso.

—Alex, ten cuidado, que estoy conduciendo. No seas tan *brutota* que nos vamos a pegar una santa leche de cojones.

Se rio con ganas.

—¿Sabes que a veces me das miedo?

Me reí también.

—¿Sí, por qué?

—Porque a veces, haces, dices y piensas cosas… rarillas.

—Anda, mira quien fue a hablar.

—¿Yo? —Me rasqué la barba—. Si soy un tipo de lo más normal.

—Ya. El que falsificaba la firma de Thomas para saltarse las clases del cole e ir a ver entrenar a las animadoras del Bander High School.

—Es que había una, Regina García, que tenía un *polvazo* que te flipas.

—¡Jake! No hace falta que seas tan gráfico.

—Si no quieres saber, no preguntes.

—Además, ¿qué tenía? ¿cinco o seis años más que tú?

—Es posible.

Alexandra negó con la cabeza como si estuviera visualizando la diferencia de edad, ella una adolescente con cuerpo de mujer y una faldita a lo colegiala que me ponía muy tonto. Y yo un crío que empezaba a descubrir su precoz sexualidad pues hacía poco que había dejado de comerme los mocos.

—Ey… —Le pellizqué la mejilla para captar su atención, ya que la había centrado en mirar a través de la ventanilla—. Salta a la vista de que siempre me he sentido atraído por las mujeres guapas —le guiñé un ojo—. Porque al final después de mucho buscar, me he quedado con la más bonita de todas.

Suspiró y me sonrió ampliamente. Al fin. ¡Bien por mí!

—A propósito. Recuérdame que cuando volvamos a Pienza, tenga una charla con mi amigo el traidor.

—Roy no ha sido el delator.

—Ya. Ha sido Nicoletta.

—Así es.

—¿Y quién se supone que se lo ha dicho a la rubia?

Mis fosas nasales se dilataron y ella cayó de golpe atando cabos.

—Llevas razón.

Chasqueé la lengua.

—Siempre la llevo —afirmé con abrumadora seguridad—. Dame una de esas.

—¿Un regaliz rojo?

Hacía medio minuto que la morena se había puesto a mordisquear esa chuche. No tenía pajolera idea de dónde coño había salido eso, pero la conversación había resultado ser tan intensa que había logrado descender los límites de mi glucosa en sangre y estaba bajo mínimos. Y ese chute extra, iba a venirme de perlas.

—Sí, ¿tendrás más de esos?

—A veeer… —echó un vistazo al interior de la bolsita de plástico—. *Sip*. Hay unos nueve, aprox.

—Vale, con uno me basta.

Alargué la mano y le planté la palma para que lo depositara allí.

—Vamos. —Moví los dedos para indicarle que se diera prisa, pues estaba conduciendo y no era aconsejable tener ambas manos libres en curvas el mayor tiempo posible.

—Mmm… creo que no. Te lo daría con gusto, pero… sigo sin tener pistas sobre la sorpresa que me tienes preparada. Y… así no funcionan las cosas, porque esto que tenemos… —nos señaló a ambos—, ha de ir en ambos sentidos. Yo doy, tú me das. Tú me das, yo te doy. Y se va al traste cuando te empeñas en que sea… unilateral.

Me reí.

—No vayas de listilla.

—*Win to win* —entrecomilló con los dedos—. Gano yo, ganas tú. Y viceversa. ¿Lo captas?

—*Okey*, no me des nada.

—Jake, no te piques, hombre.

—No lo estoy.

—Sí lo estás. Mírate la cara de acelga en vinagre que tienes.

Me bajó la visera que tenía delante y yo, en vez de hacerle caso y mirarme en el espejo, alargué el brazo para robarle la bolsa de regaliz. Solo que ella fue más rápida y me pegó una santa torta en la mano antes de ocultarla en la guantera.

No me habían atizado así desde que era un crío, cuando mi madre horneaba cada viernes la típica *easy as pie* (tarta de manzana) cubierta por una capa de hojaldre en forma de rejilla, en un molde con los bordes ligeramente rizados y mientras la dejaba enfriar en el borde de la ventana de la cocina, yo metía la mano y pellizcaba un generoso trozo que llevarme a la boca. Recuerdo que era demasiado pequeño para comprender la magnitud de la causa-efecto. Y que estaba deliciosa, eso sí que lo recuerdo a la perfección.

—Pero si te he preguntado adónde vamos tropecientas veces. Y tú, erre que erre, empecinado en no soltar prenda. Ni siquiera me has dado una *pistita* —hizo el gesto de mostrarme muy poco espacio entre las yemas de su pulgar y anular—, es que ni eso.

—Sooorpreeesaaa, ¿recuerdas?

—Oh, sí. Sorpresa. Así que, como mujer precavida vale por dos o eso decía mi abuela, he traído porque como no sé dónde me llevas… —Abrió el bolso de mano que descansaba a sus pies, ese que parecía pesar mil toneladas y empezó a sacar el muestrario—. He traído naranjas, plátanos, uvas, un par de sándwiches de fiambre con mahonesa, chocolatinas variadas, crema solar, *after sun*, *spray* antimosquitos, tiritas, tijeras, pomada postmordedura de serpiente…

—Ey, ey, ey, alto.

Le mostré mi palma y casi detuve el vehículo en el acto por simple solidaridad.

—¿Qué pasa, Jake?

—¿Me tomas el pelo?

—¿Por?

Carraspeé para aclararme la voz, necesitaba verbalizar bien lo que iba a pronunciar.

—¿Pomada postmordedura de serpientes? ¿En la campiña italiana? Donde la gente no para de darse arrumacos los unos a los otros como si el poliamor figurase por imperativo legal en un artículo de la Constitución de la República italiana, quienes parecen vivir dentro de una perpetua postal, así todo ideal, como cantaba la princesa Jazmin en Aladdin y en el que las cacas de sus mascotas son tan jodidamente perfectas, que ni las moscas se atreven a ir a comer porque creen no merecerlo, y sí lo hacen las mariposas de mil colores. ¿Qué has pensado, que vamos a la Jungla africana?

«Joder, ¿he dicho yo todo eso de carrerilla y sin respirar?».

—No sé, dímelo tú.

«Pues va a ser que sí».

La vi morderse la lengua para no echarse a reír.

—¡Sorpresa! No insistas más, Alex. ¿Entiendes el significado de esa palabra? Porque es el mismo aquí —señalé con el dedo en el interior del coche—, en Texas y en el puto planeta Marte.

—Te gusta mucho tocarme la moral, ¿eh?

«¡Me cago en todo lo que se menea! Esta mujer no tiene fin, es una fabulosa guerrera de la cabeza a los pies».

—En eso debo darte la razón.

—Y sacarme de mis casillas.

—*Sip*, así es.

—Llevarme al límite.

—Eso siempre, mi *amol*.

Sonreí y volví a mirar al frente, a la carretera. Alexandra se repanchingó en el asiento y se llevó a la boca otro regaliz rojo como pasando de mi cara.

—Ya casi hemos llegado —me defendí palmeándole el muslo.

—Ajá.

La miré de reojo.

—¿Todo bien, morena?

—Ajá.

Sonreí con el labio torcido.

—¿Estás segura?

—Ajá.

—Te noto un pelín mosca. Pero, claro, pueden ser alucinaciones mías.

—Ajá.

—¿Piensas estar en ese plan… pasota todo el fin de semana?

—Ajá.

—Alex…

—¿Ajá?

Me eché a reír con ganas.

—Que sepas que van tres.

—¿Tres qué?

—Tres putas mamadas.

Y gracias a mi parida, le robé una de las sonrisas más bonitas que había parido madre.

El tiempo acompañaba, iba a ser un fin de semana templado, de esos que el sol te calienta la piel, pero no te achicharra. Aparqué la lata de sardinas en batería en la calle, cerca del hotel Palazzo Benci donde nos íbamos a hospedar un par de noches. El edificio era una acogedora mansión del siglo XVI con vistas que abarcaban desde la plaza del Palazzo Aldobrandini y hasta la Basílica de San Lorenzo y a cinco minutos a pie de la Catedral de Florencia.

Hicimos el *check in* y sin perder más tiempo, entramos en la habitación, dejamos la maleta apoyada en la pared y abrí las ventanas para airear la estancia y que esta se llenara de frescor cuando unas palomas levantaron el vuelo y unas inmejorables vistas renacentistas, emergieron ante mis ojos, desde donde se podía apreciar, entre los escarpados tejados de las casas, la cúpula de la capilla de los Médici y hasta donde alcanzaba la vista, podías imaginar los escenarios de tantas y tantas películas, como *Hannibal*, la secuela de *El Silencio de los Corderos*, en la Piazza della Signoria, en la Piazza della Santissima Annunziata o en el Palazzo Vecchio.

—¿Te gusta?

Se quitó los zapatos y se sentó en el borde de la cama junto a la mesita de noche, mulló la almohada para que estuviera esponjosa y el relleno se repartiera de forma homogénea y después se tumbó bocarriba, justo en el centro, con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

—Mmm… es cómoda… —Abrió los ojos y alargó su brazo—. Ven.

—Alex, tenemos la agenda bastante apretada este finde.

—Anda, ven… —repitió esta vez con ojitos de corderito degollado.

¿Quién podía rechazar semejante proposición? Sería un imbécil si lo hiciera.

—Voy.

Su sonrisa se ensanchó cuando me descalcé y me tumbé a su lado.

—¿Satisfecha?

—Aún no.

Se sentó en la cama, gateó con las manos hasta colocarse a horcajadas sobre mí y con una sonrisita traviesa empezó a quitarme el cinturón.

—¿Qué piensas hacer?

—Empezar a ir saldando deudas.

La polla se me puso dura al instante solo de pensar en lo que iba a hacerme en los próximos minutos. El jodido vientre se me contrajo en un inesperado espasmo cuando me bajó los tejanos y quedándome en bóxer, empezó a besarme lento alrededor del ombligo, e ir descendiendo

despacio y sin prisas, hacia mi sexo. Joder. Temblé de puro placer cuando la morena me quitó los calzoncillos y se metió todo mi pene dentro de su boca, lubricando abundantemente de saliva el tronco y empezar con la mamada del siglo.

—Hostia puta, Alex, eres la mejor.

Alzó los ojos y me sonrió traviesa antes de centrarse en el glande, jugando con las texturas de su boca, con la carnosidad de su lengua, con el techo rugoso de su paladar y con la suavidad interior de sus carrillos.

¡Santo Cielo! ¡Bendita lengua!

Siguió lamiendo, chupando y succionando con suavidad, sin olvidarse de los testículos. Y cuando le indiqué, entre gruñidos guturales propios de un salvaje en una selva, que estaba al borde del orgasmo, se detuvo en seco, descansó unos segundos para después volver a la carga, logrando así que el orgasmo final fuese más potente y apoteósico, para acabar corriéndome en su boca y explosionando en mil pedazos de puto placer.

—Joder, Alex, cielo… hostia puta…

Balbucí mientras recuperaba el aliento a duras penas.

—¿Te ha gustado, vaquero?

Se tumbó a mi lado y me miró con los ojitos brillantes y una sonrisita de oreja a oreja reflejo de satisfacción.

—¿Que si me ha gustado? —barrunté—. ¿Estás de coña? ¿Acaso no ves mi jeta de lelo?

Asintió.

—La veo, sí, la veo.

Se echó a reír. Sé que a veces era un pelín brusco al hablar. Pero, joder, es que, en mi opinión, ¡había sido una puta pasada, creo que fue la mejor mamada de toda mi vida!

Le cogí la cara entre las manos y la besé despacio, abriendo su boca con la mía y lamiendo su lengua perezosamente, con el sabor salado y un poquito amargo de mi sexo. Me bastó medio minuto besándola para estar otra vez empalmado. La giré, colocando su espalda contra las sábanas y la desvestí poco a poco, para hacerle el amor lento. Saboreándola, sintiéndola, amándola por completo.

Tras la ducha, nos vestimos con ropa cómoda para callejear por la ciudad de Florencia cogidos de la mano. Yo unos tejanos desgastados, camisa negra arremangada por debajo del codo y las clásicas deportivas Adidas de toda la vida. Y mi morena, unos shorts verde caquis, top de tirantes amarillo y unas sandalias doradas con la hebilla ajustada al tobillo, simplemente preciosa.

Deambulamos por las calles, observando aquí y allí, sin prisas, dejando que el tiempo transcurriera a nuestro alrededor. Echamos el ojo a un par de libros del siglo pasado en el Mercado de Pulgas, nos detuvimos ante paredes pintarrajeadas de escritos de poetas anónimos que Alexandra con paciencia me tradujo. Y cuando nos rugieron las tripas y el hambre nos asaltó, porque eso es lo que tiene el sexo, que abre las piernas, la mente y el apetito. Así que, después de admirar la Fuente de Neptuno, nos sentamos en la terraza del restaurante Gustavino

en la plaza más bonita y uno de los lugares o un museo al aire libre, según se mire y con más vida de Florencia, la céntrica Piazza della Signoria, una obra de arte en sí misma, situada entre la Piazza del Duomo y el río Arno.

Ay, Florencia, Florencia… la cuna del Renacimiento en Italia, en el que las manecillas del reloj parecían haberse detenido allí, en esa época, sorprendiéndome gratamente sus callejuelas, la cortesía de sus gentes y el aroma a popurrí, esa inolvidable fragancia a hierva y flores orgánicas que, según nos explicó la dueña de la farmacia Santa Maria Novella, se recolectaban a mano y se fermentaban en frascos de terracota.

—¿Aquí?

Señaló una coqueta mesa redonda antes de tomar asiento.

—Por mí sí, aquí mismo.

—Ay, qué dolor —se quejó masajeándose el tobillo—. Tengo los pies molidos.

—Trae —palmeé mi muslo—. Quítate los zapatos y pon los pies aquí, te haré un señor masaje.

—¿Estás loco? —me regañó y abrió mucho esos ojazos azules que Dios le había dado para observar a su alrededor al tiempo que le ardían las mejillas—. Hay demasiada gente…

—¿Y?

—Yo nunca… No es de buena educación… pues que yo, que tú me…

Sonreí.

—Deja de tener tantos prejuicios y empieza a soltar amarras, morena. Respira, vamos —inspiré y después solté el aire para mostrarle como se hacía, como si nunca lo hubiese hecho antes—. Y siente de una puta vez. Paladea la vida, joder. Exprime el momento. Saca todo el jugo a las pequeñas cosas, las que parecen insignificantes. ESAS son las verdaderamente importantes; las que te liberan, te remueven las entrañas y te hacen sentir vivo.

Alzó insegura la pierna derecha, como si no estuviera del todo convencida de lo que iba a hacer y la apoyó sobre la tela de mis tejanos.

—Buena chica.

Sonreí y le desabroché la sandalia dorada, la dejé caer al lado de una pata de la silla y empecé a acariciarle el empeine. Y cuando fui de los dedos hasta el tobillo, ejerciendo mayor presión con los pulgares en la planta del pie y el talón, realizando movimientos circulares, se le escapó el primer gemido con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

—Dios, Jake…

—*Sai già cosa ordinerai?*

El camarero con el comandero electrónico en mano, se plantó entre los dos. Alexandra se sobresaltó al darse cuenta de que no estábamos solos y que su pie estaba en mi muslo muy cerquita del evidente bulto de mi entrepierna. Quiso apartar el pie y devolverlo al suelo, pero se lo impedí, sosteniéndolo con fuerza. Miró al camarero más roja que un pimiento y volvió a tirar de su pierna. Y yo, por segunda vez consecutiva, se lo volví a impedir.

—Aún no lo tenemos claro.

—*Che cosa?*

¿En serio? ¿El italiano de los cojones no sabía ni papa de inglés en un lugar tan visitado en el mundo como lo era aquel?

—*Dacci un paio di minuti…* —balbuceó ella con la boca pastosa, sofocada, casi sin aire y muerta de la vergüenza.

—*Certo nessun problema.*

—*Grazie.*

Y cuando el camarero se largó de mi vista, la morena no vaciló en increparme y tirarme la caballería encima.

—¡Jake! ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

Curvé mis labios en una sonrisita burlona.

—¿A que no ha sido para tanto?

—Arggg… ¡Eres odioso!

Apartó su pie de un arrebato de mala leche y lo devolvió junto al otro para mantenerlo fuera del alcance de mis manos. Qué le íbamos a hacer, la morena y su febril temperamento que tanto me ponía cachondo.

Cogí la carta y la ojeé, y como era evidente, no entendía ni papa.

—Traducción, por favor.

—¿No te vales con el traductor de Google?

—Alex…

—¿Alguna objeción?

¿Seguía mosqueada? Después de eso hizo mutis y cogió la carta, ignorándome deliberadamente. Oh, sí, seguía mosca. Así que me quité una de las bambas ayudado por la puntera de la otra y le planté el pie en el puñetero regazo.

—Pero, ¿q-qué haces, Jake? —alzó la vista a mis ojos y medio sonrió—. ¡Saca tus pezuñas de mis piernas!

—¿Pezuñas? ¿Es que me has confundido con mi amigo Roy?

—Dios los cría y ellos se juntan.

Y para joder más la marrana, el camarero, el rey del inoportunismo, regresó otra vez.

—*Hanno già deciso?*

—*Sì. Per me sarà… bistecca nella costola o nel filetto.*

—*Al sangue, media o ben cotta?*

—*Media.*

—*Sarà un piatto unico?*

Ella asintió.

—*Ti piace il vino? Con una cura quasi maniacale, selezioniamo i migliori vini toscani e non, per soddisfare i gusti di ogni cliente.*

—*Molto bene, quale mi consigliate?*

—*Brunello di Montalcino.*

—*Oh, molto bene!*

Ni papa, lo que decía yo…

—*E tu?*

El estirado me miró dirigiéndose a mí.

—*E tu?* ¿Qué?

—*Cosa pensi di ordinare?*

—Lo siento, pero-no-te-entiendo.

Se lo dije despacito, como un puto cateto que era en esas tierras, por aquello de que, por acción divina, lograra descifrar algo de lo que le decía. Pero nada. El muy expresivo, puso los ojos en blanco y fue cuando supe que no nos íbamos a entender. Entonces, miré a Alexandra quien observaba la escena desde su privilegiada condición de *italianini* parlante sin dejar de esbozar una sonrisita de ganadora en los labios.

—Anda, échame un cable, morena.

—San Google, cariño —sonrió sin separar los labios y después se miró la laca de las uñas. Quise asesinarla—. ¿Recuerdas?

Bufé. Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón, busqué el traductor, tecleé cuatro palabras en la pantalla y después se la mostré al *spaghetti* de los cojones, a quien, no por falta de ganas, me contuve en darle una santa colleja en la nuca, por el asquito que me dio la nube de caspa que espolvoreaba sus hombros.

—*Oh, perfetto.*

Asintió, marcó en la pantalla el plato de mi elección y nos dejó de nuevo a solas.

—¿Ves? Te has desenvuelto de fábula.

—Qué remedio. Doña mala leche se ha cerrado en banda.

—Ja. No tengo mala leche. Me… ¡Me sacas de mis casillas!

—Vamos, lo mismo —puntualicé.

—Jake…

—¿Mmm…?

Cogí la cajetilla, di unos golpecitos y saqué un cigarrillo con los dientes.

—¿Por qué no hacemos una tregua?

—¿Para qué?

—Para no estar siempre en una tensión constante.

—¿No te mola este tira y afloja?

Pestañeó. Prendí el pitillo. Puso los ojos en blanco. Di una honda calada.

—¿Prefieres una relación aburrida?

—Prefiero una relación *normal.*

Me mordí la pielecilla del labio inferior sin dejar de mirarla a los ojos.

—Más del rollo Franco Salvatore.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Responde.

—No. La respuesta es evidente, sino no estaría aquí contigo, estaría con él.

No me resultó muy convincente, pero debía darle un voto de confianza. El casposo hizo acto de presencia, depositó los dos platos exactamente idénticos sobre la mesa y rellenó las copas de vino después de que Alexandra diera la aprobación.

—Oye, pero qué bien te has hecho entender con el camarero. El mismo bistec poco hecho que he pedido yo.

Me sonrió socarrona.

—La ley de la Jungla, o me matan o mato. Y, sinceramente, prefiero morir luchando —eché el humo con altanería por la comisura de la boca—. Verás, he buscado en el traductor de Google lo siguiente: ponme lo mismo que la tigresa de los pies con uñas como zarpas.

—¡Jake, eres de lo que no hay!

Me lanzó la servilleta a la cara. Bueno, esa fue su intención. La mía, cazarla al vuelo.

—Y lo que te ríes conmigo, ¿eh?

Sonrió.

—¿Lo ves?

Negó con la cabeza.

Punto positivo para el vaquero.

40
Un paseo por las nubes

(Alfonso Arau, 1995)

ALEXANDRA SIMMONS

En el alba, guiado por las primeras luces del día, a una hora de viaje en coche del hotel donde nos hospedábamos y a caballo entre Florencia, Siena y Arezzo, se encontraba la colina Chianti. Una pequeña cadena montañosa limítrofe con Valdarno y la Val di Chiana. Y nuestro destino final, el monte San Michele, a 893 metros de altitud.

—Hemos llegado.

Me apretó la rodilla con la mano y detuvo el motor del *Fiat Cinquecento* en un claro.

—¿Estás preparada?

Miré a través de la luna delantera y pude ver como a esas horas de la mañana, tres personas nos estaban esperando.

—¿Quiénes son?

—Forman parte de la tripulación terrestre.

Agudicé la visión y reconocí una especie de plástico de colores en el suelo.

—¿Un… un viaje en globo?

—Premio.

Me regaló una sonrisa torcida.

—¿Te hace? ¿Has viajado alguna vez…?

—¿Sobre las nubes?

A la mente me vino el recuerdo del viaje en helicóptero a Sevilla con Franco.

—Nunca así.

—Me alegra que vaya a ser tu primera vez. ¿Acojonada?

—Un poco…

Me acarició la cara y me besó en el pelo.

—No has de tener miedo. Es un medio de transporte muy seguro, a no ser que un pájaro aguijonee la lona y, entonces… —simuló con la mano una caída en picado—, ¡Chof!

—Jake, no me ayudas nada.

—Estoy de coña, mujer. No va a pasar nada. Te doy mi palabra.

Nos apeamos del coche y nos encaminamos hacia allí.

—Buenos días —saludó Jake en general.

—Buenos días —saludaron los presentes en inglés.

—¿Son americanos?

—De Wisconsin, más concretamente —suspiró susurrándomelo al oído—. El tema del idioma era crucial para hacerme entender. Ya sabes, quería algo muy concreto y esa era la única forma de lograrlo.

—Saldremos en unos quince minutos, tiempo que tardaremos en inflar el aerostato —se nos acercó el que parecía ser el más veterano de todos y nos tendió la mano.

—Genial, sin prisas —conformó Jake.

Desde una distancia prudencial no quisimos perder detalle de cómo el equipo terrestre revisaba los velcros del paracaídas, las cuerdas, las poleas y, abordo de la cesta de mimbre, que hubiese un mínimo de dos tanques de gas y una radio para la comunicación con tierra. Posteriormente, tras asegurar el globo en el suelo, este se llenó de aire ayudado con unos grandes ventiladores y después se activó el quemador para que comenzara a calentar con breves llamaradas el interior.

Sentí nervios durante gran parte del viaje; esa sensación en la boca del estómago con sabor a vértigo y unas cosquillitas en el vientre que se asemejaban más bien a retortijones, desde el instante en que la cestita se separó del suelo y todo comenzaba a elevarse sin detenerse hasta quedar por encima de las nubes, según nos dijeron a unos 6000 metros.

—Sujétate a las asas de cuerda de la barquilla, así se te pasará un poco la sensación de vértigo. Respira hondo y disfruta de las maravillosas vistas panorámicas de La Toscana —trató de que me sintiera cómoda y dejara a un lado el pensar demasiado en las alturas—. ¿No te sientes un poco Willy Fog?

—Me siento acojonada, así es como me siento.

Y era cierto, me sudaban hasta las palmas de las manos.

—Ay, mi morena. Ven aquí.

Jake me rodeó con los brazos y acunó mi cara en su pecho. Qué bien olía…

—¿Mejor?

—Infinitamente mejor.

Afortunadamente conseguí tranquilizarme, dejando la mente en blanco, dejando de pensar para dar paso a que mi cuerpo y mi mente, poco a poco, entraran en un estado inusual de relajación. Y entonces, como por arte de magia, empecé a disfrutarlo de verdad. Se acercaron pájaros que casi pude rozar sus alas con la yema de los dedos. Desprenderme de los brazos de Jake para atreverme a asomar a la borda y paladear todo el sabor de la aventura de estar volando; admirar el valle desde las alturas, la brisa suave en mi cara, tal y como lo haría una semilla de diente de león. Experimenté paz, tranquilidad, bienestar, libertad. Traspasar capas de nubes, admirar ciudades nuevas a nuestros pies y como colofón final, el brindis y las chispeantes burbujitas del champagne en mi garganta.

Salvo porque ahí no acabaría la sorpresa, no que va, después de comer en Siena, en un acogedor restaurante en la *Piazza del Campo* con forma de abanico, paseamos por sus famosas calles de edificios medievales de ladrillo, sin mapas ni itinerarios, por las *contrades*, distritos con nombre de animales cuyas gentes se sienten muy orgullosos de formar parte de ellos. Nos perdimos a propósito. A veces cogiéndonos de la cintura, otras de la mano, o simplemente rozándonos para notarnos a cada instante la piel.

Regresamos al hotel, nos dimos una ducha juntos. Y, hubo sexo, del bueno, con el agua rebotando en nuestros cuerpos, deslizándose como pequeñas cascadas por nuestra desnudez. Lo hicimos dos veces, la primera más salvaje y sucia, y la segunda acabamos empapando las sábanas de la cama; haciéndonos el amor de una forma tan dulce, que era imposible conectar de una forma más terrenal, en cuerpo y alma, uno con el otro.

La peor parte vino cuando me entraron todos los miedos a su reacción, al descubrir que Luca era su hijo, una *mentirijilla piadosa* que le había estado ocultando durante dos años (léase el sarcasmo, por favor). Te prometo que me reconcomía por dentro la culpa, volviéndome a invadir en la cabeza el enjambre de posibilidades a cuál peor. Entonces la fragilidad de mi yo interior tomaba el relevo y no me dejaba sentir con plenitud todas las cosas bonitas que nos estaba pasando otra vez. El reencontrarnos, el reenamorarnos, el revivirnos de nuevo, pero aún mejor.

Por ese y por infinidad de motivos, no tenía intención de caer dos veces sobre la misma piedra. Iba a decírselo, iba a… ¡solo que debía encontrar la manera y el momento! Quizás podría apoyarme en mi amiga. Sí, ella, yo… Nicoletta. Es posible que juntas hallásemos la solución menos cruel. Sí, debía consultarlo con la almohada o con un vidente, ¡qué se yo!

En ocasiones la desesperación hace estragos y yo me sentía con el agua en el cuello.

—Estás preciosa.

Jake me abrazó por detrás, rodeándome la cintura. Me besó en el cuello. Apoyó la barbilla en mi hombro izquierdo y buscó mi mirada a través del espejo.

—Este vestido de tirantes negro y de lunares blanco a conjunto con el recogido a los años cincuenta al estilo *pin up*, te sienta de muerte.

Llevaba razón, el vestido era ideal, fresquito y de grandes tirantes que se ajustaba a mi cintura y con cierto vuelo en la falda por encima de la rodilla.

—Gracias, pero no es negro, es azul eléctrico.

—Ahhhh.

Me incliné ligeramente sobre la pica para mantener una mejor visión y así acabar de maquillarme los labios de rojo Carolina Herrera. Jake se separó de mí y se apoyó en el mueble del lavabo. Momento que aproveché para escudriñarlo de arriba abajo.

—Oye, tú tampoco estás nada mal.

Vestía unos tejanos oscuros, camisa verde militar metida por dentro y arremangadas por los codos, unos zapatos marrones, sin salirse de su zona de confort. El pelo ondulado y algo menos desordenado de lo habitual. Y lucía una radiante sonrisa que me llamó la atención.

—¿Y esa cara?

—¿Qué le pasa a mi cara?

Pegó su brazo al mío y me desplazó un pelín a la izquierda para hacer muecas frente al espejo, tomándose su tiempo. Se tocó la cara realizando muecas estrafalarias, sacando la lengua (¡Madre mía, no sabía que la tenía tan larga!), bizqueó y comprobó que no tenía mocos en la nariz. Vamos, igualito a estar haciendo una clase de risoterapia. Osease, el tonto.

—Por favor, pero qué payaso eres, Jake —le recordé por si lo había olvidado—. A tu cara no le pasa nada. Sino a la expresión de felicidad que irradias por todos los poros de tu piel.

Lo aparté a un lado con la cadera y enfoqué la vista de nuevo al espejo para empezar a pintarme la raya del ojo.

—Soy feliz —manifestó y se quedó más ancho que largo (y eso que medía casi metro noventa).

Con Jake nunca se sabía por dónde iba a salir el sol, era imprevisible. Siempre sorprendía y eso… ¡maldita sea! Eso era maravilloso, aunque a veces me costara la vida reconocerlo.

—¿Y tiene algo que ver con la millonésima sorpresa que me tienes preparada?

—*Yes.*

—Y claro, para no perder la costumbre, no piensas soltar prenda.

—No. Y no insistas.

Me plantó un beso en el hombro sobre uno de los lunares, me guiñó un ojo y se marchó del cuarto de baño para abrir la ventana, salir a la terraza y encenderse un cigarrillo. Yo, por el contrario, acabé de maquillarme, perfumarme y recorrer la habitación descalza para ir a su encuentro.

—Solo me queda calzarme.

—Genial.

Ni siquiera me echó un vistazo pues seguía ensimismado mirando el horizonte y con esa perpetua sonrisa de medio lado en los labios. Salí a la terraza y me lo encontré repanchingado en la silla de mimbre, de cuerpo presente, aunque su mente pareciera estar en otra parte.

—¿Y sí…? —me senté en su regazo, le rodeé el cuello con mis brazos y le susurré al oído con voz super melosa—: Nos quedamos aquí, encerrados en la habitación y nos dedicamos a hacernos el amor para ir tachando de la lista unos cuantos que nos debemos de estos dos años.

—Tentador. Te prometo que nada me satisfaría más, morena. Pero, no. A la que te calces, nos vamos.

Dio una calada honda, la última y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Me mordió con suavidad en la clavícula. Y, por último, me propinó un sonoro cachete en el culo para que me levantara.

—Arreando.

Pues sí que debía ser importante el lugar o el motivo de la sorpresa que no se dejara sobornar con sexo.

Salimos de la autopista de *Barberino di Mugello* cuando caía la noche y aparcamos el coche a un lado del camino de cabras junto a una cadena que barraba el paso.

—¿Vamos?

Me hizo un gesto con la cabeza y me animó a salir.

—¿Aquí?

—*Sip*.

Salió del coche y se situó detrás, en el maletero. Oí como abría la puerta y buscaba algo dentro. Salí, clavé mis tacones de diez centímetros en el suelo de arena y polvo y di unos tambaleantes pasos hasta llegar hasta él.

—Jake…

—¿Mmm…?

—¿En serio es aquí?

—Sí, morena. No puedo llegar más lejos con el coche, así que el resto del camino lo haremos a pie.

Me lo reveló tan pancho que no pude evitar boquear in situ.

—¿A pie?

—Sí, señorita, a pie.

—Y si sabías que tenía que caminar por un terreno empedrado, ¿Por qué no me has avisado para que me pusiera un calzado más adecuado?

Dejó una mochila sobre el techo del Fiat Cinquecento, se ajustó en la cabeza una linterna en forma de diadema y se puso de espaldas.

—Sube.

—Ni de coña.

Crucé los brazos bajo mis pechos.

—Vamos, será divertido.

—Peso demasiado, puedo… romperte la columna vertebral.

—No seas melodramática. Cargo con tu peso a pulso cada vez que te empotro contra la pared. Sube.

Alcé una ceja. Jake y sus ideas de bombero. Dobló un poco las rodillas y separó los brazos del cuerpo para dejar espacio para mis piernas.

—Venga. Acércate.

—No creo que sea buena idea.

Se puso de rodillas para permitirme un mejor acceso.

—Sube. No te queda otra.

Bufé, quejosa.

—Dios, como te odio.

Le oí soltar una risotada. Me acerqué todo lo que pude, dejé caer el peso de mi cuerpo contra su espalda y coloqué mis brazos alrededor de sus hombros y los apreté con fuerza.

—A-alex, cariño… —balbuceó entrecortadamente—. Con menos… intensidad, me estás estrangulando…

—Ay, por Dios, lo siento…

Contuve el aliento.

—Bah, no ha sido nada —tosió y después sonrió— sobreviviré.

No tardó en colocar los antebrazos por debajo de mis posaderas y entrelazar los dedos de sus manos para sujetarme con firmeza. Endureció sus piernas, irguió su espalda sin perder el equilibrio, encendió la linterna que descansaba sobre la mitad de su frente, asió de una hombrera de la mochila y se puso a andar conmigo a cuestas.

—Al menos podrás decirme dónde estamos.

El crujir de las hojas a nuestros pies parecía indicarnos un sendero a seguir, dada la escasa visibilidad.

—En el lago *di Bilancino*. Es un lago artificial hecho con una presa en el río Sieve situado en una de las partes de la antigua cuenca; un pequeño oasis, ya verás.

—Lo que veo es que has hecho los deberes.

Sonrió burlón.

—Nunca está de más documentarse; la información es poder.

Al poco perdió momentáneamente el equilibrio al pisar una de las innumerables piedras del camino. Y, en un santiamén, logró remendar la impericia con bastante destreza, la verdad.

—No es la primera vez que cargas a alguien, ¿me equivoco? —me reconcomió la curiosidad.

—A Dakota y a sus amiguitas, millones de veces. Les encanta.

Y no era de extrañar. A mí al principio me chocó su ofrecimiento, su loca invitación a llevarse así. Es más, nunca imaginé que un día un hombre me llevaría a caballito. Siempre había pensado que era una cursilada, pero… ¡qué demonios! Tuve que tragarme los prejuicios y seguir abriendo la mente. *Open your mind.*…

—Ya casi hemos llegado.

En tanto me dejó en el suelo vi la irregular línea costera salpicada de bosques, matorrales y flores silvestres que cubrían parte del paisaje y las verdes colinas que enmarcaban el lago.

Alcé la vista al cielo, al bello espectáculo que se trazó ante mis ojos. Ya que, sin apenas contaminación lumínica, era más sencillo apreciar las costelaciones que se bosquejaban espolvoreadas en el firmamento; incluso la Vía Láctea.

Oteé a mi alrededor. Varios grupos de gente estaban dispersos por la orilla del lago, bastante rezagados los unos de los otros. Diligentemente, unos jóvenes atrajeron mi atención. Dos chicas y tres chicos, quienes, avivando una improvisada hoguera con cuatro ramas mal cortadas, bebían a morro de unas latas de cervezas. Entretanto, uno de ellos, el del pelo más clarito, pellizcaba las cuerdas de una guitarra española y canturreaba con voz rota y profunda, la letra de *Para ti seria* de Filippo Neviani (Nek).

Lascia che io sia
(‘para ti sería’)
il tuo brivido più grande

(‘tu latido intenso y grande’)
E non andaré via
(‘Quédate otro día’)
accordiaciamo le distanze
(‘no sigamos tan distantes’)

—Genial, vamos a tener banda sonora, además de público. Ni hecho a posta —refunfuñó por lo bajini mientras sacaba una gruesa manta de la mochila y la extendía en el suelo tras retirar varios pedruscos de una patada.

—A mí no me importa —le sonreí—, crea ambiente.

Jake se tumbó.

—Ven aquí —cogió mi muñeca y me tiró hacia él.

Me recosté a su lado y enseguida me removí inquieta.

—En las películas parece más cómodo.

—No te quejes tanto, princesa guisante.

—Me quejo porque me estoy clavando una piedra en el cul...

—A ver.

Dejándome con la mitad de la palabra en la boca, me ayudó a levantarme, retiró la manta, limpió con más detenimiento el terreno, barrió varias piedrecitas con la mano y después volvió a colocar la manta para tumbarse sobre ella.

—¿Satisfecha?

Cogió otra vez de mi muñeca.

—Ven y dame un beso de agradecimiento por haberte traído aquí, anda.

—¿Por traerme aquí?

Asintió.

—¿A este lugar?

—Ajá.

—¿Tirados en un suelo lleno de hormigas, amenazados por los aguijones de los mosquitos, ser atacados por osos?

—Aquí no hay osos.

—Pues… hienas.

—Tampoco.

—Como no te refieras a carpas o percas.

—¿Eso son peces?

Se echó a reír con ganas.

—Sí. Así es la naturaleza, morena. Abrupta y salvaje, igualita que yo.

Tiró de mí con tanto ímpetu que caí sobre su pecho como un compacto saco de cemento, sin remedio. Nuestros cuerpos encajaron a la perfección. Todos. Los firmes músculos de su torso contra mis pechos y mis caderas presionando su pelvis.

—Joder, así es como me gusta tenerte.

Me abrazó fuerte y exhaló su aliento embriagador en mi boca.

—¿Sin dejarme respirar?

—Calladita.

Sonrió y dejó escapar su cálido aliento contra mis labios. Y empezó a trepar por mi espalda, improvisando senderos, desde los hoyuelos de Venus, esas hendiduras por encima del glúteo a ambos lados de la columna, hasta la curvatura de mi nuca.

Mierda.

Se me dispararon las pulsaciones de lo bien que lo hacía, de lo bien que olía su piel. Observó mi boca. Mordí mi labio.

—¿Lograremos algún día cicatrizar las grietas que siguen abiertas de ese «nosotros»?

Por algún motivo, su voz se había vuelto más ronca y más firme. Clavé mis ojos en los suyos y, aunque parte de uno quedaba oculto entre las sombras de la noche, me perdí en la preciosa tonalidad de grises del otro. Nunca me cansaba de mirarle.

—¿Tú… lo deseas?

—Con todas mis fuerzas. Y tú, morena, ¿quieres?

Acarició lento con la yema del pulgar mi nuca y la piel se me estremeció a su paso poniéndoseme de gallina.

—Sí, quiero.

Al oírme decir eso, no tardó en removerse lo justo para acceder a su bolsillo delantero, hurgar en el interior y más tarde sacar algo que guardaba dentro. Luego, sin más demora, atrapó mi mano izquierda con la suya y empezó a deslizar lentamente en mi dedo anular un alambre circular de cobre en forma de anillo.

—Yo también quiero, Alexandra Caroline Simmons.

«*OMG, OMG, OMG!!!* », chillé en mi cabeza.

Raudos, los ojos se me llenaron de lágrimas y un doloroso nudo que atenazaba mi garganta, me cortó de cuajo la respiración. ¡Nooooo! No era posible. Era el anillo… ¡El anillo! ¡El anillo de Las Vegas, con el que contrajimos matrimonio de mentira en la capilla Graceland! Porque, por surrealista que pareciera, Jake lo conservaba, desde hacía tantos años.

«Nena… El anillo de Jake, ¡es su anillo!», me instó mi conciencia.

«¿Puede ser alguien máaaaas romántico?», insistió mi yo interior.

Me incorporé de un respingo para sentarme a su lado en la manta, él no tardó en imitarme.

—¿Q-qué? —acaricié la alianza que rodeaba mi dedo anular—¿Qué, qué significa esto?

Juro por todo lo sagrado, que la expresión se me había congelado en el rostro. La suya en cambio lucía una deliciosa sonrisa en los labios y sus ojos, ay, Dios, sus ojos eran como dos luceros en medio de la noche.

—¿Necesitas más pistas, morena?

Salivé despacio sin dejar de mirar mi mano como si me hubiese reencarnado en Rose DeWitt Bukater viajando en el *Titanic* y el alambre fuera «El Corazón de Mar», ese pedrusco en forma de diamante *Hope* de 45.52 quilates, uno de los más valiosos del mundo y cuyo valor se estima alrededor de los 350 millones de dólares.

—¿Me estás…? ¿Esto significa lo que…?

—Sí, Alex.

Traté de abrir la boca para coger aire, pero me estaba ahogando. ¡Oh, Dios Santo! Algo parecido a una taquicardia estaba provocando que todo mi cuerpo temblara como la gelatina. Me abaniqué con la mano y luego la puse sobre mi pecho; este latía violento contra mis costillas. ¡Bom, bom! ¡Bom, bom!

Lo miré atontada sin poder pronunciar un solo vocablo. Me cubrí la boca con la mano al notar varias lágrimas desprendiéndose de la comisura de mis ojos.

«¡Alex, vamos, reacciona! ¡Es Jake y eres tú, sois vosotros!».

—No te pido que sea pronto, ni siquiera te mendigo una fecha. Meramente, es un símbolo, pero la garantía de que voy en serio, que te quiero y que quiero tenerte en mi vida —me sonrió dulce —. No sé cómo lo haré, aunque, te juro por Dios, que voy a esmerarme día a día hasta la estrenuidad para volver a reconstruirnos, gradualmente, desde los cimientos.

Me atrapó la cara entre las manos y me secó las lágrimas con el pulgar.

—Te juro que en estos dos años he estado en el puto infierno sin ti y me niego a seguir permaneciendo en el noveno círculo.

—Jake… por favor… me matas —gimoteé.

—Te amo, Alexandra —negó con la cabeza y luego me miró directamente con las pestañas brillantes—. Me tienes pillado, hasta los huesos. Estás en mí, muy dentro, hasta en la puta sangre que corre por mis venas. Y no quiero sacarte de dentro de mí. Nunca. Me niego a dejarte ir otra vez.

Sorbí por la nariz, casi no podía verle con claridad pues las lágrimas lo habían emborronado todo.

—Si bien es cierto que lo nuestro jamás fue perfecto, te juro que para mí ha sido pura magia desde el puto instante en que nuestras almas solitarias tropezaron en esa fiesta de disfraces de Las Vegas.

Retuve a duras penas el aliento en mis pulmones y luego lo liberé despacio. Abrí la boca, tratando de expresar otra vez sonidos en mis cuerdas vocales.

—Pero… pero si los dos estábamos como una cuba… —gimoteé, lloré y reí al mismo tiempo contra sus labios.

Jake se aclaró la garganta y me respondió con los iris refulgentes.

—Pues imagina si no lo hubiésemos estado… Porque entonces, apuesto mi vida a que hubiese explosionado el puto Universo para volver a crear de nuevo las galaxias, los planetas y un millón de estrellas para ti.

«¡Ohhhhhhhh, por favor…! ¿Se puede ser más… tierno?».

Y ahí estaba de nuevo, ese dolor brioso que anidaba en las tripas, esa sensación de asfixia que me constreñía el pecho, esa bola de fuego que me abrasaba la piel entera y esa punzada de temor impregnada en todos y cada uno de los huesos de mi esqueleto.

Así era como sentía a Jake Maverick. Le sentía TODO. ¡En estado puro, natural, visceral!

Siempre a él. Siempre él.

—¿Estás preparada, Ojazos?

—¿Para qué?

Se pasó la mano por el pelo, emocionado.

—Para la Gran Pregunta.

«¿La Gran Pregunta, era la GRAN PREGUNTA?».

—¡Oh, Dios mío! Por favor, espera… un segundo…

Le planté una palma en el pecho y abrí la boca para coger aire. Ni todo el oxígeno puro de ese hermosísimo lugar sirvió para que no estuviera a punto de entrar en parada cardíaca.

—¿Prefieres que me arrodille o que me quede sentado? Dime.

—Jake.

Negué con la cabeza sin dejar de hipar y notar como la angustia trepaba como una culebra por mi garganta. Su voz ronca reverberó entre risas. Clavó sus dilatadas pupilas en las mías, con el rostro bañado en parte por las sombras de la noche.

—Morena, vamos, no llores. Se supone que lo que estoy a punto de hacer, es un acto bonito, no un puto drama.

—Lo sé… —me mordí el labio para que dejara de temblarme—, es solo que…

Me apartó con cuidado un mechón de la cara y me acarició la mejilla con dulzura. Y… Dios, me miró con sus penetrantes y profundos ojos azules y yo me deshice en tres, dos, uno...

—Cásate conmigo —su voz se volvió más grave y profunda y, tremendamente sensual—. ¿Quieres ser mi mujer?

«¡Espera, espera, espera…!».

Aguardé unos segundos a que mis pulsaciones se ralentizara; sentía todo el cuerpo destemplado y las manos frías y sudorosas. Alegría y tristeza. Miedo e ilusión. Cobardía y esperanza… ¡Y el condenado vértigo de las narices! Y… las malditas capas de mi piel despojándose, como las de una delicada flor, exponiendo mi alma a él.

Uno. Inspiré hondo inundando mis pulmones de aire.

Dos. Exhalé lentamente.

Tres. Le sonreí dulcemente.

Y… asentí.

—¿Eso es un sí?

Volví a asentir con más atrevimiento.

—Por supuesto que sí, Jake Maverick, sí, sí… ¡síiiiii! ¡Y un millón de veces sí! —pronuncié con un nudo en la garganta al tiempo que mi vaquero esbozaba la sonrisa más bonita y sincera que había visto nunca en toda mi vida.

Me eché a sus brazos, sobreexcitada y emocionada a partes iguales. Nos abrazamos fuerte. Y después, al cabo de unos segundos, se separó de mí para cogerme la cabeza y apoyar su frente contra la mía. Luego enredó una mano en mi pelo y con la otra empezó a dibujar con lentitud el contorno de mi cara.

Cerré los ojos…

—Mi niña… Te quiero, joder —sonó casi con rabia, con los dientes apretados—. Siempre.

Nos sentimos temblar…

—Yo también te quiero, Jake. Siempre.

Y nos respiramos…

—Eres puto oxígeno para mis pulmones, maldita sea —gruñó en mis labios atormentado, como si hubiese estado siglos sin mí, buscándome en un millón de lugares y justo en ese instante, acabásemos de reencontrarnos. Me besó fuerte, casi con violencia—. Me cago en la puta. ¡Vas a ser mi mujer, Alexandra! ¿Me has oído bien? ¡Mi… mujer!

Asentí sonriendo, sin dejar de sollozar.

Jake parecía no acabar de creérselo. Y para qué engañarnos, aunque me costase la vida admitirlo, ¡ni siquiera yo! Ni mi cuerpo que se estremeció junto a mi piel. Ni mi aliento temeroso colándose entre sus dientes. Ni los latidos de mi corazón martilleando sin intermisión tras mi caja torácica. Aunque, tal vez sí los bíteres y aplausos que estallaron de la nada, arremolinándose a nuestro alrededor y que, de un plumazo, nos devolvieron al lago.

Ni corto ni perezoso, Jake se levantó de la manta y gritó a los cuatro vientos que yo iba a ser su mujer.

—¡Me ha dicho que sí! ¡Mi morena me ha dicho que sí! ¡¡¡Vamos a casarnos!!!

«¡Tierra trágame! ¡Qué vergüenza! ¡Menudo revuelo se ha armado!».

Di una ojeada a mi alrededor, roja como un tomate. Entre tanto alboroto, no pude negar levantarme, cogerme de la mano de Jake con fuerza y mostrar al aire la alianza de alambre. Ni tampoco dedicarle una sonrisa socarrona al grupo más cercano, ese del grupo del rubito guitarrista y a esas chicas que chillaban y daban saltitos jubilosos. Ni siquiera a una pareja que empezó a jalear unas servilletas.

El caso es que por fin, logré devolver el oxígeno a mis pulmones poco a poco, tratando de recomponerme, tiempo más que suficiente para que el bueno de Jake aprovechara mi regreso a la realidad para rebuscar algo en la mochila. Un par de copas de plástico y una botella de champagne, un delicioso Armand de *Brignac brut gold*.

JAKE MAVERICK

—Por nosotros.

Íbamos a brindar cuando apareció la primera estrella fugaz en el firmamento.

—¡Mira, ya ha empezado!

—¿El qué?

—La lluvia de estrellas…

Señalé con la cabeza al cielo como si me hubiese calzado los zapatos de un niño pequeño, uno de cinco años sobre las faldas de Thomas la primera vez que disfrutamos juntos de las perseidas en un majestuoso cielo sobre el rancho de Bandera.

Mi morena alzó la barbilla y la boca se le abrió sola, entretanto los ojos casi se le salían de las cuencas, igualitos a los de una chiquilla que acaba de abrir su regalo y se da cuenta de que Papá Noel, aunque ese año se haya portado mal, no ha olvidado leer su carta y hacer realidad su deseo.

—Nooo...

—Síiii...

Es que era tan adorable, joder. Su lado infantil, casi inocente, me volvía completamente tonto. Me fascinaba esa capacidad tan innata que tenía de seguir impresionándose por las pequeñas cosas, aun siendo ya una adulta.

—Vamos, ven aquí —le quité la copa de las manos y la dejé junto a la mía, en suelo arenoso. Pronto ambas cayeron, derramando todo el champagne en la tierra.

Nos tumbamos en la manta y yo acomodé la espalda para que ella apoyara la cabeza en mi pecho, con mis manos rodeándole la cintura. La besé en el pelo, atrayéndola más, pegándola más (si era posible) a mi cuerpo. Joder, el puto y embriagador aroma de su piel, esos que se desprendía de los latidos de su cuello y se colaba por mis fosas, empezaron a calárseme dentro, muy adentro.

—Cuéntamelo, Jake.

—¿El qué, morena?

Se acomodó más en mi pecho, buscando la posición ideal.

—Sé que venir aquí, no ha sido casual.

Sonreí.

«Lo sé, nena, me has pillado. Soy como un jodido libro abierto».

—Me conoces bien.

Corría una brisa tibia cuando miramos al cielo nocturno desbordado de un manto de millones de estrellas que se extendían hasta donde te alcanzaba la vista. Brillantes, titilantes, como si hubiesen sido espolvoreadas a puñados por Dios, sin orden ni concierto. Te juro que incluso se podía distinguir la impresionante franja atravesando el cielo, La Vía Láctea la llaman y también unas tenues manchas blanquecinas, apeladas nebulosas.

Las vistas desde ese lago eran espectaculares. Pura magia...

—Bob Marley dijo una vez que: «Si pides un deseo es porque ves caer una estrella, si ves caer una estrella es porque estás mirando el cielo, si estás mirando el cielo es porque todavía crees en algo».

—¿Eso significa que todavía crees en algo?

—Sí, por supuesto que sí.

—¿En qué?

Alexandra sacó la camisa del pantalón y metió la mano por dentro, hundiendo ligeramente las yemas para luego deslizarla hacia mi torso, acariciándome con dulzura y provocando que la piel se me erizara a su paso; calentándome la carne. Joder, era una puta pasada, como si supiera en todo momento lo que necesitaba de ella. La calidez de su contacto, el encenderme por dentro, el sentirla dentro de mi pecho. Simbiosis, lo llaman, ¿verdad?

Curvé los labios lentamente.

—Creo en un «nosotros», Alex —empecé a desnudarle mis pensamientos con la voz más grave de lo habitual. Después respiré hondo—. Creo en un «tú y yo».

Permanecimos en silencio, más tarde proseguí.

—Necesito creer en nosotros, porque si no, nada tiene sentido.

—Aterra, ¿verdad?

Su cara estaba tan cerca de mi cuello que pude oír como la saliva subía y bajaba en su garganta.

—Claro que aterra. —La atraje más contra mi cuerpo—. Pero si estamos juntos en esto…

Colé mi mano por debajo de mi camisa para coger la suya que seguía acariciando mi torso y el escaso bello rizado en el centro y la parte inferior del esternón.

—… Si estamos juntos en esto… —empecé a trazar círculos en sus nudillos y luego enlacé mis dedos con los suyos.

—Lo estamos —se reafirmó y la piel se me estremeció por completo.

—Alex, eso era cuanto necesitaba oírte decir.

Suspiré tranquilo disimuladamente, porque por primera vez en mucho tiempo, sentí que la opresión esa que vivía de ocupa en mi pecho desde hacía dos años, empezó a debilitarse. Y las incisivas zarpas de la culpa, a desclavarse un poquito del órgano.

—¿Ves las estrellas?

Rompí el silencio.

—¿Las fugaces?

Asentí.

—Dicen que las estrellas más brillantes salen en las noches más oscuras, porque los fugaces somos nosotros y no ellas.

De improviso vimos una cruzar el cielo.

—Creo que deberíamos pedir un deseo —suspiró ella fascinada.

—Estrella fugaz igual a deseo, creo que esa afirmación está sobrevalorada. Además, hoy te emborracharás de ver cientos.

—¿Entonces qué propones?

—Estrella fugaz igual a promesa. Un deseo es el anhelo a algo irreal. Sin embargo, una promesa, es la intención solemne de cumplir ese deseo.

Permanecimos en silencio, observando al firmamento. A ese millón de estrellas espolvoreadas en ese infinito manto negro.

—Mira, ahí va otra. ¡Y otra!

Señalé con el dedo aquí y allí, con la emoción propia de un crío y el corazón bombeando con fuerza bajo nuestras manos entrelazadas.

—Acabo de hacer mi promesa, vaquero.

—Y yo también, morena.

«Voy a cuidar de ti, pequeña. Siempre. Pase lo que pase».

41
El Club de la lucha

(David Fincher, 1999)

JAKE MAVERICK

—Pasa, no te quedes ahí plantado.

Tiró de mí para que entrara en su casa. Sonreí de lado, ¿cómo podría negarme? Había sido un fin de semana de putísima madre y claro, costaba separarme de ella. No quería separarme de Alexandra.

Arrastré su maleta por el suelo de parqué y la dejé apoyada en la pared al pie de las escaleras.

—En serio, gracias por este fin de semana —la vi coger aire—. Ha sido…

Sus ojos azules no se habían separado de los míos desde que habíamos entrado en su casa, salvo para observar detenidamente el anillo de alambre con una sonrisa bobalicona en los labios, como si aún no creyese que le había pedido matrimonio.

«Sí, mi morena, quiero que seas mi mujer, pero esta vez de verdad. Nada de boda de mentirijilla en Las Vegas».

—… mágica.

Se mordió el labio inferior, miró el mío y se alzó de puntillas para colgarse de mi cuello y besarme. Sus labios eran tan cálidos y jugosos que no tardé en rodearle la cintura con mis brazos y atraerle hacia mi cuerpo, fuerte contra mi pecho. Enseguida el beso se intensificó y cuando ella retrocedió unos pasos para quedar atrapada entre la pared y mi cuerpo, mis pies chocaron contra la base de un paragüero de hierro, desplazándolo y causando un rechinamiento bastante desagradable.

—Schist… schist… —rio entre dientes sin separar su boca contra la mía. Seguidamente, selló mis labios con uno de sus dedos—… Son casi las diez de la noche y Luca ya debe estar durmiendo.

—Lo siento, joder. A veces parece que sufra de linfedema en los putos pies.

Ocultó la cara en mi cuello para ahogar la contagiosa y briosa risa que le brotaba de la garganta. No tardé en acariciarle la nuca y hundir los dedos en su pelo. Masajeé el cuero cabelludo y olí su piel. Mmmm… Dios, qué bien olía.

—Hola, chicos. Perdonad la interrupción, pero es que no os esperaba tan pronto…

—Nicoletta, hola.

Ambos giramos la cabeza siguiendo la procedencia de su voz.

—Alex, es Luca.

Alexandra le dirigió una mirada de confusión.

—¿Qué le pasa a Luca? —le preguntó y retrocedió unos pasos separándose de mis brazos.

—Lleva media tarde encontrándose raro. Quejándose. Ha vomitado un par de veces y…

—¿Y por qué no me has llamado antes? —le interrumpió de golpe y casi de malas formas, abriéndose paso hacia las escaleras.

—No lo sé… Pensaba que dándole un poquito de Apiretal… pues que se le bajaría la fiebre.

Alexandra fue oír la palabra «fiebre» de boca de su amiga y echar a correr hacia su habitación, como alma que lleva el diablo y desaparecer por el hueco de la escalera, sin poder evitar hacerme preguntas por la súbita inquietud por el crío de otra persona. Llámame loco, pero para mí, ni de lejos ese sería el comportamiento lógico de no ser un allegado muy directo, un familiar, por poner un ejemplo. Incluso de tu propio hijo, si me apuras. Y todo ello, como cabía esperar, me suscitaron demasiados interrogantes, demasiadas… dudas del tipo: dónde estaba su padre, Marco Carusso.

Ascendí a la primera planta, aguardando en un segundo plano y apoyado en el marco de la puerta, a la expectativa, observando el desarrollo de la escena en primera fila y con asientos preferentes.

—Está ardiendo, ¿cuánto tiempo lleva con fiebre?

Mi morena le tocó la frente a Luca, inmediatamente después las mejillas y la cara mientras deslizaba la mirada entre la rubia y el niño, una y otra vez.

—No sé.

—Piensa, Nicol, piensa. Es importante… ¡Maldita sea!

—¿Una hora? ¿Quizás un par?

—¿Un par de horas? —Cogió el termómetro infrarrojo para bebés y se lo enfocó a la frente y cuando leyó el resultado en el visor, abrió los ojos como platos—. ¿Un par de horas a 41,3ºC?

—Oye, Alex… tranquilízate, ¿vale? El médico está de camino. Me ha asegurado que no tardará nada.

Sin siquiera deliberarlo dos veces, Alexandra destapó a Luca a toda prisa y lo cargó en brazos.

—Pero ¿qué haces?

—Me lo llevo al hospital.

—¿Y no esperas al médico?

—No.

—Alex, déjame a mí —me ofrecí, brindándole el paso cuando iba a cruzar la puerta.

Vi duda en sus ojos y una expresión en su retina que no había visto nunca en ella: miedo.

«Alexandra, ¿qué coño está pasando?».

Vacilante, me ofreció a Luca, asintió y yo eché a andar con él en brazos escaleras abajo. Joder, apenas pesaba y tenía los ojos cerrados, aunque no estuviera dormido. Le costaba trabajo respirar

y me di cuenta de que presentaba rigidez en el cuello. Y, ¡me cago en la puta! No hizo falta tomarle la temperatura para notar cómo un fuego abrasador se le escapaba de la piel. Y te juro por Dios que me acojoné. Ni siquiera recordaba la vez que Dakota hubiese tenido tantas décimas de fiebre. Creo que en la vida.

Salimos a la calle, Alexandra corrió para meterse en el coche y no perder demasiado tiempo. Le dejé a Luca en su falda. Ella lo abrazó con mimo. Pronto seguí las indicaciones para ir al hospital Ospedali riuniti della Valdichiana en Nottola.

Alexandra se pasó todo el trayecto en silencio, altamente angustiada y con la vista fija al frente, observando por la luna si era posible atisbar el edificio. Francamente, con la mano en el pecho, te juro que ignoré que era lo que estaba pasando, pero no hacía falta ser unas lumbreras para darse cuenta de que algo se me escapaba de todo entendimiento.

Afortunadamente, a esas horas de la noche, no hubo demasiado tráfico.

Veinte minutos más tarde, dejé el Fiat cruzado en la entrada de urgencias con las puertas abiertas y las luces encendidas. Diligentemente, una enfermera de guardia corrió para atender a Alexandra con Luca en brazos mientras un uniformado se me acercó para barrarme el paso deliberadamente y que no pudiera seguirlas en el interior de urgencias.

—*Macchina.*

—¿Qué dices?

—*Allontana la macchina* —señaló a mi coche. Intenté bordear al tipo, pero este volvió a detenerme, esta vez con mayor perseverancia—: *Sta bloccando l'uscita delle ambulanze!*

No tuve más opciones que alzar las manos en señal de rendición, mientras, exacerbado al ver cómo la figura de Alexandra se perdía en el interior del edificio sin mí.

—¿Qué? Joder… ¡¿Qué coño me dices?!

—*Macchina, macchina, rum, rum…* —realizó el gesto típico de estar girando un volante y luego señaló hacia la entrada de un aparcamiento subterráneo.

«Que lo aparque en el puto parquin. Haberlo dicho antes, hombre».

—*Okey, capito, capito. No problemo.* Me lo llevo de aquí.

¡Maldito hospital de los cojones y las vueltas que tuve que dar para poder encontrar una plaza libre en una de las tres laberínticas plantas! El ticket no salía, porque cuando me tocaba a mí, se había acabado el rollo de papel y el novato de turno tuvo que contactar con la central para preguntar cómo se ponía uno nuevo. Hostia puta, ¿acaso nadie le había impartido un curso antes de dejarlo al cargo de todo?

¡Arggg! ¿Conoces el dicho ese de «vísteme despacio que tengo prisa»? ¿Sí? Pues hazte a la idea que así me sentía yo, a más prisa, parecía que todo a mi alrededor iba a cámara lenta. ¡Cojones!

Salí a la carrera a la que me guardé las llaves, el ticket y el puñetero mono de fumarme el paquete entero de tabaco allí mismo. Medio minuto más tarde, entré por la puerta de urgencias y pillé por banda a la enfermera que había atendido a Alexandra en la calle.

—¿Dónde puedo encontrar a Luca Carusso?

La chica me miró contrariada.

—¿Cómo ha dicho el nombre? ¿Luca Carusso?

«¡*Okey*, de puta madre! —solté el aire retenido en mis pulmones y barrí el sudor de mi frente con la mano—. Alguien en esta península de *spaghettis* que habla mi idioma».

—Sí, el chiquitín que iba en brazos de Alexandra Simmons. Bueno, esa chica de pelo negro, de ojos increíblemente azules, de metro setenta y tres… —suspendí mi palma a la altura de mis hombros.

—Ah, sí, sí… ya recuerdo a su mujer y su hijo —sonrió educadamente—. Están en el box 12.

—Se equivoca, no son ni mi mujer ni mi hijo.

—Oh, siento la confusión. Discúlpeme. Entonces, si no es familiar directo me temo que tendrá que aguardar fuera, en la sala de espera.

—Claro. Por dónd…

—Por ahí —señaló a un pasillo que giraba a la izquierda.

—Gracias.

Me encaminé hacia allí, haciendo ver que me dirigía a la sala de espera, salvo porque en vez de girar a la izquierda como me había indicado la enfermera, lo hice a la derecha, a los boxes.

«El 1, el 2, el 3… —enumeré en mi cabeza mientras buscaba los ojos de Alexandra— el 11 y… el 12».

—Por fin.

Respiré, liberando el aire de mis pulmones. Retiré la cortina y después la cerré conmigo dentro. Mi morena estaba sentada en una silla, al pie de una camilla vacía, retorciéndose las manos y completamente abatida.

—Cariño, ya estoy aquí.

Alzó la vista y me dirigió una mirada triste bañada en lágrimas. Me senté a su lado y ella dejó caer la cara sobre mi pecho. La abracé en silencio.

—Se pondrá bien, ya verás.

—Jake, se lo han llevado.

—Claro, cariño. Seguramente para hacerle pruebas y descartar…

—Creen que es meningitis.

No supe qué responder a eso, me había quedado falta de palabras.

Por Marlon Walsh, el carpintero de Bandera, sabía de buena tinta de que esa enfermedad era considerada grave. Su hijo de dos años y medio falleció a las pocas horas de contraer esa dichosa bacteria, sin que nadie pudiera hacer nada por salvarle la vida. Y, aunque hay un alto índice de recuperación tras contraer la enfermedad, en la mayor parte de los pacientes se suelen desarrollar discapacidades permanentes, tales como daño cerebral, incapacidad del aprendizaje o, incluso, la pérdida auditiva.

—No pienses en eso ahora —la abracé con más fuerza—. Todo se arreglará, ya verás.

Le acaricié el pelo y después le di un beso muy dulce en la cabeza.

—Disculpe.

La misma enfermera que nos había atendido con anterioridad había descorrido la cortina y se hallaba delante de nosotros.

—Señor, creo haberle informado que, en esta ala del hospital, solo se permite la entrada a familiares directos.

—Solo será unos minutos —le rogué sin dejar de estrechar entre mis brazos a Alexandra—. Preferiría no dejarla sola en este estado.

—Las normas del hospital son claras —insistió con una expresión inalterable en el semblante —. Usted no debe estar aquí.

—Y la empatía, ¿en qué lugar queda?

La mirada de la enfermera empezó a echar chispas y su rictus antes afable de hacía unos minutos, a volverse más severo.

—Lo siento, señor. Pero si no abandona el box, me veré obligada a…

—No se preocupe.

Me erguí cuan alto era, besé con mimo la cara interna de la muñeca de Alexandra, cuando estaba dispuesto a irme mi morena abrió la boca pronunciando con la voz entrecortada:

—Quédate, Jake —atrapó mi mano con fuerza.

—Está bien —intervino la enfermera volviendo a la carga—. Voy a llamar a seguridad.

—No hará falta.

«¿Que no hará falta, Alex? ¿Qué coño está pasando aquí?».

Miré a sus ojos, estos se habían llenado de lágrimas. Y no sé por qué motivo, pero sentí que el corazón estaba a puntito de darme un vuelco y volverse del revés. Se me saltó un latido, dos latidos, tres latidos…

—No hará falta porque Jake Maverick es su padre.

42
El halcón Maltés

(John Juston, 1941)

JAKE MAVERICK

—No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

La oí contener el aliento y al mismo tiempo como se retorcía los dedos, girando sobre sí la alianza de alambre; ese fiel símbolo de nuestro compromiso de boda de hacía solo unas horas.

Nos habíamos encerrado en su habitación, para tener la mayor privacidad posible. Nicoletta, Roy y los niños se quedaron en el jardín. Pese a estar sentados en la cama y con la puerta cerrada del balcón, podíamos oír a la lejanía los chapoteos, las risas cruzadas y la música que habían puesto para enmascarar, por si se nos iba de las manos la conversación, el torbellino de gritos y reproches que seguro iban a aflorar entre nosotros.

Me senté en el borde de la cama, a su lado, notando la boca seca, pastosa, con un asqueroso regusto a bilis.

—Te lo juro por Dios que iba a decírtelo.

—¿Cuándo, Alex? Joder, ¿cuándo? —Me cogí la cabeza con las manos, mis niveles de ansiedad estaban por las nubes. Por un momento, tuve que cerrar los ojos rezando que, al abrirlos, todo fuese una simple broma de mal gusto—. Acabamos de volver al mismo puto punto de partida.

Ella agachó la cabeza, evitando el contacto visual.

Se hizo un eterno silencio. Amargo, resbaladizo, doloroso. Los siguientes minutos se sucedieron tortuosos, a cámara lenta, los más eternos que recuerdo en mi vida.

«Alex, por lo que más quieras, reacciona, maldita sea. No te quedes callada».

—¿No lo ves? —apreté los dientes—. Has vuelto a hacer lo mismo.

—Lo siento…

Inspiré una vez más.

—Me has vuelto a ocultar la verdad en mi puta cara.

De golpe oí ese *crash* ensordecedor revoloteando a nuestro alrededor; los cristales de una luna delantera resquebrajándose al choque frontal con otro vehículo; una copa de cristal que se desliza de entre tus yemas y cae al vacío para impactar contra el suelo y convertirse en mil pedazos; un

corazón enfermizo en sus últimos soplos de vida tratando de bombear sangre suficiente a las venas de un cuerpo momificado.

Las lágrimas de ella no tardaron en bañar su cara.

—Cada mentira es como un puñal afilado que se clava en mí. ¡Aquí! ¡En mi puto corazón! Sigues sin entenderlo…

Prosiguió sin hablar, sin reaccionar, sin siquiera tratar de defender lo indefendible. Sin atreverse a mirarme a la cara. Ni siquiera para gritarme, ni para expulsar toda su ira contra mí, ni contra de ella misma.

Solo temblaba, temblaba y temblaba.

Solo eso…

Y esa pasividad, esa… frialdad que no reconocía en ella, me estaba matando, ¡me estaba consumiendo las entrañas por dentro!

Tenía que hacer algo, tal vez un efecto de choque. Lo que fuera que la hiciera sublevarse. Ver furor en sus ojos. Un algo. Aunque sé que por dentro lo estaba pasando mal, que estaba sufriendo, al igual que yo.

Me pasé una mano por la cara antes de dispararle una bala:

—Asumámoslo, sin confianza esto se va a la mierda.

Silencio.

Más silencio.

Empecé a ponerme muy furioso, exasperado, pero no por lo que había hecho, sino por lo que ahora mismo no estaba haciendo.

«Reacciona».

—Alexandra —este era mi último cartucho, la desolación que estaba experimentando en ese momento, no me permitía llevar más en la recámara—. Si no piensas decir nada, me piro.

«Reacciona, vamos pequeña, debes reaccionar por ti misma. Yo no puedo hacerlo por ti».

«¡Reacciona, joder!».

Su expresión se entristeció aún más y las lágrimas le cayeron incontrolables por las mejillas.

Me miró a los ojos y pareció buscar en ellos mi perdón.

—Sigo… si-sigo… —balbuceó— siendo una cobarde.

«Por fin».

Froté las palmas de mis manos sudorosas en los pantalones antes de coger las suyas que temblaban sin remisión sobre su falda. Ahora preferí mantenerme en silencio para no romper esa frágil conexión entre los dos que habíamos logrado alcanzar. Tenía miedo de cagarla y que todo se precipitara al vacío. Así que esperé paciente mi turno, aun estando confundido y conteniendo todas las emociones, a sabiendas de que, por dentro, me estuvieran devorando los malditos demonios.

—No… no soy buena para ti… —Agachó de nuevo la cabeza y negó una y otra vez, como si necesitara creer sus propias palabras—. Soy un desastre y te mereces más.

«No, no digas eso, cariño».

Solté una de sus manos y le coloqué un dedo bajo la barbilla, luego se la levanté lentamente.

—Mírame, Alex.

«Esta no es como la otra vez. No debo permitir que sea como la otra vez».

Y lo hizo. Me miró. Y joder, nunca la había visto tan triste. Nunca.

—Si hay que forzarlo es que no somos de nuestra talla. Yo no encajo en ti, Jake.

—No digas eso. No te atrevas a decir eso.

—Lo siento… —gimoteó— lo siento tanto…

«Todo está yendo mal, ¡mal! No quiero perderla, esta vez no. No soportaría estar otros dos años sin ella».

—Se acabó.

Me negué a contenerme más y la besé con toda la rabia desmedida y con todo el dolor que me oprimía el pecho. Alexandra no dejó de llorar en ningún momento y yo, de besar cada una de esas malditas lágrimas hasta secarlas y hacerlas desaparecer. La besé por toda la cara, en los ojos, la nariz, los pómulos, la barbilla y acabar de nuevo en su jodida boca. Busqué sus labios con angustia, porque cuanto menos lo esperas, la impotencia suele transformarse en necesidad.

—Te quiero, Alexandra.

Ella me devolvió el beso, pero con mayor desesperación si eso fuera posible.

—Jake, mereces… estar con alguien perfecto para ti —ahogó un lamento y su voz desprendió demasiado dolor—. Y… y esa no soy yo.

La cogí de la cabeza y la obligué a mirarme a los ojos.

¿Cómo podía decirme eso sintiéndola como yo la sentía?

—¿No te das cuenta? Lo eres, ¡eres tú! Eres mi jodido caos. —Le acaricié la cara—. Y no puedo permitir que vuelvas a desaparecer de mi vida porque, porque te tengo clavada demasiado adentro.

La volví a besar, una, dos, ¡cientos de veces! Hasta sentirla en las putas venas.

—Te quiero, pequeña. Y si tú también me quieres —sonreí contra su boca—, dejemos de hacer el imbécil y empecemos a vivirnos de una vez.

Y, como por arte de magia, creí ver una casi imperceptible sonrisa en sus labios.

—Ey, espera… ¿Eso ha sido una sonrisa?

Ella negó con la cabeza sin dejar de hipar.

—¿Puede que un principio de sonrisa?

Se encogió de hombros. Llevé mis manos a su mejilla. La acaricié despacio, en un lenguaje implícito que solo reconocíamos ella y yo.

«Joder. Nos merecemos otra oportunidad. Y como me llamo Jake Maverick que la íbamos a tener».

—Nos merecemos otra oportunidad —reveló en apenas un susurro, como si me hubiese leído los pensamientos.

—Eso es, pequeña. Nos merecemos *nuestra* oportunidad —le reafirmé.

ALEXANDRA SIMMONS

Cuando el amor es sincero, el de verdad, prevalece ante cualquier adversidad, o eso dicen. Si bien es cierto que todos, sin excepciones cometemos errores (algunos incluso recaemos en el mismo varias veces) importa aprender la lección, concienciarse del alto precio que hay que pagar y saber sanar las heridas abiertas.

Habían transcurrido varias horas desde que a Luca le habían diagnosticado una meningitis vírica (una infección de las meninges) descartando por completo la bacteriana. Así que, gracias a Dios, la vida de mi pequeño, estaba fuera de peligro. Afortunadamente, todo había quedado en un susto.

Jake y yo, tras hablar, removernos las entrañas y mostrarnos a corazón abierto, salimos cogidos de la mano de la habitación al jardín.

Recuerdo plenamente ese instante, ese que se me gravaría a fuego en letras doradas en mi corazón. Recuerdo el momento exacto en el que Jake se reencontró con Luca, como si esa fuera la primera vez. Recuerdo a la perfección el olor a lavanda, los rayos del sol que incidían en esa parcela del césped, donde se divertía con un juego de memoria con Dakota. Recuerdo soltarle la mano para quedarme con Roy y Nicoletta en un segundo plano. Recuerdo su lento caminar hacia los niños, sentarse junto a ellos y besar la cabeza de ambos, primero la de ella y luego la de él. Recuerdo los dedos de mi amiga atrapando mi mano cuando mis ojos se abnegaban en lágrimas al notar mi pecho a punto de estallar. Recuerdo haberse detenido el tiempo, inmortalizando ese momento en nuestras retinas, haciéndolo que fuera eterno en nuestras memorias.

Ese día comprendí que hay cosas más poderosas que el amor hacia uno mismo, hacia un ser querido o hacia una amistad y es el amor hacia la misma sangre. Esos lazos invisibles y enredados, que nos vinculan desde que nacemos y que por más que se tensen, se estiren o se resquebrajen, siguen inexorables hasta el resto de nuestros días.

Y es que daba igual el poco tiempo que habían compartido Jake y Luca, ahí, derramándose en mi pecho, colándose entre mis costillas, abriéndose paso hasta mi corazón, estaban ellos dos. Porque te juro que los sentí, a ambos y esa quietud manifiesta. En una sola fracción de segundo.

Sentí el amor.

Sentí su *amor eterno*.

43
Silencio

(Martin Scorsese, 2017)

ALEXANDRA SIMMONS

—He de irme, Alexandra.

—Sabes que te acompañaría si pudiera, pero está Luca, el negocio vinícola, la casa… y…

Era verdad, no podía irme a Texas con él y dejarlo todo aquí patas arriba.

—Lo sé, cielo. —Jake me besó en el pelo, aunque seguía teniendo ese gesto roto en la cara que trató de camuflar con una sonrisa comedida—. Lo sé. No te agobies, ¿vale? No iré solo, Roy y Dakota se vienen conmigo.

Jake acababa de recibir la llamada del administrador de su finca, el abogado Howard Reynolds, advirtiéndole de que se había declarado un incendio provocado en Bandera, el cual había arrasado varios miles de millas a la redonda, incluyendo parte de su rancho.

Apartó la mirada de mis ojos para colocar la maleta sobre las sábanas de la cama e ir empezando a preparar el equipaje.

—Te ayudo a guardar la ropa —rocé el dorso de su mano con mis dedos y él me regaló un «gracias» en forma de sonrisa ladeada.

—No te sientas mal, morena.

—No lo hago.

Mentí, porque me sentía horrible y una mala persona por no acompañarle en esos momentos tan duros y difíciles para él. Pues cuando uno se compromete a contraer matrimonio es para todo y para toda la vida, ¿no? Para lo bueno y para lo malo, o eso dicen. Y yo, en mi caso particular, lo estaba haciendo de pena.

—Sí lo haces… Anda, acércate. —Me envolvió con suavidad la muñeca con su mano y luego me atrajo hacia él—. Escúchame bien, cariño.

Esperó a que asintiera en silencio para continuar.

—En cuanto evaluemos las pérdidas, diseñemos un plan de rehabilitación y pongamos todas las cosas en orden en el rancho. —Hizo una pausa intencionada para retirarme con suavidad un mechón de la cara y ponérmelo tras la oreja—. Empezamos con los preparativos de nuestra boda.

Esbozó una sonrisa radiante y yo creí morir.

—¿De acuerdo, Alex?

Asentí aceptando su proposición, sintiendo como los ojos se me llenaban de lágrimas. Me sentía la peor persona del mundo mundial…

—Voy a echarte mucho de menos —gimoteé.

—Lo sé, pequeña —volvió a sonreír—. Vamos, ven aquí, cielo.

—No quiero que te vayas.

Me abrazó, rodeando mi espalda con sus fuertes brazos y oculté mi cara en su cuello, pegándome mucho. Jake empezó a acunarme y acariciarme la cara, la nuca, el cuello.

—Te prometo que volveré cuando menos lo esperes —su voz se quebró, sonando muy emocionado—. Si hemos esperado dos años, ¿qué significan un par de meses cuando nos queda vivirnos toda la vida entera?

No pude evitar esbozar una sonrisa amarga y triste, muy triste.

—Haremos un trato.

Me separó de él y me cogió la cara entre sus enormes manos.

—Te llamaré, todos y cada uno de los días que pasemos separados. —Clavó sus pupilas en mis ojos—. Y todas las veces que lo necesites, que lo necesitemos. No perderemos el contacto.

Tragué saliva para tratar de deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿De acuerdo?

Asentí.

Me secó una estúpida lágrima que se había empeñado en desprenderse de mis párpados.

—Necesito oírtelo decir.

—Sí, de acuerdo.

—Eso es, así me gusta. —Sus pupilas descendieron a mi boca—. Así me gusta.

Acabamos de preparar la maleta en silencio. Acompañándome los pensamientos de mi cabeza, esos en los que sentía que ya le echaba de menos y aún no se había marchado.

Fue dura la despedida, como lo fueron los primeros días sin él, aunque, entre tú y yo, he de reconocerte que las noches fueron aún peores.

Me dio por la repostería. No dejaba de hornear galletas, sobre todo, no dejaba de hacer *cantucci*, esas galletas alargadas, crujientes y llena de almendras. Kilos y kilos de *cantucci* a la semana. *Cantucci* para desayunar, *cantucci* para postre después de la comida, *cantucci* para merendar acompañando al capuccino. ¡Ah! Y cantucci por la noche después de la cena mientras nos tumbábamos en el sofá a ver una serie de la tele.

«¡A este paso voy a sudar tus *cantucci* por todos los poros de mi piel!», me reprochaba mi amiga, pero sin dejar de zamparlos a todas horas.

El otoño había llegado a la Toscana y con ella las finas lloviznas. La campiña se vestía de un hermosísimo manto teñido de mil matices distintos, desde los ocres más brillantes, pasando por los marrones, hasta el rojizo más púrpura. Tierra de olores, sabores y buena gente. Un lugar de

viñedos, cipreses y olivos… para sentir, vivir y echar raíces para siempre. Una duermevela en la que llevaba inmersa hacía dos años y que, había llegado el momento de despertar.

—Entonces, para que me quede claro, te vas.

Miré a mi tía Antonella a los ojos, quien, frente de mí, hacía honor a ese porte altivo y siempre inalterable que la caracterizaba.

—Sí, en unos días Luca y yo nos iremos a vivir al rancho de Jake, en Texas.

Chasqueó la lengua. Fue el único sonido que vibró en sus cuerdas vocales.

—Mi venta de las acciones...

—Sí, no debes preocuparte. —Hizo un gesto vago con la mano—. Mis asesores se han encargado de todo. El veintiún por ciento serán a mi nombre y el resto, el treinta, de Franco Salvatore.

No pude evitar sentir mi corazón latir algo más deprisa al oír el nombre del italiano con el que casi estuve a punto de vivir una relación amorosa. La miré contrariada.

—Sí, no me mires así. Al final he conseguido engatusarlo para que crea que las Cuentas Anuales (amañadas por ti) solo se debieron a un error contable y sin ningún tipo de ánimo fraudulento por parte de la empresa. —Alzó una ceja perfecta cuando mi cara se tiñó en sorpresa —. Sí, *mia ragazza*, no me mires así. Pues te aseguro que una a su edad, aún conserva sus dotes de persuasión intactos.

—Oh, no, no, no. No lo he dudado ni por un segundo que tú…

Fijó sus ojos en los míos.

—Sé que no tengo ni tu juventud, ni tu belleza, ni siquiera ese carisma que volvió loco a Franco Salvatore, al gran heredero de Tenute Piccola. Sin embargo, tengo otras armas, como, por ejemplo, la experiencia. Y son muchos años que abalan mi cuidada reputación.

Sonreí. Antonella Rizzo, Diva y segura hasta la sepultura y en estado puro. Dios, cómo me fascinaba su temperamento y lo mucho que iba a echar de menos ese peculiar rifirrafe entre tía y sobrina.

—Tranquila, amor. —Carraspeó levemente y se llevó con disimulo un dedo a la comisura del ojo, como pretendiendo secar una lagrimilla—. Puedes irte con tu vaquero tranquila. En tu ausencia sabremos apañárnosla divinamente.

Ladeé el rostro, confundida.

¿Estaba a punto de llorar? No, no era posible. El corazón me dio un vuelco. Antonella Rizzo no había llorado en toda su vida, incluso corría el rumor de que, al nacer al no llorar, pensaron que no había sobrevivido al parto.

—Vendré a visitarte.

—Bah, pamplinas. Sabes de sobra que eso solo se dice para quedar bien. Y lo entiendo, que conste —pronunció con un deje de resentimiento que quiso camuflar con una sonrisa fingida—, en esta vida de locos, todos andamos demasiado ocupados para acordarnos de quienes dejamos atrás en el camino.

—Te lo prometo.

—Las palabras se las lleva el viento.

—Pero no los hechos.

Di unos pasos para acortar las distancias entre nosotras.

—Excusas.

—Mi palabra es sagrada, Antonella.

Sonreí de nuevo, iba a estrecharla entre mis brazos.

—Quieta ahí —señaló un punto en el suelo con la voz un pelín temblorosa, aunque tratara de ocultarla con una tos ronca—. Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando.

—Me temo que no tienes escapatoria.

La expresión de su cara se congeló por un instante.

—Mi palabra es sagrada.

—Ya… —torció la boca, refunfuñando.

—Te lo demostraré y no solo eso, sino que tendrás que tragarte ese orgullo siciliano tan arraigado que tienes.

Se removió inquieta cuando di un nuevo paso más.

—De pura cepa, querida, nunca lo olvides —dijo en su defensa.

—Voy a abrazarte para afianzar mi promesa.

—Te lo advierto, ni se te ocurra abrazarme.

Se puso rígida.

—Tarde.

La rodeé con mis brazos y la estreché contra mi cuerpo.

—Vendré, Antonella. Te lo prometo.

Las despedidas son eso, despedidas. Y siempre con un común denominador, que siempre son dolorosas. Agradecimiento era la única palabra que brotaba de mi pecho hacia mi tía. La gratitud es la flor más bella que brota del alma, decía Henry Ward Beecher.

Durante esos dos años, a su manera, mi tía materna había velado por mí, por mi hijo Luca, para que nunca me sintiera extranjera en unas tierras que no eran las mías. Antonella Rizzo era familia, pero, ante todo, hogar. Jamás le estaría lo suficientemente agradecida por abrirme las puertas de su confianza y entregarme las llaves de su afecto incondicional, aunque se empeñara en embadurnarlo a brochazos, con una inmodesta acritud.

Hay personas que te marcan en la vida, algunas positiva y otras destructivamente. Mi tía Antonella dejó en mí gravada su huella más humana para siempre.

—Principessa…

Me detuve al oír su voz.

«¡Oh, Santo Dios! Franco Salvatore…».

Me giré y noté un pellizco en el vientre. Dolió verle.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte?

Sabía que se estaba refiriendo a su vida y no a la península.

—No sabía que estabas aquí —mentí y él me lo notó a leguas, pues Antonella me había dicho que estaba en la sala de Juntas firmando el contrato de compraventa de mis acciones. Y sonrió despacio, con su eterna sonrisa *sexy*.

Dio unos pasos hacia mí con una sola mano hundida en el bolsillo del pantalón. Me costó mantenerme serena. Franco Salvatore seguía poseyendo esa maldita capacidad de alterar a la gente, para bien y también en el peor sentido de las cosas. En mi caso, reconocí que su inesperado reencuentro, después de varios meses, no me fue indiferente. Vestía un impecable traje de Armani negro, ceñido a su atlético cuerpo, como si se lo hubieran cosido a la piel. Camisa blanca, corbata roja vino tinto. El pelo hacia atrás, con ese toque justo de gomina. Y…

—Presumo que Antonella te habrá puesto al corriente de todo.

Dio varios pasos más hasta colocarse frente de mí.

—Así es. Y me alegra mucho que seas tú quién, junto con ella, llevéis a partir de ahora las riendas de la empresa familiar —titubeé un poco. Debía admitir con la mano en el pecho que, tenerle de nuevo a menos de un metro, alteró mis funciones locomotrices. Ese hormigueo en la yema de mis dedos…

—Creo que debo darte mi enhorabuena. Bueno, debería darla, en plural —rectificó con una sonrisita descarada, pero algo contenida en los labios—. Aunque me temo que no va a ser posible, pues el afortunado está a varios miles de kilómetros de aquí. Enhorabuena por la boda, Alexandra.

—Gracias, se lo haré llegar de tu parte.

Nos quedamos los dos en silencio sin dejar de mirarnos.

—En ese caso, ¿puedo abrazar a la novia?

Sacó la mano del bolsillo y se desabrochó el botón de la americana. Y no pude evitar morderme el labio inferior, reflexionando sobre lo que podría simbolizar eso. Por mi parte, lo sabía. Nada. Pero, ¿Y por la suya? Lo último que quería sería darle falsas esperanzas y hacerle daño, le apreciaba demasiado.

—Vamos, será un inofensivo abrazo —siseó entre dientes y fijó sus dilatadas pupilas en las mías—. Zero insinuación romántica. Te doy mi palabra.

Asentí con suavidad, aunque dudosa. Franco sonrió agradecido y después acabó de acortar la distancia entre nuestros cuerpos. Me atrapó entre sus brazos y yo tras deslizar mis manos por el interior de su chaqueta y rodear su cintura por encima de la camisa, cerré los ojos enterrando la cara en su pecho, cerca de su cuello.

El italiano inspiró el aire por la nariz y yo no pude ignorar el aroma a seguridad y a hombre que desprendía su piel y que se me coló por completo en las fosas nasales.

—Me alegro por ti, Alexandra. Siempre quise que, si yo no te hacía lo suficientemente feliz, lo hiciera él.

Sentí un escalofrío que lamió las vértebras de mi esqueleto.

—Franco…

Se apartó de mí. Cogió mi cara con ambas manos. Noté sus largos dedos algo trémulos envolviendo mi mandíbula.

—*La mia principessa, sempre bella…* —Me miró profundamente a los ojos, los míos empezaron a escocerme. Luego deslizó su mirada a mi boca y mi mirada se me humedeció—. Por favor, sé feliz por los dos.

Y me besó en la frente, reteniendo sus cálidos labios sobre mi piel.

A veces no hay que forzar situaciones, pues las cosas acaban cayendo por su propio peso. Franco Salvatore siempre estaría presente en mis recuerdos, como la persona que logró abrirme los ojos ante el amor verdadero, ese que se siente en la piel, en la sangre y hasta en los huesos, aunque hubiese tenido que huir a otro continente para darme cuenta de que nunca había desaparecido, Jake Maverick seguía en mí. También que era necesario cerrar las páginas de su libro y saber soltar amarras, para empezar a escribir las primeras líneas en las hojas en blanco del nuestro propio.

44
Brooklyn

(John Crowley, 2015)

NICOLETTA ERCOLESSI

6 meses antes
Brooklyn, Manhattan

—¿Quién me iba a decir que un día te encontraría en plena civilización y no en el culo del mundo?

—Rubita, sorpresas te dan vida, la vida te da sorpresas.

Roy me dio un sonoro beso en los labios y salió de la cama casi de un salto. Empezó a recoger su ropa desperdigada por el suelo y a vestirse en un tiempo récord, emulando al mago David Copperfield, la vez que hizo desaparecer a La Estatua de la Libertad o atravesó la Gran Muralla China.

—¿Ya te vas?

Puse morritos teatralmente.

—Sí, nena. Si me ausento más de la cuenta, Nancy…

El rubio dejó la frase suspendida en el aire y se limitó a abrochar el cuello de la camisa de cuadros y luego dio unos pasos acortando la distancia que nos separaba, quedándose en un lateral de la cama, algo receloso.

—Te compensaré, ¿me oyes? —tanteó—. Lo que quieres, a día de hoy, es un imposible. Además, es algo que ya lo habíamos hablado y acordado. Sexo. Solo sexo. Y qué bien nos lo pasamos, joder. Follando nos entendemos, fuera de la cama…

—Ya. Anda, no te esfuerces. Sabes que no me valen las excusas baratas —rezongué malhumorada.

Roy volvía de dejarme demasiado clarito que yo era la otra y por más que me esforzara, seguiría coronándome esa corona de espinas.

Solté un suspiro.

—Es todo tan estereotipado que da asco. Nunca pensé que siendo la amante iba a pillarme tanto…

Me crucé de brazos bajo mis pechos desnudos y apoyé la espalda en el cabecero de la cama de la habitación del hotel Royalton New York.

—Ostia puta, Nicoletta. No me vengas ahora con esas. Tú no, por favor. Dame un respiro, coño.

Achiné los ojos y me mordí el labio.

—Venga, nena, deja de hacer esto.

—¿El qué?

—Lo de siempre.

Negué con la cabeza, dolida.

—¿Querer más?

—No puedo darte más y lo sabes. Te lo dije nada más empezar lo nuestro.

—Tú me lo dijiste, yo simplemente me he limitado a callar y a acatar.

Entornó los ojos, atravesándome como si le salieran rayos láser de las cuencas.

—Nicolet…

En ese momento sonó su teléfono móvil. ¡Salvado por la campana! Era suertudo hasta para salir airoso de situaciones comprometidas como esa. Miró la pantalla y por su cara deduje que se trataba de su mujer. Con que el muy cabronazo antes de responder, me hizo el gesto de silenciar mis labios con un dedo.

¡Arggg! Sacudí la cabeza. ¡Ver para creer! Lo nunca visto. Salí de la cama como Dios me trajo al mundo y me encerré en el cuarto de baño porque si me quedaba a su lado, iban a rodar cabezas y la sangre llegar al río.

Apreté los párpados con fuerza tras dar un portazo que me supo a gloria bendita.

Mierda, mierda, ¡mierda! Era idiota. Él no, yo. Idiota por seguir enchochada de un tipo que nunca iba a ofrecerme más que los mejores polvos de mi vida, pero nada más. Esa era la parte más amarga de las relaciones, cuando uno de los dos siempre da y el otro se mantiene pasivo, casi en un segundo plano. Y te juro que era frustrante seguir en el mismo punto, sin avanzar, sin llegar a ninguna parte.

Y sin que sirviera de precedente, sentada en el retrete mientras orinaba, el vaquero abrió la puerta.

—Oye…

—Ya está, Roy. Ya he acabado —rasgué un trozo de papel higiénico.

—No hacía falta que te fueras de la habitación.

Me limpié mis partes íntimas sin malgastar una palabra en respuesta.

—Nicoletta…

Tiré de la cadena.

—Mi mujer me ha llamado muy alarmada —empezó a decir—. Thomas ha empeorado en las últimas horas. —Alcé la vista y le miré a los ojos—. Tanto es así, que los médicos están convencidos de que no superará esta semana.

—No es posible…

Solté el aire que había estado conteniendo todo ese tiempo.

—Me temo que sí. —Ni siquiera quiso ocultar su preocupación—. Parece ser que le ha llegado la hora.

Era lógico que Roy sintiera el dolor de su pérdida como si fuese su segundo padre y Jake su hermano. Prácticamente se habían criado juntos en ese rancho desde bien temprana edad y, según me había explicado, las habían pasado de todos los colores. Momentos amargos, dulces. Pérdidas de cosechas. Incendios. Nacimientos. Risas. Logros... pequeños milagros.

Enderezó los hombros cuando le acaricié uno de los brazos.

—Qué pena…

—Sí, nena. Una verdadera pena.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, congelando el momento. Mientras que yo solo podía pensar en Alexandra y en su hijo Luca, quienes vivían en Pienza ajenos a todo, sin estar al tanto de que ya nunca el chiquitín conocería a su abuelo paterno.

—Nancy me está esperando en un restaurante que hay a dos manzanas.

—Doy por sentado de que hoy mismo regresáis a Bandera.

—Sí, Maverick me necesita.

Me colgué de su cuello y le abracé. Nos mantuvimos unos minutos así, prácticamente inmóviles. Al separarme me di cuenta de que se le había congelado el rostro; estaba espantado y yo quise morir. Me dolía verlo así.

—Claro, ve.

—Antes voy a asearme un poco. Necesito… refrescarme.

Salí del cuarto de baño para darle algo de intimidad y Roy ajustó la puerta. Y cuando caminé hacia la cama para sentarme en el colchón y esperar a que se volviera a reunir conmigo, vi que la pantalla de su móvil aún seguía iluminada.

Ni siquiera lo medité, actué, pues no disponía de mucho tiempo.

Busqué entre sus contactos el número de Thomas Maverick y lo memoricé, para una vez a solas, telefonearlo para que no se marchara de este mundo sin saber que era el abuelo de un niño precioso llamado Luca Simmons. Obré sin saber todo lo que esa inocente llamada iba a desencadenar después…

La carta del viejo Thomas que obligó a Jake Maverick a viajar a La Toscana y entregársela a Alexandra.

45
Los Puentes de Madison

(Clint Eastwood, 1995)

ALEXANDRA SIMMONS

Bandera, Texas

El labio inferior no cesaba de temblarme. Sentía las emociones a flor de piel, retorciéndome las tripas.

Suspiré hondo saliendo del taxi, oteando el horizonte hasta donde me alcanzaba la vista. Las grandes llanuras, tierras de pastoreo y los dorados campos de alpaca. Miré más allá, tras la valla de hierro forjado que delimitaba la propiedad, a través de los barrotes la reformada casa de campo de piedra y la vieja mecedora, superviviente del devastador incendio. El establo no había corrido la misma suerte, aun se distinguía por donde había lamido las paredes el fuego.

—Señorita, si me disculpa. Si no se le ofrece nada más, debería irme.

—Oh, lo siento… perdóneme —me disculpé y pagué la carrera al taxista.

Sacó el equipaje del maletero mientras yo desataba el cinturón de seguridad a Luca, le dejaba con los pies en el suelo y le cogía de la mano para que no saliera corriendo a la brava. Sonreí. Sí, mi pequeño diablillo era imprevisible, de los que actuaban y luego pensaban en lo que habían hecho, obligándome a estar con mil ojos ante la accidental travesura que iba a cometer.

—Mami… caballoz…

Acabábamos de entrar en la propiedad cuando, en mitad del camino empedrado, Luca señaló a un grupo de equinos que pastaban cerca de un arroyadero. Reconocí a una yegua, a Roxy, por el lomo azabache con una mancha blanca en su hocico y también por el abultado abdomen; volvía a estar encinta.

—Sí, son caballos. Y te prometo que muy pronto, podrás tocarlos. Y también a las vacas, y a…

—¡Mira un guau!

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando Dark, el precioso mastín español de los Maverick, negro como el carbón y ciego de un ojo, surgió de la nada a mi encuentro y se lanzó a mis piernas al reconocerme desde lo lejos.

Caí de rodillas y lo abracé, aunque no se dejara en un primer momento. Estaba tan sobreexcitado que no lograba estarse quieto, correteando y dando brincos a mi alrededor enloquecido al recordarme. Su larga y peluda cola no cesaba de oscilar de lado a lado, dando

latigazos a mis pantorrillas, mostrando claramente que se encontraba feliz. Su único ojo, el derecho, le brillaba eufórico en las cuencas como un precioso y refulgente zafiro negro. Y sus ladridos, esas breves muestras de cariño, me confesaron de viva voz que no se había olvidado de mí y que el vínculo, ese tan bonito que habíamos forjado en el pasado, seguía intacto a pesar de los años. Corroborando que las raíces del amor, a pesar del trascurrir del tiempo, siempre seguirán ahí, donde lo regaste por última vez.

Tras varios arrumacos, besos y abrazos, el can echó a correr en dirección a la Casa Grande como si le fuera la vida en ello, para poner a todo el mundo en aviso de que estábamos allí.

Cogí en brazos a Luca, cargando su peso en una cadera, así la maleta con la mano libre y seguí caminando para llegar lo antes posible, con prisas. Sentía los latidos del corazón en la garganta y en la cara interior de las muñecas, fuertes, raudos, punzantes.

Durante mi vida había tenido que tomar muchas decisiones, elegir unos caminos para descartar otros. Equivocados en ocasiones, convenientes en otros. Regresar a Bandera junto a Jake y Dakota, sin duda, fue la mejor determinación de toda mi vida.

Me planté frente a la casa, al pie de las tres escaleras del porche. Dejé a Luca en el suelo y solté la maleta. Cerré los ojos cuando me azotó un corriente de aire que me transportó todos los olores que recordaba. Abrí los pulmones tanto como pude para percibir con mis sentidos todos los matices; la esencia leñosa de las vigas de madera que sostenían la estructura y que crujían por la noche mientras dormíamos; el olor a chuletas de cerdo ahumándose en la barbacoa del jardín de atrás; la suave fragancia a lavanda de los jarrones en la cocina y de las cómodas en las habitaciones; el petricor, ese inconfundible olor a tierra mojada tras un día de lluvia; a pan recién horneado; a galletitas de mantequilla de los domingos; a hogar…

Y también lo sentí a *él*, el aroma de su piel, mezcla de un olor fiero y delicado a la vez; salvaje y dulce; suavidad y masculinidad en un balanceo perfecto. Incluso con los ojos cerrados, lo sentí. Incluso antes de que apareciera por esa puerta y se quedara paralizado al verme porque no me esperaba tan pronto, porque en unos días iba a viajar a Pienza a buscarnos a los dos.

Y mucho antes de que descendiera los tres escalones y se detuviera frente a mí.

—Mi morena.

Abrí los ojos. Noté como las lágrimas se agolparon tras mis párpados, escociéndome, quemándome por dentro.

—Por fin estás aquí, en casa, en nuestro hogar.

«En casa, nuestro hogar…».

Solo de repetirlo en mi cabeza se me detuvieron los latidos del corazón por un instante y el aire se empeñó en no querer llegar a los pulmones. Me había quedado petrificada en el sitio, con el corazón en un puño por la intensidad del revivir de todos esos recuerdos.

—Nuestro hogar… —susurré con una sonrisa en los labios a pesar de que mi pecho de un momento a otro amenazaba con estallar.

El vaquero dio un paso. Clavó sus ojos en mí en una mirada profunda y penetrante cargada de todo lo que uno significaba para el otro. Enmarcó mi cara con las manos, dibujando el contorno con la yema de los dedos. Y nos respiramos sin apartar nuestras miradas la una de la otra, antes de acercar su boca a la mía y besarme.

—Siempre lo fue y siempre lo será.

Abrazó mi muñeca y tiró de mí, aprisionándome contra su pecho. Dios. Entonces lo supe. Supe que el hogar, *nuestro hogar*, es donde clavas las rodillas en la tierra, cavas una zanja con tus propias manos y entierras allí mismo tu corazón. Y supe, justo en ese instante que, sin saberlo, ya lo había sepultado allí, hacía dos años y que, además, había echado poderosas raíces.

Volví a cerrar los ojos y volví a respirarnos…

«El destino es algo que se debe mirar volviéndose hacia atrás, no algo que deba saberse de antemano», como citaba Haruki Murakami en la «Crónica que da cuerda al mundo».

46
True Romance

(Tony Scott, 1993)

JAKE MAVERICK

—Los chicos ya duermen.

—Genial.

Alexandra cerró el libro que estaba leyendo en la cama y lo dejó sobre la mesita de noche junto a un ramillete de amaryllis rojas que le había traído después de haber salido un rato a cabalgar cerca de Hill Country.

—Vaquero, ven aquí —sonrió mientras palmeaba el colchón.

Le devolví la sonrisa, me descalcé y me dejé caer como un saco de piedras a su lado.

—Jake… vas a despertar a…

Le cogí de la nuca y la besé para que dejara de quejarse, pero, sobre todo, porque no quería olvidar a qué sabían sus condenados labios.

—Frambuesas…

—¿Y?

—Limón.

—Frío, frío…

Me relamí los labios.

—¿Gulupa? Sí, es gulupa.

—Caliente, caliente, que te quemas campeón.

Sonrió traviesa.

—Espera, lo tengo… ya lo tengo. —Le lamí los labios despacio de forma muy sensual, aunque estuviéramos jugando a adivinar lo que había comido. Me ponía cachondo esos jueguecitos, porque siempre acabábamos follando—. Tarta de queso con frambuesas… —metí la lengua en su boca, invadiéndola y saboreándola por completo—, y reducción de gulupa con miel.

—¡Toma ya! —aplaudió—. Que sepas que tienes un paladar privilegiado y que vale su peso en oro.

Gateé sobre el colchón hasta quedar a sus pies y así poder estirarle de las piernas y que su cuerpo quedara tumbado boca arriba.

—Y me consta, señorita, que conoce perfectamente que mi lengua no se queda atrás.

La miré y la vi poner los ojos en blanco mientras una preciosa sonrisa se ensanchaba en su cara. Le quité los pantalones, los lancé fuera de la cama y le dejé las braguitas puestas. Gateé un poco más y me senté encima de sus piernas.

—Bueno, tampoco lo afirmaría tan categóricamente…

Me retó juguetona. Deslicé la mano desde el ombligo a sus pechos por debajo de la camiseta y después se la quité por la cabeza. Quiso quitarme la mía, pero le cogí de las muñecas.

—Quieta.

—¿No quieres que te toque?

—Ahora no, morena. Vamos a ver qué hay de cierto en mi paladar privilegiado y mi lengua portentosa.

—¿Portentosa? —se echó a reír la muy pécora—. Yo no he dicho… portentosa.

—Tú no, pero yo sí. POR-TEN-TO-SA. Y las afirmaciones están para demostrarlas.

Deslicé una mano entre su espalda y las sábanas y le desabroché el clip del sujetador. Esta prenda también voló fuera de la cama, corriendo la misma suerte que sus semejantes.

—Te ha dolido, ¿eh?

—¿De qué hablas?

—Te ha hecho pupita en el ego… —se atragantó con su propia saliva cuando empecé a lamer y a chupar uno de sus pezones mientras masajeaba el otro con toda la mano abierta—… ego masculino.

En cuanto le arrebaté un gemido gutural, descendí con mi lengua hasta el borde de sus braguitas, lo lamí lento y luego se las quité. Ala, otra prenda menos. Ya tenía a mi morena completamente desnuda para mí.

Le separé las piernas, hundí mi cara en su sexo y empecé a comérselo.

—Oh, señor… —se arqueó y se enganchó a los mechones de mi nuca. Tiró fuerte de ellos mientras me entregaba a fondo en darle a la sin hueso—. ¡Oh, por Dios…! Eso no me lo habías hecho nunca… Ey… ni eso tam-po-co…

Me asomé entre sus piernas y la miré desde abajo.

—Nunca hay que darlo todo en la primera cita, pequeña.

—Pero, qué tonto eres…

Me lanzó una almohada a la cabeza por vacilón. Y seguí esmerándome para ganarme ese merecido título. En dos palabras, torturándola con mi lengua hasta que chilló y su cuerpo convulsionó en espasmos.

La miré y estaba preciosa, húmeda, acalorada.

—Ahora necesito estar dentro de ti.

Ella asintió. Me quité la ropa y busqué un preservativo en el cajón de la mesita de noche.

—Joder, ¿no quedan?

—Cariño, no lo sé.

Se incorporó sobre sus codos para mirar el cajón.

—La próxima vez debemos ser más previsores y comprar la farmacia entera.

Nos echamos a reír.

—No importa.

—Sí que importa. —Me besó en los labios—. Yo también quiero que estés dentro de mí. Pero no mañana, sino ahora.

—¿Sin protección?

—Jake…

Me cortó el aliento cuando agarró mi polla con las manos y la guio hacia la entrada de su sexo.

—¿Estás segura?

Asintió y me hundí profundo en ella, mientras me envolvía su caliente humedad.

—Te quiero, Jake.

—Pequeña, yo también te quiero.

Y lo hicimos lento, sin dejar de mirarnos a los ojos. Y al acabar me quedé dentro de ella unos minutos más, no quería dejar de estar así, de sentirme así, apoyando mi frente en su pecho, pegado a los latidos de su corazón.

—Espera un segundo.

Alexandra estiró la mano y abrió el cajón de la otra mesita de noche. Removió el interior hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Tu anillo.

Me mostró la pareja del anillo de alambre que hice para nuestra boda de mentirijilla en Las Vegas.

—¿Lo habías conservado todo este tiempo?

—Sí —asintió emocionada.

—¿Por qué, cariño?

—Porque dicen que las almas que no pueden estar juntas en esta vida, se buscan en otras para volver a intentarlo.

—Mi morena…

—Tú la guardaste. —Tembló—. Yo también la guardé. Porque en mi interior estaba convencida de que, si no podríamos estar juntos en esta vida, me haría servir del anillo para encontrarte en otra y que supieras que era yo.

«Cierto, Alexandra. Dos almas no se encuentran por casualidad».

—Te quiero, Alex. Amo cada parte de ti, locamente. —La miré fijamente a los ojos durante bastante rato—. En esta voy a amarte en cuerpo y alma, pero prometo buscarte en otras vidas y seguir amándote con todo mi ser.

47
Mujeres al borde de un ataque de nervios

(Pedro Almodóvar, 1988)

NICOLETTA ERCOLESSI

—Te cuento algo, si me prometes que no lo vas a contar a nadie.

—Joder, rubita, sí que te pones mística nada más echarte un polvo.

—Roy. Hablo en serio.

—Coño. Yo también.

El rubio se levantó de la cama y se paseó desnudo por la habitación del hotel. Me lo quedé mirando y la verdad era que el cabrón tenía un cuerpazo de quitar el sentido. Sin embargo, después de tantos años, aún seguía preguntándome qué era eso que me aportaba que otros no me aportaban. ¿Sexo? No, por mi cama habían desfilado muchos hombres y aunque Roy follaba como los ángeles, no era de matrícula de honor, no sé si me explico. ¿Compromiso? Para nada. De todos era conocida su reputación de mujeriego y menos su mujer, Nancy la muñeca cornúpeta, que parecía vivir en el País de las Maravillas o en el de la ignorancia, todos estaban al corriente. ¿Verborrea? Bueno, ahí le han dado. Puede que no fuera una lumbrera, pero era divertido y bastante carismático, de esos tipos que son difíciles de olvidar. ¿Pasta? Para nada. Trabajaba en el rancho de su amigo Jake Maverick, pero sin demasiadas ambiciones futuras, incluso en alguna ocasión me había mencionado que precisamente, no estaba atravesando una buena racha económica. ¿Espiritualidad? Oh, por favor. Nunca me había puesto cachonda nada relacionado con el YO interior ni en pollas en vinagre. Entonces, ¿qué? Estaba literalmente colgada de un tipo infiel por naturaleza e incivilizado por defecto y ni siquiera sabía los motivos.

«¿Por qué sigo acostándome contigo, Roy Jones?».

Cogió un botellín de agua de la mini nevera, dio un sorbo y después me lo lanzó a la cama.

—Me has leído el pensamiento, follar contigo siempre me deja exhausta en todos los sentidos.

Desenrosqué el tapón y bebí a morro.

—¡Eso es, campeona! —le habló a su miembro flácido que le colgaba entre las piernas—. Así, con un par, manteniendo el listón bien alto. —Y empezó a realizar gestos de forzudo. Un pelín patético, lo sé, pero viniendo del rubio, acepté barco como animal acuático—. ¡Ole yo! ¡Ole por mí! No me beso la punta del nabo, porque no me llego… que si no…

Puse los ojos en blanco.

—¿Acaso lo has probado?

—Guapita de cara, la duda ofende. *Pos* claro.

Se echó a reír con ganas y se puso a hacer acrobacias, contorsionando la espalda para ver si la flexibilidad se reñía con la santa estupidez. Y cuando se cansó de hacer el primo, encendió un cigarrillo, dio una honda calada y descorrió las cortinas para abrir la ventana y airear la habitación de ese mejunje en el ambiente de sexo, sudor y piel.

—Ahora en serio, Roy. A día de hoy aún sigo preguntándome qué vi en ti. —Me levanté como Dios me trajo al mundo de la cama y le robé el cigarrillo de los dedos y empecé a enumerar—. Estás casado, no tienes pasta y estás buenísimo, pero no al nivel de Brad Pitt, por poner un ejemplo, sino más bien de Ryan Gosling.

—Ya, bueno. Ni siquiera sé quién es ese tal Gosling.

—El de *El Diario de Noah*.

—*Nop*.

—*¿Blue Valentine?*

—*Nop*.

—*¿Crazy stupid love?*

—*Nop*.

—*La ciudad de las estrellas* (‘La, La, Land’)?

—*Nop*.

—¿Vives en un puto zulo y no tienes tele, ni canales prepagos, ni sabes lo que son los premios Óscar?

—Me suda los cojones quienquiera que sea ese tal Gosling.

—Vaaale, vaaale… —le mostré las palmas de las manos—. No te sulfures, cielo. Tú eres más guapo, muchísimo más guapo y *sexy*, dónde va a ir a parar.

Roy negó con la cabeza y me besó en la punta de la nariz.

—Espera ahí, ni te muevas.

—De acuerdo —le miré ceñuda. Le seguí con la mirada y vi como sacudía los tejanos del suelo y sacaba un sobre doblado por la mitad del bolsillo trasero, el que tenía el agujero (que le servía para airear los pedos).

—Iba a esperar al final de la cena…

—¿Qué cena?

—La que había reservado.

Le miré más ceñuda si cabía.

—¿Tú y yo cenando en un restaurante dónde podamos ser descubiertos por tu mujer Nancy?

—Toma.

Cogí el sobre, le di la vuelta a puntito de abrirlo cuando tuvo otra ocurrencia de las suyas.

—Un segundo —levantó el dedo—. Ahora vengo. No lo abras todavía.

Fue a la minivera y sacó una botellita de champagne, de marca (no te fijes). Luego corrió al lavabo y salió con dos vasos de plástico, gentileza del hotel, para el enjuague bucal después del cepillado y regresó a mi lado.

—Ya.

Se colocó frente a mí, pidiéndome que sostuviera los recipientes entretanto descorchaba la botellita, sin tener en cuenta que la combinación de dióxido de carbono, la presión y el frío, provocaría que el corcho saliera disparado sin control, y estuviera a puntito de dejarme tuerta de un ojo. No obstante, dejó un bonito cráter (para los restos) justo encima del cabecero de la cama.

—Roy, ¡Santo Cielo! Casi me dejas lisiada. Te ha ido de un pelo de chichi tenerte que casar conmigo.

—Ja, ja, ja. ¡Alegría, alegría…! —divulgó cantarín mientras rellenaba hasta los bordes los vasos—. Brindemos.

—Aún no sé por qué demonios tenemos que brindar.

—Tú brinda.

—¿Por qué?

—Tú bebe y luego te cuento.

Ambos dimos un sorbo al vino espumoso, que al final no resultó ser tan espantoso como a simple vista parecía. Al momento, el rictus del rubiales cambió drásticamente. Por algún motivo que desconocía, había dejado de tener esa perpetua sonrisita de perdonavidas capullo por la vida, ¡a parecer una persona normal!

—Que tú estés tan serio, cuando acostumbras a reírte hasta de tu propia sombra, me está dando muy mala espina.

—Relájate, Nicol. No es ninguna bomba, aunque sí un bombazo.

Y lo dejó caer así, ¡ala! como quien no quiere la cosa. Roy me señaló el dichoso sobre blanco con la cabeza manteniendo la intriga hasta el final.

—Estás tardando demasiado, Caperucita. Y la sopita de la cestita se va a enfriar.

—Vaaa, ya vaaaaaaaa… qué insistente eres cuando te lo propones.

Rasgué el maldito sobre que parecía contener el remedio universal para todos los males habidos y por haber. Y, desdoblé los tres folios del interior, sintiendo los chispeantes ojos de Roy clavados en mí para no perderse un ápice de mi reacción.

Me incliné sobre los papeles y al empezar a leer en silencio, repentinamente, mi mano derecha viajó sin mi permiso a mi boca, cubriéndola para acallar un grito. Al poco, levanté la vista de los papeles y los agité en el aire aún sin dar crédito.

—¿Qué significa esto?

«Significa lo que crees», me respondí a mí misma.

«¿La demanda de divorcio?».

«Sí, rubita, ¿desde cuándo tienes dificultades lectoras?».

«¡Oooooh, cállate de una vez conciencia! Estás jorobando el ideal momentazo».

—Es la demanda de divorcio.

—¡Ay, Señor! Pero, yo nunca te he pedido…

—Vamos, Nicoletta, sí que lo has hecho, ¡miles de veces!

—Pero, solo porque sabía que eso nunca iba a pasar… Tenía asumido que tú y Nancy… que…, *¡demoni!* Que ibais a estar siempre juntos como los Ingalls en *La Casa de la Pradera* y ¡tener trillones de hijos! —sonreí nerviosa al borde de un ataque de nervios—. Roy, cielo, me había conformado con mi pequeño pedacito de ti.

—¿Y no prefieres tenerme completo?

«Ay, Dios, Nicoletta, que el rubiales está hablando en serio».

Me quedé en silencio, masticando una a una todas sus palabras y después intentando no atragantarme con su disparatada proposición.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato, rubita?

El corazón empezó a martillearme demasiado rápido en el pecho. De rondón, no sabía qué hacer con los dichosos papeles. Me abaniqué con ellos porque una bola de fuego ascendió desde mi pecho a mi cara mientras me mordisqueaba las uñas para disimular el temblor en las manos.

«Acabas de dejar a tu mujer… *per me*», me dije a mí misma para que me quedase clarito de una jodida vez.

—¿No piensas responder?

Pestañeé y di un paso adelante.

—Pero si somos como el día y la noche…

Él dio un paso hacia mí.

—Mejor, así no nos aburriremos nunca.

Otro paso hacia mi rubio.

—Los dos queremos tener siempre la razón.

Se quedó a medio metro de mi cara.

—Pactaremos turnos, días de la semana. Años enteros… ¡Lo que haga falta! Pero, joder, quiero intentarlo.

Mis ojos se anegaron en lágrimas.

—Eres infiel por naturaleza, ese es tu hábitat —le reprendí esta vez temblándome la voz—. No sabes mantener el pajarito en un solo nido.

Roy sonrió.

—Tal vez porque nada me importó hasta el momento. Ni nunca antes había estado enamorado.

Sorbí por la nariz.

—¿Y ahora sí que lo estás?

—Hasta la médula, rubita, hasta la médula.

No podíamos dejar de mirarnos a los ojos.

—Sabes que no va a funcionar, ¿verdad? —quise admitirlo en voz alta.

—Pues haremos que funcione. Te lo prometo, nena. Ya lo verás. Funcionará.

Gimoteé y le abracé, encajando mi cara en su cuello.

—Lo sé, Roy —lancé un suspiro—. Lo sé.

—Genial. —Se separó de mí y me sonrió—. Entonces eso es justo lo que deseaba oírte decir.

Aquel día sellamos nuestro compromiso implícito entre promesas banales, todavía pendiendo de una débil hebra de la madeja que llevábamos años tratando de desmadejar. Ojalá todas esas telarañas de incertidumbre quedasen atrás y a partir de ese día nuestra relación se mereciera ese accidental desenlace.

—Y ahora tu turno, ¿qué era ese secreto tan misterioso que no podías compartirlo con nadie?

Nuestras miradas se cruzaron unos segundos, centrando toda la atención en mis ojos.

—¿Recuerdas el famoso robo del millón de pavos?

Roy asintió con el ceño fruncido sin comprender a qué venía eso ahora. Y después cerró un solo ojo como si previese que el impacto de lo que estaba a puntito de confesar, iba a estallarle en la cara como si fuese un Cóctel mólotov.

—Nicoletta, a ver por dónde me vas a salir ahora que nos conocemos. Miedito me das…

Cogí aire con resignación. Había llegado la hora de liberar ese secreto que había guardado celosamente en mi interior durante años.

—Fui yo.

48
Django Unchained

(Quentin Tarantino, 2013)

JAKE MAVERICK

—Joder, tío, parece que estemos viviendo un puto *Déjà vu*.

—Es cierto, sí. Despedida, Las Vegas, la boda. Parece que volvamos al mismo punto de partida de hace casi tres años.

«Repetir patrones a veces funciona».

Roy apoyó el antebrazo en mis hombros y alzó su birra con orgullo.

—Por ti, cabrón. Por tu futura preciosa mujer. Por tus maravillosos dos retoños. Y… ¡Por la santa juerga que nos vamos a pegar tú y yo en la Ciudad del Pecado!

Chocó el culo de la botella con la mía.

—La santa juerga que nos vamos a pegar tú, yo, Alexandra y Nicoletta.

—¡Nonononono! De eso nada, puto aguafiestas. ¿No hablarás en serio?

Asentí y di un sorbo a morro de la botella con total parsimonia.

—*Sip*. Hablo muy en serio. Las chicas se vienen con nosotros.

La suave brisa de la noche nos refrescó la cara y alborotó los mechones que caían sobre mis ojos y aproveché para alzar la vista al cielo y contemplar la luna menguante que parecía estar jugando al escondite con las nubes. Aquella noche, Roy y yo habíamos salido al porche, a fumarnos un par de cigarrillos mientras nos sentábamos en el balancín a pasar la digestión tras una copiosa cena. Sí, le había propuesto salir afuera con la estúpida excusa de que nos diera el aire, pero la realidad era que necesitaba tener cierta intimidad con mi amigo antes de que Dakota y Luca aparecieran en escena para reclamar su dosis de atención que les tocaba por derecho y que yo les regalaba con religiosidad. Una partida al bridge; adivinar la película de dibujos con mímica; escape room familiar; un, dos, tres, pica pared; el escondite, al palito más corto… la lista seguía interminable, directamente proporcional a la energía inagotable de esos dos granujillas.

Bajé la barbilla al oír el débil gruñido de Dark que dormitaba a mis pies, ya entrando en la primera fase del sueño. Acaricié los rizos de su lomo y después ladeé la cabeza para mirar de soslayo al rubio. Sonreí. Había llegado el momento.

—Roy…

—¿Qué pasa, tío?

Henchí el pecho destilando orgullo antes de que me consumieran las putas prisas por revelarle mis pensamientos.

—Quiero que seas mi padrino de boda.

Roy Jones dejó de dar sorbos a su botella y la apartó de sus labios lentamente, dando gracias porque no escupiera el líquido ambarino en mi jeta. Estudié su expresión incrédula y su mirada alelada fija en mí. El relinchar de una de las yeguas a lo lejos, le devolvió del trance donde se había escondido temporalmente. Solo entonces, decidió abrir la boca parar romper ese incómodo silencio.

—¿Te he dicho alguna vez que el alcohol no es bueno, vaquero? Afecta a las neuronas.

—¿Esa es tu respuesta a lo que acabo de pedirte?

—Coño, déjame que la digiera, ¿vale? —Se encendió un cigarrillo y me ofreció otro. Empezamos a fumar saboreando despacio el momento. No todos los días le pides a tu amigo que sea tu padrino de boda—. Reconoce que, vomitado así, sin anestesia ni pollas en vinagre, me ha generado una paja mental de tres pares de cojones.

Levanté una ceja. A veces me costaba entender en qué idioma hablaba ese capullo. Observé su semblante pensativo, como si todo le sudara tres pueblos. Joder, no sé qué coño debía rumiar tanto…

—Si no quieres, yo… bueno. Había pensado que tú… que, que te haría ilusión.

—¿Me tomas el pelo? —hizo un mohín, dejó el casco vacío en el suelo e hizo saltar la chapa de otra cerveza.

Le di unos segundos más de rigor, antes de contraatacar.

—¿Entonces es un sí?

—¿Por qué has pensado en mí teniendo más opciones?

—¿Quiénes? ¿Pedro Hernández, el mozo de cuadras? ¿Isidro Reyes, el veterinario? O ¿John Maverick, mi primo?

Le pellizqué el brazo con cariño.

—Vamos, tío. Quiero que seas tú, Roy.

—Pero ¿por qué? —insistió tozudo como una mula.

—Coño, ¿es que necesitas una razón?

Se encogió de hombros con tanto pasotismo que no me importó confesarle lo que él era para mí, lo que desde que éramos unos enanos había significado su amistad para mí, para que se enterase de una vez por si aún tenía dudas. Para mí nuestra amistad era ese hercúleo pilar en el que apoyarme cada vez que las cosas se torcían en mi camino, pero también la felicidad compartida en momentos tan especiales como ese.

—Roy, eres familia.

Al oírme decir eso, me miró como si no me reconociera y sus ojitos empezaron a vidriarse, procesando lo que acababa de decirle.

—Gracias, tío, significa más de lo que crees.

—Idiota, no irás a echarte a llorar a estas alturas, ¿verdad?

—¡Mamón! ¿No ves que me escuecen los ojos? —Me pegó con el puño en el costado y yo me retorcí en un acto reflejo, después de frotarse los ojos sin disimulo, dejando a un lado y por unos instantes, la sonrisilla de diablillo cabroncete que parecía llevar tatuada en su cara. Y te juro que toda esa fachada de tipo duro, se fue a la mierda de un plumazo—. Me habrá entrado algo, joder.

—¿Te busco un pañuelo? O… —me cachondeé—, ¿prefieres un abrazo?

—Mira —soltó una maldición—. No me calientes, chaval.

—No, si lo digo en serio. ¿Quieres un abrazo?

Se rascó la nuca, como meditándolo.

—Uno no me va hacer daño, ¿verdad?

—Claro que no, además son gratis —sonreí inocentemente antes de palmearle la espalda con brío y silbar con los dedos en clave para alertar a los demás que aguardaban salir a escena a mi señal—. ¡Chicos, ya podéis salir del escondrijo! ¡El rubio, ha aceptado!

Y dicho y hecho, así, de la nada y en forma de marabunta humana, empezaron a aparecer todos, saliendo de dentro de la Casa Grande. Mi morena, María Guadalupe, la chica de Roy, Nicoletta, Pedro Hernández y mis dos grandes amores, Dakota y Luca Maverick.

—¡Venga, gentezuela…! —los animé a todos a poner en práctica eso que habíamos pactado con anterioridad: un abrazo grupal—. A la de una, a la de dos y a la de tres… ¡Te queremos Royyyy!

Todos, sin excepciones, nos lanzamos en picado sobre el desgarbado cuerpo de un Roy alucinado y confundido a partes iguales, aplacándolo como cuando un Quarter Back caza el balón cerca de la Endzone. Dark empezó a ladrar como enloquecido y a agitar la cola; las cantarinas risas de los críos a inundarlo todo; los besos de las féminas a salivar todas las pieles expuestas. Y mi pecho, joder. ¡Mi puto pecho a hincharse como un globo a punto de estallar al no soportar tanta satisfacción!

ALEXANDRA SIMMONS

—¿Te imaginas que me pida matrimonio y nos casemos allí mismo, en Las Vegas?

—¿Es eso lo que quieres, Nicol? —le pregunté con una mueca, dejando por un momento de seleccionar ropa en el armario para preparar la maleta del fin de semana de mi despedida de soltera en Las Vegas y me giré para buscar la mirada de mi amiga.

—No me importaría —reconoció y se encogió de hombros—. Ya sabes el dicho: «De una boda sale otra».

Me acerqué a ella y le cogí de las manos para hablarle con toda la honestidad de la que fui capaz.

—Nicoletta, respóndeme a una pregunta con la mano en el pecho.

—Claro, cielo, suéltalo. —Puso morritos—. Pero, por favor, no te pongas tan melodramática que no te pega nada.

«Allá va…».

Cogí aire reuniendo fuerzas con la vista fija en sus felinos y rasgados ojos marrones. Las tiritas había que arrancarlas de golpe.

—Conociendo el largo historial de amantes y la mala reputación que precede a Roy Jones, ¿te casarías con él si te lo propusiera?

—Sí.

Y lo dijo así, tan convencida, que sentí como me arrebató de cuajo los argumentos con los que contraatacar esa realidad.

—Alexandra. Estoy enamorada de ese tío. Nunca me había sentido igual, en la vida, te lo juro.

—No hace falta que me lo jures, lo veo en tus ojos cada vez que estás con él.

—Entonces, ¿dime dónde ves el problema?

Hice una pausa para inspirar hondo y colocarle tras la oreja un mechón rubio que se le había escapado del semi recogido. Me tembló la mano ligeramente y el corazón me pegó un vuelco.

—No quiero que te hagan daño —le confesé.

—No voy a dejar que nadie me lo haga.

—Bien —tragué saliva asimilando que lo tuviera tan claro.

De repente, los niños entraron sin pedir permiso a la habitación, arrasándolo todo como un vendaval.

—¡Mamiiii… mamiiii…!

—Alex, dile al enano que juegue solo un rato, porque quiero escuchar música SO-LA.

Puse los ojos en blanco antes de cumplir a pies juntillas los deseos de Dakota.

—Luca, deja a tu hermana en paz y ve a jugar a solas un ratito, anda.

Desde que ambos habían descubierto que les unían lazos fraternales, no se habían separado ni un solo segundo. Incluso parecían las inseparables abejas Maya y Willy, si bien últimamente se asemejaban más a Tom y Jerry, pues Dakota que estaba convirtiéndose en una jovencita, empezaba a reclamar más espacios de privacidad, aunque siempre tratara de protegerlo contra viento y marea. Mientras que el pequeño Luca, solo le apetecía cachondeo y diversión las veinticuatro horas del día ininterrumpidamente.

—Dakota, juguemoz ezcondite.

—Ahora no, Luca —le ordenó al borde del enfado.

La niña se tumbó en la cama y se caló los auriculares en los oídos. Luca, por el contrario, escaló como pudo y empezó a dar saltitos a su lado. ¡Ah, sí, disculpa! Has leído bien. Mi pequeño diablillo ceceaba, igual que Dakota hacía poco. Supongo que debía ser cosa de los genes, de Jake, obviamente.

—Zí, zí, zí…

—No, no, no…

—Zí, zí, zí…

La niña bufó y encendió el iPod. Luca al darse cuenta de que por más que se quejara, saltara o le molestara, ella no iba a dar su brazo a torcer, se tumbó a su lado, así, bien pegadito a la oreja de ella.

—Lárgate, Luca.

—Quiero oír múzica —murmuró con su vocecita chillona.

—Aleeeex, dile a Luca que me deje sooola…

Me obligué a mantenerme serena, frotándome las sienes cuando empezó a dolerme la cabeza. Tras unos minutos de riñas entre hermanos, ambos, como por arte de magia permanecieron juntos, pero calladitos.

—Debes estar divertida, ¿eh?

—No lo sabes tú bien, Nicol, no lo sabes tú bien.

—Te va a ir bien estar un fin de semana sin los críos.

Sonreí abiertamente.

—No te imaginas cuánto lo estoy deseando.

ROY JONES

—Una, dos y… tres.

—¿Me estás vacilando, Roy? —se rio nerviosa a mi lado—. ¿Tres cajas de condones?

—Sí, nena, tres. Es mi número de la suerte. —Metí las gomas entre la ropa y después cerré la cremallera de la maleta—. Fíjate si me parecen pocas que me estoy replanteando seriamente en llevarme otra caja más.

—¿Pretendes borrarme el chichi?

Me eché a reír con ganas.

—¿Cómo lo has llamado?

—Chichi, o ¿prefieres chirla?

Se cachondeaba mientras negaba con la cabeza.

—¿Concha?

Ahora le mostré mi mejor cara de asco.

—¿Vulva?

¡Noooo, me cago en la puta! La cosa iba de mal en peor.

—Coño, prefiero, coño. *Mi coñito*.

—¿*Mi… coñito*?

Se giró de golpe, dejando de seleccionar ropa usada, unas camisetas de deporte y un par de pantalones tejanos y meterla en una bolsa destinada a la beneficencia. De un tiempo a esta parte, por alguna razón, se le había despertado su lado más altruista.

—Eso he dicho. Veo que andas bien de oídos.

—Ja. —Apoyó la cadera en la cómoda y se cruzó de brazos—. Pues no quieras saber cómo llamo a tu… salchichita...

Se mofó guiñándome un ojo.

—¿Salchichita? Dirás… mi *bratwurst.*

—Por *Dior*… ¿Tu *bratwurst*?

Ahora fue ella quien se echó a reír a carcajada limpia en mi puta cara, hurgando en mi herida masculina, echando la cabeza hacia atrás y a puntito de dislocarse el cuello la muy perra.

—Pues te hago saber que aún ninguna tía ha venido con el libro de reclamaciones.

—Ah, ¿no?

—No. Y no tengo ningún problema para demostrarte ahora mismo que no admito devoluciones, ni rebajas de última hora.

Eliminé la distancia que nos separaba, la cogí de las caderas y la arrimé a mi bragueta para que notara mi creciente erección.

—Sí, Roy. No pienso negar que echas unos polvos mágicos que consiguen ponerme las cuencas del revés. —Se colgó de mi cuello mimosa—. Sin embargo, ha llegado el momento de hacerte saber que el tamaño no está reñido con la maestría —olisqueó mi cuello, mi piel y mi ropa exageradamente—, como tampoco la higiene a la masculinidad. *Dio mio!*, apestas, Roy. Y eso sí que empieza a preocuparme de veras…

Suspiró, se puso rígida contra mi pecho y yo levanté el brazo para olerme las axilas.

«¡Hostia puta, es verdad, huelo a muerto!».

—Huelo a hombre —le mentí y levanté ambas cejas seductor.

—Sí, a *eau* de *sobac pour homme*.

Trató de sonreírme pero se contuvo y después se separó de mí como si yo tuviera una enfermedad mortalmente contagiosa.

—Oye, rubita. —Le aparté el pelo de la cara y la miré divertido, eludiendo el temita del olor corporal de los cojones—. ¿Y no piensas decirme cómo llamas a *mi bratwurst*?

—Primero pégate una ducha bien jabonosa y después te lo desvelo de camino al rancho cuando vayamos a recoger a Jake y a Alex.

—¡Sí, mi sargento!

Me cuadré en el acto de forma teatral.

—*Terminator* —acabó susurrando en mi oído en forma de confesión—. Y no preguntes.

—¿*Terminator*?

Me froté la nuca y ella esbozó una sonrisa burlona antes de revolverme el pelo y meterse en el cuarto de baño, para cerrar a cal y canto la puerta, esa misma que no tardé en golpear con los nudillos.

¡Cómo le gustaba a la rubia tocarme la moral, entre otras cosas!

—Oye, Nicoletta, ¿*Terminator*? ¿Así es cómo le llamas a mi… —señalé a mi entrepierna, a pesar de no estar viéndome—, cosita? ¿Por qué?

Se oyó el agua del grifo correr y volví a golpear, esta vez más a lo bruto.

—¿Por qué haces siempre lo mismo? —asumí con pereza—. Tirar la piedra y esconder la mano.

Sabía que no soportaba el mal ajeno, ni ver padecer a nadie dolor. Así que, pensé en algo, como por ejemplo hacerme la víctima para que saliera de su escondrijo y diera la cara. Así que di un puntapié al zapatero y empecé a gritar como un energúmeno como si me hubiese fracturado el tobillo o algo peor.

Y en tres, dos, uno…

La puerta se abrió de par en par y la rubia salió escopeteada hacia mí.

—Cielo, ¿estás bien?

Yo, que me había ocultado tras la puerta, salí de detrás y me planté en medio, con las manos apoyadas en el marco para impedir que volviera a entrar en el baño y se encerrara después en el interior.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba. Tan simple como poner un trocito de queso en una trampa y esperar a que el ratoncito siga el rastro del olor… Y ¡Zas! Decapitación al canto…

—Eres un capullo, ¿lo sabías? Pero integral —seguía respirando con dificultad—. Estaba preocupada por ti, pensaba que te habías hecho mucho daño.

—Perdona, nena —quise arreglarlo—. Ha sido una pequeña broma.

—Dirás una broma pesada y de mal gusto. —Se frotó el rostro, agobiada. Luego clavó sus ojos en mí, sin dejar de echar sal a la herida.

Dejé de barrarle el paso y la rubia empezó a caminar hacia mí, rodeando mi cuerpo y entrando otra vez en el cuarto de baño. Luego cerró la puerta de un portazo y echó el pestillo.

—¡Picaste, rubiales!

Se echó a reír a carcajadas.

—Serás…

Y yo no pude evitar sonreír.

Mi coñito=1 *Terminator*=0

50
Leaving Las Vegas

(Mike Figgis, 1995)

JAKE MAVERICK

Cerré de un golpe seco el maletero de mi Gran Torino verde del 72 recién encerado después de cargar el último equipaje y me reuní con Alexandra para despedirnos juntos de los niños, de Pedro Hernández y de María Guadalupe que se quedaban al cargo de ellos.

Me acuclillé y rodeé a Luca con un brazo para decirle muy bajito al oído.

—Ahora que tu hermanita no nos oye y… —miré a Dakota de reojo— como ya eres muy mayor, te pediré que cuides de ella, ¿vale, campeón?

—¡Zí, papi!

—Eso es, caramelito. —Lo estrujé fuerte contra mi pecho y le di un beso en la cabeza—. ¡Choca esos cinco!

Sonrió con esa carita de ángel y la viva imagen de la inocencia que me tenía completamente enamorado. No solo por la ternura que irradiaban sus preciosos ojos del color del mar, grandes, expresivos y tan brillantes que sus destellos parecían simular los de un millón de estrellas iluminando la noche más cerrada, sino porque nunca hubiera imaginado que, siendo Dakota mi primogénita, jamás llegaría a amar a otro ser igual. Sin sospechar que mi corazón estaba más que preparado para albergar tantos amores como seres importantes existirían a lo largo de mi vida.

—Te he oído, papi.

—¡Me cachis! Ven aquí, bomboncito.

La niña se lo pensó dos veces antes de levantar la cabeza y acercarse a mi lado con los brazos cruzados y unos morritos dibujados en sus labios irritados. Oculté una sonrisa para no cabrearla más de la cuenta. Mano de santo había que tener con esos granujillas y también estar dotado de mucha paciencia.

—Veeen, no te me vayas a poner celosilla a estas alturas.

Rodeé a Dakota de la cintura y la atraje hacia mí para hacer un abrazo a tres bandas junto con Luca. Tenía que ir con pies de plomo pues, de un tiempo a esta parte, había experimentado cierta conducta recelosa hacia su hermano, cierta vulnerabilidad, quizás por ese temor a sentirse desbancada a nivel afectivo por mi parte. Hecho que nunca iba a ocurrir, pues cada uno de ellos recibía la atención que Alexandra y yo estimábamos oportuna, dedicando pequeños momentos

individualizados, los cuales les hacían muy bien. Y que, además, para ellos eran como su pequeño mundo.

Cerré los ojos y al abrirlos me crucé con los de Alexandra. Sonrió despacio y al hacerlo, se paralizó el mundo a mi alrededor. Te juro que nunca me cansaba de mirarla y no era complicado adivinar que jamás me saciaría.

«Joder, qué preciosa eres».

—Ven aquí, morena. —Alargué la mano y moví los dedos animándola a acercarse—. Solo faltas tú.

Pronto se unió a nosotros, impregnando el aire de un olor dulzón a cerezas.

—¿Qué pasa vaquero? ¿Acaso me estabas echando de menos? —preguntó con fingida indiferencia.

—No te imaginas cuánto.

Contuve el aliento y sentí un pellizco en el corazón cuando mis brazos abarcaron por completo sus tres cuerpos. Esos pequeños detalles, esos sutiles olores, esos roces entre pieles… Ellos tres eran mi vida, el eje de mi existencia y cada hueso de mi columna vertebral. Ellos eran Mi Todo.

Dicen que hace falta veintiún días para acostumbrarte a algo. A mí no me hizo falta tanto tiempo, enseguida me hice adicto a ellos; a mi familia.

Dejamos a los niños ese fin de semana a cargo de María Guadalupe y de Pedro Hernández, sabíamos que iban a estar en buenas manos. Los menores estaban encantados ya que podían hacer lo que les viniera en gana sin nuestra supervisión y los adultos estaban conformes en malcriarlos tanto como les vinieran en gana, asumiendo ese rol de abuelos por unos días.

Presumía ser un trayecto largo. Mil millas de arena, polvo y piedra por el desierto de Mojave, previendo una parada rápida en Alburquerque para comer en un restaurante de carretera, descansar y llenar el depósito de gasolina.

En este segundo viaje a Las Vegas, agradecí que el rubio ocupara los asientos traseros y que su chica lo mantuviera distraído la mayor parte del tiempo para que no se le ocurriera la jodida idea de quitarse las bambas dentro del coche y que los demás muriéramos por inhalación de sustancias tóxicas y altamente pestilleras. ¡Me cago en la puta! El hedor a putrefacción de sus pezuñas debía estar decretado, en la Constitución de Estados Unidos de América, como arma de destrucción masiva. Te juro con la mano en el pecho, que sería el primero en coronar la lista con mi firma para tal fin.

—¿Una birra, socio?

Miré a Roy a través del retrovisor interior y acto seguido a mi morena de reojo quien ya mostraba su cara de: «a ver qué contesta ahora el vaquero estando yo delante».

—No, gracias. Estoy conduciendo. Ya sabes el dicho, «si bebes no conduzcas».

—Claro, claro, como Stevie Wonder, un puto *crack*. —Chocó el casco de su botella con la de Nicoletta—. *Mi coñito,* dime que cuando nos casemos, no dejarás que me convierta en un puto muermo como Maverick.

—No, *Terminator* —le respondió la rubia con retintín—. Si te conviertes en un puto muermo como Maverick, te abandono. Palabrita del niño Jesús.

Arrugué el entrecejo al oír a ese par de malhablados y modulé el cristal para enfocar la visión a sus jetas.

—Ey, ey, ey… ¿Ahora os ha dado la venada por hablar en clave?

—No les hagas caso, Jake —me instó mi chica mientras me acariciaba el muslo derecho por encima del tejano—. Ya sabes que el ser humano a veces suele… involucionar.

—¿Involucionar, Alex? —le preguntó Roy sin entender a qué se refería exactamente. No es por nada, pero en ocasiones, mi amigo hacía honor al estúpido mito ese de «las rubias son tontas», al ser rubio natural.

—Eso parece.

—Oye, guapita de cara —en seguida saltó Nicoletta en defensa de su macho ibérico—, que hablemos en clave, a ti ni te va, ni te viene. *Capisci?*

—Nicoletta, ¿qué pasa? ¿Necesitas compresas porque te sangra… la rabia?

—Serás… ¡perra! —la rubia gruñó encolerizada al tiempo que abría la boca exageradamente y se quitaba el cinturón de seguridad para… ¿atizar a mi morena?

«¡De eso nada! ¡Por encima de mi cadáver!».

Propiné un señor volantazo reencarnándome en Dominic Toretto y recreando la famosa escena con la que abre *Fast and Furious 8,* quien condujo un viejo coche en llamas por el Malecón de la Habana, en mi caso saliendo de la carretera Madre con la intención de poner a esos tres firmes de golpe.

En otro sitio no, pero en mi Gran Torino, ¡mandaba yo, qué carajo!

Pronto una polvareda blanquecina y bastante densa nos nubló la vista por unos segundos a todos. Salí primero del auto y luego les obligué a ir saliendo uno a uno al exterior.

—Ale, desfilando. Toooodo el mundo fuera.

—¿Te has vuelto loco, tío?

—Roy, no repliques. —Le señalé la puerta para que la abriera y moviera su culito prieto—. Tú el primero.

—Nena, parece que tu chico ha perdido un tornillo.

—Mira, Nicoletta, no pienso responder a eso —le reprendió Alexandra a su amiga echando humo por las orejas—. Además, creo que me debes una explicación.

—A qué.

—¿A qué?

—Venga, señoritas, id desfilando… —seguí en mis trece—. Una, dos. Una, dos.

—Jake, cariño, fuera hace un calor de mil demonios.

—Haberlo pensado antes, cariñito —chasqueé la lengua respondiendo a mi morena—. Andando.

Cuando por fin logré tenerlos a todos fuera en el desierto, suplicándoles que, por sus muertos, dejaran de quejarse por unos minutos y me prestaran atención a mí. ¡Pero ni con esas! Los tres zánganos siguieron crispándome los nervios, haciendo caso omiso de mis ruegos para seguir riñendo entre ellos.

—Coño, ¿tan difícil es pediros… ¡SILENCIO!?

Tuve casi que desgañitarme las cuerdas vocales para que, por fin, me hicieran caso y cerraran sus jodidas boquitas.

—Bieeeen, graciaaaas, chicooos.

Inspiré hondo y después exhalé despacio, tratando de mantener la compostura mientras me colocaba estratégicamente en medio de ellos. Y empecé a deambular de un lado a otro, cogiéndome las manos por detrás y entrelazando los dedos. Desmenuzando la mejor forma de idear una estrategia para que reinase la Paz en las puñeteras horas que aún nos faltaban de viaje en el interior de ¡una lata de sardinas! O una de dos, o se calmaban solitos y dejaban de tocarme las pelotas. O por mis muertos, que ¡a estos incivilizados los dejaba yo abandonados en medio del desierto!

—¿Vas a decir algo o qué, tío?

—Roy, estoy pensando, no me… hagas perder el hilo. ¡No me despistes!

—Bueno, con boca cerrada no entran moscas —murmuró él por lo bajini emulando el gesto de cerrar la suya con una cremallera imaginaria.

Me detuve en seco, levantando un poco de polvillo con mis botas.

—A ver, por partes. —Me coloqué delante del rubio y le miré con cara de acelga—. ¿Por qué os dirigís con esas gilipolleces en forma de clave secreta? Que sepáis que a mí me suda los cojones como os llaméis en la intimidad, yo ahí no me meto. Pero, hostias, ¿es necesario compartirlo con Alex y conmigo?

—¿Te refieres a *Mi coñito,* Maverick?

Asentí, puse cara de asco y me encogí de hombros, todo a la vez.

—¿Y también a *Terminator*?

Puse los ojos en blanco ante la evidencia.

—Síiiii, Rooooy. Síiiii.

—Nada, tío, que a la rubia le ha dado por bautizar a mi *bratwurst* así. —Te juro por lo más sagrado que no pude evitar alzar una ceja perfecta al imaginarme su polla como un tipo de salchicha de carne cruda, ni tampoco que se me revolvieran las tripas—. Y como no me explica el motivo, le pico llamándole *Mi coñito.*

—¿Nicoletta?

—¿Sí, Jake?

—¿Podrías amablemente explicarle al bueno de Roy por qué has bautizado a su nabo con el nombre de *Terminator*?

—Podría, pero… no me apetece.

Cruzó los brazos bajo sus pechos así en plan chulesco.

—Genial, una menos que subirá a mi Gran Torino.

—¡Eres un gran capullo, Maverick! —contraatacó la rubia—. ¿Lo sabías?

—Lo sé. Hace años que me soporto a mí mismo. —Alcé las dos cejas de forma cómica—. Siempre puedes hacer dedo.

—No serías capaz de dejarme aquí sola y abandonada. —Achinó los ojos, amenazándome.

—Tiéntame.

Nos retamos con la mirada en un duelo titánico de a ver quién de los dos palurdos aguantaba más tiempo sin pestañear. Y gané yo. Obvio.

—A ver, chicos. —Di dos palmadas al aire para espabilarles y eché un vistazo a mi reloj completamente exasperado. Aprovechando ese impase de tiempo para frotarme la cara con las manos y quitarme el exceso de sudor en la piel. Si nunca has estado en el desierto te haré saber que los rayos de sol son abrasadores y el aire denso, caliente e irrespirable. Un puto infierno. Mucho tiempo en exposición y apostaba a que seríamos unos Conguitos—. O nos ponemos las pilas, o…

—*Okeeeey*, tú ganas, vaquero… Todo sea por seguir el viaje a Las Vegas y por el aire acondicionado de tu reliquia —empezó a soltar Nicoletta por esa boquita—. Lo de *Terminator* es por la frase, ya sabéis —nos miró a los tres—… por lo de la frase mítica de «Volveré» —y lo entonó con una voz grave y profunda, como si hubiese vuelto del Más Allá, imitando a Arnold Schwarzenegger.

Roy puso morritos mientras arrugaba el entrecejo, sin entender nada, igual que el resto.

—A ver, es simple —empezó a gesticular exageradamente con las manos, característico en los italianos—. Es porque… por muchos *coñitos* que te tires, siempre *vuelves.*.. al mío —aclaró ella haciendo el gesto de las comillas.

Roy ciñó sus manos en la cintura y la atrajo hacia él.

—¡Ooooh, rubita! Como te *ailoviu.*

—Y yoooo, pichoncito. Y yo. *Forever.*

Y, joder. Empezaron a darse el lote allí mismo, delante de Alexandra y de mí. Y yo no podía dejar de pestañear pasmado. ¡Que paren el mundo que yo me bajo! ¿De verdad esto iba en serio? ¡Pero qué relación más surrealista la de estos dos! Ahora te quiero descuartizar y al segundo después, ¿eres la persona más importante de mi vida?

—Vaaaale, bien. Vamos por buen camino. —Hice un gesto con la cabeza señalando a las féminas cuando la parejita dejó de meter la lengua hasta la campanilla del otro—. Ahora vosotras dos.

Nicoletta se frotó las manos.

—*Okey*, empezaré yo, que tengo unas ganas locas de saberlo. —Ahora puso los brazos en jarras—. Alex, cielito mío, ¿por qué diablos estás mosca conmigo desde esta mañana? ¿Se puede saber qué coño te he hecho?

—No sé, dímelo tú.

—A ver, a ver —intervine otra vez entre ellas—. Desembucha, morena, y por una vez, déjate de marear la marrana, anda.

Alexandra me fulminó con la mirada. Le faltaba poco para estallar, lo notaba por esa venita azulona que pulsaba en medio de su frente cuando se cabreaba.

—¿Que deje de marear la marrana?

—Eso he dicho.

—Jake… no soy yo quien… ¡es ella…!

—¿Yoooo? —Nicoletta se puso a la defensiva—. Jake tiene razón, cuando te encabronas pareces un libro cerrado. Así que habla, ¿qué te pasa conmigo?

Mi chica sintiéndose acorralada, no le quedó más remedio que soltar el aire y empezar a confesar sus pecados.

—¿Has olvidado que me debes algo? —empezó a decir.

—Leñe, y dale con las adivinanzas… —protestó la rubia.

—Tal vez me debes… ¡¿Un millón de pavos?!

—¡¿Quéééé?! —prorrumpió su amiga, en una mueca de fastidio.

—Eso mismo digo yo —intervine alucinado—. *What the fuck?!*

Finalmente, Nicoletta se giró buscando los ojos de Roy y tal vez alguna explicación, porque me daba en la nariz que también estaba metido en el ajo, al igual que en casi todos los fregaos.

—¿Rooooy? —le increpó Nicoletta al borde de perder la paciencia—. ¡¿Qué mierdas pasa contigo?! Ya veo que no sabes mantener la polla dentro de la bragueta en la misma proporción que la boquita cerradita.

Silencio.

—Lo siento, nena —avanzó hacia ella con una débil sonrisa, tragó saliva y la miró a los ojos acojonado—. Pero alguien tenía que decírselo.

—¡Yo! —soltó el aire que había estado aguantando casi poniéndose azul—. ¡¡Yo iba a decírselo!!

—¿Cuándo, amiga? —intervino Alexandra con las facciones endurecidas—. ¡¿Cuándo las gallinas tengan dientes?!

—¡No lo sé! ¿Vale? —gritó la rubia fuera de sí—. ¡¡No-me-
pre-sio-nes!!

«¡*Stop*, quieto parao! ¿He oído bien? ¿Acaso hablan del millón de pavos de la discordia?».

—¡Eyyy, eyyy, eyyy! ¡Esperad un momento! —proferí tan fuerte que al hacerlo salieron autopropulsadas unas gotitas de saliva que impactaron contra la cara de Roy. ¡Estaba alucinando en colores!—. ¿Habláis del famoso millón de pavos?

—¡¡¡Sí, Jake!!! —se giraron las chicas para mirarme y escupírmelo ambas al unísono. ¡Te juro que daban escalofríos! Todo aquello empezaba a adquirir un hedor de lo más surrealista.

Alcé las palmas en señal de rendición por si las moscas pues estaba claro que aquí iba a salir escaldado hasta el apuntador.

—Bueno, teóricamente tan mal no os ha ido, ¿no? —Nicoletta se empeñó en rociar más sal a la herida—. De hecho, gracias al robo del millón de pavos, fuiste tras el vaquero como una perra. Y mira tú por dónde…, ahora tenéis un hijo precioso y estáis a punto de contraer matrimonio.

Nos guiñó un ojo, sonrió divertida y segura de sí misma. Vamos, Nicoletta Ercolessi en estado puro, dando por sentado que ese fue el pistoletazo de salida para lo que vino después.

—¡Grrrrrrrr! ¡Jake, sujétame fuerte, porque yo a esta hoy la mato! ¡¡¡La MA-TO!!! —farfulló Alexandra indignada apretando los dientes, crujiendo el cuello a ambos lados mientras hacía el típico gesto de remangarse las mangas de la camisa (ojo al dato), aunque fuese en tirantes.

Atrapé el cuerpo de mi morena casi al vuelo, por la cintura, antes de que sus manos fueran directas al pelo rubio de su amiga. Roy hizo lo mismo con su chica. Y ambas, privadas de sus manos para darse de hostias, empezaron a dar patadas al aire y a despotricar e insultarse en italiano.

¡Menudo espectáculo más bochornoso!

Inspiré hondo mientras esperaba a que los ánimos de ese par de amigas merluzas se fuesen atemperando solitos por falta de fuerzas. Al cabo de unos minutos, mi predicción, se cumplió.

—Oye, Maverick —empezó a rumiar Roy entre dientes, elevando la comisura de sus labios en una sonrisa de lo más picaruela—, ¿por qué no arrojamos agua en la arena, las desnudamos a ambas y después dejamos que se den de hostias en el barro? Así, como en las pelis porno. Solo de pensarlo me estoy poniendo palote…

Chasqueé la lengua contra el paladar.

—¡Tío, eres un puto depravado!

Y nos partimos el espinazo visualizando la escena de ellas dos embadurnadas desde el dedo gordo del pie hasta las pestañas y peleando como completas energúmenas en el barro.

Gracias a Dios, más pronto que tarde, ese par quedaron tan extenuadas y debilitadas por tratar de llegar a las manos que, tras entrar en el Ford, logré acordar una tregua, aunque les costara la vida dirigirse la palabra.

No llevábamos ni diez millas cuando al recostarme en el asiento a puntito de encenderme un pitillo, divisé la silueta de una joven a la derecha de la calzada. Prendí el mechero y antes de dar la primera calada, me removí incómodo.

Mierda.

Al principio tuve mis dudas, las cuales se fueron disipando a medida que acortábamos la distancia.

Joder.

—¡Ey, rubio! Mira delante, a tu derecha, a la calzada.

Mi amigo observó a la rubia platino, quien hacía dedo, de piernas larguísimas, enfundada en una minifalda escocesa, top de lentejuelas y de cuyo hombro colgaba una mochila de estampado

militar.

—No jodas…

Enderezó la espalda. La mía hacía media milla que estaba rígida como una vara.

—Sí, tío. Creo que a partir de hoy voy a empezar a creer en el destino.

—O en el puto karma.

—Llámalo X, me da igual que me da lo mismo.

La sangre empezó a hervirme en el interior de mis venas, caliente y con una sed de venganza que no había sentido jamás en toda mi vida.

—¿Me estás leyendo el pensamiento?

Roy tardó un solo segundo en responder. Fijé mi mirada con la suya a través del espejo retrovisor interior.

—Ojo por ojo, Maverick —escupió con desdén—. ¡Ojo por ojo, diente por diente!

Asentí y sonreí con los labios apretados, aunque se nos fuese a ir la pinza.

—Jodida Samantha.

Nicoletta empezó a desperezarse, medio bostezando.

—¿De quién habláis, chicos?

—¿Crees en el karma, Nicol? —le pregunté con sarcasmo.

—¿En la ley de causa y efecto?

—Yo, sí —respondió mi morena por ella, abriendo los ojos y regresando al mundo de los despiertos.

—A ver, me jode en el alma estar en acuerdo con tu chica —aportó Nicoletta bufando—. Pero sí, yo también creo. Es más. Quién la hace, la paga.

—Perfecto pues, porque me alegra saber que, por una vez en la vida, estemos los cuatro de acuerdo en algo.

—¿Qué coño estás tramando, Maverick? —me preguntó mi amigo, que a veces parecía conocerme más él que yo a mí mismo.

—Ahora lo veréis.

Activé el intermitente a la derecha y empecé a reducir la velocidad paulatinamente.

—Seguidme el juego, ¿vale?

Los tres asintieron al unísono y entonces fue cuando la adrenalina empezó a recorrer todo el interior de mi cuerpo. Detuve el Gran Torino en el arcén, muy cerquita de la *hippie flower* de los cojones. Salimos uno a uno, yo el primero. Roy me siguió los pasos y las chicas permanecieron juntas y algo rezagadas con cara de póquer y de no entender ni papa. Me coloqué el sombrero vaquero y me encendí un cigarrillo con toda la chulería fingida de la que fui capaz.

Me aclaré la garganta y me planté frente a ella.

—Dichosos los ojos… Hooola, Samantha.

¡Hostias! El olor a sobaco casi me abofeteó la cara, tentado de echar las potas.

—¿Tú…?

La rubia platino se quedó ojiplática, anclada en el sitio tras intercambiar una mirada asesina mientras nos observaba a los cuatro con las cuencas a punto de salírsele de los párpados. Sonreí con suficiencia. Esa no se lo esperaba.

«¿Menuda estampa más surrealista, verdad Sammy?».

—Cuántas probabilidades debe haber.

—¿De qué, Maverick?

¡Bravo, sí, señor! Gallifante extra para la ladrona de pacotilla por acordarse de mi apellido. Qué coño, a ver si iba a resultar que a simple vista parecía cortita de luces, pero en cambio tenía un coeficiente de 184 como el actor James Woods, protagonista entre otros en el film de *Casino* de Martin Scorsese.

—Pues de tropezar dos veces con la misma mierda —chasqueé la lengua respondiéndole más chulo que un ocho al revés y sin entrar demasiado en los detalles. Sea como sea, empezó a mirarnos muy alterada, primero a Roy y después a las chicas, repasándolas de arriba abajo.

—¿Qué… qué pensáis… ha-hacerme?

No me pasó desapercibido el titubeo de su voz ni el balanceo de sus ojos, sintiéndose acorralada y vulnerable. Ni siquiera había que ser muy ducho para estar al corriente de la situación en la que se encontraba, sola y a nuestra merced. Samantha la *flower power* de los cojones, sabía perfectamente que tenía todas las de perder. Si echaba a correr, no tardaríamos en darle alcance y reducirla sin apenas esfuerzo. Si le daba por ponerse a gritar como una loca clamando auxilio, antes de que un desconocido se dignara a parar el coche, acabaría afónica perdida. Y si, por el contrario, decidía atacarnos con uñas y dientes, así a la desesperada, con nuestra evidente superioridad física la someteríamos en el tiempo de un simple chasquido de dedos. Solo debía sumar. Éramos cuatro contra una.

Estaba frente de mí, por lo que enseguida recuperó mi mirada, olisqueando cómo la venganza supuraba por cada poro de mi piel. Y la verdad, no me daba ninguna lástima verla así.

La contemplé y me di cuenta de que estaba temblando.

—No. No vais a hacerme nada… —siseó entre dientes—, porque mis colegas están a puntito de llegar y… cuando os vean… ¡¡Os pondrán la piel del revés!!

Iba recitando con la firme intencionalidad de despistarme mientras deslizaba una mano tras la espalda para hacerse con algo que llevaba oculto. Quizás un arma.

—Ni se te ocurra, *flower power* —solté amenazante mientras negaba con la cabeza—. Olvídate. No vas a hacer eso que estás tramando. Deja de jugar con fuego.

—¡Mamarrachadas! —ladeó la cabeza, dudosa.

—Pon las putas manos donde yo las pueda ver.

—No tengo nada, ¡capullo!

—Pon-las-tras-la-nu-ca —verbalicé muy despacio.

Hubo un silencio tenso.

—Y si no, qué, ¿eh? ¿Me vas a pegar, vaquerito? —sonrió con suficiencia y apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer—. No tienes agallas. ¡Eres un puto pringado! ¿Lo sabías?

Hice oídos sordos a las tonterías que despotricaba por su boquita y me dirigí al maletero del Gran Torino.

—¡Eh, tú, rubito! —gritó a Roy al ver que yo estaba pasando de su puta cara—. Si convences a este paleto que me deje marchar, te hago la mejor mamada de tu vida.

«Oh, oh… Samantha, Samantha, Samantha, acabas de abrir la caja de Pandora. ¡Acabas de liberar todos los demonios de Nicoletta Ercolessi!».

Tres, dos, uno…

¡Zas! ¡Paf!

Apostaría a que la santa hostia con la que Nicoletta *superwoman* le giró la cara a Samantha *la cerda*, se oyó hasta en la mismísima Siberia.

—¡Aquí la única rubia oxigenada que le come la polla al rubio soy yo! ¡Que te quede claro, ¡pedazo de zorra!!

Samantha abrió los ojos como platos, se llevó la mano a la cara super ofendida y a puntito de echarse a llorar.

—¡Esa es mi chica! —aplaudió enérgicamente Alexandra y luego alzó la palma de su mano al aire para que su queridísima amiga del alma la chocara contra la suya.

Sonreí divertido. Si es que en el fondo esas dos se querían a rabiar, aunque a veces se quisieran asesinar lentamente. Pero, sobre todo, lo que jamás olvidaré fue la mirada de Samantha de terror cuando saqué una pala del maletero. Apuesto a que hay pocas cosas en la vida que causen más pavor que un psicópata suelto sin adivinar lo que va a hacer…

—Sammy, Sammy…, Sammy —empecé a ronronear en tono peliculero, dejando caer la herramienta contra el suelo adrede para que hiciera mucho ruido y luego empecé a arrastrarla por la gravilla emitiendo un sonido chirriante hasta plantarme frente de ella—. Dime… ¿qué voy a hacer contigo? Dime…

—Nada, ¡nada! Joder, Jake —lloriqueó—. Olvida lo que pasó, ¿vale? Ellos… Mis colegas, ellos… ¡me obligaron a robarte el coche…! Yo solo…

—Ni siquiera me escuchaste cuando te pedí. No. Cuando te supliqué que no lo hicieras, que mi Gran Torino era ¡toda-mi-vida! —gorjeé en un deje super profundo mientras me acercaba a ella interpretando el papel de un psicópata *asesinillo en seriecilla*, que, por cierto, ponía los pelos de punta mi estado mental (teatralmente hablando, claro). Fue sencillo, me decanté por una de las escenas de Christian Bale en *American Psycho*, con todos mis respetos y salvando las distancias, cuando Patrick Baterman persigue a una prostituta desnuda y empapada en sangre por los pasillos mientras empuña una motosierra.

—Jake, vamos… ¡Te compensaré! —resolvió a la desesperada sin dejar de mirar alternativamente a la pala y a la zanja que estaba cavando a su vera—. ¿Quieres pasta? Te, ¡te daré pasta…!

Ignoré sus súplicas y su llanto. Y que estuviera a puntito de clavar sus rodillas en la arena y ponerse a rezar un Padre Nuestro. Cavé y cavé a su lado, a pesar de lo seca que estaba la tierra a causa de las altas temperaturas. Pronto conseguí que, a simple vista, fuese lo más parecido a una tumba…

Samantha no tardó en echarse a llorar como una magdalena, creyendo a pies juntillas que íbamos a matarla y después a enterrarla allí mismo. Vamos, entre tú y yo, muchas películas de terror había visto la rubia platino, pues saltaba a leguas que éramos cuatro personas de lo más normales, aunque un par de ellas, Nicoletta Ercolessi y yo, estuviéramos muy, pero que muy cabreados con ella.

Imploró perdón cuando el agujero estaba listo y se meó en las bragas, literal, en cuanto lancé la pala a un par de metros y me dispuse a secarme el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras le susurraba al oído que pronunciara sus últimas palabras antes de enterrarla en el hoyo.

—No, mejor, vamos a jugarnos tu vida a suertes.

—¿Q-qué?

—A cara o cruz —propuse.

La escruté a conciencia.

—N-no… puedes decidir mi vida así… no… puedes… ¡dejarla al azar!

—Puedo. Elige, Sammy. ¿Cara o cruz?

Saqué un dólar de plata y se lo mostré en mi palma. Ella sorbió los mocos con rabia y con mirada dubitativa.

—Decide rápido o lo hará otro por ti.

Me observó largo rato, dilapidando el momento lo más posible. Sentí su acongoje en mis propias carnes.

—C-cara…

—Bien.

Lancé la moneda al aire y esta giró como una peonza antes de volver a caer sobre mi palma. La retuve en mi puño y miré a Samantha. Aguardé unos segundos y luego la abrí lentamente.

—Cara. Puedes irte, Samantha.

—¿No vais a… ma-matarme? —lloriqueó sin dar crédito.

—No.

—¿Pe-pegarme?

—No.

—¿Vio-lalalaarme?

Puse los ojos en blanco.

—No, no y no —guardé la moneda en el bolsillo y sacudí las manos en las pecheras de los tejanos—. Solo una última cosa, rubita —cogí aire—. Te aconsejo que, a partir de ahora, dejes de jugar a *Bonnie y Clyde* —sonreí de medio lado—. Creo que recordarás cómo acabó la cosa. Además, que no tienes ni un pelo de tonta y sabrás entender la metáfora de todo esto.

Asintió con la cara llena de churretes, cogió su mochila sin sacudirle el polvo y empezó a caminar a paso ligero en paralelo a la carretera en dirección al norte. Pronto la perdimos de vista y de nuestras vidas.

51
La Teoría del Todo

(James Marsh, 2014)

ALEXANDRA SIMMONS

—Ha sido… ¡superhipermegafuerte!

Sonreí divertida. Y me giré en el asiento mirando a Roy y a Nicoletta, quienes, sentados detrás, seguían alucinando como yo.

—Nena, a partir de hoy tu futuro marido será mi héroe.

Y no me extrañaba lo más mínimo pues Jake había estado ¡soberbio!

—Solo una pregunta, Jake —me dirigí a mi prometido llevada por la curiosidad—. ¿Y si hubiese salido cruz?

—Imposible.

Jake sacó un par de monedas de su bolsillo y me las entregó. Fruncí el ceño tras escudriñarlas a conciencia sin caber en mí del asombro. Tardé unos segundos en reaccionar.

—Una moneda con dos caras y la otra con dos cruces —revelé el enigma misterioso de los dólares de plata.

El vaquero me observaba con una sonrisa ladeada.

—Son mis monedas de la suerte. Ambas con la misma cara que me han librado de muchas rondas de cerveza que por Ley debía pagar.

—¡No jodas, Maverick! —saltó Roy atando cavos—. Por eso siempre me tocaba pagar a mí. ¡So cabronazo! Ahora lo entiendo toooodo.

El rubio le atizó una colleja a Jake desde detrás.

—Sí, tío. —Le guiñó un ojo divertido sin soltar las manos del volante rumbo a Las Vegas—. Al final he tenido que revelar mi secreto. Aunque no saques conclusiones precipitadas. Muchas veces era un dólar auténtico. Así que culpa al azar de tu mala suerte…

8.07 PM

—¿Te gusta este?

Cogió un espectacular ramo de rosas blancas de tallo corto en forma de buqué del mostrario y me lo enseñó.

—Uauuu… son preciosas y huelen de maravilla.

—Yo no me lo pensaría, Alex —apuntó y clavó sus pupilas con las mías—. Incluso te hace juego con el disfraz de Marilyn Monroe.

—Cierto. —Henchí el pecho suspirando—. Vale, me has convencido. Ya sabes que te cuesta poco conseguirlo.

Rompí a andar hacia el mostrador y se lo entregué a la dependienta que le pasó el lector de barras a la etiqueta que colgaba de una hortera cinta rosa espolvoreada con purpurina. En las Vegas todo era así, contra más extravagante e indiscreto, mejor.

Nicoletta se colgó de mi brazo.

—Veo que ya no estás mosca conmigo.

—No te lo creas demasiado. —La miré de soslayo mientras salíamos de la tienda Arts District para alquilar unos disfraces idénticos del día en que nos conocimos los cuatro, Marilyn Monroe, Elvis Presley, Caperucita Roja y Jack Sparrow. Habíamos planeado recrear fielmente ese fin de semana, inclusive la boda ficticia en la Capilla Graceland—. Solo porque se lo he prometido a Jake.

—¿El qué?

—Que no iba a arrancarte el pelo y dejarte calva —le sonreí diabólicamente, aunque en el fondo sabía que no era más que una blandita.

Nicoletta tragó saliva despacio y apretó los labios.

—Gracias, nena, es todo un gesto por vuestra parte.

Salimos a la calle y ahora fui yo quien me colgué de su brazo para fijar mi vista en su mirada gatuna.

—Aunque… —aleteé con gracia las pestañas postizas—, no estaría de más saber qué narices te pasó por la cabeza para cometer la santa estupidez de robarle a tu amiga un millón de pavos.

Y la verdad sea dicha, la curiosidad me carcomía por dentro las entrañas.

—Oye, técnicamente —carraspeó y alzó una ceja—, solo fue medio millón de pavos.

Bufé.

—Ohhh… Nicoletta, ¡qué más dará! La fechoría es la misma, no romanticemos el pecado pues no es menos asesino el que mata a una persona que a diez.

—*Touchè*, cariñito… —sopló para retirarse un mechón de la frente—, te debo una explicación y parece ser que ha llegado el momento.

—¡Oh, señor! Gracias, gracias… ¡Gracias! Por fin, al fin mi amiga ha visto la luz… —suspiré feliz y miré al cielo teatralmente, así, como si se hubiese abierto una enorme brecha en el cielo y de este estuvieran lloviznando angelitos regordetes tocando el arpa.

Durante minuto y minuto, mientras la rubia meditaba la respuesta o la mejor forma de salir airosa de la encrucijada, nos dedicamos a pasearnos a lo largo de todo el *Strip*, disfrutando del ambiente, de las luces, del mestizaje y de la quinta esencia, del juego y todo lo que giraba a su alrededor mientras la rubia meditaba la respuesta en forma de disculpa.

—Una escuela —disparó, se detuvo y soltó mi brazo para quedarse frente de mí, mirándome con una expresión muy seria, pero a la vez emocionada, algo a lo que no me tenía acostumbrada. Acto seguido se aclaró la garganta—. El millón de pavos… Todo el dinero fue destinado a la creación de escuelas en África Subsahariana.

Se hizo un silencio incómodo. No entendía nada de lo que me estaba contando. ¿Una escuela? ¿En Sudáfrica?

—¿De qué estás hablando?

Cogió una bocanada de aire mientras me di cuenta de que sus almendrados ojos se iluminaban, llamándome especialmente la atención y dándome a entender que, lo que iba a pronunciar, era muy importante para ella.

Sonrió despacio.

—Verás, nunca te había dicho nada porque tenía miedo de que al ser mi deseo desde pequeña, este se desvaneciera al esperanzarme demasiado. —Su mirada fue tan penetrante que incluso sentí estremecer mi piel—. Llevo años inmersa en la iniciativa Schools for Africa. Ayudando a UNICEF, a la Fundación Nelson Mandela y a la Fundación Peter Kramer, para que muchos niños no solo tengan acceso a una educación de calidad, sino también a agua, medicinas y alimentación…

No pude reaccionar, me había quedado completamente pasmada, solo de imaginarlo, temblé. A ver, conocía su lado hipersensible y altruista, por supuesto que sí, pero jamás pensé que iba a llevarlo a ese extremo.

—La educación salva vidas, Alex —continuó, insistiendo y necesitando convencerme para sentirse mejor. Salvo porque no era necesario.

—Nicol…

Mis ojos me empezaron a picar tras los párpados y me entraron ganas de achucharle muy fuerte.

—Eso es… ¡maravilloso!

—Sí, lo es, lo sé… —balbuceó y se le quebró la voz.

—Es esperanza… Dais esperanza… Sois esperanza.

Ella asintió conmovida y yo seguía imaginando la gran envergadura de lo que ese acto significaba.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Le cogí de las manos, las suyas temblaban.

—No sabía cómo… quería, te juro que quería, pero nunca encontraba la manera —suspiró—. Cuando vi ese montón de dinero encima de la cama del hotel Bellagio, ni me lo planteé. Enseguida en mi mente se proyectaron las escuelas que aún no existían, levantándose ladrillo a ladrillo y la enorme sonrisa de gratitud de esos pequeños y… —tragó saliva emocionada—, me refiero a que…, cielo, ¡todo pasó taaan rápido! Roy, Jake, tú, yo. La borrachera de todos sirviéndome de cuartada. Y luego, bueno. Luego una cosa llevó a la otra y a otra y… Todo

empezó a liarse de mala manera, ¡tanto que ya no supe cómo desmadejarlo sin que nadie saliera malherido! Pero pasó…

—Sí, y me convenciste para que fuese tras la caza del ladrón equivocado.

Se encogió los hombros como si ese gesto tuviese el don de aniquilar de un plumazo todo lo ocurrido.

—Perdóname, Alex. Por cómo soy. Por mi mala cabeza. Por hacer las cosas como el culo. Sé que siempre acabo cagándolo todo. ¡Nunca aprenderé!

Noté un nudo en mi garganta.

—Schist…, mi niña. —Solté una mano y le acaricié la mejilla para infundirle tranquilidad—. He pensado que, por muy doloroso que sea averiguar la verdad siempre es mejor que basarla en mentiras, prefiero no vivir en la inopia.

Le sequé una lágrima de la mejilla y luego la abracé.

—Eso lo aprendí de Jake.

—Sabio consejo.

Asentí, me separé de ella y la miré con orgullo.

—Ay, Nicol…

Ella inspiró profundamente, tratando de recomponerse.

—Es algo grande, morena.

—Tú sí que eres grande…

—Madre mía, Alex, qué mona eres. Si es que, si es que… —Ladeó el rostro y me cogió la cara entre sus manos, luego me la estrujó obligándome a poner cara de besugo—. Es que te quiero a rabiar, ¡me cago en *tó*, leches!

Nos echamos a reír con las miradas brillantes.

—Yo también te quiero mucho, Caperucita Roja.

Hacia el anochecer, acudimos juntas a Graceland Wedding Chapel, donde los chicos nos esperaban disfrazados, justo en el lugar que popularizó la comedia romántica noventera *Solo los tontos se enamoran*, con Salma Hayek y Matthew Perry, y donde contrajo matrimonio Jon Bon Jovi y Dorothea Hurley.

Verás, la intención del vaquero era la de casarnos allí, otra vez y de mentirijilla. Sí, ¡pero esta vez sin estar pedos! Revivir de nuevo ese *momentazo* del que no recordábamos una mierda por culpa de la inmunda ingesta de alcohol.

—Guauuuu, nena… —Me contempló perplejo y noté un pellizco en el corazón—. Estás preciosa de Marilyn.

Jake no tardó en atraparme de la cintura y besarme en los labios. Bueno, la verdad es que más bien fue un inocente piquito, para no dejar mi cara manchada de Ruby Red de Max Factor, la marca favorita de la *sex symbol*; su marca de identidad, el eterno rojo de sus sensuales labios.

—Eyyyy, tú tampoco estás nada mal, Elvis.

Me mordí el labio, nerviosa mientras me cogía de la mano y yo miraba al cartel luminoso que

indicaba «*Open*» y nos invitaba amablemente a entrar a la capilla nupcial.

—¿Entramos?

Él asintió y empezamos a caminar por una alfombra roja en dirección al interior. Roy y Nicoletta seguían como una sombra nuestros pasos. Alcé la vista cuando la canción Viva Las Vegas de Elvis Presley empezó a arremolinarse a nuestro alrededor como una culebra a un palo y a todo lo que encontró a su paso, el decorado, los globos, las serpentinas, los álbumes y discos de vinilo revistiendo las paredes, la gramola (una sinfonola) de edición especial que se hallaba junto a una espectacular guitarra blanca con flecos, una vitrina con Hot Wheels Elvis de diferentes tamaños y colores, varios autógrafos auténticos del Rey del *rock* enmarcados, instantáneas en blanco y negro: tocando la guitarra, encontrándose con el presidente Richard Nixon o simplemente veraneando. Todo un anecdótico espectáculo a los años cincuenta que me perdí la primera vez que pisé ese lugar y que la segunda, me empapé hasta en los huesos. Y al final del pasillo, nos esperaba un Elvis sonriente y disfrazado dispuesto a oficiar la Gran boda.

—¿Estás nerviosa?

—No demasiado. ¿Debería estarlo?

—No especialmente —Jake puntualizó, me sonrió y me depositó un dulce beso en la frente cuando la música cesó—. Me vale con fantasear en que sí lo estarás en la boda en el rancho, cuando te oiga pronunciar el «Sí, quiero» rodeados de todos nuestros seres queridos. La de hoy no deja de ser un ensayo de todo lo que nos espera sentir.

—Ohhh, Jake…

Y como quien no quiere la cosa, de la nada, empezó a cantar una voz rota *Love Me Tender*. Era un Elvis Presley disfrazado (es decir, un actor, pues el de verdad debe estar con Norma Jeane Mortenson, tomándose unos tequilas en México…) quien, de tanto en cuando, se dedicaba a menear las caderas en sintonía de la música.

Reímos como nunca, nos miramos cómplices y aplaudimos enérgicamente cuando el doble del Rey del *rock & roll*, coreografió el clásico *hip swing* antes de dar por finalizado el espectáculo inicial e ir de cabeza a oficiar nuestra boda. Nos habló de la importancia de la familia, del respeto mutuo, del amor y las bases que sustentan las vigas de una pareja. Y, bla, bla, bla...

Fruncí el ceño, pensativa. Dejando a mi mente fluir a su libre albedrio. Permitiendo que una idea descabellada empezara a aflorar en mi interior. Siempre he sido de la convicción de que las mejores cosas de la vida son cuando no están planificadas, aunque, por mi educación o mis miedos infundados, nunca me atreviera a materializarlos.

Cogí aire, henchí el pecho y en un arrebato fiel de una enajenación transitoria, empecé a gritar de viva voz:

—¡Detenga la boda un momentito de nada, Elvis, por favor…!

Decididamente se me fue la cabeza.

—Oh, sí, nena. Marilyn, a ti no puedo negarte nada —secundó el actorcillo de forma guasona y me guiñó un ojo. Vamos, que a este le iba más la marcha que… ¡a un anciano sin dentadura

comiendo quicos!

—Toma, Nicol…

Le entregué el ramo de rosas blancas a mi amiga.

—P-pero… ¿qué haces, Alex? ¡¿Te has vuelto loca?!

A lo largo de mi vida siempre he pecado de ser una mujer cuadriculada, organizada y algo sosa. Así que, iba siendo hora de volver a soltarme la melena y de improvisar, de sentir sensaciones nuevas, ¡vivir sin tantas ataduras…!

Miré a mi prometido quien, entre otras muchas cosas, me había enseñado a mostrarme natural, ser yo misma y desprenderme de ese envoltorio tan impermeable que en muchas circunstancias me había llegado a asfixiar, al tiempo que asentía con la cabeza, animándome a vaticinar lo que pretendía hacer con ese gesto.

—Darte el valor para que hagas lo que realmente deseas hacer —la aconsejé señalando con la cabeza a Roy Jones y ella siguió la dirección de mi mirada—. Vamos, cariño, ¡hazlo!

Inspiró hondo, pestañeó y dudó por un segundo, estando al tanto de lo que me estaba refiriendo.

—Este es tu momento —expuse intercediendo en el caprichoso destino y echándole una mano, repuse sin una pizca de duda—, el mío lo viví hace dos años y lo volveré a vivir de aquí a unos días en el rancho.

Observó el ramo que sostenía trémulo entre sus manos y acto seguido sonrió de oreja a oreja.

—¡Dios Alex, cuanto te quiero!

—Mi niña, ya lo sé. Yo también te quiero muchísimo. Pero… no es a mí a quién debes decírselo, sino a tu chico.

—¿Decirme el qué? —preguntó el rubio.

Nicoletta se armó de valor y se plantó delante de Roy Jones. Inspiró hondamente para atreverse a hacer la locura más romántica que probablemente jamás haría por amor en toda su vida. Así que, ni corta ni perezosa, clavó la rodilla izquierda en el suelo actuando de forma teatral para ofrecernos un espectáculo digno a su altura. Alzó la vista hacia él y le sostuvo de la mano derecha.

—¿Quieres casarte conmigo?

Roy Jones el espigado vaquero se la quedó mirando ojiplático, con cara de memo y tan blanquito. Simulando haberse reencarnado en uno de esos vampiros veganos de la saga Crepúsculo, los que solo consumían sangre de los animales en lugar de la humana, pues la fina capa de sudor que pronto perló su frente, brilló como los diamantes.

La emoción trepó por mi piel, poniéndola de gallina.

—Vamos, dile que sí, chaval —Jake no tardó en soltarle una sonora colleja en la nuca para que reaccionara—. ¿A qué estás esperando?

—¿A que se me pase el acojone? Por poner un ejemplo —le respondió friéndole con una mirada asesina mientras se frotaba la frente, altamente alterado.

—Joder, tío, si la respuesta está chupada —contraatacó mi moreno hundiendo más el dedo en la llaga—… ¡te la sabes al dedillo!

Roy Jones no sabía dónde meterse, ni ocultarse, ni desaparecer. Y por una parte era del todo entendible, pues acababa de salir de una relación bastante tortuosa con su novia de toda la vida y parecía ir de cabeza y en picado hacia otra.

Medio minuto más tarde, el rubio hinchió el pecho como un pavo real y enredó su mirada con la de ella.

—Sí, vale. Venga, hagámoslo —soltó brabucón—. ¡De perdidos, al río!

—¿En serio, Roy? —Nicoletta abrió mucho los ojos, sin dar crédito—. Lo último que querría sería que lo hicieras forzado, ni porque…

—Nicoletta Ercolessi —Le atrapó la cara entre sus manos—. No lo hago por eso.

—Ah, ¿no? —preguntó dubitativa—. Pensaba que te estabas quedando conmigo como de costumbre y...

—Pues no. Venga, vamos a hacerlo.

—¿Sí?

—Sí, tonta.

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

«Ohhh, por favor… pero, ¡qué bonito!», di varios aplausos al aire como si fuera la mejor fan de ese par de tortolitos.

—Te quiero, nena. Y si casándonos es la única forma para no volver a separarnos y mantenerme corto, ¡hagámoslo! —El rubio pellizcó con dulzura la mejilla de mi amiga y se aclaró la garganta—. Hostias, joder, todo el mundo sabe que no soy un erudito en cuestiones de amor, pero desde que te cruzaste en mi camino y se me pusieron las pelotas como dos bolas de billar... ¡no sé vivir sin ti!

—Pero, qué tontainas eres… —puso los ojos del revés y le atizó en el pecho con el ramillete de flores. Un par de pétalos planearon en el aire hasta acabar a sus pies.

Observé a Jake hundir la mano en el bolsillo del pantalón blanco acampanado y de tachuelas doradas a lo Elvis para rebuscar algo. Pronto sacó un fino hilo de cobre (¡no me preguntes qué hacía eso en el disfraz!) y empezó a elaborar un par de improvisados anillos.

—Jake, pero ¿de dónde has sacado el alambre?

—Morena, no preguntes.

Mi futuro marido me guiñó un ojo divertido al tiempo que esbozaba una media sonrisa ladeada en medio de esas dos horteras patillas más propias de Curro Jiménez que de Elvis Presley.

—Definitivamente, eres toda una caja de sorpresas.

—Y las que te quedan por descubrir, pequeña. Y las que te quedan por descubrir…

Me dio un casto beso en los labios mientras hacía entrega de los anillos a su amigo.

—Toma, tío —se los puso en la palma de la mano—. Ya sabes qué parte viene ahora.

Arqueó las cejas varias veces señalando con la cabeza a Nicoletta.

—No sé quién está más chalado de los cuatro —dijo casi desencajándosele la mandíbula— si vosotros dos por obligarme a dar el paso, la rubia por seguiros el desafío o yo por lo que estoy a puntito de hacer.

—Ya sabes —empezó a decir Jake—. Andaremos todos ahí, bastante a la par. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

Apartándose el pelo de la frente y girándose un tercio, el vaquero palmeó la espalda del Elvis actor/sacerdote/cantante clamando su atención.

—Creo que ya puede seguir oficiando la boda, —ensanchó su atractiva sonrisa—, ya puede casar a este par de tortolitos.

Y así fue como mi amiga del alma perdía la virginidad, ¡perdón!, la soltería con el amigo de toda la vida de mi futuro marido. ¡Menudo trabalenguas! Mientras yo no pude impedir que el corazón me latiera fuerte contra mis costillas justo en el instante en el que se prometieron amor eterno.

Suspiré al recordar ovacionarles hasta quedarme afónica, cantarles *Jailhouse Rock* a dúo con el doble de Elvis Presley y bailar (¡sí, sí, has leído bien!), bailar hasta que ¡casi me salieron muñones en los dedos de los pies!

Nicoletta Ercolessi y Roy Jones habían contraído matrimonio, pero no ficticio sino, completamente legalizado atestiguado por nuestras firmas, la del vaquero y una servidora. Con que, podríamos decir que, de las dos, ella fue la primera en perder la libertad.

¡Quién me lo iba a decir!

52
Mucho ruido y pocas nueces

(Joss Whedon , 2013)

ALEXANDRA SIMMONS

7 días más tarde
Bandera, Texas

—A ver, recapitulemos…

Nicoletta Ercolessi me cogió de una mano pidiéndome que me girara sobre mis talones y empezó a enumerar de viva voz.

—Llevas algo nuevo, el romántico vestido de novia de corte sirena en tul de volantes y cuerpo de encaje. Algo viejo, en el recogido el peine de plata y perlas de tu bisabuela. Algo prestado, mi brazalete de oro de Tiffany. Y… algo azul, la liga que te regaló María Guadalupe y que estrenaste en tu despedida de soltera en Las Vegas.

Al dar una vuelta completa sentí que perdía la perspectiva por unos instantes. Todo empezó a fluctuar a mi alrededor.

—Nicol, por favor, no… no me sueltes —balbuceé, el cuerpo entero me tembló al ser consciente de que había llegado la hora de la verdad: ¡la hora de la Gran Boda! Por eso mismo me senté en el primer sitio que logré palpar con la mano, al pie de la cama.

—Mi vida, estoy aquí.

Nicoletta se sentó a mi lado en la cama, ésta me cogió de las manos y no le pasó por alto que estaba tiritando. La miré conteniendo el aliento, emocionalmente desbordada. Sentía como mi corazón latía muy deprisa en el interior de mi pecho, a sabiendas de que no era más que el fruto de los nervios preboda. ¡Por el amor de Dios! Me hallaba a las puertas de unirme para siempre con la persona de la que estaba perdidamente enamorada. Y, sin embargo, sentía un desequilibrio emocional por no ser todo lo que él esperaba de mí. Quería estar a la altura, no defraudar, ser suficiente para él...

—Alexandra, vamos, mírame… —Me sujetó suave de la barbilla—. Es normal que a estas alturas del enlace sientas vértigo. Pero, cielo… —mi amiga me sonrió con dulzura—, no debes temer nada. Jake Maverick es el hombre más bueno, más cariñoso y más padrazo que he conocido jamás. Y te lo digo con la mano en el pecho. —Su imagen empezó a desfigurárseme

ante los ojos y las lágrimas a bañar mis mejillas—. Créeme si te digo que jamás, nunca, en la puta vida he visto a un hombre desvivirse más por una mujer.

Hizo una pausa para secarme una lágrima que surcaba mi cara, apretó más mis manos y me clavó las pupilas.

—No me creo que aún no te hayas dado cuenta de cómo te mira —su voz sonó aterciopelada —. Su mirada es sinónimo de devoción, de respeto, de pasión, de compromiso.

Hipé casi haciendo pucheros y asentí al mismo tiempo con la cabeza, porque la angustia tenía estrangulada mi garganta impidiéndome formar palabras.

—Eso mi niña, tiene un nombre: AMOR —contuvo el aliento con disimulo, también se le notaba emocionada—. Amor del bueno, del que se siente aquí —puso la mano sobre mi corazón que desde hacía rato no cesaba de chocar contra los huesos de mis costillas—, pero también aquí —dio unos toquecitos a mi cabeza—. Es ese amor loco, pero también el amor racional. Vuestro amor es sincero, Alex.

Empecé a comprender lo que trataba de decirme. Entonces ¿por qué me sentía tan confusa?

—Cariño mío, él no es Harris Mars —resolvió al fin con verdades como puños, disipando por completo mis miedos—. Jake Maverick es el hombre de tu vida.

«Lo sé, lo sé. Es así como lo siento en mi pecho».

—Vamos, Alex. Le conoces, conoces a Jake. Y sé que te mueres por él. Que ambos os morís el uno por el otro. ¡Vuestro amor es tan perfecto que dais asco!

Sonreí y lloré al mismo tiempo, derrumbándome en sus brazos.

—Alexandra Caroline Simmons. —Me frotó la espalda en círculos—. Ese pedazo de tío que está ahí fuera, está loquito por tus huesos, morena. Así que, sécate las lágrimas de una vez, alza esa preciosa barbilla… Y sonríele a la vida por haberte hecho el regalazo de haberlo cruzado en tu camino.

Me reí y sorbí por la nariz. Luego, se puso en pie y me tendió la mano.

—¡Ale, morenaza! Mueve ese culito que Dios te ha dado y camina, que tu vaquero te está esperando.

Me abalancé sobre su cuerpo, la abracé fuerte y rompí el silencio.

—Te quiero, Nicol.

—Yo también, mi niña.

Caía la noche cuando me colgué del brazo de mi padre, Albert Simmons, quien lucía su eterna y dulce sonrisa y me llevaba orgulloso hacia la pérgola nupcial que Pedro Hernández y los chicos habían construido artesanalmente en el jardín de detrás de la Casa Grande, exclusivamente para el Gran Día. Era robusta, cálida, hermosa, y con un bonito tapiz de wisterias trepadoras en forma de racimos blancos y bombillas colgando del techo.

Rompimos a caminar por el tapiz rojo en forma de alfombra, cuando empezaron a entonar los primeros acordes de «Mi jardín con enanitos» de Melendi interpretada por la imponente, profunda y sensual voz de Gabriel Gómez de Manhattan, el enigmático chico de ojos verdes, de

pelo alborotado a conciencia y a quien, de la manga de la camiseta, le asomaba el principio de un tatuaje tribal. A quien conocí en la piscina del Hotel Bellagio en Las Vegas y más tarde aceptaría encantado la proposición de mi amiga Nicoletta, esa de crear magia con su arte y cantar en el día más feliz de mi vida.

Tragué saliva al observar a mi preciosa Dakota anticiparse a nuestros pasos, dejando caer pétalos de rosas blancas a nuestros pies. Suspiré, trémula, cuando las emociones quisieron arrebatarme la poca templanza que me quedaba impresa en la piel, sintiéndolo todo de forma magnificada. La voz de Gabriel me abrazó cálida desde la distancia y las cuerdas de su guitarra pellizcaron de vez en cuando mi alma.

Y es que yo no quiero pasar por tu vida como las modas
No se asuste señorita, nadie le ha hablado de boda
Yo tan solo quiero ser las cuatro patas de tu cama
Tu guerra todas las noches, tu tregua cada mañana

Quiero ser tu medicina, tus silencios y tus gritos
Tu ladrón, tu policía, tu jardín con enanitos
Quiero ser la escoba que en tu vida barra la tristeza
Quiero ser tu incertidumbre y sobre todo tu certeza

Miré a ambos lados, viendo caras resplandecientes, jubilosas, conmocionadas. Sonreí a mi hermosa madre Angelica Simmons al pasar por su lado antes de enredarme como las hojas de una madreselva en los dulces ojos de Jake que me buscaron a lo lejos. Y, madre mía, entonces lo supe, al verle allí de pie, junto a mi amiga Nicolleta, esperándome con su eterna sonrisa ladeada, ¡listo para convertirse en mi marido! Tan guapísimo, tan elegantísimo y tan emocionado, pero a la vez irradiando serenidad mientras yo estaba ¡atacada de los nervios!

«Estás preciosa», leí en sus labios, transmitiéndome quietud y templanza ya más cerca de su lado.

Tu astronauta, el primer hombre que pise tu luna
Clavando una bandera de locura
Para pintar tu vida de color, de pasión
De sabor, de emoción y ternura
Sepa usted que yo ya no tengo cura
Sin tu amor

Al llegar junto a él, ¡me entraron todos los demonios de golpe! Por una parte, porque mi padre cerró los ojos al besar mi mejilla y le cedió mi mano a Jake en señal de total entrega. Y, por otra, el vaquero tras entrelazar mis manos, me sonrió despacio y de un modo tan dulce y delicioso, que creí que una parte de mí, moría allí mismo para despertar en el mismísimo cielo.

—Mi pequeña, qué preciosa estás —la voz de Jake sonó ronca, cadente y no tardó en ensanchar sus perfectos labios, enmarcados por esa barba algo más tupida de lo habitual, canosa por ciertas partes en el que intuía su famoso hoyuelo partiendo la barbilla.

Acarició mi nuca con la mano libre y me besó en la frente, reteniendo allí la calidez de sus labios, durante unos segundos mientras mis rodillas flojearon. Y cuando fui capaz de abrir los ojos y alzar el mentón, él posó su mirada gris con la mía, ensanchando sus pupilas, brillando como nunca antes; viva imagen de la adoración más pura y sincera hacia mí. Reconociéndonos, viviéndonos…

Cogí una bocanada profunda de aire.

—¡Papi, papiiiii…! ¡Loz anilloz…!

Nuestro pequeño Luca tiraba del pantalón de traje de Jake, mostrándole el cojín de encaje en marfil en el que iban las dos alianzas de boda entrelazadas. Pronto se oyeron risas entre los asistentes por ese gesto tan espontáneo de la criatura.

—Ahora no, bichito, todavía falta un poco, yo te aviso —mi moreno se acuclilló, le guiñó un ojo antes de besarle en la cabecita llena de rizos morenos y darle un suave cachete cariñoso en el culo.

Jake y Luca habían conectado de una forma asombrosa, casi mágica desde el principio, tanto que solían estar la mayor parte del día (cuando mi futuro marido no estaba empeñando ninguna labor en el rancho), pegados como lapas uno junto al otro.

—Anda, cielo, ve con tu hermana y los abuelos.

Luché porque aquella noche en el que dimos el “Sí, quiero” las lágrimas no brotaran de mis ojos en exceso. Lamento comunicarte que no fue así, pues fueron casi más protagonistas que el *momentazo* nata, ese en el que, tras cortar la tarta nupcial, en vez de darnos a probar mutuamente un pedacito, al graciosillo de Jake no se le ocurrió otra cosa que estampármelo en la cara y yo procedí a hacer lo mismo. Así entre risas y ese arrebato de alegría generalizado, acabamos bastante pringados de ese mejunje, aunque no tanto como la popularizada guerra más dulce entre Laurel y Jardy (el Gordo y el Flaco) en «La Batalla del siglo», en una de las mejores escenas cómicas del cine mudo.

Afortunadamente el agua y el jabón hacen milagros y el cambiarnos de ropa, también. Y prefería un millón de veces vivir esos momentos divertidos y tan llenos de luz que aburrirme como una ostra al lado de alguien avergonzado por el qué dirán, negándose a paladear esos pequeños momentos que hacen tan grande la vida.

Sin duda, te doy mi palabra de que fue una celebración para marcar en rojo en el calendario y en oro en nuestros corazones.

Por supuesto, todos estuvieron allí, arropándonos, compartiendo nuestra inmensa felicidad. Solo la ausencia de Thomas Maverick, ensombreció parte de la celebración, sobre todo en el momento en el que Jake le dedicó unas palabras en su memoria y más tarde fuésemos al cementerio para depositar mi ramo sobre su tumba, instantes antes de acariciar su lápida con

adoración y susurrarle con lágrimas en los ojos que siempre, siempre, siempre, le estaría eternamente agradecida por volvernos a unir a su hijo y a mí, a través de sus cartas de papel en blanco.

También, hubo un emotivo encuentro entre mi madre y yo. Cuando tras entender que Jake era el hombre de mi vida y darse cuenta de que lo amaba con todo mi ser y de que entre ambos existía una fuerte conexión que nos mantenía unidos a pesar de las adversidades del destino. Así que, aceptó mi decisión y sin siquiera poner en entredicho mi falta de juicio.

—Toma, querida. —Mi madre se nos acercó a Jake y a mí, copa de champagne en mano y una sonrisa radiante de oreja a oreja en la cara, porque se había tomado muy a pecho llevar a cabo su versión más feliz de la madre de la novia—. Nuestro regalo de boda, de tu padre y el mío.

Los miré a ambos alternativamente antes de pinzar un sobre con los dedos.

—¿Qué será…?

—Vamos, ábrelo —me animó Jake juguetón.

Lo rasgué lento y después saqué una tarjetita manuscrita de puño y letra de mi madre, en el que figuraba el nombre de Viktor Frankl y una dirección.

—Son las señas de tu padre biológico.

—Pero… mamá.

Me cubrí la boca con la mano.

—Hija, Albert y yo lo hemos estado hablando… —miró a mi padre en busca de su aprobación y él le respondió con un asentamiento de cabeza—, y hemos decidido que va siendo hora de que conozcas la otra parte de tus raíces.

—¡Oh, Santo Dios! —prorrumpí entrecortadamente. ¡Narices! Ya estaba otra vez con la lagrimilla fácil en los ojos—. No sé qué decir… esto es… ¡No me lo esperaba!

Jake me rodeó por la cintura y me atrajo hacia él para susurrarme al oído.

—Regresando del viaje de novios por la ruta 66, podemos hacer una parada por Kansas. ¿Qué te parece?

Me mordí la parte interna del carrillo para no romper a llorar, por enésima vez esa noche.

—Me parece una idea maravillosa.

—Pues no se hable más.

—Gracias, Jake, significa mucho para mí. —Le besé en los labios despacio—. Y gracias, mamá y papá… ¡Jamás os estaré más agradecida!

—Mi vida, te mereces lo mejor —se envalentonó mi padre, sacando fuerzas de flaqueza de donde creía no tenerlas, pues durante toda la ceremonia se había visto desbordado por la emoción y apenas había cruzado un par de palabras conmigo—. Siempre hemos querido lo mejor para ti.

—Lo sé, papá. Gracias, de corazón. A los dos. ¡Os quiero tanto…!

Abracé a mis progenitores y me sorprendió la entereza de mi padre cuando me colgué de su cuello más tiempo del debido, haciéndole entender con ese gesto que la etiqueta de padre no la recibes porque sí, la has de ganar con el esfuerzo, con el día a día, con las pruebas que el destino

te impone y que debes ir sorteando. Porque ser padre es mucho más que una etiqueta o ese ser que te da la vida. Ser padre va más allá del cariño. Mi padre Albert Simmons, era un modelo de integridad a seguir, de moralidad y del mayor acto de amor infinito, bondad y entrega por su hija.

Cierto era que, al conocer mi verdadera procedencia genética, en mi interior se había generado la necesidad de saber de él, de Viktor Frankl. No te negaré que por mi mente circulaban mil y una preguntas, al igual que infinitos sentimientos encontrados. Desconocimiento, rabia, ilusión, dolor, perdón, nostalgia… quizás, reproche.

Tras secarme varias lágrimas de las mejillas y recogerme el bajo de la cola para no pisarla al caminar, trencé los dedos de Jake y le pedí que me acompañara a la pista de baile.

—¿Adónde?

—Ahora lo verás.

Los labios de Gabriel Gómez no tardaron en curvarse en una sonrisa ladeada, perfecta y algo canalla al darse cuenta de que los recién casados nos acercábamos hacia él. El joven de cabellos desgreñados llevaba a una preciosa niña de pelo negro y graciosos mofletes sonrosados (calcadita a Heidi) en brazos mientras no dejaba de sujetar de la cintura a una guapísima y elegantísima mujer.

—Te agradezco que hayas venido a nuestra boda y por regalarnos tu arte, Gabriel. ¡Te juro que ha sido realmente mágico!

—No podía faltar, Alex.

Cedió por unos segundos a la pequeña para que la sostuviera la doble de Megan Fox, pero con el pelo corto, y abrió los brazos en una declaración de intenciones para que me cobijara en ellos. Y así lo hice. Nos abrazamos.

—Cuando Nicoletta me lo propuso, no pude negarme. Debía estar aquí, hoy, contigo.

Nos separamos y tuve que retirarme un par de gruesas y molestas lágrimas que se empeñaron en derramarse de mis párpados.

«Menudo día de llorera… ¡Cuánto sentimiento a flor de piel!».

—No sé si lo recuerdas, Alex, pero en la piscina del hotel Bellagio te dije algo, que habías tomado la decisión correcta, aunque en ese momento no lo sintieras así.

—Es cierto —me estremecí—. Y no te equivocaste, porque lo mejor estaba por venir: Jake Maverick.

Miré a mi marido con orgullo al tiempo que sentía un pellizco en el corazón de inmensa felicidad.

«¿Mi marido? ¡Oh, madre mía! ¿he pensado yo eso?».

Definitivamente estaba claro que iba a costarme un poco asimilar ese término en mi día a día. Inspiré hondo tratando de recomponerme de esa inesperada punzada debajo de las costillas. De hecho, les presenté para disimular el calor que había ascendido a mis mejillas.

—Me alegro mucho por vosotros.

Gabriel le tendió la mano, salvo porque Jake no se la cedió, sino que, tras dejarla suspendida en el aire durante unos segundos, le abrazó como si fueran colegas de toda la vida.

Y otra vez, en dos segunditos de nada, ¡dos gruesos lagrimones emergiendo de la nada y esa sensación de ahogo en la boca del estómago! ¿En serio? Apostaba la vida a que tenía las hormonas revolucionadas porque tanta sensiblería no había Dios que lo entendiera.

—Toma, cielo. —La mujerona que acompañaba a Gabriel y que ahora sostenía a una niña igual de preciosa que ella, de grandes y vívidos ojos grises y unas graciosas pequitas en la nariz, me tendió un pañuelo de seda—. No te sientas avergonzada por llorar. Las lágrimas nunca han sido signo de debilidad, sino una prueba de empatía hacia los demás.

—Gracias… —me sequé las lágrimas despacio.

—Soy Jessica Orson —me sonrió con su perfecta sonrisa de rojo Christian Dior a juego con su espectacular vestido de corte sirena.

«¡Ey, espera un momento! ¡Ahora me acuerdo! ¡Ella es la chica del evento benéfico de Las Vegas!».

Abrí mucho los ojos ante la revelación, por eso me sonaba tanto su cara.

—Sí, Alex —dedujo por la expresión de mi cara—. Ella es mi Jess, mi ángel de cabellos negros. La chica que pagó cincuenta de los grandes por bailar conmigo cuando sabía perfectamente que podía tenerme gratis porque ¡yo ya estaba loquito por sus huesos! —La besó en los labios con una dulzura tan sentida y bonita que hasta el momento jamás había percibido en ninguna otra pareja. Sin duda, te doy mi palabra de que ellos eran la prueba fehaciente de que el amor incondicional, el de verdad, existía. Almas gemelas, dicen los entendidos. Y eso me dotó para darle alas a mi esperanza y creer en *ese nosotros*, entre Jake y yo—. Y esta preciosa renacuaja sabelotodo es nuestra esperanza, quien vino al mundo cuando nadie apostaba por su vida. Ella es nuestra Jessica Gómez.

Jessica Orson se me acercó para darme un abrazo y al separarse, pronunció:

—Os deseo lo mejor. Aunque algo me diga que no os hará falta. Porque aunque vosotros no lo veáis, desde fuera, se percibe la complicidad que tenéis entre ambos. —La mujer de Gabriel sonrió dulce—. Hacéis una pareja hermosísima.

Los ojos de Jake recorrieron la poca distancia que nos separaba para capturar mi mirada. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada brillante, mirándome de esa forma tan especial, tan suya… esa en que solo le bastaba una sola fracción de segundo para conseguir hacerme temblar y que el mundo se detuviera a mi alrededor.

Después del combite, del típico «¡Vivan los novios!» y del «¡Que se besen, que se besen!» entre vítores y aplausos sobre un par de sillas algo inestables; de cortar juntos la tarta nupcial con un sable; de fotografiarnos con todos los invitados; de recitar palabras de agradecimiento y de brindar para celebrar la vida, el amor y ese nosotros, llegó el esperado inicio del baile y fue allí, justo en ese instante cuando le vi.

—Jake, dame un segundo.

Arrebujé la falda del vestido y me encaminé decidida hacia él con una sonrisa en los labios y con el fuerte palpitar de mi corazón en la garganta. Hasta ese momento, no le había visto mezclado entre los invitados, por lo que deduje que habría llegado no hacía mucho tiempo.

Me planté frente de él.

—Has venido.

—Nunca me hubiese perdonado faltar en un día tan especial para ti, Alexandra.

Marco Carusso me sonrió con los ojos y yo henchí el pecho de oxígeno tratando de camuflar las ganas que, de golpe, me habían entrado de llorar. Pero, claro, no resultó, pues mis lágrimas afloraron de los ojos como si ese día fuera su hábitat natural y se me formó un doloroso nudo en el estómago.

—No llores, Alex…

Marco dio un paso hasta quedar a escasos centímetros frente de mí y empezó a retirarme las lágrimas con la yema del pulgar.

—Por… ¿Por qué no te despediste de mí? Fui a buscarte, pero no te encontré, desapareciste. Ese día no logré verte…

Cogió aire y me sonrió triste.

—No podía, Alexandra. Me encabroné de malas formas porque me negaba a que te fueras. No soportaba la idea de no volver a verte más. A no volver a veros más a ti y al pequeño Luca. —Sus ojos también se anegaron en lágrimas, pero él sí que supo contenerlas durante un ratito ahí, en los párpados—. Joder, siento haber sido tan cobarde. ¡Y no sabes cuánto me he arrepentido de no darnos esa despedida que nos merecíamos! Por eso mismo estoy aquí, para tratar de emendar esa cagada.

Volvió a sonreír y luego acarició mi mejilla despacio. Yo no tardé en acunarla en su palma.

—Gracias por estar aquí. Significa mucho para mí, Marco.

—Para mí también. —Miró por encima de mi hombro y señaló a Jake con la barbilla—. Es un tipo con suerte.

—Yo también soy una mujer con suerte.

Suspiré y él cogió aire mientras yo jugueteaba girando la alianza en mi dedo anular.

—Te lo advierto —sonó algo más serio de lo normal, con suficiencia, pero sin desprenderse del todo de su habitual deje divertido—. Me enteraré si no te trata como es debido. Te recuerdo que tengo ojos aquí y al otro lado del charco.

Sin dejar de perderme en sus ojos del color de la miel de eucalipto, caí en la cuenta de que se estaba refiriendo a mi amiga Nicoletta.

Sonreí y asentí.

—Lo hará, lo haremos. Te prometo que ambos nos cuidaremos mutuamente —soné convincente, porque creía en nosotros a todos los efectos. Luego proseguí para tratar de convencerlo de algo que era evidente a ojos de todos—. Vamos, Marco…, conoces a Jake Maverick.

—Por eso mismo… Y… ¡Me muero de celos! —frunció los labios teatralmente.

—No seas tonto… —me quejé, me mordí el labio inferior y le di un leve manotazo en el hombro.

Ambos nos reímos, con esa complicidad que solo teníamos los dos. Y después nuestras sonrisas empezaron a borrarse lentamente de nuestras caras.

Volvió a mirar a Jake desde la distancia.

—Sé muy feliz, ¿vale?

—Lo seré —le respondí con la voz entrecortada, cada vez me costaba más mantenerme serena e impasible—. Vamos…, ven aquí.

Me puse de puntillas para estrechar a ese grandullón entre mis brazos. Tan, tan fuerte que posiblemente le clavara más de la cuenta las uñas de gel en la espalda. Y como me tenía acostumbrada, un aroma a cítrico, el olor de su perfume no tardó en colarse por mis fosas nasales.

Olía a recuerdos…

—Te he traído algo.

—Marco, en serio, no hacía falta —hipé separándome de su pecho y tratando de limpiar un chorretón que había tiznado en el cuello de su camisa.

—Lo sé, pero quiero que las tengas.

Me entregó un cuaderno de espiral rodeado por un lazo rojo. Lo retiré lentamente y lo abrí.

—Ahora son todo tuyas.

Abrí los ojos como platos.

—¡Oh, por Dios! —empecé a deslizar las páginas entre mis dedos.

Eran páginas y páginas de recetas de postres. Sus recetas, las de su cosecha propia, las que había estado creando desde que no era más que un crío. Ese era su sueño materializado en ese cuaderno.

—No, no puedo aceptarlo, es… es demasiado. Es…

—Es mi regalo de boda, Alexandra —dijo con orgullo—. Son para ti, para que cada vez que cocines uno de mis postres, te acuerdes de mí.

Sus palabras me enternecieron, a la vez que me acariciaron el alma. Y a día de hoy aún me estremezco al recordarlo. Nunca imaginé que había dejado tanta huella en Pienza, hasta ese momento. Marco Carusso me hizo sentir especial, darme cuenta de que nada es casual, que las personas que pasan por tu vida, aunque sea por un espacio de tiempo, no pasan de refilón, sin más.

—Nunca podría olvidarme de ti.

Volvía a abrazarle. Esta vez más mucho más fuerte.

—Te quiero mucho, Marco. Muchísimo…

—Yo también, Alexandra.

Déjame decirte que Marco Carusso fue ese regalazo que el Cosmo, el destino o qué se yo, te planta en las narices cuando la vida te golpea fuerte. Él llegó a mí de casualidad, mientras hacía su habitual ronda en Pienza repartiendo el pan en el vecindario. Recuerdo reventarse la tubería del cuarto de baño por las bajas temperaturas de la noche anterior. Él no dudó en prestarme su ayuda, yendo a buscar sus herramientas y reparando la avería. A partir de ese instante, empezó a forjarse una sana y desinteresada amistad, una que me abrigó completa, como esa taza de chocolate caliente que saboreas lento frente a una chimenea, mientras, arropada a una gruesa manta oyes el relajante crepitar de la leña.

Ya de madrugada, cuando todos los invitados se habían marchado, Pedro Hernández se había retirado a su habitación y María Guadalupe acababa se despedirse de nosotros para irse a dormir, Jake y yo dimos un último vistazo al cuarto de los críos, que, aunque desde siempre habían dormido en camas separadas, aquella noche se empeñaron en compartirla para estar juntitos.

—Bien, señora Maverick, ya lo has comprobado por tus propios ojos. Ahora me toca robarte un poquito de tu tiempo y dedicármelo a mí.

Mi marido (*OMG!* ¿No suena… contundente?), apoyado en el quicio de la puerta, atrapó mi mano sin previo aviso. Y, apostando con su mejor expresión seductora, tiró de mi escaleras arriba, hacia la buhardilla.

Te juro que casi me da la risa cuando tras taparme los ojos con un pañuelo negro a lo «50 sombras de Grey» y llevarme a tientas, tropecé en el último escalón. Afortunadamente, pude aferrarme a su cuello y agradecí que él me sujetara a duras penas de la cintura para no estampar mi cara contra el suelo y partirme los piños.

—Chist… morena… —me susurró al oído sin poder contener la risa— que vas a despertar a la tribu… y entonces te quedarás sin sorpresa.

—Pero, Jake… ¡Es que no veo un pimiento!

Volví a reír cuando los pelillos de su barba cosquillearon mi lóbulo derecho.

—Coño, morena, de eso se trata.

Subí el último peldaño.

—Ves como no era tan complicado.

Noté sus labios posarse en mi hombro desnudo antes de depositar un beso y colocarme el tirante caído del conjunto de dos piezas de raso. Temblé por la improvisación, porque cuando no ves tres en un burro, todo se magnifica. Tanto que casi me olvidé de respirar.

—Jake Maverick, me estás poniendo muy nerviosita —declaré algo crispada.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Si que eres sensible, pequeña —se guaseó en mi cara y yo no pude evitar sonreí negando con la cabeza.

—Oh, desde luego. Ya me conoces…

Entramos en la buhardilla y la madera crujió levemente a cada paso que avanzamos. Pronto Jake se detuvo y yo con él. Por el número de pasos, deduje que estábamos en el centro del lugar.

—¿Puedo quitármelo ya?

—No. No seas impaciente. Espera, un segundo.

—¿A qué?

Noté su aliento cálido y familiar colándose por mi boca. Olí el aroma embriagador de su piel. Noté sus dedos clavándose en mi nuca y su boca chocando contra la mía. ¡Mmmm…! Noté el dulce sabor de su saliva humedeciendo mis labios y su jadeo entrecortado antes de atrapar la cara entre sus manos.

Juntó mi frente con la suya.

—Alexandra Caroline Simmons —recitó lento con ese deje tan varonil suyo—. Mi mujer.

Hizo una pausa y luego prosiguió.

—Me encanta que hayas mantenido tu apellido de soltera.

—Pero no me hubiese importado llamarme Alexandra Caroline Maverick.

Lo oí respirar hondo.

—Te prefiero así, siendo tú. La misma de siempre. Sin perder tu esencia. La misma que me enamoró en el puto instante en que te vi por primera vez.

Sonreí sin responder pues mi corazón respondía por mí, primero saltándose un latido, dos, tres. Y luego, eufórico, feliz, jubiloso.

—Jake…

—Voy a quitarte la venda.

Los tablones de madera crujieron bajo sus pies al romper a andar rodeando mi cuerpo, colocándose a mis espaldas y al empezar a desanudarlo.

—Ya puedes abrir los ojos.

Pestañeé varias veces antes de acomodar la visión a la luz. Eché una mirada a mi alrededor lentamente para no perder detalle. Arrugué el entrecejo pues no reconocía el lugar, Jake se había encargado de restaurarlo a mis espaldas.

Empecé a deambular calmosa por la buhardilla para no perder detalle de los cambios. La misma que siempre se había destinado para guardar trastos y que ahora se había convertido en un espacio con gran encanto, rústico y acogedor. Techos laminados y suelos revestidos de madera logrando una armonía visual. El papel pintado en algunas zonas para dar protagonismo a ciertos espacios, que me recordaron a «Flores en el Ático» de Virginia Cleo Andrews.

En la zona donde el techo era más bajo, había dejado las vigas de madera vistas, pilares de hormigón sin enlucir y colocado varias estanterías con infinidad de libros, enciclopedias y detallitos esenciales, un sofá tres plazas con cojines a juego con las cortinas, una mesita rinconera, unos grandes maceteros. Y a la derecha, en un rinconcito contra la pared texturizada con el ladrillo visto, unos lienzos en blanco reposando contra la pared desnuda, cartón entelado, un par de caballetes, un maletín de pintura, pinceles, paletas, una mesa escritorio, un portátil sobre la superficie… ¡La lista era interminable!

Sacudí la cabeza. Todo era tan bonito… ¡Taaan perfecto!

—Jake, pero… pero —tartamudeé y me giré sobre mis talones para mirarle a los ojos—. ¿Qué es esto?

Nos quedamos mirándonos fijamente y en silencio.

—Tu nuevo lugar para Crear Sueños.

—Noooo… —me quedé petrificada, sin saber qué más decir.

—Sí, pequeña —me sonrió con una sonrisa dulce—. Aquí podrás hacer volar tu imaginación, desarrollar esas historias para los más menudos y también dibujarlas sin que nadie entorpezca tu creatividad.

El temblor en las manos perseveró durante todo el tiempo que deslicé los dedos por el tejido rugoso de los lienzos, por las cerdas de los pinceles, por las teclas del PC.

—Este será tu lugar especial, pero también será el mío.

Extendió una gruesa manta en el suelo, justo en el centro de la buhardilla. Enseguida supe que era la misma que llevó al Lago *di Bilancino* en La Toscana cuando pidió mi mano mientras observábamos la lluvia de estrellas.

Cogió mi mano y tiró de mí.

—Ven, morena.

Se tumbó en la manta, boca arriba y yo con él, acomodándome a su lado. Se pasó la mano por el pelo para despeinárselo y así apartárselo de los ojos. Cogió aire. Noté como su pecho se expandía con esa bocanada y luego se relajaba al expirar.

—¿Preparada, Alex? —me preguntó mientras rodeaba mi cuerpo fuerte con los brazos—. Mira al techo.

—¿Al techo? ¿Por qué?

—Ahora lo verás, Doña Impaciencia.

Sonrió divertido y luego dio tres sonoras palmadas al aire. Enseguida todo se quedó a oscuras. Dio dos nuevas palmadas y de la nada, empezaron a emerger centenares de puntitos brillantes en el techo, dando la sensación de que estábamos al aire libre, observando una noche estrellada derramándose en el firmamento.

—¡Oh, por Dios! —me atraganté con mi propia saliva—. Esto es… ¡Es precioso, Jake!

Volvió a hinchar el pecho.

—Son un millón de estrellas.

—¿Un millón? ¿Tantas hay?

Él asintió esta vez algo más nervioso y al acurrucarme más a su cuerpo, yo acomodé la cabeza contra su pecho. Este le temblaba más de la cuenta, denotando una emoción implícita.

—Sí, cariño. Una estrella por cada vez que voy a decirte que te amo en esta vida. Y si por razones del destino, he de dejar esta vida, te buscaré en otras para seguir recordándotelo por el resto de la eternidad.

—¡Oh, Jake! Por favor…

No supe qué responder a eso, me había quedado falta de palabras. Lo único que me apetecía era fundir mis labios con los suyos y entregar mi alma a él para siempre.

—Somos nosotros, Alex —señaló al techo, seguí la dirección de su dedo—. Un millón de nosotros.

—Jake Maverick… ¡Vas a hacerme llorar…!

Apreté los labios. Suspiré hondo. No iba a hacerme llorar, ya estaba llorando. Observé a Jake, a la luz de las estrellitas enmarcando su perfecto perfil, el pelo revuelto, la mirada fija al techo.

—Eres mi puto universo —curvó los labios en una sonrisa tras coger aire entrecortadamente. Su pecho tembló subiendo y bajando con intensidad. Y su mirada gris y penetrante se clavó en mí. ¡Me quemaba!—. Eres mi jodido caos, Alexandra.

La garganta se me resecó por dentro y me faltó el aliento.

No creo que existan palabras para definir lo que sentí en ese momento. ¿Cómo puede describirse algo que fue tan increíble, mágico y puro?

Esa noche llegué a una conclusión, en la que hay personas que están predestinadas a estar unidas. Y que cuando eso ocurre, cuando están a tu lado, todo cobra por fin sentido. Y porque una vez que entran en tu vida, no quieres dejarles salir nunca más.

53
American Graffiti

(George Luca, 1974)

ALEXANDRA SIMMONS

—Chicos —nos anunció Nicoletta a Jake y a mí—. El rubio y yo tenemos algo que contaros antes de que os larguéis de viaje de novios a la ruta 66 y nos dejéis a cargo de vuestro par de diablillos.

Mi amiga miró a su marido en busca de su aprobación, quien no tardó en asintir con la cabeza.

—Me voy a Sudáfrica. Bueno, en realidad, nos vamos a Sudáfrica —logró articular ahogando un suspiro, sin evitar que le temblara la voz presa de la emoción—. Hay demasiado trabajo que hacer allí y… pocas manos generosas que se prestan para tal fin.

—¿Te v-vas, Nicol? —traté de que mi voz sonase natural. Sin embargo, se me quebró a la mitad de la frase. Miré a Roy—. ¿Y tú también?

—Técnicamente, sí —se echó a reír—. Tu amiguísima del alma me ha dado un ultimátum: o le acompañaba a donde Cristo perdió la sandalia, o de quedarme aquí solo, de Rodríguez, debía tatuarme su nombre en la puta punta del nabo, por si me va la pinza y me da por acostarme con otra tía.

Abrí los ojos como platos y Jake se carcajeó abiertamente.

—Anda ya…

—Sí, tío. Nos vamos.

—¡No jodas, cabronazo!

Roy asintió, circunspecto.

—Ostias —Jake cambió el rictus de golpe y se puso serio—. ¿Por cuánto tiempo?

—En ese lugar perdido de la mano de Dios, no existen fechas en el calendario.

De repente, al darme cuenta de que no se trataba de un farol, un sentimiento de ansiedad y añoranza me violentó el pecho por completo. Nunca, jamás, desde que éramos unas crías, Nicoletta y yo habíamos estado separadas la una de la otra. Siempre juntas, como si una fuera las arterías y la otra la sangre que corría por el interior de estas.

No era capaz de imaginarme parte de mi vida sin ella, miré a mi amiga alarmada.

—Nicol…

—Alex, cielo. —Me cogió de las manos con fuerza—. Siento que necesito hacerlo.

—¿Y qué pasa con tu vida aquí? ¿Qué pasa con Dakota, Luca? —volví a la carga, embalándome y me atraganté con mi propia saliva—. ¿Qué…? ¿Qué pasa conmigo?

—Alex, Alex… Alexandra… —me interrumpió—. Mírame. —Cogió mi cara entre sus manos —. Te llamaré con frecuencia, no perderemos la relación, haremos millones de videoconferencias…

Fue entonces cuando se quedó en silencio y cuando me miró a los ojos y se dio cuenta de que eso nunca iba a bastarme, que ya la estaba echando de menos y aún no se había ido.

—Oh, mi niña —chasqueó la lengua con una sonrisa amarga—. Prometo que volveré cuando menos lo esperes, ya lo verás.

Mis pupilas dilatadas y mis pestañas brillantes, imploraban un imposible justo cuando su cuerpo impactó contra el mío, en un anhelado abrazo. Nicoletta me estrujó tan fuerte que me dejó sin aliento.

—Ve con tu Jake a ese pedazo de viaje por la ruta 66. Haz fotos, haz millones de fotos. Folla mucho con tu marido. Es más, te recomiendo encarecidamente llevar un mapa e ir tachando los lugares donde echáis un quiqui para hacerlos vuestros. Come, bebe y baila. Disfruta de la experiencia y a la vuelta, hablamos.

—Nicoletta. A la vuelta, ya no estarás. Te irás.

Sorbí por la nariz.

—Sí, me iré. Pero tú serás feliz porque yo seré feliz haciendo eso que realmente me apasiona y por lo que siento que he venido a este mundo.

Tragué saliva. Tenía razón. Creo firmemente en el cometido de cada persona y si el suyo era ese, yo no era quien para interferir en sus planes. Dudé y finalmente, pronuncié:

—Dime que no vas a olvidarme.

—¿Olvidarte? —sonrió triste con sus ojos rasgados—. Nunca, Alex. En la puta vida.

Reí y lloré al mismo tiempo. Asentí seria. Si ella iba a ser feliz, yo también lo sería por ella.

Un par de días más tarde, mi recién estrenado marido y yo, cogimos carretera y manta y nos subimos al Gran Torino en busca de aventuras, trazando parte de la Ruta 66. Dejando atrás el verde de los pastos para dar paso al amarillo de los polvorientos secarrales y adentrarnos de lleno en carretera abierta desbordada de innumerables carteles oxidados, polvo y asfalto, hacia Panhandle cuyos enormes depósitos de agua en la llanura y ranchos en medio de la nada, nos asaltaban a cada milla que avanzamos.

—¿Quieres que hagamos una parada?

Jake me acarició el muslo por encima de la falda cuando el letrero del pueblo de Amarillo nos dio la bienvenida.

—Sí, por favor. Llevo un rato sintiéndome algo mareada. No sé qué me pasa.

—Estás bastante pálida —pellizcó mi mejilla dulcemente y me repasó la cara, evaluándome.

—Debe ser el calor —puntualicé para restarle importancia—. Seguro que no es nada.

—Vale, cariño. Pararemos un rato aquí antes de seguir el viaje.

Y sin más preámbulos, giró el volante y detuvo el Ford delante de The Big Steak Ranch & Brewey, un curioso establecimiento con enormes coches aparcados junto a una estatua en forma de vaca. Pronto supe que todo allí se media a lo grande, todo era de proporciones gigantescas.

Entramos dentro y nos recibió un fuerte olor a carne asada. Me quité la chaqueta y se la entregué a Jake. Me encerré en el cuarto de baño y me humedecí la nuca y la frente con agua. Me sujeté con fuerza a las barras laterales del lavamanos y clavé mi mirada al espejo observando mi demacrado aspecto. No me encontraba como de costumbre, sentía mi estómago revolverse inquieto. Mientras yo me ausenté durante varios minutos, él aprovechó para pedir un bistec de medio kilo con patatas al horno, pan con mantequilla y un coctel de camarones. A mi vuelta, solo quise pedir una ensalada pues solo de leer el resto de la carta, sentí arcadas.

Al caer la noche, tras varias millas recorridas, hicimos parada en el emblemático *Blue Swallow Motel*, uno de los lugares más concurridos de la ruta 66 desde 1939, ubicado en Tucumcari, en el estado de Nuevo México. Mientras Jake sacaba el equipaje del maletero, yo me apoyé cansada en la carrocería. Seguía encontrándome rara. Durante todo el día había sentido un ligero dolor abdominal que ascendía hacia la boca del estómago, provocándome ganas de vomitar a todas horas.

—Cariño, sigues estando demasiado pálida. —Me puso la mano en la frente para tomarme la temperatura—. Y empiezas a preocuparme de verdad.

—Seguro que no es nada, algo me habrá sentado mal.

—¿La lechuga? —insistió contrariado—. ¿O los tomates?

Puse los ojos en blanco.

—Me duele la barriga, eso es todo. Será por los nervios de los preparativos de la boda.

—Es posible —resolvió—. O… También puede ser por estar a punto de venirte el periodo. Ya sabes que días antes siempre sueles quejarte de…

Jake se quedó pensativo.

—Oye, ¿no debía de haberte venido hace un par de semanas?

Alcé una ceja suspicaz y le miré a los ojos sin dejar de tener la mano sobre mi barriga.

—¿Llevas la cuenta? —articulé impresionada.

—Oficialmente no. Pero… sé cada cuanto más o menos debe bajarte el período. Ya sabes, esos días no solemos hacer el amor porque detestas manchar las sábanas de sangre y lo hacemos en la ducha.

—Obvio. No me negarás que es un pelín… desagradable —balbuceé y me sonrojé—, Es como si hubiesen asesinado a alguien a hachazos en mi propia cama.

Jake se carcajeó.

—Morena, punto número uno: a mí me la suda manchar las sábanas de sangre cuando hacemos el amor. Es sexo, punto. Y es una puta pasada, coño. Y me encanta estar dentro de ti a todas horas. Me da igual el momento, el lugar y las condiciones —confesó sus pensamientos abiertamente—. Y punto número dos: me temo que voy a empezar a restringirte las películas de

terror desde ya para que tu loca cabecita deje de fantasear con psicópatas asesinos que no vienen al cuento.

Pellizqué las carnes de mi vientre cuando un nuevo malestar me estranguló los intestinos.

—Ay, Dios… Jake, creo que… Maldita sea…

Ni siquiera tuve tiempo de girar la cabeza o taponarme mi boca con la mano. Los músculos de mi abdomen se contrajeron al tiempo que unas arcadas ascendieron raudas por mi esófago hasta mi garganta y empecé a vomitar sobre la camisa del vaquero, todo cuanto tenía en mi interior.

—¡Me cago en mis muertos, Alex!

Abrió mucho los ojos mientras se sacudía la ropa y luego se la sacaba por la cabeza, quedando con el torso al desnudo.

—Lo, lo sien-to…

Una nueva arcada con regusto a bilis amenazaba con materializarse en un nuevo espasmo.

—Jake… otra vez…

—Tranquila, cielo —quiso enfundarme algo de sosiego mientras yo me doblaba sobre mí misma y él me recogía el pelo en una coleta improvisada—. Te tengo, estoy aquí, contigo.

Y ahí estaba de nuevo yo, yo volviendo a echar la pota, salpicando esta vez al gris asfalto. Esta vez con tanta intensidad que creí expeler los pulmones por la boca.

—Ay, morena… —Me frotaba la espalda en círculos—. Me temo que esto huele a…

«¿A embarazo?».

—No… No lo digas —le corté por lo sano aterrorizada—. Cállate. ¡Ni se te ocurra siquiera pensarlo!

Giré la cabeza cual niña del exorcista, levanté la vista y clavé mis ojos en él.

—No. No… ¡no estoy embarazada!

—Si tú lo dices.

Hubo un silencio bastante tenso entre nosotros.

—He visto una farmacia en la entrada del pueblo.

—Jake, no.

—Alex, sí.

Me incorporé sobre mis rodillas y él me limpió con el pulgar los restos de jugos gástricos que persistían en la comisura de mis labios.

—Escúchame, morena. Esto es lo que vamos a hacer. Te dejo en la habitación, me pongo una camiseta limpia y en el tiempo que te pegas una ducha, yo ya estoy de vuelta.

—¿Y sí…?

Parpadeé confusa y aterrorizada a partes iguales. Estar otra vez encinta suponía demasiados cambios en nuestra nueva vida de casados. Más responsabilidad, más tiempo que dedicar a los niños y menos a nosotros, más incertidumbre a corto plazo…

—Seguro que no lo estás, estate tranquila —sonrió dulce.

—Pero, ¿y si…?

Negó con la cabeza con denuedo, pese a no volver a responderme.

Así pues, recreamos paso por paso todo lo que él propuso. *Check-in* en el hotel, camiseta limpia, ducha jabonosa, farmacia de guardia. Y a los pocos minutos, tal y como había aventurado, ya estaba de vuelta con un cigarrillo colgando de sus labios y una bolsa entre sus manos.

—Allá vamos…

Le arrebaté una de las tres cajitas de cartón que había comprado.

—Espera.

Jake me rodeó la muñeca con su mano y me detuvo antes de que pudiera encerrarme en el cuarto de baño. Tiró de mí y me plantó un señor besazo en los labios.

—Te quiero, pequeña —suspiró en mi boca—. Y pase lo que pase, estamos juntos en esto. ¿De acuerdo?

Ahora fui yo quien no le respondió, simplemente asentí con un nudo en el estómago. Entré en el cubículo, me encerré dentro. Me senté en el wáter y quité el precinto de plástico que envolvía la prueba. No hizo falta leer el prospecto, pues recordaba a la perfección las indicaciones que seguí hacía cerca de tres años.

Me lavé las manos. Oriné en un recipiente de plástico. Introduje la tira reactiva en el líquido ambarino. Dejé el test sobre la pica y esperé el tiempo recomendado. Juro que recuerdo a la perfección el corazón martilleándome tras las costillas durante esos interminables cinco minutos. El pulso acelerado; el tembleque en las manos. Y mil y una preguntas sin respuesta que bombardeaban mi cabeza sin cesar.

«Ya está».

Horror.

Cogí la prueba sin mirar el resultado y salí del cuarto de baño como si me hubiese metido un palo en el mismo culo. Tensa y a pasos robotizados. Jake al verme en ese estado, se levantó como un resorte del borde de la cama para acercarse a mí a medio camino.

—¿Y bien? —me preguntó muy serio.

Nos miramos.

Me apartó un mechón húmedo de la cara y lo puso tras la oreja.

—No lo sé —le confesé tremendamente asustada—. No me he atrevido siquiera a mirarlo.

Jake sonrió.

—Morena, vamos. Averigüémoslo ya o va a darme un puto infarto.

Inspiré hondo antes de decidirme a abrir lentamente la palma de mi mano y mostrar el resultado que se intuía en el visor.

Cerré los ojos.

Tragué saliva. Él también.

—Dos rayitas.

Abrí los ojos.

«Dos rayitas… ¡¿Dos rayitas?!».

Ambos permanecimos en silencio como lelos mirando esas dos rayitas azules.

—Dos rayitas, pequeña. Eso significa que… —paladeó.

—Significa que ya puedes ir solicitando el carnet de familia numerosa y que a este ritmo además de aumentar el índice medio de natalidad en Estados Unidos, ¡vamos a crear un equipo de baloncesto!

No sé ni cómo lo solté de carrerilla todo eso y sin atrabancarme. Supongo porque me salió del alma.

¡Ay, Dios mío! ¡Volvía a estar embarazada de Jake!

—Estás de coña, ¿no? —sonrió feliz, o eso parecía, a pesar de temblarle ligeramente el labio inferior—. ¿Eso quiere decir que voy a ser padre?

—Sí, Jake. Por tercera vez, campeón —me llevé la mano a la frente aun sin dar crédito—. ¡Menuda puntería, chaval...!

¡Señoras y señores! Bienvenida a mi vena cómica. La que suele salirme a la palestra cuando no sé qué decir y me comen los nervios y ¡los demonios!

—Joder, joder… ¡Jooooder! —se aclaró la garganta y empezó a reír como un enajenado mental. Como si hubiese perdido la perspectiva, la lógica y toda cordura—. ¡Dios, hostias, que voy a ser padre!

Y de un arrebato fuera de lo normal, me cogió de la cintura en volandas y me elevó por los aires como si no pesara nada y empezó a dar vueltas sobre sí mismo conmigo a peso. La respiración se me agitó al instante y el pulso ¡ni te cuento!

¡Santo Cielo!

Contra todo pronóstico, el vaquero estaba ¡eufórico, jubiloso y fuera de sí! Cualquier hombre en su lugar se hubiese como poco, acojonado. A cualquiera le habría torcido los planes de futuro tener tres hijos antes de cumplir los cuarenta, o los cincuenta o los sesenta. Quiero decir que a él no, él parecía estar encantado con la noticia, volviéndome así a sorprenderme y a enamorarme como una boba, un poquito más.

—¡Bájame, Jake! —me quejé sin dejar de sonreír—. A no ser que quieras que te vomite otra vez encima.

—Coño. Perdona…

Suspiró. Y poco a poco fue bajándome y con mucho cuidado, dejarme en el suelo. Me besó. Sus grandes manos atraparon toda mi cara y sus labios saborearon los míos con calma, como si fuesen ese bálsamo que curar todos los males.

—Joder, te quiero, Alexandra, demasiado.

Negué con la cabeza, aun asimilándolo. Cosa que él, parecía estar tan tranquilo.

—Deberías estar como poco… aterrado, ¿no?

—¿Por qué? —me miró ceñudo—. ¿Porque por fin voy a disfrutar desde el inicio de nuestro bebé? ¿Porque voy a poder verte embarazada y ver como crece nuestro hijo dentro de ti? ¿Por

qué voy a disfrutar de las primeras patadas? ¿Por qué voy a estar presente el día de su nacimiento y también acompañarte en el parto? ¿Por qué voy a tenerlo entre mis brazos y a besarlo nada más venir a este mundo? ¿Porque esta vez no voy a perderme ni su primer diente de leche, ni su primera palabra, ni sus primeros pasos?

Me miró tan intensa y profundamente que creí que incluso fue capaz de traspasar mi alma.

—Esta vez no pienso perderme nada de eso, preciosa.

No podíamos dejar de mirarnos. Anclados uno frente al otro. Yo con el pulso desbocado y él, aunque tratara de enmascararla, con una cara de acongoje que no podía consigo mismo.

—Jake…

—¿Sí?

—Creo que… —noté una nueva arcada ascender desde la boca del estómago a mi garganta— que voy a… —el regusto a bilis volvía a manifestarse—. ¡A vomitar!

Epílogo

ALEXANDRA SIMMONS

Bandera, Texas
7 meses después

Los meses se sucedieron calmosos, serenos, sin prisas. Permitiéndome saborearlos, paladearlos día a día en el rancho junto a los niños y Jake Maverick. Si hacía balance en ese preciso momento de mi vida, debía reconocer que era incapaz de describir el cúmulo de conmovedores sentimientos que reventaron mi pecho en miles de indescriptibles matices. Era feliz, mucho, o todo lo dichosa que creía se podía ser. Y a sabiendas de que la felicidad sempiterna no permanecía para siempre, trataba de disfrutar de ella hasta la estenuación en cada instante, pues te juro que cada amanecer era como un nuevo regalo, ese nuevo paquetito envuelto en papel de celofán que el destino me brindaba sin rendir cuentas y que yo abría, con la misma ilusión de la primera vez.

Era sencillo, pues, la cuestión consistía en cerrar los ojos, inspirar hondo e hinchar el pecho lento para insuflar la vida a manos llenas y permitir que las hebras de los momentos se fuesen envainando en la piel, hilvanado en los huesos y anidado en las mismísimas entrañas.

Al fin, allí, en Bandera, comprendí que los instantes no se fuerzan, ni se rellenan con temores baldíos, ni con promesas utópicas. Simplemente, suceden. Y son… ¡extraordinarios!

—Cómo lo llevas, cariño, ¿te queda mucho? La cena ya está lista.

Jake apartó el pelo de mi nuca y me besó en la piel y yo sonreí cerrando los ojos cuando, sentada en el escritorio en la buhardilla y de espaldas a él, acariciaba con ternura la abultada redondez de mi vientre. La gestación del bebé estaba llegando a su semana treinta y seis.

—Casi lo he terminado.

Le mostré el esbozo del dibujo de la cubierta del último cuento infantil que había escrito. Eran dos niños sonrientes, tendidos en un campo lleno de amapolas mientras uno de ellos señalaba con el dedo a una estrella fugaz que se dibujaba atravesando un cielo estrellado.

—«Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas» —leyó el título del cuento en voz alta—. Alex, cariño, es precioso.

Sonreí agradecida y me mordí el labio, visiblemente emocionada.

—¿Te gusta? ¿En serio?

La respuesta no se hizo de rogar.

—Morena, es perfecto, joder. Mira… —señaló en el diseño aquí y allí—. Las tonalidades de los colores, la expresión de la cara de los niños, la inmensa ternura que proyecta ese instante. Y, joder, esa paz que traspasa incluso la imagen y ¡te eriza la puta piel…!

Me estremecí, sintiendo una punzada ahí, justo en el pecho, arañando las paredes de mi corazoncito, notando las pulsaciones disparándose sin concierto. Inspiré hondo para coger aire. Sí, era justo lo que quería transmitir: mil y una sensaciones en una sola imagen.

Sonreí aliviada. Jake Maverick tenía ese Don que lo hacía un hombre excepcional, siguiendo la dinámica de levantarme el ánimo y el de sentirse orgulloso de mí, haciéndome sentir importante, inflándome el ego para obsequiarme con esos soplos de seguridad.

—Cielo, ¿Somos tú y yo? —susurró a mi espalda señalándonos a él y a mí con la barbilla y después al esbozo al caer en la cuenta al cabo de un rato.

Me giré y choqué con su insinuante y siempre seductora mirada gris. Mi sonrisa se estiró. Por supuesto que éramos nosotros, aunque en una versión distinta, la de una amistad verdadera entre una niña y un niño. Una amistad tan pura que se era capaz de perpetuarse en el tiempo, convirtiéndola en algo mágico e inolvidable.

—¿A ti te parece que somos tú y yo?

El vaquero se retiró unos mechones desordenados de su frente y echó un nuevo vistazo al papel mirando por encima de mi hombro, enfocando aún más su perspicaz mirada a los trazos del dibujo. Pronto esbozó una sonrisa torcida y respondió con voz ronca:

—Parecerá una gilipollez, pero —se rascó la nuca—, morena, te juro que parecemos tú y yo el día del lago cuando te pedí matrimonio para compartir una vida juntos.

Me abrazó por detrás, y observé su mano atrapando una de las mías para después entrelazarla con mimo sobre mi vientre.

—Sí, vaquero. Somos, tú y yo, pero en versión liliputiense.

Él tembló ante mis palabras, al igual que el bebé en mi interior.

—¡Oh, por Dios! ¿Lo has notado, Jake?

—¿Que si lo he notado? —barruntó orgulloso y asintió sacando pecho—. Menudo *ap chagui*[5] acaba de hacer mi niña bonita.

—Sí, no sé por qué hoy Mia ha estado demasiado revoltosa.

Otra patada.

—¡Ves!

—Oye, parece que nos esté llamando la atención.

Y otra, esta última vez fue mucho más contundente.

—¡Uau… morena! —se rio, alucinado—. No cabe duda de que Mia Maverick se ha propuesto venir a este mundo pisando muy fuerte.

Contuve el aliento pues mis pulsaciones fueron imposibles de ralentizar cuando Dakota y Luca irrumpieron en pijama en la buhardilla, como ese dicho de un elefante en una cacharrería, correteando, gritando y riendo divertidos.

—¡Mamiiii…!

—¡Papiiii…!

Los granujillas no tardaron en plantarse uno a cada lado de nosotros, buscando su pedacito de atención a la desesperada, tomando las riendas de la situación.

—María Guadalupe me ha dicho que os diga que la cena se enfría —dijo Dakota cogiendo un mechón de mi pelo y acariciando su largo con la yema de los dedos.

—Zí, a zenar… —Luca trató de imitar a su hermanita y alargó el brazo para atrapar otro mechón de mi melena.

—Sí, ahora vamos. Gracias por avisarnos, bomboncito —le respondió Jake a su hija depositando un beso en su cabeza—. Gracias, a ti también, caramelito —dio otro beso, esta vez a la cabeza de Luca.

Miré a Jake con expresión serena y cogí aire, aunque se me había saltado un latido. Miré a los niños hinchiendo el pecho, orgullosa. Sonreí. No se podía desear más que tenerlos a todos así, rodeándome con su calor, cobijándome con su amor.

—¡Otra, vaquero!

—¿Otra qué? —vaciló Luca cotilla.

—Otra patada de Mía.

Se me erizó la piel y sentí escalofríos recorrer toda mi columna vertebral al sentirla tan dentro, pues con diferencia ese había sido el golpe más contundente. Me gustó pensar que, a su manera, nos estaba saludando, haciéndonos saber que tenía ganas de conocernos.

Los miré, uno a uno, paladeando el instante despacio.

—Mi familia… —se me llenó la boca al susurrarlo bajito.

—*Patadaz?* —el pequeño abrió sus increíbles ojazos azules de par en par—. ¡Yo quiero, yo quiero *oírlaz*!

No sé cómo lo hizo, pero Luca consiguió hacerse un hueco entre la mesa y mis piernas para acto seguido, pegar la orejita en mi vientre.

—Ven. Tú también, cielo —atrapé la mano de Dakota y la puse sobre mi ombligo.

Otra nueva patada.

—¿La notáis? ¡Vuestra hermanita Mia os está saludando!

Contuve el aliento a duras penas cuando Jake me besó en la sien y con una sonrisa torcida, serpenteó sus labios hasta mi oído para susurrarme que me amaba con todo su ser y que ya no era capaz de imaginar otra vida si no era esa, junto a nosotros.

Reconozco que la piel de todo mi cuerpo se estremeció de repente, poniéndose de gallina. Luego, ladeé la cabeza y posé mis pupilas en sus brillantes ojos grises.

Nos miramos.

Nos sonreímos.

—Somos un buen equipo, ¿eh? Morena —señaló inmodesto con la cabeza a los peques—. Tú y yo, Alexandra. Juntos.

Asentí ilusionada, sintiendo que el pecho iba a explotarme de un momento a otro al no soportar tanta emoción.

—Tú y yo, Jake, siempre.

Se acercó y sonrió en una sonrisa ancha contra mis labios dulcemente, antes de atrapar mi labio inferior con sus dientes y besarme.

—Siempre, pequeña, para siempre.

NICOLETTA ERCOLESSI

Nkhata Bay, norte lago Malawi, Sudáfrica

Nunca olvidaré lo que sentí la primera vez que me senté en la diminuta sala de profesores y uno de mis compañeros me ofreció una pata de pollo para almorzar. Creo que fue justo en ese instante cuando me di cuenta de la realidad, del lugar dónde me hallaba y de lo gratificante, aunque tremendamente duro que iba a resultar implantar clases de inglés e italiano en ese lugar, colaborando con *Butterfly Space* en ese crisol de cultura y pueblos tan distintos al nuestro. Porque una cosa era lo que me había estado documentando y, otra muy distinta, es lo que sientes al estar allí.

No negaré que la incontrolable sensación de enfrentarme a lo desconocido me manifestó demasiados interrogantes. Esos miedos y contras que, a punto estuvieron de echarme atrás antes de tomar esa decisión, la de embarcarme en ese desvarío, el de donar parte de mi vida a un país en donde el sistema escolar es extremadamente diverso, con escuelas privadas muy inasequibles a un extremo del espectro y escuelas destartaladas, con poco personal docente y escasos recursos en el otro. En donde los estudiantes suelen lamentarse de pasar hambre por no haber desayunado esa mañana o cenado la noche anterior. En que, exhaustos de cansancio por las malas condiciones de vida y pérdida de sueño por las noches, están habituados a recorrer largas distancias durante horas solo para asistir a las escuelas y recibir una digna educación, aunque la mayoría tengan que sentarse en el suelo por falta de pupitres y sillas.

Nkhata Bay era un terreno bastante amplio, boscoso y salpicado de varias cabañas. Un sitio tranquilo y rural, en el que trataban de obtener el máximo beneficio al lugar aprovechando los recursos que la naturaleza les brindaba.

Recuerdo con detalle el día que les propuse enseñarles a nadar, cuando el viento dejó de agitar las aguas. Había llevado a mis niños a una playa cercana junto al *lodge*. Algunos de ellos empezaron a llorar al subirse a unas rocas al no ser capaces de poder bajar de puro pánico. Al final, y con la ayuda de mi marido Roy Jones y otros compañeros docentes, logramos bajarlos sin lamentar una caída.

Así, con bastante esfuerzo e insistencia, al final la mayoría de los niños metieron sus pies en el agua, mientras otros tantos se quedaron jugando en la arena y un par de niñas se pegaron a mis piernas como pulpos por temor a que la corriente se las llevara.

Debido a la dureza de la vida allí, me di cuenta de lo extraordinario que es el ser humano y a la vez, de la fragilidad de nuestra existencia. Un lugar en el que los simples gestos se contaban por

miles y los latidos de un pueblo se sienten en tus venas. Aprendes a maravillarte con los simples detalles y donde la palabra gracias, está perpetua en la boca de todos. Te juro que esos pequeños instantes, merecerían cientos de páginas para ser narrados. La mirada de ese niño al agacharme para ofrecerle parte de mi almuerzo, el sobreesfuerzo para acostumbrarme a un lenguaje a base de chasquidos, a las recurrentes lluvias torrenciales, a los incendios que se sucedían con demasiada habitualidad. Abortos, pies descalzos, enfermedades, realidad.

Puedo decirte que, Heráclito, describió a la perfección mi gran transformación: «En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos» y que «Este mundo, que es el mismo para todos, no está hecho ni por los dioses ni por los hombres, sino que fue siempre, es ahora y siempre será, un fuego sempiterno, con unidades que se encienden y otras que se apagan».

Después de unos meses conviviendo allí, sentí como mis ojos se abrían ante la brutal realidad. Llegando a la conclusión de que no somos libres, pues en la sociedad capitalista que hemos nacido y crecido, nos ha convertido en esclavos de la individualidad, del egoísmo y de la insolencia. Y maldita sea, duele. Joder. Es doloroso darse cuenta y admitirlo, admitir que vivimos presos y aunque sigamos maniatados e incapaces de romper las cadenas, jamás hay que perder la esperanza de hallar esa llave que las abra.

A media tarde, ya en la aldea, mientras recogía los enseres en la escuela, Roy sacó la cabeza por la puerta, ataviado con ese hortera sombrero cuya ala trasera y frontal estaban ligeramente caídas, con el fin de proteger del sol la cara y la parte posterior del cuello.

—¿Te queda mucho, rubita?

Le miré de reojo sin dejar de borrar con garbo mis notas de italiano en la pizarra. Llevaba puesta una camiseta blanca de propaganda, unos pantalones cortos hasta las rodillas y unas deportivas de suela gruesa que le permitían soportar las largas caminatas y las aspereza de los caminos pedregosos u hostiles. Además, al ser tan blanquito, siempre iba pringado hasta las cejas de protector solar con el máximo filtro solar para evitar quemaduras e insolaciones.

—Ya casi estoy.

Avanzó hacia mí y sus pasos hicieron crujir los inestables tablones de madera del suelo. Alcé la vista y observé con mayor detenimiento al rubio y al asombroso cambio físico que había sufrido en ese tiempo en ese lugar del fin del mundo. Esa piel bronceada por distintas zonas debido al abrasador sol de Sudáfrica. Las *sexys* arruguitas que surcaban su frente y se dibujaban imponentes en la comisura de sus ojos. Y la poblada barba, cuidadosamente desaliñada que lucía por no disponer de tiempo material para afeitarse cada mañana.

Te doy mi palabra que allí, la estética, era lo de menos.

—Bien. No sé por qué me da que hoy tendremos celebración —soltó como quien da la vez en una pescadería y se quedó más ancho que largo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se supone que vamos a celebrar?

Abrí la cajonera y guardé los lapiceros y el blog de notas.

—Que tu querida amiga está de parto.

—¡No!

Abrí los ojos como platos.

—Sí.

—¿Ya?

—Sí, nena.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi Alex…! ¡Mi Mia! —mi voz tembló y mis ojos se me nublaron al instante. Noté como mi gesto se contrajo y un doloroso nudo se me formaba en la garganta—. ¡Mi Dakota! ¡Mi Luca…! ¡Y mi guapísimo vaquero de ojos grises!

—Estarán bien, no te ansíes antes de tiempo.

Me atrajo hacia su pecho y me rodeó con sus brazos después de limpiar los restos de tiza de mis mejillas.

—Además, creo que podría ser un buen pretexto.

Me separé solo un poco, lo justo para escrutarlo con los ojos entornados y vidriosos.

—¿Para qué? —le pregunté, aunque me temiera la respuesta.

—Para que deje de ser un secreto.

Fruncí el ceño y lo miré sin pestañear durante un largo rato evaluando los pros y los contras.

—¿Estás seguro?

—Sí, mi rubita —me regaló una sonrisa ladeada, una muy bonita. No la picarona que acostumbraba a esbozar. Sino una más lenta, serena y sentida; contundente—. Te aseguro que la felicidad compartida, es más gratificante.

—Está bien, de acuerdo, Roy. Me has convencido. —Sonrió y me besó en la punta de la nariz y cuando hacía eso, sentía que no tenía escapatoria. Que todo lo que quisiera pedirme, se lo daría sin rechistar. Lo hacía y punto—. Ya sabes que soy una blandengue para esas cosas.

Sentí una especie de vértigo agradable en el pecho y unas cosquillitas en la boca del estómago, unido a un torrente de dispares emociones.

—Cojonudo. No veo la hora de que amanezca en Bandera y que podamos realizar la videoconferencia y decirles que dentro de unos meses vamos a tener a un Roy en miniatura tocando los cataplines como su padre…

Pasé alerta el resto de la tarde, enganchada al maldito teléfono, como si este se hubiese convertido en un apéndice de mí misma, esperando la llamada de Jake anunciando el nacimiento de Mia. Estuve crispada, alterada, ¡incluso de mal humor! Apenas probé bocado en la cena, ni siquiera pellizqué el pan. Esa incertidumbre me estaba matando.

Salí fuera a que me diera el aire.

Necesitaba coger aire…

Me senté en el último escalón y empecé a dibujar en la arena unas caritas con la yema del dedo.

—¿Qué haces, preciosa?

Roy se sentó a mi lado y me dio un empujoncito con el brazo.

—Respirar —ladeé la cabeza y solté el aire—. ¿Y tú?

Se dobló y permitiéndose la licencia, empezó a dibujarle sonrisas a mis caritas en la arena.

—Respirar contigo.

Le miré. Me miró. Nos miramos.

—Eres tonto —le sonreír despacio.

—Un tonto que está coladito por ti, que nunca se te olvide.

Llevó dos de sus dedos a mi boca y elevó la comisura de mis labios para que le mostrara una sonrisa más amplia.

—Estoy muy preocupada, Roy —mascullé.

—Estate tranquila. Alexandra y Mia estarán bien.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero es así como lo siento.

Suspiré hondo.

—Allí no es como aquí, en el tercer mundo —miró a su alrededor, cogió una piedrecita y la lanzó con desgana contra la corteza hueca de baobab, llamado el árbol de la vida, el árbol del pan de mono y el árbol invertido, debido a su grueso tronco con raíces serpenteantes hacia el cielo—. Si te sirve de consuelo, allí en Texas, cuentan con medios suficientes para que no ocurra ninguna desgracia.

—No, lo siento, pero… no me sirve de consuelo —humedecí mis labios y cogí un par de piedrecitas. Empecé a juguetear con ellas entre mis dedos—. Ahora mismo lo que me consolaría sería fumarme un cigarrillo.

—¡Joder no! De eso nada, nena. —Parpadeó angustiado y tensó la mandíbula—. Te juro que, si haces eso, me hago la vasectomía —finiquitó burlón.

Me levanté del escalón y empecé a caminar unos pasos cogiéndome de los brazos solo en compañía de mis pensamientos. Miré al cielo, al oscuro, nítido y deslumbrante cielo sin contaminación lumínica, mostrando en todo su esplendor las grandes y pequeñas nubes de Magallanes y millones de puntitos brillantes.

Roy rompió el silencio tras de mí.

—Voy a mandar un WhatsApp a Jake.

—No, Roy. Por favor, no les molestes —me giré buscando sus ojos y puse la mano en el teléfono, evitando que teclease el mensaje—. Bastante tendrá el pobre con todo lo que se le viene encima.

—Está bien, pero si no sabemos nada esta noche, le llamaré.

Más tarde, ya en la habitación, apagué la luz del cuarto de baño y caminé descalza hacia el pie de la cama. Me deshice de la ropa y me dejé caer sobre las sábanas junto a Roy, quien no tardó en rodearme con los brazos y acunar mi cara en su pecho.

—¿Aún sin noticias?

Negó con la cabeza y me traspasó con la mirada.

—No. Y me temo que va a ser una noche larga.

Cogí aire y lo solté apesadumbrada.

—Eh…, nena. Trata de dormir, ¿de acuerdo?

—No te prometo nada —repuse, estaba acongojada.

—Con que lo intentes, me vale.

Me besó en la sien y me abrazó más fuerte contra su pecho. Sujetándome, haciéndome sentir que estaba a mi lado y que estábamos juntos en eso. Luego, alargó el brazo, apagó la lamparilla de noche y mientras el trataba de dormir, yo permanecí con los ojos abiertos hasta que el cansancio se cobró con mis fuerzas.

ROY JONES

—¡Me cago en la puta!

Salté de la cama de un respingo. Acababa de golpearme en la rodilla con la cajonera de ¡Los Santos Cojones! El móvil había empezado a vibrar, quebrando de cuajo el sesgo silencio de la madrugada.

—Cielo, ¿qué pasa?

Alargué el brazo y repté a ciegas hasta que tiré del cable de la lamparilla de noche. Se encendió la bombilla y miré como mi rubia restregaba los ojos, se sentaba en la cama y apoyaba la espalda en el cabecero.

No respondí a Nicoletta, me limité a leer en la pantalla del teléfono el nombre de mi amigo y a atrapar el aparato de una zarpada con el pecho tembloroso. Ostia puta. Por un momento, un maldito presagio atravesó mi mente como una afilada daga, vaticinando que, si mi amigo se ponía en contacto a esas horas cuando sabía que dormíamos, era porque la cosa se había puesto bastante fea.

—Jake, tío.

Contuve el aliento a duras penas y por un momento el tiempo a mi alrededor se ralentizó hasta que logré oír la voz de mi amigo y su imagen proyectada en una video llamada.

—Roy, joder. Siento las horas.

Su voz denotaba extenuación y sus ojos eran la puta viva imagen de la preocupación.

—Sabes que eso no importa, tienes carta libre para llamarme siempre que lo necesites —sentí que por un momento las rodillas me fallaron. Respiré hondo y noté como el aire se filtraban entre mis dientes—. ¿Cómo están las chicas?

El moreno se pasó la mano por el pelo ondulado alborotándolo con los dedos y creo que casi medio sonrió, con esa sonrisa torcida tan suya.

—Júzgalo por ti mismo.

Si alguien me hubiese dicho que iba a llorar como un puto crío cuando Jake giró el objetivo de la cámara del teléfono y enfocó a Mia en el interior de una incubadora, aislada del mundo, con los ojitos cerrados y conectada a un respirador mecánico a través de un tubo endotraqueal por la

nariz, luchando por su vida, aferrándose con uñas y dientes a ella, le hubiese pateado el culo hasta dejárselo en carne viva.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—A que es bonita.

—Mia es preciosa, Jake.

Dios sabe que me costó retener las lágrimas en los párpados. Se le veía allí tan chiquitita, tan prematura, tan… indefensa. ¡Y ese puto tuvo ocupando gran parte de su cara! Que… que… tuve miedo.

Sacudí la cabeza, saliendo del trance, aunque fuese persistiendo esa opresión en las costillas.

—Tu hija… ¿la peque está bien?

—Sí, debido a su taquipnea transitoria, los médicos han estimado tenerla en observación en la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales durante al menos veinticuatro horas. Luego… ya… iremos viendo…

Nicoletta salió de la cama y se unió a mi lado.

—Hola, Jake.

—Ey, hola, Nicoletta.

Jake sonrió cansado.

—Ya verás como muy pronto la podrás abrazar y llevarla a casa —Nicoletta se secó una lágrima de la comisura de sus ojos y Jake cogió una bocanada de aire—. Ten Fe —siguió ella.

Sucedieron unos segundos de incómodo silencio.

—¿Y Alex? ¿Cómo se encuentra ella?

—Descansando, aún sigue bajo los efectos de la sedación. —Hizo una pausa bastante prolongada—. Han tenido que provocarle una cesárea de urgencias porque… Mia venía con dos vueltas del cordón umbilical y…

—¡Dios…!

Mi mujer se cubrió la boca con las manos.

—Ey, Nicoletta, está bien. Te doy mi palabra de que Alexandra se encuentra fuera de peligro.

—No me creerás, Jake, pero algo me decía que… no sé… —Mi rubia empezó a llorar sin censura—. Durante todo el día he notado en mi pecho que algo no marchaba bien… que…

—Ahora todo ha pasado —trató de tranquilizarla, estaba demasiado alterada—. Están en buenas manos… Y yo, yo no me separo de ellas en ningún momento.

—Tendría que haber estado allí —se culpabilizaba, fustigándose sin piedad—. Tenía que haber viajado a Bandera este último mes de gestación.

—Nena, no. Vamos, no te flageles de esa forma. —Abracé a mi rubia—. De haber estado allí, nada hubiese cambiado. Sabes que hubiese pasado exactamente igual de estar tú o no presente.

—Cierto, Nicoletta —añadió mi amigo, apoyando mi reflexión—. Oye, tranquilízate. Te doy mi palabra que mañana mismo podrás hablar con ella.

Adiviné entonces, cuando Jake se despidió de nosotros que esa sería una noche en vela muy larga, que Nicoletta no iba a pegar ojo y que me tocaría mimarla para estar a la altura, controlando la situación.

—Ey, nena —le cogí de los brazos y empecé a frotarlos de arriba abajo desprendiéndole mi calor corporal para relajarla en la medida que supe. Se le notaba tan perdida—. Ya has oído a Jake. Ellas están bien.

Trató de recomponer el gesto, aunque le costara la vida y luego me dedicó una mueca bastante parecida a una media sonrisa.

—Así me gusta. Ahora a dormir.

Asintió en silencio y nos tumbamos en la cama. Ella hecha un ovillo, cogiéndose las rodillas y yo abrazándola por la espalda, protegiéndola de la tristeza de alguna forma con mis brazos, consolándola.

JAKE MAVERICK

Alexandra abrió sus párpados y me miró con esos preciosos ojazos azules aun somnolienta por los residuos aun evidentes de la anestesia general mientras se frotaba los ojos adormilada.

Escrutó la habitación en silencio, el camisón de hospital abierto por detrás que vestía su cuerpo y la vía de suero clavada en la vena de en su brazo izquierdo. Acto seguido, puso la mano en su vientre percatándose de que ya no era tan prominente como antes de su entrada en el quirófano.

Me senté en la cama y le acaricié la cara dulcemente.

—Hola, mi vida.

Abrió los ojos aterrorizada.

—Y… ¿Y la niña? —balbució con un hilo de voz.

Alexandra se abalanzó sobre mí, sujetándome de los brazos con fuerza, clavando las uñas en los músculos, buscando respuestas.

—¡Por Dios, Jake…! —clamó entre gritos—. ¡¿Dónde está Mia?!

Mi pecho se agitó al verla en ese estado al borde de la locura.

—Mia está bien. Está bien…

—¡¿Dónde está?! —preguntó de nuevo.

—Mírame, Alexandra —le atrapé la cara entre mis manos y la obligué a mirarme a los ojos—. Mia, está bien.

Ella hizo oídos sordos a mis palabras y al tratar de levantarse para salir de la cama, un agudo dolor abdominal se lo impidió.

—Quiero verla.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Porque está en una incubadora y…

Sabía que verla la destrozaría en mil pedazos. Era tan chiquitita y respiraba con tanta dificultad que…

—Jake, te lo ruego, quiero ver a mi hija —su templado aliento rebotó contra mi boca. Y yo no tardé en derrumbarme ante sus súplicas. No podía negárselo.

—Está bien.

Lo único que le pedí fue que aguardara en la habitación mientras yo buscaba a la enfermera jefa. Anduve perdido por el pasillo hasta que di con ella. Gracias a Dios, no puso impedimento, así que, solicitó un celador para que la trasladara en silla de ruedas al área de neonatología.

Jamás olvidaré al romper a llorar al presenciar a Alexandra y a Mia, viéndose por primera vez. Te juro que jamás había percibido una conexión igual entre dos personas.

Alexandra me miró con los ojos muy brillantes.

—Qué bonita es, Jake.

—Sí, lo es…

Me costó verbalizar esas simples palabras. Clavé los dientes en el labio inferior conteniendo las lágrimas cuando vi cómo nuestra hija apretaba por primera vez el dedo de su madre, vestido con unas manoplas, para evitar que sus uñitas arañasen su cara, atrapándola para siempre en ese instante siendo lo más bonito en la vida. «Dolor y alegría se unían por un momento», como citaba en su libro Madline Tiger, mostrando la contradicción de emociones y sentimientos que se encuentran en el parto.

Sí, Mia era tan preciosa como su madre y Luca, a pesar de tener los ojos cerrados y ligeramente hinchados; las mejillas no demasiado redondas y la piel escamada y azulada; la naricita chata y esa sombra oscura, el lanugo, esos pelillos negros y tan finos que parecían la piel de un melocotón; de su piel cubierta de una sustancia grasosa y blanquecina, el vérnix caseoso y su cuerpecito se mostraba acurrucado, como si aún siguiera en la bolsa amniótica, en el interior del vientre de Alexandra mientras respiraba deprisa y de forma irregular.

Justo en ese instante, sentí como las grietas de mi corazón le hacía un hueco junto a los demás, cuestionándome una y otra vez, cómo algo tan diminuto, me hacía sentir tan y tan grande.

ALEXANDRA SIMMONS

Décadas más tarde

Siento que es la noche, un pálpito distinto en el pecho me advierte de que ha llegado el momento. Lo intuyo. Sonrío levemente, pues, tras el desgaste emocional después de tantos años manteniendo una relación tan estrecha con la muerte, al contraer la grave enfermedad, siento que lo que me espera, no es más que la culminación de mi vida. Y pese a aguardarla tranquila y serena, no te mentiré, pues, si estuviera en mis manos, retrasaría mi partida, sobre todo, por ellos, por cómo afectará mi pérdida a mis seres queridos; a mis hijos, a mis nietos, a mis amigos y a… Jake.

Al margen de todo eso, me gustaría hacerte saber que no tengo miedo, ya no. Hace tiempo que, tras desfilar casi a tientas por las fases del enojo, de la culpa y del arrepentimiento, tras que los médicos me retiraran todo tratamiento, decidí no malgastar mi tiempo en tratar de responderme a los porqués. Con que empecé a dedicarme en cuerpo y alma, a apurar cada centelleo de la vida hasta el agotamiento.

Admito que he gozado de una existencia plena, que he sido dichosa como nunca hubiese imaginado que lo llegara a ser y he paladeado cada minuto como si fuese mi último halo de vida.

Siempre he sido de la convicción de que existen dos formas de vivir; una de ellas, la de simplemente ser, pasando de puntillas y sin dar ni recibir nada a la existencia, mutando año tras año y dejando transcurrir el tiempo sin más, dejándolo agonizar. Y la otra, sacándole brillo a los momentos, reescribiendo tu propia historia a cada segundo, reconciliándote con el pasado, embriagándote del presente y mirando de cara y con valentía al futuro.

Me miro al espejo sin amilanarme y reparo en que mi piel ya no luce tan tersa y en su lugar han cobrado protagonismo las acuñadas arrugas de mi cara, esas que reflejan fielmente el paso del tiempo, sinónimo de tantas y tantas vivencias, de tantas y tantas sonrisas robadas, de tantas y tantas lágrimas derramadas… Y, poco a poco, esa clara invitación me da permiso para fantasear con los deliciosos recuerdos, esos retazos de mi vida que, de creer fielmente en la reencarnación, doy por sentado que me acompañarían a la siguiente vida y a la siguiente y… a la siguiente.

Y en cierta forma me invade una especie de melancolía pese a haber devorado esta con vorágine apetencia. Esa era la gracia de la vida, ¿no? Vivirla.

Quizás muchos piensen que no haya sido una vida perfecta, ni de ensueño, pero, déjame decirte que ha sido la mía, la nuestra, la de Jake y mía.

He visto crecer a mis cinco hijos, a mis siete nietos. Llorar la pérdida de mis padres y de Antonella Rizzo. Conocer a mi Viktor Frankl, mi padre biológico. He caminado descalza con los pies en el suelo y el alma en el cielo. He memorizado cada milímetro de la piel de mi hombre. He viajado y me he permitido anhelar despierta. He reído hasta dolerme las pestañas y he llorado hasta vaciar por completo mi ego. He amado tanto que incluso he creído que iba a reventárseme el pecho. Me he reencontrado a mí misma, reinventado y vuelto a crear desde las cenizas. He perseguido mis sueños y he cumplido algunos, como el publicar tres cuentos infantiles con la prestigiosa editorial Holiday House Publishing. Y… me he enamorado todos y cada uno de los días de mi vida de un mismo hombre, de Jake Maverick.

Salgo al porche, oteo a mi alrededor y me doy cuenta de que el anochecer se ha hecho manifiesto en un cielo salpicado de brillantes y diminutas estrellas. Suspiro hondamente y cierro los ojos. Se escucha el relajante cantar de unas cigarras y el relincho furtivo de algún pura sangre.

—¿Por qué has tardado tanto, pequeña?

Me mira de reojo, colisionando con mi mirada cuando abro los párpados y me sonríe dulcemente. Y al hacerlo, se le distinguen en su rostro las profundas arrugas que ahora surcan insolentes su curtida piel bajo un flequillo desordenado ya cano. Jake sigue siendo un hombre muy guapo, aunque el paso del tiempo se haya empeñado en irle arrebatando a zarpazos parte de su atractivo.

—¿Ya me estabas echando de menos? —le pregunto socarrona.

—Claro. Anda, ven, cariño.

Retira la manta que cubren sus piernas, estira la espalda a duras penas y palmea con trémulos movimientos la madera para que ocupe el lado derecho en la desgastada mecedera. No sé si está más vieja ella o nosotros. Ahora reparo en él, y me fijo en sus preciosos y penetrantes ojos grises ahora algo más apagados. A sus ochenta y siete años, su pulso ya no es el que era.

—No vayas a coger frío.

Me acomodo y me pego a su cuerpo, amoldándome, reconociéndole, mientras me arropa con la gruesa manta. Me descalzo y doblo las rodillas para que mis pies no toquen los tablones del suelo del porche.

—Estoy bien. Deja de preocuparte tanto por mí.

Sonrío lentamente cuando me besa en la cabeza con ternura, sobre el escaso bello que recubre mi cuero cabelludo y deja sus labios ahí, durante un rato. Se frota las manos y luego frota mis brazos por encima de la ropa para que entre en calor.

Le encanta cuidarme, siempre ha sido así, siempre lo ha hecho así. A su manera, me ha malcriado. Y yo, a estas alturas reconozco que me ha robado el corazón que lo hiciera siempre, durante todos esos años.

—¿Has oído lo que ha dicho nuestro hijo Izán en la cena? —se echa a reír y al tener mi cabeza apoyada en su pecho, oído el ronroneo de su risa briosa rebotando en sus costillas—. Sarah, su mujer, vuelve a estar embarazada. ¡Menuda sorpresa!

Chasquea la lengua y yo sonrío contagiada por ese gesto.

—Esa parejita ya nos ha dado cuatro nietos —se queja, pero sé que no es más que parte de un teatrillo. Adora a su familia, de igual forma que sé que no podría vivir sin ella; pues el ser humano es incapaz de seguir vivo sin el corazón. Todos ellos conforman su corazón y también el mío—. ¡Y a este ritmo van a superar nuestro récord!

Le oigo carraspear levemente para aclararse la garganta, su capacidad pulmonar ya no es la que era. Sé que, tras la cena siempre ansía fumarse un cigarrillo, pero se reprime las ganas cuando está ante mi presencia, por la gravedad de la enfermedad y en la fase tan crítica que se encuentra.

Nos quedamos en silencio contemplando la noche y a esas brillantes estrellas que titilan inagotables. Coge aire y lo suelta lentamente. Sujeta una de mis manos. Noto la rugosidad de su piel. Me estremezco. En mi opinión, siempre he creído que no hay nada más sorprendente y maravilloso que el roce de la piel con la piel.

Ahora sus masculinos dedos recorren mis nudillos, uno a uno.

—Cariño, lo hemos hecho bien, ¿verdad? —ronroneo cerca de su oído.

—¿Bromeas? —se carcajea con esa voz tan grave y varonil que siempre me ha parecido tan *sexy*—. Solo tienes que ver la expresión de felicidad de sus caras cada domingo cuando vienen a visitarnos. —Hincha el pecho, orgulloso—. Alexandra, mi vida, ellos son la prueba de que *ese nosotros* que te prometí, ha sido real… Que ese tú y yo, iba a ser para siempre. ¿Recuerdas?

No puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Lo recuerdo, por supuesto que lo recuerdo.

—Para siempre, Jake Maverick. Siempre.

Mi vaquero alza el mentón y mira al cielo.

—Mira, pequeña.

Señala al cielo con la misma emoción de un crío, a una estrella fugaz que acaba de partir el firmamento en dos.

—Por la NBC han pronosticado una lluvia de perseidas. —Hace una pausa—. Un millón de estrellas… como esa noche, la de hace casi medio siglo en el lago *di Bilancino.*

«Sí, Jake, mi amor, son cincuenta años juntos. Lo único que siento es no poder acompañarte otros cincuenta más».

—Un millón de nosotros… —bisbiseo débil, agazapada sobre su pecho, percibiendo como los párpados empiezan a pesarme más de la cuenta. Me siento tan cansada… tan agotada, aunque ya no siento tanto dolor… ya no.

—Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas.

Ahora oigo los latidos de su corazón cada vez más y más lejanos.

—Alex, mi vida… ¿Morena, me estás oyendo?

Sonrío feliz, plenamente feliz y serena entre sus brazos.

Es hora de cerrar los ojos.

—Alexandra…

---

[5] *Ap chagui*, en taekondo se traduce como una 'patada frontal'. Se golpea la parte del pie metatarso. En coreano se llama *apchuk*.

Agradecimientos

Si has llegado a estas líneas es porque acabas de leer la bilogía *Un millón de nosotros* y te has adentrado en mi *lokura. Gracias* por dejar volar la imaginación y sentir las vidas de Jake y Alexandra como si fuesen tuyas, reales y de carne y hueso. O, al menos, así es como yo los he sentido: han sido, son y siempre serán parte de mí.

Ahora puedo confesarte que ellos, mis chicos, sin olvidarme de Dakota, Luca, Thomas, Nicoletta, Roy, Franco y Marco, empezaron susurrándome bajito al oído, casi tímidamente, pero enseguida, cuando supe que iban a quitarme el sueño durante año y medio, casi por combustión espontanea, se fueron convirtiendo en algo tan maravilloso y especial, que te juro que me ha costado muchísimo soltarlos y dejarlos ir.

Ellos me han hecho reír, bailar, llorar, maldecir, soñar… y ver las estrellas del firmamento tan y tan bonitas… y sentirlas tan cerca que… solo de pensarlo, me ¡estremezco de pies a cabeza!

Soy consciente de que he tardado más tiempo del que prometí acabar de narrar su preciosa y dulce historia de amor, pero entended que necesitaba darles la historia que se merecían tener, la suya. Y así ha sido: «Destruirse para volver a construirse», como bien dice mi *sexy* vaquero de ojos grises, Jake Maverick (quien para mí siempre será el guapísimo actor Matt Bomer), o al menos así me gusta imaginármelo en mi mente…

Por eso y por estar siempre viviendo muchas vidas con mis novelas, te doy las GRACIAS, sí, sí, a ti, como lector@ o, como te apodo —mi LOKA/O, nombre que saqué de mi novela Otoño en Manhattan, de la saga *Loca seducción*—. ¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS! Por adentrarte en mis sinrazones, por permitirme hacerte sentir uniendo simples palabras, por darme permiso para acariciarte el alma, por estrujarte el corazón, por robarte mil sonrisas, por arrebatarte suspiros y en ocasiones, incluso de quererme interponer una demanda judicial por írseme la pinza o la mano y pecar de dramática en algunas escenas… ¡GRACIAS por vuestro cariño infinito!

GRACIAS…

A mis amigas, María Giménez, Elisenda Fuentes, Roge Galera, Almudena González, Loli Zamora y Alicia Almazan. ¡Os quiero *forever*, chicas!

A mis compis de *office*, Marta Ortí, Judith Pérez, Javier Belón, Elisabeth Barea e Imma Palomar. Y a Yolanda Borràs y Àngel Vallès (quienes formamos: «*Els 3 magnífics*»). En especial, a ti, Àngel, por los *coffees* a media mañana y por tus sabios consejos de Jazz. Sobre todo, por dejar un pedacito de ti y de tu pasión, narrado entre las páginas de esta novela.

A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente, en especial a Manuela Valerio, Mariah Meneses, Carla Marpe, Verónica Garey, Christine Tales, Javier Garrido, Jordi Catalán y Manel Salcedo. Somos muchísimos más. Perdón a ti por no nombrarte, pero te prometo que te tengo en mente, puedes estar segur@.

A l@s *bookstagrammers* y a los grupos de las redes sociales que leéis mis libros y los reseñáis, promoviendo la lectura e incentivando a otros lectores para que sean partícipes de nuestro trabajo. Mención especial a Christian de @surfenadounlibro, @vanessa_books, @_Nira_, @pilasdelibros, @valientegarciamariajose, @mecaieunlibro, @loslibrosdetess, @anitadevoradoradelibros, @entrelibrosycastillos, @ y ¡millones más!

A mi tocaya Eva de @evalispm por los libros viajeros tan bien organizadas para que las novelas viajen por toda la geografía española y vuelvan a casa cargadas de regalitos, mensajes, dibujos, *post-its*, comentarios maravillosos… *I love you so much!*

A mi agente literaria argentina, Silvana Merlo, por soñar despierta con que un día (no muy lejano) conquistaremos juntas las Américas.

A Isidro Santos, por cederme siempre un hueco y parte de su tiempo a hacer eco de mis novelas en su sección de Radio Vermut. ¡Eres muy grande y un comunicador excepcional!

Al equipo editorial de Colección Mil Amores, en especial a Jorge Molinero y a Gala Trigueros de la Blanca, por creer en mí desde un primer momento, dándome la oportunidad de formar parte de Lantia Publishing, S.L.

Como siempre, solo me queda dar las gracias a mi hijo, Aleix Subirà, que no por ser el último en la lista es el menos importante; al contrario. Él es mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas, el aire que exhalo a cada segundo. Él es mi pasión y mi sueño. Por él merece la pena todo: las noches en vela, comer a deshoras, la impotencia de no hallar la palabra adecuada. Por él, y solo por él, merece la pena seguir luchando, creando sueños para vosotr@s...

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

Obras publicadas

Saga «Loca seducción»
Otoño en Manhattan
Quiero ser tu principio y tu fin
Recuérdame
Sin mirar atrás
Alguien inesperado

Bilogía «Skyline»
Brooklyn

Bilogía «Un millón de nosotros»
Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos
Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Serie «Christmas's Tales»
Christmas horror Christmas
Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes
Tentación
Valentine

Referencias de las canciones

Cute without the E, interpretada por Taking Back Sunday
Secret Garde, interpretada por Bruce Sprinstein
I want it that way, interpretada por Backstreet Boys
I will survive, interpretada por Gloria Gaymor
Un'Altra Te, interpretada por Eros Ramazzotti
Like a player, interpretada por Madonna
Ti amo, interpretada por Umberto Tozzy
La mia signorina, interpretada por Neffa
Shape of You, interpretada por Ed Sheran
Someday my prince will, interpretada por Bill Evans, Scott LaFaro y Paul Motian
Speak Low, interpretada por Roy Hargrove
Murder to the mind, interpretada por Tash Sultana
Black to Black, interpretada por Amy Winehouse
Starboy ft. Daft Punk, interpretada por The weekend
Incancellabile, interpretada por Laura Pausini
Para ti sería, interpretada por Nek
Vivan Las Vegas, interpretada por Elvis Presley
Love me tender, interpretada por Elvis Presley
Jailhouse Rock, interpretada por Elvis Presley
Mi jardín con enanitos, interpretada por Melendi

Y SI TE APETECE ESCUCHAR LAS CANCIONES EN SPOTIFY

https://acortar.link/SZf3hg

DATOS DE INTERÉS

Si necesitas tratamiento para el trastorno por consumo de alcohol, estas direcciones de interés podrían ayudarte:

Alcohólicos anónimos España
http://www.alcoholicos-anonimos.org
info@alcoholicos-anonimos.org
Teléfono 985566345

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

colección milamores

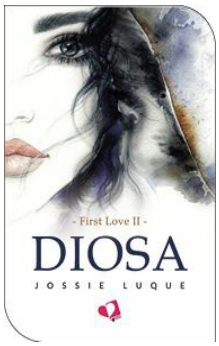


NOSOTROS, EL KARMA Y ESAS COSAS

Manuela Valerio

«El mundo moderno es un extraño puzle lleno de contrastes necesarios difíciles de equilibrar, y pocas veces había estado mejor escrito que en Nosotros, el karma y esas cosas».

Leer ahora



DIOSA
FIRST LOVE II

Jossie Luque

«Un mujeriego de ojos azules, un corazón amargo y la llave al amor más puro y mágico cuando la esperanza estaba perdida».

Leer ahora

Índice

Prólogo 9
1 ¡Qué bello es vivir! 13
2 Misery 17
3 Cumbres borrascosas 19
4 La máscara del zorro 41
5 Mary Poppins 57
6 Magic Mike 67
7 Dos extraños amantes 83
8 En busca de la felicidad 93
9 Kramer contra Kramer 97
10 In time 107
11 Crazy, stupid love 113
12 Amor y otros desastres 129
13 La gata sobre el tejado de zinc 139
14 Sunset Boulevard 147
15 Recuérdame 153
16 La Ventana indiscreta 161
17 Perdona si te llamo amor 169
18 Bajo el sol de la Toscana 179
19 Mensaje en una botella 183
20 El resplandor 187
21 El efecto mariposa 203
22 Érase una vez… Hollywood 213
23 Cinema Paradiso 223
24 Babel 239
25 La cena de los idiotas 261
26 El paciente inglés 289
27 Memento 295
28 Intocable 301
29 El diablo viste de Prada 313
30 Parásitos 321
31 Regreso al futuro 333
32 Un tranvía llamado deseo 341
33 Seven 357

34 La milla verde 365
35 Alguien voló sobre el nido del cuco 369
36 Lo que elviento se llevó 389
37 El silencio de los corderos 395
38 American Psyco 403
39 Toro Salvaje 411
40 Un paseo por las nubes 431
41 El Club de la lucha 451
42 El halcón Maltés 459
43 Silencio 465
44 Brooklyn 473
45 Los Puentes de Madison 477
46 True Romance 481
47 Mujeres al borde de un ataque de nervios 487
48 Django Unchained 495
50 Leaving Las Vegas 505
51 La Teoría del Todo 523
52 Mucho ruido y pocas nueces 535
53 American Graffiti 555
Epílogo 565
Agradecimientos 585
Obras publicadas 589
Referencias de las canciones 591